



DE PLEBEYA A
PRINCESA
POR UNA NOCHE EN
LAS VEGAS

PHAVY PRIETO



PHAVY PRIETO

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

©Phavy Prieto, Septiembre 2019

www.phavyprieto.com

Diseño de Cubierta: Mireya Murillo Menéndez

Maquetación: Mireya Murillo Menéndez

ISBN: 9781088420850

Sello: Independently published

A mi príncipe azul sardo.

Te quiero.



El amor se compone de una sola alma que habita en dos cuerpos

(Aristóteles)

ÍNDICE

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISEIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDOS

VEINTITRES

VEINTICUATRO

VEINTICINCO

VEINTISEIS

VEINTISIETE

VEINTIOCHO

VEINTINUEVE

TREINTA

TREINTA Y UNO

TREINTA Y DOS

TREINTA Y TRES

TREINTA Y CUATRO

TREINTA Y CINCO

TREINTA Y SEIS

TREINTA Y SIETE

TREINTA Y OCHO

AGRADECIMIENTOS

BIOGRAFIA DE LA AUTORA



UNO



El viernes es el día *de las chicas*.

Mis amigas y yo siempre nos reunimos en mi casa porque soy la única de todas ellas que aún está soltera y ya que estamos *compuesta y sin novio*. Por tanto, vivo completamente sola, podría sumar a ese sola un amargada de la vida, pero gracias al chocolate soy bastante feliz. Además, las únicas en quejarse por ese motivo son mis caderas, no yo.

Desde hace seis años tenemos ese ritual pese a que alguna de nosotras suela fallar algún que otro viernes, pero así estemos únicamente dos en la ciudad, nos reunimos para pasar una tarde de solo chicas contándonos secretos, envolviéndonos en mejunjes y atiborrándonos de comida basura viendo una peli ñoña en el sofá estampado de flores de mi minúsculo salón.

En el caso de hoy toca la elección del destino para la despedida de soltera de Sonia, puesto que se casa dentro de tres meses y aún no tenemos nada preparado. La primera en casarse fue Mónica y nos fuimos todas a Gandía donde lo dimos todo y de paso también lo perdimos todo, porque entraron a robar al hotel y se llevaron hasta las llaves del coche, aún recuerdo que tuvo que venir el novio de Andrea a traer las de repuesto o nos quedábamos tiradas. Después llegó precisamente la de Andrea, y nos aventuramos en la fiesta de Ibiza con lo más “superguay” y “cool” de la isla ¡Vivan los tíos cachas y petados con tableta de chocolate! Aunque la decepción vino cuando trate de acostarme con uno y aquello no se levantaba ni con pastillita azul, a saber que mierdas se meten para llenar esos bíceps. Más tarde llegó Lucía y decidimos ir a Budapest por ser algo más tranquilo puesto que a ella no le va mucho la marcha, pero por suerte allí nos corrimos una buena juerga con unos tíos que también estaban de despedida, por aquel entonces yo estaba con Samuel, que si lo llego a saber me hubiera acostado con ese rubiazo que me miraba todo el rato, pero por ser una idiota más fiel que un perro, no lo hice. En fin, que en resumidas cuentas ahora le tocaba a Sonia. No teníamos ni idea sobre que destino elegir, pero sí que fuera absolutamente espectacular porque sería la penúltima en casarse suponiendo que yo lo hiciera en algún momento de mi vida, cosa que empezaba a dudar y creo que todas mis

amigas también, la verdad.

El timbre sonó y la primera en llegar fue Mónica que venía cargada de comida basura para una buena sesión de charla y que con toda probabilidad se alargaría hasta bien entrada la madrugada. Habíamos decidido que de hoy no pasaba tener todo planificado para la despedida y por supuesto, a mí me iba a tocar el mochuelo de hacerme cargo de casi todo, más aún si teníamos en cuenta el tiempo libre con el que contaba debido a mi trabajo.

Andrea y Lucía llegaron justo después, venían juntas en el coche así que ya estábamos todas, puesto que en aquella ocasión hicimos que el novio de Sonia se la llevara fuera de la ciudad en plan fin de semana romántico sorpresa, para que no pudiera asistir a la reunión de chicas, ni tampoco pudiera sospechar.

Después de discutir más de una hora sobre los posibles pros y contras de varios destinos y encontrarnos en un callejón sin salida al no ponernos de acuerdo, optamos la opción sortearlo, así nadie pondría quejas al respecto.

—Que cada una escriba cinco destinos en papeles separados. —Aclaró Lucía mientras yo repartía un folio a cada una donde iban escribiendo a mano los lugares seleccionados.

—Bien, poned todos los posibles destinos en el frasco —dije utilizando uno de los tantos botes de Nutella que conservaba vacíos.

Sí, lo admito. Soy una loca empedernida y sumamente adicta de la Nutella ¡Dios bendiga al creador todopoderoso de la bendita Nutella! —juro que le haría un altar si existiera— y es que hasta la coliflor con Nutella está buena, al menos camuflaría su vomitivo olor. No se vivir sin mi apreciada y adorada Nutella. Además, los botes sirven para todo lo imaginable; desde lapicero hasta macetero, incluso lo uso para colocar el cepillo de dientes o los cubiertos, también los mandos de la tele, o los condones... y así un sinfín de cosas de las que me quedaría horas recitando si pudiera.

—Como no un bote de... ¿Qué será? Ah sí ¡Nutella! —exclamó riéndose Andrea conociendo de sobra mi afán por guardarlos todos y crear síndrome de Diógenes respecto a ellos.

A pesar de su interrupción, metimos los nombres de los destinos en el frasco, veinte en total.

—¿Quién será la mano inocente? —dije nerviosa.

Lo cierto es que mi cuerpo necesitaba un fin de semana de locura extrema, pensaba emborracharme hasta la inconsciencia a pesar de que jamás lo había hecho y estaba ansiosa de aventura. Tal vez se debiera a la aburrida vida que llevaba últimamente por lo que deseaba con tanto fervor aquella despedida, pero esperaba un destino de fiesta de verdad y no algo patéticamente turístico como la última vez —obviando por supuesto la jugera final que nos pudimos correr gracias a los chicos de la otra despedida—, por lo que necesitaba que el nombre que figurase en el papel que saliera ganador, fuese apoteósico.

—Tú —contestó Mónica mirándome—. Serás la siguiente en casarte, así que te toca ser la mano inocente —dijo guiñándome un ojo y en ese momento me estremecí porque

siendo sinceros; ser la única de tus amigas que ni tan siquiera tiene un novio con el que plantear esa posibilidad comenzaba a rozar mi desesperación y podía resultar desquiciante como así lo atestiguaban los pelos de mis piernas tras cuatro semanas sin depilar o más aún cuando veía la cera en el baño recordándome que debía quitarlos y lo dejaba siempre para el día siguiente.

—Está bien —dije mientras metía la mano y daba vueltas en el bote hasta sacar un papelito. Lo abrí lentamente y cuando leí el nombre que yo misma había escrito sonreí de oreja a oreja.

«Al final voy a tener suerte por una vez en la vida» pensé mientras degustaba la información unos segundos corroborando que aquello estaba pasando de verdad.

—¿Y bien?, ¿A donde iremos? —preguntó Lucía nerviosa.

—Dijisteis que iríamos al destino que saliera en el papel fuera cual fuera —advertí sabiendo lo que vendría a continuación.

—Miedo me das —exclamó Andrea—. Suéltalo ya, ¿Donde ha tocado?

—¡Las Vegas! —grité enseñándoles el papel.

Ver sus caras de confusión y estupefacción era un verdadero poema.

—Pero ¿A las vegas de *Las Vegas*? —gimió Lucía anonadada.

—No creo que sean las Vegas de la Virgen de Triana que hay en tu pueblo de doce habitantes, hija mía —contestó Andrea en un tono de ironía divertida.

—¡La madre que os parió! —gritó Mónica consternada entre la risa y el nerviosismo.

—¿Quien de vosotras puso ese destino? —preguntó Andrea mirándonos a Mónica y a mi porque daba por hecho que Lucía desde luego no había sido.

—Yo —dije encogiéndome de hombros— ¡Y ahora no me vengáis con que está lejos y son muchas horas de vuelo!

—¡Pues ya te puedes ir encargando de los billetes!, ¡Y puedes darte prisa para que no tengamos que donar un riñón si queremos pagarlo!, Aunque creo que me pondré en lista de espera ahora que lo pienso... —gimió Mónica siendo tan dramática como siempre.

—¡Y del Hotel! —terció Andrea.

—¡Y de los taxis, de los restaurantes y de planificar la despedida! —soltó Lucía riéndose porque ella no sabía un carajo de inglés, era por decirlo suavemente; *catetilla* de pueblo.

—¿Y vosotras de que se supone que os vais a encargar? —contesté algo risueña por saber que aceptaban en lugar de renegar. Realmente no me importaba encargarme de todo aquello, es más, ya me había mentalizado de antemano que me tocaría como siempre.

—¡De trabajar como condenadas para poder pagarlo! —dijeron las tres a la vez.

A mis veintiocho años tenía una vida bastante cómoda a decir verdad. No era que me entusiasmara, pero tampoco tenía motivo alguno para quejarme. Estudié periodismo en mi

afán de ser una excelente escritora y actualmente solo llegaba a nivel mediocre porque aún no había conseguido que ninguna editorial publicara mi libro al no ser conocida. La cuestión es que; si nunca me publican no seré reconocida y si no soy reconocida no me publican ¿No es completamente absurdo? Era como la pescadilla que se muerde la cola constantemente.

Mi madre quiso costear mi auto-publicación, pero sinceramente era una nefasta idea puesto que sin la publicidad de una gran editorial detrás, jamás iba a conseguir llegar al público adecuado —para que únicamente compraran mi libro amigos y familiares por pura lástima prefería seguir siendo una escritora mediocre y anónima—. Lo peor de todo es que no me habían rechazado mis obras por carecer de ingenio o no ser lo suficientemente buenas, sino porque el coste en publicidad para darme a conocer podía ser superior al nivel de ventas que podría alcanzar —eso me pasa por no ser rica y famosa, o hija de millonarios ya que estamos—. La cuestión es que para sobrevivir sin tener que mendigar pan por las esquinas o peor aún; pedirle dinero a mis padres, escribía relatos cortos para una conocida revista de adolescentes, de esas donde las historias de amor les hacen suspirar creyendo que existen príncipes azules que vendrán sobre un corcel blanco a sacarlas de su mísera vida o penosa existencia como la mía —aunque el príncipe esté disfrazado de Christian Grey y te de latigazos que supuestamente dan placer—. Ellos las filtraban para pasar por historias reales, hasta ponían foto y nombre de la supuesta protagonista a la que le había ocurrido aquella fantástica historia cuando todo era absolutamente falso, pero ¿Qué cabría esperar de la prensa? Ninguna revista te contará algo real, todo está basado en lo que el público desea escuchar y en alimentar el morbo en la gente. La prensa funciona así; que te quede claro.

De todos modos no podía quejarme, aquello me daba un sueldo para pagar mis facturas. Afortunadamente el piso en el que vivía fue una inversión de mi padre cuando me vine a estudiar a la ciudad y por lo tanto era en propiedad. No tenía que preocuparme en pagar alquiler o una dichosa hipoteca como mis amigas, ¡Gracias a Dios! De lo contrario si que me veía usando las bragas del revés para ahorrar en detergente y agua, comprando champú del malo, sustituyendo la Nutella por chocolate barato del súper de marca blanca cuya imitación era años luz de la original, o comiendo yogures caducados —algo que por cierto hago de vez en cuando, no os voy a engañar—. Tengo una hermana menor llamada Adriana de dieciséis años, con la que creo que me veré obligada a compartir piso dentro de un par de años. Lo cierto es que nos diferenciábamos tanto en edad como en el físico. Mientras que yo tenía el cabello oscuro y los ojos de color celeste como precisamente el nombre que me otorgaron —no diré porqué me llamaron mis padres de esa forma porque me da vergüenza ajena, pero no fue precisamente por el color de mis ojos—, Adriana tenía el cabello mucho más claro y los ojos de color castaño claro, cualquiera que nos viese juntas diría que una de las dos era adoptada, y a eso había que sumarle la diferencia de edad entre nosotras de casi doce años.

Mi madre me tuvo con diecisiete. Es para estar locos, sí. Era una adolescente que aún tendría espinillas en la frente y que pensaría que estaba jugando a los médicos con mi padre cuando se embarazó. La cuestión es que decidió no tener más hijos, según ella, hasta tener la edad adecuada de volver a quedarse embarazada, pero no contaba con que le

diagnosticaran cáncer por lo que le fue imposible siquiera pensar en esa posibilidad por entonces. Hasta que no pasaron cuatro años en los que parecía que la enfermedad se había ido a tomar viento fresco a otra parte, no se lo planteó siquiera. En mi caso, Adriana era casi como una hija más que una hermana pequeña, aunque el instinto de madre por mi parte fuera completamente nulo a mis alturas, ¡Si se me morían hasta las plantas! Y eso que ponía todo mi empeño en intentar que vivieran, al final solo conseguía que me duraran —un poco más de lo estrictamente normal—, los cactus y aun así, ¡Los capullos se acababan muriendo!

«No. Definitivamente tenía menos instinto maternal que las tortugas de agua salada»

Tal vez por eso no me duraban las relaciones y mi vida sentimental era más triste que la peli de Titanic, solo que en mi caso ellos no se ahogaban, ¡Se largaban! Mi último novio estable fue hace casi un año. Se llamaba Samuel y era un completo capullo que prefiero no recordar, un surfista heavy al que le molaba el rollo de intercambio de pareja y que como no quise acceder a ello, me dejó para encontrar a otra que si lo hiciera. Antes de él, estuvo el idiota alemán por el que hasta aprendí a hablar su idioma, ese duró más tiempo, pero se volvió finalmente a su país y tardo menos de lo que dura un caramelo en la puerta de un colegio en ponerme los cuernos con una alemana rubia, alta y absolutamente perfecta, —por más que Mónica dijera que era una marimacho cuando cotilleamos las fotos en su perfil del cara-libro o más conocido como *Facebook*—. Después de ellos solo había tenido un par de rollos que no habían ido más allá de cuatro besos porque no me inspiraban ni siquiera para meterlos en mi cama. Me encontraba en una completa y absoluta sequía que parecía estar incubándose a largo plazo debido a que mis amigas ya no salían conmigo de fiesta y salir sola era como colgarse un cartel de «desesperada busca sexo» en la frente. Mi situación era desesperante, como intentar ligar en medio del desierto del Sahara, puede que incluso allí consiguiera algo más que aquí, ahora que lo pensaba.

Aunque tenía claro que mi sequía iba a ser saciada en las Vegas, ¡Desde luego que sí! Así me tuviera que beber hasta el agua de las plantas del hotel, esa noche pensaba hacer un pleno, dar de lleno en la diana y encontrar un rubiazco de ojos azules tremendamente guapo con el que pagar toda mi insatisfacción sexual acumulada. Y por si alguna se lo está preguntando: si, yo tenía fijación —o fetiche—, por los rubios, altos y con los ojos azules.

No me preguntéis por qué, pero así era desde que tengo memoria.

Tan solo faltaba un día para irnos a las Vegas, había comprado los billetes de ida y vuelta para ese fin de semana en un pack de última hora si no queríamos que con tan poco espacio de tiempo hasta la boda nos costará riñón y medio, así que no había mucho margen de salida, solo tres días desde que los adquirí y avise rápidamente a las chicas. Reservé una suite en el primer hotel decente que encontré por internet y envié varios emails a diferentes relaciones públicas de varias discotecas de la ciudad que según había leído en los foros de internet parecían estar muy bien para salir de fiesta. Básicamente allí la gente iba a jugar en los casinos y beber alcohol, suponía que no sería muy difícil —en el caso de que no respondiera ninguno—, encontrar discotecas y lugares de fiesta a los que asistir. En teoría las Vegas estaría plagado de sitios así, aquel lugar era como el santuario de las despedidas de solteros.

Había sacado la maleta que acumulaba polvo debajo de la cama, es lo que tiene vivir en un apartamento pequeño, no hay mucho espacio donde colocarla que dijéramos. La abrí y lo primero que metí fue un puñado de condones que saqué del bote de Nutella que había sobre la mesita de noche —la esperanza de pillar ese fin de semana era prioritaria, más incluso que llevar desodorante—. Sinceramente no sé porqué los tenía allí, puesto que yo no traía a chicos a casa, los coloqué por tenerlos a mano cuando salía con Samuel, pero desde entonces tienen más polvo que las figuritas de escayola que hay en el mueble del salón de mi abuela —esas que no sirven pa ná, solo para mirarlas y decir; pero mira que sois feas, so jodías—. Lo segundo que metí fue ropa interior sexy, «*very important*» me dije mientras rebuscaba en el cajón apartando las braga-abuela y rebuscaba en el fondo donde estaban las buenas,. Eché las braguitas de encaje negras a juego con el sujetador y otro conjunto en tonos claros. Solo serían dos noches, pero metí dos pares más por si acaso —una nunca sabe lo que puede pasar, chica precavida vale por dos—. Después incluí un par de vestidos rollo sexy provocador de *lista para matar* sin rozar lo obsceno para la noche, zapatos de tacón, ropa cómoda para el día, un pijamilla y el cepillo de dientes... ¡Ah! Y el neceser de maquillaje que casi se me olvidaba, aunque las chicas probablemente también llevaran prefería usar el mío. Dejé fuera de la maleta unas mallas deportivas de esas que dicen: *Baby, aquí estoy yo* de colores chillones con fondo gris y una sudadera para usar durante el viaje junto a mis nikes.

—¡Aaaahhhh mi Kindle!—exclamé metiendo tanto el chisme imprescindible para los viajes porque yo sin la lectura no era nadie, como los cargadores incluido el del teléfono en el bolso que iba a llevar. Me llego a olvidar del cargador del teléfono y creo que me dan los siete males, sin teléfono no soy persona. ¡Listo!, no creía que fuera necesario llevar nada más.

—Bien, repasemos por última vez el plan —dijo Andrea para que le quedase claro. Habían venido a mi casa esa noche —era jueves—, porque saldríamos justo en unas horas hacia la gran aventura.

—Yo iré por la mañana en cuanto ella se marche a trabajar para preparar su maleta —respondí pacientemente—. A las tres en punto la esperamos a la salida del trabajo y nos vamos directamente hacia el aeropuerto, el vuelo sale a las seis. Cuando lleguemos a las Vegas después de catorce horas de avión por el cambio horario, allí serán como la una de la mañana. La idea es dormir durante el viaje para poder salir a probar los casinos y ver el ambiente la noche del viernes. Así podremos darlo todo en la noche del sábado que estaremos más descansadas. —contesté asegurándome de que se estaban enterando—. El vuelo de regreso es el domingo por la mañana y cuando aterricemos aquí será lunes por la mañana.

—Esto va a ser una matada, peor que tres clases seguidas de spinning —aseguró Mónica.

—¡Pero si te has cogido libre el lunes! —contesté. En realidad todas lo habíamos hecho, hasta me había encargado de hablar con el jefe de Sonia para que se lo diera.

—Aún así. Me va a durar esta paliza hasta las vacaciones de verano... ¡Ni eso!, ¡Hasta año nuevo! —exageró.

—Vamos carcamal, no seas exagerada. —Le recrimine a Mónica que después de todo era la mayor del grupo a sus treinta y cinco años.

—Si claro, como tu tienes un trabajo *tan agotador*... —inquirió haciendo comillas con los dedos—. Ni siquiera tienes que madrugar, ¡Como te envidio jodía! —Me reclamó con retintín y yo me eché a reír. No era la primera vez que me lo decía, también porque ella estaba algo amargada con su trabajo en la oficina por lo que nos contaba.

—Bueno va —exclamó Andrea—. Esto lo hacemos por Sonia. Además, no hay vuelta atrás, será toda una aventura y la primera vez que cruzamos el gran charco.

Eso era verdad, ninguna de nosotras había viajado fuera de Europa y aunque fuese una matada de viaje express, íbamos a visitar por fin las Américas. Mis ganas de conquista podían ser similares a las de Colón cuando la descubrió para el resto de mortales, ¡Oh dios! Mi cuerpo tenía tantas ganas de sexo que probablemente estaba más caliente que el pico de la plancha.

Las chicas se marcharon tras quedar bastante definido el plan y antes de acostarme me obligué a depilar concienzudamente todo mi cuerpo —incluyendo mis partes nobles que se hallaban con superpoblación—, traté de hacer algo con la maraña de pelo que tenía en la cabeza y que en ocasiones decidía ser rebelde como se disponía a serlo ahora. Lo conocía demasiado para saber que mañana sería una auténtica telaraña alborotada —como si llevara un nido de pájaros muertos en la cabeza—, otras en cambio, parecía no querer presentar lucha alguna contra el chisme de calor que hacía las ondas el solito, aunque hay que reconocer que fallaba más que una escopeta de feria enredándose con mis pelos de loca desatá, aún así, yo insistía como si no hubiera perdido la fe en aquel cacharro salido del infierno.

«Efectivy wonder» me dije cuando vi mi reflejo en el espejo a las ocho en punto de la mañana. En cuanto el despertador había sonado y poco faltó para que terminara estrellado contra la pared —eso me pasa por no acostumbrar mi cuerpo a madrugar—. Le hacía justicia a mi horóscopo y parecía una auténtica leona.

—Grr— gemí al espejo riéndome de mí misma por mi patético aspecto.

«Normal que no tengas novio hija mía, con esos pelos que me tienes, salen espantados o peor aún, se tiran por la ventana del quinto piso para salir antes del edificio» Aún así, metí el chisme maldito de hacer las ondas en la maleta por si al capullo le daba por hacer magia en las Vegas.

Me recogí el cabello en una cola alta y lo enrede para darme una ducha rápida mientras cantaba, —¡Es viernes, tu cuerpo lo sabeeee, tu cuerpo lo sabeeee! — al ritmo de mi voz. Por suerte estaba en la ducha, de lo contrario, llueve fijo, no es que cante mal, es que canto como el puñetero culo de mal, todo hay que admitirlo.

Debía llegar antes de las nueve a casa de Sonia, que era la hora límite para que su novio saliera de casa hacia el trabajo y así me quedaba preparando la maleta mientras tanto. Llegué justo a tiempo de verle salir. Bueno... quien dice a tiempo, dice diez minutos tarde, pero no es el fin del mundo ¿verdad? La puntualidad no es mi punto fuerte y me fijé

en que me esperaba en la puerta con las llaves en la mano impaciente por lo que sonreí de oreja a oreja para que no me reprendiera.

—Toma, aquí tienes. —advirtió entregándomelas—. Cierra con llave y después déjalas en el buzón como acordamos —me dijo mientras hacía amago de marcharse y yo entraba en su casa.

—No te preocupes, allí estarán cuando vuelvas. —Aunque no sabía como se fiaba de mi torpeza, pero suponía que las que me estaba dando serían la copia de la copia en todo caso. Estaba segura de que no se fiaba de mi, pero en aquel momento no le quedaba más remedio que hacerlo.

—¿Dónde me dijiste que os ibais? —preguntó antes de entrar en el ascensor del que yo había salido instantes antes.

—No te lo dije —respondí divertida dejándome caer en el marco de la puerta en plan rollo misteriosa.

—Venga, en serio, ¿A donde os la lleváis? —insistió.

Supuse que estaba intrigado, pero aún así me negué a revelarlo, tampoco es que pudiera oponerse, solo que prefería que lo supiera cuando ya fuera demasiado tarde. Además, ya sabía bastante del destino puesto que tuve que pedirle que tuviera a mano el pasaporte ya que lo íbamos a necesitar.

—Mejor llévate la sorpresa cuando te llame ella, ¡Ciao! —exclamé sonriente de nuevo antes de cerrar la puerta de un portazo porque dudaba que pudiera resistir un minuto más sin revelarlo. Además, había demasiadas pelis chorras sobre fiestones en las vegas como para que el hombre se traumatizara y pensara que la traeríamos de vuelta a cachitos pequeños.

Tardé un poco más de lo que pensé en encontrar todas sus cosas. Oscar —que así se llamaba el novio de Sonia a todo esto— había sacado la maleta y me la había dejado debidamente abierta y vacía sobre la cama, así como pude ver que ya estaba su chisme para las lentillas y el líquido de éstas, al igual que unas pastillas que supuse sería algún tratamiento que estaba tomando. «Ay que ver que novio más apaño tiene la jodía» pensé mientras repasaba la ropa que había colocada en su armario y que se encontraba perfectamente ordenada, «igualita que tú Celeste, que si te regalan un elefante, eres capaz de perderlo dentro de eso que llamas armario» me dije al contemplar tal pulcritud de orden.

Nah, yo no servía para ser ordenada y extremadamente cuadrículada como era Sonia. Yo entraba en el club de las normales y si me apuras... llegaba a ser una dejada, pero suponía que así éramos todas las mujeres reales, todas menos mi amiga Sonia al parecer.

Eché a su maleta algunos conjuntos de fiesta, zapatos, vaqueros, camisetas, alguna rebeca —aunque a donde íbamos, supuestamente hacía más calor que cazando camellos— y la ropa interior que no faltara, no podía dejar que la pobre estuviera sin bragas por la vida o más bien; por las Américas. Recogí su pasaporte que el bueno de Oscar había dejado a la vista justo al lado de la maleta y lo metí en mi bolso para no perderlo. Cerré

con llave y como buena chica obediente, y las metí en el buzón asegurándome tres veces de leer el nombre correcto antes de marcharme con la maleta a rastras de regreso a mi casa.



DOS



Aunque sea de un pueblo de Córdoba, vivo en Madrid. Decidí venir a la gran ciudad que nunca duerme en lugar de quedarme en Córdoba o alrededores por la salida de trabajo que aquí tendría —que, si lo llego a saber después igual no me hubiera largado— pero reconozco que también quise alejarme del pueblo y poner unos cuantos kilómetros de distancia cuando mi primer novio dejó embarazada a otra tan solo un mes después de dejarlo, seguro que también me puso los cuernos como el alemán de los cojones. No supero al alemán, es cierto, pero ¿Sabéis lo que me costó aprender el puñetero idioma de las narices para nada? Tardé ocho míseros días de mi existencia en pronunciar *Geschlechtsverkehr* que significa relación sexual para el que no lo sepa. Me indigno de solo recordarlo, porque no es que fuese a ir por la vida diciendo esa palabreja del demonio a cada alemán buenorro que me encontrara para sacarle provecho a mi esfuerzo...

Aún así intento ir poco al pueblo, solo lo estrictamente necesario; Navidad, semana santa y finito, porque por suerte en las vacaciones de verano mis padres se van a un pisito que tienen en la costa de Alicante un par de semanas y suele coincidir cuando yo me acerco a verles y de paso gorroneo gratis la playa.

—¡Hola mamá! —dije en cuanto esta descolgó el teléfono.

Había decidido llamarla de regreso a casa porque sabía que después me resultaría imposible y conociendo a mi madre, era capaz de llamar a los bomberos, guardia civil y policía nacional si no le cogía el teléfono en las catorce horas que duraba el vuelo.

—¿Tieneh fiebre? (*¿Tienes fiebre?*) —Fue toda respuesta por parte de mi madre y aquel acento andaluz tan marcado me hacía regresar a mis orígenes.

—No, ¿Por qué? —contesté confusa.

—Pué porque me está llamando ante de la dieh de la mañana y eso en ti, no é raro, é

de está borracha o enferma (*Pues porque me estás llamando antes de las diez de la mañana y eso en ti no es raro, es de estar borracha o enferma*).

Ingenua de mi por tener una madre que piensa así de su propia hija...

—¡Tener madre pá esto!, ¡Mu bonito! —Le recrimine sacando mi acento andaluz, cosa que solía hacer cada vez que hablaba con ella—. ¡Eso es tener poca fe en tu hija! Pues te llamo porque cojo un vuelo en unas horas y no creo que hablemos en todo el fin de semana.

—¿Poca fe yo? Que te guhte madrugá meno que a un mursiélago no é ná nuevo hija mía ¿A donde vah? (*¿Poca fe yo? Que te guste madrugar menos que a un murciélago no es nada nuevo, hija mía, ¿A donde vas?*) —me preguntó cambiando de tercio.

—A la despedida de Sonia, la hemos planificado para este fin de semana —contesté sincera.

—No pregunté a qué, Celeste, sino a dónde ¿Estáh evadiendo mi pregunta? (*No pregunté a qué, Celeste, sino a dónde, ¿Estás evadiendo mi pregunta?*)—preguntó perspicaz.

«Si había una ese en el vocabulario que ella pronunciara, sin duda era la de mi nombre»

—Nos vamos a Estados Unidos. —contesté sabiendo que a ella no se le pasaba ni una. No especificué donde, porque todo lo que mi madre sabría de la ciudad a la que íbamos, era lo que salen en las pelis de acción que le gustan a mi padre. Así que con lo dramática que es, pensaría que; o bien me secuestraban unos locos, o peor aún; me atacaba un tiburón en la piscina del hotel. Mejor si recibía poca información por mi parte, y hablando de piscina... ¡No cogí bikini!, ¡Mierda! Tendría que cogerlo por si acaso.

—¿Estado Unido? —gritó exagerada al otro lado del teléfono—, ¿Pero é que sus habéi vuerto locah? (*¿Pero es que os habéis vuelto locas?*) —exclamó medio vociferando—. ¡Migueeeeeeeeeee!, Que tu hija dise que se va pa el nueva yo ese de la teleeeee. (*¡Miguel!, que tu hija dice que se va a Nueva York, ese que sale en la televisión*). —La escuché gritar a mi padre

«¡Ay madre! Por más hija que tuviera en Madrid y la de veces que había venido a verme, no se le pegaba lo bien hablao ni pagándole clases»

—De toa la vida der seño, eso sa echo una fiestasilla en er pueblo y ya ehta. No ase farta irse tan lejo, hija mía. (*De toda la vida del señor, se ha realizado una fiestecilla en el pueblo y ya está. No hace falta irse tan lejos, hija mía*) —añadió mi madre para rematar.

—Bueno mamá, eso sería en tus tiempos, las cosas han cambiado ahora —dije para justificarme, aunque en realidad lo de ir a las vegas era pasarse de castaño oscuro, pero bueno, un desmadre una vez en la vida no estaba tan mal y más teniendo en cuenta que a saber cuando nos veíamos en otra como esa—. Mamá te dejo que voy a coger el metro y no hay cobertura. —Esa era siempre la excusa perfecta para cortar a mi madre que a veces se enrollaba hablando como las persianas.

—Bueno, tu ten cuidaico y llama cuando llegue ar sitio ese ¡eh! (*Bueno, ten cuidado y llama cuando llegues al sitio ese, ¡eh!*) —Terminó diciendo tras hablar con ella un poco más.

—Si, mama. Lo tendré —respondí justo antes de guardar el teléfono y entrar de verdad en el metro

Recogimos a Sonia a la salida de su trabajo, lo cierto era que casi se le cae la babilla de la cara boquiabierta que se le quedó cuando nos vio allí a las cuatro esperando en un mega-taxi cargado con las maletas. Casi no se lo creía cuando comprobó que íbamos dirección al aeropuerto.

No la dejamos que pudiera ver el destino en los billetes y como no facturamos equipaje, no fue necesario entregárselo, incluso para pasar el control yo pasé su billete por el torno para que no lo pudiera ver, aunque era evidente que tarde o temprano lo vería, y ese momento fue cuando esperábamos en la cola de embarque.

—¡No! —exclamó llevándose las manos a la cabeza—. ¿Estáis locas? —gritó atónita sin perder la vista de la pantalla que anunciaba el nombre del destino.

—Zumbadas más bien —susurró Mónica, pero con la sonrisa en la cara de aún no creerse que aquello estaba sucediendo de verdad.

—¡La madre que os parió!, ¿A quién se le ocurrió la idea? —gritó Sonia con voz chillona como si no diera crédito que fuese verdad.

Las tres me señalaron con el dedo y yo encogí los hombros.

«Culpable» pensé.

—Era de esperar... —dijo riéndose Sonia mientras volvió a mirar la pantalla donde ya comenzaba el embarque—. Tengo que llamar a Oscar, ¿Cuánto se supone que dura el vuelo?

—Catorce horas —suspiró Mónica como si sufriera dolor al decirlo.

—¡Vamos! —grité—. ¡Arriba ese espíritu que nos vamos a las Vegas! —exclamé mientras hacía un bailoteo en la cola de embarque provocando algunas risas y miradas inoportunas.

«Lo sé, a veces puedo dar vergüenza ajena» recitó mi conciencia, pero era feliz siendo así.

Los asientos eran de dos en dos, por lo que me había adelantado para ser la que viajara con un extraño al lado o de lo contrario no estaba segura de llegar vivita y coleando. Además, quería dormir, leer, más dormir y escuchar música solo que para mi desconsiderada suerte, me toco un compañero de asiento que el termino; invasión del espacio, le era completamente desconocido.

En mi vida catorce horas fueron mas tortuosas y largas, aquel niño de ocho años era un completo torbellino andante. No me extrañaba que la nueva generación fueran unos ninis que ni estudiaban ni trabajaban viendo tal ejemplo. Su madre pasaba de él como de

limpiar el polvo, acepto que yo no soy madre, pero ¿Que clase de mujer no regaña a su hijo cuando está chillando y corriendo por el pasillo de un avión?

«Dios dame paciencia, que juro que mato a alguien» Fue mi mantra durante aquellas largas y dolorosas catorce horas.

¿Qué si dormí? Si cuentan los veinte minutos hasta que aquel crio del demonio me tocó las tetas como si estuviera cogiendo naranjas del árbol y despertándome de sopetón; si. Dormí. Vvamos... ¡Que no dormí una mierda! Pero no pasaba nada, ¡Estábamos en las Vegas! Aunque fuera una zombi andante con pelos de loca y ojeras lo importante era que ¡Estábamos en las Vegas!

La suite del hotel era increíble. Por una vez había hecho algo más que decente y no como en esas pelis de las Vegas donde existe la versión cutre, me dije a mí misma hasta que vi que solo tenía un mísero baño para las cinco. Bueno, cosas peores nos habían pasado en la vida.

Decidimos salir para tantear la ciudad, al menos, probar los casinos y de paso comer algo. Las luces de la ciudad impresionaban junto a aquellos edificios, nunca me atrajo el juego de azar, pero con la emoción del momento me apetecía apostar como en las películas de James Bond en las que dices; *todo al rojo*, con voz ronca mientras suena esa musiquilla en tensión expectante y ves como gira la ruleta a cámara lenta hasta que sale el color ganador. Pero olvidaba que en mi caso no nací con una estrella en el culo, sino estrellá, así que me quedé más pela que una pava en navidad en cuestión de diez minutos. Terminamos como a las seis de la mañana tomando smothies de sabores dulces en un bar rollo años cincuenta, riéndonos de los chistes más absurdos y malos que había contado alguna vez el marido de Mónica.

«Esta noche, es tu noche Celeste» Me dije mirándome al espejo fijamente. Nos habíamos levantado tarde y apenas nos dio tiempo de hacer ruta turística por la ciudad, por lo que decidimos arreglarnos pronto para aprovechar al máximo la noche.

Saqué el móvil del minúsculo bolso, eran las dos de la madrugada de allí, pero me fijé en el mensaje que tenía con los pases de invitación a una discoteca selecta que había en la ciudad, una donde sin duda, sí habría mercancía decente que catar. Arrastré a mis amigas hasta allí desde el tugurio en el que nos encontrábamos que comenzaba a ser más que deprimente, por suerte no estaba muy lejos y cuando entramos a esa discoteca supe que la noche iba a cambiar y que algo bueno iba a pasar, era como un presentimiento.

Las camareras se paseaban con unos botecitos que parecían probetas de ensayo cuyo contenido brillaba en la oscuridad. Sinceramente, me importaba un cuerno si eso era legal o no, quería beberme al menos ocho botes de esos de color hipnótico, esperaba que aquello fuera lo bastante fuerte para dejarme sin sentido.

—Ese de allí te está mirando —me dijo Andrea mientras estábamos en la pista de baile. Con todo mi descaro miré en la dirección que me indicaba mí amiga, llegados a ese punto había perdido cualquier tipo de disimulo.

Ser la única soltera del grupo tenía sus ventajas; *todos eran para moi*, solo que eso

incluía a los feos también y yo no estaba aún tan borracha.

—¿Ese? —gemí— ¡Pero si tiene menos cuello que un muñeco de nieve! —exclamé rodando los ojos mientras paseaba la vista por todo el lugar. Observé a un tipo que venía hacia mi en ese instante, y cuando hizo un amago de sonrisa, vi que tenía mas dientes que la caja de cambios de un tanque, así que hui hacia la barra despavorida. Mi desesperación no rozaba aquellos límites, al menos aún no.

Volvía tan contenta hacia la pista con mi surtido de chupitos-probetas para las chicas que maldije a todos los demonios habidos y por haber cuando aquel tipo se interpuso en mi camino haciendo que ambos nos empapásemos de aquel alcohol hipnótico.

—¡Diez minutos de mierda esperando en la barra para que un mindundi guiri de pacotilla se cruce en mi camino! —gemí siendo consciente de que no me entendería—. ¡Joder! —exclamé intentando en vano airear el líquido, pero el vestido estaba tan pegado a mi cuerpo que era imposible.

—Disculpé, apareció sin más —escuché y me quedé boquiabierta. Era alemán, ¡El maldito mindundi era ALEMÁN!

No podía ser de otra nacionalidad. No. ¡Tenía que ser un jodido alemán!

En ese momento fui a enfrentarme a él con el ceño fruncido a decirle cuatro cosas en su idioma sobre todas las palabrotas que había aprendido. Iba a maldecirle a él y a toda su familia cuando me encontré con aquellos ojos azules y con el tío mas guapo que había visto en toda mi mísera existencia. ¡La madre que pario al mindundi de las narices! Visto así... ya podía tirarme todas las probetas de la discoteca si le daba la gana que yo estaría más que encantada.

No supe cuanto tiempo me quedé observándole fijamente, porque lo más curioso de todo es que él hizo lo mismo, como si el tiempo se hubiera detenido, como si no existiera nada más.

—¡Has venido!, ¡He ganado la apuesta! —Un tercero en discordia hizo que por fin pestañeara, al hacerlo volví a escuchar la música.

—Si, justo he llegado ahora —escuché que le contestó en su propio idioma.

—¿Viene ella contigo? —preguntó mientras me miraba con un amago de sonrisa cómplice.

—No —atajé revelando que les entendía—. Tu amigo me tiró todas las copas que llevaba encima, así que me las debe.

No me esperé que por toda respuesta recibiera una sonrisa, ¡La madre que me parió! Estaba segura de que mis bragas estaban mojadas y no precisamente por las copas que me había tirado encima. Me iba a dar un colapso nervioso si seguía mirando al buenorro rubio que tenía delante. Qué calor hacía de pronto, ¿no?

—¿De donde eres? —preguntó cuando esperábamos de nuevo en la barra.

—España, ¿Y tu?, ¿De qué parte de Alemania eres? —Aún no podía creerme que

estuviera hablando con el mindundi guiri, ¡Dios!, estaba tan bueno... igual sí era mi noche de suerte después de tanta sequía.

—Digamos que de una pequeña ciudad al Noreste del País —contestó evadiendo la pregunta. Me daba igual de donde fuera mientras terminara en una cama conmigo aquella noche.

De pronto apareció un supuesto amigo suyo, nos traía unos chupitos que al parecer eran increíbles así que ambos los tomamos, aunque él con más reticencia que yo que me lo tomé sin pensar siquiera de qué se trataba. Aquello no estaba fuerte, sino que literalmente ardía. Más tarde supe que aquellos chupitos —porque me tomé al menos tres—, tenían el noventa por ciento de puro alcohol y después todo fue confuso...

—¡Joder!, ¡Me va a estallar la cabeza! —gemí en un gruñido del que probablemente exclamé algo como «oé aaa aaa» y escuché el leve tonito de mi móvil, parecía provenir de algún lugar lejano de la habitación y de pronto se calló.

La luz se filtraba por alguna parte y me removí sobre la cama rozándome con las sábanas. Estaba desnuda porque sentía la suave tela rozando con mi piel, hasta que di con una fuente de calor a mi lado, ¡Estaba desnuda y con un tío en la cama! Procesé rápidamente, Por qué era un tío, ¿no? Me dije mientras me giraba y veía la ancha espalda desnuda que dormía boca abajo. Suspiré. Tenía el cabello rubio y cuando me incliné para poder ver su cara, me fijé en que era el buenorro alemán de anoche, ¡Maldita sea mi estampa! Me acuesto con un dios bajado del olimpo para conceder mis más excitados deseos y me castiga sin que me acuerde de nada. ¡Si es que nací estrellá!, ¡Nací estrellá!

El teléfono comenzó a sonar de nuevo y recorrí la habitación mientras encontraba el maldito bolso que al final estaba —no tengo idea de porqué— colgado de la barra de la cortina en una especie de saloncito que había al entrar a la habitación. Pero ¿Quién demonios lo había puesto ahí? Yo desde luego no.

Arrastré el sillón que había hasta la pared y me subí para poder cogerlo puesto que no había más mobiliario que esos silloncitos en la estancia. ¡Malditos genes que me habían dado un metro sesenta de estatura!, ¡No llegaba! Así que como no tenía nada mejor que hacer, me subí al respaldo del sillón y justo en el momento en el que cogí el bolso, cedió y mi culo se estampó contra el suelo mientras la barra de la cortina cedía y medio hotel debía pensar que el edificio se caía.

—¡Joder!, seguro que le he despertado —gemí mientras me encerré en el baño y saqué el teléfono.

¡Mi madre!, ¡Son las diez y el vuelo sale dentro de una hora!, ¡Ay joder!, ¡joder!, ¡joder! Decía mientras daba pequeños saltos de ansiedad. Ni siquiera sabía donde cojones me encontraba. Vale, que no cunda el pánico. Vi las treinta llamadas perdidas de mis amigas y llamé a Sonia porque era la más serena en casos de pánico. Por algo era abogada.

—¡Donde estas! —No era una pregunta sino una exigencia.

—Voy en taxi de camino al aeropuerto —mentí como una condenada. Estaba apurada. Me envolví en una toalla para salir de la habitación y unos ojos azules me observaban algo

confuso—. Los billetes están en mi bolso, llegaré a tiempo, díselo a las chicas —dije antes de colgar.

—Disculpa, ¿Cómo te llamabas? —exclamó con una evidente resaca. No le culpaba, yo tampoco recordaba su nombre.

—Celeste —contesté mientras me ponía el vestido sin esmerarme en encontrar la ropa interior. No tenía tiempo—. Tengo que irme o perderé un vuelo... —dije alargando la voz porque no recordaba su nombre, en mi mente solo se quedó como el buenorro alemán.

—Bohdan, mi nombre es Bohdan —contestó intentando sonreír por que era más que evidente que ninguno recordaba lo que allí había pasado.

—Muy bien Bohdan, pues ha sido un placer —admití maldiciendo tener que irme.

—Lo mismo digo, Celeste.

Genial. ¡Condenada mala suerte! Si es que el karma me odia. ¡Literalmente me odia! Mira que dadme a este bombón con patas para no recordar absolutamente nada... ¡No es justo!

Iba a irme cuando un sentimiento extraño me detuvo, a pesar de que llegaba tarde y que con toda probabilidad gracias a mi inexistente estrella en el culo perdería el vuelo. Saqué una de las tarjetas que solía llevar en mi monedero de presentación, allí aparecía mi teléfono y la dejé sobre el aparador mientras él me observaba.

—Por si alguna vez visitas España —mencioné antes de salir corriendo.

«Igual le toca un viaje y me llama» suspiré como si eso fuera posible...

Iba en el taxi retorciéndome las manos a cada minuto que pasaba, me di cuenta entonces de que llevaba un anillo en el dedo. Yo no usaba anillos, me molestaban para escribir y de ahí la poca costumbre en llevarlos, ¿De donde había salido? Justo iba a quitármelo cuando el taxi se detuvo y vi que había llegado por fin al aeropuerto.

¡Bendito seas, Dios!, Te juro que a partir de ahora seré buena, y me limitaré a comer un bote de Nutella al mes, ¡Te lo prometo! Me quité los zapatos y corrí descalza como una auténtica posesa por aquel infernoso aeropuerto que era más largo que un día sin pan.

—¡Estoy aquíii! —Grité cuando vi a Mónica de lejos al teléfono y las tres caras de mustias que tenía al lado por amigas. Me iba a caer la mundial, pero en el fondo, nos reiríamos de aquello durante todo el vuelo.

Cuando fui a cambiarme para ponerme cómoda en el baño del avión, vi el careto que llevaba en aquel minúsculo espejo. ¡Era un mapache! La mascara de pestañas se había corrido y el lápiz de ojos estaba churretosamente acentuando mis evidentes ojeras por el cansancio. Eso sin contar con los pelos de loca desatá que llevaba ¿Es que a nadie se le había ocurrido decirme nada?

«Ilusa de ti si crees que con esa cara que ha visto el buenorro alemán te va a llamar, ¡Ja!, como si no tuviera otra cosa mejor que hacer con la de tías buenas que habrá en su país» bufé en mis adentros mientras resoplaba y trataba de adecentar mi careto.

Sin ser consciente de vuelta en el asiento y a punto de conciliar el sueño, recordé el anillo que llevaba y al quitármelo vi una inscripción en él; Bohdan Vasylyk I. Sin duda era del alemán, tal vez sí que me llamara después de todo, aunque solo fuera para recuperar aquella joya que le pertenecía.

No supe el momento en el que cerré mis ojos de puro agotamiento, pero sí cuando llegamos de nuevo a Madrid. El ruido de las ruedas del avión chocando con el asfalto de la pista de aterrizaje me hizo abrir los ojos de pronto y aunque hubo tres segundos en los que no sabía donde me encontraba puesto que yo me hallaba feliz en mi mundo de sueños con el rubiazo de ojos azules que había dejado hacía tan solo unas horas atrás en una bella cama, supe que la realidad me daba de bruces en toda la cara.

«Bye, bye rubiazo buenorro» gemí en mis adentros.

Y pensar que tendría que volver de nuevo a esa rutina espantosa... a escribir esas historias absurdas románticonas. Yo quería escribir novelas de misterio policiacas, dramas auténticos, incluso novela erótica. Tal vez muriera sin ver cumplir mi sueño de pasar por una librería y ver un libro escrito con mi nombre en el escaparate colocado en primera línea porque era un bestseller.

Esperamos un buen rato mientras colocaban el chisme ese que va acoplado al avión, para que se bajen los pasajeros. Sonia lo llama finger, pero a mi el nombrecito me recuerda a los finger de pollo y por eso le llamo “chisme ese” que es más propio.

No veía la hora de darme una buena ducha calentita, me había cambiado en el avión para ponerme de nuevo el chándal poco discreto pero ultra-mega cómodo y mis súper nikes a juego. Así que una vez que bajamos del avión justo en la salida del embarque vimos que había que pasar una especie de control a juzgar por la gente que allí había uniformada y que pedían el pasaporte a todo el mundo. Pensaba que ese tipo de controles solo se daba en vuelos potenciales de los que se pudiera exportar droga, pero al parecer también lo hacían allí con los provenientes de Nevada.

Entregué mi pasaporte y puse carita de buena chica como hacía siempre con la típica sonrisita que tu madre te enseña de pequeña para las abuelas, esa que dice; no he roto un plato en mi vida, aunque fuese una mentira más grande que un elefante.

—¿Es usted la señora Celeste Abrantes? —preguntó de pronto el hombre al que le entregué mi pasaporte. Era bastante alto, con rasgos de guiri alemán ahora que me fijaba, pero no tenía acento al hablar o al menos no en la pregunta que me había formulado.

—Si —contesté afirmativa. ¿Acaso era idiota? Le había entregado mi pasaporte con mi foto. No es que esperase que le dijera que no, que era robado o algo así.

—Acompáñeme —contestó mientras me hacía un gesto con la mano y avisaba a otro compañero por una especie de walkie talkie.

¿Qué?, ¿Acompañar?, ¡No!

—Pero ¿Por qué? —pregunté confundida mientras miré a mis amigas y estas se quedaron con caras de pasmadas al ver cómo me llevaban.

—Entregue su maleta al personal, señora Abrantes —respondió sin contestar a mi pregunta.

—¿Qué?, ¡Ni hablar! —exclamé—. No pienso perder de vista mi maleta, ¿Y si le meten algo? No. No. No. Si me van a acusar de algo quiero saberlo ya.

Había visto demasiadas pelis policiacas, lo reconozco y más aún sobre detenciones de drogas en controles de aeropuerto.

—Esta bien, como usted desee, pero debe entregarme su teléfono por ahora.

—¿Mi móvil? —casi grité.

—Solo es por seguridad, más tarde lo entenderá.

Se lo entregué porque no tuve más remedio a pesar de que se lo di con todo el dolor de mi corazón. Posteriormente me llevaron a una sala e hicieron que me sentara a esperar. Era una habitación únicamente adornada con una mesa y tres sillas sueltas completamente diferentes una de otra. Más poca sintonía no podía tener, era cutre a más no poder, como si estuvieran cortos de presupuesto.

Esperé al menos un cuarto de hora, no tenía móvil para poder comprobarlo, pero aquel cuarto de hora me parecía eterno. Finalmente, la puerta se abrió cuando estuve a punto de levantarme y salir pensando que tal vez se habrían olvidado de mi. A saber qué estaban haciendo con mi teléfono.

Entraron dos personas; un hombre canoso de mediana edad que se conservaba bastante bien y una mujer algo más joven pero que parecía demasiado seria, tal vez era por su forma de vestir tan recatada.

—Buenos días señora Abrantes —dijo la voz masculina con gran acento marcado.

¿Otro que me llamaba señora?, ¿Tan mayor parecía? Me había lavado la cara y ya no tenía ojos de panda. No es que estuviera muy presentable pero tanto como para llamarme señora, no. Me hacía parecer un vejstorio.

—Buenos días —contesté educadamente como mami me enseñó—. ¿Me van a decir porqué estoy aquí? —añadí para ir directamente al grano de la cuestión.

—Si. Por supuesto —confirmó sin dudar—. Mi nombre es Dustin y ella es Amara, aquí tiene su terminal —dijo entregándome mi teléfono que cogí con desesperación, había pasado quince minutos separada de el y lo echaba de menos—. Hemos comprobado que está limpio.

—¿Limpio? —No pude evitar preguntarlo en lugar de solo pensarlo.

—¿Qué recuerda usted de anoche? —preguntó la mujer consiguiendo que la observara. Menudo corte para cambiar de conversación.

—Que salí de fiesta con mis amigas y bebí un poco, ¿Por qué? —dije sin darle importancia. ¿Es que acaso habría pasado algo?

—¿Conoce usted a Bohdan Vasylyk? —preguntó ahora el tal Dustin.

¡Mierda!, ¿El Alemán?, ¿Todo eso era por el alemán buenorro?, ¡Maldita sea mi estampa si me había acostado con un asesino o algo peor!, ¡Dios!, ¡Que no sea un violador! Si es que no podía tener suerte por una jodida vez en la vida. Al menos no lo recuerdo... ¿Y si es un tipo retorcido y peligroso? Peor aún, ¡Un narcotraficante! ¡Y le había dado mi puñetero número de teléfono! En cuanto saliera de allí cambiaba de número...

—Creo que sí —afirmé. Pensé en negarlo, pero llevaba un maldito anillo con su nombre que, si lo llego a saber, ¡Me lo trago!—. Pero le conocí anoche en una discoteca, apenas pasamos tiempo juntos, no lo conozco... no tengo nada que ver con él.

—En realidad sí tiene mucho que ver con él. Deberá acompañarnos inmediatamente.

¡Ay no!, ¿Quién mierdas era ese tío? Con la carita de ángel que tenía. Fijo que era un atracador, violador, asesino... los de cara de ángel eran los peores. ¿Y qué le voy a decir yo a mi madre cuando le diga que me han detenido? Si no muero en la cárcel, fijo que me mata ella misma si es que salgo con vida. Vi como mi vida pasaba a cámara rápida por mi mente.

—Pero ¿Ir a dónde?, ¡Juro que no he hecho nada!, ¡No recuerdo nada! Yo no sé qué...

—Señora Abrantes, es mejor que trate de calmarse —dijo la mujer con voz pausada interrumpiendo mi evidente discurso acelerado.

—¿Qué me calme?, ¡Me está pidiendo que me calme cuando me va a detener! —grité alterada.

Eso no me estaba pasando a mi. Era una pesadilla, un mal sueño. ¡Era el jodido infierno!

—Nadie va a detenerla, pero no podemos permitir que se marche. Se está preparando su transporte en este instante.

¿Qué no podían permitir que me marchara?, ¿Preparar mi transporte?, ¿Qué carajos estaba pasando ahí?

—Quiero un abogado, ¡Exijo ver a mi abogada! —grité. Sonia no debería estar lejos de allí.

—No creo que sea necesario, como le hemos mencionado no está detenida, simplemente se trata de su seguridad.

—¡Me quieren decir de una maldita vez entonces por qué demonios estoy aquí! —exclamé aporreando al mismo tiempo la mesa.

Si no estaba detenida, ¿Entonces porque no dejaban que me fuera?, ¿Por mi seguridad?, ¿Tan peligroso era ese tío para tener que vigilarme y custodiarme? Observé como la pareja se miraba y ella asentía.

—¿Me presta un segundo el anillo que porta en su mano derecha? —preguntó haciendo que me contrariara. Esperaba una respuesta, no otra pregunta, pero si aquello me daba respuestas, lo haría.

Le entregué el anillo y esperé impacientemente.

—Lea la inscripción usted misma —dijo mientras lo acercaba a mi rostro.

—Bohdan Vasylyk I —contesté sin necesidad de leerlo detenidamente.

—¿No reconoce ese nombre? —insistió.

—No —afirmé. —Ya le dije que no conozco a ese hombre, apenas si tengo un recuerdo de él.

—Bohdan Vasylyk I es el príncipe y futuro heredero de la casa real de Liechtenstein. Anoche, usted contrajo matrimonio con él.

Si en ese momento me pinchan, no sangro. Estoy segura.

—No... —susurré moviendo los dedos índices de ambas manos—. Eso es una confusión, es imposible...

—Estamos aquí por orden expresa de su alteza y como tal, debemos llevarla lo más pronto posible hacia Liechtenstein, antes de que la noticia se divulgue en la prensa.

Aquello no podía ser posible, ¿Cómo me iba a casar yo sin recordarlo? Era imposible. ¿Con un príncipe?, ¡Ja! Eso tenía que ser una broma... una broma pesada de mal gusto y muy bien realizada. ¿Dónde estaban las cámaras ocultas?

Pero resultó que no era broma. No era una maldita broma de una de mis petardas amigas. No. Al parecer sí que me había casado y visto que tenía que hacerlo a lo grande, pues voy y me caso con un príncipe sin enterarme. Un maldito príncipe alemán.



TRES



Me perdí en el momento en el que aquella mujer que no paraba de hablar mencionó que el linaje de los Liechtenstein ascendía a no se cuántas generaciones de intachable respetuosidad y bla bla bla. En esos momentos no estaba el horno para bollos, mi cabeza aún no procesaba que me había casado con un desconocido, ¡Yo! Vale que no sea la persona más responsable del universo, pero de ahí a perder el norte de aquella forma... aún no me lo creía. Es más, tal vez ni me lo creyera hasta que no viera un papel firmado con mi nombre. A juzgar por todo aquel tinglado que se había montado, ese dichoso papel debía existir o no habrían montado todo ese circo.

—¡Mierda!, ¿Mis amigas lo saben? —exclamé de pronto en el transcurso del vehículo hacia mi casa donde debía recoger mis pertenencias de forma apresurada y posteriormente volver al aeropuerto para tomar un avión privado rumbo hacia Liechtenstein.

—Las señoritas solo saben que usted forma parte de una investigación de vital importancia. Nada más. —aclaró Dustin. Me empezaba a caer mejor él que la tal Amara que parecía demasiado estirada.

Suspiré aliviada, probablemente Sonia hubiera mencionado algo al respecto de no ser así, ¿Estarían preocupadas? Iba a preguntar si podía llamarlas cuando...

—Nadie puede saberlo. Aún no se sabe como la noticia se ha filtrado a la prensa, pero hemos conseguido retener la publicación hasta mañana. Por tanto, hoy la casa real de Liechtenstein deberá emitir un comunicado anunciando oficialmente su compromiso antes de que comiencen los rumores cuando la noticia de su matrimonio en las Vegas se haga eco mundial.

—¿Qué? —exclamé atónita. ¿Todo el mundo iba a saberlo? —¿Es que no pueden pagarles para que no publiquen nada? —exclamé atónita.

—Debería conocer mejor el mundo de la prensa señora Abrantes, más aún teniendo en cuenta que es usted periodista —contestó la tal Amara con voz irritante.

Probablemente pensara que no estaba a la altura de las circunstancias. Yo también lo

pensaba y más aún si me veían con aquellas pintas de chándal macarra y pelos a lo loco sin una gota de maquillaje que al menos me diera mejor color de cara.

—Yo soy escritora, por si no se lo han comentado —contesté secamente.

—Sabemos todo sobre usted, señora Abrantes —afirmó ella.

¿En serio?, ¿También sabían que no llevaba bragas en ese momento? Porque las que llevaba me las dejé en la habitación del buenorro alemán a saber dónde y mis amigas no abrieron el cajón de una de las cómodas donde metí la ropa interior.

«Todos mis conjuntos de no-abuela a freír espárragos»

Llegamos a mi casa y en realidad, no me preguntéis para qué puñetas fui, porque no me dejaron coger ni una sola cosa. No pude tocar ni mi ordenador. Todo fue meticulosamente metido en maletas rígidas acolchadas y colocado cuidadosamente. En menos de quince minutos habían metido mis pertenencias en aquellas maletas y me despedía de mi pequeño piso en Madrid.

—Nuestros agentes se encuentran en casa de sus padres en estos momentos para tomar el control de la situación. —Habló Dustin y yo palidecí. ¿Mis padres?, ¡Mis padres! ¡Ay que mi madre me mata!—. Es mejor que usted misma les de la noticia para que reciban las instrucciones adecuadas de como actuar ante estos casos.

Dicho esto, vi como me pasaba el teléfono. No estaba preparada para eso, ¿Qué leches? ¡Si ni yo misma me lo creía! Todavía esperaba que saliera el tío de la tele diciendo: ¡Esto es una cámara oculta! Lo juro... por eso miraba a mi alrededor buscando las cámaras que grababan, tal vez la llevara alguno de esos dos en la ropa bien camuflada.

—¿Celeste? —reconocí la voz de mi madre.

—Mamá —susurré.

—¿Qué ha pasao? ¿En qué lio tas metío? (*¿Qué ha pasado?, ¿En qué lio te has metido?*)—exclamó mi madre.

—Mamá yo... —¿Cómo demonios se lo decía?

—Te han pillao con la cosa esa verde ¿no? (*¿Te han pillado con la cosa esa verde, ¿no?*) —chilló—. Si ya decía yo a tu padre... la niña vera tu... la niña no ta pa irse sola... ¡Dio mío!, ¡En qué carajo estaba pensando!, ¡Tú me quiere matá de un dihguto! (*Si ya le decía yo a tu padre... la niña verás tu... la niña no está para irse sola... ¡Dios mío!, ¡En qué demonios estabas pensando!, ¡Tú me quieres matar de un disgusto!*). —Noté como mi madre estaba sulfurada y cuando lo estaba no paraba de hablar, como si le dieran cuerda igual que al reloj de cuco.

—¡Mama para! —grité consiguiendo que lo hiciera.

—¡Dime que no etá en er nueva yo ese o por ahí!, ¡Que ar meno pueda visitarte en una carse española! (*¡Dime que no estás en el Nueva York ese o por ahí!, ¡Que al menos pueda visitarte en una cárcel española!*)—gritó.

—¡Mamá que no estoy detenida!, ¡Ni voy a ninguna cárcel!, ¡Ni llevaba marihuana! Y

de paso te aseguro que no tomo drogas. —Para una vez que mi madre me pilló con una minúscula cantidad de marihuana cuando tenía diecisiete años, me lo recordará el resto de mis días...

—¿Entonsé que é to eto? (*¿Entonces qué es todo esto?*)—exclamó chillando mientras atronaba mi oído. Me la imaginaba gesticulando con las manos y todo.

—Pues que me he casado en las Vegas —solté así sin más, de una bofetá en la cara para que doliera menos el impacto.

—¿Queeeeeeeeeee? —gritó

Cerré los ojos mientras me pasaba una mano por la cara pidiendo clemencia a Dios.

—Me has entendido perfectamente mamá. —No quise repetir que me había casado porque eso parecía que estaba muy distante de mí, a pesar de llevar el anillo en mi dedo.

—¿Pero?, ¿Pero?... —Por primera vez en mi vida a mi madre no le salían las palabras—. ¿Con quién tas casao? (*¿Con quién te has casado?*)—exclamó exigente—¿Un imigrante?, ¿Un sin papele? ¿O pa qué demonio te casa así de sopetón? (*¿Un inmigrante?, ¿Un sin papeles?, ¿O para qué demonios te casas así de pronto?*)

Bufé, lo cierto es que no me sorprendían sus preguntas.

—Pues no mamá. No es un inmigrante que busca papeles. —Volví a resoplar—. Es un príncipe.

Y esta vez no hubo ni qués, ni porqués, ni con quién, ni para qué... yo creo que mi madre se había literalmente desmayado de la conmoción.

—¿Mama? —gemí esperando que volviera a reaccionar o al menos una señal.

—¿Prínsipe? (*¿Príncipe?*) —la oí susurrar—, ¿Con Castillo y tó? (*¿Con castillo y todo?*). —Cualquiera diría por su tono de voz que parecía estar soñando.

—¡Y yo que sé! —grité. Como si lo que me preocupara en aquellos momentos era un maldito castillo, ¿Lo tendría?, ¿Viviría en un castillo y toda la mariquinienta de lazos, cojines de tafetán, alfombras persas...? Para el carro guapita de cara que esto no es real. N-o e-s r-e-a-l, N-o e-s r-e-a-l, N-o e-s r-e-a-l. Y seguí repitiéndomelo como un mantra hasta que escuché la voz de mi madre.

—¡Vera tu cuando se lo diga la Mersede!, ¡Y la Jasinta!, ¡Y la Paquita!, ¡Y la Agu... (*¡Verás tú cuando se lo diga a Mercedes!, ¡Y a Jacinta!, ¡Y a Paquita!, ¡Y a Agu...*)

—¡Y de paso tó el pueblo! —le grité. Hace un momento me tacha de drogadicta y ahora le quiere contar a todo el mundo que me he casao. No hay quien entienda a las madres, será por eso que el instinto maternal no me llega—. No le vas a contar a nadie nada mamá, ¿Entendido?

—¿Qué é to este tinglao que hay aquí montao niña? (*¿Qué es todo este lio que hay aquí montado niña?*) —escuché la voz de mi padre a lo lejos.

—¡Migueeeeeeee! (*¡Miguel!*)—chilló mi madre—. ¡Que la niña se ha casao con un prínsipeeeeeeee! (*¡Que la niña se ha casado con un príncipe!*) —la oí gritar.

Le ha faltao tiempo vamos... antes se lo digo, antes lo suelta.

—¿Qué la niña qué? —escuché la voz de mi padre ahora más cerca y después como discutía con mi madre en lo que suponía era quitarle el teléfono.

—¿Qué é eso que dise tu madre de que tas casao? (*¿Qué es eso que dice tu madre de que te has casado?*) —Su voz me infundía respeto. Era seria y podía casi jurar que tenía el ceño fruncido.

—Papá, es muy largo de contar —mentí. Porque se podía resumir en dos palabras: me emborraché. Pero prefería tener una historia mejor que contar que aquella—. Y te tengo que dejar porque debo coger un vuelo, me han dicho que las personas que están ahí os contarán todo.

Y allí estaba yo tres horas después bajándome de un avión privado y entrando en una limusina que supuestamente me llevaría hasta la familia de “linchentes” —soy incapaz de recordar el nombrajo extraño ese que la amargada no paraba de repetir, quizá por eso era incapaz de recordarlo— y como ni me habían dejado darme una ducha por falta de tiempo, seguía con mi funesto chándal macarra llamativo.

Mi móvil había desaparecido junto a mis pertenencias, ni tan siquiera llevaba mi bolso con mi documentación, ¿Sería para que no me escapara? Probablemente. No hablé con nadie durante el camino porque aquellos dos que me habían acompañado desde el principio no paraban de teclear el móvil o hablar por teléfono.

—Hemos llegado —dijo Amara sin soltar el teléfono, pero observándome con el ceño fruncido.

Bajé de la limusina y sentí el aire fresco, mucho más fresco que en Madrid a pesar de estar en primavera, incluso me estremecí pero es que yo era demasiado friolera, todo hay que admitirlo. El frío me hizo ser consciente del lugar.

—Ay mi madre... —susurré. Aquello no podía ser real, ¡Tenía un Castillo! Y no uno cualquiera... ¡Era un Castillo enorme! Creo que si mi madre lo ve si que le da un soponcio de los buenos. Eso y se mete de ocupa a vivir allí, dicho sea de paso.

La cosa no mejoró para mi absoluto estupor cuando accedí al interior; el mármol, los frescos, las bóvedas, las estatuas, el lujo de aquel lugar era grandioso e innato. Si había algo que desentonara con el lugar, solo era yo, no pegaba ni con pegamento del caro.

—Pase —indicó Dustin—. Su alteza llegará enseguida.

—¿Su alteza? —susurré aterrada. ¿A quién se refería?, ¿Al buenorro alemán?, ¿iba a verle?

—Así es. —No me contestó, pero sí que me empujó hacia el interior de una sala y cerró la puerta casi en mis narices dejándome allí encerrada.

Me giré, pero allí no había nadie. Estaba sola, en lo que parecía ser un despacho o

biblioteca a juzgar por la mesa de color caoba que había en mitad de la sala sobra una enorme alfombra y las estanterías abarrotadas de libros que había detrás de ella.

Por las ventanas se filtraba poca luz. Ni siquiera tenía idea sobre qué hora sería, había objetos que llamaban poderosamente mi atención por todas partes sobre pequeñas mesas y descubrí un pequeño rinconcito que parecía el lugar perfecto para una hermosa tarde lluviosa de lectura.

La puerta se abrió en ese momento y me giré instantáneamente. Una figura masculina perfectamente trajeada apareció como una visión a mi vista. ¡Oh Dios mío! Acababa de mojar mis bragas, ¡Mierda!, ¡Que no llevo bragas!

—Buenas tardes, Celeste. Nos volvemos a ver. —Habló el dios de dioses, porque ese tío estaba más bueno de lo que había llegado a imaginar ¿Por qué no lo recordaba tan guapo en mis vagos recuerdos? ¡Joder, joder, joder! ¡Y yo con unas pintas de loca salida del manicomio!

—Y yo que pensaba que no me llamarías... —Fue lo único que se me ocurrió contestar cuando mis neuronas decidieron funcionar.

—Me atrevería a decir que hice mucho más que llamarte. —Su amago de sonrisa me hizo abrir la boca y con toda probabilidad comenzaba a escaparse la babilla ante semejante belleza personificada.

¡Despertad neuronas!, ¡Alerta roja!, ¡Piiiiiiii!, ¡Pónganse en funcionamiento por una puñetera vez en su vida!

—Eh... siu... sii... yo... —balbuceé sin apartar la vista del dios de dioses.

—¿Te encuentras bien? —mencionó acercándose a mi.

¡La madre que lo parió!, ¡Si de cerca es más guapo todavía! Mis ojos se debieron abrir aún más porque noté como fruncía el ceño ante mi gesto. ¡Si hasta serio y taciturno ese hombre debía ser un adonis andante! En ese momento noté el perfume varonil.

—Me he muerto y estoy en el paraíso... —susurré en voz baja sin ser consciente de que lo había pronunciado en voz alta.

—¿Cómo ha dicho? Mi dominio del español no es muy fluido.

¿Qué? Yo y mi traicionero subconsciente del demonio. Bendito sea Dios que no hablaba bien español para entenderme.

—Es que estoy muy cansada. —Hablé en su idioma. No si después de todo iba a terminar agradeciendo al idiota alemán haberlo aprendido después de todo.

—Es cierto. Han sido más de diecisiete horas de vuelo y no debe estar habituada a viajes tan largos.

Pues va a ser que no. Mi cuenta del banco te puede contar mejor que yo lo que viajo. Además, ¿Es que alguien puede no pasar durmiendo un día entero después de aquella paliza de avión? Que vale que una va con el culo aplastado todo el trayecto y puede dormir, pero yo estaba muerta-matá. ¿Que ritmo de vida llevaba ese hombre?

—Bueno... acostumbrada lo que se dice acostumbrada; pues no. —Suavicé la respuesta.

«Control Celeste, control. No hagas justicia a tus pintas».

—No la entretendré mucho tiempo. Mañana será un día demasiado intenso y debe estar descansada.

—¿Intenso? —Mi cabecita pensaba muchas cosas relacionadas con esa palabra y aunque frenaba mis impulsos, todas me llevaban hacia el mismo lugar.

«¡Eres una calenturienta sin remedio!» Me reprendí.

—Siéntese un momento por favor. —Me indicó una de las sillas que había delante del escritorio de caoba que estaba en medio de aquella sala y asentí mientras él se dirigía hacia el asiento principal tras la mesa. Presentí que aquel lugar era únicamente utilizado por él.

—Encontré este documento unos minutos después de que se marchara del hotel aquella mañana —dijo mientras me enseñaba el documento.

Le eché una ojeada y parecía un modelo general con letras medio góticas y luego dos espacios en blanco rellenos a mano. El título decía “Certificado matrimonial”, evidentemente todo en inglés. En el papel figuraba el nombre de los interesados, en este caso Bohdan Vasylyk y Celeste Abrantes. En la parte inferior indicaba la fecha y supuestamente las firmas. Por lo que me fijé, la mía era casi un garabato, pero reconocí que se asemejaba bastante a mi firma original. No pondría en duda que la hubiera hecho estando borracha teniendo en cuenta que no recordaba absolutamente nada de esa noche.

—No recuerdo haber firmado esto —aseguré.

—La legalidad del documento y autenticidad de mi firma, me lleva a creer que la suya también es auténtica puesto que amaneció a mi lado aquella mañana y es su nombre el que figura junto al mío. ¿Reconoce esa firma como suya? —preguntó interesado.

—Se parece. Aunque no podría afirmar que...

—De todos modos, eso ahora es lo menos importante —intervino dejándome a medias en mi respuesta.

Pues si enterarte de que te has casado con una desconocida con pintas de loca, extranjera, pobre —porque no olvidemos que aquí los ricos se casan con ricos— y de sangre roja, —nada de azul—, no era lo importante, ¿Qué mierdas era más importante aún? Espera que estoy en un castillo delante de un príncipe y no puedo decir “mierdas” o mi madre me lava la boca con jabón del barato... ¡Lechugas!

—Como ya le habrán informado, alguien filtró la noticia a la prensa aquella misma noche. Al parecer hay fotos de ambos que confirmarían los hechos.

—¿Fotos?, ¿Qué hay fotos? —gemí casi con dolor por saberlo.

«Vete tú a saber con que pintas salgo en esas fotos si ni me acuerdo de como llegue al hotel donde supuestamente tuve un maxi-polvo con ese adonis».

—Saldrán publicadas mañana en todos los periódicos y prensa rosa. Así que solo podemos adelantarnos y desmentir la noticia.

—¿Pero mi cara va a salir ahí? —insistí.

«No quiero que nadie me reconozca. Quiero ser anónima o en todo caso, si era famosa que lo fuese por ser escritora y no una “cazafortunas” de la prensa rosa»

—Si —afirmó a secas.

—¡Joder! —grité importándome un pimiento en pepitoria que me entendiera o no. Había estudiado periodismo. No era idiota. Lo primero que todo el mundo haría sería juzgarme y exponer mi vida privada al dominio público. Prefería seguir siendo una pobreta escritora fracasada de poca monta antes que ser criticada en todos los medios de comunicación—. ¿Eres muy importante? —pregunté con esperanza. Si ni yo sabía quien leches eran los linchetes esos alemanes, ¿quien dice que el resto del mundo tampoco lo supiera? Mi padre fijo que no lo sabía y mi madre menos, aunque ella se tragaba todos los programas basura de la tele, dudaba que una familia real entrara en el gremio de su culturización.

—Bastante —contestó con seriedad y algo me dio a entender que su *bastante* se quedaba bien cortito para lo que en realidad era conocido.

—A tomar por culo —bufé en español. Ya me podía despedir de mi Nutella por las noches porque ahora mis muslos de pollo y mi celulitis saldrán en todas las revistas. Si es que cuando digo que nací estrellé es porque era la triste realidad.

Alcé la vista y vi aquellos ojos azules mirándome fijamente, ¿Me habría entendido? Nah, seguro que no, pero empecé a dudarle cuando frunció el ceño. De todos modos, no comentó nada al respecto, pero tal vez debiera controlar mi lengua a partir de ahora.

—Esta noche se publicará un comunicado anunciando el compromiso matrimonial del príncipe de Liechtenstein.

—¿No eres tú ese príncipe? —pregunté confusa.

—Sí, así es —confirmó.

«¿Y porqué hablas de ti mismo en tercera persona?» Quise preguntar. Era ridículo bajo mi punto de vista. Pero igual metía la pata y callé mi bonita boquita de piñón.

En lugar de hablar asentí con la cabeza.

—En el comunicado se convocará una rueda de prensa para mañana en la que ambos estaremos citados para hacer oficial el compromiso.

«Prensa. Rueda. Yo» Mala combinación. Muy mala...

—Dado que la publicación también saldrá mañana. Desmentiremos públicamente la noticia, diremos que solo fue una broma previa al compromiso pero que la ceremonia oficial se celebrará el próximo Octubre. Eso nos dará el tiempo suficiente para anular el matrimonio y posteriormente el compromiso. Supongo que estará de acuerdo en que esta situación le agrada tan poco como a mi ¿Cierto?

—¡Por supuesto! —exclamé con más énfasis de lo normal, tanto que temí que pareciera demasiado fingido.

¿En qué mundo iba yo a desear estar casada con un príncipe rubio, de ojos azules, más guapo que el mismísimo Zeus, siendo todo un adonis de sonrisa perfecta, rico, famoso, educado, con un castillo que parecía más bien un palacio y que encima estaba más bueno que la propia Nutella que ya es decir, eh? Ironiqué.

«Tal vez ronca» suspiré. Porque algún puñetero defecto tendría que tener.



CUATRO



Un sirviente trajeado de pingüino —dígase, como llamo yo a los que llevan la chaqueta de traje con colita—, me acompañó hasta la habitación en la que supuestamente me alojaría durante el tiempo que estuviera en aquel palacio. ¿Cuánto tiempo sería? Lo cierto es que tenía más preocupación por lo que se avecinaba que por continuar el ritmo de mi vida. Después de todo, podía escribir desde cualquier parte, solo acudía una vez al mes a la redacción de la revista.

Cuando aquel mayordomo me abrió la puerta de la habitación, ésta era más grande que todo mi apartamento de Madrid —yo diría que incluso más grande aún—. Tenía una enorme y gigantesca cama en el centro con dosel. Todo estaba decorado con tonos dorados y crema pastel. Parecía el cuarto de una princesa... ¡Espera un momento!, ¿Se supone que soy ahora una princesa?

«Mejor no te hagas esa idea que, aunque lo seas te va a durar menos que un caramelo en la puerta de una escuela».

—Puede llamar a la campanilla para lo que necesite. Tendrá alguien disponible a su servicio las veinticuatro horas.

—¿Veinticuatro horas? —exclamé atónita.

—Si señora.

—Está bien, gracias... —contesté alargando la palabra esperando que me revelara su nombre.

—Que descanse. —Fue toda la respuesta del sirviente y cerro la puerta tras marcharse.

Me despojé del maldito chándal macarra y me metí bajo la enorme ducha de aquel majestuoso baño. En mi opinión debían gastar una fortuna en calefacción porque aquello era enorme y estaba súper calentito. Me lie el pelo en una toalla y como no tenía nada que ponerme, me acosté con el albornoz que había en el baño. Todo olía a limpio, como el suavizante de Mimosín de toda la vida que mi madre usaba cuando era pequeña y que

luego cambio cuando era adolescente por el barato del chino porque no consideraría que mi piel era tan delicada.

—¡Buenos días!

El grito me despertó. Tardé un buen rato en reaccionar debido a la somnolencia que padecía. Creo que en mi vida había dormido más plácidamente que aquella noche, ya fuera por el cansancio o porque la cama tenía la dureza perfecta, pero había cerrado los ojos y no los abrí hasta que aquella voz estridente me desveló.

—Buenos días —gemí medio dormida.

Abrí los ojos y me di cuenta de que había al menos ocho pares de ojos observándome fijamente, como si estuvieran evaluando un producto que comprar. Pero ¡Qué mierdas! Exclamé por suerte solo en mi cabeza. ¿Es que allí tenían por costumbre entrar en las habitaciones ajenas y despertar a la gente?

—Dentro de dos horas debe estar lista para realizar el comunicado de prensa. Creo que habrá que obrar un... milagro.

¿Un milagro?, ¿Quién narices era esa mujer?

—No me parece que...

—Cuando terminéis con ella llevadla directamente al despacho del príncipe. —Siguió hablando interrumpiéndome. Ya me caía mal esa mujer, ¿Quién se creía que era?

—Si majestad —respondió uno de ellos.

¿Majestad? Pensé... ¡No me jodas!, ¿Esa mujer era la reina? Ni tan siquiera había pensado que el dios de dioses tuviera padres, pero claro, si era un príncipe, tendría que haber reyes, ¿no?

Volvió su mirada de nuevo despectivamente hacia mi y se marchó sin preguntarme nada. ¿Para qué demonios había venido a mi habitación?

Las siguientes dos horas sufrí más estirones de pelo que en todos mis años de niñez y me sentí como una idiota cuando me probaban conjuntos de ropa e igual que me los ponían me los quitaban. Aquello era como cuando jugaba de pequeña a las Barbies, solo que, en este caso, yo era la muñeca a la que quitaban y ponían la ropa. No se cuantos conjuntos me llegaron a probar, pero perdí la cuenta con el número treinta y dos. Casi todos eran vestidos con chaquetilla, salvo alguna excepción de dos piezas con falda y top.

Al final terminé con uno azul celeste, igual que mi nombre. Tenía unos bordados en un tono más intenso que parecía como relieve de terciopelo brocado y aunque no pude ver el resultado final, supuse que estaría algo decente cuando una de las ocho personas que me habían estado preparando me acompañó hasta el despacho en el que había estado justo la tarde anterior y me encontré con Bohdan.

¿Cómo debía llamarlo?, ¿Su alteza?, ¿Príncipe Bohdan? Quizás podría servir solamente Bohdan porque el me había llamado por mi nombre. Me sentía desubicada, como unas zapatillas del mercadillo en una caja de Chanel.

—Adelante —escuché mientras abrían la puerta y pasaba.

Mi vista encontró al dios de dioses tras la mesa de caoba revisando unos documentos. Reconocí para mi misma que estaba increíblemente guapo con aquella corbata del mismo azul de sus ojos.

Esperé frente a él, hasta que levantó la vista y me miró fijamente. Por su expresión deduje que era aprobación lo que veía en sus ojos. Su leve sonrisa provocó que mi pulso se acelerase, ¿Podía existir tanta perfección encerrada en un solo cuerpo? Dios me castigaba enseñándome algo que no podría tener, era como enseñarle un caramelo a un niño para después que se lo comiera otro delante de sus narices.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días su... su... —¿Tenía que decirlo?

—Dadas las circunstancias, puedes llamarme Bohdan. Sería extraño que mi prometida no lo hiciera —contestó.

Prometida... casi se me cayeron las bragas instantáneamente al escucharlo, mientras veía como se levantaba y rodeaba la mesa para acercarse hasta mí.

¡Dios que perfume!, ¿Qué marca será? Juro que me compro un bote solo para esturrearlo por la cama antes de dormir. Seguro que oliendo ese perfume tengo sueños eróticos con semejante hombre. Parpadeé un par de veces para volver al presente y vi como sacaba una cajita de terciopelo azul, mis piernas temblaron cuando lo hizo, ¿iba a pedir que me casara con él?

«¡No seas estúpida Celeste!» me reprendí.

—Necesitas llevar un anillo de compromiso —dijo al tiempo que abría la cajita y un precioso anillo de oro blanco engarzado en una piedra azul preciosa aparecía ante mis ojos —. Para que todo parezca real.

¡Por supuesto!, ¡Real!

«Porque todo esto solo es un paripé Celeste y más te vale no enamorarte del dios de dioses o vas a salir más que quemada; achicharrá, porque alguien como él, jamás se fijara en alguien como tú»

—Claro —dije mientras veía como deslizaba el anillo por mi dedo anular izquierdo y yo contemplaba la joya con singular emoción.

Aunque supiera de antemano que no sería para mi y que tendría que devolverla, era incapaz de no sentir esas emociones revoloteando en mi estómago diciendo que aquel anillo significaría para todo el mundo que ese bombón andante me había elegido.

Bohdan comenzó a mencionar cómo sería la rueda de prensa y me dio pautas a seguir para afrontar a todos los periodistas.

—Recuerda lo que he mencionado —volvió a repetirme—. No tienes porqué contestar ninguna pregunta directa, yo contestaré por los dos, ¿De acuerdo? —preguntó mientras me limitaba a balbucear perdida en aquellos pozos de un color profundamente azul que me

miraban fijamente.

Asentí por toda respuesta. La conmoción que aún mantenía con aquel pedrusco que me había dado por anillo de compromiso me tenía en shock.

De pronto una puerta se abrió y noté como una mano caliente se entrelazaba con la mía al mismo tiempo que era arrastrada hacia un lugar con temperatura más fría que el confort en el que me hallaba. Los flases no se hicieron esperar y el clamor del ruido de susurros que había entre la multitud que allí se encontraba fue aún más plausible en cuanto visualicé la gran cantidad de personas que se concentraban en aquella sala de prensa.

No miré hacia ninguno de ellos fijamente, si lo hacía fijo que me sacaban con un ojo mirando para Cuenca y el otro hacia Badajoz, con la suerte que tenía seguro que salía bizca.

«Calladita estas mas guapa» Era lo que siempre me decía mi madre de pequeña.

Presté atención levemente al discurso que él comenzó dando, yo observaba su perfil perfecto, mientras no me enteraba un pimiento de lo que hablaba porque estaba anonadada con su belleza. ¿Dónde vivía yo para no haber visto semejante perfección viviente? Seguro que hasta tenía una estatua de cera en el museo porque era tan extremadamente guapo que sería un delito que no existiera.

Reaccioné en el momento que dijo —Celeste Abrantes— con su boca perfecta. Seguro que, aunque no se lave los dientes su aliento es tan fresco y mentolado como el de los caramelos *Pictolín*.

«Igual estaba exagerando un poquito, pero no aparecen príncipes en la vida de una humilde escritora así como así, lo más normal es que solo salgan en las historias que escribe».

—¡Señorita Abrantes!, ¡Señorita Abrantes! —escuché y en ese momento giré mi vista hacia la voz que hablaba. La cantidad de flashes de cámaras que saltaron en cuanto lo hice me dejaron medio ciega provocando que entrecerrase los ojos—. ¿Es cierto que es usted española?, ¿Cuándo se conocieron?, ¿Qué tiene que decir sobre los rumores de su boda en las Vegas?, ¿Es cierto que es periodista?, ¿Cómo se siente al saber que será la princesa de Lienchestein?

«Muchas preguntas» Pensé mientras se me aturullaba el cerebro y de paso las neuronas.

—Mi prometida aún no domina perfectamente nuestro idioma —respondió Bohdan como excusa—. No hubo boda alguna en las Vegas, solo fue una pequeña broma entre amigos puesto que ya estábamos comprometidos, aunque no de forma oficial —añadió en mi lugar y en ese momento me observó como si se tratara de una mirada cómplice.

—¡Señorita Abrantes! —gritó uno de los periodistas en perfecto español—. ¿Le preocupa no estar a la altura del príncipe? —preguntó con cierta ironía y busqué entre la multitud hasta que encontré al autor de la pregunta que tenía una sonrisa socarrona.

—En absoluto —respondí con tal convencimiento que hasta yo misma me lo creía a

pesar de que todo aquello era una absoluta mentira.

Antes de que pudiera volver a preguntarme el mismo periodista, alguien de casa real intervino comunicando que la rueda de prensa había finalizado y que la apretadísima agenda del príncipe no podía dar lugar a más preguntas. Descubrí que solo era una forma de evadir preguntas incómodas o tal vez, que yo respondiera algo que no debía, de hecho, pensé que igual me había extralimitado al responder al periodista español puesto que me habían pedido no responder absolutamente nada.

¿Pero que querían?, ¿Qué pareciera estúpida y sorda en mi propio idioma? Bastante me había callado y eso que era impropio de mi lengua hacerlo.

—Lo has hecho muy bien —dijo Bohdan en el momento que abandonamos la sala donde había sido la breve rueda de prensa y pasábamos a otra contigua, aunque seguíamos caminando a través del pasillo. En aquel momento fui consciente de que aún no me había soltado la mano y desde luego, no pensaba decírselo. Me aprovecharía del contacto hasta que él se diera cuenta, que justo fue en el momento en el que divisé a la mujer que aquella misma mañana me había mirado con cara de malas pulgas.

Se dirigía hacia nosotros tan recta y con porte serio, que parecía que le habían metido un palo de fregona por el culo, «Por dios, creo que ni aunque yo me lo metiera, conseguiría estar igual de erguida que esa mujer. Seguro que traga cemento para conseguir que su barbilla no pase del ángulo recto»

Esa mujer daba miedo. No peor aún; daba pavor.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó sin dignarse a mirarme.

Aquella mujer no se molestó en dirigir su vista hacia mi. Me sentí como las pelusillas de polvo; sabes que existen, pero no les haces caso.

—Bien madre —escuché que contestó formal—. Le dije que solucionaría el problema.

¿El problema?, más bien problemón diría yo...

—No me fio de ella. ¿Sabe que tendrá que esperar meses hasta que se haga oficial la anulación?, ¿Qué haremos mientras tanto?

¿Hola?, ¿Es que a esta mujer le daba igual que la escuchara?

«Hablo tu idioma, lerda» Me dieron ganas de gritar.

—¿Cómo que meses? —intervine y a la vez haciéndola ver que la podía entender perfectamente, pero ella no me miró, siguió actuando como si no existiera.

—Arregla esto Bohdan —rugió—. Con lo fácil que hubiera sido que te comprometieras oficialmente con Anabelle —gimió la reina al mismo tiempo que se daba media vuelta y se marchaba.

¿Anabelle?, ¿Quién se supone que era esa tal Anabelle? Bueno, sin duda alguna no es que hubiera esperado que me recibieran con los brazos abiertos, pero me había quedado más claro que el agua que la reina no me quería allí, no me tragaba y probablemente detestara la idea de que tuviera que quedarme tanto como a mi de no ser porque vería a la

creación divina que tenía delante alimentando mi vista todos los días.

—Disculpa a mi madre, no suele ser así —dijo algo avergonzado.

Ya... y voy yo y me lo creo. Ni que tuviera cinco años para chuparme el dedo.

—Uy si, seguro... —ironicé y aunque quisiera preguntar quien era esa tal Anabelle, reprimí mis deseos—. Seguro que es un encanto de mujer —continué diciendo. Probablemente ahora entendería mejor el concepto de suegra maldita que tanto mencionaba Mónica.

Pude apreciar un amago de sonrisa por su parte.

—Tendrás que permanecer unos meses por palacio hasta que la noticia del compromiso se calme. Mientras tanto lo mejor será que recibas clases de protocolo y te adaptes como si fuera un compromiso real, puesto que tendrás que acudir a eventos como mi acompañante oficial.

—¿Qué?, ¿Protocolo? —grité. ¿Tu estas loco?, ¿Pero tu me has visto bien? Evité añadir. Si yo por tal de no lavar platos como directamente de la olla en la que cocino la pasta. Eso sin contar que solo tengo dos tenedores de los que regalaban con los yogures, ¿Como voy a aprender para que sirven los no sé cuantos cubiertos esos que le ponen a los finolis en los restaurantes?

«Pocos éramos y parió la abuela».

—Es mejor que aprendas nuestras costumbres cuánto antes para que te adaptes durante el tiempo que permanecerás aquí.

—¿Qué pasa con mi trabajo?, ¿Y mi familia? —pregunté entonces pensando en mi vida.

«Que tampoco es que fuera de lo más divertida y socialmente activa que dijéramos»

—Recibirás una compensación por las molestias ocasionadas y en cuanto a tu familia... lo hablaremos más adelante. Por ahora no es conveniente que te alejes de palacio; estarán pendientes de todos nuestros movimientos —contestó apaciblemente y pude apreciar la calma que había en su semblante.

Desconocía si esta situación le desagradaba enormemente, porque en apariencia no parecía enfadado o disgustado, sino que más bien estaba siendo amable.

—¿Entonces soy tu prometida o tu prisionera? —exclamé frunciendo el ceño, aunque en el fondo había diversión en mi tono de voz. Después de todo, por más que tratara de analizar seriamente la situación, no dejaba de parecerme tan absurda que llegaba a ser cómica.

—Quizá ambas —sonrió provocando que a mi cerebro le salieran patitas y abandonase temporalmente mi cabeza.

«Ay dios mío, que guapo es» pensé. ¿Por qué Dios le da pan al que no tiene dientes? Algo debí hacer mal en otra vida para ponerme delante semejante semental sin poderlo catar»

—Te presento a Jeffrey, él será tu mayordomo durante todo el tiempo que permanezcas en palacio con nosotros —comentó haciendo que dirigiera mi vista hacia el supuesto mayordomo. El hombre tenía cierto aspecto de bonachón, —buena persona quiero decir —, pero cincuentón y con aparición de calvicie más que evidente.

Su amable sonrisa hizo que yo también le respondiera.

—A su servicio señorita Abrantes —comentó amablemente.

Al fin alguien que no me llamaba señora. Ese mayordomo ya me caía bien.

—Asegúrate de que llegue puntual al almuerzo Jeffrey, ya conoces a la reina — advirtió Bohdan y ante el asentimiento del mayordomo se marchó dejándome a solas con él.

¿Y ya está?, ¿Se pensaba ir dejándome allí compuesta y sin novio?, ¿Qué se suponía que debía hacer yo ahora? Odiaba esa sensación de sentirme como un paquete que se pasaban de uno a otro. Como la primera y última rebanada del pan Bimbo que no las quiere ni su madre. ¿Qué puñetera necesidad tenía yo de estar allí fingiendo ser algo que no era?, ¡Creo que en mi vida había sentido más impotencia por no ser dueña de mis actos que en aquel momento! Y encima estaba la dichosa reina que tenía la gracia donde yo el dinero; en ninguna parte.

—Sígame por favor señorita Abrantes —dijo el mayordomo mientras me indicaba con el brazo que caminara. Como no tenía mejor cosa que hacer; lo hice—. A partir de mañana recibirá clases de historia y protocolo para empezar, como imagino que le habrán comentado. Hoy, le enseñaré las instalaciones de palacio y asistirá a un almuerzo con la familia real para conocer al resto de miembros.

—¿Resto de miembros? —pregunté curiosa.

—Si. A su majestad el rey de Liechtenstein y a su excelencia la infanta Margarita, hermana menor del príncipe.

—¿Voy a conocer al rey? —exclamé atónita, ¡Voy a conocer a un rey! Pensé emocionada. Aunque después llegó la triste realidad de una bofetada en mi cara. Si la reina no me deseaba ni en pintura, ¿Qué probabilidades habría de que el rey lo hiciera aún menos? Muchas. Dudaba que una triste escritora fracasadilla de poca monta fuera la mejor opción como nuera.

Después de diez minutos pasando de sala en sala yo estaba más perdida que Pinocho en un Ikea. En serio, si Jeffrey me soltaba allí, iba a necesitar el gps del móvil para poder salir. De por sí yo me perdía más que los paraguas, —a la vista estaba la gran noche de las Vegas que hasta terminé casada con un príncipe europeo. Tal vez podría haber sido peor ahora que lo pienso— pero como no me hicieran un plano, mapa o un simple croquis de aquello, no iba a dar pie con bola para encontrar siquiera la salida de aquel laberinto.

—Y esta es la sala oficial de recepción —dijo Jeffrey ajeno a mi completa inconsciencia de que aquello era un mareo, ¿Cuántas salas de recepción llevábamos ya?

—¿Me puedes decir cuantas salas de recepción hay en total? —pregunté. Llevábamos

caminando como tres horas y mis pies probablemente tendrían que ser amputados debido a aquellos infernales tacones del demonio que me habían colocado esa mañana.

—Dieciséis —contestó educadamente.

—Bien —dije perdiendo el tiempo—. Dieciséis —repetí—. ¿Y para que narices quieren dieciséis salas de recepción si no tienen ni una maldita silla en ninguna? —gemí no aguantando más aquel dolor de pies. Ni una puñetera silla en tres horas, ¿Es que tenían algo en contra de las sillas? Con lo cómoda que era aquella cama en la que había dormido y ni una mísera mullidita en todo palacio.

—¡Señorita! —gritó el mayordomo cuando me quité los zapatos y sentí el frío suelo de mármol bajo mis pies calmando aquel dolor

—Ay dios... que gusto —gemí de puro placer.

—¡Pero señorita!, ¡No! —contradijo exaltado.

—Pero si no nos ve nadie —dije despreocupada mientras me inclinaba y recogía los zapatos con la mano. El mayordomo parecía algo contrariado y no cesaba de mirar de un lado hacia el otro como si te miera que alguien nos descubriese.

—¡No puede salirse de la alfombra roja!, ¡El suelo de mármol es el original de la construcción! —susurró para que nadie más le oyera a pesar de que las salas eran tan grandes que había eco cuando hablaba.

—¿En serio? —gemí sorprendida y me reí—. Pues es fresquito y bastante suave para tener tantos años —dije deslizando mis pies descalzos.

—Por favor señorita, vuelva a la alfombra. Podrían vernos —rogó desesperado.

—¡Uy! —dije antes de pisar de nuevo la alfombra roja y noté como Jeffrey relajaba los músculos, aunque probablemente aún seguía tenso por haberme quitado los zapatos—. ¿Entonces no usan estas estancias? —pregunté sabiendo la respuesta.

—No. Permanecen completamente cerradas y dejaron de usarse hace más de sesenta años debido al deterioro que sufrían con el uso constante —respondió tajantemente mientras continuábamos la excursión.

Lo cierto es que era una pena tener tanta belleza sin darle un uso. A pesar de mi espantoso dolor de pies, había podido contemplar los maravillosos frescos y molduras que las adornaban apreciando cada detalle del lujo que entrecerraba aquellos muros.

Tuve que volver a calzarme aquellos zapatos o Jeffrey no me permitiría acceder al comedor donde se serviría el almuerzo. Traté de convencerlo incluso ofreciéndole entradas para ver un Madrid-Barca, pero no hubo manera... Así que con todo mi dolor y cara de sufrimiento avancé cuando me abrieron la puerta.

Para mi fortuna solo había una niña en la sala que me miró fijamente cuando entré con ojos curiosos.

—¡Hola! —dije sonriente. No aparentaba más de doce años.

—Así que tú debes ser la campesina extranjera de la que todos hablan —contestó. No había esperado esa respuesta. ¿Campesina extranjera? No pude preguntar a qué se refería porque en ese momento entró Bohdan acompañado de un hombre muy parecido a él físicamente y supuse que sería su padre. Hizo un ligero gesto de inclinación con la cabeza hacia mi para saludarme y yo miré a la niña que no dejaba de observarme como si estuviera expectante.

—¿Celeste? —escuché que dijo Bohdan mientras yo volví la vista y él parecía indicarme que me acercase—. Padre, le presento a la señorita Abrantes —añadió mientras aquel hombre me observaba meditando su respuesta.

¿Se suponía que debía hacer una reverencia o algo similar? Como mujer precavida vale por dos, me incliné teatralmente y escuché las risas de aquella niña detrás de mi.

¡Mierda!, pensé. O la reverencia no se hacía así o es que no había que hacer reverencia, ¿Tal vez en privado no se hacían? No tenía ni pajolera idea.

—Espero que pase con nosotros una agradable estancia, señorita Abrantes —dijo aquel hombre con sobriedad. Tanto, que casi me hizo sentir importante.

—¡Que tengo dicho sobre tus modales a la mesa Margarita! —La voz irritante de aquella mujer hizo que todos callaran y se dirigieran hacia sus sillas.

—Si madre —escuché decir a la joven infanta, que por el nombre, coincidía con el que Jeffrey me indicó esa misma mañana. Supuse que mi lugar sería el único asiento libre que quedaba a la mesa, un sirviente apartó la silla cuando me acerqué.

El silencio reinaba hasta que trajeron el primer plato.

—*Escargots de Bourgogne* —mencionó el sirviente tras dejar el plato. No me enteré un pimiento del nombre del supuesto plato, pero eso eran caracoles, caracoles gordos de toda la vida del señor por mucho refinamiento que tuviera el nombre.

La cuestión era la siguiente; independientemente del asco que me daba el simple hecho de comerme un bicho que se arrastraba babeando por el suelo, ¿Como demonios se comían los caracoles con cuchillo y tenedor? A la mierda mis planes de intentar ser finolis por una vez en la vida.

Con la mirada fija en aquellos bichos de mi plato observé los cubiertos a mi alrededor. Había al menos cuatro cuchillos y cuatro tenedores casi iguales, sin contar con las dos cucharas a la cabecera que quedaban descartadas.

Recordaba vagamente ver en alguna película algo sobre protocolo y que decía: siempre de fuera hacia dentro, ¿O era al revés?, ¡Maldita sea mi estampa por tener menos retención que un pez!

Decidí que tenía que ser de fuera hacia dentro porque sí, porque yo lo valgo —como el anuncio del champú de pelo— y cogí los cubiertos que estaban en los extremos. ¿Tal vez esta gente los cocía de tal forma que la cáscara de la concha se reblandecería para poder cortarla? No tenía ni la menor idea, pero miraba a aquel plato como un soldado que debe atravesar un campo de minas.

—Querida, estoy expectante por ver como pretendes comer los *escargots* con el cubierto de la ensalada.

—¿Cómo? —exclamé dirigiendo mi vista hacia la voz que había pronunciado aquellas palabras, —mientras salía de mi leve letargo—, que no era ni más ni menos que el mismísimo rey.

—Los *escargots* se comen con el tenedor de dos púas y las pinzas que tienes a tu izquierda —habló serenamente el príncipe, como si aquello fuera lo más normal del mundo. Vamos... que estos estaban comiendo caracoles día si y día tan bien. ¡Pues iban listos si se pensaban que mi dieta se iba a basar en esos bichos!, Ya podía ir diciéndole a Jeffrey la lista de la compra para tener bien surtida la almohada cuando me fuera a la cama o los rugidos de mi estómago se confundirían con los de un león hambriento.

—¡Si!, ¡Claro! —exclamé mientras dejaba los cubiertos rápidamente y cogí las pinzas con el tenedor de púas.

Menudo invento para comerse un puñetero caracol, —ni que fuera esto un arte culinario—, tal vez lo era y yo vivía en mi inopia de Nutella con pan, o Nutella a secas ya puestos. Nutella... podía hasta sentir la babilla caerse de mis labios de solo recordar su sabor.

Atrapé uno de esos bichos con las pinzas cuando al cabo de dos minutos le pillé el truquillo y estaba tan concentrada en mi empeño de sacar con el tenedor el interior de la caracola que en el momento que escuché las palabras *celebración de boda* el traicionero se escapó volando por toda la mesa y fue a parar a la otra punta de la habitación.

—¡Que horror! —escuché gemir a mi *suegra* mientras que por otro lado a la infanta Margarita pareció hacerle tal gracia que sus carcajadas eran de gran distracción mientras mi cara debió volverse roja como la grana—. Es una vergüenza, que ordinariez —añadió para mi consternación.

Miré de soslayo a Bohdan y me pareció ver como reprimía una sonrisa, de todos modos dejé las pinzas y ese tenedor maldito sobre el plato. Total, solo iba a simular que comía porque en realidad no pensaba comerme aquellas babosas malditas.

—Madre. —Habló de pronto el dios de dioses y le miré expectante—. Le recuerdo que debe ser más condescendiente con nuestra invitada.

A pesar de la distancia observé como a la reina se le hinchaba su vena en el cuello, como si estuviera aguantando la respiración o simplemente apretando la mandíbula hasta el punto de casi romperse los dientes probablemente de la impotencia. En ese momento quise saltar sobre la mesa para plantarle un beso en los morros a ese hombre que había puesto a su madre en su lugar con tanto refinamiento que hasta yo misma estaba sorprendida. No entendía mucho de categorías en cuanto a estándares de monarquía, pero me había quedado claro que el príncipe tenía más autoridad que su madre, en este caso la reina, porque lo único que ella hizo fue mirar hacia otro lado mientras probablemente maldecía en voz baja.

Si no probé bocado del primer plato, menos lo hice del segundo que era brócoli

hervida con a saber qué cosas verdes de acompañamiento.

¿Me habían visto cara de acelga acaso? Yo era lo más anti verde del mundo mundial. Esta vez esperé a observar los cubiertos que cogían los demás para imitarles —imbécil de mí por no haber hecho eso antes—, la cuestión es que me dediqué a marear el brócoli por el plato mientras lo deshacía entre el silencio que de pronto inundó el comedor. ¿Así de aburridas eran las comidas familiares monárquicas? Mucho protocolo, mucha mariconada, pero eran más sosos que una tarta sin nata.

Y hablando de postres, trajeron una copa helada, —no iba a pasar yo hambre ni ná hasta la cena—, con ese pensamiento cogí la cuchara hundiéndola en aquella bola de helado y me la metía en la boca con tantas ganas, que al sentir la invasión mentolada me dio un ataque de tos.

¡Jodeeeeeeeeeer! Gemí mientras tosía y creía que literalmente me ahogaba. ¡Pero qué mierda de helado era ese! En ese momento no me puse roja, me puse de todos los colores hasta que no aguanté más y lo escupí en la servilleta que tenía sobre las rodillas. Era eso o morir, de hecho, notaba como las lágrimas se me habían saltado de la desesperación por respirar.

—¿Te encuentras bien? —Su voz sonaba a mi lado y en ese momento abrí los ojos para ver aquellas dos gemas azules brillar mientras me observaban.

—No... —contesté mientras aún me faltaba aliento.

—Bebe un poco de agua —dijo de pronto mientras noté como me acercaba el vaso a los labios y bebía a duras penas. La sensación de tal frescor comenzó a remitir. Había sido tan intensa que pensé que me había quemado la garganta.

—Cómelo despacio —susurró en un perfecto español con gran acento marcado que de alguna forma me hizo casi gemir de excitación. Ya fuera porque hablara en mi idioma, por la forma en que lo hizo, por las interpretaciones que podría tener aquellas dos palabras, o bien por la cercanía de sus labios en mi oreja... lo único que sé, es que se me quitaron todos los males de pronto y solo quería perderme en aquel objeto de mis deseos.

—¿Ha terminado de limpiar su paladar señorita? —escuché al sirviente que se había acercado con la intención de retirar el helado.

—¿Qué si he terminado de limpiar qué? —exclamé.

Creo que me había perdido con el idioma... yo entendí paladar, pero no podía ser ¿Los paladares se limpian?, ¿Desde cuándo?, ¿Y cómo se suponía que lo iba a limpiar?, ¿Enjuagándome con agua? Que asquerosidad... y luego me vienen a decir que me coma un caracol con pinzas por tal de no tocarlo con los dedos como se hacía desde tiempos inmemoriales.

Noté un dedo piquetear en mi brazo y me giré para observar a la pequeña infanta que señaló la copa de helado. ¿El sirviente se refería al helado?, ¡Pues que lo hubiera dicho antes, alma de cántaro!

—Si, he terminado —casi grité apresuradamente para que se llevara aquel infernos

helado de porquería mal hecho.

Para mi sorpresa trajeron un plato de carne después, hasta mi estómago rugió al verlo del hambre que tenía, pero para mi desgracia llevaba una minúscula cantidad. ¡Con el hambre que tenía que yo me comía hasta una vaca si me la ponían delante en aquel momento! Iba a pasar más hambre en aquel sitio que los pobres negritos del África.

—¿No se suponía que el helado era el postre? —susurré a la infanta Margarita aprovechando la distracción.

—No —contestó en el mismo tono expectante—. Era un mentolado para eliminar el sabor de los anteriores platos.

—Ah claro —asentí como si de toda la vida del señor una debe tomar mentolados para eliminar sabores. O sea que sí era un limpia-paladar aquel helado maldito. Con razón se debía comer despacio. No si al final iba a tener que estudiar y todo para saber comer en aquel sitio o mejor dicho, sobrevivir.

Para mi bendita suerte no hubo más inconvenientes durante el resto del almuerzo, que se redujo a ese minúsculo plato y de postre una triste infusión de hierbajos. Esperaba o más bien, rezaba que la cena fuera más succulenta porque de lo contrario, por primera vez en mi vida iba a adelgazar sin hacer dieta.



CINCO



Pasé el resto de la tarde con Jeffrey, recorriendo aquel enorme palacio. Si, definitivamente me iban a tener que amputar los pies al día siguiente porque ya ni me los sentía y eso que hice gran parte del recorrido que pude o más bien el que me permitió hacer, descalza. Aquello era una tortura china, no me preguntéis como no me desmayé entre la hambruna, tantas horas caminando y esos tacones malditos. No sé como sobreviví... con lo cómoda que estaba yo en el sofá de mi casa todas las tardes viendo mi novela de televisión española del año la pera y con las palomitas recién hechas del microondas que inundaban de olor todo mi piso —que como no era muy grande que digamos no es que fuera muy complicado que perfumaran toda la casa, mi apartamento era un “quítate tú pa que pase yo”—. Quien me diría a mi que iba a pasar penurias en un palacio, ¡Y seguro que más de una me envidiaba y tó! Ofú... allí lo único que merecía la pena era ese príncipe buenorro que estaba para mojar sopas y lo que no eran sopas, aunque también la cama... no podía quejarme de haber dormido mal, ¡Ains!, ¡Si pudiera juntar a ambos sería la mujer más feliz del mundo!

—¡Señorita Abrantes! —escuché de pronto como gritaban mi nombre.

—¿Qué?, ¿Sí?, ¿Cómo? —Eso me pasa por soñar despierta, pero es que yo con hambre no soy persona, solo soy un bulto con ojos que no razona. Bueno, he de admitir que eso también me pasa cuando tengo delante a un tío tan bueno como el príncipe para que mentir.

—Le decía que debe ir a su habitación a cambiarse para la cena.

—¿Tengo que cambiarme para ir a cenar? —pregunté extrañada.

En ese momento pensé alzar el brazo para olerme, tampoco es que hubiera sudado mucho a pesar de que habíamos andado bastante, pero fue a un paso tan lento mientras Jeffrey hablaba que dudaba mucho de que ni siquiera hubiera salido una gota de sudor de mi cuerpo, es más, tuve hasta frío y todo por aquellas salas palaciegas enormes y carentes de mobiliario.

—Por supuesto que debe hacerlo señorita. Sería una falta de educación si no lo hiciera.

¿Ir con la misma ropa al almuerzo y a la cena es una falta de educación? Alcé una ceja. ¿En serio?, ¿De verdad que no me estaba tomando el pelo por ser una pardilla con todo aquello? Mejor no pregunto que puede que me tache de “cerda” por no querer ducharme y no es que hubiera empezado con muy buen pie que digamos. Además, no iba a rechazar una ducha calentita cuando precisamente mis pies estarían más que agradecidos por ello.

Por mi, hubiera ido en zapatillas y con el chándal choni a esa cena del dolor de pies que tenía, pero habían desaparecido de mi armario, esfumado, huido u ocultado, vamos... que me los habían quitado del medio para que no me los pusiera y en su lugar, lo único plano que allí había eran unas tristes zapatillas de andar por casa. Seamos sinceros: lo intenté. Era una cena familiar, ¿no?, ¿Qué más daba? Pero Jeffrey no me dejó pasar de la puerta con las zapatillas de estar por casa. Si no fuese por el hambre que tenía, le daban bien por saco a la maldita cena, la reina y periquillo el de los palotes ya puestos.

Para mi sorpresa, ni el rey, ni el príncipe cenaban esa noche en palacio debido a un compromiso formal por el que estarían ausentes. Me pregunté si eso sería algo habitual o no, probablemente Bohdan viajaría con bastante frecuencia. Era una pena, porque lo único bueno de aquella cena, habrían sido las vistas hacia ese rubio guapísimo, porque lo que es la comida en sí brillaba por su ausencia.

—¿Has visto ya el ala sureste de palacio? —preguntó de pronto la pequeña Margarita.

—Pues no sabría... —¿Lo había visto? Para orientarse en aquel sitio estaba yo, que ni tan siquiera me encontraba a mi misma como para saber donde estaba el norte.

—¡Que te tengo dicho mientras estas a la mesa Margarita! —refunfuñó aquella bruja amargada con cara de mustia. En serio, ¿Era siempre así?, ¿Hasta con su propia hija? Y pensar que creía que solo era así conmigo...

—Si madre —replicó la pequeña de forma que hasta me dio pena.

—No se habla durante la cena si no hay nada interesante que decir —añadió aquella bruja rubia y entendí perfectamente que el resto de aquella —esperaba que corta— cena, no se hablaría.

Lo que sí sé es que aquella horrible cena terminó y el consomé de verduras con el triste lenguado a mi no me llenaron el boquete que tenía en el estómago. ¿Donde estaba el jamón de mi padre?, ¿Y la tortilla de papas de mi madre?, ¡Ay dios! Estaba tan desesperada que era capaz de comerme el cocido de garbanzos y eso que lo detestaba con todas mis fuerzas.

«¡Dios!, ¡Mátame!, ¡Pero no me hagas sufrir así!»

A las dos de la mañana no lo soporté más y con las panchuflas —zapatillas de andar por casa de toda la vida— que me habían dejado y un camisón fino porque no tenía otra cosa para dormir, me escabullí de la habitación.

—¡La madre que me parió que frío! —chillé cuando llegué a la parte donde intuía que estaba la cocina. Toqué a tientas hasta dar con el interruptor de la luz y por fin aquella enorme cocina se iluminó por completo—. Alabado sea Jesucristo —gemí mientras me frotaba las manos a la espera de encontrar los tesoros chocolates que ansiaba devorar.

Iba por el quinto mueble y allí no había chocolate ni por asomo, ¿Es que tenían algo en su contra?, ¿Estaba prohibido? Mi esperanza no mermó... ¿Tal vez es que lo tuvieran todo junto en un único mueble? Había terminado de inspeccionar los estantes bajos, por lo que solo podía estar en los que no llegaban a mi alcance.

Cogí uno de los taburetes que había por allí, eran algo endebles, pero no había donde elegir. Me subí y comencé a rebuscar por el fondo de aquellos armarios en los que casi todo era comida enlatada.

—¿Buscas algo? —El sonido de aquella voz me sobresaltó de tal forma que di un brinco del asiento y se escuchó como se partía de forma que perdí el equilibrio.

Iba a caerme, iba a darme de bruces contra el suelo, pero cuando el golpe no llegó, porque no llegó, ¿Verdad? Miré el suelo que estaba a poca distancia y entonces me percaté de que alguien me sostenía en vilo. Volví la vista para encontrarme con esos ojos de un azul profundo y brillante, ese cabello tan pulcramente peinado, ¡Ay no!, El topetazo que me había dado era tan grande que me había desmayado... era imposible que ese príncipe me tuviera sujeta entre sus brazos.

—Hola... —susurré sonriendo como una boba y con voz ida como si estuviera dentro de una película viviendo el sueño de toda protagonista que se aprecie cuando el buenorro la tiene entre sus brazos y está a punto de besarla.

—Hola —contestó con un amago de sonrisa—. ¿Estás bien?, ¿Quieres que te deje en el suelo? —preguntó con un deje de preocupación e inocencia al mismo tiempo.

—No —contesté a secas mientras le seguía observando. Era tan guapo, tan delicado, tan... príncipe.

—¿No? —gimió confuso.

—Para una vez que un príncipe me va a sostener en brazos, voy a aprovecharme de la situación —solté tan pancha. Era mi sueño, ¿no? Allí mi peso sería similar al de una pluma.

La risa estridente por parte del dios rubio hizo que sintiera como su pecho se agitaba y su olor embriagante a masculinidad pura y dura me dio la bofetada de realidad que necesitaba. ¡Mierda!, ¡Joder!, ¡En qué estaba pensando yo para creer que era un sueño!

A pesar de que no me había soltado me revolví entre sus brazos para tocar con mis pies el suelo y al hacerlo con vehemencia pude sentir sus dedos en cierta parte de mi anatomía trasera tocando suavemente mi piel. En ese momento enrojecí y él se dio cuenta porque paró de reír.

—Esto... yo.... —comencé diciendo ajustándome el camisón fino que me habían dejado como prenda de dormir, pero por más que estirara esa tela no cedía mientras miraba hacia los lados para tratar de evitar mirarlo a él

—¿Sí? —contestó apremiante para que siguiera hablando.

—Yo... yo... —seguí balbuceando porque no sabía que decir, quería meter la cabeza bajo tierra como los avestruces de la vergüenza que sentía en ese momento.

—¿Tú? —contestó de la misma forma.

¡Apechuga Celeste! Dale función a tus neuronas o va a creerse que eres idiota.

—Quiero chocolate —solté y después me arrepentí.

Ahora se creerá que soy una gorda ninfómana del chocolate, ¿Y cómo no hacerlo? Si era de madrugada y había ido a hurtadillas a la cocina como una delincuente en su busca.

—Pues no lo ibas a encontrar ahí arriba —contestó con una vaga sonrisa—. Ni en toda la cocina para ser exactos —añadió.

«¡Mierda pa mi!» Gemí interiormente sintiendo como mis tripas maldecían.

—No hay—susurré temiéndome lo peor.

Definitivamente yo no había nacido para ser monárquica si tenía que comer caracoles y estar malditamente muerta de hambre. Llevaba un día allí, probablemente en una semana me tendrían que mirar dos veces para poder encontrarme y no confundirme con uno de esos esqueletos que tenía mi profesora de biología en clase, ¡Qué vida más triste!

—Yo no he dicho eso —contestó de pronto el dios rubio de ojos azules provocando que le mirara con adulación.

—¿Ah no? —pregunté ahora esperanzada.

—Ven conmigo —dijo justo antes de darse la vuelta y encaminarse hacia la entrada donde por supuesto le seguí.

No sabía hacia donde se dirigía, pero si había chocolate al final del camino, por mí como si era la bruja mala de Hansel y Grettel y que me asara en el horno después, pero primero iba a atiborrarme de azúcar.

—En los tiempos de guerra escaseaba la comida, de forma que se cometían demasiados hurtos en todas partes, incluido en palacio. Desde entonces, la comida se guardó cerca de la habitación del albacea que se encargaba de custodiar hasta el último grano de trigo.

Escuché como hacía su relato expectante, hasta que llegamos a un lugar oscuro donde no había prácticamente luz.

—No veo nada —dije tratando de tocar a mi alrededor para no caerme.

—Dame la mano, las habitaciones de los empleados están por aquí y será mejor no molestarlos así que no hagas ruido —contestó mientras sentí como su mano rozaba la mía y después la cogía suavemente entre la suya.

¡Dioses! Un escalofrío me recorrió provocando que todo mi ser temblara, ¿Por qué ese hombre me ponía tan nerviosa?, ¿Solo era porque sin duda alguna estaba más bueno que el jamón de pata negra? Había visto hombres guapos en mi vida, quizá no tanto como lo era el príncipe Bohdan pero había algo en él... ¡Mejor piensa en otra cosa Celeste!

Justo en el momento en el que volví al presente me di de bruces con lo que supuse sería su espalda ya que era algo ancho, duro, pero increíblemente apetecible de tocar.

—Lo siento —exclamé antes de que la luz nos bañara iluminando todo nuestro alrededor.

El mundo se abrió ante mi cuando vi lo que era una enorme y abundante despensa llena hasta arriba de comida. ¡Era el paraíso!

—No pasa nada —contestó, aunque yo ya estaba en otra onda mientras salivaba ante el botín que me había revelado—. Debe de andar por aquí —comentó mientras se dirigía hacia el fondo de aquella despensa que seguramente era más grande que mi piso en Madrid.

Llegué hasta él y mis ojos se abrieron de par en par cuando vi las galletas con pepitas de chocolate y avellana que fue lo primero que capté, seguidamente de una gran variedad de tabletas de chocolate de diferentes tipos, seguí buscando con la vista... tenía que estar, ¡Venga bonita!, ¡Sal de tu escondite y revélate ante mami! Me decía queriendo encontrarla...

—¡No! —grité cuando vi el tarro de Nutella. Si. En aquel palacio tenían Nutella, ¡Pero era el bote más sumamente pequeño que había visto en mi vida! —¿Qué es esto? —exclamé inspeccionando el botecito enano como si se tratara de una broma, ¿Había encogido?

—Se llama Nutella, una crema de...

—¡Sé que es! —exclamé interrumpiendo, ¿A mi me iba a decir que era la Nutella?, ¡Si vivía alimentándome de ella!—. Quiero decir que.... ¿Por qué es tan pequeño?, ¿Por qué no hay más? —gemí de pura agonía.

—Se habrá agotado o caducado, normalmente se utiliza así para que cada comensal se sirva el suyo.

Bueno... menos da una piedra, pensé mientras la destapaba y le quitaba el mini-precinto de seguridad que llevaba para cubrirla.

—¿Es que vas a... —comenzó a hablar el príncipe, pero se calló cuando metí el dedo índice directamente en el botecito impregnándolo de la crema de cacao para posteriormente introducirlo en la boca.

—¡Sí! —gemí de puro placer—¡Oh dios mío!, ¡ummm! —volví a gemir con los ojos cerrados como si estuviera viviendo un orgasmo intenso.

En el momento en el que abrí los ojos le vi observándome fijamente y fui consciente del espectáculo que acababa de dar, pero cuando estaba pensando en como justificar lo injustificable me di cuenta de que sus ojos habían perdido ese azul nítido para dejar paso a una tonalidad mucho más intensa y oscura.

Abrí la boca, pero la primera palabra murió en mi garganta cuando noté como se abalanzó sobre mis labios devorándolos con ansiedad.

«¡Oh dios mío!» gemí.

«Sabe mejor que la puñetera Nutella» Fue mi siguiente pensamiento mientras me

dejaba arrastrar hacia el abismo.

Estaba deleitándome con aquel dulce sabor divino mientras su lengua jugaba con la mía a ver quien de los dos descubría primero nuevas sensaciones que experimentar cuando esos jugosos labios del deseo se apartaron de mi bruscamente —y probablemente me quedé con morritos de idiota queriendo más porque no había sido suficiente—. Fue en ese momento cuando escuché el ruido, ¡Joder!, ¿Es que el edificio se venía abajo?

Incluso me tapé involuntariamente la cabeza con los brazos como si de alguna forma eso me protegiera —hija mía, si te cae un peñusco de esos enormes en la cabeza, no te va a salvar un huesecillo de chichinabo que tienes por brazo— pero mejor eso que esperar el golpe.

—¡Sifus!, ¡Ven aquí! —le escuché gritar.

¿El príncipe gritaba? Pues ahora me entero, pero parecía que tenía carácter, sí. Fue ahí cuando vi a la bola de pelo correteando por el almacén y tirando todo a su paso.

—¡No!, ¡Sifus! —volvió a gritar ese semi-dios y entonces le observé, tan bien vestido, tan perfecto, tan guapo... corriendo detrás de la bola de pelo que le toreaba porque no le hacía ni caso.

En ese instante estallé en carcajadas sin poder evitarlo.

—No tiene gracia —dijo unos segundos después.

—¡Oh sí! —exclamé—. Sí que la tiene —añadí tratando de contenerme, pero era imposible.

—¿Excelencia? —escuchamos de pronto la voz que provenía desde la entrada y en aquel momento la bola de pelo llamada Sifus se escapó corriendo entre las piernas del sirviente que parecía algo somnoliento y aturdido.

—Lamento el escándalo Bernard, no recordé que el gato de mi madre siempre anda rondando el almacén —mencionó tratando de quitarle importancia.

¿Gato de su madre?, ¿Qué esa bola de pelo maldita era de la reina?

En realidad, no sé de que me extraño, si era igual de antipático que ella; de tal palo, tal astilla, aunque Bohdan no era así. No era así en absoluto.

—No se preocupe excelencia, mañana limpiaré este destrozo —contestó amablemente el mayordomo mientras parecía invitarnos a marcharnos. Yo me quedé con el mini botecito de Nutella entre las manos mientras salía y suponía que el semi-dios me seguiría detrás, aunque cuando me di la vuelta ligeramente observé que le decía algo al empleado y éste asentía.

El camino por los pasillos hasta mi habitación fue algo silencioso e incómodo, pero es que después de protagonizar aquel beso insólito no sabía que decir, todo lo de después había sucedido era tan ridículamente gracioso que se había esfumado ese ardor que pareció sentir en el momento y era incapaz de decir algo que no fuera estúpido. Me conocía lo suficiente para saber que si abría la boca solo diría una sandez.

—Creo que esta es mi habitación —dije cuando llegamos a la puerta. Lo cierto es que tenía un frío de tres pares de narices porque iba en un camisoncillo de verano y me estaba aguantando por estar a su lado un rato más, de otro modo me habría metido echando leches en la habitación calentita.

—Si, así es —contestó vagamente.

—Bueno... pues.... —dije alargando las palabras mientras giraba el pomo de la puerta para entrar sin dejar de mirarle—. Supongo que lo mejor será que...

—Lamento lo de antes —soltó de pronto y me hizo mirarle con los ojos expectante—. No estuvo bien, no sé por qué ocurrió, pero siento si te confundí —añadió atropelladamente y sin siquiera mirarme fijamente.

¿Qué lo lamentaba?, ¿Qué se supone que lamentaba?, ¿Besarme o que apareciera el gato y nos interrumpiera? Ah no... que ha dicho si me confundí, eso significa lo primero... ¡Mierda!

—¿Confundirme? —pregunté en voz alta.

¿En qué iba yo a confundirme?

—Será mejor que olvidemos que pasó —advirtió justo antes de marcharse sin siquiera decir un buenas noches y me quedé totalmente absorta.

¿Hola?, ¿Acababa de tirar la piedra y esconder la mano?

«Que olvide lo que pasó» pensé una vez acostada en aquella mullida cama que era como dormir entre nubecitas de algodón.

—Muy fácil decirlo —susurré mientras comenzaba a dormitar en sueños divisando un par de ojos azules y unos labios con sabor a gloria bendita.

—¡Din!, ¡Din!, ¡Din!

El repiqueteo de una campanita incesante me despertó. Cuando fui consciente de que alguien andaba revoloteando por mi habitación, me pasé una mano para frotar los ojos porque veía aún borroso debido al sueño.

—¡Buenos días señorita Abrantes! —exclamó una voz aguda y desagradable.

—Buenos días *soprano* —dije acentuando la última palabra en español.

—¿Cómo dice? —exclamó de pronto y probablemente mirándome, pero yo estaba bajándome de la cama.

—¿Qué hace aquí? —pregunté cambiando de tema.

—Prepararla para el desayuno, por supuesto —contestó como si eso fuera lo más evidente desde luego.

—¿Prepararme?, ¿Es que tengo que luchar por la comida o algo así? —pregunté insólita. ¿Pero de qué iba esta gente?

—¡Oh por dios!, ¡No! —exclamó y estuve segura de que mis tímpanos explotaron,

hasta incluso me toqué los oídos y comprobé que no sangraban—. Solo estoy aquí para asegurarme que acude correctamente.

—¿Es que su excelencia me considera tan torpe que teme que me pierda en el camino? —pregunté

—¿Qué? —contestó la criada con la boca desencajada—. ¡No señorita! Solo me enviaron para ayudarla a elegir correctamente su atuendo.

¡Perfecto!, ¡Ahora resulta que no me sé vestir sola! Veintiocho años de vida tirados a la basura... aunque observando el chándal con el que llegué a palacio y la ausencia de bragas, no es tampoco que me debiera extrañar tanto, la verdad.

—Um... vale —consentí al final.

Para mi sorpresa toda la familia estaba en el desayuno, incluida la reina dueña de la bola de pelo maldita que interrumpió ese magnífico beso que había compartido con su hijo.

—¡Buenos días Celeste! —exclamó la pequeña Margarita y en ese momento sonreí acercándome para sentarme a su lado como hacía desde que llegué.

—Buenos días Margarita —contesté igualmente jovial.

—Cuando se dirija hacia su excelencia la infanta Margarita, deberá tratarla con honor a su título —escuché por parte de la bruja rubia de la esquina que evidentemente se dirigía hacia mí.

—Querida —contestó el padre de Bohdan en ese momento que a pesar de estar leyendo el periódico parecía escuchar la conversación—. Creo que es tu hija la que debe decidir al respecto, puesto que es a ella a quien se dirige y que a mi me conste, fue precisamente ella quien la tuteó primero.

Para mi sorpresa, aquella mujer solo hizo un gesto descortés y se limitó a beber el café, té o lo que leches tuviera en aquella taza de porcelana fina con flores pintadas. Me dieron ganas de decirle; ¡Celeste 1, Reina maldita 0! Pero me contuve.

—Señorita, su desayuno —Escuché una voz detrás de mí que me hizo apartarme y ver en ese momento una bandeja de tostadas finas acompañadas por unos mini botecitos de Nutella como justamente el que había visto la noche anterior, para ser exactos tres de ellos.

¿Por qué me servían eso?, ¿Cómo sabían de mi preferencia por esa crema de cacao en concreto? En ese momento miré a Bohdan que para mí consternación me estaba observando y juro que vi como sus ojos centellearon, pero inmediatamente apartó la vista, ¿Me lo habría imaginado?



SEIS



Miré de nuevo la cubertería bien colocada a los extremos del plato principal, eso era como jugar al azar para mi, en serio que no veía la diferencia.

—¿Cuál me había dicho? —pregunté por ganar tiempo.

—El tenedor de la ensalada señorita Abrantes —contestó con retintín aquel hombre que habían designado como profesor para mis clases de protocolo.

Menuda pérdida de tiempo. En mi casa siempre se ha usado un tenedor para lo mismo y hasta donde yo sé, ni hemos pillado una enfermedad venérea, ni nos hemos muerto...

—¿Este? —dije cogiendo uno del centro.

—No, no, no y por enésima vez, no —respondió con aplomo y se acercó a mí. Olía a perfume desde doscientos metros, quizás se había echado medio bote esa mañana, pero desde luego como lo hiciera a menudo ese hombre no ganaba para colonia.

—Tenedor de ensalada —comenzó señalándome uno de ellos a mi izquierda—. Tenedor de pescado y tenedor de carne —continuó—. Tenedor de postre —señaló el que estaba por encima del plato de presentación—. Y tenedor de frutos de mar —dijo señalándome el del extremo a mi derecha.

—Umm ya —asentí como si con eso dijera todo.

—No es tan difícil, solo son cinco —contestó.

¿Solo son cinco? Gemí. Y luego estaba la cuchara de la sopa, la del postre, la de la ensalada, el cuchillo de la carne, del pescado, del pan... ¡Y el de su mismísima madre que lo parió! Ah y mejor no hablemos de copas y vasos porque ya me tiro por la ventana directamente.

¿Es que ese hombre pretendía que en una hora me aprendiera todo eso? Si cuando llegaba al postre a mi ya se me habían olvidado los entrantes.

—¿No puedo coger simplemente el que crea conveniente? —pregunté.

—No si el que cree conveniente no corresponde con el plato. Dejaría en mal lugar a la corona si lo hace en un acto público —respondió seriamente.

¿En serio?, ¿Me dejarán ir a actos públicos?

—Tenga presente que los cubiertos siempre tienen disposición con el plato que vayan a servir, de forma que se cogen desde fuera hacia dentro —me señaló.

—Si, eso dígaselo a los caracoles —contesté tajante.

—¿Cómo dice? —preguntó contrariado.

—Nada nada... mejor sigamos.

Dos horas después podría jurar que estaba medio borracha por aprender a beber vino correctamente. Al menos me había divertido durante los últimos minutos hasta que Raphael me dejó libre porque se dio cuenta de que estaba piripi.

Como había salido antes de la hora prevista, Jeffrey no me esperaba en la puerta como siempre hacía para seguir con mi programación, así que en ese momento me sentí libre por primera vez desde que estaba en aquel palacio, que tampoco es que hiciera mucho tiempo porque llevaba dos días prácticamente, pero decidí irme a investigar que tesoros secretos podía ocultar aquel castillo.

¿Tendría historias de esas de fantasmas? O amoríos insólitos, asesinatos o conspiraciones hacia la corona... sería muy interesante descubrirlo. Después de dar vueltas durante un buen rato con la noción del tiempo perdida, ya que al no llevar teléfono —porque decían que había que esperar a que la noticia se asentara unos días para poder hablar con familiares y amigos de forma que no pudiera proporcionar información desafortunada—, desconocía que hora era ni cuanto tiempo habría pasado. A mi me parecían exactamente iguales todos los pasillosl en aquel palacio, pero creo que en mi recorrido con Jeffrey el primer día no había estado en esa área del castillo.

—¡Hola! —escuché a mi espalda y di un salto del susto.

—¡Joder! —Se me escapó del respingo que di al no esperarlo porque no escuché los pasos llegar y es que había aparecido ante mi como un fantasma.

—¿Qué significa joder? —exclamó la infanta Margarita.

—Mejor no quieras saberlo —contesté. Aunque igual podría reírme si le decía a la reina “jódete” sin saber qué significaba, pero mi malicia no llegaba a tanto.

—¿Qué haces en esta área del palacio? —preguntó cambiando de tema.

—¿Quieres la verdad? —pregunté fomentando la intriga a la pequeña hermana del príncipe y vi sus ojos abrirse expectante—. Estaba buscando algún tesoro escondido o algo lo suficientemente interesante que me haga olvidar las estúpidas clases de protocolo

de Raphael —susurré.

Para mi sorpresa la carcajada no se hizo esperar y como todo estaba tan silencioso y era tan grande se escuchaba el triple de lo normal.

—Cshh —siseé intentando taponarle la boca—. Si me pillan seguro que me someten a otro tipo de tortura, ¡Me vas a delatar! —gemí.

—¡Eres muy graciosa! —dijo al fin controlando su risa y pude incluso ver algunas lágrimas en sus ojos.

—¿Eso es un cumplido? De donde yo vengo eso es como decir que eres fea y no vales un pimiento.

—¿Un pimiento? —exclamó y volvió a reír.

Mierda Celeste, controla tu lengua.

—¡Margarita! —escuché de lejos—. ¡Donde estás! —Ni tan siquiera era una pregunta, sino una exigencia.

—¡Oh no!, ¡Es mamá! —exclamó con cara de puro horror en la cara—. Querrá darme otra de sus lecciones sobre lo que se espera de mi porque saqué un once en matemáticas.

—Espera un momento... ¿Te va a regañar por sacar un once?, ¿Cómo funciona aquí la puntuación? —pregunté.

—De cero a doce —contestó apenada.

—¿Que te va a regañar por sacar un once de doce?, ¡Ven!, ¡Vamos! —grité de pronto sin siquiera pensarlo.

—Pero ¿A donde vamos? —preguntó, aunque me dio la mano y me siguió. No tenía ni idea de a donde iba pero desde luego que iría lejos de esa vieja bruja explota niñas. ¡Un once de doce!, ¡Ya hubiera querido mi madre que sacara esas notas!

—¡A celebrarlo!, ¡A eso vamos! —contesté mientras corríamos lejos de aquella voz.

—¡Celeste, no! —escuché de pronto a Margarita y me paré en seco.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

Justo en ese momento iba a atravesar una de las salidas que daban al exterior donde por fin nos veríamos libres de la bruja de la reina que era la principal causante de nuestra huida.

—No podemos salir de palacio sin que nadie lo sepa. Está terminantemente prohibido —contestó asustada.

—¿Por qué? —pregunté sin entenderlo.

—Son las normas —contestó encogiéndose de hombros.

—¿Qué pasaría si por un día no existieran las normas? —insistí.

—No se si... —comenzó a decir, pero la cogí de la mano y la arrastré tras de mí.

—No pensar es una de mis cualidades —dije mientras sonreía.

¿Qué era lo peor que podía pasar?, ¿Qué me cayera una reprimenda por parte de la reina?, ¡Ah con gusto la desearía para decirle cuatro cosas a esa mujer!

—¿Dónde vamos? —exclamó Margarita.

—Pues seguro que tu sabes mejor que yo en que dirección iremos, porque no tengo la menor idea —mencioné mirando a mi alrededor vislumbrando los jardines y justo al final se abría un claro.

—Vas en dirección al estanque de patos —contestó como si le faltase la respiración.

¿Estanque de patos? No es que fuera la búsqueda del tesoro, pero valdría.

—¡Ah!, ¡Esto si que es vida! —dije una vez nos sentamos sobre el puente de madera que cubría el pequeño estanque para cruzarlo y los patos revoloteaban bajo nuestros pies. Me tumbé de espaldas extendiendo mis brazos mientras el sol acariciaba mi rostro.

—¿Te has casado de verdad con Bohdan como dice él? —preguntó de pronto aquella pequeña rubia de ojos azules que comenzaba a entrar en la adolescencia.

—Si lo dice él, ¿Porqué lo iba a negar yo? —pregunté sin saber que decir exactamente.

—Porque no dormís en la misma ala de palacio.

¡Caray con la niña!, ¡Pues sí que nos ha salido lista!

—Buenooooo... eso es porque...

¿Y qué rayos le contaba yo ahora?, ¡Si era la menos indicada para hablar!, Me importaba un cuerno contarle la verdad, pero ¿Y si lo fastidiaba al hacerlo?

—¿Qué hacéis fuera de palacio? —exclamó alguien y giré mi cabeza porque seguía tirada en el suelo.

Vi primero sus botas, seguidamente de un pantalón ceñido —tan ceñido que hasta el corazón me palpito aceleradamente—, después el cinturón, aquel polo ajustado marcando sus músculos y un chaleco. ¡Me va a dar un infarto! Iba vestido de pies a cabeza para montar a caballo o iba a rodar un anuncio para la marca Ralph Laurent porque parecía un jinete al que solo le faltaba el palo de críquet.

Por tu madre Celeste; no babeas, no babeas, contrólate y no babeas.

—¡Hemos salido a celebrar que saqué un once en matemáticas! —gritó Margarita sacándome del apuro momentáneo.

En ese momento le vi sonreír complacido y babeé, fijo que lo hice porque mis neuronas se debieron electrocutar en una simbiosis extraña de la que hasta chispas saltaron provocándome el cortocircuito.

—¿Estás bien? —preguntó cuando se acercó hasta mi porque había permanecido en la misma postura todo el tiempo.

—¿Qué? —exclamé de pronto—. ¿Yo? —grité y me incorporé tan rápido que me di un

golpe en la cabeza con la barandilla.

—¡Auch!, ¡Mierda!, ¡Que dolor! —grité llevándome la mano a la frente y tambaleando.

—¡No!, ¡Espera! —escuché su voz justo antes de notar que me caía.

—Aaaaahhhhhh —grité hasta que sentí como el agua amortiguaba la caída.

Por suerte hacia pie ya que solo llegaba hasta media cintura. Cuando abrí los ojos esperé encontrar tanto al príncipe como a Margarita arriba en el puente, pero solo estaba ella, oí de pronto el agua y me giré lentamente. Allí estaba, completamente empapado con la ropa ciñéndose a su cuerpo.

—¿Lo... siento? —dije encogiéndome de hombros mientras le veía sacudirse inútilmente la ropa y de pronto las carcajadas de su hermana se sentían estrepitosamente.

—Tranquila, no ha sido tu culpa. Por tratar de evitar que cayeras, caí contigo —contestó sin un atisbo de enfado y aquello de alguna forma me hizo verlo aún más dulce—. ¿Y tú de qué te ríes? —exclamó mirando hacia su hermana.

—Yo digo que se merece un baño. De lo contrario, ¿Qué pensarán cuando nos vean aparecer mojados solo a nosotros? —exclamé para que ambos pudieran escucharme.

—¡No! —gritó entre risas Margarita—. ¡Ni se os ocurra! —dijo de nuevo empezando a correr.

Al final volvimos los tres absolutamente empapados a palacio un par de horas más tarde.

—Gracias Celeste —dijo la pequeña Margarita justo antes de que entrara en mi habitación y ella proseguir hasta la suya.

—¿Por qué? —pregunté sin entender.

—Ha sido la mejor celebración en mucho tiempo —contestó sonriente mientras se marchaba sin dejar que respondiese.

En ese momento pensé que, si terminar bañándote vestida en un estanque de patos era la mejor celebración, no quería ni pensar en qué clase de infancia tendría esa chiquilla.

Me di una larga, pero larga y extensa ducha de agua caliente mientras sonreía vagamente recordando la escena que habíamos protagonizado en el pequeño estanque. Probablemente la reina me echara la bronca si se llegaba a enterar, pero me daba absolutamente igual, ¿Es que no entendía las necesidades de una niña?

Tal vez esa mujer nunca ha sido una niña, con la cara mustia que tiene. Estaba tan tranquila secándome el pelo y envuelta en el albornoz que cuando sentí la música proveniente de alguna parte de mi habitación me acojoné y di un pequeño saltito mirando hacia mi alrededor.

En ese momento reconocí el tono de llamada de mi móvil, era la canción de despacito que cantaba Luis Fonsi.

Despaciito,

Quiero respirar tu cuello despacito,

Deja que te diga cosas al oído,

Para que te acuerdes si no estás conmigo...

—¡Mi moviiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiil! —grité mientras miraba hacia todos lados como una loca buscándolo hasta que finalmente lo encontré en una pequeña mesita baja junto a una butaca.

Salte literalmente sobre el y ni tan siquiera miré quien llamaba, las ganas de hablar español con alguien me sobrepasaban.

—¿Si? —exclamé emocionada

—¡Serás petarda! —escuché al otro lado del teléfono la inconfundible voz de Mónica.

—¡Monicaaaaaaaaaaaaaaaaaa! —grité emocionada y eso que la había visto hacía tres días.

—Si. Si... ¡Eres una capulla! —gritó—. ¡Mira que no contarnos nada!, ¡Ya te vale so penca!, ¡Un príncipe ni más ni menos!

En ese momento dudé en si debía contar o no la verdad. Se suponía que nadie debía enterarse de que Bohdan y yo nos habíamos conocido realmente esa noche. ¡Joder! Mónica era mi amiga, en mis amigas podía confiar y contar realmente lo sucedido, ¿no?

—Es que las cosas no son...

—¡Ya claro! Me hago una idea —me cortó—. Tu tan calladita que te lo tenías bien guardado y nos tenemos que enterar por la tele de que te casas con un puñetero príncipe, aunque algo raro sospechamos en el aeropuerto cuando desapareciste y nos dijeron que no pasaba nada. ¡Estuve llamándote toda la noche preocupada!

—No tenía acceso a mi teléfono —suspiré.

—¿Ni para mandar un mísero mensaje? —gritó—. Llevo llamándote desde entonces y no llamé a la policía porque sé mas de ti por la prensa que por ti misma. ¿Tú sabes el revuelo que se ha montao aquí?, ¡Eres famosa!

—Ay dios... —gemí.

—Si... ¡Ay dios! Pero bien que has sabido pescar al buenorro ese de las fotos —suspiró.

Me reí por los suspiros que emitió al decirlo. Ya me gustaría a mi *pescarlo* y lo que no era pescar precisamente...

—¿Entonces no os comentaron nada en el aeropuerto cuando me retuvieron? —pregunté para saber exactamente qué información tenían.

—¡Que va! —contestó rápidamente—. Sonia preguntó en calidad de abogada porqué te estaban reteniendo, pero le soltaron un rollo sobre que eras una posible testigo de un

incidente y que en todo caso no estabas implicada, ni retenida. Estuvimos esperando tres horas y finalmente nos fuimos cuando nos comunicaron que te llevaban a otro lugar y que lo mejor era que nos marcháramos a casa, que tendríamos noticias tuyas pronto.

—Vaya... —No sabía exactamente qué decir.

—Sonia estuvo haciendo llamadas bastante preocupada y te estuvimos llamando hasta altas horas de la madrugada. Las chicas y yo habíamos pensado en ir a comisaría al día siguiente, pero nos explotó la noticia en la cara cuando apareciste en todos los periódicos, prensa, radio, televisión... casi me atraganto con la tostada esa mañana cuando escuché tu nombre seguido de futura princesa de Liechtenstein.

Me imaginé la cara de Mónica en ese momento, bueno... la de Mónica y la del resto de mis amigas, pero seguro que la única que soltó una parrafada fue ella.

—Solo me dio tiempo de llamar a mis padres para advertirles ¡Yo qué iba a saber que había fotos nuestras de la noche anterior que se iban a filtrar! —exclamé sin mencionar: yo que puñetas sabía que era un príncipe con castillo y todo.

—Hija... pues podías haber soltao algo por esa boquita que tienes para no habernos dado semejante susto.

—Mónica, ¿Me prometes que si te cuento una cosa no saldrá de nosotras? —pregunté siendo consciente que *nosotras* incluía también al resto de las chicas.

—Pues claro, ¿Qué pasa?

—Le conocí esa noche —solté—. Y no tenía ni idea de que era un príncipe hasta que me detuvieron en el aeropuerto porque me había casado con él.

—Su puta madre... —la oí gemir.

—Esa me odia... —contesté tirándome sobre la cama porque necesitaba desahogarme con alguien.

—¿Quien te odia? —preguntó tratando de reaccionar.

—La reina. Me odia con todas sus fuerzas, pero es una amargada que parece que lleva el palo de la escoba metido por el culo todo el día.

—Pues que le den —gimió—. Es decir, que lo de la supuesta boda en las vegas sí es real, no es un paripé como afirmasteis porque ya estabais comprometidos —preguntó volviendo al kit de la cuestión.

—Yo no recuerdo nada de esa noche, pero el documento de la boda existe. Mis recuerdos se pierden en la discoteca donde estaba con él hasta la mañana siguiente que aparecí en su habitación de hotel.

—¡Joder!, ¡Jodeeeeerrrrr! —exclamó—. ¡Lo tuyo es potra! —gritó—. De entre todos los tíos con los que podías haber coincidido esa noche, ¡Te toca un puñetero príncipe!

—Ya... potra —gemí—. Esto es peor que vivir en el infierno. Con tantas normas, tanto estiramiento de cuello que te da tortícolis y tanto puñetero protocolo.

—Tu te quejas de vicio niña. A saber que succulentos manjares te estarás zampanando.

—Uy si —ironicé pensando en la porquería comida que había estado comiendo esos días, aunque desde luego el primer día fue el peor de todos, tal vez porque el beso ardiente de Bohdan y la Nutella de por la mañana me hicieron cambiar la perspectiva—. Se me hace tarde para ir a la cena ya que debo cambiarme, te llamaré mañana si es que no me vuelven a quitar el maldito teléfono, ¡Dios!, ¡Cómo echaba de menos hablar en español!

—Pues menos mal que sabes hablar el idioma. Al final el idiota alemán si que sirvió para algo —mencionó Mónica—. Le diré a las chicas que hablé contigo y que mañana las llamas o le envías un mensaje.

—¡Gracias Mónica! Eres la mejor.

—Lo sé... así que ya puedes invitarme a ver ese castillo que por tu culpa he envejecido dos años y ahora tengo más canas que antes.

Me reí ante lo absurdo solo para conseguir la excusa de que la invitara.

—Veré lo que puedo hacer, aunque nada me gustaría más que teneros aquí. Son tan raros... y tan correctos —añadí en ultima instancia.

—¿El guaperas también? —preguntó y supe perfectamente a quién se refería.

—No sabría definirlo exactamente, ni siquiera le he encontrado un defecto aún.

—¿Qué tú no le has encontrado defectos? —exclamó—. Creo que esos aires de por ahí te han sentado mal o algo —añadió.

Es cierto que yo siempre le sacaba pegas a todos los tíos y para mi desgracia aún no había encontrado ninguna para el príncipe, eso era raro en mi.

—No es que haya hablado mucho con él la verdad —me excusé. Prefería no decir que cada vez que lo veía mis bragas se mojaban, mi cerebro colapsaba y mis neuronas se freían.

—Ya... —asintió, pero sin asentir.

—¡Uyyyyyyy que tarde es! —grité fingiendo porque ese ya, significaba enfrentarse a un interrogatorio exhaustivo de “Doña Mónica”.

—Mañana no te libras guapa —respondió sabiendo perfectamente que la estaba evitando.

¡Mierda, me ha pillao! Y sabía que acabaría soltando con pelos y señales todo lo referente al príncipe.



SIETE



Afortunadamente para mí, la cena fue tranquila —porque la reina estaba en una gala benéfica—, así que solo estábamos Bohdan, Margarita y yo durante la velada que lo cierto no es que fuese muy larga.

—Cuéntanos Celeste, ¿Es verdad que vivías en una granja cuando eras pequeña? —preguntó Margarita entusiasmada.

—¿Una granja? —exclamé—. ¿De donde te has sacado eso?

—Mamá lo dijo, ¿Verdad Bohdan? —preguntó para que interviniera.

—Creo que más bien mencionó algo del campo, no una granja —aclaró éste.

—Bueno, lo cierto es que crecí en un pueblo no muy grande y mi padre se dedica al campo, sí. Pero no crecí en una granja ni nada parecido, aunque ayudaba a mi padre a cosechar cuando era pequeña —contesté sin mencionar cuanto lo odiaba.

En ese momento recordé mis años de adolescente, cuando a las seis de la mañana mi padre me abría la ventana de la habitación en pleno invierno de vacaciones navideñas, me quitaba las mantas con las que estaba tan calentita durmiendo en el quinto sueño para que me diera todo el frío así, de sopetón y gritaba; ¡Arriba dormilona que todavía no eres una princesa! Por irónico que fuera ahora técnicamente lo era, ¿no?

—Seguro que era divertido —exclamó sonriente.

—¡Uy si! Divertidísimo —ironicé mientras me metía un buen trozo de la ensalada en la boca para no contarle lo divertido que era estar todo el santo día cogiendo palos, porque no era otra cosa que recoger los trozos de ramas de la poda que previamente mi padre había cortado y terminase con agujetas hasta en el culo—. Por cierto —dije dirigiéndome hacia Bohdan—. He visto que me han devuelto mi teléfono personal.

—Si, he pedido que lo hicieran para que pudieras comunicarte con tu familia —aclaró—. Estarán preocupados por ti y sería lógico que te pusieras en contacto con ellos. Cuando terminemos de cenar hay algunos puntos que tendríamos que determinar —añadió y justo

en ese momento levantó la mirada y me encontré con esos ojos azules mirándome de un modo que me hizo temblar por completo.

—Si... claro... por supuesto... desde luego... —balbuceé.

«Parezco idiota» susurré para mis adentros, ¿No podías decir solo “si”? Tres días más junto al buenorro y mis neuronas terminan definitivamente en paradero desconocido.

—Te espero en mi despacho cuando acabe la cena. Debo aprobar unos documentos para mañana y después podremos dar un paseo por el jardín —contestó.

Asentí, no pensaba volver a meter la pata de nuevo con tanta afirmación seguida.

Mientras Margarita y yo tomábamos el té, él se marchó dejándonos solas, supuse que para aprobar esos documentos que había mencionado.

—Eres mucho más simpática que Anabelle —dijo de pronto Margarita.

—¿Quién es Anabelle? —pregunté confundida.

—La novia de Bohdan —afirmó—. Bueno, era su novia antes de ti, aunque también es nuestra prima lejana.

—¡Ah! —exclamé sin saber qué decir.

¿Estaba con otra cuando se lio conmigo en las Vegas?, ¡Dios!, ¡Era una lagarta robanovios! Bueno, ¡Que leches!, ¡Yo no tenía la culpa de nada!, ¡En todo caso la tenía él!

—Hace como seis o siete meses que no viene por aquí, aunque mamá decía siempre que un día se casarían porque era perfecta para Bohdan.

—Ya... —susurré.

Empezaba a no querer saber tanto. Si la reina aprobaba a esa tal Anabelle, sería porque era igual que ella.

—Aunque pronto vendrá, es el vigésimo centenario y toda la familia se reúne —dijo sin más.

—¿Cómo que toda la familia? —exclamé viendo como saltaban las alarmas intermitentes en luces rojas.

—Si, toda la familia real debe acudir a la celebración y como Anabelle es de la familia al ser nuestra prima tercera también acudirá.

¡Genial!, ¡Lo que me faltaba! Gemí interiormente. Una rubia —porque fijo que era rubia como la reina—, de cuerpo perfecto y más amargada que el culo de un pepino, mirándome con rayos laser infrarrojos por haberle robado al novio.

Tal vez ese día esté indispuesta, pensé... Ya solo de pensarlo me daba dolor de estómago.

Llamé a la puerta del despacho y escuché su voz.

—Enseguida estoy —mencionó sin apartar los ojos del documento.

—Tranquilo —dije dando vueltas alrededor observando de nuevo aquel despacho. Lo cierto era que me gustaba, tenía un aire tradicional y con un olor tan peculiar...

«¡Claro idiota!, ¡Huele a él!, ¿Cómo no te va a gustar mentecata?» suspiré.

—Ya está, ¿Vamos? —escuché y en ese momento me giré viéndole de pie señalando la puerta para que saliera primero.

Hacía algo de frío, pero no me quejé. Nos fuimos adentrándonos en una especie de laberinto porque había setos altos a ambos lados.

—Es muy importante que el círculo de personas que saben lo que realmente ha sucedido sea ínfimo —dijo con calma.

Había estado hablando desde que salimos de su despacho de lo importante que era no contar demasiado lo que ocurrió y no entrar en detalles, puesto que, aunque los rumores seguían existiendo sobre que nos habíamos casado en las Vegas, no se sabía que anteriormente a eso, éramos unos completos desconocidos.

—Lo entiendo, imagino que no nos beneficia a ninguno que la prensa se entere —mencioné y me abracé a mi misma por el frío.

—¿Tienes frío? —preguntó y supuse que me había visto tiritar.

—Un poco —confesé porque negarlo era absurdo.

Vi como se quitaba la chaqueta y me la colocaba sobre los hombros como un perfecto caballero. En ese momento deseé besarle con todas mis fuerzas, ¡Oh dioses!, ¡Me moría de ganas de probar de nuevo aquellos labios!

—Tu recuerdas si esa noche tu y yo... —balbuceé—. Si tu y yo nos.... —comencé a hacer señas para referirme si nos habíamos acostado y en ese momento vi sus ojos oscurecerse, a pesar de la poca luz, vi perfectamente como su iris se volvía de un azul mucho más oscuro e intenso.

Justo en ese momento parecía que había conectado con él, era como si todo el tiempo se detuviera a nuestro alrededor. No existía el frío, ni el viento, ni el leve sonido de la naturaleza que ofrecía el lugar; solo estábamos él y yo.

Hasta que apartó su mirada.

—No sabría decir exactamente —mencionó mirando hacia otro lado esquivándome—. Yo no tengo recuerdos nítidos de esa noche tampoco —añadió como confesión.

—Aunque no lo creas, es la primera vez que me ocurre algo así —contesté rápidamente—. No sé en qué momento perdí el control, jamás había perdido la conciencia hasta ese punto. Sé que no me creerás, pero...

—Te creo —contestó interrumpiéndome y me quedé callada.

En ese momento pensé en lo absurdo de la situación, probablemente nos habíamos acostado esa noche —de hecho, con casi toda probabilidad lo hicimos porque ambos estábamos desnudos aquella mañana— y ninguno lo recordaba. ¡Menuda vida de mierda!

Para un tío bueno con el que consigo ligar y encima ¡Me caso! Me acuesto con él y no lo puedo ni recordar... ahora me tengo que conformar con imaginármelo.

«Esto es el karma Celeste. Te odia» me dije a mí misma.

Algo muy malo debí hacer en esta vida para que me planten semejante manjar delante y ni siquiera pueda catarlo. Tendré que conformarme con pensar que lo hice esa noche, aunque sea en sueños y algún día cuando tenga hijos podré contar como anécdota que...

—¡Mierda! —grité en español—. ¡Mierda!, ¡Mierda!, ¡Mierda! —añadí llevándome las manos a la cabeza.

—¿Qué ocurre? —le escuché exclamar.

En realidad, no sé hasta que punto me habría entendido.

—¿Usamos protección? —exclamé con los ojos abiertos como platos.

Lo que me faltaba ahora para añadir al lote de la locura surrealista que estaba viviendo.

—¿Cómo? —le oí exclamar de nuevo.

—Ay jodeeeeeeeerrrrrrrr —dije arrastrando las palabras y entrando en una especie de shock mental anafiláctico de desesperación.

—Ey —contestó acercándose a mi porque probablemente mi cara de asustada lo debía decir todo—. ¿Qué ocurre? —preguntó preocupado.

—¿Y si resulta que estoy embarazada?, ¿Y si resulta que los dos estábamos tan borrachos que hasta nos casamos y se nos olvidó usar un condón?, ¡Ya es tarde para usar la píldora del día después!, ¡Y yo no se cuidar ni de un cactus como voy a cuidar de un niño! Y eso sin añadir que no nos conocemos, que tu madre me odia, que nos vamos a divorciar dentro de unos meses y que luego seguirás por tu camino y yo por el mío como si no nos conociéramos y entonces....

—Cshh —siseó provocando que me callara en mi discurso que parecía que había cogido incluso carrerilla de forma que se me había olvidado hasta respirar de lo rápido que dije todo.

Le miré y el tío parecía tan tranquilo, ¡Tan panchis de la vida!, ¿Es que no tiene sangre por las venas? ¡Aunque sea azul, morada o lila!

—No nos precipitemos —dijo en un tono tan tranquilo que en cierta forma calmó mis nervios—. Lo más lógico es que tomáramos precaución.

—Lo más lógico a pesar también sería que no nos hubiéramos casado ¡Y míranos! —grité dejando la absurdez de su intento de coherencia a un lado.

—¿Quieres hacerte un test para salir de dudas? Aunque lo mejor sería acudir a un experto —preguntó con calma.

¿Qué?, ¿Hacerme un test?, ¿ir al médico? En ese momento me entró el pánico total.

—Mejor esperamos —bufé.

Aunque fuera como ser el avestruz que mete la cabeza bajo tierra para no enfrentarse al miedo prefería eso que mentalizarme de que podría existir esa posibilidad.

—Como prefieras, pero quiero que tengas presente que en cualquier caso, asumo mi parte de responsabilidad —contestó con esa calma y sensatez que le caracterizaba.

—Te lo agradezco —contesté con unas ganas irrefrenables de abrazarlo.

Seguro que otro cualquiera hubiera dicho algo similar a; el marrón te lo comes tu bonita, y habría desaparecido de la faz de la tierra. En cambio allí estaba él, manteniendo la calma que desde luego yo distaba mucho de tener. En ese momento le miré detenidamente, ¿Cómo narices alguien como él que parecía tan perfecto y que todo lo tenía bajo control había podido cometer la locura de casarse con una completa desconocida?

—Seguro que nos drogaron esa noche —gemí en voz alta.

—Nada podría descartarse —afirmó—. Aunque lo que creamos que ocurrió no cambia el hecho de lo que hicimos esa noche y lo que ese hecho afectará a nuestras vidas.

—Dímelo a mi —susurré.

—Celeste... —escuché como susurraba con voz jadeante.

—¿Sí? —gemí por toda respuesta ante aquel tono.

En ese momento le miré, creí por un instante que se acercaría lo suficiente como para saltar sobre él y que nuestros labios se besaran, repitiendo de nuevo aquel instante memorable como el que protagonizamos en aquel almacén que de no ser por aquel maldito gato habría culminado visitando al paraíso celestial del olimpo de los dioses.

—No. Nada —contestó de pronto—. Será mejor que volvamos, es algo tarde.

A la mierda mi intento de beso. Tal vez tendría que ser en otra ocasión, me mentalicé.

Aunque en ese instante fui consciente de que Bohdan parecía intentar decirme algo, solo que por alguna razón no se atrevió a hacerlo, ¿Tal vez el sabía algo de esa noche que yo desconocía?

La música marchosa del teléfono me despertó, abriendo lentamente los ojos entre la oscuridad de la habitación. Vi como se iluminaba la pantalla que estaba justo al lado de la cama en la mesita de noche.

Lo cogí medio zombi y descolgué.

—¿Si? —pregunté con una evidente voz de dormida.

—¡Pa no varia durmiendo! (*¡Para no variar durmiendo!*) —exclamó la inconfundible voz de mi madre—. ¿Tu ni casá con ese bombón der norte que tas apañado vá a cambiá un poquico? (*¿Tú ni casada con ese bombón del norte que te has apañado vas a cambiar un poquito?*) —chilló.

—No mamá —susurré—. Duermo todo el día para demostrarle al mundo que lucho por mis sueños —contesté riéndome de ella.

—¡Si! —chilló—. ¡Pué no serán los de sé rica y famosa porque por aquí ya lo ere!
(*¡Pues no serán los de ser rica y famosa porque por aquí ya lo eres!*)

Bufé por toda respuesta. Tampoco podía ser para tanto porque cuatro mataos locos hayan divulgado que una simple mortal pueblerina se haya casado con un príncipe alemán.

—De lo único que soy rica es de celulitis mamá —gemí desperezándome mientras apartaba las sábanas y salía de la cama—. A todo esto, ¿Qué hora es? —le pregunté.

—La sei de la mañana (*Las seis de la mañana*) —contestó tan pancha mi madre.

—Pero ¡Tú estas loca! —grité—. ¿Qué haces llamándome tan temprano?

—¡Pue si é que tas vuerto mu finoli con esa gente y no te digna ni a llamá a tu madre!, ¡Que soy la que ta pariooooo! (*¡Pues si es que te has vuelto muy finolis con esa gente y no te dignas ni a llamar a tu madre!, ¡Que soy la que te ha parido!*) —chilló.

—¿De que hablas mamá?, ¿Qué te has fumao? —gemí porque parecía que estaba medio sollozando.

—Aro, y ara no quiere cuenta con nosotros porque no somo tan finoli como esa gente, que van tos mu bien vestio que lo vito yo (*Claro, y ahora no quieres cuentas con nosotros porque no somos tan finos como esa gente, que van todos muy bien vestidos que lo he visto yo*).

—A ver mamá —dije llevándome una mano a la cabeza en plan desesperada porque tenía un sueño de cojones y a mi madre le estaba dando un brote psicótico extraño—. No tenía mi teléfono hasta anoche, así que olvídate de tus paranoias raras, no te he llamado antes simplemente porque no tenía como hacerlo.

—Eso me da iguá (*Eso me da igual*) —contestó tajante—. Ya dijeron que tardaríamos un par de dia en hablá contigo (*Ya dijeron que tardaríamos un par de días en hablar contigo*).

—¿Y entonces? —bufé.

—Pué que no me dejan salí en la tele pa presumí de hijaaaaaa (*Pues que no me dejan salir en la tele para presumir de hijaaaaa*) —soltó molesta.

—¡Ay mi madre! —susurré.

—¡La mihmita que ta pario! (*¡La misma que te ha parido!*) —gritó.

—¿Pero tu te estas escuchando? —le pregunté—. ¡Que esto no es un programa cutre de esos que ves en los que van a contar quien se ha acostado con quien y con cuantos más mejor porque quiere vivir de su vida sexual!

—Pero yo no via contá na de tu vida sesua (*Pero yo no voy a contar nada de tu vida sexual*) —me contestó y en ese momento me pegué un manotazo en la cara.

Lo que me faltaba ya... ver a mi madre en la tele hablando de mi vida íntima.

—¡Tu no vas a salir en ningún lao, mamá! —grité—. ¡O no pisas el castillo! —la amenacé.

—¿Pero vamo a í? *¿Pero vamos a ir?* —preguntó con voz de niña esperanzadora—. ¿Voy a conosé a mi consuegra ante de la boda esa de paripé? (*¿Voy a conocer a mi consuegra antes de la boda esa de paripé?*)

Cuando la conozca —si es que llega el caso—, ya se le bajara toda esa parafernalia de cuento de Disney que se habrá montado en la cabeza.

—Sí, sí —solté para contentarla, aunque ya le daría largas con excusas después.

—¿Cuándo? —gritó—. ¡Que tengo que comprá cosa finoli pa impresioná a la reina! (*¡Que tengo que comprar cosas finas para impresionar a la reina!*)

Menuda caída del burro se iba a llevar mi madre, al menos habría algo en su favor, no iba a entender un carajo lo que la reina dijera de ella.

—Con calma —bufé—. Que llevo aquí tres días como quien dice.

—¡Pero si somo familia! (*¡Pero si somos familia!*) —me contestó.

—Si claro —dije rápidamente—. Pero es mejor ser prudentes mamá y no agobiar demasiado —solté esquivamente.

Al final mi madre se enrolló un buen rato más para contarme que andaba presumiendo de hija por el pueblo porque iba a ser princesa, porque ya le habían leído la cartilla bien leída de que no podía ser oficial hasta después de la boda y nadie podía saberlo salvo mis padres y mi hermana, ni tan siquiera la familia más cercana. Conociendo como conocía yo a mi madre, estaría a punto de salirle subtítulos por los oídos de tanto callarse la bomba de que su hija no iba a ser una princesa, sino que ya lo era porque estaba casada.

Como mi santa madre no me dejó en paz, no me volví a dormir porque se me hizo tarde... ¡Maldita fuera mi estampa! Iba a arrastrar un sueño del demonio en las clases de Raphael, seguro que tenía preparado una tortura china de las suyas para hacerme estallar del aburrimiento aquella mañana y bostezar más que escuchando una canción de cuna.

—¡Margarita!, ¡Margarita ven aquí ahora mismo! —escuché gritar a la inconfundible voz chillona de la madre de Bohdan.

—Le voy a regalar una lámpara —susurré—. Para que guarde su puto genio a ver si así deja de gritarle a la pobre niña —añadí mientras terminaba de bajar los últimos escalones.

—¡Buenos días! —escuché de pronto en cuanto me giré.

—¡Joder! —grité asustada dando un sobresalto—. ¿Por qué aquí todos aparecéis así, de sopetón? —gemí y en ese instante me di cuenta que estaba hablando en español. Mi chip de hablar con mi madre no me había hecho cambiar de idioma aún, pero observé aquel rostro impecablemente apuesto y casi me derretí mientras le contemplaba.

—¿Qué es “sopetón”? —preguntó ese dios principesco en un marcado acento español que me derritió completamente.

—Es... es... —comencé a balbucear—. Hace referencia a aparecer repentinamente, sin previo aviso —contesté al fin reaccionando.

Ays... si es que era tan guapo que daban ganas de comérselo enterito.

—¿Por qué no vienes a montar conmigo después del desayuno? —preguntó—. Me vendrá bien refrescar mi español —añadió sonriente.

—Si... claro... —contesté sin pensar.

Yo contigo voy a montar al fin del mundo si hace falta, pensé.

—Ordenaré entonces que preparen una yegua para ti —dijo antes de marcharse.

¿Montar?, ¿De montar a caballo? ¡Pero si en mi vida me he subido yo a un bicho de esos!



OCHO



Subí a la habitación a cambiarme para ir a montar porque con vestidito ajustado y tacones no es que me viera yo sentándome a horcajadas sobre aquel animal, mas que nada porque con eso no podía ni abirme de piernas para separar los muslos.

Empecé a revisar el guardarropa en búsqueda de algo que me sirviera, pero allí solo había vestidos, ¿Quién narices había elegido esa ropa para no pensar en unos malditos vaqueros?, ¡Solo pedía unos!, Ni que quisiera un regimiento...

—Unas mallas —susurré cuando encontré la ropa de deporte—. Bueno, al menos eso era mejor que un vestidito floreado en tono pastel.

Iba tan feliz por los pasillos sintiéndome ligera por llevar unas mallas y zapatillas de deporte en lugar de esos insoportables tacones y vestidos de los últimos días que unido al hecho de que iba a pasar un rato con el rubiazo de ojos azules casi se me olvidaba a lo que me iba a enfrentar.

Tampoco sería para tanto, ¿no? Salí por la puerta y caí en la cuenta de que no sabía a donde demonios tenía que ir.

—¡Jeffrey! —grité al verle llevando una bandeja hacia alguna parte.

—¿Sí señorita Abrantes? —contestó servicialmente.

—¿Dónde están los caballos? —pregunté.

—¿A qué caballos se refieren? Si habla de la exposición de...

—A los que se mueven y trotan —dije haciendo el gesto, algo que hizo que Jeffrey me mirara como si estuviera loca.

—Se refiere a los establos —respondió comprendiendo.

—¡Eso!, ¡Establos! —exclamé porque no recordaba la palabra.

—Están en el ala noreste, junto al estanque.

—¡Gracias Jeffrey! —contesté mientras salía corriendo y entonces me di cuenta de que

yo tenía menos orientación que un pato mareao.

A ver... el norte está para allá y.... ¡A la mierda! Me va a tocar recorrer todo el perímetro.

Cuando por fin llegué hasta los malditos establos vi al príncipe hablando con un hombre algo mayor, conforme me acercaba supuse que sería uno de los trabajadores.

—¡Buenos días! —dije con cierta falta de aliento por la paliza de correr que me acababa de dar.

—¿Y tu ropa de montar? —preguntó nada más verme.

—¿Ropa de montar? —gemí—. Era esto o un vestido de esos que se repiten variando de color en mi armario —respondí encogiéndome de hombros.

—Tal vez no tuvieron en cuenta que practicaras equitación, pero lo mencionaré para que te administren ropa adecuada.

—¡No pasa nada! —exclamé—Yo voy bien así.

¿Y qué más da como vistiera para montar en un caballo? Ni que fuera un arte como las bailarinas con el tutú, ¿O es que la ropa que él llevaba ayudaba en la ergonomía del movimiento? Buah, lo dudaba.

—Está bien —contestó—. ¿Vamos entonces? —me preguntó.

—¡Si claro!, ¿Cómo se monta en esto? —dije acercándome al caballo que era más grande que yo sin dejar que me impresionara.

—¿Nunca has montado? —exclamó ahora con extrañeza.

—¿Un caballo? —pregunté mirándole fijamente a los ojos—. No

—Pero te criaste en el campo —me contestó como si con eso pretendiera que respondía a todo.

—Mi padre no tiene caballos, usa el coche para desplazarse aunque viva en el campo —respondí con cierto aire de retintín.

—Está bien —asintió algo confundido—. Voy a alzarte y tu debes agarrarte aquí —dijo señalándome donde debía hacerlo y asentí.

De pronto sentí sus manos sobre mi cintura y me alzo como si pesara menos que una pluma —y eso que mis caderas tienen su buen tamaño—, de forma que me agarré y me senté en la silla a horcajadas.

—¡Ay! —di un pequeño grito cuando se movió ligeramente.

—Tranquila, es una yegua mansa —me advirtió mientras le observé meterme los pies en el sitio donde suponía que debía ir de la montura.

—Vale —contesté quieta mientras le observaba.

—Si le das ligeramente un toque con los pies comenzará a caminar lentamente —dijo mientras le vi como le daba una palmeada al lomo y el caballo comenzó a moverse—.

Para frenar solo debes tirar de las riendas —añadió, pero yo estaba estática creyendo que si me movía un milímetro podría incluso caerme.

—Estira de las riendas —le escuché decir a mi espalda.

No sé lo que hice, no sé si tiré de las riendas, si golpeé el lomo del caballo o quizá todo a la vez, pero aquel animal dio un salto que me cagué las patas abajo y empezó a correr como un condenado.

—¡Aaaaaaaahhhhhhhhh! —grité—. ¡Parateeeeeeeeeeeeeee! —seguí gritando.

Me agarré fuertemente al chisme ese donde Bohdan me había dicho que me agarrara al subir porque era el único lugar que podía hacerlo y vi como el animal comenzaba a adentrarse en una especie de bosque por la frondosidad de los árboles y porque era justo lo que teníamos enfrente.

«Voy a morir» pensé para mis adentros. No había hecho nada de provecho en la vida e iba a morir antes de cumplir siquiera los treinta.

Sentía los pequeños saltos del caballo y cerré los ojos, si me tenía que morir no quería verlo, es más, que fuera rápido y cuanto menos lo sintiera mejor.

Noté un suave roce sobre mi muslo y en ese momento abrí los ojos para ver como mi príncipe azul tiraba de las riendas del caballo y segundos después terminaba parándose.

—¿Estás... —comenzó a decir, pero no dejé que lo hiciera porque literalmente me agarré a su cuello y viendo mis intenciones, Bohdan me atrajo hacia él acogiéndome en su regazo de forma que me permitía abrazarlo—... bien? —terminó por decir la frase.

No respondí nada. Había pasado tanto miedo en ese minuto y medio que aún me temblaba todo el cuerpo. Si es que con mi mala suerte ¿En qué mundo se me ocurre montarme sobre aquel animal?

—Tranquila —le oí decir mientras noté sus manos bajando por mi cintura y acomodarse allí estrechándome contra él. Me separé levemente quedando a unos milímetros de sus labios, notando su aliento... su respiración... su olor... su todo—. Yo... —gimió y no dejé que hablara porque no lo soporté.

Me lancé literalmente sobre aquellos labios devorándolos con ansia, la misma con la que me había aferrado a la vida instantes antes pensando que podría morirme sin probarlos de nuevo una vez más. Ni tan siquiera fui consciente de que él me respondía con la misma intensidad que yo le besaba hasta momentos después en los que me di cuenta de que estaba literalmente sobre él y que sus manos acariciaban mi cintura atrayéndome hacia su cuerpo de manera que ni tan siquiera una minúscula brisa de aire pudiera pasar entre nosotros.

Debo reconocer que besar a Bohdan Vasylyk, príncipe de Linchetennstuplufis o como leches se diga era como besar a un ángel... un dios... buah, era estar en el cielo y sentir campanitas celestiales a tu alrededor.

Noté su lengua jugar con la mía sin delicadeza, sino de forma avasalladora como si pretendiera explorar y adentrarse en mundos desconocidos para conocer al detalle cada

rincón de mi boca. Lo adoré. Simplemente me estremecí con su lenguaje corporal al reconocer que me deseaba, ¡Le gustaba!

En mi cabecita imaginé fuegos artificiales y cohetes de colores mientras enredé mis manos en ese cabello suave que seguro lo lavaba con champú del caro y no el de un euro del súper que compras cuando no te cuadran las cuentas a fin de mes.

«¡Ah! Podría acostumbrarme a esto...» gemí interiormente mientras me deleitaba con el roce de sus labios hasta que sentí bajar sus manos hasta mi trasero y alzarme aún más sobre él de forma que no pude evitar sollozar en sus labios ante el hecho de notar su entrepierna.

—Espera —susurró separando sus labios de los míos y girando su cabeza hacia otro lado de forma que mi nariz rozaba su mejilla y podía deleitarme con ese aroma tan él que me hacía vibrar hasta el último poro de mi cuerpo—. Estas asustada y no quiero aprovecharme de ti —añadió.

¿Qué no quería aprovecharse de mí?, ¡A buenas horas le salía lo príncipe azul con sus principios y moralidad!

¡Yo si quería que lo hiciera! Solo me faltó por mi expresión suplicarle que se aprovechara cuantas veces quisiera, que desde luego no iba a importarme en absoluto. Aunque pudiera estar desesperada porque ese hombre literalmente me alteraba la sangre, me volvía loca, incluso podía añadir que empezaba a parecer desesperada; no iba a rogarle, ¡Lo que me faltaba! ¡Mendigar sexo por las esquinas de palacio a mi propio “marido”!

—Entiendo —dije por decir algo, porque realmente no entendía ná de ná.

Se bajó del caballo con cuidado para no tirarme y una vez estuvo en suelo firme, me alzó de la cintura y me bajó a mi también quedando frente a él. Aunque había deseado bajarme de ese caballo dios sabe cuánto, prefería seguir subida en él y seguir besando a Bohdan.

—Lo mejor es que no ocurra nada entre nosotros —afirmó de pronto llevándose ambas manos al cabello que de algún modo arregló el desastre que yo había provocado inconscientemente—. Dentro de poco cada uno irá por su lado y quizás sea menos complicado si sabemos mantener las distancias —añadió para arreglarlo del todo.

—Si —afirmé por no parecer idiota—. Será lo mejor desde luego —añadí para darle mas firmeza a la afirmación.

Estaba claro que yo no iba a ser la mujer de su vida. Nos habíamos probablemente liado estando borrachos y aunque pudiera ser el lío de una noche, desde luego no iba a considerarme su *princesa*. No sé de que me sorprendía, era algo que ya sabía desde un principio, pero supongo que ser consciente por sus palabras, aunque no me lo dijera directamente, dolía un poquito. Era como afirmar que yo no estaba a su altura y ser realista con lo que me rodeaba.

—Podemos ser amigos, al fin y al cabo debemos representar un papel de cara a la prensa y al círculo más cercano —dijo en tono de cordialidad.

«¡Genial! Ahora sé lo que es sentir en carnes propias cuando pasas a formar parte de la frienzone» suspiré con pesar. «Soy como el pagafantas que nadie quiere» asumí.

—¡Claro! —exclamé con cierto aire de fingida felicidad—. ¡Amigos! —De esos que no tienen derecho a roce me faltó añadir.

—Deberás acompañarme a numerosos eventos en los próximos meses, por lo que estoy seguro de que nos llevaremos bien.

—¿Meses? —exclamé—. ¿Cuánto tiempo voy a quedarme aquí exactamente?

Llevaba cuatro días como quien dice y no estaba segura de durar una semana más. ¿Cómo narices iba a aguantar meses soportando las clases de Raphael, a esa reina maldita y mis hormonas revueltas al mismo tiempo? Me pego un tiro antes o me tiro de la torre más alta...

—Tal vez tres o quizá cuatro meses sean suficientes. Debemos esperar a que todo se calme puesto que la noticia es aún muy reciente y todavía hay demasiadas personas que ponen en entredicho lo que ocurrió en las Vegas.

—Voy a necesitar mucha Nutella para soportar estar aquí cuatro meses con tu madre —gemí en español y le escuché reírse—. ¿Es que me has entendido? —grité tapándome la boca.

—Si —contestó con una vaga sonrisa—. Hace años que no practico el español y lo recuerdo vagamente, pero desde que estás aquí me he obligado a escucharlo un poco en unas viejas cintas.

—¡Ay mi madre! —gemí—. Lo siento... yo no quería decir que tu madre... digo que la reina... yo no... —comencé a balbucear.

—Tranquila —dijo con calma acercándose un poco a mí—. Mi madre tiene un carácter algo estricto y reconozco que en ocasiones puede llegar a ser irritante. Además no te lo ha puesto nada fácil desde que llegaste y en parte es por mi culpa puesto que he sido yo quien te ha traído.

¿Un poco? Creo que un poco era quedarse bastante corto. Esa se había tragado todos los palos de la escoba, la fregona y hasta el de las clases de yoga y autocontrol para ser así de estricta. Aunque bueno, al menos su hijo lo reconocía, no es que fueran imaginaciones mías.

—No pasa nada —mentí como una bellaca—. Tampoco ha sido para tanto —viva el ser políticamente correctos señores, pero no es que fuera a ir dando lástima o pena de mi misma—. Además, tu hermana es adorable —confesé sin mentir en absoluto.

—Creo que Margarita ha encontrado en ti una aliada de aventuras. Aquí no tiene amigas y de hecho, apenas las tiene ya que recibe su educación aquí en palacio para tener una atención personalizada.

—Vaya... —susurré.

Yo no era quién para meterme donde no me llaman, pero me parecía demasiado triste

la clase de infancia y dicho sea de paso de adolescencia que tendría esa chiquilla.

—Será mejor que volvamos o Hagrid se preocupará por nosotros puesto que vio como tuve que salir detrás de ti cuando te oímos gritar.

—Yo no pienso subir de nuevo a ese bicho —empecé a balbucear mientras me separaba de los caballos.

—Entonces tendrás que montar conmigo —contestó con cierta sonrisa en la cara.

—¿Y si vuelvo andando? —exclamé—. Tampoco estará tan lejos...

—Hasta donde yo sé, tienes clases con Raphael y ya llegas tarde, por lo tanto no seas miedosa y sube. Te prometo que no pasará nada.

Le miré un instante y dudé, pero no me había dejado alternativa.

«No me da miedo el caballo precisamente» quise decir, aunque prefería que pensara que era eso antes de que supiera cuanto me afectaba él, más ahora que tenía que asumir que solo fuéramos amigos a pesar de ser consciente que entre nosotros existía cierta atracción inevitable.

Me alzó de la cintura como la primera vez y me agarré a la cosa esa que ni sabía como se llamaba de la montura del caballo. Segundos después noté como él se subía detrás de mí, rodeaba con sus manos mi cintura y sentía el calor recorrer mi cuerpo al notar su pecho duro en mi espalda y sus brazos rozándose con mi abdomen.

Me mordí el labio para no gemir y cerré los ojos. Esto definitivamente iba a ser una tortura.

«Dos semanas» suspiré.

Dos malditas semanas desde que llegué y si no me daban un ordenador en el que al menos poder escribir mis ganas de suicidarme me iba a tirar definitivamente desde la ventana de la habitación, aunque solo fuera un segundo piso. Apenas había visto a Bohdan en los últimos días debido a sus compromisos en el extranjero, aunque al parecer volvería esa misma tarde puesto que tenía que acudir a una cena benéfica y precisamente yo iba a acompañarle. Raphael había estado exprimiéndome como una naranja los últimos días durante al menos diez horas cada día, definitivamente ya no me quedaba seso en el cerebro con tanta copa, saludo, reverencia y estupidez inaudita, ¡Si hasta tuve que estudiarme los nombres de los invitados! Yo que juré no volver a estudiar en mi vida...

—¡Oh dios!, ¡Mátame de una vez! —gemí.

En ese momento cogí el teléfono y vi que tenía un mensaje sin leer. Nada más abrir comprobé que era de mi amiga Sonia, seguro que era tan prudente, que prefería no llamar y por tanto enviar un mensaje para no molestar. Lo abrí enseguida devorando el contenido.

¡Hola feucha! ¿Qué tal estas? Lamento no llamarte, pero no quería molestar y entre todo el lío de los últimos preparativos de la boda, sumado al revuelo que se ha montado con tu prometido no sabía si podrías hablar libremente puesto que Mónica ya nos

comentó como está la situación.

Necesito saber si acudirás a mi boda y si, además, traerás acompañante. Espero tu respuesta lo antes posible, puesto que tengo que cerrar mañana mismo la lista.

Pd: Cómo se te ocurra faltar, no te lo pienso perdonar en la vida. Ya sabes que te necesito para ser el alma de la fiesta.

Un beso. Cuídate y para lo que necesites, llámame.

«¡Mierda!, ¡La boda de Sonia!» exclamé.

Conté mentalmente y faltaban menos de tres semanas. Empecé a teclear contestando a su mensaje afirmando que no se preocupara porque así lloviera, tronara, nevara o fuera el apocalipsis zombi, yo pensaba acudir, pero ¿Iría sola?, ¿Me acompañaría Bohdan a la boda de mi amiga? Resultaría extraño, pero si yo le acompañaba a tanta gala y tanta leche en pepitoria. Podría él acompañarme a una simple boda, ¿no?

—Mejor le contestó esta noche, cuando se lo pregunté a él —susurré mientras me levantaba de la cama y me preparaba elegantemente para cita con mi adorada Nutella mañanera.

«El único momento de placer del día» pensé. Y hasta la cara de mustia amargada de la reina me lo tenía que fastidiar.

—¡Buenos días Celeste! —escuché a Margarita gritar por el pasillo.

—¡Buenos días! —exclame al verla tan sonriente—. ¿Por qué estás tan contenta? —pregunté mientras caminábamos hacia el comedor.

—¡Hoy vuelve Bohdan! —exclamó.

—Es cierto —dije sin demostrar que volver a verlo en cierta forma me entusiasmaba.

—¡Siempre me trae un regalo de sus viajes! —gritó alegre—. Me pregunto que será esta vez...

—Seguro que es algo que te gustará —contesté sin mucho entusiasmo.

—No pareces contenta —mencionó de pronto.

—No te preocupes por mi —fingí—. Es solo que estoy un poco nerviosa por la cena de esta noche.

Genial, ahora confieso mis miedos a una adolescente de doce años, pero tampoco es que tuviera a alguien más a quién decírselo.

—¡Solo es una cena! No te preocupes por eso, lo harás genial —me contestó sonriente mientras torcimos la esquina para entrar en el comedor donde ambas guardamos silencio tras ver la mirada de reproche de aquella mujer, por suerte el rey también estaba presente por lo que seguramente contendría el veneno de su lengua.

Cuando llegó el sirviente con la bandeja de cada mañana que tenía mi adorada Nutella

vi que en su lugar traía un tazón de lo que parecían ¿Gachas?, ¡Qué demonios era eso!, ¿Dónde estaba mi crema de avellana?

—Querida —escuché de pronto aquella voz irritante—. Me he tomado la libertad de pedir que te sirvan un desayuno más acorde a tu dieta, puesto que con tu figura no puedes permitirte un lujo así.

Espera, ¿Me acababa de llamar gorda en toda mi cara?

—Muy considerado por su parte —dije con una falsa sonrisa—. Pero si *esto* —dije señalando el cuenco—, me hace parecerme a usted, prefiero seguir con mi desayuno habitual.

En ese momento me pareció ver una sonrisa en la cara del padre de Bohdan y por el rabillo del ojo vi a Margarita aguantarse la risa.

—Por favor, llévese esto —me faltó decir: bazofia de porquería —y tráigame lo que desayuno habitualmente.

«Celeste 2 – Reina amargada 0» pensé en ese instante.

La cena era a las ocho en punto y tras someterme a más de cuatro horas de potingues, cremas, depilación integral y más estirones de pelo que en toda mi infancia, allí estaba bajando los escalones hacia el hall, con un precioso vestido de color celeste con falda de tul hasta el suelo y un ceñido corpiño de pequeños cristallitos brillantes. En el momento en el que giré tras la larga escalinata le vi de espaldas y me estremecí.

«Solo amigos, Celeste» me repetí «Así que olvídate de tener pensamientos indecentes por esta noche y por todas las venideras» Y como si me hubiera escuchado llegar se giró observándome detenidamente y con toda probabilidad una sonrisa de idiota enamorada se me debió figurar en la cara.

—Estas preciosa Celeste —dijo en cuanto me acerqué hasta él.

Confirmado, mis minúsculas braguitas de encaje estaban empapadas en ese instante observándole con esa sonrisa perfecta y ese uniforme lleno de condecoraciones y melladitas que le hacía parecer un príncip... ¡Era un príncipe maldita sea!

—¿Vamos? —preguntó ofreciéndome su mano.

—Vamos —dije segura—. ¿Cómo de importante es la cena de esta noche? —pregunté una vez entramos en la limusina.

—Solo es para recaudar fondos benéficos. En realidad, es un acto público en el que me invitan todos los años para dar un discurso. No te preocupes, apenas habrá periodistas.

—¿Entonces por qué debo acompañarte? —pregunté.

—Porque es lo que se espera de la prometida del príncipe —contestó sonriente y vi que evitaba mirarme—. Lo que esperan de ti.



NUEVE



«Lo que se espera de la prometida del príncipe, lo que esperan de mi» Vale. Me acababa de entrar una cagalera literal.

—Es decir, que todos van a estar pendiente de cada cosa que haga —susurré llevándome una mano a la cabeza.

—No lo pienses —contestó rápidamente.

—Claro... como tú eres don perfecto —gemí sin siquiera pensar que lo había dicho en voz alta.

—No soy perfecto, tengo muchos defectos —me contestó seriamente.

¿En serio?, Pues podría decirme unos cuantos para ver si dejaba de ser tan azul y lo veía más tirando a violáceo.

—¿Roncas? —me atreví a preguntar.

Total, ya estaba condenada a la friendzone, ¿Qué mas daba?

—¿Si ronco? —preguntó sorprendido y de repente vi su sonrisa—. Francamente no sabría decirlo, duermo siempre solo —añadió—. ¿Por qué quieres saberlo?

—Dijiste que tenías defectos —me encogí de hombros.

En ese momento le escuché reír y debo reconocer que su risa era como música celestial para mis oídos, por no añadir lo increíblemente guapo que era cuando lo hacía.

—Adoro tu inocencia Celeste —dijo cuando calmó su risa—. Tendrás que dormir conmigo si deseas averiguarlo.

En ese momento mi garganta se secó, ¿Dormir con él?, ¿Pero como amiga o como algo más?

—Hemos llegado excelencia —Se escuchó por alguna parte de la limusina.

¿Qué?, ¡No podía dejarme así!, ¡Necesitaba saber a qué rayos se refería con eso de dormir con él!, ¡Ese hombre me confundía!, ¡Me tenía más mareá que un pato loco!

—Vamos —anunció—. No podemos llegar tarde.

Me dio la mano y salí del coche sin espatarrarme como solía hacer, sino delicadamente como me había dictado Raphael; *flota como en una nube, querida*, repetía una y otra vez.

«¡Mariposón, sal de mi cabeza!» Me dije en ese instante.

Vi como la prensa se concentraba a la entrada y el revuelo que se formó cuando vieron que nos acercábamos. En ese momento noté su aliento cerca de mi oído.

—Eres la mujer más hermosa de la velada. No lo olvides —susurró justo antes de sentir el flash en toda mi cara probablemente noqueada por sus palabras y una vaga sonrisa se dibujó en mi rostro.

¿Es que este hombre no se podía compadecer ni un poquito de mí? Y luego dice que tiene defectos... ¡Y una mierda!

Conforme entramos los invitados se fueron acercando a nosotros a cuenta gotas. Lo cierto es que mi miedo inicial pasó en el instante en el que vi que me observaban, saludaban, pero eran demasiado discretos para preguntar. ¡Gracias al cielo! Nos sentamos en la mesa que nos correspondía y Bohdan se levantó para dirigirse hacia una especie de atril que había en un escenario improvisado donde debía dar el discurso de iniciación a la cena benéfica.

Fue ahí donde me enteré de que la recaudación sería para niños huérfanos de una hermandad del país. Me pareció todo un detalle que aquellas personas donaran su dinero para un acto de ese tipo, incluso me emocioné con las fotos de aquellos niños que se reflejaban detrás de él mientras daba su discurso que parecía salirle con tanta naturalidad como los hoyuelos de su sonrisa.

«¿Desde cuando me había fijado que tenía hoyuelos?». Me pregunté. «Desde la primera vez que le vi sonreír». Me contesté a mí misma.

La gente comenzó a aplaudir y alcé mis manos para hacerlo, solo que estaba tan sumamente perdida en su figura que ni cuenta me di que llevaba la copa en mis manos así que me derramé todo el líquido encima y de paso, salpiqué a todos los que había a mi alrededor.

—Tierra trágame —susurré en el momento del horror mientras dejaba la copa sobre la mesa rápidamente y no vi donde apoyaba, de forma que cuando vi que se volcaba traté de cogerla a tiempo y volqué en su lugar el jarrón de flores —que como no podía ser de otra forma— eran de papel y tuvieron que caer justo sobre una de las velas que estaban estratégicamente posicionadas en la mesa.

¡No! Gemí, ¡Mierda, mierda, mierda! Empecé a susurrar mentalmente, ¡Piensa!, ¡Clases de cocina!, ¡Que hacer cuando se te quema hasta el agua que cueces en la olla!

Cogí la servilleta que tenía sobre mis rodillas y la tiré sobre las flores y la vela, acto seguido tiré la copa de Bohdan que ni había tocado sobre la servilleta y recé para que eso no prendiera.

—¿Y mi copa? —escuché de pronto a mi lado y vi a Bohdan sonriente.

—¿Tenía sed? —fingí.

Era imposible que no hubiera visto el desastre que acababa de liar en tres segundos, pero por alguna razón, ni tan siquiera había hecho mención sobre ello.

—Yo sí que tengo sed —susurró cerca de mi oído—. Y no de vino precisamente —añadió para mi desgracia.

¡Joder! Acababa de sufrir un orgasmo sin siquiera rozarle.

—Creo que... voy al baño un momento —titubeé.

Empujé con tanta fuerza la puerta del aseo necesitando un poco de agua para refrescarme del calor incesante que recorría mi cuerpo, que en la vida esperé que nada más entrar hubiera un cristal formando una especie de pasillo hacia ambos lados, así que me di de bruces, me lo tragué entero, literalmente me lo zampé y terminé en el suelo.

—¡Ay que dolor! —gemí—. De esta fijo que me sale un chichón.

Bendito sea que no había nadie y el único testigo de la ostia que me acababa de dar era aquel puñetero cristal, ¿A quién demonios se le ocurre poner un cristal enfrente de la puerta?, Vale... ahora me daba cuenta de que tenía una especie de dibujo, ¡Juro que antes no estaba! Cuando me incorporé escuche un *clac* y el tacón del zapato se fue a tomar viento.

—¡No!, ¡No!, ¡No! —grité en ese momento mientras alzaba el pie para ver como el tacón caía lánguido, despegado de la suela del zapato—. ¡Maldito vuelve a tu sitio! —exclame tratando de pegarlo en vano—. ¡La reina me ha gafado! —suspiré—. ¡Eso me pasa por llevarle la contraria en el desayuno!, ¡Me ha hecho budú! —seguí gritando mientras me dirigí coja hasta el lavabo—. A ver Celeste —dije mirándome al espejo hablando sola conmigo misma—. Se una chica lista y piensa que necesitas para arreglar este desastre... ¡Cuerda! Algo con lo que atar el maldito tacón que por suerte permanecía pegado por un extremo aún a la suela.

Rebusqué por todo el baño y allí solo había papel higiénico y pañuelos... ¡Maldita sea! Ni siquiera llevaba una goma del pelo o algo elástico que... ¡Elástico! En ese momento me metí en uno de los excusados y me quité las bragas... ¡Era eso o morir de vergüenza! Bien... el vestido era largo... nadie iba notarlos. ¿Quién iba a saber que no llevaba bragas?

Llegué a mi asiento con cuidado, por mucho que hubiera atado mis braguitas alrededor del tacón amarrándolo al zapato, no me fiaba ni un pelo de que eso se soltara y pegara el guachupinazo delante de todo el personal.

No... bastante ridículo había hecho ya por una noche, solo esperaba que nadie hubiera hecho una foto del “casi incendio” y alababa al señor por encontrarme sola en el baño durante mi caída que con mi mala suerte ya podía hasta dar las gracias y tó.

—¿Todo bien? —escuché cerca de mi oído al poco tiempo de sentarme. Cuando llegué observé a Bohdan hablando con uno de los comensales y disimuladamente me llevé la copa a los labios puesto que esta había sido de nuevo llenada.

—Si, todo perfecto —mentí sonriente.

«Mis bragas están amarradas al zapato, me va a salir un chichón en la frente y casi incendio la mesa, pero todo está genial» pensé.

Cuando sirvieron el postre, que por cierto estaba extremadamente delicioso —ya quisiera yo que me sirvieran esa tarta de chocolate todos los días en palacio— pensé que la velada habría terminado, nos marcharíamos enseguida y no sería causante de ningún estropicio que arruinara aún más, mi poca vergüenza. Al menos la poca que me quedaba a esas alturas de mi vida. Para mi desgracia observé la orquesta que se colocó al fondo de la sala y la música comenzó a sonar.

—¿Me concede este baile señorita Abrantes? —pregunto formalmente Bohdan.

—¿Qué? —exclamé volviendo mi mirada de la orquesta a él que se había levantado—. ¡No! —dije de pronto pensando en que no podía bailar, si lo hacía todos se darían cuenta de que... no, no y no.

—¿No? —contestó extrañado.

—Quiero decir... que no... puedo —improvisé mientras pensaba en algo, no le podía decir que llevaba mis bragas en el zapato. ¡Vamos cerebro de pez!, me apremié—. Me he torcido el tobillo antes, cuando fui al baño —fingí.

—¿Por qué no me has dicho nada? —preguntó de pronto preocupado y yo me sentí malvada por mentirle descaradamente. El pobre preocupado por falsa mentira, pero mira, mejor eso que saber que era una mujer sin bragas por la vida.

—No es nada —fingí.

—Será mejor que nos marchemos entonces —concluyó ofreciéndome su mano para levantarme.

—No quiero que nos marchemos por mi culpa yo puedo...

—En realidad yo siempre me marcho cuando termina la cena, pensé que te apetecería bailar para amenizar la aburrida velada, pero si no te encuentras bien no hay problema en irnos.

—¿De verdad? —pregunté para asegurarme.

Como respuesta, hizo una especie de señal a los guardias de seguridad que había acomodados en la puerta, antes de que me diera cuenta me rodeó por la cintura sujetándome mientras salíamos. No me quejé, sino que me deleité todo lo que pude y más junto a él, ¿Cuándo me iba a ver en otra igual? Pensé, así que seguí fingiendo mi torcedura de tobillo.

Una vez sentada en el asiento de la limusina me dejé caer. Menos mal que había terminado. Al menos me podía sentir orgullosa de algo; si había cogido mal algún cubierto, nadie se había dado cuenta de ello, por lo que ya me daba un aprobado raspado en saber que puñetero tenedor usar para comerme un trozo de lechuga exquisitamente preparado, pero lechuga a fin de cuentas.

—A ver ese tobillo —escuché antes siquiera de poder reaccionar y en ese momento

noté sus manos en mis tobillos alzando mis pies.

—¡No! —grité.

—¿Qué es esto? —dijo claramente viendo mis braguitas de encaje atadas al zapato.

«Karma... mátame» Y el karma me diría; no culpes al karma lo que te pasa por idiota.

—Se rompió el zapato y... —Soy imbécil, debí añadir.

—¿Esto es tu ropa interior? —preguntó de pronto mientras notaba su mano ascendiendo por mi pierna poco a poco.

—No... que va —gemí—. Solo es un trapo... de encaje —fingí, pero sus dedos seguían ascendiendo y entonces me entraron todas las calores posibles habidas y por haber.

—¿Seguro? —preguntó con una mirada indescifrable, de esas que yo llamaba *quiero comerte*. ¡Ah mierda! Yo no me podía resistir a algo así.

—Segurííííí.... ¡Ay dios! —gemí cuando su mano llegó hasta mi nalga y comprobó que, en efecto no llevaba bragas.

—Mentirosa —gimió cerca de mi oído con una voz increíblemente ronca. Iba a responder, pero se me olvidó hasta lo que iba a decir cuando noté su aliento cerca de mis labios—. Llevo queriendo hacer esto toda la noche —susurró antes de morder suavemente mi labio inferior con un profundo jadeo y después devorar literalmente mi boca en un fascinante beso que, desde luego me moría por darle.

«¡Oh por favor!» gemí interiormente mientras me deleitaba en ese mar que deseaba beber de su boca como si mi única misión en la vida fuera beberme toda su esencia.

Enredé mis manos en su cuello tocando su cabello —ese que pensaba que no tendría la oportunidad de volver a tocar— y poco a poco fui bajando mis manos sobre su chaqueta, desabotonando cada uno de los botones mientras podía notar lo firme y duro que estaba bajo la ropa.

¡Santa virgen la de los abdominales que debe tener! Pensé mientras mentalmente me hacía una idea visual de lo que le esperaban a mis ojos.

Noté como me alzaba raudo y veloz mientras se le escapó un sonido gutural de su garganta en señal de deseo y yo me acomodé en su regazo, quedando a horcajadas sobre él, mientras sus manos se paseaban libremente por mis muslos y apretaban mis nalgas. Cada vez que lo hacía gemía inevitablemente en su boca de puro placer.

No me importaba estar en una limusina, ni que me escuchara el conductor, ¡Que leches!, ¡No me importaba un carajo nada! Yo solo quería violar al espécimen que tenía delante.

Estiré de su camisa sacándola de su pantalón y colé mis manos bajo ésta ¡Santa madre de los ángeles caídos!, ¡Que este tío tenía tableta de chocolate y todo!, ¡Oh dios! Creo que hasta había tenido un segundo orgasmo esa noche, aunque esta vez si le había tocado ¡Y tanto que le estaba tocando! Solo por eso, me podía dar por compensada toda la mala

suerte que había tenido en mis veintiocho años de vida, ¡Ese hombre era el mismísimo Zeus personificado!, ¡La madre que me parió! Bueno... esa no tenía ná que ver ahora, en todo caso la suya por crear semejante obra maestra.

En el momento exacto en el que dirigí mis manos hacia el cinturón de su pantalón, noté como bordeaba mis muslos apretando mi carne contra él, ¡Santo dios que pude apreciar en todo el sentido de la palabra su miembro viril! Y ni corta ni perezosa lo toqué por encima del pantalón provocando que en ese momento dejara de besarme para morder mi labio en lo que interpreté como un arrebató de pasión contenida.

Sus labios fueron recorriendo mi cuello, con pequeños mordiscos suaves a su paso hasta que llegó a mi pecho y lo mordió sobre la tela del vestido. No tardé en sentir una de sus manos bajando la cremallera para después deleitarme con su boca absorbiendo uno de mis pezones de un solo movimiento.

¿Era real?, ¿De verdad que era real y no me lo estaba imaginando? Porque hacía escasos cinco minutos yo estaba más que condenada a la frienzone según tenía entendido. Dejé de pensar en el mismo instante en el que su pulgar tocó el punto exacto de mi cuerpo, donde todo mi ser se concentró en el placer que ese dios me estaba proporcionando en ese instante... ¡Madre de dios bendito, ruega por nosotros ahora y siempre para que este hombre no termine jamás! Quería gritar.

—¡Ah! —gemí—. ¡No pares! —rogué mientras notaba sus dedos moverse ágilmente y de pronto se deslizaron hacia mi interior.

—¿Es esto lo que quieres? —susurró en mis labios.

¿Qué si era eso lo que quería?, ¡Joder!, ¡Y tanto que era lo que quería!

—¡Sí! —grité abalanzándome sobre sus labios mientras notaba como aumentaba el ritmo de sus dedos y yo moría lentamente cuando me vi arrastrada a ese placer que él mismo me había provocado, gimiendo en sus labios con desesperación.

Mi respiración era agitada y aún podía notar los espasmos de ese orgasmo que sí había sido puñeteramente real cuando dirigí de nuevo mis manos al cinturón de su pantalón y comencé a desabrocharlo.

—No. Espera —le escuché decir mientras cogía mis manos entre las suyas impidiéndome que prosiguiera en mi tarea.

—Como me salgas diciendo que seamos amigos, juro que abro la puerta de la limusina y te tiro ahora mismo.

El sonido de su carcajada hizo que me parase a pensar en qué había dicho realmente, porque lo cierto es que me salió tan atropelladamente de mis labios que ni lo pensé.

—Ni yo mismo puedo cumplir mis propios límites contigo Celeste —contestó instantes después—. A la vista está que no he podido contenerme —gimió emitiendo un sonido de su garganta de rabia.

—Pues no te contengas —susurré mientras insistí para que me dejara liberar a la bestia que se escondía tras esos pantalones.

—No podemos —gimió ahora, pero casi sentía el dolor en sus palabras—. Me deshice de todos los preservativos que tenía para no caer en la tentación —dijo cerrando los ojos.

—¿Qué hiciste qué? —exclamé.

—Los tiré —confesó y yo me quedé *descuaringá* total.

En ese momento noté como la limusina se detenía y suponía que estábamos de regreso en palacio.

—Por favor... —me rogó—. Sal, porque de lo contrario no estoy seguro de mi autocontrol y me dará igual absolutamente todo.

¿Y si a mi también me diera igual? Quise decir, pero no era una descerebrada, sabía perfectamente las consecuencias. Así que cuando le escuché emitir un sonido de frustración, salí con un calentón de tres pares de narices de la limusina y me fui semi-frustrada a mi habitación.

Iba a necesitar tres duchas de agua fría para bajar esa calentura, pero al menos tenía en claro una cosa: mañana mismo iba a comprar toda una fábrica de condones si hacía falta.



DIEZ



—Arg ¡Dios! —gemí en la ducha tras haberme quitado el vestido y deshecho del dichoso zapato maldito con las bragas amarradas que ahora estaban ambos en la basura.

No los había comprado yo, pero fijo que eran zapatos chinos de mala calidad porque en la vida se me había roto un tacón, aunque eso era ahora lo de menos, el kit de la cuestión, el meollo en sí era que por increíble que pareciera existía una atracción recíproca entre el maromazo y yo —Y como que me llamaba Celeste que ese terminaba en mi cama y atado a ella ya que estábamos para que no se escapara—, porque estaba claro por lo que me acababa de confesar, que lo de la frienzone era un cuento barato que se había sacado de la manga. Desconocía la razón, aunque tarde o temprano quizá lo averiguara, solo que ahora lo único que me importaba era que por una mierda de preservativo —con la cantidad de ellos que yo tenía en mi amado bote de Nutella sobre mi mesita de noche en Madrid—, no había catado a ese bombón relleno.

«Lo bueno se hace esperar» me decía mi madre. Y Bohdan era bieeeeeeeen bueno.

Miré la hora justo antes de meterme en la cama con aquel camisón de seda fina y me pregunté si se atrevería a entrar por la puerta en mitad de la noche. He de admitir que nada me gustaría más que ocurriera precisamente eso, pero dudaba que lo hiciera, más aún si tenía en cuenta que me obligó literalmente a marcharme para alejarme de él.

Vi que era más de media noche y suspiré en ese momento de frustración máxima, vi que tenía un mensaje sin leer. No había mirado el teléfono desde esa misma mañana cuando había visto los mensajes de Sonia.

—¡Mierda!, ¡No le había preguntado a Bohdan si me acompañaría a la boda! —gemí.

Aunque dudaba que lo hiciera con tantos compromisos como él tenía. Me fijé en que el teléfono del mensaje era un número desconocido, al menos no lo tenía grabado en la agenda y cuando lo abrí mi corazón dio un salto.

«Se me olvidó decirte algo... Buenas noches mi preciosa Celeste.»

Y me lo había escrito en español ¡Me muero!

Me sentía como una quinceañera cuando recibe una nota del chico que le gustaba y más si tenía en cuenta que hace apenas unos instantes me estaba metiendo mano en el coche... ¡Dios Celeste!, ¡Frena tu mente!

Me puse a teclear rápidamente; “*Buenas noches adonis perfecto con abdominales de...*”, pero comencé a borrar todo. Es un príncipe, quizá le gustes, pero sonar desesperada no es que me beneficiara mucho en aquellos momentos por más verídico que fuera.

«Buenas noches mi querido príncipe.

Pd: Mañana necesito hablar con su excelencia, tengo una invitación que proponerle»

Lo revisé dos veces y le di a enviar. Era buena con las letras, por algo era escritora, ya se me podía pegar lo mismo a la hora de frenar mi boca cuando razonaba, pero no se puede tener todo en esta vida. No tardé en recibir una respuesta.

«Hablares mañana antes el desayuno, puesto que deberé partir inmediatamente después. Descansa»

No contesté, aunque quería hacerlo me contuve. Dejé el teléfono y me abracé a la almohada imaginando que en un futuro no muy lejano la sustituiría por ese cuerpo serrano. No sería blandito, pero estaría en el puñetero paraíso.

El pitido comenzó a sonar. Me habían sustituido a la criada que venía a despertarme cada mañana por un estridente reloj despertador horripilante. Lo cogí y lo estrellé contra la pared, pude escuchar perfectamente el golpe que dio y como rebotó en el suelo. A pesar de eso, la maldita seguía sonando.

—¡Aaaahhhhhh! —grité—. ¡Callateeeee! —exclamé mientras me levantaba y empezaba a darle al chisme donde se suponía que se apagaba, pero no lo hacía.

¿Pero qué leches? Pensé mientras empezaba a darle golpes contra la mesita de noche como si eso lo arreglara todo.

—¡Puñetera alarma china de pacotilla! —grité mientras me dirigí hacia la ventana, la abrí y la tiré fuera, sin mirar donde caía—. A tomar viento fresco que te vas, ¡Hasta nunkiiii! —dije en un susurro hasta que escuché el grito literal—. ¡Oh mierda! —exclamé asomándome a la ventana y vi la cabellera rubia de la inconfundible reina.

En ese momento cerré la venta y corrí las cortinas. No. Si es que a mi no me sale nada a derechas, ¿Le habría aporreado en la cabeza con el reloj? A lo mejor se quedaba atonta y era más simpática. Dudaba que corriera tanta suerte, más me valía comprarle los all -bran de kellog para que se le quitara esa cara de mustia que arrastraba cada mañana.

Nada más salir de la habitación tras ducharme y ponerme uno de esos vestidos repetidos como clones en mi armario me encontré al dueño de mis desvelos frente a la puerta de mi habitación apoyado en la pared. Como si me estuviera esperando. Con las manos en los bolsillos y aquella sonrisa de medio lado que le hacía parecer tan sexy, tan guapo, tan adulador, tan... Bohdan el príncipe azul. ¡Ya!, ¡Para hija mía de mi vida!, ¡Que a este paso no solo se te caen las bragas, sino que hasta el sujetador vas a perder!

—¿Has dormido bien? —preguntó con esa voz ronca y sexy.

—Quizá podría haber dormido mejor —confesé.

—Quizá yo también —añadió—. ¿Cuál es esa invitación que deseas proponerme? —me preguntó intrigado.

—¡Ah, eso! —exclamé—. Tengo un compromiso al que asistir dentro de unos días y me preguntaba si me acompañarías. Estaríamos tu... yo... y trescientas personas desconocidas en la boda de mi amiga.

—¿La de la despedida de soltera por la que estabas en las Vegas? —exclamó.

—Si.

—Está bien —contestó mirándome fijamente—. Creo que sería desconsiderado por mi parte no acompañarte teniendo en cuenta que has debido dejar tu vida en Madrid por venir aquí durante un tiempo.

Por un momento me desilusionó que solo aceptara porque me debía un favor. Pero ¿De qué otro modo sería sino?

—Entonces confirmaré nuestra asistencia —contesté.

—Respecto a lo de anoche... —comenzó a decir de forma que sentí que se acercaba a mí.

—¿Sí? —gemí

—Creo que ambos somos conscientes de que...

—¡Tuuuuuuuuuuuuuu! —se escuchó el grito en el pasillo y ambos miramos hacia donde procedía esa voz que atronaba los oídos de cualquiera.

«Joder» pensé mientras veía a la reina caminando hacia mi con el cacharro que había tirado por la ventana minutos antes. «De esta no me libra ni el dios andante que tenía delante»

—¡Ay! —grité conforme vi que se acercaba a mi y me protegí detrás del cuerpo de Bohdan.

Lo confieso... también era una forma inconsciente de aprovechar el momento para

tocarlo —o no tan inconsciente— ya que estamos.

—¿Has despertado a la fiera? —escuché de sus labios y alcé una ceja—. Me pregunto qué habrás hecho para ponerla así...

—¿Yo? —exclamé—. ¡Nada!, ¡Te juro que no sabía que ella estaba allí cuando lo tiré! —me excusé.

—¿Cuándo lo tiraste?, ¿Qué tiraste? —susurró.

—¡La quiero fuera de aquí inmediatamente! —gritó la reina—. ¡Ha intentado matarme!

—Esa es una acusación muy grave, madre —terció Bohdan mientras yo seguía escondiéndome tras su cuerpo.

—¡Esto! —gritó y vi como señalaba el reloj chinorri que había tirado por la ventana hacía tan solo unos minutos—. ¡Lo ha tirado por la ventana mientras sacaba de paseo a Sifus para matarme! —añadió.

—¿Saca de paseo a un gato? —No pude evitar exclamar aturrida.

¿Desde cuando se sacaba a pasear a un gato? Si mi padre lo viera, diría que el mundo se está yendo al carajo.

—¿Lo ves? —gimió la bruja a su hijo—. ¡Ni siquiera lo niega! —añadió—. ¡Guardias!, ¡Arréstenla!

—¡No, no, no! —grité—. ¡Yo ni siquiera sabía que usted pasaba por ahí!, ¡La culpa es suya! —añadí señalándola a ella—. ¡Si no me hubiera dado un despertador baratuno, dejaría de sonar cuando le hubiera dado al chisme ese que lo para!, ¡Y no lo habría tenido que tirar por la ventana!

En ese momento miré a Bohdan y juraría que trataba de reprimir la risa.

—¡No me importan sus excusas, granjera inculta! —me gritó—. ¡La quiero ahora mismo fuera de aquí!

—Ella no se va a ninguna parte, madre —atajó Bohdan con un tono de voz tan serio que hasta a mi me causó respeto.

—¡Casi me da con esto en la cabeza! —gritó como si eso fuera toda justificación.

¿No le había dado? No sabía si alegrarme por ello o no.

—Pero no le ha dado y como bien ha dicho *mi* esposa, fue un accidente.

—¡Esto no pienso tolerarlo Bohdan! —rugió—. Pienso decírselo a tu padre —añadió mientras la vi darse media vuelta y volver sobre esos tacones que martilleaban el suelo.

—Creo que te he metido en problemas... —susurré—. Tal vez sea mejor que me marche ahora y...

—No... —contestó colocando una mano sobre mi brazo para evitar que me alejara de él—. Ella sabe tan bien como yo que no puedes irte Celeste, pero mi madre odia no tener

el control sobre todos nosotros para manipularnos a su antojo. Admito que resulta refrescante ver como alguien no se acobarda ante el poder que presume tener.

—¿Cómo dices? —No me podía creer que dijera algo así de su propia madre.

—Necesito que permanezcas aquí a pesar de que ella no te lo pondrá nada fácil —insistió sin dejar de mirarme.

—Tu madre me odia, Bohdan —dije sincera—. Granjera inculta es lo más bonito que me ha dicho hasta ahora.

—Lo siento —contestó con pesar—. Lamento hacerte pasar por esto y sé que no tendrías que quedarte si no es tu deseo, pero te prometo que te lo recompensaré cuando todo terminé —sonrió de forma dulce y yo me derretí.

Quería preguntar de qué forma iba a recompensarme, ¿Sería como yo me lo estaba imaginando? ¡Oh por dios que sea así! Susurré en mis adentros.

—Me quedaré —afirmé.

Por más que me hiciera la vida imposible esa mujer, tal vez fuera peor no ver al bombón con patas cuyo *asunto* aún teníamos pendiente por resolver.

—Gracias... —susurró antes de acercar sus labios ligeramente a los míos para rozarlos.

—¡Excelencia! —escuché antes de que pudiera besar en condiciones por fin a ese dios.

—¡Arg! —rugió él que parecía también incordiado porque nos interrumpieran.

—¿Si? —preguntó sin separarse de mi en aquel largo pasillo.

—El helicóptero ya está listo. Es tarde, excelencia.

—El deber me reclama —dijo observándome, como si no quisiera marcharse.

—Seguiré aquí cuando vuelvas, si es que tu madre no me encierra en las mazmorras —aclaré.

Vi como sonreía enmarcando esos hoyuelos que tanto me empezaban a gustar.

—Las mazmorras son frías y oscuras, pero tal vez allí nadie nos molestaría —le escuché decir en mi oído provocando que un leve gemido prohiriera de mi garganta.

No pude contestar porque antes siquiera de que mis pensamientos logran poner voz, él ya se había marchado dejándome a la vista su perfecta silueta caminando de espaldas grabada en mi retina.

«¡Tiene un culo perfecto!» Gemí en mis adentros mientras me mordía el labio sin dejar de observarle.

Bueno, era oficial ¡No se podía conseguir ni un mísero preservativo en todo el reino!, ¡Arg!, para empezar no me dejaban salir sola ni a la vuelta de la esquina y para continuar me negaba a pedírselo a Jeffrey para que me viera con cara de estar más salida que el pico de una plancha o peor aún, se creyera que los iba a utilizar con otro que no fuera Bohdan

teniendo en cuenta que el príncipito no estaba en casa.

—¿Y si finjo estar enferma? —medité conmigo misma en voz alta. Así iría a un hospital ¡Y seguro que me los dan! Además, así conseguiría librarme de la reina, a la que por cierto evitaba como la peste desde el mismísimo momento en el que Bohdan se había marchado.

—¿Hablando sola? —escuché detrás de mi.

Había salido aquella mañana y estaba sentada en uno de los bancos del jardín más alejados de palacio haciendo como que leía aquel libro de La vida es bella en alemán «Ironías del destino».

—Buenos días a ti también Margarita —repliqué.

—Te has saltado el desayuno por segundo día. Casi afirmarí a qué estas huyendo de alguien... —contestó divertida.

—Más bien de tu madre —confesé sin esconder la verdad—. Pero si me quedaba un rato más encerrada en esa habitación me iba a volver loca.

—Tranquila, ella nunca viene a esta parte, sus tacones se clavan en la hierba y no puede permitírselo —contestó haciendo énfasis en la última palabra.

—En serio... ¿Sois adoptados o algo así? —exclamé sin querer.

—¿Cómo dices? —preguntó sorprendida y pensé que se lo había tomado en serio.

—Perdona —dije pidiendo disculpas. «Si es que tienes que medir tus palabras, insensata» me reprendí—. Me refiero a que tu hermano y tú, sois muy distintos a ella, tanto que hasta me resulta difícil creer que sea vuestra madre.

—¡Ah! Ya entiendo... —contestó pesimista—. Es que antes no era así —añadió apenada.

—¿Antes? —pregunté curiosa mientras cerraba el libro que después de todo ni había leído una palabra porque las historias trágicas no van conmigo y me dispuse a cotillear todo lo que pudiera sobre la familia de Bohdan.

—Antes de que Adolph muriera —dijo con tristeza.

¿Quién era Adolph?, ¿Algún otro gato? Porque sinceramente me esperaba cualquier cosa de esa mujer.

—¿Qué le ocurrió a Adolph? —pregunté delicadamente.

—Tuvo un accidente mientras conducía —contestó Margarita mirando hacia otro lado—. Madre cree que no lo sé, pero una vez entré en su habitación y vi los videos de las competiciones de carreras.

—¿Murió en una carrera de coches? —exclamé.

—Si. Hace diez años que se fue —mencionó triste—. Él iba a ser el heredero al trono por ser el primogénito.

¡Oh dios mío!, ¡Menudo drama familiar!

—Vaya... lo lamento —me sinceré no sabiendo que decir exactamente.

En ese momento no es que disculpara a la reina por su temperamento, pero ahora entendía porque la toleraban todos sin pararle los pies. Aquello era autocompasión por una madre que ha perdido a su hijo.

—Desde entonces se ha vuelto controladora —bufó Margarita—. Necesita saber en todo momento donde estoy y qué estoy haciendo, se ha vuelto tan obsesiva que no se da cuenta de que Bohdan y yo cada vez la evitamos más.

—¿Y por qué no se lo dices? —exclamé.

—¿Decírselo?, ¿Has visto alguna vez a mi madre escuchar? —exclamó con cierto nerviosismo.

—¿Has hablado de esto con tu hermano?, ¿O con tu padre? —pregunté interesada.

—Papá apenas tiene tiempo y Bohdan casi siempre está de viaje, probablemente para no pasar tiempo en casa y que madre le eche en cara que Adolph lo haría mejor que él.

¡Ay dios!, ¡Mi autocompasión acababa de irse a la mierda!, ¡Será bruja la tía penca! Mira que compararle con su hermano...

—Yo hablaré con Bohdan —afirmé sabiendo que me estaba metiendo donde nadie me llamaba—. Y ahora vete, antes de que alguien se de cuenta que estás fuera de las murallas de palacio.

—¡Gracias Celeste! —gritó mientras se abalanzaba sobre mi para abrazarme y después salió corriendo.

¿Por qué había dicho eso?, ¿Qué pintaba yo inmiscuyéndome en dramas familiares que no eran de mi competencia? Sabía porqué. Él me gustaba de verdad.

Había pensado en tirarme al lago de los patos y secarme a la sombra para ver si así me constipaba, pero eso requería tiempo —un tiempo que no me apetecía esperar—, así que improvisé.

—Jeffrey —susurré fingiendo estar mareada.

—¿Sí señorita Abrantes? —contestó tan servicial como siempre.

—No me encuentro bien... tengo mareos... y nauseas... creo que es mejor que me lleven a urgencias —contesté con voz fingida.

—¿Hospital? —preguntó.

—¡Si! —exclamé—. Quiero decir... si. No me encuentro nada bien.

—Llamaré al médico inmediatamente, pero quédese en su habitación acostada.

¿Médico?, ¿Qué médico?, ¡Mierda!, ¡Yo quería ir a un hospital a sacar preservativos de una puñetera maquinita de las narices! Y de paso tener la excusa de quedarme encerrada en mi habitación hasta que Bohdan regresara.

Para mi desgracia el médico era un señor mayor, traía un maletín del año la polca y se dedicó a auscultarme el vientre básicamente. ¿Ese hombre se creía que estaba embarazada?

¡Ay mi madre! Suspiré...

—¿Y dice que ha tenido nauseas? —me preguntó.

—Si —seguí fingiendo.

—¿Ha sufrido mareos frecuentemente? —volvió a preguntar.

—Solo hoy —mentí.

—¿Cuándo fue la última vez que tuvo su menstruación?

En ese momento cerré los ojos y suspiré.

—No estoy embarazada —proclamé—. Por cierto, ¿Usted podría facilitarme anticonceptivos?

De perdidos al río, ¿no?

—¿Anticonceptivos? —exclamó.

—Si. Imagino que sabrá que son, ¿no?

—Si. Desde luego, pero... no llevo ese material en mi maletín.

¿Desde cuándo tienes suerte Celeste? Si es que a estas alturas lo deberías de saber.

—Guarde reposo un par de días y tómese esto —dijo cambiando de tema—. Si se encuentra peor, volveré a verla, pero debe tratarse solo de estrés debido a los acontecimientos.

—Si, seguramente —proclamé. Estrés por no tener a cierto príncipe en mi cama.



ONCE



Cuando el médico se marchó resoplé.

—Valiente porras —mencioné en voz baja mientras me tiraba sobre la cama boca arriba mirando el techo de color blanco—. Al menos tenía una excusa para no salir de mi habitación y tener que soportar la lengua viperina de la madre de Bohdan.

Recordé que no había avisado a Sonia para advertirla de que finalmente sí acudiría con acompañante, así que me estiré hasta alcanzar el teléfono y la llamé. Probablemente no pudiera responder porque estaría en el trabajo, pero le dejaría un mensaje de voz en el contestador que escuchara más tarde.

—¡Hola! —exclamó al otro lado de la línea bastante eufórica, tanto que hasta me sorprendió. Sonia no era una persona muy expresiva que digamos, sino más bien recatada y tímida.

—¡Vaya! Creí que estarías trabajando —admití sincera.

—¡Oh sí! Pero puedo responder, no te preocupes —mencionó con cierta sonrisa en su tono de voz y lo noté aún más extraño. Parecía especialmente contenta y supuse que se debería a la proximidad de su boda.

—Bueno, te iba a dejar un mensaje de voz si no me respondías, es que se me olvidó avisarte de que sí asistiré con Bohdan a la boda. No se si te cambiará mucho los planes o si ya cerraste la lista de inv...

—Recibí una carta oficial con sello real de su asistencia —habló dejándome patitiesa.

¿Una carta oficial de qué?

—¿Comor? —exclame con r incluida.

—No sé si estoy más nerviosa porque voy a casarme o porque un príncipe real vaya a

asistir a mi boda, ¡Ay dios Celeste!, ¿Tu crees que le gustará la comida que vamos a servir? Mañana viene una organizadora de eventos para supervisar como se procederá toda la ceremonia y verificar que todo esté acorde al protocolo real de seguridad, ¡Y nos ha regalado una orquesta en directo!

—Pero que cojon... —No pude evitar decir no saliendo de mi asombro solo que mi frase se quedó a medias.

—¡Celeste!, ¡Eres la mejor amiga del mundo! —exclamó sin siquiera escucharme volviendo a interrumpirme. Tal parecía que Sonia estaba viviendo en su nube y yo había pasado a segundo plano.

«Pero si no he hecho ná». Me daban ganas de decirle, solo que no me apetecía interrumpir su perorata de ensoñación hablando de invitados, protocolos y su madre en pepitoria. Y en ese momento pensé en Bohdan, el artífice de que mi amiga estuviera en ese estado de felicidad y quise comérmelo a besos cuando volviera porque a pesar de todo, me alegraba que ella fuera feliz con eso.

¿Cómo podía estar ese hombre en absolutamente todo?

Era la boda de mi amiga, a la que ni siquiera conocía y ya le había concedido un regalo. No si al final va a resultar que no es un príncipe solo de título, sino de los de verdad, de esos que no existen hoy en día y justo a mi me tiene que tocar divorciarme de él.

«¿Qué otra cosa te iba a pasar sino hija mía? Si naciste estrellá... que a veces parece que se te olvida»

Me parecía muy ruin no ser agradecida, bueno miento, más bien lo vi como una excusa muy buena el darle las gracias a mi príncipe buenorro. Lo reconozco, le estaba endiosando pero que conste que lo hacía porque él se lo ganaba con méritos propios, así que decidí enviarle un mensaje.

«Gracias por la orquesta y confirmar tu asistencia a la boda de mi amiga Sonia. Es todo un detalle por tu parte.»

Pd: Me apetece una visita guiada por las mazmorras»

Pulsé enviar, antes de arrepentirme y eliminar la posdata del mensaje. Su respuesta no se hizo esperar demasiado.

«Es lo menos que podía hacer después de todo lo que estás haciendo por mí.»

Pd: Tiene unas peticiones un tanto inhóspitas señorita Abrantes, pero seré su guía, solo tenga cuidado porque podría convertirla en mi prisionera y no la dejaría escapar»

¡Ay por dios! Me entraron todos los calores de sopetón. ¡Hazme tu prisionera!, ¡Pero hazlo ya! Quería gritar. En cambio mis dedos teclearon rápidamente la pantalla del teléfono.

«Creo que estoy dispuesta a correr ese riesgo, príncipe Bohdan»

Mas claro, ¡Agua! Pensé en como interpretaría la indirecta y me quedé expectante mirando aquella pantalla hasta que vi aparecer su mensaje.

«Entonces iré preparando las cadenas, preciosa»

—¡Joder!, ¿De verdad no te compadeces ni un poquito de mí, señor? —Susurré para mí misma. Me tenía que decir justo esto a tropecientos no se cuántos kilómetros de distancia, ¡Que larga se me iba a hacer la espera!

Sorprendentemente nadie me molestó en los días que permanecí encerrada, ni tan siquiera la mismísima reina vino a dar por saco. ¿Tal vez no le salió bien la jugada contándole al padre de Bohdan el incidente? Pensé que tras cuatro días esquivándola, se le habría pasado el monumental cabreo e igual ya no me viera como una asesina/roba-hijos/lagarta/granjera-inculta, y los cien mil apelativos más que seguro me había puesto.

Decidí por tanto dejarme caer a la hora del almuerzo y cuando entré en el comedor, Margarita me miró con los ojos completamente abiertos que parecía que se saldrían de sus órbitas. ¿Pasaba algo y yo no me había enterado?

—Buenas tardes —saludé llamando la atención.

—Me alegro de que se encuentre mejor, señorita Abrantes —respondió con esa voz profunda el padre de Bohdan mientras me sentía un poco bicho raro ante sus atentas miradas.

—Si —respondí sonriente—. Ya estoy mucho mejor, gracias —fingí.

Para mi sorpresa, aquella mujer no abrió la boca, sino que se limitó a mirar hacia otro lado todo el tiempo. ¿Dónde estaban sus comentarios mordaces aprovechando que su hijo no estaba presente?

Sirvieron de primero tartar de salmón. Si había algo que odiaba en esta vida tanto como los caracoles era comer pescado crudo. Pero ¡Qué asco!

—Disculpe. —Me atreví a decir al camarero que tenía a mi izquierda—. No puedo tomar alimentos crudos, ¿Le importaría decírselo al chef?

Vi como el pobre chico asentía y se llevaba mi plato, en ese momento observé a la

reina cruzando una mirada con el padre de Bohdan, pero ambos guardaron silencio. ¿También estaba mal visto enviar el plato a la cocina porque me sentaba mal? Bastante había aguantado con los caracoles ¡Venga ya! Además, ni que estuviéramos en un acontecimiento de gala o algo así. No pensaba sentirme culpable, ¡Ni hablar! Me importaba un pimiento que pensarán que era una granjera inculta o lo que les diera la gana, pero no me pensaba comer el puñetero salmón crudo porque a ellos se les antojara.

Iba caminando de regreso a mi habitación lo suficientemente despacio para entretenerme en el camino porque realmente no tenía otra cosa que hacer. Desde que había fingido estar enferma, todas mis clases de protocolo y deberes reales habían sido anulados. Por un lado me alegré, pero por otro estaba más aburrida que una ostra en el fondo del mar esperando que alguien la encontrara...

—Señorita Abrantes —escuché detrás de mi y di un saltito del susto.

—¡En serio!, ¿Es que en este sitio todo el mundo anda sigilosamente? —grité.

—Perdone. —Se disculpó—. No fue mi intención asustarla.

En ese momento me dio pena. Igual estaba pagando con el pobre Jeffrey mi frustración sexual.

—Lo siento Jeffrey, no debí gritar, ¿Qué querías?

—Los vestidos han llegado. Si se siente bien puedo acompañarla para que elija cual desea.

—Perdona, ¿Vestidos? —exclamé—. ¿Es que hay otra cena benéfica esta noche?

—No señorita. Los vestidos son para el acontecimiento que tendrán usted y su excelencia dentro de unos días en Madrid.

—¿Para la boda? —exclamé con los ojos abiertos como platos.

—Así es —contestó sonriente por mi repentino interés.

—¡Pues vamos!, ¡Ya estás tardando! —grité toda emocionada.

Y yo que pensaba ponerme el mismo atuendo que llevé en la boda de mi prima hace seis años porque era el único vestido que había en mi armario y que mis amigas no habían visto. Aunque igual mi culo no entraba en ese vestido, había comido mucha Nutella desde entonces.

—Por supuesto —contestó y pude apreciar su sonrisa.

Jeffrey abrió una puerta de una de las tantas de cientos de puertas que existían en ese lugar y que si era sincera, no tenía ni puñeterísima idea de donde estaba. Nada más entrar vi a dos mujeres que parecían estar hablando entre sí y guardaron silencio en el momento que entramos.

—Señorita Abrantes, le presento a dos de las mejores asesoras de imagen del País. Ellas la ayudarán a elegir su vestido para la ceremonia.

—¡Hola! —exclamé divertida por la situación.

—Es una joven hermosa —declaró una.

—Con sus ojos azules creo que le irá perfecto el de color violeta.

¿Hola? Al menos yo había saludado, ¡Y luego me vienen a mi con lecciones de educación!

Para mi sorpresa ni me dejaban opinar, empezaron a sacar vestidos de las perchas y a ponérmelos sobre el hombro dejándolos caer mientras decretaban si podría servirme o no.

En un momento dado vi un vestido de color azul noche y enloquecí al ver ese tono.

—Quiero probarme este —dije enamorada de ese color.

—No creo que sea apropiado. Es un color que...

—¿Va a cuestionarme? —la amenacé.

Yo era una mindundi en aquel sitio, ero si le tenía que restregar que era la prometida del príncipe por más incierto que fuera, lo haría.

—Desde luego que no señorita —dijo de pronto—. Puede entrar en el baño para probárselo.

El vestido era precioso. Con un escote en forma de corazón que acentuaba el pecho y atado al cuello dejaba un escote en forma de uve en la espalda. Se ajustaba por la cintura hasta las caderas y después caía hasta el suelo.

—Si hasta parezco una princesa y todo —me dije frente al espejo.

Salí del baño y esperé miradas de reproche por haber elegido aquel vestido. Probablemente me dirían que me hacía un culo enorme o algo así.

—Tiene buen gusto señorita Abrantes —admitió una de ellas para mi sorpresa.

Fijo que me está lamiendo el culo y realmente no me queda tan bien. Pero ¿Desde cuando tu has sido una persona insegura Celeste?

—¿Es el que desea llevar a la ceremonia? —preguntó—. ¿O desea seguir mirando?

¿Ahora me dejaban elegir después de estar media hora sin dejarme hablar mientras me pasaban cada prenda por la cara?

—Llevaré este —dije decidida.

Aunque solo fuera porque lo había elegido yo. Después de todo, el vestido era elegante y sexy al mismo tiempo.

No había vuelto a recibir ningún mensaje de Bohdan y me pareció estar demasiado desesperada si volvía a escribirle para saber cuando volvía. Así que cuando entré en el comedor a la hora de servir la cena y le vi, sonreí como una idiota ante la idea de que esa misma noche quizá tendría una cita pendiente en las mazmorras.

«Ay madre» mis bragas ya estaban húmedas de solo pensarlo.

—¡Hola! —exclamé sonriente sin perderle de vista en ningún momento.

Esperaba una señal, algo en él que me dijera ese asunto que teníamos pendiente en las mazmorras, que ahora que lo pensaba, ¿Existirían de verdad?, ¿O serían un mito? Me importaba un comino si existían o no... que me esposara a mi cama, apagara la luz y pusiera música tenebrosa si hacía falta representar la escena porque le diera morbo, que a mi me daba absolutamente igual.

—Buenas noches. —Le escuché decir secamente mientras tomaba asiento.

Ni siquiera me miró, ¿Hola?, ¿Qué narices era esa reacción? Y ahora que lo pensaba... ¿Por qué ni siquiera me aviso de que llegaba hoy?

Durante la cena no podía evitar mirarle, aunque realmente lo único que conseguía ver era su perfil mas que su rostro puesto que no cesaba en hablar con su padre sobre unos asuntos —que sinceramente me traían al paio lo que fueran y no le prestaba atención— sobre la apertura de no se qué hospitales. A mi lo único que me importaba era que pasaba de mi como del polvo. Ni una. Ni una sola vez me miró aunque fuera por equivocación. Es más, hasta cuando se dirigía a tomar su copa evitaba tener la vista al frente —que sería cuando me vería—, para mantenerla baja y así no verme.

«Vale, no hagas dramas» me dije mentalmente. «Tal vez solo este fingiendo delante de su familia» me apremié.

No podía haberme citado prácticamente para tener sexo y después pasar de mi culo olímpicamente.

Bueno... si que podía, este hombre empezaba a parecerme bipolar en ciertas ocasiones. Primero nos liamos —borrachos si, pero nos liamos—, después me da a entender que no tendremos nada y nos separaremos aunque finjamos que estamos juntos, pero me besa. Me besó en ese almacén y dios sabe qué hubiera pasado si no aparece esa maldita bola de pelo. Luego va y me pasa a la friendzone —eso sí, después de meterle la lengua hasta la campanilla— y luego va y me mete mano en la limusina de regreso a palacio en aquella fiesta...y ahora ni me mira.

«Este tío me va a volver loca» pensé. «Bueno... más de lo que estoy, claro» Todo hay que admitirlo.

Iba a preguntarle si tenía un momento porque quería tener una excusa para hablar con él, pero no encontraba la oportunidad de hacerlo cuando no dejaba de hablar con el rey.

—¿Has vuelto a sentirte mareada Celeste? —escuché de pronto a mi derecha.

—¿Qué? —exclamé mareando la crema de verduras.

—Como te has sentido mal estos días.... —insistió Margarita.

—¡Ah sí! —repliqué—. Pero ya no tengo nada, debía ser el cansancio como advirtió el médico o algo que me sentara mal.

—Si, desde luego —sonrió.

¿Por qué sonreía? Algo me decía que se estaba cociendo algo en el horno de lo que yo no estaba enterada, pero pensé que serían imaginaciones mías.

El hecho de que Bohdan pasara de mi como yo lo hacía del chocolate barato me hizo quitarme el apetito.

—¿No va a comer nada más señorita? —me preguntó el camarero cuando comenzó a retirar los platos.

—No gracias —repliqué—. Lo cierto es que no tengo apetito.

—Puedo traerle algo de su agrado si lo desea. El chef está dispuesto a prepararle lo que guste.

¿En serio?, ¿Podía pedir pato asado a la naranja que me lo harían?

—¿De verdad? —No pude evitar preguntar sorprendida.

—Por supuesto, señorita —contestó cortés.

¡Anda que si lo llego a saber el primer día le digo que se hubiera metido los caracoles donde yo me sé! ¡Con la hambruna que pasé!

—¿Tiene fresas? —pregunté con un súper antojo de esos que a mi me daban cuando empezaba a llegar el buen tiempo.

—Desde luego.

—Pues quiero fresas con Nutella —contesté sonriente.

¿No me había dicho que podía pedir lo que quisiera? Si no iba a tener sexo con el dios andante, al menos saciaba mi apetencia con chocolate.

—Enseguida señorita.

Para mi sorpresa nadie objetó nada. No si al final podría acostumbrarme a esto y todo. «¡Oh dios!» Gemí interiormente cuando me metí en la boca la primera fresa bañada literalmente en Nutella y hasta cerré los ojos para degustar el sabor que inundaba todos mis sentidos. Era esa sensación de puro placer que mis papilas gustativas transmitían a cada poro de mi piel. Solo por un momento, hasta pude olvidarme unos segundos, aunque fuera del dios con tableta de chocolate que tenía delante.

—Celeste, ¿Quieres venir luego a la torre de astrología para observar las constelaciones? —preguntó Margarita.

—Me encantaría —respondí divertida—. Hace tiempo que no las observo, en Madrid no he encontrado un lugar lo suficientemente alejado de contaminación lumínica para hacerlo.

—¡Tenemos un telescopio enorme! Y se puede ver perfectamente la luna y los anillos de... de...

—¿Saturno? —pregunté.

—¡Si! —exclamó con cierta sonrisa—. Bohdan es un experto interpretando las cartas astrales, ¿Puedes acompañarnos? —preguntó haciéndole partícipe en la conversación.

—Esta noche no puedo Margarita —contestó con la vista baja—. Tengo que terminar

unos informes y bastante trabajo atrasado antes del fin de semana.

—¡Oh vaya! Entonces no veremos nada —contestó triste y lo suficientemente apenada para conmocionarme.

—Hace tiempo que no uso las cartas astrales, pero no creo que sea difícil recordar como se hacía —contesté pensando en si realmente estaba ocupado o es que trataba de evitarme a toda costa y aquello solo era una excusa.

Me había quedado claro que si no nos acompañaba a nosotras era porque tampoco tendría tiempo para mí después, más aún si tenía en cuenta que ni tan siquiera me había mirado. Podía ser ilusa pero no idiota, había captado perfectamente la indirecta de que no le interesaba nada de lo que tuviera que ver conmigo.



DOCE



Aquella noche no dejaba de dar vueltas en la cama pensando en qué podría haber pasado. Ni siquiera la distracción de ver las estrellas con Margarita había conseguido que me abstrajera, en cierta forma porque pensé que todo eran imaginaciones mías, que de un momento a otro él finalmente sí aparecería por esa puerta para buscar una excusa de que nos viéramos, aunque fuera en presencia de su hermana.

Que distinto habría sido estar en esa torre rodeada de oscuridad, pero con él y no con la hermanita pequeña... ¡Oye! Que agradecía a la pobre Margarita su afán de compañerismo aunque solo fuera en beneficio propio, tanto ella como yo estábamos más aburridas que un piojo en una cabeza pelona, pero después de esperar o más bien lo definiría; anhelar, que Bohdan volviera para terminar eso que habíamos empezado justo antes de que se marchara y encontrarme repentinamente con su reacción fría e indiferente, había sido peor que si me hubieran dado ostia del siglo y aún no reaccionaba.

«Probablemente tarde días en reaccionar» ¡Joder!, ¡Si hasta había liado una zapatista para conseguir preservativos para nada!

Tal vez fuera mejor así, porque total, por mi parte no los había conseguido y por parte de él con su indiferencia dudaba que si los tenía fueran con la intención de gastarlos conmigo. No tenía ni idea de si seguía en pie lo de la boda. ¿Me acompañaría después de que ni siquiera me había dirigido la palabra? Empezaba a dudarle, quizá me plantara alguna excusa y finalmente tendría que acudir sola. Ya me veía la pobre cara de Sonia desilusionada y yo teniendo que dar disculpas que no me correspondían...

Me moría de ganas por preguntarle, pero al mismo tiempo tampoco quería parecer desesperada si lo hacía.

—¡A la mierda todo! —exclamé cogiendo el teléfono y vi que era la una y media de la madrugada. No iba a dormir a este paso dándole vueltas a lo mismo, preguntándome que

había podido cambiar en esos días que él había estado fuera y además, ¿Qué me importaba ya a estas alturas lo que pensara? Total, ni que se fuera a quedar conmigo para toda la vida. Si desde el primer instante dijo que lo nuestro tenía fecha de caducidad. Cogí el teléfono y me puse a teclear rápidamente.

*«No hemos podido hablar del fin de semana, imagino que estás muy ocupado.
¿Está todo bien?, ¿Sigue en pie que me acompañes a la boda?
Un saludo, Celeste»*

Era un mensaje simple. Lo admito. Lo releí como treinta veces antes de pulsar enviar por si dejaba entrever lo que mis más recónditos deseos pedían a gritos. Más vale que les echara vuelta de llave doble porque me daba en la nariz que se iban a tener que quedar ahí encerraditos y aclamando la tableta perfecta abdominal del principito a pesar de no catarla. Casi no me lo creí cuando la pantalla se iluminó con un mensaje de él. Francamente no me esperaba que me contestara a esas horas y menos aún tan rápidamente.

*«Tengo mucho trabajo.
Te prometí que te acompañaría y eso haré.
Buenas noches»*

Vale. «Houston, tenemos un problema» Ni eran imaginaciones mías, ni leche en pepitoria. Creo que no se puede ser más correcto y borde al mismo tiempo. Pero ¿Qué demonios le pasaba a ese hombre? O yo me había imaginado cosas que no eran o definitivamente era bipolar. Pero si quería jugar a ese juego, adelante porque se iba a quemar.

«Perfecto»

Fue mi única respuesta y le di un puñetazo a la almohada porque simplemente no tenía la cara angelical de Bohdan delante.

«A una mujer no la puedes calentar a punto de ebullición para después echarle una jarra de agua helada» bufé en mi interior. Este se iba a enterar de lo que es bueno... y de quién era Celeste Abrantes.

Era sábado por la mañana cuando Jeffrey me acompañó al coche que estaba preparado para llevarnos al aeropuerto privado donde volaríamos en el Jet privado de la casa real hacia Madrid. Cuando entré en el vehículo observé la figura de Bohdan vestido de forma casual y me llamó especialmente la atención.

«Parecía tan normal así. Tan adorable» pensé.

De hecho, era similar a la ropa con la que le conocí. Nada de uniformes de gala o trajes que para que mentir; le sentaban demasiado bien y daba un morbo de la leche.

«¡Mejor contrólate mujer!» me reprendí. No llevaba dos puñeteros días haciendo yoga mental y autocontrol para fastidiarlo en el primer minuto. «Paso de tu culo, Bohdan. Paso de tu culo, Bohdan. Paso de tu culo, Bohdan»

Tal vez si me lo dijera unas cien millones de veces me lo creería.

—Buenos días —saludó formal.

—Buenos días —contesté lo más secamente que pude y sin un atisbo de expresión o emoción alguna.

—¿No deberías estar alegre? —preguntó sin mirarme.

—Lo estoy —contesté—. ¿No ves cuanta alegría desborde? —exclamé sonriendo mientras enseñaba todos los dientes, pero no sirvió de nada porque más de lo mismo. No apartó la vista de ese chisme que llevaba en la mano con forma de teléfono de muchos botones.

Durante todo el vuelo, Bohdan permaneció enfrascado en papeles que no dejaba de leer y pasarlos para volver a releerlos. Yo en cambio me entretuve con un libro que había mangado de la biblioteca. Era una novela policiaca, no es que me entusiasmaran porque prefería las de misterio, pero en ese momento me parecía mejor que ahogar mis penas en alcohol, cosa que probablemente hiciera esa misma noche si me olvidaba de como terminó todo la última vez que bebí. En el fondo, hasta una parte de mi quería darle las gracias por acompañarme a pesar de todo. Aunque mi parte más egoísta se negó a hacerlo porque ¿No había dejado yo todo precisamente por él?, Vale. Si lo analizo así suena a dejarlo todo por amor, nada más lejos de la realidad, pero había dejado mi vida en Madrid, mi trabajo, mis amigas, mi familia... solo porque necesitaba que lo hiciera y dicho sea de paso, porque no me dejó otra opción. Era lo menos que podía hacer por mi y no requería más que unas cuantas horas.

Envié un mensaje a Mónica advirtiéndola de que ya estaba en territorio español nada más bajar del avión y me contestó enseguida con caritas sonrientes mencionando que en pocas horas nos veríamos.

—¿Un hotel? —exclamé cuando el coche que nos recogió se detuvo frente a uno de los lujosos hoteles a las afueras de Madrid. De estos ultra-modernos y todo absolutamente chic que cuestan un ojo de la cara y que una menda lerlena no se podría pagar ni en un año de sueldo con la revista.

—La idea de pasar la noche bajo un puente no me atrae en demasía —contestó mientras yo salía del vehículo.

—¿En serio? —contesté con cierta ironía—. Fíjate que yo te veía cara de que si...

—Anda. Entremos —contestó con cierta apatía.

En la recepción nos dieron la llave de nuestra suite. Toma ya, la primera vez en mi vida que yo iba a dormir en una suite. Ni siquiera sabía que aspecto podían tener, con eso lo digo todo. Entramos en la habitación y había una especie de recibidor con varios sillones, televisión, mesas bajas para tomar el té, una mesa para el desayuno.

—Solo hay una cama —dije cuando entré en la habitación y comprobé que no había más habitaciones.

—No había suites de dos habitaciones. Supongo que no supone un problema, ¿no? No es la primera vez que dormimos juntos después de todo, aunque ninguno de los dos lo recuerde.

Ni siquiera fui consciente si lo había dicho o no en voz alta y me estaba contestando o es que se me había adelantado a lo que seguramente creyera que estaba pensando.

—No claro —dije de pronto—. Aunque podría irme a mi apartamento. —Ni sabía por qué razón dije eso cuando no hace tanto me moría de ganas por tener una excusa para meterme en la misma cama que ese semental.

—Podrían verte —atajó—. No es conveniente sembrar dudas hasta que todo este lío se aclare y se cancele nuestro compromiso después de estar legalmente divorciados —añadió por si había alguna duda.

No pude contestar porque recibió una llamada y se alejó de la habitación. No volvimos a hablar en el resto de la tarde hasta que a las siete en punto cuando ya me encontraba debidamente vestida, maquillada y peinada salí con aquel vestido azul del baño y le vi esperándome en el hall de la habitación con aquel impresionante traje azul.

¿Por qué diablos tenía que ser tan endemoniadamente guapo?

—Tengo que pasar por mi apartamento un segundo —dije nada más salir y ver como me observaba fijamente a pesar de no querer prestarle demasiada atención porque sabía que de hacerlo, mi temperatura corporal crecería hasta límites inalcanzables.

—Cla... claro —escuché como se aclaraba la garganta.

Entré rápidamente en mi piso, necesitaba unos zapatos cómodos de repuesto porque con esos tacones iba a aguantar mi tía la flamenca —que no existe, por cierto— bailando, porque yo no. Tuve que hacer malabares para agacharme a coger las bailarinas plegables del armario con aquel vestido estrecho y cuando las metí en la bolsa y me di la vuelta, escuché el ruido del cristal romperse.

—¡Mierda! —grité—. ¡A ver que he roto ahora! Y esparcidos por el suelo estaban todos los preservativos que tenía en mi adorado bote de Nutella sobre la mesilla de noche—. ¡No me lo puedo creer! —gemí riéndome de mi patética existencia—. El karma se ríe de mí—. Cuando os necesito, os negáis a aparecer y ahora que nadie me va a tocar ni con un palo, ahí estáis tan campantes —dije en voz alta.

«¿De verdad le estas hablando a unos condones?» medité después.

Pero, aunque fuera para tirarlos a la basura, abrí el bolso y metí unos cuantos que habían salido disparados antes de que el cristal se rompiera.

Llegamos a la iglesia y comprobé lo que Sonia me había mencionado. En la puerta había varios guardias que incitaban a la gente para que entrara y una chica estaba con una especie de pinganillo controlándolo todo. Entonces vi a un puñado de fotógrafos esperando, ¿Cuántos fotógrafos había contratado Sonia para la boda?

—¿Cómo sabe la prensa que veníamos? —pregunté siendo consciente de que no estarían allí por ser contratados precisamente para la boda.

—Ahora eres un personaje público, por lo que han investigado tu entorno y han debido asumir que acudirías a la ceremonia. A pesar de que no se ha filtrado la noticia de nuestra confirmación de asistencia, deben pensar que venimos de todos modos.

—Genial... —bufé.

—Solo nos tomarán unas cuantas fotos. Nada fuera de lo común y el que te acompañe a un evento personal implicará que dejen de sospechar que nos conocimos en las Vegas.

Empecé a pensar si no se habría tomado la molestia de cancelarlo solo por su propio beneficio. Pasadas las fotos, nos encontramos con mis amigas y sus maridos, ahora hasta yo estaba casada y no era la eterna soltera, pero seguro que era la única que no pillaba cacho, fíjate tú por dónde.

—¡Pero si es un bombón! —exclamó Andrea mientras nos apartamos un momento de los chicos y les dejamos hablando en un “spanglish” raruno.

—Yo diría que es un adonis griego de esos que salen en la tele ¡Que capulla con suerte! —terció Mónica.

—¿En serio que te has casado con él? —preguntó Lucía que siempre era la más callada.

—Si, no tanto y sí —contesté de seguido—. No podemos hablar nada de esto, ¿Entendido? —dije mirando a las tres una por una—. Se supone que no debéis saber nada, que nadie debe saber nada.

—Vale, vale —terció Mónica sellándose la boca—. Pero eres una jodida capulla con suerte —volvió a decir sonriendo.

Si ya... una suerte que no veas tu. Ya quisiera regalarle a alguien mi vida de desgracia. Con un bolso lleno de condones que no voy a usar mientras duermo en la misma cama que un dios griego escultural que encima tiene tableta de chocolate. Uf si... ¡Una sueeeeeeeeeeeeeerte de mierda!

Sonia estaba espectacular, llevaba un vestido sencillo con caída desde la cintura y de un tejido vaporoso blanco nuclear. La ceremonia fue tranquila, aunque Bohdan estaba todo el tiempo a mi lado no pude evitar pensar en si yo algún día me casaría. Empezaba a asumir que lo más cerca que estaría de tener un marido era él y ni siquiera recordaba mi propia boda.

Felicitemos a los novios de forma un tanto apresurada, aunque a pesar de la emoción, Sonia no pudo evitar abalanzarse sobre mi y enviar a la porra el protocolo ya que se abrazó igualmente a Bohdan dándole las gracias por asistir y por los regalos.

¿Los? Pensé. ¿No era solo uno? Quiero decir la orquesta era el único regalo, ¿verdad? Quizá me enteraría después.

Llegamos al restaurante donde se celebraba la ceremonia y ya estaban preparadas todas las mesas con aperitivos de la copa de espera mientras esperábamos a que llegaran los novios. En cuanto vi pasar a un camarero agarré una copa de vino blanco.

—¿No crees que no deberías beber? —escuché en un perfecto alemán.

—No creo que pase nada por un par de copas de vino —tercié.

Que hubiera perdido el norte en las Vegas no significa que lo fuera a hacer ahora. Es más, nunca lo había hecho y aún no me explicaba como llegue a perder la conciencia cuando jamás me había pasado.

—Tú sabrás —contestó seriamente y vi como tomaba una copa de vino y se la llevaba a sus labios.

¿Me recriminaba a mi beber y en cambio él podía hacerlo?, ¡Menuda lección de ejemplo!

—¡Oh dios mio! —grité viendo un plato de jamón serrano viniendo hacia mi—. ¡Cuánto te he echado de menos! —exclamé con casi lágrimas en los ojos y escuché las carcajadas de Mónica.

—¡Oye!, ¡No te rías petarda!, ¡Vete unas cuantas semanas fuera y ya me contarás si no lo echas de menos!, ¡Esta tan bueno!, ¡Y es tan español! —dije mientras me llevaba unos cuantos trozos a la boca y lo degustaba como el más exquisito manjar del planeta.

—Me rio porque se me está haciendo demasiado eterno no poder comerlo y solo hace dos meses que lo tengo prohibido. Todavía me quedan siete meses más de penitencia.

—¡No! —exclamé—. ¿En serio?, ¿Estás embarazada? —dije atónita y ella asintió con la cabeza.

—Las chicas ya lo saben, pero quería decírtelo en persona porque me parecía demasiado frío hacerlo por teléfono.

—¡Pero qué alegría! —grité abrazándola.

Miré a Bohdan que en ese momento me miraba extraño.

—Está embarazada —le dije en alemán.

—Si. Lo he entendido —me confirmó—. Mi sincera enhorabuena —contestó a Mónica que sonrió y se apartó levemente.

—¿No se supone que tú tampoco deberías comer eso? —preguntó entonces y vi que señalaba el jamón que por cierto estaba llevándome otro bocado a la boca.

—¿Por qué?, ¡Si está buenísimo!, ¿No lo has probado? —contesté dándole otro sorbo a la copa de vino.

—Pues porque tu... se supone que estás... que podrías estar embarazada —le escuché rectificar.

—¿Yo? —exclamé como si estuviera loco, pero recordé la conversación que tuvimos—. Lo siento, debí haberte confirmado que a pesar de no saber qué ocurrió exactamente en las Vegas, no estoy embarazada —susurré para que nadie más nos escuchara a pesar de hablar otro idioma y que nadie nos iba a comprender.

—¿No? —preguntó contrariado—. Tuviste nauseas y mareos. Lo confirmó el médico y pensé que...

—Me lo inventé para tener una excusa y así evitar a tu madre después del incidente y porque quería... bueno eso no importa ahora, la cuestión es que ni me mareé en ningún momento, ni tuve nauseas. Y te puedo asegurar que no estoy embarazada ni por error —aclaré porque estaba plenamente segura de ello.

En ese momento le vi coger la copa de vino, tragársela de una sola vez y dejarla sobre la mesa. Le miré extrañada por su reacción poco común y entonces lo pude apreciar de nuevo, esa mirada intensa de *te voy a devorar* irradiaba en sus ojos con tanta intensidad que mis piernas comenzaron a temblar.

«No voy a sobrevivir» pensé.

Ni de coña sobreviviría a una noche en la misma cama que ese hombre sin tocarlo.

—¿Entonces es... seguro? —insistió.

—Completamente —respondí extrañada por su insistencia, ¿Es que acaso quería ser padre o algo así? Porque si era así hasta me podía plantear lo de ser madre y todo a pesar de no tener ni una venita de instinto maternal. Pero ¿En qué diablos estás pensando Celeste?, ¿Dónde queda tu mantra?

«Paso de tu culo, Bohdan. Paso de tu culo, Bohdan. Paso de tu culo, Bohdan» comencé a pensar otra vez intentando recordármelo.

Iba a decir algo porque vi como abrió los labios y volvía a cerrarlos de nuevo como si lo que fuera a decir no le convenciera.

—¡Celeste! —escuché a mi espalda y me giré para ver quien me llamaba.

«Mierda, tenía que venir ahora el pesao del primo de Sonia»

—¡Hola Miguel! —exclamé sin mucho ánimo.

El primo de Sonia era uno de esos presuntuosos y de paso “babosos” que intentaba meterte mano al mínimo roce. Efectivamente, antes de que pudiera reaccionar se abalanzó sobre mi en un abrazo demasiado amigable y noté sus manos en mi espalda sintiendo como intentaban deslizarse hacia mi trasero disimuladamente.

—Ejem —Se escuchó de golpe acompañado de una sonora tos.

—Miguel... te presento a...

—Su prometido —irrumpió Bohdan.

—¡Así que eran ciertos los rumores! —exclamó—. Supongo que tu eres el príncipe alemán del que todo el mundo habla.

En ese momento noté el brazo de Bohdan rodeándome por la cintura y sentir su mano cálida sobre mi propia piel hacía que se me acelerase el pulso en descontrol.

—No entiendo —respondió en alemán y supe que se hacía el ingenuo y me miró con cara de no haber roto un plato en su vida, porque seguro que había entendido perfectamente.

—¿Cómo dice? —preguntó entonces Miguel.

—No entiende del todo el español —me excusé por él.

—Claro, claro —contestó Miguel—. Bueno, me voy que aún me quedan por saludar a unos cuantos. Aunque después nos echaremos unos bailecitos tu y yo, eh —dijo guiñándome un ojo antes de marcharse.

«Ni en tus mejores sueños, querido» pensé, solo que en cambio sonreí.

—¿Era tu novio? —oí a mi lado y aún podía notar esa mano en mi espalda acariciando lentamente mi piel.

¡Oh dioses!, ¡Esto es no tener ninguna piedad de mi propio autocontrol!

—¿Mi novio? —reaccioné entonces.

—Si —confirmó—. ¿Ese tal Miguel era tu novio?

—¡Que va! —exclamé—. Es el primo de Sonia. —Y un pesado de tres pares de cojones a pesar de estar bueno, pero el chaval era una operación gamba, vamos que era más feo que un pie, pero tenía el cuerpo de un musculitos de gimnasio, me faltó añadir.

—¿Entonces por qué te ha guiñado un ojo como si tuvierais algún tipo de relación?

¿Soy yo o estaba intentando sonsacarme información por lo que podrían ser celos? No... era imposible, pero mi yo perversa quiso ser malvada.

—¿Importa acaso? —pregunté con cierta ironía.

—Supongo que no importa si forma parte de tu pasado —contestó cogiendo otra copa de vino.

—O de mi presente —atajé robándole la copa y llevándomela a mis labios.

—Te recuerdo que estamos casados —susurró cerca de mi oído.

—Y yo le recuerdo que no será por mucho tiempo —aclaré.

—Pero hasta que llegue ese momento te debes solo a mí, preciosa.



TRECE



En ese momento me quedé descuaringá total y con las patas colgando.

¡No!, ¿En serio?, ¡Definitivamente este hombre es bipolar!, ¡Ya no hay duda alguna! ¿No buscabas defectos en él, Celeste?, ¡Arrea!, ¡El más grande y gordísimo de todos!, ¡Está como una chota! Que venga ahora Mónica a decirme que soy una capulla con suerte. De todos los príncipes habidos y por haber, me tiene que tocar el que está mas bueno de todos, pero ido de la perola.

«Si es que no se puede tener tó en esta vida del señor» Al menos ya no era don perfecto.

—¿Y eso se aplica solo a mí? —pregunté de pronto.

—¿Cómo dices? —le escuché contradecir.

—Quiero saber si se supone que tú también te debes solo a mi o de lo contrario no me parece justo que yo tenga que guardar celibato como una monja y tu en cambio andes por ahí de... —putiferio. me faltó decir.

—¿De qué? —preguntó mirándome tan intensamente que de verdad temí por mis piernas subidas en aquellos zancos inestables.

«Paso de tu culo, Bohdan», «Paso de tu culoooooooooo»

—Lo sabes perfectamente —terminé por decir cuando me di cuenta de que el maldito mantra no servía una mierda y mis bragas así lo atestiguaban. Loco o no, ese hombre me excitaba hasta sin pretenderlo, solo necesitaba una de esas miradas de *te voy a devorar* y me podían tatuar su nombre en mi trasero.

—Puedo asegurar que he sido fiel a mi esposa —susurró con un erotismo en cada palabra que me tuve que agarrar a la mesa para no caerme—. Y le prometo, señorita

Abrantes que lo seré hasta que deje de ser mi esposa —añadió para rematar la faena.

En ese momento creo que se me había olvidado respirar y de paso tragar porque tenía la garganta tan seca que ni la saliva era capaz de pasar. Bien podía estar mintiéndome en la cara como el capullo del alemán, ¿Y no era este otro alemán acaso? Pero para que mentirme, deseaba tanto que fuera verdad que era incapaz de pensar lo contrario. Por suerte para mi, los novios volvieron de hacerse el reportaje de fotos y fuimos entrando en el salón donde nos sentamos junto a mis amigas y sus maridos entre alguna pareja más que debían ser amigos del novio.

—¡Bueno!, ¿Y cuándo es la boda? —preguntó el marido de Mónica y yo la observé a ella con mirada asesina mientras hacía un encogimiento de hombros.

—Pues no esta claro aún... —respondí

—En Octubre —dijo Bohdan al mismo tiempo.

«Mierda» Pero ¿Este hombre para qué da fechas de algo que no va a pasar?

—¿No está claro?, ¿O es en Octubre? —preguntó en respuesta.

—En realidad lo que no está claro es el día —intervine saliendo del apuro—. Pensé que ya sabríais que era en Octubre —añadí tomando la copa de vino e importándome muy poco que Bohdan me regañara por beber de nuevo.

Aproveché que vinieron a servir el primer plato para acercarme a Bohdan sutilmente.

—Ca-lla-te —le susurré al oído.

—Solo di información de dominio público —contrarrestó.

—No quiero que mis amigos estén involucrados en esta estafa que hemos montado —insistí enfadada.

No me apetecía en absoluto que aquello pareciera real cuando sabía que no lo era. Era como mentirles a la cara a pesar de que ellas conocían perfectamente la situación, pero igual comenzaban a interpretar cosas que no eran y no me apetecía estar dando demasiadas explicaciones después.

—Como desees —sentenció y permaneció en silencio.

¡Joder!, ¡Ahora me sentía culpable por haberle hablado así! Si es que tengo el corazón más blando que un oso de peluche.

—No quiero que se preocupen por mi —susurré algo más calmada en su oído.

—Son tus amigos, ¿No crees que se van a preocupar de todos modos? —aclaró.

—Quizá, pero no más de lo necesario.

—¿Y por qué se supone que deberían preocuparse más de lo necesario? —preguntó observándome y de pronto sentí una de sus manos en mi espalda a pesar de estar sentados, me acariciaba el hombro mientras yo estaba inclinada levemente para hablarle al oído y esa misma mano bajaba lentamente recorriendo mi espalda.

—Porqué... porqué... —comencé a balbucear mientras inevitablemente cerré los ojos sintiendo ese calor que sus dedos proporcionaban—. No quiero que me tengan lástima cuando crean que me partiste el corazón —sentencié con una verdad a medias.

—Está bien —dijo de pronto abandonando la caricia de mi espalda y enseguida me erguí siendo consciente de mi propia involuntad.

¿Por qué ese hombre conseguía ese efecto en mí? A pesar de su humor cambiante, a pesar de sus ahora sí, ahora no y a pesar de que me sentía como un juguete en sus manos, era incapaz de no ser mantequilla entre sus dedos.

El banquete terminó, lo cierto es que todo estaba tan bueno que me hice con reservas por si me plantaban mas caracoles, lechugas verdes o bichos crudos en la cocina de palacio, aunque recordé que ahora podía pedir lo que me diera la real gana que me lo prepararían

«No sabían el monstruo que habían creado esos alemanes» pensé.

El vals de los novios dio la apertura al baile y todos observamos a la parejita feliz bailar haciéndose arrumacos de enamorados. Lo confieso. Daban envidia y de la buena, de esa que dices «No les partiera un rayo por ser felices y comieron perdices mientras yo estoy aquí a dos velas y sin pillar cacho ni por casualidad»

—¿Me concede este baile señorita Abrantes? —me preguntó muy educadamente.

¿Bailar un vals con un príncipe?, ¡Oh dios!, ¡Más tópico y reviento!

—Claro —contesté dándole mi bolso de mano a Mónica que se encontraba justo detrás y que me sonrió cuando lo hice.

Viviré en la nube de Cenicienta durante tres minutos que durase la canción. Tomé su mano y sentí como todo el mundo nos observaba, incluso podía notar esa sensación de sus miradas sobre nosotros que efectivamente comprobé en el momento en que me rodeó sobre su cuerpo para posicionarme frente a él. Me fijé en esos ojos azules que me derretían y agradecí que me sostuvo de la cintura en ese instante porque hasta uno de mis pies trastabilló al flaquearme las piernas.

—Creo que no te he dicho lo preciosa que estas con ese vestido —dijo en el preciso momento que comenzó a bailar e instintivamente le seguí el ritmo, pero yo estaba hecha un flan.

«Hasta bailar lo hacía bien este hombre»

—Gracias, supongo —dije por decir algo porque yo en ese momento no razonaba si no era para saltar sobre su yugular y devorarlo como una amantis a su pareja.

Y en efecto, fueron tres minutos que duraron el vals los que me sentí como una auténtica princesa de cuento y después la música pasó directamente al pachangueo “typical spanish” de flamenquito y me desaté porque estaba en mi salsa mientras le observé ahí de pie mirándome sin moverse.

Bien, salvo el vals y probablemente la polca o aquello que fuera que bailara en su país,

Bohdan Vasylyk I no sabía mover ese cuerpo escultural que dios le había otorgado —y el santo gimnasio al que probablemente fuera— de chocolate. Vi a Andrea acercándose hasta mi y comencé a bailar a su lado mientras las dos lo vivíamos intensamente —quizá yo más, para no variar— siendo ajenas al resto del mundo.

—Creo que cierto príncipe no te quita el ojo de encima —me gritó al oído para que la escuchara entre la música y entonces miré hacia donde ella me señalaba con la mirada y le vi efectivamente observando en mi dirección.

En ese instante abrí los ojos como platos al ver que Mónica le entregaba mi bolso de mano a él que parecía inspeccionarlo.

—¡Oh dios!, ¡Ni se te ocurra abrirlo! —dije mientras me encaminaba hacia él como alma que me llevara el diablo. Lo único que me faltaba era que viera que estaba petado de preservativos hasta los topes y se creyera que estaba deseando acostarme con él porque justo por esos malditos condones no ocurrió nada la última vez.

Estaba a punto de llegar cuando me pisé el bajo del vestido y me tiré literalmente sobre Bohdan para evitar caerme. Para mi suerte noté como me abrazaba sosteniéndome y ¡La madre que lo parió que bien huele tan de cerca! Bueno... y de lejos ya que estamos. Seguro que los príncipes tienen feromonas distintas que hacen que su olor corporal sea divino o algo así porque aquello no era ni normal.

«Lo admito, estaba desatada en el sentido más literal de la palabra»

—¡Estoy bien!, ¡Estoy bien! —Me adelanto antes de que me preguntara.

—Vale —le escuché mientras me ponía recta, pero para mi asombro sus brazos seguían encaramados a mi cintura.

Giré ligeramente mi cabeza y mi nariz chocó con su barbilla, todo sucedía a cámara lenta. Juraría que podía sentir el deseo palpitando entre nosotros y que en otras circunstancias quizá ya nos estaríamos devorando los labios.

—¡Celeste!, ¡Nosotros ya nos vamos! —escuché decir a Mónica y vi que su marido estaba al lado.

Nos despedimos de ellos y no tardaron en sumarse a los que se iban tanto Lucía como finalmente Andrea, por lo que decidimos retirarnos nosotros también. Además, tenía un dolor de pies que no me aguantaba ni yo de tanto bailar y no me apetecía cambiarme de zapatos porque sabía que, en aquellos zancos, el vestido luciría mucho mejor.

Me había quitado el vestido, eliminado el maquillaje e incluso me había dado una ducha porque me sentía ligeramente sudada de tanto baile cuando me di cuenta de que no me había llevado ropa de dormir.

«¡Mieeeeeeeeeerda!» Gemí dándome cuenta de que creía que yo dormiría en mi piso y ¿Para que voy a traer uno de esos camisones finos si iba a dormir en mi casa?, ¡Maldita fuera mi estampa!

Pues nada. Con todos mis santos ovarios salí del baño en ropa interior de encaje de color blanco —porque era la que me había traído—, y con la cabeza bien alta como si

fuera lo más normal del universo. En la habitación no estaba Bohdan y respiré con más tranquilidad, pero justo cuando me encaminé hacia la cama apareció por la puerta y vi esos perfectos abdominales que había tocado solo una vez.

¡Virgen santa! Gritó mi cerebro quedándose cortocircuitado hasta el punto de que podía notar las chispas saliendo de él. Se había quitado la camisa y estaba únicamente vestido con los pantalones del traje, parecía encaminarse hacia el baño, aunque los dos nos quedamos unos segundos sin saber qué decir, él hizo un gesto, yo asentí y entró al baño cerrando la puerta.

—Apiádate de mí, si existes apiádate de mí —susurré al aire esperando que Dios sí existiera.

No sé si era la calefacción de la habitación o ese cuerpo que tenía el dios andante que estaba en el baño, pero tenía un calor que ni el hielo del polo norte creo que era capaz de apagarlo. Normal, si es que con tanto calentamiento que me había metido en el cuerpo ese hombre, parecía una bomba en combustión. Aún así, me tapé ligeramente con la sábana sintiendo excitación hasta con el propio roce tras hacerlo y apagué las luces dejando únicamente encendida la lámpara de la mesita del lado de la cama en la que él dormiría.

«Amiga mía, más te vale no pensar que va a estar a escasos diez centímetros de tu cuerpo porque te vas a querer suicidar y tirarte por el puñetero balcón de la pijoja suite de las narices» me repliqué en tercera persona como si fuera otro el que me lo decía. Si es que me tendría que haber ido a mi piso, por lo menos no tendría esta tensión...este acaloramiento y el copetín divino que tenía ahora.

Fui a mirar el móvil solo por ver la hora y abrí la cremallera del bolso que justo estaba en mi mesilla de noche, en ese instante escuché la puerta del baño y lo admito; la curiosidad podía conmigo, pero maldita fuera mi curiosidad ¡Porque el tío estaba en calzoncillos!

«Bendito dios, bendita la virgen y bendito el espíritu santo por crear semejante obra de arte» El alma se me cayó al suelo... el alma, la boca, la baba y el bolso con todos los condones desparramándose por el suelo. Al menos esto último me hizo reaccionar.

¡Ay dios! ¡Fijo que los ha visto!, ¡Y ahora va a pensar que soy una jodida salida desesperada! Me dije mientras empezaba a recogerlos metiéndolos de nuevo en el bolso a dos manos y con medio cuerpo casi en bolas fuera de la cama. Ni pensé en el pedazo de vista que probablemente le estaba dando, tenía otra prioridad en ese momento antes que tapar mi culo al aire.

Para mi suerte o para mi desgracia, no dijo nada. Sentí el peso de su cuerpo sentándose sobre la cama segundos más tarde y la tensión me podía.

—¿Te...?, ¿Te lo has pasado bien esta noche? —pregunté sin girarme a mirarle.

—No —escuché de pronto.

—¿Tan aburrido ha sido para ti? —exclamé girándome para encarale.

Me importaba un comino su opinión —vale, no me importaba un comino—, pero

¿Con que desfachatez dice uno algo así? Eso me estaba bien empleado por preguntar solo para entablar conversación.

—En absoluto. La velada no ha sido para nada aburrida, de hecho, la he encontrado fascinante sobre todo al ver como movías ese cuerpo... —comenzó a contestar arrastrando las palabras y una mano se posó en mi cadera —puesto que yo estaba de lado—, comenzando a acariciarla—, volviéndome loco de deseo.

En ese momento jadeé, ¿Acaba de decir lo que creo que acaba de decir?

—¿Entonces? —susurré dejándome arrastrar por ese toque sensual de su mano.

—Lo único que quería hacer esta noche era arrancarle ese vestido y llevarla a la mazmorra de palacio señorita Abrantes —contestó acercándose peligrosamente a mi e inevitablemente cerré los ojos ante su cercanía gimiendo en sus labios cuando noté el roce de los suyos—. Aunque dudo que ni siquiera aguante cinco minutos más sin hacerte mía.

«¡Joder!, ¡Joder!, ¡Joder!» Empezó a decir una mini-yo dentro de mi cerebro. «¡No paso de tu culo ni de cooooooooooooooooooña!» Grité interiormente.

—Que conste que esta vez tengo preservativos de sobra para toda la noche —E incluso toda la semana si me apuras dependiendo de lo semental que fuera ese hombre, le advertí para dejar claro que eso no sería un inconveniente.

Le vi sonreír mientras me arrastraba hacia su cuerpo y noté su enorme bulto en mi muslo.

«Ay dios que calor, pero calor del bueno» me dije mientras mis manos iban inevitablemente a explorar ese mundo desconocido.

—¿Crees que no los he visto? —gimió en mi oído y de paso noté como mordía levemente el lóbulo de mi oreja izquierda—. Esos son los culpables de que mi poco autocontrol se haya ido al infierno.

«¡Bendito bote de Nutella por romperse!» Quise gritar y tal vez lo hubiera hecho si no llega a ser porque mis labios fueron sellados por los suyos en un beso de posesión, tan rudo, tan voraz y con tanta pasión que me dejó desarmada pudiendo únicamente responder con el mismo ardor.

Mis manos subían por sus brazos hasta enlazarlas en su cabello sumamente sedoso. Quería grabar cada uno de esos momentos a fuego en mi piel, porque todo lo que tenía que ver con ese príncipe se multiplicaba por cien a cualquier experiencia previa que yo hubiera tenido anteriormente.

Mi sujetador desapareció y sus labios fueron descendiendo lentamente desde los míos y pasando por mi cuello hasta llegar a uno de mis pechos donde sentí sus manos agarrar firmemente ambos, provocando un jadeo en respuesta por mi parte antes de que se metiera un pezón en la boca succionándolo. Sus manos fueron descendiendo por mi cintura mientras seguía deleitándose en las zonas erógenas de mis pezones rosados hasta que sentí sus dientes mordiéndome suavemente y me aferré a las sábanas de la cama mientras me deleitaba con cada caricia que me propiciaba para saciar ese desazón. Comencé a acariciar

sus hombros suavemente y en el momento en que una de sus manos se coló entre mi ropa interior rozando suavemente mi clítoris grité de placer.

—¡Joder! —gemí ante su contacto hincando mis uñas en esos hombros perfectos.

Sus ojos se habían oscurecido por la pasión cuando alzó la mirada dejando por un segundo de lamer mis pezones para observarme.

—Estás tan caliente —gimió mientras sus dedos bajaban y entonces contuve la respiración cuando se deslizaron hacia mi interior provocándome mil sensaciones al mismo tiempo.

No me pude contener más y mi mano voló hasta la cinturilla de su ropa interior, esos bóxer blancos que le sentaban como al modelo de Calvin Klein que sale en la tele, probablemente él mismo podría ser el modelo porque estaba incluso más bueno que cualquiera de los que había visto en toda mi existencia desde que empecé a fijarme en esos tíos buenos.

Deslicé mi mano hacia el interior y agarré su enorme miembro viril entre los dedos. Estaba más que empalmado y listo para el ataque, creo que eso hizo que casi tuviera un orgasmo por la excitación. Comencé a mover mi mano ligeramente y busqué su boca mientras ambos jadeamos al mismo tiempo que nos dábamos placer con las manos y con nuestras lenguas.

Mis braguitas desaparecieron... sus bóxer también y antes de que me diera cuenta le vi alargando una mano hasta el bolso de mi mesita y después rasgar uno de esos preservativos que llevaba con la boca.

—Ya no hay vuelta atrás —susurró mientras se dejó caer levemente sobre mi y sentía el roce de su miembro contra el mío.

El anhelo me podía por sentirle al fin dentro de mi como tantas veces lo había deseado. Tanto, que casi creía que podía estar en un sueño del que no deseaba despertar.

—No quiero que haya vuelta atrás —dije alzándome para besarle mientras comenzaba a sentir como se deslizaba con suavidad dentro de mi.

¡Por todos los cristos, santos, dioses y espíritus del cielo! Yo no sabía si eso era normal o no, igual era por estar tanto tiempo deseándolo o por llevar tanto tiempo sin sexo —al menos que yo recordara—, pero si el paraíso existía por narices debía ser eso.

Bohdan me agarró de las nalgas adentrándose aún más si es que era posible y yo chillé, pero de puro éxtasis. ¡Joder!, Si este hombre era perfecto, ¿En qué momento no imaginé que en la cama sería un dios? Sollocé. Iba a morir, pero extasiada de placer y con cada una de sus embestidas mis gemidos no podían sino crecer, aunque la mayoría morían en mi garganta porque sus labios no se permitían abandonar los míos.

Me alzó de pronto agarrando firmemente mis glúteos y yo me aferré a él de forma que me sostenía entre sus brazos, en el aire, como si no pesara absolutamente nada y con aquel gesto no hizo falta más para que alcanzara el mayor orgasmo de mi puñetera existencia.

No fui consciente de la realidad hasta que le oí respirar agitadamente y eso que aún me

sostenía entre sus brazos. Entonces me di cuenta de que me había dejado caer sobre sus hombros y estaba abrazada a él, ni tan siquiera había hecho un amago por salir de mi interior o desprenderse de mi. No. Muy al contrario seguía atada a él, unida a él en mi interior y juro que por un momento quise permanecer así el resto de mi vida por más cursi que sonara.

Me separé levemente de él para observarle, mirando detenidamente esos ojos azules que tantas cosas eran capaz de transmitirme, enloquecerme y volverme mantequilla con una sola mirada. En ese momento no sé lo que sentí, pero no vi solo deseo o pasión en ellos, sino que juraría haber visto mucho más.

Acaricié levemente su rostro y se giró lentamente para besar los dedos que lo acariciaban, primero de una mano, después de la otra y eso me invitó a acercarme a él y besarlo de una forma suave... dulce, tan dulce que hasta yo misma me estremecí.

—A partir de ahora no pienso alejarte más de mi —susurró en mis labios y por alguna razón, me pareció creer que era una especie de promesa hecha consigo mismo más que hacia mí.



CATORCE



Estaba comenzando a despertarme, pero aún no había abierto los ojos, era esa sensación de estremecimiento y confort al mismo tiempo cuando estas en una posición tan agradable que no quieres despertar, sino permanecer así eternamente. Sentía la fuente de calor a la que estaba abrazada y el aroma que mi nariz respiraba mientras se rozaba con algo suave. A su vez, me sentía rodeada por algo que me daba ese efecto de protección, aunque desconociera que era. Sí. Sin duda yo quería quedarme así mucho más tiempo.

—Si —escuché entonces la voz masculina y abrí levemente los ojos—. Está bien, estaremos listos en dos horas, haz que envíen el desayuno a la habitación —añadió.

—¿Qué hora es? —susurré aún somnolienta con voz dormida y entonces fui consciente de que estaba abrazada a su cuerpo, encaramada a él como una garrapata que no quiere separarse de su presa, pero él no parecía objetar nada, es más, ni hizo ademán de que me separase de él cosa anormal en un tío.

—Son las once —contestó mientras dejaba el teléfono sobre la mesilla de noche—. Buenos días preciosa —escuché y me escondí más aún en su cuello que olía a gloria bendita.

¡Venga ya!, ¿En que santo mundo una mujer está preciosa recién levantada? Y menos yo con pelos de leona desalmada y aliento a rata muerta. Mejor dicho éste no me ha visto todavía bien del todo o necesita las lentillas.

—Será mejor que no te pongas las lentillas hasta que no pase por el taller de chapa y pintura o lo de preciosa se convertirá en cochambrosa. —No pude evitar decir.

Ante mi sorpresa se giró de forma que mi espalda quedó sobre la cama y fui consciente del roce de su piel y de mi desnudez, dicho sea de paso. Entonces recordé la noche pasada y mis mejillas debieron teñirse de rojo grana al recordar todo lo que ese dios y yo hicimos.

—No necesito usar lentillas —susurró rozando mis labios—. Y te veo perfectamente hermosa así —añadió mirándome directamente a los ojos y balbuceé incapaz de decir nada.

¡Válgame la purísima y santísima virgen!, ¡Este hombre acabará conmigo de un paro cardíaco! Yo creo que lo hacen más guapo y no nace.

En cuanto vi que se acercaba a mi me abalancé sobre esos labios tan sumamente atrayentes y que me llevaban al quinto cielo, haciendo que su lengua se encontrara con la mía provocando que quisiera más de aquello. Me quejé cuando se alejó lentamente de mis labios ¿Por qué? Yo quería seguir deleitándome en ellos.

—Van a traer el desayuno en breve —susurró haciendo que abriera de nuevo mis ojos.

—A mi me apetece desayunar lo que tengo delante —contesté sin pensarlo ni dos veces.

—Y a mi... —susurró acariciándome lentamente la cintura mientras yo encaramaba mis brazos a sus hombros—, pero ya di la orden.

Iba a volver a besarle importándome un comino el desayuno cuando el sonido de la puerta se escuchó en aquel silencio.

¡A la porra mis planes de secuestrarle en la cama y desayunar carne sabrosa!

Me perdí en el baño mientras él se colocó un albornoz para abrir la puerta y me recogí el pelo para lavarme la cara. Cuando me miré al espejo descubrí por primera vez que no me sentía fea recién levantada, es más, hasta me sentí sexy y atrevida. Bohdan me había subido la guapura a las nubes o mejor dicho... el sexo que había tenido con semejante hombre.

—¡Que bien huele dios! —exclamé cuando salí del baño en albornoz y completamente desnuda bajo éste porque pensaba darme una ducha después de desayunar.

—¿Café? —me preguntó cuando debió oírme llegar.

—Si por favor —alegué sin añadir que no habríamos dormido ni cinco horas y ambos sabíamos porqué.

Como Bohdan recibió una llamada cuando estaba terminando de desayunar, aproveché para darme esa ducha y reconozco que me estremecí cuando escuché la puerta del baño abrirse y segundos después notaba sus manos rodeándome.

—Tenemos que estar listos en cuarenta minutos —me dijo al oído mientras yo me pegaba a su cuerpo y me dejaba caer sobre él.

—Hay tiempo de sobra —sonreí.

El avión privado estaba listo y lo cierto es que nos retrasamos —para qué negar lo evidente—, pero nadie dijo nada como era habitual. No tenía ni idea de qué iba a ser de mi una vez que volviera a palacio. Seamos francos; su madre me detesta, ser princesa me viene muy grande y lo más probable es que esto saliera mal, muy mal porque yo ya estaba más que pillada por ese príncipe fuera o no bipolar.

—Se me olvidaba, me han dado esto para ti —comentó Bohdan una vez estábamos en modo crucero dentro del avión y nos podíamos levantar del asiento.

—¿Qué es? —pregunté extrañada.

—Es tu correo, hay una persona encargada en ir cada semana a retirar las cartas de tu buzón.

—Seguramente todo sea publicidad —maldije abriendo el sobre.

Alcé una ceja extrañada cuando vi varias cartas con sellos editoriales, muchas de ellas de renombre y a las cuales yo les había enviado varios manuscritos a lo largo de los años. Sorprendida abrí una de ellas y el contenido se repitió o era muy similar en el resto de cartas. No me lo podía creer. Ocho años. Ocho largos años escribiendo, enviando manuscritos, haciendo cursos para mejorar, creyendo que jamás tendría una oportunidad —hasta lo había asimilado— y ahora tenía más de veinte cartas rogando que publicara una de mis novelas en su sello editorial.

Vamos... que me tendría que haber centrado más en cazar a un famoso que en escribir visto lo visto.

—¿Ocurre algo? —escuché de pronto saliendo de mi estupefacción.

—¿Qué? —exclamé recogiendo todas las cartas—. ¡Ah no! Nada... —alegué—. ¿Puedo recuperar mi ordenador? —pregunté.

—¿Aún no te lo han devuelto? —preguntó extrañado.

—No... —susurré, aunque eso me dio esperanza para que estuviera al fin en mi poder.

—Pediré que te lo devuelvan, aunque no tendrás conexión a internet —me advirtió.

Genial, regreso al tiempo de los neandertales. Solo faltaba que me dijera que me daban una máquina de escribir, aunque a lo mejor tenía que probar para ver si surtía efecto y me convertía en la nueva versión de Shakespeare.

—Está bien —dije con pesar.

—Es solo momentáneo, te administrarán un equipo seguro más adelante altamente protegido.

—¿Protegido de mí? —pregunté no entendiendo nada—. Te aseguro que no le voy a dar porrazos ni lo voy a tirar por la ventana como la alarma para aporrear a tu madre —alegué.

Su risa me estremeció.

—No es eso —comentó mientras acariciaba levemente mi brazo con sus dedos—. Normalmente la casa real sufre bastantes ataques cibernéticos para sacar los trapos sucios a la luz, no creo que contigo sea menor el riesgo.

¡Serás idiota Celeste! Gemí interiormente.

—¡Claro! —exclamé—. Yo solo bromeaba... —dije mirando hacia otro lado.

Este hombre va a pensar que mi coeficiente intelectual es más pequeño que el de un insecto.

—No me extraña que le caigas tan bien a Margarita —dijo de pronto—, siempre está hablando de ti.

—Ella me gusta mucho —sonreí vagamente—, aunque si me permites decírtelo, creo que necesita salir más de ese palacio en el que vive recluida —por tu madre, me faltó decir.

Escuché como suspiraba y se dejaba caer en el asiento.

—Mi madre es un poco... como decirlo...

¿Amargada?, ¿Estirada?, ¿Altiya?, ¿Arrogante?, ¿Borde?, ¿perroflauta? Pero legalmente era mi ¿suegra?, ¡Ah como entendía yo ahora todos esos chistes de suegras horripilantes! Ella era la prueba viviente de que no eran un mito.

—No siempre fue así —añadió ante mi silencio.

—En realidad tu hermana me lo contó —me sinceré—. Me habló de tu hermano mayor y si soy sincera, no creo que dejándola como hasta ahora, vaya a mejorar. Llevo unas semanas en esa casa y me doy cuenta como todos la evitáis y aceptáis su voluntad para no enfrentarla.

—No sabes nada Celeste —atajó.

¡Mierda!, me estaba metiendo en camisas de once varas. Lo sabía pero ya sabía que el tema iba a ser delicado desde un principio.

—Cierto —contesté—. No es asunto mío, pero al menos habla con tu hermana.

El pareció asentir e incluso meditar sobre ello durante el resto del vuelo. En realidad, me recriminé a mi misma haber sacado a relucir el tema ahora que parecía haber un acercamiento entre nosotros, pero precisamente aprovechándome de ello es que lo había sacado y ahora no sabía si acababa de alejarle de nuevo o no.

Llegamos a palacio a la caída de la tarde y estaba demasiado cansada como para pensar en arreglarme para la cena. Casi prefería dar un bocado rápido a algo y acostarme diez horas al menos. Nada más entrar por las puertas de palacio la madre de Bohdan apareció sonriente, traía una enorme sonrisa que hasta a mí me daba pavor porque presentía que su felicidad sería mi ruina —no me preguntéis por qué —, por raro que pareciera.

—¡Por fin estás aquí! —exclamó. Evidentemente se refería solo a Bohdan porque a mí ni me miró—. Debes cambiarte, la cena va a servirse en media hora, pero me avisaron de tu llegada hace unos minutos —seguía hablando aquella mujer como si yo fuera un fantasma o estuviera envuelta en una capa invisible.

—Estamos algo cansados, madre —contestó Bohdan quitándome las palabras de la boca—. Pediremos algo ligero en la habitación.

¿Estábamos sincronizados? Casi empezaba a creer que sí.

—¡Oh no! —gimió—. Anabelle está aquí y no puedes hacerle ese desplante.

¿Anabelle? Gritó mi mini-yo interna, ¿Esa no era la que pretendía endosarle como esposa a su hijo porque la consideraba perfecta? Lástima que no tuviera un reloj del chino a mano, porque sino juro que se lo tiraba a la cabeza para que ésta vez sí diera de pleno en ella.

Escuché a Bohdan suspirar, ¿Es que acaso iba a ceder a la petición de su madre? Y casi vi la sonrisa que a ella se le dibujaba de maldad. Como cuando alguien sabe que se está saliendo con la suya y no puede evitar regodearse.

—Está bien —afirmó de pronto.

¿Qué?, exclamé interiormente. ¿En serio acababa de ceder ante ella? No me lo podía creer. ¿Tanto le consentía? Vi como la reina se alejaba sobre aquellos zapatos que repiqueteaban el suelo y en ese momento me crucé de brazos y miré a Bohdan.

—Si estás cansada puedes quedarte en tu habitación. No es necesario que asistas si no lo deseas —afirmó con cierto pesar.

¿Me estaba diciendo que me quedara en mi habitación mientras él se iba a cenar con la supuesta nuera perfecta?, ¡Ja!

—¿Quién es Anabelle? —pregunté haciéndome la interesante. Después de todo él no sabía que Margarita me había contado bastantes cosas suculentas al respecto.

—Una prima lejana —afirmó sin entrar en detalles.

—Una prima lejana por la que al parecer tiene bastante interés tu madre —respondí con cierta ironía.

—A mi madre siempre le ha caído bien Anabelle, es de su agrado —contestó y empezó a caminar como si la conversación se hubiera dado por finalizada.

¿Qué tenía la tal Anabelle de las narices para que Bohdan se cerrara herméticamente en banda como las lonchas de jamón envasadas al vacío? Me daba la impresión de que éste escondía algo y que por alguna razón no quería que me enterase. Encima me decía que me quedara en mi habitación y eso era la mar de sospechoso, hasta podía ver en mi cabeza las sirenas rojas iluminándose ante aquella alerta tsunami.

—¿Sí? —exclamé totalmente sorprendida—. Entonces me muero de curiosidad por conocerla, tal vez si me llevo bien con ella consiga que tu madre deje de odiarme.

—No te odia —contestó de pronto.

Si, ahora defiéndela de lo que era más que evidente.

—Claro, por eso ni me ha mirado siquiera cuando llegamos —afirmé. Lo cierto es que lo más sorprendente de todo era que ni se molestaba en ocultar su desdén hacia mi o peor aún, llegar a mencionarlo.

—Ella es bastante... difícil —afirmó.

—Ella es así porque se lo permitís —Atajé franca y me daba igual si le molestaba, ¿Es que estaban todos ciegos?, ¿No se daban cuenta de que les manipulaba? Hasta yo que

llevaba allí poco tiempo lo había visto.

—Aunque creas que lo sabes todo porque Margarita te lo haya contado, realmente no tienes idea de nada —afirmó severamente y me callé—. Será mejor que no volvamos a sacar este tema.

—Como quieras —contesté sabiendo que quizá acababa de apretarle demasiado. Tal vez no debí insistir, pero ¡Qué narices quería que hiciera cuando él era testigo de sus desaires y parecía hacerse el tonto! —Te veré en la cena —afirmé y antes de que contestara me adentré en mi habitación.

Tal vez lo había estropeado todo, quizá no había sabido jugar bien mis cartas teniendo a mi favor lo que había ocurrido en las últimas horas, pero como era normal en mi, ya estaba acostumbrada a meter la pata. ¿Por qué iba a ser distinto ahora? Al menos había cumplido con mi promesa hacia Margarita y solo esperaba que hablara con su hermana. Tal vez eso era el principio de algo.

Me recogí el pelo rápidamente en una cola alta, por suerte aún permanecían algunas ondas y quedaba gracioso. Cogí uno de los vestidos repetitivos celestes del armario y me calcé los tacones. ¡Mierda!, ¡Qué dolor de pies! Gemí mientras caminaba por el pasillo como pato mareado para llegar al comedor. Seguro que los zapatos de tacón los inventó un hombre que estaba cabreado con su mujer y no encontró otra forma peor de castigarla.

—¡Hola Celeste! —escuché la voz risueña de Margarita.

Mira... al menos alguien sí se alegra de verme.

—¡Hola! —contesté sonriente—. ¿Te has aburrido mucho sin mi? —pregunté en complicidad.

—Puaf —bufó—. No lo sabes bien —añadió—. Al poco de marcharos llegó Anabelle y es insoportable.

Alcé una ceja extrañada y en ese momento una impresionante mujer rubia sacada de la pasarela de Victoria Secret's hizo acto de presencia.

«¡Venga yaaaaaaaaaaaa!» Bufé, ¿No podía ser una un poco mas normalita?, ¿Una que no me hiciera sentir como el papel higiénico pegado al zapato al salir de un baño público? Si es que compararse con esa mujer era como comparar el carbón con un zafiro, ¡Que digo zafiro!, ¡Un diamante! Era deprimirse enterita. ¿En qué maldito momento se me ocurriría venir? Casi prefería vivir en la inopia que saber que esa mujer tenía el favor de la reina para convertirse en la esposa de su hijo. No me extrañaba, seguro que era perfecta como su metro ochenta y sus noventa, sesenta, noventa.

—¡Mi queridísimo Bohdan! —La escuché decir en una voz melodiosa y vi que a mi espalda se encontraba el aludido porque pasó de largo esquivándome hasta llegar a él y ante mi asombro se abrazó pegándose demasiado para mi gusto a su perfecto cuerpo y a él.

¿Eso eran celos?, ¡Joder y tanto!, ¡Hasta ganas me daban de arrancarle un brazo o algo similar para que no fuera tan perfecta!, ¿En qué mundo iba a competir yo con semejante beldad? Solo esperaba o más bien, rezaba al espíritu santo porque tuviera menos cerebro

que un mosquito. Aunque eso no me hacía sentir mucho mejor que digamos.

Habitualmente a la hora de comer nos sentábamos a la mesa de forma que el padre de Bohdan, el rey Maximiliano quedaba a la cabecera y junto a él se sentaba su hijo a su izquierda. Suponía que a su derecha siempre se sentaría Margarita, pero al estar yo, por alguna razón desconocida, ocupaba ese lugar y en cambio ella se sentaba a mi derecha junto a su madre que ocupaba el otro extremo de la mesa frente a su esposo. Tenía claro quien iba a ocupar ese plato que habían colocado al lado de Bohdan, ni más ni menos que la cerebra de mosca rubia perfecta. En efecto, así fue para mi desgracia. Casi prefería cambiarme de sitio solo por el mero hecho de que así ella no podría tocarle como hacía a cada oportunidad que podía. La chica era sutil, sí. Tan sutil como ponerse un cartel busco sexo en una cárcel de tíos. Más descarada no podía ser y lo mejor de todo era que Bohdan se hacía el sueco. ¡Qué digo sueco!, ¡Filipino, Argentino y Noruego al mismo tiempo! Actuaba como si fuera normal, por lo que me dio a pensar que estaba familiarizado con la tal Anabelle de las narices, ¿No se llamaba así una muñeca diabólica? Al final el nombre le iba a venir que ni pintao a la tía esta. Habría que ser muy lerda para no saber que yo era su “prometida” entre comillas, puesto que no se hablaba de otra cosa. La cuestión era, ¿Hasta qué punto la siliconada diabólica podía saber que no era real?, ¿Le habría informado la reina?

«¡Que preguntas te haces Celeste!» me recriminé. Era más que seguro que le habría contado todo, dudo que se hubiera dejado algo en el tintero, es más, yo creo que si hasta supiera cuantos pelos tengo en el sobaco, se lo cuenta por si acaso le sirve para quitarme del medio. Dudaba siquiera que considerase que era una competencia para ella. Y a juzgar por su comportamiento me inclinaba a afirmarlo más que dudarlo.

—¿Cuándo vendrán tus padres querida? —Escuché que decía la voz chillona de la reina.

—Me confirmaron que estarán aquí a tiempo para la ceremonia del bicentenario Margoret —confirmó.

¿Margoret?, ¿Así se llamaba la bruja piruja? Casi me había inclinado a llamarla víbora directamente.

—Bohdan, debes hacer el baile de apertura con Anabelle —dijo su madre como si no hubiera discusión alguna en ello.

Me mordí el labio con tanta fuerza que juraría que me hice sangre porque el sabor característico a metal inundó mi paladar.

—No creo que sea conveniente —escuché que contestó de forma tranquila—. Todo el mundo esperará que inaugure el baile junto a mi prometida.

—¡Ese baile siempre se ha inaugurado con miembros de la familia real! —exclamó escupiendo las palabras y yo miré hacia el plato.

—Por si se le ha olvidado, *madre* —oí que hizo hincapié en la palabra—, ella ya pertenece a la familia real —recalcó para que no hubiera duda alguna.

—Solo por un periodo breve de tiempo —alegó en su defensa.

Toma Celeste, por si no te había quedado claro que le caes peor que la leche a los intolerantes a la lactosa, solo que en vez de vomitarme, quería literalmente echarme y perderme de vista para siempre. Además, acababa de corroborar la teoría de que la siliconada diabólica sabía toda la historia de las Vegas y que nuestro matrimonio era real, pero más falso que un bolso de Michael Kors hecho en china.

—Querido —empezó a decir la siliconada diabólica con voz melodiosa—, seguro que a tu prometida no le importa cederme ese honor teniendo en cuenta que es una tradición y para todos aún no estáis casados. ¿Verdad que no te importa? —añadió mirándome y en ese momento vi la falsedad en sus ojos.

¡Será zorra la cacho de penca tía siliconada esta diabólica de las narices!, ¡Y sonreía la muy capulla como si se estuviera regodeando del momento! Sabía que si me negaba, estaba contrariando a la reina que acababa de declararme la guerra en toda mi jeta —aunque no es que fuera la primera vez, pero si la menos sutil de todas—, y encima quedaría como interesada cuando todos sabían las razones de porqué estaba yo allí. Por lo que la rubia petarda no me dejó mas remedio que ceder.

—Por supuesto que no me importa —dije mientras le di la sonrisa más falsa y cínica que había dado en toda mi vida.

—¡Ves! —gritó emocionada ante el silencio de todos—. ¡Todo solucionado! —volvió a gritar mientras daba hasta pequeños saltitos y palmitas en la silla.

«Respira» me dije. Más me valía respirar hondo porque de lo contrario si que mi madre iba a tener que ir a visitarme a la cárcel a este paso de las ganas que me daban de asesinar a la rubia siliconada diabólica de los cojones.



QUINCE



Estaba tan indignada que nada más terminar de cenar me fui a mi habitación y de hecho, tenía tal cabreo que necesitaba pagar mi frustración con una larga y eterna ducha o de lo contrario terminaría por desplumar el colchón de la cama, tirar los muebles o peor aún, atacar la despensa que gracias a Bohdan sabía donde estaba y comerme toda la Nutella que hubiera.

«Malo Celeste, porque entonces serás una desgraciada al saber que se te pondrá el culo gordo en comparación con la siliconada diabólica si lo haces». Me reprendí.

Tiré la ropa sin tener consideración alguna y dejé que el agua me cayera sobre el rostro mojando el cabello. ¡A la porra las ondas perfectas también! Pero lo necesitaba, de hecho, apoyé las manos en la pared que tenía frente a mi dejándome caer levemente mientras inclinaba mi rostro hacia abajo y era imposible no recordar la última imagen donde tras terminar la mesa, la muñeca diabólica le decía a Bohdan con voz melodiosa que tenían que hablar en privado sobre vete tu a saber qué. Eso era lo de menos, sabía que era una excusa para coquetear, intimar o mejor dicho; acostarse con él.

Las lágrimas amenazaban con salir camufladas entre el agua, pero me dije a mi misma que no iba a permitirlo. Después de todo, aunque estuviera casada con él, ¿Con qué derecho iba a exigirle nada? Sabía de sobra que no podía porque todo era puro teatrillo de tres al cuarto y que en unos meses estaría recordando todo esto como un lejano sueño desde el sofá estampado con más años que Jerusalén en mi pisito de Madrid.

¡Joder pero me importaba! A pesar de intentar colocar un muro tan alto que intentara cegarme, los celos me carcomían y me devoraban. En mi vida había estado tan celosa de un tío. Ni siquiera cuando el alemán piojoso me puso los cuernos sentí tanta impotencia.

—¡Aaaahhhh! —grité dando un salto y la pastilla de jabón salió disparada de forma que cuando me di la vuelta la pisé, me escurrí y unos fuertes brazos me abrazaron.

—Soy yo —gimió Bohdan acercándose a él y dándome un ligero beso en la comisura de los labios—. No pensé que te asustaría, esta mañana no te asustaste —gimió.

—¡Porque esta mañana podía suponer que vendrías! —bufé—. ¿Qué haces aquí?

—Creo que es evidente, ¿no? —contestó acercándose a mi para acallar mis labios con un beso tan tierno que casi me hacía suspirar.

Se suponía que yo debía estar enfadada. Bueno, ¡Que leches!, ¡Estaba enfadada por permitirle a su madre tratarme así!

«Pero besa tan bien...» gemí interiormente.

—¿Y la muñeca diabólica? —pregunté sin poder evitarlo.

—¿Cómo? —exclamó.

—Tu “prima” —escupí de mala gana.

—Le dije que estaba cansado —dijo sin darle importancia.

—¿Lo estás? —pregunté alzando una ceja.

—No lo suficiente preciosa —contestó acercando su boca a la mía devorándola con ansia y todas mis defensas se fueron al carajo—. No lo suficiente —insistió.

¿Para qué me voy a engañar a mi misma? Este hombre chasquea los dedos y soy gelatina pura en sus manos. Me aferré a él respondiendo a ese beso con tanta devoción que enseguida mi espalda se vio aplastada entre aquel cuerpo caliente y la fría pared de los azulejos de la ducha.

¡Oh dios!, ¡Como me gustaría que aquella sensación fuera eterna! Para mi sorpresa, Bohdan no se marchó. Se quedó a pasar la noche en mi habitación y me dormí con una sonrisa de satisfacción en la cara que ni la rubia perfecta iba a quitarme. Me había preferido a ella. Por alguna razón irracionalmente desconocida, la había enviado a paseo y se había venido directamente a mi habitación.

¡Para que luego dijeran que las curvas no atraían!, ¡Chúpate esa, palillo con tetas!

Desperté somnolienta, y entreabrí los ojos divisando la figura de Bohdan vistiéndose mientras trataba de hacer el menor ruido posible.

—¿Te vas? —pregunté aun medio dormida.

—Tengo una conferencia dentro de una hora y aún debo prepararme —susurró y noté como se acercaba hasta mi para besarme suavemente—. Sigue durmiendo, aún es temprano. Lamento haberte despertado preciosa.

—Si me llamas tanto preciosa voy a terminar por creer que lo soy —bufé desperezándome en la cama puesto que ya me había desvelado.

—¿Y por qué razón no habrías de creerlo si lo eres? —preguntó colocándose la

chaqueta con tanta naturalidad que me quedé estática, como si me hubieran metido en el congelador tres días.

—¿Tú me has visto bien? —ironicé.

—Diría que te he visto muy bien —contestó con aire lascivo y me estremecí.

¡Ay madre!, ¡Ay madre!, ¡¡Llaman a los bomberos que aquí hay que apagar un fuego!!, ¡Que calores me estaban entrando! Más aún sabiendo lo que se escondía bajo esa ropa.

—¿Seguro? —contesté con el mismo tono y casi me salió un jadeo.

—Tengo que irme... —gimió con pesar.

—¿De verdad? —contesté llevándome un dedo a la boca y chupándolo como ese día que saboreé la Nutella, solo que esta vez no cerré los ojos, sino que le miré directamente.

—¡A la mierda la conferencia! —le oí gritar mientras se arrancaba la chaqueta y no sé a donde fue a parar.

¿Había dicho mierda? No sé si estaba más sorprendida porque no se fuera o porque había dicho algo indecente, fuera como fuera había algo que me había quedado claro; por alguna razón desconocida sentía una fuerte atracción por mi. Desconocía si tanto como a la inversa, pero ¡Qué demonios!, ¡Fuera el porcentaje que fuera me servía!

Bohdan se lanzó sobre mi cuerpo desnudo y solo cubierto por aquella sábana fina de lino que no abrigaba un carajo pero que me importaba un comino en ese momento, es más, agradecí lo fina que era porque podía sentir todo el calor de ese cuerpo sobre el mío emanando sensualidad por cada uno de sus poros.

¡Lo admito! Este hombre tenía el cuerpo de un adonis que acababa de esculpir Miguel Ángel o mejor dicho, creado por el propio Zeus. Con esa tableta de chocolate que no era de Photoshop, ni tampoco de pega, sino que era tan real que hasta me deleité en pasar mi boca por cada uno de sus cuadraditos mordisqueándolos. Eso era el paraíso y no una isla perdida de la mano de dios para que te coman los bichos y te achicharres al sol. Aunque por quedarme en una isla desierta a solas con este bombón, yo firmaba con los ojos cerrados.

En el momento que sus manos apartaron la sábana observé como me miraba, era como si pretendiera devorarme —¡Oh si bombón de chocolate!, ¡Devórame y no dejes ni las migajas! —pensé mientras alzaba un pie y tocaba su pecho desnudo. Para mi sorpresa lo cogió con la mano y comenzó a dar besos en el empeine, a lo largo de mi pantorrilla hasta llegar a mi rodilla y seguir subiendo acercándose a zonas peligrosamente caldeadas...

«¡Ring, Ring, Ring!» comenzó a pitar mi móvil acompañado de una vibración fuerte.

Pero ¡Quién demonios llama a estas horas!, ¡Y justo ahora! Bufé en mis pensamientos mientras cogía el teléfono con desesperación para darle a cualquier botón que lo apagara.

—¿Quién es? —preguntó alzando una ceja.

Imaginaba que debía pensar lo mismo que yo, ¿Quién demonios llama a las seis de la mañana un lunes? Pero ¿Quién iba a ser?, ¡Mi puñetera madre!

—No es nadie —contesté cortando el sonido y me alcé para besarle de tal forma que me abalancé sobre él y mi lengua comenzó a entrelazarse con la suya de tal forma que casi podía perder el sentido.

Sin duda alguna los besos de ese hombre eran ambrosía para mi paladar, un juego sensual que se convertía en una batalla campal en la que nunca había vencedores porque ambos nos sincronizábamos a la par.

«¡Ring, Ring, Ring!» empezó de nuevo.

—¡La madre que la parió! —grité en un perfecto español y vi que Bohdan alzaba una ceja esperando una respuesta—. Es mi madre —bufé.

—Será mejor que cojas el teléfono, debe ser algo importante si te llama a estas horas —alegó separándose de mi, muy a mi pesar y haciendo gestos para que respondiera.

Si fuera importante, mi madre no llama por teléfono. Se planta allí mismo en el primer avión que pille... fijo que lo que quiere saber es precisamente eso, cuándo la voy a traer a ver el “castillo”.

Bufé y deslicé el dedo.

—Hola mamá —dije siendo consciente de que mi madre me acababa de pagar todo el fuego de un plumazo.

¡Bye bye polvo matinal!

—¡Celeste Abrantes Varela!, ¡Cómo se ta ocurrió!, ¡Como se ta ocurrió aserme eztoooooooooooooooooo! (*¡Celeste Abrantes Varela!, ¡Cómo se te ha ocurrido!, ¡Cómo se te ha ocurrido hacerme esto!*) —gritó mi madre al otro lado del teléfono con tanto ímpetu que hasta creo que me quedé sorda en ese momento y aparté el teléfono lejos de mi como si tuviera lepra. Estaba segura de que Bohdan también lo había oído porque tenía una cara de alelao (*alelado*) *perdido*, que yo creo que si le pincho no reacciona. Aunque no sabía si era por el acento de mi madre que no habría entendido una mierda pinchá en un palo o por escucharla gritando a las seis de la mañana.

«Genial de suegra loca, hija más loca todavía» supuse que estaría pensando. Si mi madre me había llamado con nombre y apellidos era malo, pero malo de cojones.

—¿Mamá? —dije con cierto pavor.

—¡Veni aquí y no tené la poca vergüenza de ve a tu mare! (*Venir aquí y no tener la poca vergüenza de ver a tu madre*)—gritó—. ¡Mala hijaaaa! —me echó en cara y en ese momento me llevé las manos a la frente con desesperación.

Pa’ ahogarla y no dejar ni miaja a los patos, ¡Llamarme a las seis de la mañana para eso cuando estaba... Yo la mato...¡Definitivamente la ahogo en el estanque! Pensé mientras mi madre seguía con su perorata de mala hija que no te acuerdas de tu madre y que no nos tienes en consideración porque claro, estás con tu principito y con los pijos niños de papá y bla bla bla...

En ese momento escuché una carcajada literal y abrí los ojos para descubrir a Bohdan

que se estaba literalmente descojonando... ¡Mierda!, ¡Algo de la perorata de mi madre había logrado entender!, ¡Me cago en toooooooooooooooooooooo lo que se menea!

—¡Ah y encima se ríe! (*¡Ah y encima se ríe!*) —escuché de pronto.

—¡Cállate mamá!, ¡Que el “principito” como tu lo llamas acaba de oírlo todo! —le grité a ver si así aprendía para otra vez.

—¿Queeeeeee?, ¿Comooooooooo? —exclamó y me la imagine con su boca abierta y el cuchillo de pan en la mano porque fijo que andaba preparándole el desayuno a mi padre de tostadas con aceite y tomate.

Miré en ese momento a Bohdan y tenía hasta lágrimas en los ojos de reír tanto. No sabía si eso era bueno o malo, la verdad.

—Me has escuchado perfectamente mamá —añadí mirándole ahora a él que tenía una sonrisa a medias.

—¡Ay que vergüensa!, ¡Que vergüensa! —comenzó a decir mi madre—. Pero no me entendió, ¿no? (*Pero no me ha entendido, ¿no?*) —parecía desesperada y hasta me dio pena y todo.

—No todo... —contesté—. Creo —añadí para mortificarla.

En ese momento Bohdan se subió a la cama y llegó hasta mi dándome un dulce beso en los labios que pareció un roce.

—Dile a tu madre que tengo ganas de conocerla —dijo en voz baja, aunque estaba completamente segura de que mi madre le habría oído.

¿Conocerla?, ¿Quería conocer a mi madre? Eso son palabras mayores.

—¡Ka’ dicho, ka’ dicho! (*que ha dicho, que ha dicho*) —la oí exclamar y sonreí mientras le veía marcharse.

—Al parecer quiere conocerte —contesté incrédula sin creerme todavía que después del espectáculo que había montado quisiera conocerla, ¿No pensaba que mi madre estaba loca?

—¡Ayyyyyyyyyyyyyy! —gritó dejándome sorda por segunda vez—. ¡Verá cuando se lo diga a tu padreeeeeeee! —añadió emocionada.

Solo esperaba que no se hiciera un estropicio si aún seguía con el cuchillo en la mano. Después de hablar con mi madre un buen rato más explicándole las razones de porqué no nos podíamos haber acercado tras la boda de Sonia a visitarles, no tenía sueño. Si había algo en lo que mi madre era buena, era en ponerte la cabeza como un bombo para despertarte del todo.

Me di una ducha y vi que prácticamente era la hora del desayuno, apenas faltaba un cuarto de hora para la hora oficial. Así que no aguantándome más las ganas y el hambre de caballo que tenía, salí y decidí dar un rodeo más largo del habitual. Ya empezaba a acostumbrarme a los laberintos de palacio y cada vez me perdía con menos frecuencia, pero mi matutina felicidad se fue a freír monas cuando vi a la siliconada diabólica

aparecer frente a mi tras salir de uno de los pasillos.

—Buenos días Celeste, ¿verdad? —preguntó con esa voz melodiosa y a la vez de arpía endiablada.

—Así es —contesté con una sonrisa pedante—. Anabelle, ¿no? —pregunté sin añadir; como la muñeca diabólica que eres y en la que se debieron basar para hacer la película.

—Si —sonrió condescendiente con esa dentadura que parecía postiza al ser tan blanca—. Imagino que para ti debe ser muy frustrante estar aquí, ¿Cierto? —comentó de forma ladeada sin mirarme directamente.

—¿Cómo? —pregunté no entendiendo su pregunta ni a donde quería llegar con ella.

—Bueno... serás consciente de que nada de esto te pertenece y que, desde luego, no te pertenecerá —dijo como si fuera un hecho más que evidente.

—¿Y por esa razón debo frustrarme? —pregunté alzando una ceja.

—Es evidente que la “plebe” —dijo haciendo un gesto de desaire señalándome—. Siempre aspira a tener lo que no le corresponde. Solo espero que te quede claro cuál es tu lugar.

—¿Ah sí? —exclamé cruzándome de brazos—. ¿Y cuál es mi lugar si eres tan amable de decírmelo?

—Muy lejos de aquí y sobre todo, lejos de Bohdan —contestó altiva.

—Eso lo tendrá que decidir él, ¿No te parece? —dije controlándome mis ganas de estamparle el puño en esa nariz perfecta seguramente operada. Aunque el hecho de saber que igual se la dejaban más perfecta todavía me contuvo.

—Él ya ha decidido —contestó—. Y me ha decidido a mí, ¿O dónde crees que ha pasado la noche? —añadió con autosuficiencia como para creerse su propia mentira.

Las ganas de reírme en su cara me sobrepasaron, pero solo sonreí vagamente porque no iba a ponerme a su nivel. Sinceramente, lo de plebeya no me ofendía en absoluto, pero me hacía gracia que alguien como ella que parecía sacada de una pasarela de ropa interior tuviera que usar semejantes artimañas. Bueno... mosquita muerta no era, pero cerebro de mosquito sí que tenía para venir con cuentos de la vieja escuela.

—¿De verdad? —pregunté haciéndome la ingenua—. Pues yo diría que cuando salió esta mañana de mi habitación no te vi por ninguna parte, ¿Te escondiste en el armario? —contesté con un tono de evidencia irónica y no esperé a que me respondiera, sino que la pasé de largo.

¡Chúpate esa siliconada diabólica, que tus tetas falsas solo sirven para flotar en el agua! Si me caía mal, ahora me caía como el puñetero culo de mal, pero me había quedado claro que yo representaba un peligro para la ella.

Durante el desayuno pude notar las miradas mordaces de la muñeca maldita sobre mi.

«Si las miradas mataran, creo que estaría más que fulminada» Parecía que lanzaba

rayos equis, solo le faltaba que tuvieran color rojo, pero para su desgracia, me había reído en su cara y me limité a tomar mi desayuno con Nutella más feliz que una perdiz. «Mira, mira y aprende palillo tetudo. Tomate tu mierdi-soja y tu triste tostada integral que no sabe a ná, que Bohdan prefiere mi celulitis antes que tu insípido culo huesudo»

Margarita se fue a sus clases particulares cuando se acabó el desayuno y como habían pasado días desde que dejaron de enseñarme el infernal protocolo real, supuse que me habían dado por un caso perdido y busqué a Jeffrey para ver si él me podía indicar quien era el responsable de devolverme mi ordenador. Bohdan me había dicho que no había problema siempre y cuando no tuviera conexión a internet y para escribir no la necesitaba. Al menos encontraría ocupación mientras estaba allí y con la idea de que igual podía ver al fin mis libros publicados —obviando el hecho de que fuera enchufe total—, tenía mi motivación por las nubes.

Vale, acepto que parte de esa motivación era por saber que cierto príncipe me había preferido por encima de cierta rubia siliconada con cuerpo perfecto. Decidme, ¿Quién no se siente la puñetera ama del mundo si le pasa algo así? Vamos... nadie me iba a quitar mi regocijo de sentirme triunfante durante al menos lo que restaba del día.

—Señorita Abrantes —dijo Jeffrey en cuanto me vio aparecer.

Me había costado una hora dando vueltas por palacio encontrarle.

—¡Aleluya! —exclamé—. ¿Te estabas escondiendo o qué? —gemí.

—¿Esconderme?, ¿Por qué debería hacerlo? —preguntó confuso.

Desde luego esta gente lo de los dobles sentidos lo lleva muy mal, me parece que nacieron con una tara de nacimiento.

—Nada —bufé—. Te quería preguntar una cosa, ¿Sabes donde puedo conseguir que me devuelvan mi ordenador?

—Deje su ordenador esta mañana en su habitación, señorita Abrantes. Su excelencia me pidió expresamente que me encargara de ello.

¿Y para eso me tiro yo una hora buscándote? Me faltó decirle, pero creo que con mi cara lo dije todo.

—Pues entonces me vuelvo a mis “aposentos” —dije con voz dramatical.

—¡Espere señorita! —dijo antes de que me diera la vuelta del todo—. Iba a ir a buscarla en media hora porque debe comenzar sus clases de baile.

—¿Clases de baile?, ¿Para qué? —exclamé.

—Para la celebración del bicentenario por supuesto.

—¡Ah! —dije como si comprendiera todo, pero no comprendía un pepino—. Pero si yo no voy a bailar... —añadí en voz neutra.

—Todos lo harán señorita, por eso debe saber el protocolo de baile real.

Mas protocolos... ¡Cómo no! Bueno, seguro que era uno de esos bailes lentos,

tampoco es que fuera tan complicado.

—Venga vale, ¿Dónde tengo que ir? —contesté sometiéndome a aquello. Igual hasta me divertía y todo. Aunque ya estaba vislumbrando al carcamal que me iba a enseñar el baile real e incluso me estaba mareando con la colonia pestosa que probablemente llevaría.

Jeffrey me acompañó hasta uno de los salones y me pidió que esperase. Era enorme, gigantesco y tan desamueblado que no tenía ni una triste silla en la que sentarse. Completamente iluminado por grandes ventanales por los que traspasaba la luz matinal y unos techos de al menos ocho metros de altura abovedados.

La sala era tan grande que cada uno de mis pasos con aquellos zapatos resonaba por el eco que se producía. Debido al silencio sepulcral, supe exactamente cuando se abrió la puerta y escuché unos pasos firmes. No eran tacones de mujer, sino zapatos de hombre por su forma de caminar. Me giré y estaba a demasiada distancia como para verle nítidamente, pero hasta desde donde me encontraba pude adivinar que parecía joven. Seguro que a cada paso que diera le salía una arruga, pero no; era un chico joven, ¡Y madre del amor hermoso que bueno que estaba! Vestido con un pantalón oscuro y camisa clara, se deshizo de la chaqueta que llevaba dejándola sobre una mesa en la que había ¿Un tocadiscos?, Ni tan siquiera lo había visto cuando entré.

—Buenos días señorita Abrantes —dijo volviéndose hacia mi y evaluándome completamente.

Sus ojos verdes eran chispeantes y ese cabello castaño claro le daba un aire seductor. Estaba a años luz de ser Bohdan, pero podía ser un perfecto premio de consolación en otro momento de no haber conocido al príncipe primero.

—Buenos días —contesté y me sonrió con unos dientes blancos, perfectos y cualquiera diría que postizos porque nadie tenía unos dientes así de forma natural, eamos sinceros, ¿Quién no tiene un diente algo torcido?

—Mi nombre es Dietrich y seré quien le enseñe a bailar un vals real —confirmó lo que hasta ahora sabía.

—¿No eres demasiado joven para enseñarme un vals real? —pregunté por romper un poco el hielo.

—¿Joven? —exclamó.

—Bueno, si te soy sincera esperé encontrarme a alguien de no menos de sesenta años cuando venía hacia aquí. Dudaba que alguien de menos de esa edad supiera siquiera lo que era un vals.

—Si quiere puedo decirle a mi abuelo que venga —contestó con un amago de sonrisa—. Aunque tendría que ser paciente con su artritis de rodilla.

En ese momento mi carcajada sonó en aquel enorme salón y el tal Dietrich también sonrió.

—Me conformaré contigo entonces, pero si hago el ridículo será culpa tuya —alegué.

—Asumiré toda mi responsabilidad —dijo llevándose una mano al pecho con cierto aire fingido—. Pero cuando termine con usted, bailaré el vals mejor que la mismísima reina.

—Eso lo dudo mucho, no pienso tragarme ningún palo de escoba para estar tan recta, pero con tal de no caerme me doy por satisfecha.

Y en ese momento las risas que inundaron el gran salón no fueron las mías, sino las del tal Dietrich.

«Pues mira tu... que no estaba nada mal el chico no, pero que nada mal»



DIECISÉIS



Hasta donde yo sabía, el vals era simplemente dejarse llevar. Pues bien, ¡Y un pepino! Todo el que diga eso, ¡Miente! O más bien no sabe y se las da de listo —como buenamente hacía yo—, la cuestión es que todas las veces que había bailado una lenta —porque eso ni era vals ni era leche en pepitoria—, simplemente caminaba tratando de que mis pies no se aturullaban. En esta ocasión, me había quedado claro que eso con el famoso vals real no funcionaba ni queriendo. Los pasos eran literalmente zancadas y había que doblarse para realizar un porté como si la columna vertebral fuera de goma espuma. Mis huesos hicieron «cla-cla-cla» la primera vez que Dietrich me empujó de los hombros y creo que hice estiramientos para el resto de mi existencia. ¿En serio la reina era capaz de doblarse así con un palo metido? Ver para creer.

—Un poco más —dijo Dietrich mientras estiraba mi cuello y de allí salía con torticolis asegurada.

—¿Tú quieres que baile un vals o que me quede parálitica? —gemí en un vago intento de recriminación.

Estaba más oxidada que la escopeta de perdigones de mi tatarabuelo.

—Un poco más. —Fue toda su respuesta algo sonriente.

Aquello me recordó a las clases de ballet a las que me llevó mi madre cuando era pequeña, no duré ni dos días y eso que la profesora sabía de ballet lo que yo de cantar; cero patatero. Porque la mujer había dado cuatro clases a lo loco y había montado una pequeña academia en el pueblo donde su única competencia iban a ser las gallinas. Pero al vivir en un pueblo te conformas con lo que hay, sino, ¿Por qué creéis que yo salí huyendo de allí?

Mis rodillas no aguantaron más y me resbalé, aunque Dietrich me tenía lo suficientemente sujeta como para evitar que me cayera.

«No huele nada mal el chico, aunque nada que ver con el perfume de Bohdan desde luego»

—¿Practicas algún deporte? —preguntó de forma natural.

«Uy si, el que se hace en la cama» me daban ganas de contestar.

—¿Uno que se haga en repetidas ocasiones? —ironicé.

—Entiendo que no. Está bien, no pasa nada, solo es cuestión de práctica. De aquí al baile estoy seguro de que lo harás perfecto.

—Mucha fe tienes tú, ¿Te pagan un plus si no hago el ridículo?

—No, pero puede que me despidan si lo haces —contestó dejándome atónita y luego supe que se trataba de una broma por su sonrisa.

No me lo puedo creer, ¿He encontrado un alemán gracioso?, Pensé que no existían.

—Pues espero que vayas buscando otro trabajo, porque de este te van a despedir seguro —contesté lo más seria que pude y para mi sorpresa volvió a reírse.

—Creo que me caes demasiado bien Celeste, si es que me permites llamarte así —contestó cuando se recuperó de su risa.

—Si, claro —contesté sin ningún tipo de objeción.

—Eres como una brisa de aire fresco —habló mientras me observaba fijamente—. Ahora entiendo perfectamente a su alteza.

¿Brisa fresca? Más bien podía decir tornado por mi experiencia a formar el caos y ¿Entenderle?, ¿Qué había que entender? No obstante, me callé. No quería dar a entender cosas que no eran y la verdad, aunque el chico fuera muy mono, el dios de dioses era otro. Seguimos practicando durante una hora más hasta que mis pies dijeron basta, por suerte la sesión parecía haber acabado.

—Está bien por hoy. Creo que desde que empezaste hasta ahora hemos avanzado bastante.

—¡Menos mal! Si tengo que volver a estirarme así una vez más hoy, me sacas con silla de ruedas —bufé tomando aliento mientras me dejaba caer en la pared y me quitaba aquellos zapatos del infierno.

—Mañana practicaremos los porté, así alternaremos.

—¿Porté?, ¿Eso no es de ballet? —pregunté confusa entendiendo la palabra francesa.

—Si, pero el vals real alberga dos tipos de porté. No te alarmes, son bastante sencillos.

—¡Oh si!, ¡Para ti seguro que lo es! —exclamé con un zapato en cada mano mientras gemía de placer al caminar y notar el suelo frío que calmaba el dolor.

—Solo debes dejarte guiar por quien te alza y tener estilo mientras lo haces.

Pude notar cierto amago de sonrisa no revelada.

¿Estilo?, ¿Yo? Siempre podía mover las manos en plan “olé” como en las sevillanas y seguro que tengo más estilo que ninguna.

Empezaba a creer que igual era mejor opción que la siliconada diabólica fuera quien bailara con Bohdan mientras todos les miraban por mucho que eso me fastidiara. Pero prefiero eso a que él hiciera el ridículo conmigo, me niego.

Me despedí de Dietrich y me fui directa a darme una ducha, a pesar de no haber sudado explícitamente, la necesitaba. Además, quería meterme en la cama con mi ordenador y dar forma a unas cuantas ideas que hacía días barajaba solo que era una negada para tomar notas a papel. Me adentré tanto en lo que estaba haciendo, que no me di cuenta de que se me había pasado la hora del almuerzo hasta que Jeffrey vino a avisarme y decliné la oferta alegando que estaba demasiado ocupada con algo importante. Por lo menos no le vería la cara de mustia a la rubia y encima Bohdan no estaba para paliar el sufrimiento, aunque no se que era peor, si sus manitas con él o que no estuviera y así no podría tocarlo.

Acudí a la cena con la idea de ver a Bohdan puesto que no había tenido noticias de él en todo el día y esperaba con ansía verle allí. Me preocupó ligeramente el hecho de no verle, pero nadie dijo nada, así que debía ser normal.

—Y cuéntanos, querida Celeste, ¿Qué es eso tan importante que debías hacer para habernos privado de tu presencia durante el almuerzo? —escuché decir de pronto a la palillo tetuda que no se por qué, pero cada vez que la miraba me parecía mas fea. Tal vez eran mis ganas de que fuera verdad.

—Vaya... no sabía que notaras tanto mi ausencia. Pensé que era alguien insignificante —contesté mientras cogía mi copa de agua y aliviaba mi garganta seca.

—Tu no eres insignificante —intervino Margarita.

Pobrecilla, no se enteraba ni de misa la mitad, pero tampoco iba a irle con el cuento a una cría de doce años, que la lagartona de turno intenta aferrarse a su hermano como una garrapata en ayunas.

—Bueno, eso no contesta a mi pregunta. ¿Acaso estabas con alguien que debamos saber?

Alcé una ceja, ¿Esta tía de qué iba?

—¡Si! —exclamé haciendo que todos me mirasen—. Era una cita súper importante, llevaba semanas queriendo verle... y por fin hoy llegó el día.

—¿Ah sí? —exclamó con aire socarrón—. ¿Y cómo se llama si puede saberse?

—Por supuesto —dije tranquila—. Se llama Macbook Pro.

«Con el cerebro de mosca que tiene esta mujer, fijo que se cree que Macbook Pro es el nombre de un hombre»

Las risas de Margarita no se hicieron esperar a pesar de que la pobre trató de contenerse y miré hacia el rey Maximiliano que parecía estar sonriendo. Para mi sorpresa, nadie dijo nada, ni tan siquiera la siliconada diabólica que probablemente se tuvo que tragar su autosuficiencia. Volvía a mi habitación con la incertidumbre de si Bohdan regresaría ese mismo día o si tendría noticias suyas. ¿Tal vez apareciera a mitad de la

noche en mi habitación?, ¡Oh!, ¡Nada me gustaría más que eso!

—Te crees muy graciosa, ¿verdad? —escuché a mi espalda la inconfundible voz de la rubia pedante.

—Lo cierto es que no —dije dándome la vuelta para ver su perfecto cuerpo envuelto en aquel vestido de color rosa chicle. Daba la sensación de que tenía complejo de Barbie ahora que la observaba a cierta distancia.

—¡Escúchame bien maldita granjera! —exclamó sorprendiéndome—. ¡Qué sea la última vez que me dejas en ridículo delante del rey Maximiliano! —gritó alzando el dedo índice como si pensara que con eso iba a asustarme.

—¿Dejarte en ridículo? —exclamé—. Yo no te dejé en ridículo, lo hiciste tu sola —aclaré mientras veía como la vena de su cuello se hinchaba y di un paso atrás, no fuera a ser que reventara y me pillara en medio.

—¡Eres una furcia barata!, ¡Y Bohdan no tardara en darse cuenta de que te abres de piernas con cualquiera! Eso sin tener en cuenta que apestas a estiércol, granjera.

Si se creía que eso era un insulto, es que le faltaba mucha vida por recorrer antes de que yo me sintiera inferior con semejante perorata.

—En todo caso no es problema tuyo, ¿cierto? —exclamé completamente tranquila.

—Toda la familia sabe que él y yo estamos comprometidos y que nos vamos a casar. Nuestro compromiso iba a ser anunciado en el bicentenario y cuando todo el mundo nos vea bailar en la apertura, nadie dudará que será así —sonrió socarronamente y tuve que reconocer que en ese momento sentí una pizca de celos mientras la veía alejarse.

¿Tan importante era ese maldito baile para todos? Tal vez le había quitado importancia y ya no me daba tan igual que la petarda siliconada bailara con Bohdan delante de todos como si fuera su prometida, novia o lo que se interpretara con eso.

¡Mierda!, ¡Por qué carajos rechazaría bailar con él!

Entré en mi habitación y miré el teléfono sin un amago de esperanza, la fulana esa me había deprimido vagamente con lo que me había dicho y para más inri, que la familia entera esperara el compromiso de ellos dos, no ayudaba en absoluto. Más aún cuando sabía perfectamente que mi matrimonio con Bohdan tenía los días contados.

Vi que tenía un mensaje en el teléfono y era de Bohdan, así que instintivamente mi pulso se aceleró.

«La espero en las mazmorras señorita Abrantes. Creo recordar que tenemos pendiente una visita guiada»

—¡Oh dios mío!, ¡Oh dios mío! —Comencé a gritar.

Solté el teléfono sobre la cama mientras abrí un cajón de la cómoda buscando el conjunto de ropa interior más sexy que hubiera ahí dentro y como no encontré uno negro —quizá lo consideraban demasiado pecaminoso—, cogí uno blanco en su defecto y salí de la habitación con el móvil en mano.

Vale... ¿Y donde diantres estaban las mazmorras? Pensé sin saber a donde dirigirme hasta que vi a Jeffrey acercándose hasta mi.

—Señorita, tengo órdenes de acompañarla —mencionó mientras sonreía como una bobalicona y le seguí—. A partir de aquí debe continuar sola —dijo cuando llegamos hasta una puerta que permanecía abierta y desde la que comenzaban unas escaleras que descendían de piedra.

No había barandilla en la que agarrarse y apenas estaba iluminada por unos focos tenues que proporcionaban una luz anaranjada provocando que el lugar pareciera de lo más lúgubre.

«No te acojones Celeste» me dije a mi misma. «Si pudiste con la reina hecha una furia tras lanzarle el despertador, puedes con esto» me advertí.

Llegué hasta abajo y comencé a caminar de frente puesto que era el único camino que había. Apenas veía nada y estaba como en una peli de terror cuando ante el absoluto silencio esperas que de pronto ocurra algo que te acojona y das un bote del asiento. Pues bien, sabía que algo iba a pasar y por más que anticipara a mi cuerpo para prepararlo iba a dar igual.

—¿Bohdan? —pregunté en un tono de voz intentando parecer tranquila—. ¡Cómo me des un susto de muerte, conste que te daré una bofetada! —grité.

—¿Ah sí? —gimió de pronto una voz detrás de mi al tiempo que sentí sus manos aferrándose a mi cintura.

—¡Joder! —exclamé por no esperármelo, pero al notar el roce de su nariz en mi cuello me calmé y subí una de mis manos para acariciar su cabello mientras me inclinaba.

—Ven aquí —le oí gemir mientras me daba la vuelta y sentía sus labios sobre los míos devorándome con ansia al tiempo que me alzaba y yo entrelazaba mis piernas a su cuerpo.

No sabía a donde me llevaba, es más, me daba igual porque sabía que encontraría el paraíso si era de su mano. Noté como me apoyaba sobre algo duro y frío. Gemí ante el contacto de mi piel con aquello que parecía ser piedra porque era rugoso y raspaba. Abrí los ojos cuando noté que se alejaba de mi.

—Llevo días queriendo hacer esto desde que mencionaste este lugar —dijo cuando vi como cogía lo que parecían ser unas cadenas y le miré atónita.

—¿Me vas a encadenar? —exclamé con cierto aire de ardor y miedo al mismo tiempo, algo que resultaba extraño.

—Si —susurró—. Quiero que estés completamente a mi merced —gimió con voz ronca.

¡Joder!, ¿Cómo iba a negarme a algo así? Pasó la cadena por una anilla que había sobre mi cabeza y pronto mis muñecas se vieron aferradas por aquellos viejos hierros. No apretaban, ni hacían daño, al menos no si permanecía con los brazos estirados.

Por primera vez estaba confiando en alguien sin darme cuenta, había dejado que

Bohdan me apresara a sabiendas de que no podría defenderme y aún así, no sentí que el pánico me invadiera o que pudiera temerle. Por alguna razón sentía que podía confiar plenamente en él.

Sus manos comenzaron a acariciar mis piernas, y el vestido fue subiendo cada vez más. Era extraño no poder tocarle y estar a expensas de sus caricias. Fue besando cada palmo de mi piel lentamente hasta que mi ropa interior desapareció y sus labios comenzaron a hacer magia entre mis piernas mientras gritaba por respuesta. Cuando estaba a punto de rogar que me hiciera suya, de suplicar —yo que en mi vida había suplicado por algo así—, de que se hundiera dentro de mi de una maldita vez, sentí como mis ruegos eran escuchados cuando le noté adentrarse en mi interior y me agarré a aquellas cadenas con fuerza mientras le recibía.

Su cuerpo se agitaba sobre el mío con cada una de sus embestidas provocando que gritara de éxtasis, llenándome de un placer inaudito que nunca había experimentado. Abrí los ojos para verle, necesitaba saber que era real. Bohdan era real y era mi príncipe. Solo mío, aunque fuera únicamente en ese momento y yo era de él... lo supe, supe que me había enamorado perdidamente de él justo antes de sentir aquel intenso orgasmo atravesarme por completo.

—Eres increíble —susurró en mi oído e instantes después se separaba de mi cuerpo para liberar mis brazos.

Me acaricié las muñecas a pesar de no sentir apenas dolor puesto que las cadenas eran lo suficientemente largas a pesar de ser toscas. Salimos de allí y vi que Bohdan parecía dudar sobre lo que hacer, como si no tuviera claro que dirección debía tomar.

—Tengo algunos asuntos pendientes que terminar —dijo como si tratara de disculparse.

—Claro. Por supuesto —contesté no queriendo parecer una tonta enamorada como probablemente pareciera—. Me iré a mi habitación.

—Buenas noches Celeste, que descanses —dijo mientras me daba la vuelta y hacía ademán de marcharme.

—Bohdan, ¿Puedo preguntarte algo? —exclamé—. Aunque fuera a amargarme en mi propio sufrimiento quería saberlo de todos modos.

—Puedes preguntarme lo que quieras —respondió amable.

—¿Ibas a anunciar tu compromiso con Anabelle en el baile del bicentenario? —La pregunta salió de mis labios antes de pensarlo detenidamente.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó confuso.

Ya no hacía falta que respondiera a mi pregunta, me había dado la respuesta y mis esperanzas de que la maldita muñeca endiablada estuviera mintiendo se habían ido a freír espárragos.

Bien. No iba a bailar con él la apertura de baile esa de las narices, pero así me descoyuntara viva, como que me llamaba Celeste Abrantes Varela que yo aprendía a bailar

ese maldito vals mejor que la mismísima reina.

—Otra vez —dije con las gotas de sudor que empapaban la camiseta de los Beatles que le he habido pedido a Dietrich como favor de que me trajera —no es que le pidiera expresamente que fuera de esa temática para ser sincera, pero a caballo regalado no se le mira el diente—, puesto que con aquellos vestidos siesos de princesita no estaba dispuesta a ensayar tantas horas.

—Te puedo asegurar que lo haces suficientemente bien Celeste, deberías descansar. El baile es mañana y si te fuerzas más, todos estos ensayos no valdrán para nada —me contestó serio.

Me había literalmente matado a ensayar el puñetero vals de las narices, porque a cabezota no me gana nadie y debo reconocer que estaba satisfecha con el resultado, pero todavía no me sentía conforme. No me terminaba de acostumbrar que después de tanto giro sobre mi misma, me alzara sin marearme.

—Suficiente no es perfecto —dije mientras me dirigía al tocadiscos para que volviera a empezar.

—A este paso el que tendrá agujetas será yo... —le oí gemir.

—¡Vamos *tiquismiquis*! —exclamé en un perfecto español sabiendo que no entendería —, ¿O tendré que llamar a tu abuelo que seguro que hasta con la artritis es capaz de seguir el ritmo?

Le oí reír

—¿Me vas a decir que es *tiquismiquis*? —contestó cuando volví.

—Solo si consigo no marearme después del porté que viene tras los giros —contesté convincente mientras me colocaba frente a él en posición y obviando su pregunta.

—Mírame a los ojos todo el tiempo. Sé que es complicado con los giros, pero no pierdas de vista los ojos de tu pareja de baile, así evitarás marearte con lo que hay a tu alrededor.

Al final terminamos a las doce de la noche —porque sí, me salté la cena—, asaltando el almacén de comida y nos llevamos todo lo que pillamos entre risas a la cocina donde al menos había banquetas para sentarnos.

—¿Seguro que no tienes que irte? —pregunté por asegurarme.

En el momento que le había dicho las increíbles ganas que tenía de Nutella con pan, el muy goloso me copió la idea y me persiguió hasta el almacén, o más bien yo le perseguí a él porque me perdí y por razones desconocidas él sabía donde estaba. Intuí que habría trabajado allí en alguna ocasión o era asiduo a frecuentar palacio.

—No. Además, no vivo muy lejos de aquí —contestó mientras se untaba delicadamente la rebanada de pan con Nutella y yo era tan ansiosa que metía directamente el pan hecho bolitas en el botecito bajo su atenta mirada.

—Entonces no eres de los que pierden mucho tiempo en llegar al trabajo —contesté

por decir algo.

En realidad, no sabía gran cosa de mi profesor de baile. Apenas había contado nada de su vida, bueno miento, apenas no, es que no había contado nada de su vida. Ni tan siquiera sabía que edad tenía o si estaba casado, con novia, hijos... que tampoco es que me importara ahora que lo pienso.

—Si. Supongo —contestó vagamente y me encogí de hombros.

Pues muy guasón, pero poco hablador. Como buen alemán.

—Bueno, supongo que a partir de esta noche, no te volveré a ver, ¿no? —pregunté teniendo en cuenta que ese había sido el último ensayo.

—En realidad, si me lo permites por supuesto —dijo muy educadamente—. Me gustaría bailar un vals con mi alumna mañana en la fiesta del bicentenario —añadió antes de meterse la tostada en la boca.

—¿Es que tu vas a ir? —exclamé como si aquello fuera mi salvación.

—Si, claro —contestó como si fuera lo más normal.

Pero ¿A esa fiesta no iban supuestamente los ricos? Tal vez me había hecho impresiones que no eran y también iba la plebe.

—En ese caso, querido profesor. Le concedo el primer baile —sonreí alegre.

Si Bohdan se pensaba que iba a ser segundo plato, apaño iba. Al menos íbamos a ser segundos platos ambos.

—¿No abrirás el baile con su excelencia? —preguntó extrañado.

—No —contesté intentando parecer que aquel hecho no me molestaba en absoluto.

—En ese caso, será un honor para mi tener ese privilegio —contestó enseñándome aquellos dientes blancos a los que me había acostumbrado.

Agradecí que no me preguntara quién sería la susodicha o más bien maldito engendro endemoniada y pechugona que tendría ese honor de bailar con Bohdan. Dietrich era un gran tipo, quizá hasta podría haberse convertido en un gran amigo si no fuera porque dudaba que fuese a tener relación con él después del baile.

Abrí la puerta de mi habitación con la idea de darme una ducha para quitarme aquel sudor ya frío y meterme en la cama. Ni tan siquiera había visto a Bohdan en todo el día o había tenido noticias de él desde que me confesó que era cierto lo del anuncio de compromiso entre la muñeca endiablada y él. Siendo sincera, no sabía si estaba enfadada conmigo misma por haber permitido aquello al aceptar en aquel momento a pesar de que no me quedó más remedio o que él sabiendo que todos esperaban el anuncio de ese compromiso precisamente en ese baile, hubiera aceptado bailar con esa arpía mimada y consentida.

—¿De donde vienes a estas horas? —escuché nada más entrar y di un bote del susto al no esperar encontrar a nadie.

Me giré para ver a Bohdan sentado en uno de los sillones como si estuviera esperando a alguien, aunque suponía que si estaba allí me estaría esperando a mi.

—¿Qué haces aquí? —exclamé evitando su pregunta.

—Te envié un mensaje hace dos horas y viendo que no respondías, vine hasta aquí pero no estabas, ¿Qué llevas puesto? —exclamó mirándome detenidamente.

—Estaba ensayando. Dietrich me prestó la ropa porque era más cómoda —confesé sin tratar de ocultar nada.

—¿Dietrich?, ¿Qué se supone que hacías con Dietrich? —me preguntó confuso.

—Pues ensayar —dije como si fuera lo más normal del mundo—. Es mi profesor de baile, ¿Qué querías que hiciera?, ¿Jugar a las canicas? —dije encogiéndome de hombros.

—¿Tú profesor de baile?, ¿Desde cuándo mi primo es tu profesor de baile?

Emmm ¿Hola?, ¿Su primo?, ¡Anda ya!

—A ver si no estamos hablando del mismo Dietrich —dije esta vez confundida yo.

—Estamos hablando del mismo porque no hay otro —aseguró taciturno—. Se suponía que quien tenía que enseñarte a bailar el vals era el señor Haffner que es quien hasta ahora se ha encargado de enseñar a toda la familia —añadió como si pareciera enfadado.

—Pues es buen profesor —dije cruzándome de brazos diciendo una realidad—. De hecho, demasiado bueno.

—¿Cómo que demasiado bueno? —bramó mirándome fijamente—. ¿A qué te refieres?

—¿A que sabe enseñar bien? —exclamé poniendo los brazos en señal de lógica—. Además, me cae bien, aunque no me dijo que era tu primo, ¿Seguro que no será otro Dietrich?

—Dietrich le cae bien a “todas” —habló taciturno y por un momento pensé si aquello no serían celos.

Nah... imposible, pero la tentación me pudo.

—No me extraña —bufé—. Es muy guapo. En fin, voy a darme una ducha porque estoy muy cansada después de seis horas ensayando. Por cierto, le prometí el primer baile. No te importa, ¿verdad? Cómo tu vas a bailar con Anabelle...

Su cara de inexpresividad casi me hizo arrepentirme. Seguro que con la suerte que tengo, le había dado la razón a la palo siliconada y se pensaba que tenía algo con su primo cuando nada había más lejos de la realidad.

—No. Por supuesto —contestó a mi pesar y asentí con la cabeza porque no era lo que quería escuchar.

Me di la vuelta dándole la espalda y me metí en el baño entornando la puerta sin llegar a cerrarla mientras me desvestía. Poco después escuché que la puerta de mi habitación se cerraba y condené a mi maldita lengua.

¿En qué momento creía que iba a darle celos?, ¿Yo?, ¿A un príncipe guapísimo? Lo más probable es que no quisiera volver a verme, que huyera de mi como yo lo hacía de la coliflor y que le hubiera dejado el terreno más que allanado y preparado para la muñeca demoniaca.



DIECISIETE



A pesar de estar rendida —más que rendida estaba literalmente agotada—, no podía conciliar el sueño sabiendo que entre Bohdan y yo las cosas estaban algo tirantes.

En realidad, ni siquiera sabía porqué razón estábamos así. Mentira, sí que lo sabía; era porque él iba a casarse con la pedante de Anabelle y saberlo me carcomía por dentro, en el fondo era consciente de que cuando toda aquella parafernalia terminara, él se casaría con ella como estaba establecido y yo solo habría sido un error en su vida.

No sabía si me dolía más el hecho de ser consciente que jamás tendría una oportunidad con él, o que aquella cerebro de mosquito se saliera con la suya. Tenía a la reina de su parte, probablemente a toda su familia venerando ese matrimonio y luego estaba yo que al día siguiente conocería a esa familia, probablemente solo me observarían como lo que era; un estorbo en el camino que hay que soportar por tiempo determinado.

Por primera vez en mi vida me sentí insignificante, como si no fuera lo suficientemente buena para alguien. Era como ser consciente de que jamás estaría a su altura a pesar de que nunca me había sentido así, ni tan siquiera cuando el puñetero alemán me puso los cuernos con aquella rubia.

«Bien, pues si Bohdan prefiere al palo ese con tetas que en lugar de tener cerebro tiene anchoas como las aceitunas rellenas; allá él»

Pero para qué mentirme a mí misma, si lo indiscutible era que lo quería para mi y lo único que me fastidiaba era saber que no sería mío. Quizás solo sea un encaprichamiento; demasiado bueno en la cama, demasiado guapo, demasiado príncipe. Sí... debe ser eso, es

solo mi juicio obnubilado y nada más.

Tuve la esperanza de que volviera aquella noche, aunque me debatí interiormente conmigo misma porque no sabía si era preferible o no que lo hiciera. Por un lado, quería estar molesta, no quería que viera que siempre iba a tenerme disponible para cuando él quisiera y como quisiera sabiendo que en cuanto esto terminara me haría un “Si te he visto no me acuerdo”. No. Aunque no lo pareciera, tenía dignidad y precisamente por eso prefería que no viniera porque negarme me costaría horrores.

Tal vez debería tomármelo con filosofía como pensé en un principio; disfrutar del momento, exprimirlo y sacarle todo el jugo porque después cada uno seguiría con su vida. Eso está muy bien pensado si él no me importara, si me diera absolutamente igual lo que hiciera después con su vida.

Bueno, al menos tendría compañía en el baile para que no dijeran «Oh, pobrecita criatura. Nadie la quiere» como pensé que sería cuando todos vieran bailar a la parejita feliz mientras yo me quedaba a sujetar las velas del candelabro. Al menos Dietrich sin pretenderlo me haría un favor enorme. ¿Por qué no me habría mencionado que era el primo de Bohdan? A saber... por la sensación que me había dado, no parecían llevarse bien entre ellos, aunque tal vez eran sensaciones mías. Fuera como fuera, pensaba disfrutar de la velada en su compañía.

Desperté tarde a la mañana siguiente, aunque teniendo en cuenta que debí quedarme dormida a las mil y que me dolía todo el cuerpo por los ensayos de los últimos días casi era normal —obviando por supuesto que yo era un oso perezoso todo hay que reconocerlo —, me levanté para ir directamente al baño y tras echarme agua fría en la cara para despejarme me miré al espejo.

—No... ¡No!... ¡Noo! —grité al ver el enorme grano que me había salido en la barbilla—. ¿No tienes otro puñetero sitio donde salir?, ¡Mejor dicho!, ¡No tienes otro puñetero día que salir! —le grité como si tuviera vida propia, ¡Que mierdas!, ¡La tenía!, ¡Era enorme! Y encima de esos que ni siquiera tiene cabeza blanca para explotar y que al menos no se note la hinchazón.

¡Malditas hormonas de porquería que hasta con veintiocho años me hacen la vida imposible! Bueno... las hormonas y la Nutella pa’ que nos vamos a engañar. ¡A ver porqué santas narices comería yo anoche, ¡Precisamente anoche! Chocolate.

—¿Señorita Abrantes? —escuché de pronto una voz y me pareció que era Jeffrey, así que me asomé a la habitación, pero no había nadie.

—¿Si? —exclamé sintiéndome estúpida por hablarle a la nada.

Si... me siento estúpida por hablarle a la nada y no a mi reflejo, cosas de la vida.

—¿Puedo pasar? Le traigo el desayuno.

—¡Si, claro! —exclamé y entonces vi que la puerta se abría y efectivamente Jeffrey entraba con un carrito.

—Me he tomado la libertad de traerle el desayuno en lugar del almuerzo, puesto que a

las tres vendrán para comenzar a prepararla.

—¿Qué hora es? —pregunté no siendo consciente ni del día en el que vivo. Bueno, eso sí lo sé, era la piojosa fiesta del bicentenario que me habían metido hasta en la sopa, pero si era franca no sabía que día del mes era, aunque yo era feliz en mi inopia.

—Son la una y media.

—¿Una y media? —bufé. Si que había dormido, sí.

—Así es. A las tres en punto debe estar preparada cuando vengán a peinarla y maquillarla para el evento. Su vehículo saldrá a las siete y llegará a la recepción a las siete y media. La apertura del baile no iniciará hasta las ocho en punto.

—¿No iré con Bohdan? Quiero decir, ¿Con su excelencia? —pregunté.

—No. Los miembros de la familia real deben ser los últimos en llegar a la recepción.

—Claro —asentí entendiendo que yo no era miembro de la familia real aunque estuviera casada con su alteza.

—Bien, enseguida le traerán su vestido para el baile.

—¿Mi vestido? —exclamé toda emocionada.

En realidad habría esperado elegirlo yo como en la boda, pero había pasado los últimos días tan concentrada en los ensayos y tan cansada después, que se me había olvidado por completo preguntar.

—Si. La reina en persona lo ha elegido para usted.

—¿Qué? —exclamé.

Seguro que mi cara de horror tuvo que ser un poema literal. ¿Qué la reina se había tomado la “molestia” de elegir mi vestido? Malo... malo malísimo... peor que malo, ¡Seguro que era más feo que un viejo sin dientes chupando limones!

—Digo que la mismísima reina Margoret lo ha elegido para usted —repitió para mi desgracia.

—¡Que bien! —ironicé sabiendo que sería horrible, espantoso... incluso ya me imaginaba volantes, tutus y lazos por doquier... ¡Ay dios! Con lo que me odia fijo que es de un color espantoso.

Llamaron a la puerta mientras me tomaba el tercer sorbo de café para espabilarme y pensé que sería el famoso vestido que la bruja piruja habría elegido para mi, menos mal que era Margarita, porque sino me habría agriado el desayuno también.

—¡Hola dormilona! —exclamó al entrar y sonreí.

Eso hizo que notara el estiramiento del puñetero grano y me lo toqué... definitivamente hoy no iba a ser mi día en absoluto.

—¡Hola hermosa damisela!, ¿No vas a almorzar? —pregunté recordando la hora que era.

—Hoy no se almuerza en familia debido al baile —contestó encogiéndose de hombros—. Así que como estaba aburrída preferí venir a hacerte compañía antes que aguantar los gritos de mamá con esa mascarilla verde que parece la mujer de Shreck.

Casi me atraganté con el café cuando dijo aquello y escupí parte hasta por la nariz tratando de aguantar la risa. ¡Como me gustaría ver eso!, sobre todo para sacar una foto y hacer chantaje o hacerme rica vendiéndola.

—Debe estar guapísima —ironicé y ambas nos echamos a reír.

Cuando llamaron más tarde y uno de los sirvientes entró con aquella enorme bolsa de tela cerrada que colgó en uno de los percheros respiré hondo...

—¿Es tu vestido? —preguntó Margarita con cara de horror y supe que lo había visto.

—Tu sabes cómo es —aseguré.

—Estaba con mamá el día que lo eligió porque también escogió el mío —contestó seria, pero sin añadir nada más.

Abrí la tela en la que se guardaba el vestido de color beige claro y cuando empecé a ver el rosa chillón suspiré, pero cuando vi el destello de lo que parecía ser animal print de leopardo ya me quise morir. ¿En serio está mujer quería que fuera así vestida? El vestido era más feo que un pie peludo y encima sudado... ¡Era horrendo!

—Dijo que era totalmente tu estilo —susurró Margarita apenada.

—Mi estilo... —gemí—. Esto no me lo pongo ni para un disfraz en carnaval, voy a hacer un ridículo espantoso.

Era más que evidente que la elección de ese vestido era para que decidiera poner una excusa y no fuese a ese baile o para que todo el mundo considerara lo poco adecuada que era para su hijo. En cualquiera de las dos opciones ella salía ganando.

—No pienso ir —sentenció seriamente y con una impotencia que me carcomía las entrañas.

Antes que dejar que todos me señalaran con el dedo como una granjera inculta que viste de payasa, prefería que ni me vieran.

—¡Tienes que ir! —gritó.

—¿Por qué? Ni tan siquiera me echarán en falta. Además, el baile de inauguración lo hará la muñeca endiablada esa de silicona, no conmigo.

—¿Muñeca endiablada? —dijo confusa.

—Anabelle —bufé y escuché las risas de Margarita.

—Precisamente por eso tienes que ir. De lo contrario todos pensarán que se va a casar con mi hermano y si vas, quedará claro que tú eres su prometida, no ella.

—No haré el ridículo con ese vestido Margarita. Me niego a que me tiren tomates y me abucheen.

—Tú deja que te preparen, creo que sé donde podemos encontrar un vestido para el baile —dijo con media sonrisa y yo la miré incrédula.

Cómo no lo pintara e hiciera magia como el hada madrina de Cenicienta, me da a mí que poco iba a lograr.

Tal como había mencionado Jeffrey, a las tres en punto vinieron a mi habitación un equipo de estilistas. Había cerrado y escondido debajo de la cama el vestido no fuera a ser que decidieran pintarme los ojos de color rosa o peor aún, con manchas de leopardo que fueran a juego con el vestido. ¡Santo dios que horripilento! Me daban ganas de hacer una hoguera y prenderle fuego. Eran las seis y media cuando me dejaron lista con un recogido bajo y algunos bucles sueltos, había pedido que me maquillaran en tonos neutros y naturales. No tenía ni idea de las ocurrencias de Margarita, ni de donde diantres pensaba sacarse un vestido —y no uno para ir a una fiestecilla cualquiera de cumpleaños, sino a un vals real—, de la manga.

En ese momento Jeffrey se acercaba corriendo y alcé una ceja extrañada. Jamás le había visto correr.

—Señorita Abrantes, la infanta Margarita me ha solicitado expresamente que le entregue esta nota con urgencia y se disculpa por no poder venir en persona. Hubo un ligero cambio de planes al parecer —dijo jadeante.

—Gracias —suspiré pensando que ya se había terminado todo. No iría.

Abrí la nota y para mi sorpresa encontré un mapa donde señalaba el camino en rojo desde mi habitación hasta una cruz roja.

«Sigue el camino y lo encontrarás»

No había nada más. ¿Esto era cómo la búsqueda del tesoro? Bueno... no tenía nada mejor que hacer así que salí y seguí las indicaciones del camino que por primera vez en mi vida no me perdí. Tras subir dos tramos de escalera de una de las torres y pasar tres puertas, llegué hasta lo que parecía ser mi destino. Abrí la puerta de madera que sonó ligeramente al tener visagras viejas y descubrí lo que parecía ser un desván con algunos baúles.

¿La mejor idea de Margarita era que me pusiera un vestido de su tatarabuela? Ay señor...

Abrí uno de los baúles y solo había pergaminos enrollados, me extrañó. Abrí otro y en ese sí que había telas, pero descubrí que eran como mantas viejas...

—Esto es inútil —gemí mientras me giraba y vi un bulto enorme tapado con una especie de sábana.

Lo confieso, la curiosidad me pudo porque era de más o menos mi estatura y tan grande que no sabía como había pasado desapercibido cuando entré, tal vez porque el color grisáceo de la tela que lo ocultaba no llamaba la atención.

Comencé a destaparlo y el blanco nuclear hizo que suspirara con un jadeo, conforme iba subiendo aquella tela el brocado azul comenzaba a fusionarse entre el blanco y se

prolongaba hasta el corpiño que envolvía la cintura y el cuerpo del maniquí en ese tono azul con chispitas brillantes. Mi respiración casi se cortó cuando descubrí el vestido más increíblemente precioso que había visto en toda mi puñetera vida. No era hermoso, era espectacular.

—Oh... dios.... mío... —dije cuando tiré aquella tela al suelo y lo contemplé exhibido en el maniquí.

Eso no estaba allí al azar. Alguien lo había puesto a propósito, pero ni sabía quién, ni porqué, y desde luego desconocía el valor que tendría ni de quién sería, pero si Margarita me había guiado hasta allí, era porque podría usarlo, ¿no?

—Todo sea por ver la cara que se le queda a la bruja piruja cuando vea que no llevo su vestido choni a la fiesta.

Me costó horrores abrocharme los corchetes de aquel corsé porque era muy apretado y tenía que medio descoyuntarme para lograrlo, pero cuando terminé de hacerlo, me sentí como suponía que se deberían sentir las princesas a pesar de ir en panchuflas de estar por casa. Debía ser tardísimo, así que corrí hasta mi habitación y me calcé los zapatos de tacón, iba a salir cuando recordé la alianza. Esa que apenas llevaba nunca, pero que Bohdan me había regalado para fingir nuestro compromiso y llegué hasta la mesita de noche para abrir el pequeño estuche y ponérmela en la mano izquierda.

—Ahora sí... una princesa de verdad, aunque solo sea por esta noche —susurré y en ese instante escuché el *clic* en la puerta.

Me dirigí hacia ella y giré el pomo para descubrir que no abría.

«¿Qué?» gemí intentándolo de nuevo y comprobando que no eran imaginaciones mías. ¡Me habían encerrado con llave!

—¡Estoy aquí! —exclamé aporreando la puerta mientras seguía intentando abrirla.

Por un momento pensé que tal vez sería un modo de seguridad, pero ¿No comprobaban si había alguien dentro? No... me habían encerrado a conciencia, pero ¿Quién?, ¿Para qué? Seguí aporreando la puerta durante un buen rato hasta que lo dejé por misión imposible.

—¡Bohdan! —exclamé y me dirigí hacia el teléfono.

Le llamé, pero no contestaba. Insistí y al final tiré el móvil a la cama. Era evidente que tendría otras preocupaciones que no eran yo. Me iba a dar por vencida cuando vi la ventana, esa era mi última carta. La abrí y me asomé, pero estaba en una segunda planta. No es que fuera tan estúpida de saltar, es más, ni tan siquiera había hiedra que rodeara los muros para poder escalar para mi desgracia.

Con mi bendita suerte seguro que ni siquiera pasa el jardine....

—¡Dietrich! —grité en cuanto le vi vestido de esmoquin bordeando el césped por el caminito de piedra.

—¡Hola! —exclamó sonriente—, ¿Qué haces aún aquí? Deberías haber salido hace al

menos veinte minutos para llegar a tiempo.

—¡Es que me gusta contemplar el tiempo! —ironicé—. ¡Estoy encerrada!, ¡Han cerrado mi puerta con llave! —grité histérica.

—Voy enseguida —terció mientras le vi desaparecer y minutos después mientras no dejaba de dar vueltas nerviosa, escuché como el cerrojo era girado y Jeffrey aparecía con la cara pálida.

—Disculpe señorita Abrantes. No entiendo como ha podido pasar —comenzó a disculparse.

—Mejor deje las disculpas para mañana. Llegas tarde —aclaró Dietrich animándome a salir corriendo.

—Será que *vamos* tarde —puntalicé incluyéndole a él.

—No. Yo voy en moto y llego en la mitad de tiempo porque sorteo el tráfico —alegó. ¡Mierda!, ¿Y qué demonios hacía yo ahora? Miré entonces a Dietrich con una mirada inquisidora. Solo había una opción—. Si encuentras la forma de sentarte con “eso”, te llevo encantado —dijo riéndose mientras alzaba las manos y señalaba mi vestido.

¡Oh qué poco me conocía este!, En menos de dos minutos me había subido el vestido hasta las rodillas lo suficiente para poder sentarme a horcajadas y me había envuelto sobre mi misma con la tela sobrante.

—Ahora cumple con tu palabra —sonreí satisfecha.

Efectivamente Dietrich fue sorteando el tráfico y lo cierto es que conducía como un loco. A estas alturas no sabía si prefería llegar tarde, pero viva o tratar de morir llegando a tiempo.

—Las ocho menos cinc... cuatro minutos —dijo nada más apagar el motor y yo me bajaba de ella soltando el vestido y devolviéndolo a su lugar mientras lo pujaba para que adquiriera su volumen natural.

—¿Estoy bien? —pregunté pensando que igual tendría pelos de loca por el viento del camino.

—Estás perfecta. Voy a ser la envidia de todos cuándo me vean entrar contigo —sonrió mientras me alzaba el brazo y le cogí para apoyarme ya que me estaba clavando los tacones en aquellas piedrecillas de gravilla.

Para mi sorpresa entramos y aún no habían hecho acto de presencia los reyes ni su alteza real el príncipe. Quién sí estaba en cambio en aquella sala era la muñeca maldita con un vestido precioso de color champagne, eso sí. No sentí ninguna envidia porque indudablemente prefería cien mil veces el que llevaba puesto yo. Es más, su mirada de autosuficiencia me hizo saber que ella opinaba lo mismo al respecto y cuando la vi acercarse me temí que su lengua viperina fuera a decir alguna de las suyas para tratar de aparentar que no era así.

—¡Vaya! Si has venido... —gimió—. Y yo que pensaba que ya habrías entendido que

no tienes nada que hacer —escupió.

—Pues cómo ves parece que tengo algo que hacer —bufé sin una pizca de ganas de discutir. Si ella quería guerra que la tuviera, pero consigo misma.

La vi abrir la boca, pero en ese momento la música de una especie de trompetas o similar hizo que todos guardaran silencio.

—Su majestad el rey Maximiliano III de Liechtenstein y su consorte la reina Margoret.

Aquello parecía como estar en una peli de Sisi emperatriz. Era casi igual, con aquellos vestidos, aquella musiquita de violines que comenzó a sonar mientras hacían acto de presencia ante todos los invitados que les observaban detenidamente. El rey vestía con una especie de uniforme de gala y numerosas condecoraciones, la reina en cambio parecía vestir sobria en tonos bronce y tenía que reconocer que el vestido era muy favorecedor para mi desgracia, no como el que ella había elegido para mi. Me preguntaba que cara pondría cuando me viera.

Entonces vi que se dirigían hacia una especie de asientos y se sentaron ante todos los presentes que permanecían atentos conformando una especie de círculo central. No tenía ni idea de qué iba todo aquello, pero estaba impaciente por descubrirlo al igual que todos los presentes. En ese momento busqué a Bohdan. ¿Dónde estaba? No le veía por ningún lado.

—¡Su excelencia, el príncipe Bohdan Vasylyk I de Liechtenstein! —Se escuchó de nuevo entre el silencio y por el mismo lugar donde instantes antes habían aparecido sus padres, lo hizo él. Vestido con un uniforme parecido al de su padre, pero con menos condecoraciones y tan absolutamente guapo que podía provocarme un desmayo.

¡Dios!, ¡Podías haberlo hecho un poco imperfecto para mi desgracia!

Tenía los nervios a flor de piel. Tal vez porque más que nunca entendía que él era un príncipe, uno real de carne y hueso que estaba allí, a escasos treinta metros de mi y parecía inalcanzable. Le observé saludar a sus padres con un gesto de inclinación y cómo el rey le respondía, fue entonces cuando suavemente una música comenzó a sonar y él empezó a girar en círculo mirando a los presentes. Supe lo que hacía, estaba buscando a su pareja de baile y la cretina de la muñeca endiablada estaba a mi lado, es decir, que la iba a sacar delante de mis narices ante todos los presentes.

«Respira. No pasa nada. No llores. Sabías que esto iba a ocurrir» comencé a decirme como si fuera un mantra y a repetírmelo una y otra vez a ver si así me lo creía de verdad.

—Observa granjera pueblerina, éste no es tu lugar y él nunca será tuyo —escuché cuando susurró cerca de mi y en ese momento alcé la vista para ver aquellos ojos azules acercándose.

Si digo que no quería partirle la nariz perfecta, mentiría. Pero no iba a rebajarme a lo que estaba buscando. Precisamente por su actitud me dejaba muy claro que por mucha sangre noble que tuviera, su educación brillaba por su ausencia. Vi como aquel palillo tetudo envuelto en color champagne daba un paso y se quedaba a medias cuando fue evidente que Bohdan no ofreció su mano a ella, sino que me la ofreció a mi, ¡A mí!

¡Que alguien me sujete porque me voy a caer! Si... estaba temblando, pero no de miedo sino de emoción. Cuando le volví a mirar y vi su perfecta sonrisa solo pude depositar mi mano sobre la suya y en ese momento sentí el tirón que me hizo caminar para comenzar el vals. No me importaba la muñeca maldita, ni me importaba la bruja de la reina, ni existían todos los allí presentes. En aquel momento solo estábamos Bohdan y yo. No necesitaba a nadie más porque él me había elegido a mi.

Bohdan me daba vueltas y más vueltas tal y como había ensayado con Dietrich durante aquellos últimos días, solo que en aquel momento había una grandísima diferencia; sentía que flotaba. La indudable emoción de estar entre sus brazos mientras me guiaba, sus ojos sin apartarse de los míos y aquella increíble sonrisa a medias que mantenía en todo momento, solo me hacían querer suspirar y probablemente tener cara de idiota enamorada mientras bailábamos.

Cuando me alzó entre sus brazos no aparté la vista de él, primero porque no podía y segundo porque no quería y efectivamente no me mareé. Podría alzarme todas las veces que quisiera y cuanto quisiera que iría al fin del mundo entre sus brazos si era necesario.

—Estás absolutamente arrebatadora esta noche y ese vestido te queda magníficamente espléndido —susurró cerca de mi oído cuando me bajó.

—Es que tengo un hada madrina. —Se me ocurrió contestar.

—Entonces tendré que premiar a esa hada por dejar a mi bella acompañante tan hermosa —añadió adulator.

¡Señor!, ¡Me muero! Me parece que ya veo hasta las puertas del cielo abrirse y todo... Si ya estaba con la baba colgando, ahora definitivamente necesitaba un babero urgente. ¿Es qué este hombre no entendía que diciendo aquellas cosas podía provocarme el paro cardíaco?

«Pues anda que si te cuento el espanto de vestido que me quería endiñar la bruja que tienes por madre, entonces en lugar de sacarme a bailar lo que hace es ignorarme» pensé en ese momento cuando procesé su halago.

—¿Pero por qué la deberías premiar tú? En todo caso soy yo la que estaría en deuda con ella. —Sonreí pensando en Margarita y en quién la habría ayudado para colocar el vestido que llevaba en el lugar donde lo encontré, aunque sobre todo quería saber de donde diantres lo habría sacado.

—Porque en este momento soy la envidia de todos los caballeros presentes —dijo acercándose tanto que pensé que rozaría mis labios.

—¿Entonces solo me has sacado a bailar porque luzco hermosa? —pregunté a pesar de no importarme las razones.

«Mentira, sí que me importaban, aunque no lo reconociera jamás en voz alta»

—Así hubieras vestido un saco de patatas, te habría sacado igualmente a pesar de lo que eso significara —contestó en un semblante tan serio que no pude sino creerlo.

Me va a dar un parraque. Esta vez si que me da un algo porque de hecho ni el oxígeno

estaba siendo procesado por mi cerebro que había entrado en shock.

—¿Entonces por qué no me lo dijiste? —pregunté comprendiendo que en todo este tiempo me había estado martirizando en vano.

—No quería que estuvieras nerviosa o en tensión por lo que se esperaba de ti en el baile. Además, supuse que no querías hacerlo cuando lo rechazaste.

¿Qué yo lo rechacé?, ¡Di más bien que tu madre me obligó a cederle el puesto a esa ingrata diabólica del demonio!

—No quería que tu madre me odiara aún más después de todo —contesté con sinceridad mientras bajaba la vista un instante. Jamás conseguiría el favor de esa bruja y ella era su madre después de todo.

—Mírame —dijo de pronto y alcé la vista con cierta timidez—. A mi solo me importas tú.

En aquel momento me sostuvo de la cintura y yo me estiré todo lo que pude y más alzando el cuello mientras una vibración de felicidad me desbordaba provocando oleadas de una sensación desconocida.

«Sólo le importo yo. Sólo le importo yo, Sólo le importo yo» Me repetía una y otra vez para creerme lo que acababa de decir.

Cuando comencé a escuchar los aplausos y volví a erguirme en mi postura, le observé retroceder un paso y sin soltar mi mano izquierda se inclinó para depositar un beso en el dorso de esta no perdiendo en ningún instante el contacto de su mirada con la mía. Algunas parejas comenzaron a bailar, mientras nosotros nos retirábamos. No tenía ni idea de a donde nos dirigíamos, pero visualicé a la muñeca endiablada en el grupo y a juzgar por su cara de malas pulgas junto a la vena hinchada del cuello que parecía un rottweiler a punto de saltarme al cuello, deduje que muy contenta no debía andar.

«A eso se le llama Karma, bestia inmundada» pensé mientras la observaba con aquel color champagne que parecía un adorno de navidad.

—¡Querido Bohdan! —exclamó de pronto con una falsa alegría como si nada hubiera pasado.

¡Será falsa la tía pedante!, ¡Era más falsa que sus tetas postizas!

—Anabelle —le escuché responder serio.

—Bailemos como en los viejos tiempos... —anunció de pronto delante de todos y supe que lo hizo para ponerle en un aprieto.

No le partiera un rayo a la muñeca diabólica esta...

—Preferiría no dejar sola a mi prometida si no te importa —contestó sutilmente.

«¡Chúpate esa palillo con tetas de pacotilla!»

—Por eso no hay problema querido primo —escuché de pronto a Dietrich—. Puesto que le prometí a la señorita Abrantes un baile, ¿Verdad?

«Mira Dietrich que me caías muy bien y estás perdiendo puntos». Sabía que aceptar bailar con el, —algo que no me disgustaría porque me caía bien—, significaba que la infernal blandiera su veneno en *mí* príncipe.

—Yo... —miré a Bohdan tratando de saber que decir. En realidad, Dietrich me había hecho un favor al traerme hasta el baile y no podía negarme.

—¡Vamos entonces! —gritó con voz chillona Anabelle arrastrando a Bohdan hacia la pista de baile.

«Juro que antes de irme te rompo la nariz» gemí interiormente mientras reprimía mis ganas de hacerlo en aquel momento cuando la vi encaramarse al brazo de Bohdan mientras sonreía de oreja a oreja.



DIECIOCHO



—Debo reconocer que la alumna ha estado brillante —sonrió Dietrich mientras danzábamos al compás de la música como tantas otras veces habíamos hecho en los ensayos. Solo que esta vez yo no tenía ánimos de conversación, sino que por el rabillo del ojo no dejaba de observar a la peli-lagarta con sus garras sobre mi príncipe.

«¿Era mío?» Desde luego que sí. Me lo había adjudicado por derecho propio, ¿Acaso no tenía un papel firmado donde decía que era mi marido? Pues hasta entonces que se chinchara la palo-pincho esa endiablada.

¡Arg!, No le partiera un rayo a la condenada...

—¿Hola?, ¿Estoy hablando conmigo mismo? —escuché de pronto.

—¡Eh!, ¿Si?, ¿Perdona? —reaccioné con excusas porque no le había prestado ni la más mínima atención.

«Eso te pasa por sacarme a bailar en el momento menos oportuno hombre insensato»

Por toda respuesta Dietrich sonrió vagamente con aquellos dientes blancos y ojos perfectos verdes. A ver, que el muchacho era muy mono, simpático, agradable, guapo... pero no era Bohdan, se siente.

—Creo que es la primera vez que soy completamente inexistente para una mujer —le oí confesar.

—¿Cómo dices? —gemí en voz alta.

—Qué es evidente que tus sentidos están puestos en otra parte —alegó y me sonrojé.

¿Tan evidente era? Pues se ve que sí.

—Bueno... yo... yo... —comencé a decir sin saber justificarme, ¡Di algo coherente!, ¡Que estás enamorada, no idiota! Aunque para el caso... ¿No dicen que el amor idiotiza? Desde luego iba a tener que darles la razón.

—No pasa nada. Me gustan los retos —contestó y entonces le miré alzando una ceja.

¿Retos?, ¿Pero de qué iba a este tío?

—¿Quién te pidió que me enseñaras a bailar Dietrich? —pregunté haciendo reaccionar a la parte de mis neuronas no idiotizadas de amor.

—Le debía un favor a Anabelle y pensó que sería un castigo enseñarte, aunque en realidad casi debo estar agradecido o no te hubiera conocido como lo he hecho.

—¿Anabelle te pidió que me enseñaras a bailar? —gemí pensando en voz alta.

¿Para qué demonios quería esa pájara que aprendiera a bailar? No entendía nada...

—Me dijo que sería ella quien bailaría con Bohdan esta noche, que no hacía falta que aprendieras muy bien, pero que debía enseñarte algo básico. Creo que no creyó que te pudiera enseñar a bailar bien. De todos es sabido su interés en mi primo y obviamente eres un obstáculo, por mucho que trate de disimularlo—confesó comenzando a reírse—. Pero me caíste demasiado bien como para dejarte hacer el ridículo.

En ese momento ladeé la cabeza para encontrarme con la mirada penetrante de Bohdan que nos observaba seriamente.

—Debía ser un favor muy grande —respondí tratando de sacar más información mientras perdía la vista de Bohdan por ir dando vueltas mientras en la pista.

—Digamos que si —contestó vagamente.

—Y si sabías que sería ella quien bailaría con Bohdan, ¿Por qué parecías sorprendido cuando te lo dije anoche?

—Me sorprendía que Bohdan la eligiera a ella y en el fondo tenía razón, él te eligió a ti.

—¿Qué me estás ocultando Dietrich? —pregunté sabiendo que ahí se escondían trapos sucios de familia real.

Para desgracia de mi curiosidad la música dejó de sonar y antes de que él respondiera, un brazo se posaba sobre mi cintura.

—Tenemos que hablar —susurró la inconfundible voz de Bohdan en mi oído que podría llegar a provocar oleadas de emoción, solo que su tono era tan serio y taciturno que solo provocó que me asustara.

Observé la sonrisa ladina y de autosuficiencia que tenía la muñeca maldita a su lado y supe que algo le había debido decir para tener esa cara y Bohdan estar tan serio. No pude contestar a ese: tenemos que hablar, que nunca presagiaba nada bueno porque en ese momento sus majestades se acercaron a nosotros.

—Querido —dijo mirando únicamente hacia su hijo—. Creí que habíamos dejado claro con quién debías hacer el baile de apertura —alegó evidentemente molesta.

—Creo que solo usted lo dejó claro, madre —contestó sin apartar su mano de mi cintura.

Para mi sorpresa se aguantó las ganas de contestar y se podía notar en su vena

hinchada del cuello, ¿Seguro que la muñeca maldita no era su hija? Con lo víboras que eran las dos ya podrían ser madre e hija, eran tal para cual.

—Ese no es el vestido que elegí para ti. —Se limitó a decir escuetamente.

—Es evidente que no —contesté con una sonrisa fingida de; ¿En serio creías que aparecería con ese disfraz de choni?

—¿Y de dónde has sacado ese vestido?, ¿Lo has robado de palacio? —Me acusó intencionadamente.

—Madre... —intervino Bohdan como si fuera una advertencia.

—¿Esta granjera se cuele en el armario de palacio y tú la defiendes? —alegó en un susurro apenas perceptible para que nadie más la escuchara, aunque tanto Bohdan como yo la habíamos oído perfectamente y muy posible la muñeca endiablada porque estaba sonriente

«A la nariz se acaban de sumar los dientes muñeca maldita»

—Que sea la última vez que acusa a mi prometida de algo semejante, porque aunque así fuera, que no es el caso, tiene todo el derecho de hacerlo, ¿O debo recordarle quién es ella? —contestó y enmudecí ante su defensa.

Bohdan estaba admitiendo que era su mujer de nuevo ante su madre.

«Pellízcame. Pellízcame que no me lo creo» Vi como la madre de Bohdan enrojecía y en ese momento el rey Maximiliano llegó provocando que ella guardara silencio.

—Gracias —susurré cerca de su oído.

—No tienes que darlas, no tenía derecho a humillarte así y a decir lo que dijo —le oí decir algo molesto.

—Aún así preferiste creer en mi, a pesar de no saber siquiera de donde saqué este vestido —contesté intentando sonreír.

Estaba agradecida por ello, a pesar de lo que la enclenque esa con tetas postizas le hubiera dicho para que tuviéramos que hablar en privado, él me había defendido ante su madre delante de todos y eso ya era un logro.

—Sé perfectamente de dónde has sacado ese vestido Celeste. Yo mismo lo elegí para ti y le pedí a Margarita que te llevara hasta el.

En ese momento creo que hasta el alma se me cayó a los pies. ¿Él?, ¿Había sido él?, ¿El precioso vestido que llevaba puesto lo había elegido para mí?

Bueno, pues si ya estaba enamorada antes, creo que ahora desbordaba mi límite. ¡Dios!, ¡Que ostia más grande me voy a dar cuando deje de estar en este sueño y me de el topetazo con la realidad!

—Pues reconozco que tienes muy buen gusto —dije por decir algo porque ¿Qué narices iba a decir?, ¡Bohdan, tómame aquí y ahora! Como que no era plan, aunque ganas no me faltaran...

—Eso no lo dudes —contestó con una voz ronca y por la forma en la que me miraba a mí se me mojaron las bragas automáticamente si es que ya de por sí no lo estaban—. Vámonos de aquí —dijo antes de que pudiera reaccionar y sentí como me empujaba de la cintura hacia la salida.

¡Ay diosito bendito de mi vida y de mi corazón que me da un telele!, ¿Podíamos irnos? Buah, como que me importaba a mí mucho quedarme o no, si lo que prometían aquellos ojos azules de ese dios griego era que se abrieran las puertas del Olimpo.

—¿Dónde vamos? —exclamé cuando vi que subíamos las escaleras de aquel enorme edificio que parecía una residencia palaciega por los techos altos y la gran escalinata que desde luego no vi cuando entré.

Pensaba que nos marcharíamos del lugar, pero al parecer estaba equivocada. Tal vez, como había pensado, no sería tan fácil que su excelencia abandonara aquella fiesta así como así. Si había algo de lo que no se podía tachar a Bohdan era de eludir sus responsabilidades. Eso, o que había un helicóptero en el tejado que nos esperaba para marcharnos.

«Sigue soñando bonita... que a lo mejor los cerdos también vuelan» Debían ser mis ganas por escapar de aquella víbora de madre que tenía mi adorado dios de dioses o de la arpía endiablada que a saber que debió decirle, que cuanto más lejos estuviéramos de aquel par de dos; ¡Mejor!

—A un lugar lo suficientemente alejado y tranquilo donde podamos hablar —dijo mientras subíamos a la segunda planta del edificio y Bohdan estiraba de mi mano por aquel angosto pasillo lleno de puertas hasta que llegamos a una de las que estaban casi al fondo.

Lo confieso. Mis espasmos previos ante lo que pensaba que iba a acontecer habían dado lugar a un incesante miedo atroz por lo que supuestamente me iba a decir. No me gustaba ese *tenemos que hablar*, no me gustaba nada de nada. ¿Desde cuándo un tenemos que hablar fue bueno? Si me baso desde la prehistoria, ¡Nunca!, ¡Jamás!, En todas las pelis fue malo, malísimo.

Tras entrar en aquella sala o como se quisiera llamar a la habitación en la que habíamos entrado donde solo había una mesa antigua de madera alargada con varias sillas y un pintoresco cuadro del padre de Bohdan, su alteza real el rey Maximiliano colgado en la pared de enfrente, él cerró la puerta y me giré sobre mí misma para verle de frente.

—¿De qué tenemos que hablar? —pregunté tratando de que mi miedo no se apreciara.

—Quiero saber exactamente qué relación tienes con mi primo Dietrich —contestó con el ceño fruncido.

—¿Qué relación tengo? —exclamé confusa—. Me enseñó a bailar, eso es todo.

—¿Eso es todo?, ¿No hay nada más? —insistió acercándose a mí mientras yo casi podía tocar con mis dedos el borde de aquella mesa.

—¿A qué viene esto Bohdan? —pregunté directamente—. Porque no entiendo nada.

—Viene a que me han llegado ciertos rumores. Eso sumado a que anoche llegaste tarde por estar con él, que has estado demasiado distante estos días y que hoy precisamente llegaste a última hora junto a él... No hay que ser muy estúpido para saber lo que significa conociendo a Dietrich.

—No sé cómo es tu primo, pero sí sé como soy yo —alegué en mi defensa—. Y no sé de donde te habrán llegado los rumores, pero entre él y yo no ha habido absolutamente nada más que una relación cordial, quizá como mucho una ligera amistad, puesto que apenas le conozco. Si llegué tarde anoche, solo fue porque me dije a mi misma que no te dejaría en ridículo esta noche si es que me pedías que bailara contigo por lo que me he estado matando todos estos días para aprender a bailar ese vals real, y si he estado distante como tú dices, es solo porque tú también lo has estado conmigo y finalmente te diré que si Dietrich me trajo aquí esta noche y llegamos tarde fue porque alguien me encerró en palacio para que precisamente no asistiera a este baile.

—¿Cómo que alguien te encerró? —preguntó de pronto acercándose a mi.

Estaba tan cerca que casi podía sentir el mareo debido a ese perfume tan masculino que desprendía de forma natural y que mezclado con su colonia olía a puro éxtasis colosal.

—No lo sé... justo cuando iba a salir, alguien cerró con llave la puerta de mi habitación y sé que no fue un error porque enseguida grité al pensar que se trataba de algún sirviente que habría cerrado por seguridad.

Escuché como Bohdan maldecía en voz baja algo inaudible para mis oídos y sonreí vagamente al pensar que ya podía tachar de la lista otra perfección; los príncipes azules maldicen.

—Averiguaré quien ha sido —dijo avergonzado.

—No es tu culpa —susurré mientras llevaba una mano a su mejilla—. ¿Por qué te importa tanto la relación que pueda tener con tu primo? —me atreví a preguntar.

—Sé cómo es él —contestó evitando mirarme—. Y sé que jamás toma nada en serio. Le gusta formar escándalos familiares, no sé por qué razón terminó siendo él quien te dio esas clases de baile...

¡A freír puñetas mis pretensiones!, ¡Sólo le importaba que su primo pudiera tirar por tierra nuestra farsa de matrimonio si tenía una aventura con la prometida del príncipe! Que por otro lado era algo trastero por parte de Dietrich si era eso lo que pretendía. De todas formas, jamás se me había pasado ni tan siquiera por la mente tener un lío con su primo, ¿En qué momento iba yo a cambiar la Nutella por chocolate rancio?, ¡Ni hablar del peluquín!

—Entiendo —dije comprendiendo su dilema—. Temes que lo único que busque sea crear un escándalo en el que tu y yo salgamos perjudicados.

—Sí —afirmó—. Se que no te puedo exigir más de lo que estás haciendo y no puedo pedirte que no mantengas una relación con quien te plazca a pesar de que estemos casados, porque sé que no tengo ningún derecho a...

—Para —dije silenciando su discurso haciendo que él me mirase fijamente en ese instante—. Te he sido fiel hasta ahora y lo seguiré siendo mientras estemos casados. Es lo que tú me aseguraste qué harías conmigo y es lo más correcto.

No añadí «Y porque no podría ser de otro modo ya que estoy absolutamente enamorada de ti»

—¿Solos tú y yo? —preguntó con aquella voz ronca.

—Dicen que tres son multitud —contesté con una vaga sonrisa.

En ese momento él también sonrió vagamente y comenzó a acercarse peligrosamente a mis labios.

—Nunca me han gustado las multitudes —alegó justo antes de rozar mis labios, algo que yo aproveché buenamente para saciarme al apresar aquella boca con ímpetu y frenesí. Ese que había estado acumulando todos esos días que llevaba sin besarle desde nuestro encuentro en las mazmorras.

—Antes de que se me olvide —dije de pronto apartándome ligeramente de él—. Dietrich me confesó mientras bailábamos que fue Anabelle quien le pidió que me diera clases. Al parecer le debía un favor y aceptó —dije mientras observé cómo cambiaba su semblante—. No sé sus razones, pero las intuyo.

—Debí imaginarlo... —suspiró llevándose una mano a las sienes.

«Pues eso no es nada. Si vieras lo que la cara anchoa esa es capaz de hacer “flipas en colorines”, por no decir que intuía que sería la artífice de mi encierro en palacio. Me daban ganas de apretujarle el cuello hasta que esa vena le explotara y no sentir ni una migajilla de culpabilidad al respecto».

—Deduzco que fue ella quien habló sobre ese rumor entre Dietrich y yo —dije convencida.

A ver, no había que ser muy estúpida para saber que ese; tenemos que hablar, vino después de bailar con la muñeca endiablada de las narices.

—Si —confirmó—. Incluso afirmó que habías pasado la noche con él. —¡Será zorra la cacho penca!, ¡La mato!, ¡Yo la mato!, En ese momento tuve que armarme de paciencia para no salir de allí echando humo por la nariz, porque estaba segura de que le clavaba las uñas en la cara y la dejaba marcada como las vacas para el resto de su vida. Mi expresión lo dijo todo sobre lo que pensaba al respecto—. Creo que hay algo que es evidente y que no puedo ocultar aunque quisiera. Supongo que, si alguien tiene la culpa por las reacciones que eso genere y que a ti te afecten en consecuencia, soy yo —dijo completamente serio.

—¿A qué te refieres? —pregunté totalmente fuera de onda.

—Me gustas Celeste. Me vuelves completamente loco —afirmó mirándome fijamente y haciéndome temblar de pura congoja, ¿O era emoción?

¡Ala mi madre lo que acaba de soltar! Si fuera un dibujito animado, la boca se me

abría abierto hasta llegar al suelo y las bragas directamente se me habrían caído. ¡Buah! Ni sé que supone que debía sentir en ese momento del conjunto de sensaciones que me embriagaban, pero sé que había felicidad.

«Si yo te vuelvo loco hijo mío... entonces tú me vuelves lunática perdía»

—¿Pero loco de psiquiátrico? —exclamé sin darme cuenta al pensar en que quizá no estaba utilizando el termino correcto de locura.

—Podría —escuché de sus labios con una sonrisa que me hizo darme cuenta de que mis pensamientos habían tomado forma—. Pero más bien es otro tipo de locura —alegó con aquella voz inigualablemente ronca tan cerca de mis labios que mi autocontrol se fue a freír espárragos con viento fresco y me lancé sobre aquella boca nacida para pecar.

Saber que no le era indiferente, conocer de primera persona que yo le gustaba no hacía sino deleitarme aún más en mi propio regocijo. Le atraje con mis manos colocadas en su cuello de forma que su lengua se adentró en mi paladar y ante aquella invasión no pude sino jadear del placer que aquello me provocaba.

Me gustaban sus besos, me deleitaba en su sabor y desde luego ¡Moría de agonía con cada uno de sus roces por desear más y más de ellos!

¡Este hombre es una droga!, ¡Definitivamente es peor que la nicotina del mono que creaba en mi fuero interno por anhelar su contacto!

—Debemos volver —susurró levemente tras interrumpir aquel beso.

¿Volver al infierno después de estar en el cielo? La triste realidad, pero entendía que Bohdan se debiera a sus obligaciones.

—Está bien —dije con pesar.

—Ey —susurró mientras su mano tocaba delicadamente mi mentón para obligarme a mirarlo—. Te prometo que solo bailaré contigo el resto de la noche.

—¿De verdad? —gemí pensando en que las garras de aquella rubia maldita no se aferrarían de nuevo a mi príncipe.

—Te lo he prometido y nunca incumplo mis promesas —alegó en su defensa y yo sonreí.

«Si eso... tu échate más flores para que me derrita más de lo que estoy»

—Ay de ti como lo hagas —le amenacé con el dedo y para mi sorpresa lo cogió y se lo llevó a sus labios con dulzura.

—Si me provocas así, tendré la tentación de hacerlo —jadeó.

¡Ay por dios!, ¡Ay por dios!, ¡Este hombre me quiere llevar a ese salón con la amargada de su madre y la endemoniada de su prima para privarme de los manjares del pecado!, ¿Es que no ve que echo chispas?, ¿Que chispas?, ¡Fuegoooooooooooo!

—¿De verdad tenemos que volver? —gemí porque ni la saliva cruzaba por mi garganta.

—Lamentablemente si —escuché y pude notar el dolor en su voz y su mano rodeó mi cintura para acercarme hacia la puerta—. Vamos...

«Al menos no soy la única que sufre, pero saberlo no sabía si era aún peor» Suspiré.

—No te he dado las gracias por el vestido —dije de pronto al sujetármelo mientras caminaba a pesar de no tener necesidad de hacerlo.

—No me las des ahora —contestó serio y entonces me volví con el gesto fruncido extrañada.

—¿Y cuándo quieres que te las de? —Si es que puede saberse, me faltó añadir.

—Cuando termine este vals y te tenga de nuevo solo para mi —contestó igual de serio—. Desnuda —añadió guardando silencio—. Y en mi cama.

«Vale... calmémonos un poquito» le dije a mis hormonas revolucionadas ante la promesa de aquellas palabras.

—¿En tu... cama? —pregunté para estar segura.

Yo desconocía totalmente donde estaba esa cama —porque de saberlo me habría colado varias veces para olfatear su almohada y de paso saber que perfume usaba y probablemente robarle alguna de sus corbatas para andar esnifando todo el día—, quizás me he pasado tres pueblos, pero que me habría puesto a cotillear ¡fijo!

—He reservado una suite presidencial cerca de aquí —dijo acercándose a mi oído—, para nosotros.

¿Tan seguro estaba de que le acompañaría? «Celeste hija mía... si solo te falta el letrero en la frente que diga; ¡Tómame!, ¡Hazme tuya ahora mismo!» Desde luego a predecible no me ganaba nadie.

—¿Nosotros?, ¿Y si te dijera que no? —pregunté solo por ver su reacción.

—Tendría que aceptar tu decisión. Siempre respetaré tus deseos —contestó sin un atisbo de duda y no sabía que me gustaba más, que respetara mis decisiones o que fuera tan sumamente atento.

¿Cómo no se iba una a enamorar de un hombre así?, ¡Y encima príncipe!, ¡Y para más inri guapísimo!, ¡Ay madre... tiene el kit completo de hombre perfecto!

«Yo de aquí salgo directamente hacia el loquero, esto no es ni normal...»

—Me alegra saberlo, pero en este caso mis deseos coinciden con los tuyos —contesté y guardé unos segundos de silencio—. Quiero estar en tu cama. Completamente desnuda y solo para ti —sentencié.

En ese instante le vi acercarse. Pensé que me besaría, es más, anhele ese contacto dulce y suave a la vez que frenético de nuevo, pero para mi sorpresa solo unió su frente con la mía, como si aquello le tranquilizara o tratara de calmarse.

—En este momento estoy luchando para no raptarte y salir de aquí sin que nadie nos vea a pesar de que incumpliría con mi deber —alegó mientras notaba el sufrimiento en su

VOZ.

«¡Hazlo, hazlo, hazlooooooooo!» quise gritar.

—¿Qué son unas horas, cuando tenemos toda la noche para nosotros? —exclamé rozando sus labios y vi su amago de sonrisa.



DIECINUEVE



Sentía la sensación de ser observada constantemente, sobre todo cuando aquella rubia descarada no dejaba de tener sus endiablados ojos sobre mi.

«Mírame cuanto quieras, que no me voy a ir, petarda» me decía a mi misma para soportar aquellas miradas de probablemente rabia por no haberse salido con la suya.

En un punto me recordó a las intrigas palaciegas de las que tanto se hablaba que existían antiguamente en la corte francesa, inglesa o definitivamente cualquiera de ellas por esa ansia de poder. A mi me importaba tres pepinos ser princesa o no —vale, admito que ni tan siquiera me lo he planteado seriamente porque se me ponen los pelos de punta de solo pensarlo, pero sería algo demasiado bueno para ser real—, lo que realmente me interesaba era tener a ese Zeus de carne y hueso conmigo, a ser posible en mi cama y dándome placer infinito.

«Lo sé, pido mucho. Pero por pedir que no quede, ¿no?» Además, acaba de confesar que le gusto, que le gusto de verdad y que incluso le vuelvo loco —y no loco de ir al loquero— así que eso amigas mías se llama definitivamente ganarle la partida a la perra sarnosa rubia esa —al menos hasta que se cansara de mi o se diera cuenta de que yo allí no pegaba ni con superglue del bueno, no el de la imitación que venden los bazares chinos.

—Querido, debes saludar a todos los miembros de la cámara —exclamó la reina Margoret con fingida preocupación—. Te ausentaste nada más comenzar el baile y pensaron que te habías marchado, ve y cumple con tu deber —terció como si ella fuese quien tomaba las decisiones.

—Sé cuáles son mis obligaciones, madre —contesto seriamente.

—No lo parece por tu actitud. De hecho, deja mucho que desear, si mi Ad...

—Basta —se oyó la voz del rey Maximiliano provocando el silencio de su esposa—. Aunque tu madre tiene razón, deberías haberles saludado una vez terminado el primer vals como deber del cargo que ostentas.

—Querida, ¿Me acompañas? —pronunció entonces Bohdan mirándome con una

enorme sonrisa que supe que era fingida.

¿Cómo era capaz de soportarlo?, ¿Cómo podía dejarse manipular de aquel modo? Si ese era el precio a pagar, casi preferiría que no fuera príncipe. No parecía feliz, no lo parecía en absoluto.

—Por supuesto su excelencia —contesté ofreciéndole mi mano y me dejé guiar por el salón hasta llegar a varios hombres elegantemente trajeados que sonreían cuando nos acercamos.

Durante al menos dos horas todo fue demasiado formal y aburrido. Me limité a sonreír, saludar e intentar memorizar demasiados nombres que con mi memoria de pez sabía que sería incapaz de guardar en algún lugar de mi cerebro porque era simplemente imposible. Al menos en respuesta recibía bastantes alabanzas que suponía serían por complacer a su excelencia el príncipe dado que todos pensaban que era su prometida.

—Bien, todos estamos ansiosos su excelencia, ¿Cuándo será la fecha del enlace? Dijeron que probablemente sería en Octubre, pero a todos nos sorprende que no se haya confirmado nada más habiendo pasado bastante tiempo desde el anuncio del compromiso —se atrevió a preguntar la esposa de aquel miembro de la corte que pareció algo avergonzado ante el atrevimiento de su mujer. Al menos eso deduje al ver su expresión y rostro sonrojado.

Se trataba de la señora Thaisen, una mujer que parecía lo suficiente emocionada e interesada en los asuntos palaciegos para atreverse a realizar aquella poco sutil demanda. Pensé que Bohdan daría una respuesta esquiva, algo así como que no estaba confirmado aún y que lo estábamos decidiendo. Me había hecho a la idea de esa respuesta por lo que después de que contestara, sus palabras tardaron en llegar a mi cerebro para procesarlas.

—La ceremonia se celebrará el veinte de octubre en la capilla real —soltó y ni siquiera percibí la voz de aquella mujer aunque supe que mencionó algo.

¡Había dado una fecha!, ¡Y un lugar!, ¿Es que estaba loco? Pero ¿Hasta dónde pretendía llegar con aquello? Apreté su brazo al que me tenía agarrada en señal de protesta y él me miró por respuesta, pero sonrió de una forma tan dulce que me dejó embelesada ¿Cómo iba a recriminarle nada con esa cara y esa boca que dios y la virgen maría le habían dado?

«Imposible» pensé. «Tengo el corazón más blando que las golosinas de ositos». Era incapaz de recriminarle nada... solo tenía que mirarme y sonreír de ese modo para dejarle hacer lo que quisiera. ¿Qué más daba dar una fecha y un lugar? Total, si la mentira ya había empezado con decir que estábamos comprometidos cuando nos habíamos casado borrachos sin ser conscientes de ello, peor no es que pudiera ser.

—Ese era el último miembro de la corte —dijo en voz baja mientras no sabía hacia dónde nos dirigíamos porque en realidad, nunca lo sabía cada vez que nos movíamos por aquel gran salón.

—Menos mal —bufé siendo sincera—. Me duele la mandíbula de sonreír tanto y no se si mis pies aguantarán un minuto más de pie —añadí.

—Me alegro —contestó y le observé como si hubiera escuchado mal su respuesta, ¿Qué se alegraba?, ¿Pero será... —. Me has dado la excusa perfecta para largarnos de aquí ahora mismo —alegó dejándome con la boca abierta cuando pensaba responder alguna salvajada.

En su lugar vi como cruzamos las puertas y nada más hacerlo sentí que era elevada del suelo a pesar de que con aquel vestido no era nada fácil haberlo conseguido.

—¿Qué haces? —exclamé agarrándome a su cuello por los hombros.

—Dijiste que no podrías permanecer un minuto más de pie, ¿Dónde está mi honor si no le doy solución?

—¡Pero nos van a ver!, ¡Bájame! —dije en un susurro ahogado.

—Que nos vean —contestó mirándome a los ojos—. No me importa, para todos eres mi prometida y yo cuido de lo que es mío.

«Llévame a urgencias que me acaba de dar un paro cardiaco» suspiré mientras mi corazón realmente había tenido que dejar de latir porque se me había olvidado respirar.

Un coche nos esperaba en la puerta y Bohdan me sentó con delicadeza mientras él entraba por el otro lado del vehículo. Durante aquel trayecto se limitó a mirarme mientras se llevaba mi mano entrelazada con la suya a sus labios en varias ocasiones. Sabía que aquella forma de observarme solo era una promesa de lo que estaba por llegar y aunque deseaba enormemente besarle, sabía que en caso de hacerlo, no podríamos parar y me habría parecido muy oportuno hacer lo que mi imaginación anhelaba en aquellos asientos de piel, pero ser exhibicionista no era mi meta en esta vida, por lo que suponía que precisamente por esa misma razón, él también se contenía.

Ni siquiera pasamos por recepción cuando entramos en aquel hotel, sino que nos dirigimos directamente al ascensor y posteriormente él tiró de mi por aquel pasillo alfombrado hasta llegar a una doble puerta donde metió una tarjeta y aquella cerradura se iluminó en color verde mientras emitía un sonido que para mi significaba «Próxima parada; el paraíso»

En cuanto pasamos las puertas de aquella habitación de hotel no avancé siquiera dos pasos para tratar de ver cómo era aquella suite. Sentí sus manos ceñirse alrededor de mi cintura apresándome entre sus dedos mientras me acercaba hasta él y noté cómo los botones de aquel uniforme que llevaba rozaban mi espalda.

—Me gusta tu perfume —escuché mientras su nariz rozaba mi cuello y mi piel vibraba al compás de aquel recorrido que estaba haciendo—. Es embriagador e incitador al mismo tiempo —añadió logrando que un pequeño espasmo se anticipara entre mis piernas con el sonido de aquella voz.

«Si comparaba perfumes, desde luego el suyo salía vencedor porque el aroma que desprendía ese hombre era más que único»

—¡Oh dios! —gemí cuando clavó sus dientes en mi cuello de forma posesiva y después sentía su lengua deslizarse desde ese punto hasta mi oído donde apresó el lóbulo

entre su boca y jadeé de puro placer.

—Voy a demostrarte lo absolutamente loco que estoy por tu cuerpo —gimió con esa voz ronca que me hacía enfebreecer de agonía y no me contuve. Me giré para lanzarme sobre aquellos labios fabricados para pecar de forma suplicante y posesiva.

La respuesta de Bohdan no se hizo esperar cuando su lengua atravesó mis labios y comenzó aquella danza muy diferente a la que habíamos practicado en aquel salón de baile pero que, sin duda disfrutaba mucho más. Sentí sus dedos en mi espalda e instantes después la opresión del corsé de aquel vestido se esfumaba para sentir la liberación anhelante y el tacto de sus dedos en mi desnuda piel.

Apenas fui consciente de cómo mi vestido desapareció por completo y mis dedos comenzaron a deshacerse del uniforme que Bohdan portaba y que tenía demasiados incordiosos botones que me impedían llegar a esa tableta de chocolate que se escondía bajo aquellas capas de tela.

—No hay prisa —dijo separando sus labios levemente antes de volver a apresarlos cuando trataba de deshacerme de aquella camisa que llevaba y comencé a estirar de la prenda, solo que aquella ropa de calidad no cedía.

—Quiero tocarte —respondí—. Y esto me lo impide —rogué estirando de la camisa cerca de sus labios.

Para mi sorpresa de un solo movimiento estiró de ella provocando que todos los botones salieran disparados por toda la habitación y dándome plena accesibilidad a ese cuerpo de dios griego esculpido con el único propósito de anular cualquier resquicio de juicio que pudiera tener.

—Tócame cuanto quieras... —alegó antes de posar sus labios de nuevo sobre los míos.

Mis manos fueron directamente a su pecho y comencé a acariciar lentamente sus abdominales marcados mientras descendía. Me separé de sus labios ante la necesidad de tocar con mi boca esa candente piel y le oí gemir cuando lo hice. En un acto de posesividad incontrolada le empujé, de forma que cayó sentado sobre la cama y me colé entre sus piernas mientras comencé a darle pequeños mordisquitos que parecían gustarle. Fui bajando lentamente con mi boca hasta llegar a la parte baja de su cintura donde bajo su atenta mirada me deshice del cinturón, sus pantalones y ante aquella dureza desproporcionada que se podía apreciar en bajo la ropa interior que llevaba di pequeños mordiscos sin llegar a clavar mis dientes sobre la tela.

Observé el deseo en sus ojos y me apiadé de él, así que saqué su enorme miembro viril de aquella prenda y ante su expectante mirada lo masajé para introducirlo en la boca lentamente, percibiendo su sabor, su delicioso gusto y sobre todo apoderándome de su excitación por completo.

—¡Dios! —le oí gritar mientras noté una de sus manos en mi cabeza apremiándome a seguir, algo que desde luego hice con sumo gusto porque nada me daba más seguridad que saber lo que él parecía estar disfrutando.

En el momento en el que le vi alargar la mano hasta su chaqueta y llevarse aquel envoltorio plateado a la boca, me levanté para deshacerme de la ropa interior que aún llevaba puesta y antes de que pudiera reaccionar me coloqué a horcajadas sobre su cuerpo de forma sorpresiva para él, pero desde luego no opuso ninguna resistencia a ello. Lo guie apresando su miembro en mi mano hasta la entrada y me deslicé suavemente para alojarlo por completo en mi interior con su ayuda, jadeando ante el placer que sentía debido a ello cerca de sus labios y recibiendo por su parte el mismo jadeo en respuesta.

—Definitivamente me vuelves loco —susurró mientras noté sus dedos hincarse en mis nalgas y acercarme más a él de forma que consiguió hundirse más aún dentro de mi y yo gemí placenteramente.

—Entonces volvámonos locos los dos —susurré y al instante me alcé para volver a deslizarme sobre él sintiéndole por completo.

Nuestros jadeos se fusionaban entre besos, gemidos y gritos de placer mutuos de los que ambos éramos partícipes el uno del otro. Le sentía en mi interior bombeante, con cada embestida lograba acercarme un paso más hacia el cielo y cuando lo logré grité su nombre jadeante.

No fui consciente de cuántas veces lo hice aquella noche porque no fue solo una... sino muchas... incontables las veces que ese dios griego esculpido por Zeus logró sonsacarme gritos de placer al decir su nombre. Sentí sus labios saboreando cada trozo de mi piel sin dejar ningún resquicio que no fuera presa de sus labios. Me hizo suya por completo y desde luego, él fue mío... únicamente mío o al menos fue lo que pude sentir de él durante esa mágica noche que jamás de los jamases podría olvidar durante el resto de mi vida.

Casi podía presentir que era un verdadero comienzo, un inicio de algo a lo que no sabía como definir o poner nombre. Quizá solo eran imaginaciones, producto de la auténtica maravilla de éxtasis en el que me encontraba en aquellos momentos. Pero cuando sentí como me arrastraba en aquella cama hasta que mi cabeza reposaba en su pecho para dormir de aquella forma, sabía que no le era indiferente, aunque solo fuera deseo, aunque solo le gustara, debía significar algo más porque cuando Bohdan y yo nos fusionábamos, era absolutamente único.

Desperté escuchando un sonido y cuando logré ser lo suficientemente consciente al estar despierta entendí que se trataba de un teléfono en modo vibración y supe que era el mío porque el ruido provenía de donde justamente había dejado el pequeño bolso de mano.

¿Quién me manda a mi no dejarlo en silencio? Lo sé, no aprendía la lección... pensé que en modo vibración no me pasaría lo de la otra vez, pero a la vista estaba que no era así.

Comenzó a sonar de nuevo y esta vez hasta Bohdan pareció despertarse por su movimiento, así que me deshice de su abrazo y salí corriendo para acallarlo antes de que él se despertara. Mi cuerpo sintió el frío repentino al alejarse de la fuente de calor que tenía en aquella cama así que cuando saqué el teléfono y vi que era mi madre suspiré

pensando que probablemente me volvía a llamar por puro aburrimiento o para insistir en saber cuándo vendría de visita a conocer el castillo del príncipe.

La llamada volvió a cortarse y vi que tenía nueve llamadas perdidas de mi madre. Vale, eso era raro... mi madre no llama más de tres veces seguidas si no se lo cojo, simplemente enviaba un mensaje para que la llamase, así que instintivamente supe que algo pasaba y en cuanto apareció de nuevo su nombre en la pantalla, deslicé el dedo para coger la llamada entrante y me llevé el teléfono a la oreja.

—¿Mamá? —exclamé.

—¡Ay miya! (*¡Ay mi hija!*) —la oí exclamar con un lamento y me preocupé de verdad, casi me entró tembleque.

—¿Qué ocurre mamá? —dije saltando todas mis alarmas porque casi podía escuchar sus lágrimas de lamento.

—¡Tu padre!, ¡Que sa caio der trató y etá en coma! (*¡Tu padre! ¡Que se ha caído del tractor y está en coma!*) —gritó al otro lado del teléfono con lamento.

—¡No! —exclamé—. ¡No, no, no! —comencé a decir temiéndome lo peor—. ¡Voy para allá mamá!, ¡Cojo el primer vuelo que salga y estoy allí! —grité entrándome los siete males por el cuerpo de la desesperación que sentía y colgué el teléfono porque tenía que salir echando leches de allí. Mi padre... ese súper-héroe hecho de kriptonita —o al menos así era como yo lo veía de pequeña— no podía abandonarme.

—¿Qué ocurre? —escuché a mi lado y haciéndome ser consciente repentinamente de que Bohdan estaba allí y de que sin duda le había despertado.

—¡Tengo que irme inmediatamente!, Mi padre ha tenido un accidente, está en coma y no sé si... —Me callé porque las lágrimas comenzaban a asomar por mis ojos temiéndome lo peor. De hecho, había colgado a mi madre porque temía que me dijera algo para lo que no estaba preparada a oír.

—¡Ey! —dijo acercándose y acogiéndome en un abrazo—. Todo estará bien, ya lo verás —susurró acariciándome la cabeza mientras limpiaba mis lágrimas en su pecho desnudo—. Recoge tus cosas que yo me encargo de todo.

—¡Joder!, ¡No llevo mi documentación! —gemí cuando supe que la necesitaría para pasar todos los controles aéreos.

—Tranquila —contestó con una calma que desde luego yo no tenía, pero que agradecía porque eso me daba la sensación de que todo iba a salir bien—. Llamaré a Jeffrey y la llevarán al aeropuerto donde tenemos el jet privado —añadió mientras le veía llevarse el teléfono al oído.

—¿Jet privado? —exclamé.

—Si —afirmó—. Llegaremos antes en un vuelo privado que en uno comercial.

¿Llegaremos?, ¿Había dicho plural?, ¿Es que él pensaba venir conmigo?

—¿Tú... vendrás? —pregunté completamente extrañada.

—No voy a dejarte sola en un momento así —dijo serio mirándome a los ojos—. Por supuesto que iré contigo —sentenció antes de comenzar a hablar por teléfono y agilizar todo para marcharnos inmediatamente.

El avión aterrizó tres horas después de despegar del aeropuerto. Las tres horas más horribles y agonizantes de mi vida pensando en lo que me esperaba cuando llegase.

«Por favor no te lo lloves» rogaba mientras mi mano se aferraba entrelazada a la de Bohdan que no me dejó ni un minuto a solas. «Me casé o no, él tiene que llevarme hasta el altar» pensé mientras buscaba mil excusas que mi padre tenía que hacer antes de abandonarme.

No se podía ir... él no se podía marchar y menos aún sin verlo de nuevo, sin decirle cuánto le quería y agradecerle todo lo que había hecho y hacía por mí.

—Excelencia, aterrizaremos en menos de media hora, pero vamos a comenzar el descenso por lo que le rogamos que se coloquen el cinturón de seguridad.

—Por supuesto. Gracias —escuché decir a Bohdan mientras momentáneamente soltaba su mano y me abrochaba el cinturón colocándome erguida e inmediatamente volvía a apretar su mano con fuerza como si me infundiera seguridad.

—No me sueltes —dije sin mirarle mientras cerraba los ojos—. Nunca me gusta el momento del despegue y del aterrizaje —me sinceré.

—No te soltaré —le oí contestar y noté como alzaba mi mano para darme un beso en el dorso tan suave que me conmovió.

—¿Dónde aterrizaremos? —pregunté por matar un poco el tiempo y apoyándome sobre su pecho de nuevo.

No sabía si el avión aterrizaría en Madrid o se desplazaría a un aeropuerto más cercano.

—En Córdoba —contestó y le miré repentinamente extrañada—. ¿No está en ese hospital? Porque un hombre con el nombre de tu padre sí que fue ingresado en ese hospital.

—No. No —comencé a negar—. Quiero decir que sí que es ese hospital, pero ¿Dónde vamos a aterrizar? —pregunté pensando que no había aeropuerto en mi ciudad.

—En el aeropuerto por supuesto —afirmó serio.

Bueno, en realidad sí que hay una especie de aeropuerto ahora que lo pensaba. Solo que no admite vuelos comerciales y en ese momento me enteraba que sí aceptaba vuelos privados.

—Gracias —dije mirándolo a los ojos directamente. Si él no fuera quien era, no habría podido llegar tan rápidamente.

—No es nada —susurró y se acercó para darme un beso en la frente—. Era lo menos que podía hacer por ti.

Pero hizo más... hizo mucho más, porque nada más bajar del avión nos esperaba un helicóptero en marcha al cual nos subimos inmediatamente y despegó, evitando así el tráfico de la ciudad y haciendo el recorrido hasta el hospital en apenas diez minutos. En cuanto bajamos desde el mismísimo helipuerto del hospital donde se debía encontrar mi padre, alguien nos esperaba y tras saludarnos formalmente, nos condujo inmediatamente hasta la habitación donde se debía encontrar mi familia o al menos eso esperaba.

En todo momento pude notar la mano de Bohdan en mi cintura guiándome, como si de algún modo me diera su protección. ¿Y si él sabía algo más que no me había dicho? Probablemente... ¡Ay no!, ¡No estaba preparada para recibir una mala noticia!, ¡No ahora que las cosas parecían irme bien por una jodida vez en la vida!

No dije nada. No quise preguntar por temor a la respuesta, pero aquel señor —que si dijo su nombre sinceramente mi cerebro lo había desechado—, nos guio hasta la habitación. Al abrir la puerta encontré a mi madre sentada en una silla con el móvil en la mano como si estuviera leyendo algo o jugando a uno de esos jueguitos del Candy crush que a tantas cuarentonas tienen enganchadas y nada más avanzar dos pasos observé a mi padre despierto mirando la tele.

—¡Papaaaaaaaa! —grité mientras me lancé literalmente sobre él para abrazarlo.

Probablemente le acababa de dar un susto al pobre por no esperarlo, pero me daba igual, había pasado las peores tres horas de toda mi vida temiendo lo peor y encontrarle despierto y aparentemente normal me había dado tal subidón que empecé a llorar como una magdalena.

—Hija mía —escuché decir a mi padre mientras notaba como me daba golpecitos en la espalda—. Tranquila, que estoy bien. Tampoco ha sido pa' tanto (*Tranquila, que estoy bien. Tampoco ha sido para tanto*) —dijo con una sonrisa.

—¿Qué estar en coma no es para tanto? —gemí.

—¿En coma?, ¡Efigenia que las dicho a la niña! —gritó mi padre mirándola frunciendo el ceño.

—Güeeeeeeenooooooooo (*Bueno*) —empezó a decir mi madre arrastrando la palabra—. A lo mejor exageré un poquillo (*A lo mejor exageré un poco*) —dijo haciéndose la sueca—. ¡Pero te dehmayate y no razonaba! (*Pero te desmayaste y no reaccionabas*) —alegó en su defensa.

—¡Mamá! —grité queriendo estrangularla—. ¡Llevo tres horas creyendo que papá se moría y tu tan pancha jugando a las frutangas esas que dicen *wiiii* en el movil! —Volví a gritar como una loca y en ese momento sentí un brazo rodeando mi cintura y pegué un salto al asustarme.

¡Mierda!, ¡Me había olvidado por completo de Bohdan!... menudo espectáculo de presentación.

«Mira mi príncipe azul, aquí tienes a tus suegros. Postdata, mi madre está ida de la perola» Aunque él tampoco estaba para tirar cohetes, porque su madre era no estaba loca... directamente era una bruja.

—¡Hoooolaaaa! —dijo mi madre de pronto al verle como si Bohdan fuera tonto o no la entendiera.

—Hola —dijo él sonriente.

—Papá, mamá —dije respectivamente—. Éste es Bohdan, el príncipe Bohdan —rectifiqué para que entendieran por si es que había duda alguna de quién era él.

—¡Oh lo sabemos! (*¡Oh lo sabemos!*) —exclamó mi madre dando la vuelta a la camilla en la que estaba mi padre para acercarse a nosotros—. ¡Le he vihto por la tele una jartá de vese! (*Le he visto por la tele muchas veces*).

Bohdan me miró como si no hubiera entendido nada en un modo desesperado.

—Dice que nos ha visto por televisión y sabe quién eres —le dije sonriente—. Aunque lo sabrás, mi madre es Efigenia —dije sin traducción posible al nombre—. Y mi padre Miguel —añadí.

—Encantado —pronunció sonriente en un marcado acento español.

—Ven acá pa' cá (*ven para acá*) —dijo mi madre y con todo lo chiquitilla que era, le dio un abrazo y vi como él le correspondía y me miraba con una media sonrisa mientras yo no sabía si morirme de vergüenza y matar a mi madre o finalmente aceptar que es así y no tiene remedio.

Al final mi padre estaba bien, solo había sufrido una caída del tractor porque se pilló el pie con una de las correas que andaban sueltas y se había dado un buen golpe en la cabeza que le hizo perder la conciencia durante unos minutos, pero le habían hecho las pertinentes pruebas y solo estaba en observación como medida preventiva, así que pude respirar con tranquilidad sabiendo que si un día me casaba, mi papaíto me llevaba hasta el altar.

—Güeno, ya que habeí venío, sus quedareí pal aniversario de la agüela, ¿no? (*Bueno, ya que habéis venido, os quedaréis para el aniversario de la abuela, ¿no?*) —preguntó mi madre.

—No mamá —dije adelantándome a Bohdan para no tener que ser él quien defraudara a mi madre—. Bohdan tiene demasiadas responsabilidades y no puede ausentarse de su deber tanto tiempo —añadí mirando a Bohdan que la verdad, no tenía ni idea de si me había entendido.

—¡Seguro que pue tomarse unoh díah libreh! (*¡Seguro que puede tomarse unos días libres*) —contestó mi madre mirándolo—. ¿Verdá que si, hijo? (*¿Verdad que sí, hijo?*) —le apremió a contestar y yo bufé.

A veces mi madre era más pesá que una vaca en brazos.

—Mi madre quiere que nos quedemos a la celebración del aniversario de mis abuelos, cumplen cincuenta años de casados —contesté sin darle mucha importancia. En su día asumí que no vendría porque no me apetecía contarle a toda la familia “otra vez” que estaba soltera y no había triunfado en la vida a pesar de haberme ido a vivir a la capital.

—Si, podemos quedarnos —dijo sin más en español y yo le miré con la boca abierta.

«¿Qué? No... ¡No, no, no!» gemí interiormente. En cuanto Bohdan viera la clase de familia que yo tenía iba a salir huyendo por patas... ¡Ay por dios!, ¡Que este no sabe dónde se está metiendo!

—¡Verá cuando se entere toa la familia! (*¡Veras cuando se entere toda la familia!*) — gritó mi madre la mar de feliz...

«Tierra trágame» rogué y miré a Bohdan que sonreía encogiéndose de hombros.

—No sabes dónde te acabas de meter —alegué en mi defensa advirtiéndole.

—Si es contigo, no tengo nada que temer —contestó haciendo que me derritiera por completo.



VEINTE



Nos quedamos hasta que le dieron el alta a mi padre y al decirles que habíamos llegado en helicóptero al hospital, mi madre insistió en que volviéramos con ellos a casa. En realidad no había pensado si pasaríamos la noche allí o no, o qué puñetas iba a ocurrir porque me limité a no pensar desde que mi madre soltó la bomba —aún no se me habían pasado las ganas de estrangularla—, verás tu como el día menos acordado, nos suelta algo que es verdad y no la creeremos, como el cuento de “Que viene el lobo, que viene el lobo y cuando vino, nadie le creyó”.

—Tenemos reserva en un hotel —dijo Bohdan con cierta calma.

—¡Ah no!, ¡No, no, no! —comenzó a negar mi madre con el dedo—. ¡No pienso permití que mi yerno se vaya a un hoté! —exclamó tozuda como ella sola.

—Mamá —dije con cierto aire de regaño—. Si él quiere ir a un hotel, tendrás que respetar su decisión —añadí al ser esa mi salvación.

¿Meter a Bohdan en una casa donde todos pinchan en el mismo plato central? Verás tu... verás tu...

—¡Me dá iguá! (*Me da igual*) —sentenció mi madre—. Además, en er pueblo solo tá la pensión de la mari, y tu ya sabe que en la casa va a tá musho mejó atendío que allí, y no vamo a etá pallá pá cá si se quea aquí en la capitá (*Además, en el pueblo solo está la pensión de la Mari, y tu ya sabes que en casa va a estar mucho mejor atendido que allí, y no vamos a estar para allá, para acá si se queda aquí en la capital*) —alegó en su defensa.

—Anda, dame en tol gusto hija... que si no te viene tu mare me va a poné la cabeza como un tambó y me via queá peó de lo que toy. (*Anda, dame en todo el gusto hija... que si no te vienes, tu madre me va a poner la cabeza como un tambor y me voy a quedar peor de lo que estoy*) —dijo mi padre mirándome con pena de súplica.

—¡Que esagerao por dio! (*Qué exagerado por dios*) —gimió mi madre bajo la atenta mirada de Bohdan que nos observaba como un partido de tenis probablemente sin entender nada.

—Mis padres quieren que nos alojemos en la casa del pueblo —dije apiadándome de mi padre, después de todo había venido por él y quería estar cerca de él.

—Si no es una molestia para ellos, a mi me parece bien —confirmó sonriente.

Cerré los ojos y suspiré.

—Está bien —afirmé—. Vamos con vosotros —pronuncié y mi madre comenzó a chillar y a dar saltitos de alegría como si le hubiera tocado la lotería.

Al salir al aparcamiento en cuanto le dieron el alta a mi padre, Bohdan y yo les acompañamos hasta el todoterreno que más mierda y barro no podía tener el pobre, mi madre nos invitó a subir, pero en ese momento un vehículo especial con lunas tintadas apareció junto a nosotros y mientras mis padres iban en su coche, nosotros les seguíamos detrás desde uno un tanto más... limpio, vamos, que hasta parecía que le habían pasado la lengua y todo en comparación para dejarlo así de brillante.

—No hace falta que te quedes, ¿eh? —dije de pronto por si de algún modo él se había sentido presionado o coaccionada por mis padres—. Puedes irte que lo entenderán.

—Quiero quedarme —contestó con una sonrisa—. Es como tener unas vacaciones justificadas —alegó en su defensa.

—Así que me estás utilizando para no cumplir con tus obligaciones —dije irónicamente y le clavé el dedo índice en su pecho a modo de hacerle sentir culpable.

—Puede decirse que si —contestó sincero—. Además, ya era hora de que conociera a tu familia o al menos, hiciera acto de presencia, después de todo estamos legalmente casados —sonrió.

—No estabas en la obligación de hacerlo, la forma en la que nos conocimos y como llegamos a esta situación fue...

—¿Inusual? —dijo él como si fuera la palabra que me faltaba.

—Demasiado inusual diría yo —afirmé.

—Eso no cambia los hechos —dijo acercándose a mi y acariciando con su nariz mi mejilla.

—No... no los cambia —dije sin saber en realidad que estaba diciendo porque yo ya estaba perdida en ese perfume que me envolvía y me hacía presa de sueños poco infantiles precisamente.

Los labios de Bohdan rozaron los míos y no me resistí más, sino que me lancé a por ellos como si llevara cuarenta días sin beber en el desierto, estuviera desesperada y él tuviera la fuente de la que emanaba agua fresca.

—Antes de que llegemos tengo que advertirte una cosa —dije separándome lentamente y teniendo algo de lucidez en mis neuronas.

—¿Si? —gimió observándome con esos ojos azules que me volvían literalmente loca.

—Mi familia no es precisamente... ¿Un modelo a seguir? —ironicé—. La cuestión es

que son un poco de mentalidad cerrada... —advertí quedándome corta y vaga en la explicación—. Y muy cotillas —afirmé sabiendo a la clase de interrogatorio al que nos iban a someter—. Así que te agradecería que fingiéramos que todo es real, pero muy, muy real —dije para que me entendiera.

—¿Cómo que muy real? —preguntó alzando una ceja.

—Que crean que estamos locamente enamorados y que el compromiso es verdaderamente real —dije esperando que no me enviara a donde pican los pollos directamente. Tampoco estaba pidiendo un imposible, ¿no? Ya me dijo que le gustaba, no creía que llevarlo un poco más allá fuera a costarle mucho, pero sabía como era más de una de mis “primas” —si es que se las puede llamar así—, y prefería que vieran desde primera hora que no tenían posibilidades. Llamadme celosa, llamadme posesiva, pero al menos que mi príncipe no me lo quitaran.

—¿Quieres que finja que estoy enamorado de ti? —preguntó mirándome fijamente.

— Si... bueno tampoco creo que implique mucho más de como me has tratado hasta ahora, pero que se note de forma evidente y que todos vean que estamos juntos —insistí.

—Está bien —dijo en un tono neutro—. Si es lo que quieres, puedo hacerlo, pero con una condición —añadió al final.

—¿Cuál? —pregunté.

—Dentro de un tiempo te pediré que hagas algo por mi y quiero que ahora mismo, en este instante, te comprometas a decirme que lo harás.

—¿Sin saber siquiera de que se trata? —pregunté completamente intrigada.

—Esa es la clave, no lo sabrás hasta que te lo pida.

Su inexpresión no me incitaba a saber de que se trataba, aunque suponía que no debía ser nada malo, pero ¿Y si tampoco era nada bueno?

—Está bien —dije finalmente—, lo haré.

—Entonces tenemos un trato señorita Abrantes —contestó con una sonrisa.

—Eso parece su excelencia.

Cuando llegamos a casa y descargamos los macutos que en realidad solo tenían ropa como para pasar un fin de semana, entramos en mi casa... ¿Cuántos meses hacía que no iba por allí? Al menos no la pisaba desde navidades y de eso ya había pasado medio año.

—¿Dónde vamos a dormir, mamá? —pregunté mientras Bohdan se quedaba observando el salón cuyo techo era de vigas de madera antiguas, con una chimenea de piedra y todo bastante rural.

—Pué en el artillo hija mía, ¿Dónde quiere dormir sino? No creo que meta a ese pedaso de tiarrón en tu cama chica (*Pues en el artillo hija mía, ¿Dónde quieres dormir sino? No creo que metas a ese pedazo de tiarrón en tu cama pequeña*)

¿Iba a dormir con él?, ¿Juntos?, ¿En la casa de mis padres? En realidad, sería extraño

si no lo hiciera teniendo en cuenta que estaba casada con él y aunque para todo el mundo era su prometida, mis padres sabían que sí nos habíamos casado de verdad.

—Claro, claro —contesté sonriente—. ¡Si al final iba a sacar algo bueno y todo de aquello!

—¿Pasa algo? —preguntó Bohdan mirándome y cogiendo las maletas cuando hice ademán de hacerlo yo.

—No, nada —sonreí—. Ven, que te llevaré a nuestra habitación.

El altillo se encontraba arriba del todo y lo cierto es que era mi parte favorita de la casa. En su día fue nuestro cuarto de juegos y después mi madre decidió convertirlo en una habitación de invitados porque nunca había camas suficientes cuando traía a mis amigas de visita.

—Vaya, esto es muy bonito —le escuché decir cuando llegamos y abrí la puerta de la habitación.

Los grandes ventanales tenían las mejores vistas a la parte olivar del pueblo y se veían las montañas a lo lejos, como todo estaba decorado en tonos claros y los techos igualmente de vigas de madera restaurada, aquello parecía una habitación de hotel rural, hasta tenía su propio baño.

—Me alegro de que te guste, no es un palacio, pero...

—Es perfecto —concluyó y dejó las maletas a un lado.

Sabía que estaba siendo demasiado amable y en el fondo lo agradecía, lo cierto es que, para ser un príncipe criado entre oro y algodones, Bohdan tenía una parte humilde que incluso era casi abrumadora.

—Es un poco tarde, pero si te apetece podemos ir a dar una vuelta por el pueblo después de cenar —me atreví a decir.

—¿Me estás proponiendo una cita? —preguntó con sorna.

—Puede... —vacilé en la respuesta.

Durante la cena le presenté mi hermana a Bohdan, que se había quedado con mis abuelos mientras mis padres estaban en el hospital, no la culpé por mirarle con cara de ensoñación y que se le escapara algún que otro suspiro, total ¿No hacía yo exactamente lo mismo?

—Bueno, nosotros vamos a dar un paseo por el pueblo, aunque no creo que tardemos teniendo en cuenta que solo son cuatro calles —ironicé.

Si, mi pueblo son cuatro calles pelás y mondás como quien dice, porque el resto son callejuelillas de casas alrededor. Teniendo en cuenta que toda la gente que vive aquí es porque no se ha ido a estudiar fuera y vive de la agricultura que hay alrededor, es normal. Para una chica de ciudad como yo ya me consideraba, era como irse a mitad del campo desierto, porque por no tener, no tenía ni una mísera tienda de ropa y en la única tienda del pueblo te venden el pan y de paso las bragas de abuela —porque estaba la cosa como pa'

pedir lencería fina—.

—¿Puedo ir con vosotros? —exclamó mi hermana.

—Deja a tu hermana, Adriana —dijo de pronto mi madre antes de que yo contestara —, que é grandesita y no nesecita llevá a ninguna carabina (*que es grandecita y no necesita llevar a ninguna carabina*) —añadió con cierto tono de complicidad hacia mi.

Por el gesto que puso mi hermana hasta a mi me dio pena y quise decirle que no pasaba nada, que viniera, pero ella se levantó malhumorada de la silla y se largó dando un simple «Buenas noches» de morros.

—Mama... tampoco era necesario, ¿no? —la regañé—, no creo que pasara nada porque viniera.

—Ay jamía (*Ay hija mía*) —contestó mi madre convencidísima de que el aquí presente príncipe Bohdan que nos miraba con cara de confusión, no la entendería—. Quiero que me dé nieto pronto, así que con tu hermana pulululando a tu alrederó no creo que me lo vaya a dá mu pronto (*Quiero que me des nietos pronto, así que con tu hermana pululando a tu alrededor no creo que me los vayas a dar muy pronto*) —soltó tan pancha.

—¡¡Mamaaaa!! —grité completamente roja de vergüenza y rogando a dios que Bohdan no hubiera entendido un carajo.

—¿Qué? —exclamó—. No he dicho ninguna mentira —añadió tan tranquila mientras se levantó cogiendo unos cuantos platos para llevarlos a la cocina.

La imité haciendo lo mismo solo para seguirla.

—Que no sea una mentira no significa que puedas ir... ¡diciendo eso! —susurré para que no me escuchara, por suerte mi padre intentó hablar con Bohdan aprovechando que nosotras nos levantamos a pesar de que dudara que pudiera hacerse entender.

—¿Por qué no?—exclamó—. Tieneh veintiosho año, tas casao con un prinsipe millonario, aunque no sea ofisiá toavía, pero cushame... como no te dé prisa, se te va a secá er higo, ¡eh! (*Tienes veintiocho años, te has casado con un príncipe millonario, aunque no sea oficial todavía, pero escúchame... cómo no te des prisa se te va a secar el higo, ¡eh!*)

«Yo te estrangulo» pensó mi cerebro, pero por suerte mis brazos no le hicieron caso alguno. ¿Qué se me iba a secar el higo? Yo la mato...

—Te recuerdo que tu tuviste a Adriana con un año más que yo... —contesté con toda la calma que no tenía.

—Pero ya te tenía a ti, eso é diferente. Tu arme caso, ve poniéndote mano a la obra que le tiene que dá heredero a tu marío (*Pero ya te tenía a ti, eso es diferente. Tu hazme caso, ve poniéndote manos a la obra que le tienes que dar herederos a tu marido*)

No contesté, era como hablar con una pared. Mejor me marchaba de allí porque a fin de cuentas no le iba a poder decir a mi madre que ni habría boda, ni bebés, ni castillo, ni leches en pepitoria.

—¡Bohdan!, ¡Vámonos! —exclamé y vi la sonrisa de mi madre...

«No, y se pensará que voy a ir a la calle a “fabricar bebés”»

Hacía algo de fresco, pero nada comparable a la zona de la que veníamos. Mi pueblo era como veinte veces más caluroso que Liechtenstein, de hecho, noté como a Bohdan le sobraba la chaqueta.

—Puedes quitártela, eh —dije cuando llevábamos un rato caminando en silencio—. No creo que nadie te esté espiando detrás de una esquina para publicar en el periódico de mañana “El príncipe Bohdan ha roto la etiqueta de protocolo” —añadí mientras comenzaba a reír y vi su sonrisa.

—Tienes razón —contestó mientras le vi desabrocharse los botones y quitársela para posteriormente remangarse las mangas de la camisa—. Estoy tan acostumbrado a pasar calor, frío o aguantar los pesados uniformes que me he acostumbrado.

—Eso no ha sonado muy bien —dije frunciendo el ceño—. Imagino que llevar una vida de normas estrictas no debe ser fácil.

—Uno se termina acostumbrando —aclaró—. O más bien, no tiene otra opción que aceptarlo.

En ese momento sentí un pequeño pellizco en mi estómago, algo me decía que a Bohdan no le gustaba ser príncipe, es más... casi me atrevería a decir que serlo le privaba de demasiadas cosas. Nah, solo deben ser imaginaciones mías, ¿Quién no desearía ser un príncipe?

—¡Ah, ven! —exclamé de pronto e instintivamente le cogí de la mano para que me acompañara—. Te enseñaré lo único que merece la pena de este lugar —le dije mientras avanzábamos por unos escalones empedrados hasta llegar a un pequeño mirador donde a esas horas, todo era oscuridad pero que, al estar más abajo del pueblo, se podían apreciar perfectamente las estrellas por estar todo en penumbra.

—¿Esto es lo único que merece la pena? —exclamó mirando hacia la nada donde solo se veía oscuridad, es más, al estar en luna creciente apenas había luz.

—Mira el cielo —dije señalando hacia el enorme cielo estrellado que había sobre nosotros y que se veía perfectamente al estar tan apartado de cualquier gran ciudad.

—Vale... no está mal —contestó después de unos segundos—, pero estoy seguro de que esto no es lo mejor que tiene este lugar.

—¿No? —gemí—. Ya verás mañana con la luz del día como si... en realidad este pueblo no tiene nada especial, ni tan siquiera la iglesia es bonita. Además, la plaz...

En ese momento unos labios me impidieron seguir hablando y enrosqué mis brazos alrededor del cuello de Bohdan para aferrarme a ellos respondiendo aquel beso, que a pesar de ser inesperado era más que deseado.

—Tú eres lo mejor que tiene este lugar Celeste. No me interesa nada más —susurró separándose levemente para después volver a besarme.

¡Joder, joder, joder!, ¡Ay, mi, madreeeeeeeeeeeeeeeeeeeee! Creo que estoy muriéndome, lenta y placenteramente...

«Si en estos momentos me voy al otro barrio no me importa. Moriré feliz» Sentí como sus brazos se aferraban a mi cintura y sus manos seguían el inicio hacia abajo hasta posarse sobre mis nalgas y apretarme contra él. ¡Dios! Podía notar su excitación ardiente y apasionada... casi no me hacía falta que hubiese luz para adivinar el semblante de su rostro y esa mirada de “Te voy a comer” que debía tener...

Por un momento fugaz se me pasó por la mente que le iba a dar en tó el gusto a mi madre en eso de salir a fabricar bebés, hasta que de pronto noté que él se apartaba de mi y fui consciente de que unas voces se acercaban.

¡A la mierda!, ¡Pa’ cuatro gatos que hay en el pueblo, tiene que venir alguien justo ahora!

—¿Celeste?, ¿Qué ases aquí? —preguntó una voz de mujer apuntándome con la linterna de un móvil que reconocí inmediatamente.

—Podría hacer la misma pregunta, Olivia —contesté mientras buscaba la mano de Bohdan para enredar mis dedos entre los suyos y apretarla fuertemente.

—¡Oh dios mío!, ¡Es él! —exclamó en cuanto supuse que había visto a Bohdan.

¡De todas las personas que podían haber aparecido allí, tenía que ser la zorra de mi prima Olivia! Conste que la llamo zorra porque siempre que he traído un novio a casa, ha intentado tirárselo en toda mi cara.

¡Maldita sea mi mala suerte!, Me quedo sin polvo y encima tendré que aguantar a la vaca-burra esta de las narices...

Antes de que me diera cuenta había corrido hasta nuestro lado como una loca posesa «Ni que Bohdan se fuera a esfumar con el viento fresco, vaya» pero me imaginaba la razón que cara de aceituna amargá —la apodé así por la cara de asco que siempre pone a todo— que tenía por prima, se daba prisa por llegar hasta nosotros o más bien hasta MI príncipe. Recalco el “mi” para que le quede bien clarito a la aceituna amargá.

Tengo muchos primos y aunque no con todos me llevo especialmente bien, únicamente no soporto a tres; Olivia: la aceituna amargá aquí presente, Mercedes: la cara caballo y Vanessa, la lagartona de ojos saltones. A la última no la soporto porque fue la que se quedó preñá de mi ex al mes de dejarle —si, obvie decir que a la que dejó embarazada era a mi prima—.

—¡Hola guapetón! —exclamó la aceituna amargá de pronto haciéndome que volviera a la realidad.

«¿Guapetón?» No si cuando yo os digo que es un zorrón, es porque lo es.

En ese momento descubrí que bajaba alguien más por aquella escalera. No si... éramos pocos y parió la abuela. Aunque supuse que probablemente, si el zorrón de mi prima estaba allí era porque habría quedado con alguien, o mejor dicho; un tío.

—¿Olivia? —exclamó entonces una voz masculina y le reconoció.

«¡Ay mi madre!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!, ¡Ay mi madre!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!, ¡Ay mi madre!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!» comencé a maldecir... aunque realidad igual era algo bueno según como se mire.

—¡Oh! —la oí exclamar y me imaginé que su cara pasó a ser blanca nuclear a pesar de no verla—. ¡Espera!, ¡No bajas! —gritó alarmada, pero ya era tarde... no debió escuchar las voces y como no se veía ni tres en un burro, de pronto estaba allí.

¡La aceituna amargá tiene una aventura con el marido de la lagartona! Es decir, mi ex, mi primer novio... ¡Que fuerte, que fuerte, que fuerte!

—Vaya... —mencionó al vernos con la poca luz que emitía la pantalla del móvil de mi prima Olivia.

—Ramón y yo habíamos quedao porque quiere darle una sorpresa a la Merce... por su aniversario... —comenzó a balbucear mi prima a toda prisa—. ¿Verdá? —exclamó como si necesitara que ratificara su excusa.

—Si, si —afirmó Miguel convencido.

«Ya claro... y yo me he caído de un pino» susurré para mis adentros. «Ahórcate en un bonsái si crees que me voy a tragar que vas de buena samaritana»

—Muy bien, entonces os dejamos pensar aquí en la oscuridad bajo las estrellas sobre cuál es el regalo perfecto para tu mujer —ironicé mientras estiraba de la mano de Bohdan para irnos.

—No hace falta que os vayáis —dijo de pronto la petarda de turno tratando de hablar finolis y esforzándose en ello—, seguro que nos podemos tomar algo, ¿Verdá? —exclamó mirando a Bohdan que permanecía callado todo el tiempo.

—Solo habla alemán —mentí a medias, pero me regodeé en hacerlo.

«A ver como te haces entender “cacho penca”»

—¡Oh! —exclamó con pesar.

—Además, estamos cansados, ha sido un largo día y solo nos apetece ir a descansar —añadí por si no le había quedado claro.

—Bueno, ¿Por qué no se lo preguntas a él? —me dijo descaradamente.

En ese momento quise ahogarla, pero si así nos dejaba en paz... me valía.

—¿Te importaría decir que estas cansado y que nos apetece ir a casa? —le dije en alemán mientras le apretaba la mano en señal de complicidad, aunque igual había pillado moscas de la conversación.

—No estoy cansado, pero sí que me apetece ir a tu casa si con eso estaremos solos —contestó sonriente y no pude evitar reírme por dentro.

—Dice que mejor otro día —contesté secamente—. Buenas noches “prima” —añadí con retintín.

—Claro, claro —contestó y noté que debía estar frustrada por no poder comunicarse con Bohdan por sí misma.

«¡Ja!, Muchas tetas pa tan poco intelecto» Eso siempre lo dice una que está medio plana.

—¿Hasta cuándo te vas a quedá? —preguntó antes de que nos fuéramos.

—Poco —respondí sin entrar en detalles.

No pensaba decirle que nos quedaríamos hasta el aniversario de mis abuelos, porque sino, la prenda lerenla aparece con un vestido que poco dejaría a la imaginación con tal de llamar la atención del aquí presente —que me la conozco demasíé—.

No dejé que dijera alguno de ellos algo más, sino que estiré de Bohdan y nos apresamos en subir aquellos escalones de piedra hasta volver a la calle principal que nos conduciría de regreso a casa y al hacerlo me entró una risa nerviosa por lo que acababa de descubrir.

—¿Qué te causa tanta risa? —preguntó Bohdan confundido.

—No es nada... —dije de pronto tratando de serenarme—. Es solo que no esperaba encontrarles —añadí sin querer entrar en detalles. Dudaba que a Bohdan le interesara los líos amorosos de mi familia.

—Bueno, hubiera preferido que no nos interrumpieran sean quienes sean —contestó estirando de mi mano para apresarme entre sus brazos—. Me gustaba la forma en la que nos estábamos entreteniendo.

Estábamos en mitad de la calle, inexplicablemente no había nadie a pesar de que no era muy tarde —esa es la suerte de que en el pueblo vivieran cuatro gatos pelaos—. Miré a Bohdan a los ojos directamente, fijándome en el brillo de éstos a pesar de la oscuridad.

—Admito que a mi también me gustaba... y tal vez podamos continuar en esa gran cama que nos aguarda en mi casa —sonreí genuinamente.

En ese momento de manera inesperada sentí como Bohdan me elevaba en brazos y exclamé ante la sorpresa.

—¿Y a qué estamos esperando? —exclamó sonriente y yo comencé a reírme a carcajadas en aquella calle solitaria importándome un cuerno si alguien se asomaba a cotillear por la ventana.



VEINTIUNO



«Dios bendiga a mi madre por hacer una habitación en el altillo bien lejos y apartada de la suya» pensé nada más levantarme y observar la espalda desnuda de Bohdan en aquella cama. «Aunque mejor te doy las gracias Dios, por crear a tanta belleza junta concentrada en un solo cuerpo» medité tras levantar levemente las sábanas para ver esas nalgas esculpidas por el mismísimo Odín.

«¡Oh my god!» sulfuré mientras me daba calorcito del bueno por todo el cuerpo recordando esa noche de infinito placer...

No quise despertarle, aprovechando que estaba plácidamente dormido y me deslicé por la cama sin hacer ruido mientras cogí uno de los camisones que me habían metido en aquel macuto —a saber, quien lo hizo, porque no me imaginaba a Jeffrey rebuscando entre mi ropa interior—, y me metí en el baño.

Me eché un poco de agua y me cepillé los dientes mientras rebuscaba una goma del pelo por aquel mueblecito, pero como no me atara la cola con hilo dental iba a ser que no había nada similar...

—Ay—susurré mirándome al espejo para ver mis pintas—. Tengo una cara de que me han dao matraca, pero de la buena. —¿Las madres se dan cuenta de eso? Esperaba que la mía no.

Con esas salí y me acerqué a la cama mientras observé como Bohdan dormía profundamente.

«Que guapo es...» pensé con miles de ganas de acercarme a morderlo, chupetearlo, besarlo y hacer mil cosas que me apetecía en ese instante, pero que no hice porque se merecía un buen descanso después de aquella intensa noche y de paso, de su vida tan sumamente organizada y metódica.

Cerré la puerta de la habitación y bajé las escaleras en silencio y con cuidado para no hacer ruido alguno hasta que las voces comenzaron a llegarme procedentes del salón, debían ser mis padres y en todo caso alguna de mis tías...

«Ilusa de mi»

—¿Mamá?, ¿Dónde tienes las gomas del pelo? —grité antes de avanzar hacia el salón.

No tenía ni idea de qué hora era, pero me imaginaba que no muy tarde porque sobre el mediodía el sol daba de lleno a la ventana del altillo y todavía andaba bastante arriba, así que a lo sumo, debían ser las doce. Cuando llegué me maldije por llevar un mísero camisón de seda o lo que fuera aquel material, ¿Qué demonios hace media familia allí? Bueno... más bien debería decir ¡Todas las mujeres de mi familia allí!

—¡Celeste! —exclamó mi tía Sofía, la madre de “la lagarta” que, por cierto, ¿Andaría ella también por allí? No sabía que cara iba a poner cuando la viera sin gritarle ¡Tu marío te pone los cuernos por lagarta! Ain... contrólate Celeste, contrólate, que si es una cornuda no te importa un carajo. Hace mucho tiempo que dejó de importarte.

—¡Dichoso los ojos que te ven niña! —gritó mi abuela—. ¿Dónde tá ese prometío tuyo? —añadió.

—Si eso, ¿Ónde ta? Porque llevamo aquí eperando lo meno do hora (*Si eso, ¿Dónde está? Porque llevamos aquí esperando lo menos dos horas*) —escuché por otro lao de alguna tía o prima que ni siquiera supe decir quien sería porque allí había al menos veinte mujeres.

—¿Mamá? —me limité a exclamar y la aludida salió con una bandeja de dulces “fisnos” según los llamaba ella, que conociéndola, debió pegarse el madrugón para acudir a la pastelería del pueblo de al lado a por ellos.

—¿Si? —exclamó haciéndose la ingenua.

—¿Se puede saber que es todo esto? —pregunté señalándolas.

—Ná niña (*Nada niña*) —contestó sonriente—. Que tenían musha gana de verte, ¿Verdá? (*Que tenían muchas ganas de verte, ¡Verdad?*) —preguntó a las presentes pero no esperé que nadie contestara.

—¿Si? —fingí—. Pues es la primera vez que se juntan todas para venir a verme cuando estoy de visita en el pueblo... ¡Qué casualidad! —ironicé cruzándome los brazos en jarra.

—Vale... sá corrio la vó de que ta aquí tu prometío el prinsipe y san presentao toa po que quieren conoserle. Tampoco é pa tanto, ¿no? (*Vale... se ha corrido la voz de que está aquí tu prometido el príncipe y se han presentado todas porque quieren conocerle. Tampoco es para tanto, ¿no?*)

«¿Qué no es para tanto? Estas me lo quieren espantar el primer día»

—No, no... claro que no —ironicé—. ¿Pero qué os habéis creído?, ¿Qué es un mono de feria? —exclamé.

—Güeno... un mono mu apañado (*Bueno, un mono muy apañado*) —soltó mi abuela y me dieron ganas de pegarme un manotazo en la frente.

—¡Arreando cada una para su casa! —grité señalando la puerta—. Que vais a

provocar que salga corriendo y sinceramente ni me extrañaría que lo hiciera —gemí.

—¡Que esagerá! (*¡Que exagerada!*) —escuché decir a mi prima Olivia.

—Tu no estás para opinar mucho que digamos —la miré fijamente y haciendo entender que como me tocara la moral, con gusto me iría de la lengua.

—Ah vamo niña, no te ponga así que solo queremos dale er vito güeno, y ya tá (*Ah vamos niña, no te pongas así que solo queremos darle el visto bueno y ya está*) —dijo mi abuela como si con eso lo arreglara todo.

—Pero ¿qué visto bueno ni qué leches? —exclamé llevándome las manos a la cabeza.

—Vamo, vamo... que tampoco é pa' tanto hija mía (*Vamos, vamos... que tampoco es para tanto hija mía*) —habló mi madre dejando los malditos dulces “fisnos” en la mesa de centro—. Ni se os ocurra tocá ni uno, ¡eh!, ¡Que son pa' mi yerno! —amenazó a todas.

—“Futuro” yerno —puntualizó la cara-caballo saliendo a la palestra y en ese momento vi que me miraba con cierta superioridad.

—¿Buenos días? —escuché de pronto a mi derecha la voz masculina y sensual de Bohdan.

«Mierda», pensé «¿No podía haberse quedado dormido media horita más?» Llamen a la policía que creo que voy a cometer un genocidio con las mujeres de mi familia.

Lo que vinieron fueron muchos «¡Oh!» acompañados de suspiros... solo había que verles las caras para saber que a la que no se le habían caído las bragas era porque llevaba faja. Bondan se acercó hasta mi sonriente. Vestía un pantalón oscuro que le sentaba como un guante y una camisa blanca sin corbata. Para mi sorpresa no llevaba chaqueta y eso hacía que sus pectorales se marcaran para dejarme sin respiración a mi, a las presentes y a medio mundo si lo pensaba.

—No estabas cuando desperté —susurró mirándome fijamente como si le importara bien poco las aquí presentes. Me cogió delicadamente de la mano para girarla y darme un beso en el interior de la muñeca dejándome completamente muda y sin poder apartar la vista de él. Después me rodeó de la cintura con el brazo para acercarme a él y se acercó lentamente a mis labios—. Y no me gusta que no estés en mi cama... menos aun cuando despierto —añadió.

«Vale, a mi también se me han caído las bragas» concluí.

Nada coherente salía de mis labios porque simplemente no me creo que Bohdan haya dicho lo que ha dicho —aunque nadie se haya enterado un pepino porque hablaba en alemán—, y me haya besado delante de todas, ¡Todas!, ¡¡TODAS!! Las mujeres de mi familia.

«Ahora ponte a relinchar cara-caballo, a ver si así vuelves a decir “futuro” marido».

—Hola —dijo Bohdan en un perfecto español a todas las presentes que nos miraban como si estuvieran viendo una peli romanticona en el cine apiladas alrededor de la gran cocina de mi madre que se integraba parcialmente en el salón.

Para mi sorpresa Bohdan no huyó, ni salió corriendo, ni se cortó las venas, ni se tiró por la ventana. Sino que fue completamente atento, amable y de lo más “príncipe encantador” con cada una de ellas.

«Dios le ha otorgado con kilos de paciencia, porque menudo mérito tiene» suspiré cuando vi como mi abuela se abrazaba a él como una garrapata sin querer soltarlo.

—¿Vé? (*¿Ves?*) —exclamó mi madre cuando al fin se fue la última de mis parientes y tenía presente que lo hacía porque era la hora del almuerzo y tenían que estar en sus casas —. Tampoco a sio pa tanto (*Tampoco ha sido para tanto*) —añadió.

—Mejor me voy a duchar... —bufé por no soltarle cuatro frescas sobre lo que me había parecido—, pero más te vale que no vuelva a repetirse lo de hoy y empieces a meter aquí a las vecinas porque te advierto que me voy a un hotel, que te conozco bacalao —la amenacé.

La conocía demasiado como para saber que era capaz de alardear de yerno con las vecinas y meterlas en casa también para exhibirlo. Solo le faltaba montar el chiringuito en la puerta y vender entradas.

—Tené hija pa esto (*Tener hija para esto*) —dijo llevándose una mano al pecho dolida.

—Si ya... —bufé mientras comencé a subir las escaleras por las que instantes antes había subido Bohdan diciendo que tenía que realizar unas llamadas.

Cuando llegué a la habitación le oí hablando con lo que supuse sería su asistente o similar, porque pillé moscas sobre “posponer”, “cancelar” y “atrasar” varias reuniones y eventos. No quise ser cotilla a pesar de que él estaba distraído y me quité el camisón mientras lo lanzaba en la cama para dirigirme completamente desnuda al baño.

En el momento que sentí algo rozando mi espalda grité como una condenada al pensar que era un bicho, una serpiente o algo similar así que cuando mis manos tocaron esos pectorales fuertes y definidos me relajé.

—Lo siento... no quería asustarte —gimió antes de acortar la distancia para devorar mi boca intensamente.

—Tu asústame todo lo que te de la gana —gemí—, pero no dejes de besarme —añadí para volver a apresar de nuevo su boca y notar su excitación en mi vientre.

La celebración del aniversario de mis abuelos por sus cincuenta años de casados, que vienen a ser las bodas de oro, —algo que ya tiene mérito conseguir, la verdad— porque eso de pasar cincuenta años al lado de la misma persona parece imposible hoy en día, aunque ahora que lo pensaba, si me planteaba la remota posibilidad de pasar cincuenta años al lado de Bohdan solo podía decir; ¿Dónde hay que firmar? Si es que ese hombre es pecado mortal hecho carne y hueso. La cuestión era, que el evento en sí —que no era evento ni leches, simplemente nos juntábamos toda la familia y cada uno llevaba algo— se hacía en la casa de mis abuelos, donde todos terminaríamos como sardinas en lata —igualito que en navidad—, puesto que la familia no es que fuera muy pequeña que digamos. Entre primos, hermanos, tíos y un largo etc... terminábamos siendo más de cincuenta en aquel salón, que no era pequeño, pero tampoco para correr caballos

precisamente.

—¿No te parece que vas muy arreglado? —pregunté a Bohdan cuando salí del baño y le vi vestido con su impecable traje azul marino.

Parecía sacado del catálogo del corte inglés o directamente preparado para rodar el típico anuncio que saca por rebajas la firma, con esos hombres guapos de trajes ceñidos marcando...

«No pienses en eso, ¡Ni se te ocurra llevar a tu pervertida mente por esos caminos! Que ya vas con la hora pegada al culo y vas a llegar tarde» empecé a recriminarme...

Hacía diez minutos que mi madre nos gritó que ellos ya se marchaban porque debían llevar unos cuantos platos preparados a casa de mi abuela. Supuestamente la ceremonia en la iglesia era a las siete y media para renovar los votos y después venía la celebración, en el reloj del móvil marcaban ya las siete y cuarto y yo aún no me había puesto ni el vestido.

—Es una boda, ¿no? —contestó como si fuera evidente.

—Si, pero esto es un pueblo pequeño y no es que sea una boda como... las de verdad, sino una renovación de votos —dije balbuceando porque ni yo misma era capaz de razonar con semejante bombón allí presente. Además, estaba segura de que con el calor que hacía, ni un solo hombre iba a ir en traje... es más, dudaba muy mucho que hubiera alguno con corbata y menos todavía con chaqueta.

—¿Entonces cómo quieres que vaya? —preguntó algo confuso.

—Da igual, de todos modos no hay tiempo... —bufé mientras hacía malabares para no manchar de maquillaje el vestido en tono pastel que me estaba colocando, era uno de esos repipis que tanto le gustaba al que debió elegir mi ropa para rellenar el armario en mi habitación de palacio... o más que gustarle es que no se quiso calentar mucho el coco a la hora de elegir viendo lo visto.

Por suerte la iglesia no quedaba muy lejos de allí —teniendo en cuenta lo pequeño que era el pueblo yo creo que en cinco minutos se podía llegar de un extremo al otro—, pero con los tacones y el empedrado de las calles, tardamos un minuto más en llegar y gracias a que Bohdan me tenía bien sujeta de la cintura no me estampé contra el suelo en un par de ocasiones porque yo quería llegar pronto, pero mis pies se empeñaban en hacer lo contrario.

—Recuérdame que a la vuelta te lleve en brazos —susurró conforme pisamos el suelo llano que cubría la plaza de la iglesia y donde mis zapatos se encontraban en terreno seguro.

—No sé si será una buena idea con este vestidito —contesté algo sonrojada.

—Entonces llamaré para que nos recojan en uno de los vehículos oficiales —respondió tan seguro que creí con toda seguridad que lo haría.

—No creo que sea necesario teniendo en cuenta que donde luego vamos, está a dos minutos andando —dije en voz baja.

—¡Así que ezte é er famoso ese de por ahí!, Cómo se nota er poderío, ¿no? (*¡Así que este es el famoso ese de por ahí!, Como se nota el poderío, ¿no?*) —escuché antes de que Bohdan pudiera contestarme.

Alcé la vista para encontrarme con uno de mis tíos —si soy sincera el más cazurro de ellos—, vestía con una camisa de estas de manga corta ancha enseñando el “pelo en pecho” que intentaba camuflar su barriga cervecera, al igual que el resto.

—Se llama Bohdan —bufé—. Ellos son mis tíos —añadí en alemán para Bohdan que hizo un asentamiento de cabeza e hice las debidas presentaciones—. ¿Ha empezado ya la misa? —pregunté no extrañándome que mis tíos estuvieran allí fuera y se perdieran la ceremonia.

—Nah, tu agüela toavía no ha llegao, se ta asiendo de rogá (*Que va, tu abuela todavía no ha llegado, se está haciendo de rogar*) —contestó uno de ellos dando una calada al puro que tenía entre los dedos.

En ese momento apareció mi abuela acompañada por dos de mis tías y me pareció muy tierno que llevara un vestido blanco de encaje que seguramente habría realizado ella misma con sus manos. Fui consciente de lo significativo que debía ser para ella aquella celebración si renovaba los votos por la iglesia y me entró cierta nostalgia al desear algo parecido... amar tanto a una persona con la que compartir el resto de mi vida, ¿Amaba hasta ese punto a Bohdan?, Querría pasar el resto de mi vida a su lado? Quizás era algo que ni tan siquiera quería pensar porque sencillamente no podría tenerlo, no siendo él quien era y el cargo que representaba. Saberlo dolía, pero más aún dolería si no pudiera disfrutar de él como lo estaba haciendo.

—¡Vamo agüela! (*¡Vamos abuela!*) —dijo uno de mis tíos acercándose a ella y supuse que por ser el hijo mayor, sería quien la llevara hasta el altar—. *Que pápa te lleva esperando un güen rato (Que papá te lleva esperando un buen rato).*

—¡Ah no! —exclamó airada—. ¡Yo quiero que me lleve a altá er prinsipe! (*¡Yo quiero que me lleve al altar el príncipe!*) —añadió con una sonrisa de niña traviesa y todos nos quedamos en silencio, probablemente porque nadie sabía que decir, aunque todas las miradas se centraron en Bohdan.

«¡Será fresca mi abuela!»

—Anda mamá, no digas tonterías —comenzó a decir mi tía tratando de razonar.

—¡No! —exclamó de nuevo airada mi abuela y para más inri se acercó hasta nosotros y se encaramó al brazo de Bohdan—. ¿Verdá que me va a lleva tú? (*¿Verdad que me vas a llevar tú?*) —preguntó con ojitos de corderito y no sé hasta qué punto él entendió algo.

—Quiere que la lleves hasta el altar —dije totalmente abochornada.

—¿Yo? —contestó confuso.

—Si... tú —dije encogiéndome de hombros.

—Está bien, si es lo que ella quiere a mi no me importa —contestó y finalmente se volvió hacia mi abuela y sonrió.

—No hay problema, él la llevará hasta el altar —dije para todos.

—¡Me va a llevar un príncipeeeee!, ¡É er día má felí de mi vidaaaaa! (*¡Me va a llevar un príncipe!, ¡Es el día más feliz de mi vida!*) —comenzó a gritar mi abuela para que se enterara el pueblo el entero muy probablemente.

«Si de esta no huye, juro que soy capaz de soportar a la petarda de la muñeca maldita lo que haga falta» pensé para mi misma mientras le miraba con cierto pesar y le daba infinitamente las gracias con gestos y moviendo los labios para que me entendiera.

Entré en la iglesia y busqué a mis padres con la vista, suponía que me habrían reservado asiento, así que cuando vi a mi padre me dirigí hasta él y segundos después todos se levantaban por indicaciones de alguien que habría advertido que “la novia” había llegado.

—¿Onde tá Bordan? (*¿Dónde está Bohdan?*) —exclamó mi madre llegando en ese instante.

—Bohdan mamá, Bohdan —rectifiqué—. Acompañando a la abuela hasta el altar, se ha negado a entrar si no la llevaba él —dije justo antes de que entraran por la puerta.

—No me extraña —susurró mi madre cuando le vio aparecer—. Si é que tas buscao un marío que tá pa presumí una hartá de é hija mía... (*Si es que te has buscado un marido que está para presumir mucho de él hija mía...*)

—¡Mamá! —le recriminé.

—¿Qué? —dijo ella encogiéndose de hombros—. ¿Acaso miento?

En ese momento negué con la cabeza porque siendo sinceros, era la primera en admitirlo, readmitirlo y sobrerrequete admitirlo, mi “príncipe” está de rechupete y por primera vez en mi vida, sentía la envidia de todas las féminas allí presentes.

«Mirad, mirad cuanto queráis, pero la única que lo va a catar será la menda lerenla aquí presente»

En cuanto Bohdan dejó a mi abuela en el altar a pesar de que ella no era muy partícipe de soltarse del brazo, volvió enseguida bordeando el pasillo hasta llegar a donde estábamos y situarse a mi lado.

—¿Lo hice bien? —susurró.

—Demasiado bien —sonreí y le observé tan guapo que daban ganas de besarlo allí mismo—. Gracias —volví a decirle.

—A ella parecía hacerle ilusión —dijo en ese momento cogiéndome la mano y dándome uno de esos típicos besos que a mi me hacían suspirar en el interior de la muñeca para después entrelazar los dedos y dejarlos tal que así, sin soltarme mientras me miraba intensamente y con su dedo pulgar me acariciaba el mismo lugar donde instantes antes me había besado.

Mis hormonas están a flor de piel, lo reconozco, pero es que este hombre revoluciona todo en mí; hormonas, pulsaciones, palpitations y todo lo que termine en -onas -ones

seguro.

Durante la cena, todo parecía ir bien, de hecho, podía observar los esfuerzos de algunos de mis primos por tratar de hacerse entender entre el poco español de Bohdan y el nulo inglés de ellos, pero al final habían llegado a un idioma extraño por el que parecían entenderse. Para mi sorpresa, él no se separaba de mi ni un solo instante, de hecho, su mano en mi cintura, o los besos que al menor descuido me daba sin esperarlo, me hacían entender que definitivamente estaba cumpliendo con creces su promesa. Bohdan parecía que estaba completamente enamorado de mi, de hecho, las miradas de las tres malvadas sobre nosotros, así lo atestiguaban.

—Me llaman, tengo que salir un momento —dijo mientras le veía con el teléfono en la mano y asentí con la cabeza mientras le vi salir al patio para alejarse del ruido que había en el salón o de mis tíos que entraban y salían preparando la carne en la barbacoa.

—¡Venga prima!, ¡Cuéntanos de donde lo has sacao’! —dijo uno de mis primos con los que me llevaba bastante bien.

—A ti te lo voy a contar... —bufé con media sonrisa.

—Soy tu primo favorito... estírate el moco y cuéntamelo, anda —dijo echándome un brazo sobre los hombros y acercando su oído a mi boca—. Tu dímelo solo a mi que no se lo cuento a nadie —añadió y ya notaba que tenía alguna que otra copa de más.

Comencé a reírme y en esas observé como mi prima Olivia cruzaba la puerta del patio por el que Bohdan había salido minutos antes, aunque la vi de espaldas, ese inconfundible vestido rosa chillón demasiado ajustado solo podía pertenecerle a ella. Tenía complejo de Barbie y creía que el rosa la quedaba tan bien como a la propia muñeca, nada más lejos de la realidad, para su desgracia Olivia no tenía el físico que en cambio sí tenía Anabelle.

Sabía a lo que iba, de hecho quise alzarme de la silla y salir corriendo tras ella, ¿En serio era tan descarada? —No sé para qué me lo pregunto, lo es—, por un segundo intenté calmarme.

«Seguro que Bohdan la manda a freír espárragos, ¿verdad?» Intenté consolarme... pero los segundos seguían pasando y la paciencia en mi era nula.

—Voy a por un poco más de vino —dije levantándome porque no aguantaba un minuto más allí sentada.

Me estaba sirviendo una copa de vino blanco y decidí que saldría a ese patio me gustara o no lo que vieran mis ojos, mis celos no aguantaban más.

—Estás aquí —susurró esa voz ronca mientras noté sus dedos apartando el cabello suelto de mis hombros y después sentí sus labios sobre mi cuello delicadamente consiguiendo estremecerme.

—¿Todo bien? —sollocé.

—Si —contestó mientras rodeaba con sus brazos mi cintura—. Solo que no puedo retrasar más la vuelta y debemos volver mañana.

«¿Debemos?» medité.

—¿Quieres que vuelva contigo? —pregunté girándome lentamente.

—Por supuesto —sonrió levemente y como si nadie nos estuviera mirando colocó sus manos en mis mejillas y se acercó hasta posar sus labios sobre los míos delicadamente.

Era consciente de que toda mi familia nos estaría observando, pero me importaba un comino, es más, si la petarda de Olivia nos estaba viendo, mejor.

—Eres mi esposa, ¿Recuerdas? —sonrió después de apartarse levemente sin dejar de mirarme.

—Lo soy —sonreí y por primera vez, lo creí de verdad.



VEINTIDÓS



Antes de que pudiera volver besarle sentí como se apartaba de mi lado y me di cuenta de que no había sido él, sino uno de mis primos el que había estirado de Bohdan hasta apartarle de mí.

—¡Primita!, ¡Nos llevamos a tu prometío’! —exclamó mientras dos de ellos le cogían de los brazos.

—¿Cómo que os lo lleváis?, ¡Por encima de mi cadáver! —exclame no fiándome ni un pelo de aquellos locos.

—Tranquiiiiilaaaaa mujé, que solo le vamo a bautisá (*Tranquila mujer, que solo le vamos a bautizar*) —contestó otro de mis primos con evidentes síntomas de estar algo ebrio.

—¡Y una porra! —grité—. ¡Que me lo desnucáis por ahí... y no me fio ni un pelo! —añadí en mis trece.

—Pero que mujé de poca fé... ¿A quién hemo denucao nosotros? Ramon, ¿A que a ti no te paso ná cuando te fuiste a casá con la Vane? (*¿A quién hemos desnucado nosotros?, Ramón, ¿A que a ti no te pasó nada cuando te fuiste a casar con la Vane?*)

—Esa excusa no me vale —dije antes de que el aludido respondiera.

«Para empezar, era amigo de ellos con anterioridad y para continuar, algo mal debieron de dejarle si se terminó casando con la lagarta de mi prima»

—Venga mujé... que no le vamo a asé ná malo de verdá (*Venga mujer... que no le vamos a hacer nada malo de verdad*) —contestó—. Solo é una tradición familiá ante del casorio (*Solo es una tradición familiar antes del casamiento*)

Bufé mientras observaba a las ocho prendas allí presentes. Siete eran primos y el octavo mi exnovio... algo por lo que me fiaba aún menos si cabe. En ese momento miré a Bohdan que parecía divertirse y por ilógico que pareciera, pensé que quizá incluso se lo pasara bien con ellos.

—Lo quiero intacto, que no le falte ni un solo pelo y me lo devolvéis exactamente como está... —comencé a decir empezando a ver sus caras de felicidad y levanté el dedo en plan amenazador—. Porque como le hagáis el mínimo rasguño os juro que os castro a todos y dejo vuestros despojos a la corona real —amenacé seria.

—¡Joder con la niña! —escuché decir a uno de ellos... —No me veas cómo te cuida amigo... —añadió mirando a Bohdan que en ese momento me observaba con cierto brillo en los ojos.

No tenía ni idea de si me habría entendido, pero no lo pude preguntar, porque antes de que volviera a añadir otra amenaza se lo llevaron a empujones hasta salir de la casa de mi abuela.

«¡Ay dios mío que me lo devuelvan vivo!» pensé en ese momento mientras yo misma me reprendía por haber permitido aquello...

—¡Celeste! —escuché en el instante en el que había decidido salir tras ellos arrepintiéndome de haberles dejado que se lo llevaran.

—¡Laura!, ¡Que alegría verte! —exclamé al verla y se acercó a mi para abrazarme.

—Es que no he podido llegar antes, el trabajo en la consulta es agobiante, pero le prometí a mi madre que vendría aunque fuera solo un ratito para hacer acto de presencia, por cierto... ¡Que guapo ese príncipe tuyo! —exclamó con complicidad—. Ya me puedes decir que has hecho para echarle el guante... —añadió sonriente.

—Pues abrirse de piernas... —interrumpió de pronto la voz de la desfachatez—. Cómo sino iba a estar así por ella, si es una don nadie. Además, no es nada nuevo para ella —añadió un tanto insolente la queridísima aceituna amargada.

«Ver para creer» Bufé... cuando es ella la que se acuesta con el marido de su propia prima, ¡Será cacho penca la muy petarda!!

—Desde luego lo que haga o deje de hacer con “mi” prometido, no creo que sea de tu incumbencia Olivia —declaré.

—No creo que haya dicho nada que no pensemos todas —añadió la lagartona de turno en su defensa y mi paciencia llegó a su límite...

—Vosotras os lo habéis buscado —solté—. Tú —dije mirando a Olivia—. El hecho de que mi prometido no te haya dado ni la hora cuando has ido tras él de buscona, no significa que todas actuemos como lo haces tú, así que hazte un favor a ti misma y en vez de abrirte de piernas a cualquiera, piensa donde te estás metiendo por una puñetera vez en tu vida. ¡Ah! Y búscate una excusa mejor que la que nos diste a Bohdan y a mí la noche que llegamos cuando te pillamos a escondidas para justificar que hacías en el mirador en plena noche con él —. Y en cuanto a ti —dije mirando a Vanessa “alias la lagartona”—. Mejor métete en tus asuntos que ni siquiera te has dado cuenta que tu querida prima Olivia a la que tanto defiendes te la está pegando con tu marido —solté y me quedé tan pancha.

«Ale... y ahora mataros, pero a mi dejadme en paz de una maldita vez»

—Ay madre la que se va a liar... —escuché susurrar a Laura.

—¡Será zorra! —exclamó de pronto Vanessa y para mi sorpresa no me miraba a mí, sino a su queridísima prima Olivia.

—¡Es mentira!, ¡Miente! —gritó la aludida señalándome con el dedo...

—Según nos dijiste a Bohdan y a mi estabas ayudando a Ramón con su regalo de aniversario, ¿No os casasteis en Noviembre? —ironicé sabiendo que mi ex se casó con la lagartona de mi prima en noviembre con to' el frío en plan deprisa y corriendo porque ella estaba preñada y recuerdo que vine con desgana a la boda por puro empecinamiento de mi madre en quedar bien con la familia, así que a ver que excusa daba ahora.

—Yo... yo... —comenzó a balbucear.

Fijo que esta se pensó que no le iría con el cuento a la lagartona porque no era mi estilo andar de cotilla o chivata, pero anda y que le dieran con viento fresco por una puñetera vez en su vida. En ese momento Laura y yo nos quedamos patidifusas cuando Vanessa le propinó tal bofetada que cayó de bruces al suelo.

—Pero ¿Qué tá' pasando aquí? —exclamó de pronto mi madre.

—Que por fin se hace justicia divina —declaré con cierta satisfacción mientras veía como mi prima Vanessa cogía a la aceituna amargá por los pelos y ésta chillaba como una loca.

—¡Dio mío!, ¡Que la va a matá! (*¡Dios mío!, ¡Que la va a matar!*)

—Que va tía... dudo que le haga más que cuatro rasguños —contestó Laura a mi madre igualmente expectante.

—Pero ¿Qué ha pasao? —volvió a insistir mi madre—. Si siempre se han llevao como la mar de bien.

—Nada mamá, líos de primas. Seguro que mañana están como siempre —mentí.

Una cosa era decírselo a la cara y otra bien distinta que se enterase todo el pueblo por contárselo a mi madre que sabía que sería incapaz de resistirse a contarle a todo kiski un cotilleo así.

Finalmente mis tías terminaron separándolas y ninguna soltó prenda a lo que estaba pasando, pero algo me decía que aquello no iba a terminar allí

«Ay Ramón la que te espera en tu casa esta noche... me da a mi que hoy duermes en el sofá» pensé mientras me reí interiormente. ¿Era mala por pensar aquello? Buah si seguro que voy al infierno de todos modos por tener tantos pensamientos impuros con cierto príncipe...

Para mi sorpresa mis primos volvieron al cabo de una hora y traían a Bohdan en volandas. Lo único extraño que vi en él es que llevaba el pelo mojado, ¿Es que le habían bautizado de verdad? No parecía enfadado, ni arrepentido, ni nada por el estilo, sino que para mi estupefacción, parecía estar pasándoselo en grande. En cuanto le dejaron en el suelo comenzaron a jalearle y me buscó con la mirada hasta encontrarme. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero como si fuera a cámara lenta llegó hasta mi con una sonrisa

de complicidad y frente a todos me cogió con una mano de la cintura, con la otra rozó levemente mi mejilla y sin previo aviso me besó consiguiendo que mi espalda se arqueara ante aquel beso de película.

Escuchaba los gritos de fondo que sin duda alguna estaban protagonizando mis primos y a los que sabía que muy probablemente se habrían unido mis tíos y si me apuras hasta mi abuela mismamente.

«¡Así una no puede concentrarse!» pensé mientras acariciaba levemente su cabello mojado.

—¿Te han tirado a la piscina? —susurré cuando apartó levemente sus labios de mi y me miró con intensidad.

—Algo así —sonrió cómplice, pero sin decirme exactamente que era lo que le habían hecho.

El resto de la velada pasó rápido... Bohdan pareció encajar bastante bien con mi familia a pesar del impedimento del idioma y es que encontraron un filón con el marido de Laura que sabía hablar perfectamente inglés y les servía de traductor oficial.

Nos fuimos entrada la madrugada, a pesar de la insistencia de mis primos en que fuéramos a seguir la fiesta por los pubs de la ciudad, teníamos un avión que coger al día siguiente, sin contar con el riesgo que eso supondría para la integridad de Bohdan, por lo que nos fuimos a casa. Al día siguiente me tocaría enfrentarme de nuevo a la reina bruja y su séquito. A lo mejor tenía suerte y la palillo tetudo se habría largado de palacio... total, ¿No estaba allí solo por el maldito baile ese?

—Me caen bien tus primos, me recuerdan en cierta forma a mis amigos de la universidad —le escuché decir mientras me quitaba los zapatos y vi que él ya se había deshecho de la chaqueta.

—Me alegro —contesté sonriente—. Por un momento creía que volverías sin algún miembro de tu cuerpo —añadí sacándome el vestido y quedándome en ropa interior frente a él que ya estaba sin camisa y me miraba fijamente.

—Te aseguro que tengo todos mis “miembros” en su sitio —jadeo.

—¿Ah sí? —pregunté caminando descalza hasta él y pasando la mano por su firme pecho— Estás pegajoso... ¿Dónde demonios te han metido? —exclamé.

—Mejor no quieras saberlo —afirmó riéndose, pero para mi sorpresa me alzó de las nalgas y yo entrelacé mis piernas en su cintura—. Aunque ahora tengo la excusa perfecta para que te duches conmigo sin que puedas negarte... también estás pegajosa —añadió pegándome más a él.

—¿Qué tiene usted planeado hacer conmigo en esa ducha, su excelencia? —pregunté con cierta lascivia e interés.

—Si se lo digo, sabrá usted lo mismo que yo señorita Abrantes —contestó antes de que sintiera como el grifo de agua fría nos bañaba a ambos provocando que gritara de la impresión, pero Bohdan acalló mis gritos con sus labios y el agua fría pasó a ser el menor

de los problemas, tenía algo más interesante a lo que prestar atención.

Sus labios apresaban los míos con tal fiereza que ni el ruido del agua de la ducha era capaz de acallar los gemidos que procedían desde mi garganta ante la voracidad de aquel ataque irradiando pasión contenida. Sentía sus manos quemando mi piel mientras apretaba fuertemente mis nalgas contra la protuberancia de sus pantalones porque nos había metido a ambos con ropa aún cubriendo parte de nuestra piel que ahora estaba completamente empapada y adherida a nuestros cuerpos.

—Confieso que llevo deseando hacer esto desde esta misma mañana —susurró en mis labios mientras notaba como la pared fría de la ducha entraba en contacto con mi espalda y sujetándome con su propio cuerpo para tener un mayor acceso al resto de mi piel con sus manos.

Sus labios se deslizaron por mi garganta hasta llegar a rozar la tela del fino encaje del sujetador que llevaba puesto y entre el leve frío que sentía por el agua helada, sumado al contacto de sus dientes, mis pezones se erizaron completamente ante aquel roce.

Noté como sus dientes estiraban de la prenda haciéndome estremecer ante ese contacto y cuando quise intentar deshacerme de la prenda yo misma, Bohdan me sujetó las manos sobre la cabeza mientras me observó fijamente con lascivia.

—No... —gimió—. Quiero verte estremecerte de placer —añadió con esa voz ronca y yo pensé que me habría corrido literalmente en las bragas.

Esa mirada... esa voz... ¡Ese todo!

Bohdan siguió con su tortura volviendo con su boca hasta mis duros y erguidos pezones y yo me arqueé todo lo que pude para proporcionarle un mayor acceso a ello. Sentí como su mano se deslizaba bajando por mi ombligo lentamente, acariciando mi piel mojada y abriéndose paso a través del encaje de la ropa interior que no me había quitado aún para mi propio martirio, aunque eso no pareció suponerle un impedimento. Le escuché jadear al mismo tiempo que yo gemí de placer cuando sus dedos se deslizaban hacia mi interior y sentía ese ligero cosquilleo de placer que precede a algo mucho más grande. Era una sensación de hormigueo placentero que abría mi apetito por devorarlo...

—¡Oh Dios! —gemí en español.

—Me vuelves loco preciosa —susurró deslizando los dedos hacia fuera para volver a hundirlos profundamente.

—¡Joder! —grité agarrándome a su cabello fuertemente y estirando hacia atrás para que me mirase directamente.

—No te haces una ligera idea de hasta que punto —añadió a su anterior confesión.

Pero en ese momento no estaba para razonar y me lancé sobre aquellos labios buscando desquitarme el ansia que él mismo me estaba provocando de alguna forma mientras mis manos fueron directamente al botón de su pantalón hasta que conseguí abrirme paso, pero antes de que pudiera llegar a rozarle, apartó mis manos y me ahogué en un profundo gemido cuando sentí como se hundía con fuerza dentro de mi.

«Me voy a morir» pensé sintiendo como me llenaba por completo y sintiendo lo que solo él me hacía sentir.

Una de sus manos se entrelazó con la mía mientras con la otra me sujetaba para evitar que no cayera. Me aferré aún más a su cintura con las piernas. Podía notar con cada una de sus embestidas como me acercaba cada vez más al abismo y abandono por lo que estaba sintiendo hasta que aquel inminente orgasmo se apoderó de todo mi ser y me dejé abrazar por su cuerpo al mismo tiempo que sentía como mis pulsaciones comenzaban a remitir transcurridos unos minutos.

Bohdan susurró algo en mi oído, pero inexplicablemente no entendí absolutamente nada de lo que dijo. No era alemán, ni inglés, ni español, ¿Qué idioma era ese?

—¿Cómo? —pregunté no entendiendo nada.

Su respuesta fue darme un dulce y cálido beso. Mis brazos rodeaban su cuello y me deleité en ello.

—Algún día te diré lo que significa —dijo de pronto.

—Pero ¿Qué idioma es? —pregunté extrañada mientras me dejaba en el suelo de la ducha y aproveché para deshacerme al fin de mis prendas interiores.

—Es alemánico, el idioma autóctono de mi país —contestó.

—¿Y por qué no me quieres decir lo que significa ahora? —pregunté completamente intrigada.

—Porque te lo diré cuando estés preparada para escucharlo —sonrió.

¿Estar preparada?, ¿Tenía que estar preparada para escuchar algo? Lo cierto es que me había parecido escuchar la palabra “jamás” en aquel conjunto de sonidos extraños, pero no tenía ni idea porque realmente no sonaba tal cual la conocía en alemán.

—¿Y cuándo estaré preparada? —insistí mientras observé como frotaba el jabón en sus manos para expandirlo por mi piel e imité su gesto haciendo lo mismo con esa perfecta tableta de chocolate que tenía ante mis ojos.

—La paciencia no es una de tus virtudes, ¿Cierto? —contestó con otra pregunta.

¿Tanto se notaba?

—Si... tenerla la tengo —contesté—, pero en dosis pequeñas —respondí sonriente y escuché una carcajada por su parte.

—Me gusta tu frescura Celeste —dijo ahora con semblante serio—. De hecho, me encanta —añadió mientras sus dedos acariciaron mi mejilla dulcemente— Y adoro el color de tus ojos, ¿Te pusieron tu nombre por ellos? —preguntó.

Ah no... esa era una parte bochornosa de mi existencia.

—Emmmm... bueeeno —dije intentando cambiar de tema mirando hacia otro lado—. No precisamente —confesé.

De hecho, me extrañaba que mi madre no se lo hubiera contado «Total, se lo cuenta a

todo el mundo» pero recordé que no tenía interprete salvo yo y ya le había dicho hasta la saciedad que dejara de contar esa historia de mi nombre.

—¿No? —preguntó inquisitivo. ¿Y entonces por qué?

Suspiré. Más vale que se enterara por mí antes que por terceros.

—Mi madre era una adolescente con las hormonas revueltas, aunque mi padre también —comencé a confesar—, al parecer se fugaron un fin de semana a escondidas a un paraje natural de playas vírgenes donde el agua del mar era de color “celestes” y dio la casualidad de que justo en ese fin de semana fui concebida. Mi madre afirma que fueron esas aguas las que le dieron color a mis ojos porque nadie de la familia los tiene así, solo yo. La cuestión es que por eso me llamaron Celeste, le debo mi nombre y mi vida a una playa...

—Así que fuiste bendecida por el agua de mar —le escuché decir conteniendo una evidente carcajada.

—¡No te rías! —exclamé no pudiendo evitar reírme yo misma ante la ridiculez de mi madre y le golpeé el pecho en un vago intento de regañarle.

Bohdan comenzó a reírse y cuando fui a volver a golpearle me cogió los brazos para impedirlo.

—¿Y dónde está ese paraje natural? —preguntó aún sonriendo.

—No pienso decírtelo —contesté aún sujeta por sus manos y le saqué la lengua en defensa.

—¿No? —inquirió y en ese momento noté como con una sola mano sujetaba mis muñecas y con la mano que le había quedado libre comenzaba a hacerme cosquillas.

—¡Noooo! —grité sin poder evitar reírme y moviéndome para que no me alcanzara—. ¡Para! —exclamé y me pegué aún más a él.

Su pecho estaba en permanente contacto con mi espalda y sentí de pronto su abrazo firme.

—No importa, seguro que tu madre me lo dice sin oponer resistencia —susurró y gemí ante el roce de sus labios en mi oído.

Salimos de la ducha y Bohdan me envolvió en una de las toallas para después secarse él mismo con otra. Le observé durante un segundo contemplando la belleza de aquel hombre y la suerte que por puro azar había tenido para cruzarme con él en aquella despedida de soltera.

¿Quién me habría dicho a mi que tirarme las copas encima terminaría en aquello?

—¿Qué? —preguntó de pronto sacándome de mi abstracción.

—No, nada —confesé—. Solo estaba acordándome de aquella noche en la que nos conocimos —dije sin mencionar que a lo mejor debía darle las gracias al azar por ponerlo en mi camino.

—¿Has recordado algo de esa noche? —preguntó mirándome seriamente.

—No, ¿Por qué? —pregunté extrañada por la palidez en su rostro.

—No, nada —contestó algo más relajado—. Solamente pensé que igual habías podido rellenar alguna de esas lagunas que ambos tenemos —dijo dándose la vuelta y abriendo la puerta del baño.

No me puse ropa interior, sino que me coloqué directamente el camisón de dormir. En apenas unas horas volvería a darme otra ducha antes de vestirme para coger de nuevo el avión privado que nos devolvería de vuelta al mundo monárquico lleno de brujas repelentes y muñecas malditas. Cuando me metí en la cama sentí como su brazo rodeaba mi cintura y era atraída hacia la fuente de calor que emanaba su pecho. Toqué instintivamente su brazo apoyándome sobre él y cerré los ojos con una ligera sonrisa. Me encantaba estar así.

—Buenas noches Bohdan —dije entre la oscuridad que nos rodeaba.

—Buenas noches, preciosa —escuché al tiempo que notaba sus labios posarse en mi nuca y me apretaba aún más contra él.

Nunca, jamás de los jamases ninguno de mis exnovios había hecho algo similar y no sabía si era por mis sentimientos hacia Bohdan, por lo que él representaba o simplemente por la excitación que me generaba, pero tenía hasta ganas de llorar de la felicidad que me proporcionaba el hecho de sentirme tan reconfortada entre sus brazos.

«Esto debe ser lo que llaman estar enamorá' hasta las trancas» pensé justo antes de abandonarme a la profundidad de mis sueños.

Bajamos las escaleras con las maletas para despedirnos de mis padres antes de irnos. Bohdan me dijo que el vehículo que nos llevaría al aeropuerto estaría en la puerta de casa dentro de cinco minutos.

«Mejor así» pensé, «O mi madre hace la despedida eterna» deduje conociendo a mi madre y lo que me tendría preparado antes de salir.

—¿Ya os vais? —preguntó mi madre en tono de reclamo—. ¿Ni un cafelito con un dulcesito?

—Tenemos que irnos ya mamá, Bohdan tiene demasiadas responsabilidades que ha dejado desatendidas bastante tiempo —contesté excusándome para parecer más formal.

—Güeno, güeno (*Bueno, bueno*) —empezó a decir y la vi con sus famosos “tupper” venir hacia nosotros—. Po lo meno llévate er jamón, er queso y uno dulcesillos (*Por lo menos llévate el jamón, el queso y unos dulcecillos*)

—Mamá, no —contesté seria

«Aunque ahora que lo pensaba rechazar el jamón era un “pecao” mortal»

—¡Anda venga! —exclamó—. Arme felí (*Hazme feliz*) —dijo poniendo ojos de corderito degollao.

—Venga... dame —terminé por decir mientras abría el macuto para meterlos.

«Lo confieso “soy una gordis” y no me puedo resistir al jamón, bueno... por la Nutella puedo resistirme a casi todo, eso hay que reconocerlo».

La cara de felicidad de mi madre cuando metí sus famosos tupper en la maleta no tenía precio «Ni que fuera droga» pero todas las madres creo que son iguales, con tal de verte “bien alimentá” y “cara brillante” son felices.

—Gracias por su hospitalidad, señora Efigenia —dijo Bohdan sonriente en un español demasiado acentuado.

—¡Que hospitalidad ni que hospitalidad! —exclamó mi madre más ancha que larga—. Lo que tiene que asé é vení má (*Lo que tienes que hacer es venir más*)

Escuché como él reía, suponía que algo o gran parte habría entendido.

—Podrían venir a visitarnos a Liechtenstein, ¿Verdad? —me preguntó en alemán.

—Ummm... si —dije encogiéndome de hombros al pensar en mi madre chillando por los pasillos de palacio y ver la cara que la bruja amargada pondría. Mira, hasta ganas me daban de que viniera solo para que su amargura fuera peor que la de un limón.

—Les enviaré el avión privado dentro de tres semanas, ¿Les parecerá bien? —me preguntó para que tradujera.

¿Qué si le vendría bien? Así se estuviera acabando el mundo, hubiera un colapso mundial o una catástrofe inaudita «Mi madre va sí o sí»

—Créeme, le parecerá bien —contesté con una sonrisa pesando en la cara de la reina cuando viera a la familia de su “nuera”.

«No si en el fondo iba a disfrutar de aquello como una niña y si encima mi madre era feliz, todos salimos ganando».

Cuando le dije a mis padres las intenciones de Bohdan sobre que vinieran de visita a Liechtenstein, dijeron que aceptaban encantados, pero en cuanto Bohdan salió por la puerta y yo me quedé un minuto más, mi madre comenzó a chillar como una loca acompañada de mi hermana mientras ambas daban saltitos.

Tampoco es que las pueda culpar, me imagino que en su situación yo estaría igual; viajar en un avión exclusivo y encima alojarme en un castillo a todo lujo...

«Espero que no les pongan los caracoles con tenedor o el churrimirri de trocito de carne que me pusieron el primer día que llegué porque mi padre es capaz de tirarle el tenedor a quien yo me sé a la cabeza»

La primera hora de vuelo me quedé dormida porque Bohdan dijo que necesitaba revisar unos documentos que acababan de entregarle, así que cuando desperté y le observé mirándome sonreí. Noté que tenía ligeramente babilla en la boca.

«¡Ah mierda!, ¡Fijo que me ha visto durmiendo en plan tortuga con la boca abierta!»

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome? —pregunté directamente para saber que concepto de poco femenina tendría de mi.

—Unos minutos —contestó mientras se acercaba y me colocaba el cabello que llevaba suelto detrás de la oreja.

«Quizá mi integridad está salvada», pensé.

—¿Ya has terminado? —pregunté señalándole los documentos.

—Si, solo era rutinario —contestó con cierto pesar.

—¿Alguna vez has pensado en renunciar? —pregunté con cierta timidez.

—¿Renunciar? —exclamó mirando hacia el techo del avión—. No es una opción —afirmó en lo que pude evidenciar resignación—. Lo quiera o no, es una imposición además de un deber.

—Imagino que tuviste que enfrentarte a ello después de... —comencé a decir sin llegar a atreverme a mencionar la muerte de su hermano.

—La muerte de Adolph nos afectó a todos, no solo a mi madre —afirmó—, pero lo cierto es que mi vida cambió radicalmente. Jamás había pensado en ser monarca algún día, hasta que de la noche a la mañana tuve que aceptar las responsabilidades que ello suponía tanto para mi, como para mi pueblo.

—Hablas sobre lo que conllevó su pérdida para ti, por lo que tuviste que afrontar como futuro heredero a la corona, pero ¿Qué hay del hermano que perdiste Bohdan? —pregunté consciente de que no hablaba nunca sobre él.

Nadie en su familia lo hacía de hecho.

—No entiendo tu pregunta —contestó serio.

—¿Cómo te afectó su muerte Bohdan?, ¿Cómo te llevabas con él? —insistí.

—El día que Adolph se fue, perdí a mi mejor amigo —confesó con los ojos brillantes—. Mi hermano era responsable con sus deberes y habría sido un gran monarca, aunque había una parte de él demasiado alocada y atrevida que casi nadie conocía, me solía decir que solo tenemos una vida y que si no se disfruta intensamente, no habría merecido la pena vivirla.

—Creo que me habría caído bien —sonreí.

—Hay algo en ti que me recuerda a él —dijo de pronto.

—Espero que no sean mis ojos —bufé y comenzó a reír.

—No —negó entre risas—, son tus ganas de vivir tan intensamente todo.

—Confieso que esas ganas se deben en gran parte a esa tableta de chocolate que tienes, eh —dije medio en broma —que no era ninguna broma— señalando su abdomen.

Entre risas, antes de darme cuenta habíamos llegado a Liechtenstein y ya podía vislumbrar desde la ventana del vehículo blindado el palacio. En cuanto entramos por las puertas el frescor de los grandes muros me invadió, apenas iba abrigada por lo que me estremecí y sentí la piel de gallina debido a ello.

No supe si Bohdan se dio cuenta o no, pero noté el calor de su cuerpo cerca de mi y al sentir su brazo rodeándome lo agradecí en silencio.

—¡Oh vaya!, ¡Al fin te dignas a aparecer! —exclamó de pronto la voz de la insufrible reina amargura.

—Yo también me alegro de verla, madre —contestó.

—¿Te parece correcto desaparecer así?, ¡Adolph jamás lo haría!, ¡Tus responsabilidades están por encima de cualquier vulgar campesina! —volvió a gritar.

«Esta mujer definitivamente no tiene sangre en las venas, tiene horchata»



VEINTITRÉS



—No madre, no soy Adolph —contestó Bohdan con el semblante tan serio, que en cierto modo sentí un estremecimiento en mi corazoncito.

«Maldita mujer, en vez de corazón tiene una patata podrida»

Me importaba un cuerno que me llamara campesina vulgar, me dolía más como trataba a Bohdan que a mi, después de todo era una extraña y para mi ella no significaba nada, solo era la serpiente que escupe veneno a la que hay que evitar, pero él no podía hacer eso, por desgracia era su madre y me hacía una idea de lo que sentía al ser tratado así.

—Tal vez sea una vulgar campesina, pero tengo más educación que usted —contesté sin esperar a que Bohdan respondiera a su propia madre.

Entendía su peculiar dilema, para él, la reina Margoret era su madre y le debía cierto respeto... «Inmerecido, sí. Pero respeto igualmente». Así que como yo no le debo respeto alguno a la bruja inmunda a la que por cierto pienso regalarle una escoba de paja por navidad y una verruga para que tenga el kit completo, no me pensaba aguantar ni una más... y si ardo en el infierno, arderé con gusto.

—¿Vas a permitir que difame así a tu madre? —exclamó sin siquiera mirarme con aire de inocencia y victimismo, como si al hacerlo se estuviera rebajando a hablar con la plebe-

«Será cínica la muy petarda. Porque eres reina... que si no ya estabas calva».

—Celeste, ¿Puedes dejarme a solas con la reina? Hay algo que tengo que tratar en privado —dijo de pronto con tal seriedad que temí haberlo enfadado.

¡Mierda! Seguro que me he pasado de la raya... ¡Yo y mi lengua larga! Y eso que me he contenido para todo lo que le podría haber soltado a la amargada esa.

Me mordí la lengua y asentí mientras me alejaba de allí. No sabía que conversación tendría Bohdan con su madre, pero me imaginé por la sonrisa de la víbora insensible que ella saldría vencedora y que al final mi príncipe azul tendría que darle la razón por desatender momentáneamente sus deberes.

¡Cuánto me gustaría que le plantara cara y le dijera sus cuatro verdades bien dichas! Porque si fuera por mi... se las habría dicho hace mucho. Esa mujer será muy reina, muy refinada y muy “rubia”, pero que me venga a decir que no tengo educación cuando ella dista mucho de tenerla... ¡Já! Me di cuenta de que estaba sacando las cosas del macuto y arrugándolas entre los dedos imaginándome que en lugar de ser aquel vestido era el cuello de la maldita reina de las narices.

«Juro que como vuelva a Bohdan en mi contra, le doy un sopapo que la mando a Kazajistán, y eso que no se ahora mismo ni donde puñetas está».

—¡Celesteeeeee! —gritó una melena rubia con voz aniñada y sonreí al girarme e identificar a Margarita corriendo a través de mi habitación.

—¡Vaya! —exclamé en cuanto sentí el golpetazo de su abrazo que hasta me costó que ambas no cayéramos sobre la cama—. Al menos alguien se alegra de que vuelva —comencé a reír.

—¡Esto ha sido tan aburrido sin ti!, ¡Seguro que hay muchas cosas divertidas que hacer en tu pueblo! —exclamó y comenzó a separarse—. ¿Me llevarás a mí también la próxima vez que visites a tu familia? —preguntó mirándome fijamente y con sus manos en obvia señal de súplica.

Comencé a reír ante la ocurrencia...

—Pues como no te pongas a contar cabras... —ironicé y vi como Margarita me miraba con el ceño fruncido hasta que estallé en risas y comprendió que era una broma, aunque no distaba mucho de la realidad para que mentir.

—Seguro que no es lo que Bohdan y tú habéis estado haciendo —me recriminó.

«Pues no. Contar lo que se dice contar cabras no, pero otras muchas cosas si»

—Creo que mi familia vendrá dentro de tres semanas, si te caen bien... a lo mejor podría convencer a Bohdan para que te dejara venir con nosotros.

«Eso en el hipotético caso de que permanezca aquí el tiempo suficiente para que ocurra»

—¡Sí! —gritó.

—Creo que mi hermana y tu os llevaréis muy bien —sonreí.

En el fondo si me alegraba en algo de que mi familia viniera, era porque al menos Margarita pudiera relacionarse con otra joven que no fuera yo durante el día a día.

No supe nada de Bohdan hasta la cena. Reconozco que me sentí por un instante mal hasta que comprendí que nuestra escapada iba a tener consecuencias porque tendría que realizar todo lo que no había podido hacer durante esos tres días en las próximas horas, por lo que no me martiricé pensando que la víbora amargada de la reina habría conseguido lavarle el cerebro... de hecho cuando entré y vi una leve sonrisa en los labios de mi príncipe, me tranquilicé.

Para mi sorpresa el rey Maximiliano estaba presente y me saludó formalmente cuando

me coloqué a su lado y el personal nos apartó la silla para sentarnos. Por suerte, el palillo con tetas no estaba presente «No voy a decir que no me alegré de ello porque mentiría como una bellaca» pero como las cosas buenas duran poco, la reina mató, pisoteó y terminó de rematar mi minuto de gloria.

—Querido —pronunció dirigiéndose hacia Bohdan evidentemente porque desde luego yo no soy querida para ella—. Anabelle se sintió muy preocupada porque no te despediste de ella y creyó que estarías enfadado, así que la he invitado para que se quede con nosotros unas semanas más. De esa forma tendrás la oportunidad de hacerle ver que no ha cambiado nada entre vosotros —sugirió delante de mis narices.

Pero, ¿Ésta mujer de qué va? Empecé a creer que estaba dispuesta a lo que fuera por tal de meterle a la palo tetuda de las narices entre ceja y ceja.

«¡Que no la quiere reina amargada!» grité en mi cabeza. «Bueno... eso espero»

—Me parece bien que invite a palacio a Anabelle las veces que desee, madre —contestó con semblante serio Bohdan—, pero ambos sabemos que las cosas sí han cambiado —añadió sin mirarla.

En ese momento sentí como me tiraban de la manga de la chaqueta y miré a Margarita que sonreía de lado.

—Deberías haber visto a Anabelle después de la fiesta —susurró.

—¡Margarita! —exclamó de pronto la petarda de turno—. ¡Que te he dicho miles de veces!, ¡No puedes...

En ese momento miré hacia mi izquierda por alguna razón desconocida, tal vez solo era por mi gran deseo de que su alteza el rey Maximiliano pusiera orden y mandara callar de una vez a su esposa, puesto que parecía ser la única persona en lograr hacerlo y a mi parecer, no lo hacía las suficientes veces. Me fijé en que parecía extraño... callado y con la vista perdida, hasta que me fijé en como su brazo estaba temblando.

En ese instante miré a Bohdan que estaba mareando la comida del plato como si de esa forma creyera que su madre iba a dejarle en paz. Escuchaba a la reina Margoret con su perorata hacia la pobre Margarita que solo sabía decir; sí madre y entonces volví la vista de nuevo hacia el rey Maximiliano. Su mano seguía temblando, aunque no decía nada, entonces de pronto... como si fuera a cámara lenta vi que se llevó la mano que no le temblaba al pecho.

—¡Llamad a un médico!, ¡Le está dando un infarto! —grité mientras me lanzaba literalmente sobre él para evitar que se desplomara de la silla.

—¡Maximiliano, Maximiliano! —escuché los gritos de lejos mientras le colocaba de lado en el suelo y veía como empezaba a perder relativamente la consciencia—. ¡Apártate de él ingrata! —gritó de pronto la reina Margoret a mi lado y le hice caso omiso. Mi prioridad era de lejos, evitar que el hombre pudiera perder el conocimiento puesto que sabía que podría tener mareos y nauseas, de hecho, era prioritario que mantuviera en todo momento la consciencia.

—¿Puede escucharme? —comencé a hablarle pacientemente mientras veía que su mirada seguía perdida tal y como la había tenido en la mesa.

—¡Maximiliano, Maximiliano! —volvió a gritar la reina mientras me hacía a un lado y con sus gritos lo que provocó fue que el hombre volviera se los ojos en sí.

Cogí su cabeza antes de que se desplomara del todo.

—¡Escúcheme! —alcé la voz—. No puede perder el conocimiento —añadí con voz más suave.

—¡He dicho que te apartes de él! —volvió a gritarme aquella mujer que comenzaba a sacarme de mis casillas.

—¡Cállese de una condenada vez mujer insufrible! —grité—. ¿Es qué no se da cuenta de que se puede morir y usted solo se preocupa de sí misma?

Me había informado meticulosamente sobre qué se debía hacer en estos casos como medida preventiva hasta que llegara la ambulancia, y sabía que era de prioridad mantener a la persona consciente y si eso dejaba de ocurrir, se le debía practicar el masaje cardio pulmonar de forma suave hasta que la ambulancia llegara si se notaba un descenso del pulso.

Lo reconozco: no entiendo un pimiento y medio sobre medicina y soy de las que ve una aguja y sale corriendo por patas porque me da terror... más bien pánico, pero había hecho los típicos cursillos de asistencia médica primaria en los campamentos de verano tantas veces que lo recordaba perfectamente, así que desabotoné la chaqueta formal que llevaba puesta y posteriormente la camisa preparándome para ello si se daba el caso.

«Esto no es un muñeco de plástico sensible» pensé... y respiré hondo.

Le tomé el pulso y efectivamente era muy débil, sabía que debía mantener el riego sanguíneo en caso de inconsciencia, por lo que haciendo caso omiso de los chillidos de la bruja y aunando todo el valor del que carecía; junté mis manos entrelazadas una sobre la otra formando un puño, busqué el punto exacto en su tórax y comencé a realizarle el masaje cardíaco sin presionar en demasía como me habían enseñado. Recordaba perfectamente que eran treinta —con mi memoria de pez ni sé como narices recordaba algo así, pero tal vez necesitaba tener más momentos de estrés para recordar algunas cosas —, esperé quince segundos y volví de nuevo a realizar otras treinta compresiones, comprobando que no dejaba de tener pulso para acompañarlo de insuflaciones.

Me pesaban los brazos, apenas me quedaban fuerzas pero seguí... y seguí hasta que me vi apartada por unos brazos cuando los paramédicos se abrieron paso en la sala y solo entonces me di cuenta que quien me mantenía apartada era Bohdan, en ese momento el último vestigio de fuerza me abandonó y al igual que probablemente la adrenalina del momento que habría sido la causante de que yo fuera capaz de hacer aquello durante casi media hora que sería lo que habrían tardado, puesto que perdí la cuenta de la cantidad de compresiones que debí hacerle.

—Debo ir —susurró cuando veíamos como lo estabilizaban y le colocaban en a camilla para sacarlo de allí y llevarlo directamente al hospital.

—Si... claro —contesté de forma automática y en cuestión de cinco segundos Margarita y yo nos quedamos solas en aquel comedor que aún tenía la mesa llena de comida.

Me acerqué a la pequeña rubia de cara dulce que no cesaba de derramar lágrimas en silencio y se abrazó a mí.

—Va a estar bien, ya lo verás —afirmé sobre todo porque necesitaba creérmelo yo misma.

—¿De verdad? —preguntó inocente.

—Es el rey. No puede morir —sonreí vagamente para darle esperanzas.

La ausencia de noticias era desesperante y cada vez que intentaba llamar a Bohdan me daban ganas de tirar el teléfono por la ventana para que se hiciera añicos en el suelo porque me salía la puñetera mujer de centralita diciéndome que estaba apagado o fuera de cobertura.

¿Por qué demonios uno siempre tiene el teléfono apagado en los momentos menos oportunos? Eso o no responde... una de dos.

Margarita y yo no teníamos apetito, así que ella se vino a mi habitación y al final se quedó dormida mientras trataba de contarle una historia de fantasía para evitar que pensara lo peor ante la evidente falta de información.

Cuando vi como la puerta de mi habitación se abría lentamente no me morí del susto porque no estaba sola, de lo contrario habría gritado como una condenada, pero al ver la silueta de Bohdan me bajé silenciosamente de la cama sin hacer ruido para no despertar a Margarita y con un dedo en los labios le hice un gesto para que guardara silencio y no la despertara. Le cogí la mano con la idea de salir al pasillo, pero antes de lograrlo él se abrazó a mí tan fuertemente que me imaginé lo peor.

«Se ha muerto... no puede ser...» imaginé mientras respondía a su abrazo fuertemente al tratar de hacerme una idea del dolor que debía estar sintiendo.

—No sabes en este momento lo infinitamente agradecido que estoy de que estuvieras aquí hoy —susurró sin dejar de abrazarme—. Si mi padre está vivo ahora mismo, solo es gracias a ti, Celeste —afirmó.

En ese momento cerré los ojos con una especie de paz interna que incluso se me derramó una pequeña lagrimita solo por pensar que ese hombre se había salvado y que mi príncipe azul no sufriría otra pérdida familiar.

—Me alegro —susurré en respuesta—, pero solo hice lo correcto... aunque confieso que pasé un miedo horrible —dije ahora sonriente confesando la verdad.

Noté como Bohdan se separaba de mí y acogía mi rostro entre sus brazos.

—Con lo que hiciste hoy, solo confirmaste lo que ya sabía desde hace tiempo —afirmó con esos ojos azules brillantes y mirándome tan fijamente que me estremecí.

¿Confirmar?, ¿El qué? Pensé frunciendo el ceño.

Antes de que pudiera preguntar sus labios se acercaron a los míos y el roce de ellos hizo que mi pregunta se volatilizara en el aire mientras degustaba aquella increíble sensación de plenitud.

—Me dijiste que tu padre está vivo, pero ¿Qué tal está?, ¿Corre peligro? —pregunté ahora más tranquila.

—Está bien. Le operaron de urgencia y todo ha salido muy bien, los médicos son muy optimistas y creen que no tendrá secuelas, pero necesitará reposo y probablemente tenga que delegar numerosos compromisos porque su vida no podrá volver a tener el mismo ritmo de antes. Sorprendentemente mi madre ha estado de acuerdo en ello.

«¿Si? Me extrañaba ver a la reina preocupada por alguien que no fuera ella o su maravilloso reino de oro, pero a lo mejor ser consciente de que casi pierde a su marido la hacía espabilar»

—Bueno, lo importante es que él saldrá de esta —sonreí.

—Gracias a ti.

—Seguro que no...

—Nos lo confirmaron Celeste. Si no hubiera sido por la reanimación que le hiciste durante todo ese tiempo, no lo habría resistido. Mi padre presentó síntomas desde esta mañana y no se lo comunicó a nadie. Fue una imprudencia no hacerlo y gracias a Dios que tú estabas allí, de lo contrario...

—No pienses en eso, Bohdan. No ha ocurrido, así que es mejor centrarse en lo que hay ahora y en que tu padre se pondrá bien —rectifiqué.

—En lo que hay ahora... —susurró—, ahora yo solo quiero estar contigo, Celeste.

En ese momento todo mi cuerpo tembló y miré en dirección hacia mi cama donde permanecía Margarita completamente ajena y esperaba que soñando plácidamente.

—No quería estar sola y yo tampoco —dije indicando las razones de porqué ella se encontraba allí y de que sus deseos, —que también eran los míos— no iban a ser posible realizarlos.

—A partir de mañana te mudarás oficialmente a mi habitación —afirmó provocando que mi garganta se quedara más seca que la mojama—. Me da absolutamente igual lo que opine el personal, mi madre o el mundo entero... eres mi mujer y yo quiero saber que cuando regrese, tú estarás en mi cama esperándome.

Lo dijo con tal intensidad que casi me dio un paro cardíaco como al rey.

«La madre que me parió... creo que acabo de sufrir un colapso multiorgánico y mis bragas son testigo de ello»

—Em... am... pero... tu... —comencé a balbucear sin poder reaccionar.

¿Quién en su sano juicio reacciona cuando un bombón con patas de los que se derriten al sol le dice algo así? Yo no... ¡Desde luego yo no! No es que me hubiera confesado

amor eterno, pero leches ¡Todo el palacio iba a saber que dormía en su cama porque estábamos juntos!

«Respira» le dije a mi cerebro. «Respira que probablemente estés morada porque se te ha olvidado como hacerlo»

Y es que, entre sus palabras, ese pelo despeinado que solo le hacía estar increíblemente guapo, la mirada intensa con la que me observaba y lo peor de todo... ese olor a hombre que desprendía haciendo que mis feromonas, hormonas o lo que puñetas sean se disparasen volviéndose locas de frenesí ante él.

—¿Tu estas seguro de eso? —pregunté cuando al fin dije algo coherente—. Que igual no quiero irme como tu colchón esté blandito —añadí sin poder morderme la lengua.

No se si sea un defecto o una virtud, pero en momentos de puro nerviosismo digo auténticas “patochadas” que mi cerebro no procesa en el vago intento de razonar.

En ese momento Bohdan sonrió enseñándome sus dientes blancos «Tengo que preguntarle que pasta de dientes usa» pensé como nota mental... aunque ¡Que narices!, ¡Iba a comprobarlo por mí misma cuando compartiera su propio espacio!

¡Ay mama!, ¡Virgensita del amor hermoso!, Que yo nunca he estado “viviendo” literalmente lo que se dice vivir con ninguno de mis exnovios. Puede que se hayan quedado fines de semana, o alguna que otra noche, pero ¿En plan indefinido? Nunca. Jamás de los jamases.

«De perdidos al río. Total... si no le gusta la “convivencia marital” no tengo nada que perder, nos terminaremos divorciando igual» pensé con cierto aire compungido no queriendo que llegara ese momento, tal vez de aquí a que llegara descubría la clave del tiempo para paralizarlo y quedarme eternamente al lado de Bohdan.

—Muy seguro —afirmó con voz ronca acercándose hasta mi—, así que a menos que decidas negarte a ello, pienso arrastrarte esta misma noche hasta mis aposentos.

¿Negarme? Si probablemente tenía un sí marcado a fuego en la frente.

—¿Y qué pasa con Margarita? —pregunté recordando a la hermana de Bohdan que yacía cálidamente dormida completamente ajena a lo que allí estaba ocurriendo.

—La llevaré a su habitación y vendré a por ti —dijo mientras se dirigió hasta la cama y con sumo cuidado para no despertarla, echó uno de los brazos de la joven infanta por su cuello y la cogió en brazos.

«Mire por donde mire, este hombre no tiene ningún defecto» suspiré siendo testigo de la delicadeza con la que trataba a su hermana e imaginándome haciendo lo mismo con alguno de sus hijos. Será mejor pensar en otra cosa que mi instinto biológico será nulo, pero con este hombre hasta ya me daba por pensar bebés rechonchitos con ojitos azules... «¡Aiaiaiaiaiaia que mal estoy! Seguro que tengo hasta fiebre» pensé mientras me llevaba una mano a la frente y caliente lo que se dice caliente, algo sí que estaba.

Ayudé a Bohdan abriéndole la puerta y le perdí de vista en el pasillo mientras se alejaba con Margarita en brazos siendo consciente de que iba a volver y además, las

pretensiones con las que lo haría cuando volviera. ¿Dónde carajos te estás metiendo Celeste? El barro ya te llega hasta la cintura y tu te quieres hundir hasta las orejas. Bueno, si era consciente de que me iba a dar una ostia bien dada cuando aquel sueño terminara, ¿Qué más dará que la ostia sea todavía mas grande? Total... dármele me la daría de todas formas, que duela más o menos, por lo menos habré disfrutado de lo lindo y total, ¿No es mi marío' como decía mi madre?, ¡Pues alegría pa' el cuerpo serrano!

En ese momento reaccioné y fui consciente de que no me había duchado así que me quité la camiseta que llevaba con las intenciones de ducharme antes de que Bohdan regresara y escuché unos golpes suaves en la puerta. Me pareció extraño que llamara cuándo había avisado de que volvería enseguida y de hecho... pensé en esperarlo en la ducha como más de una ocasión había hecho, así que abrí la puerta pensando que era él a pesar de llevar solo unos vaqueros y sujetador de encaje negro, —ya que por alguna razón, me habían suministrado al fin ropa interior negra—, pero no era Bohdan quien estaba en el marco de la puerta, sino Dietrich y a juzgar por los ojos tan abiertos que tenía cuándo me observó fijamente, le acababa de dar un buen repaso a mis tetas.

—¡Qué demonios haces aquí! —grité cruzándome de brazos.

No es que fuera el fin del mundo que me viera en sujetador, al fin y al cabo, era como estar en bikini bajo mi punto de vista... pero supongo que me pudo la impresión por tener la certeza de que sería Bohdan quien estaría tras la puerta.

—¡Perdón!, ¡Perdón!, ¡Perdón! —comenzó a decir haciendo aspavientos con las manos—. Supe de lo ocurrido con mi tío Maximiliano y vine a saber si tendrías alguna noticia al respecto.

—¿A mi habitación? —exclamé algo aturdida y cogí la camiseta que había tirado sobre la cama para ponerla de forma que me cubriera parcialmente.

—Bueno, teniendo en cuenta que el personal no sabe nada... no sabía a quién más preguntar —afirmó como si fuera lo más lógico.

«Si yo soy el último mono en este sitio» pensé.

—Bohdan regresó hace un instante y confirmó que está fuera de peligro —contesté ahora más calmada, así que va a recuperarse —sonreí.

—Me alegro —dijo dando un paso hacia delante y entrando en mi habitación, algo que por alguna extraña razón no me gustó.

«No te he invitado a entrar» me dieron ganas de decir en voz alta.

—Si... —afirmé vagamente—. Lo cierto es que iba a darme una ducha por lo que si no te importa, yo...

—¿Y mi primo no duerme aquí contigo? —preguntó señalando la cama que permanecía arrugada.

—¿Cómo? —exclamé alzando una ceja. ¿De verdad ha preguntado abiertamente si me acuesto con su primo?, ¡Menudo caradura!

—Dijiste que había regresado, pero tú estás aquí y él no... —comenzó a decir con un tono de voz que no presagiaba buenas intenciones, al menos no para mi en esos momentos.

—Mira Dietrich... será mejor que te vayas a dormir bien lejos de aquí —contesté muy firme.

—¿Seguro que quieres que me vaya? —preguntó con un aire seductor que en otro momento y circunstancias de mi vida a lo mejor hasta me habría podido parecer de lo más infalible—. Porque yo estaría dispuesto a complacer tus deseos...

«Este se ha fumao algo antes de venir» pensé mientras rodaba los ojos y bufé para no soltar un improperio.

—Tan segura como que si no sales ahora por esa puerta, yo misma te doy una patada en el...

—¿Qué haces tú aquí? —pronunció la voz de Bohdan de forma que mi discurso se quedó a medias.

Miré a mi príncipe azul con ese semblante serio y taciturno que ponía en algunas ocasiones y que tan poco me gustaba, observé entonces sus manos que parecían apretarse fuertemente como puños.

—Le estaba haciendo una proposición a la señorita Abrantes —contestó sonriente Dietrich a su primo y después me miró mi con cierta sonrisa cómplice.



VEINTICUATRO



Me dieron ganas de saltar sobre él, pero solo para partirle la yugular. Será hijo de su... ¡madre!

«Y yo te envié directamente a freír pimientos» grité en mi cabeza.

—Me pareció escuchar que mi prometida no estaba interesada —terció Bohdan y le miré fijamente con aquel semblante serio.

«¿Me había escuchado? Alabado sea el señor...» murmuré.

—No lo tengo tan claro primo —contestó Dietrich con una media sonrisa de petulante.

¿Pero a este que le han dado?, ¿Le pagan por ser idiota? Como esto tenga algo que ver con esa palillo de tres al cuarto y sus tetas postizas ¡Lo ahogo!, ¿Qué no lo tenía tan claro? Todavía le doy una patada en los mismísimos cataplin...

—Largo de aquí Dietrich —profirió Bohdan con una voz tan sumamente autoritaria que hasta me puso el vello de punta y no precisamente por miedo.

—¿Acaso tienes miedo, primito? —escuché decir a Dietrich de forma petulante—. Cualquiera diría que estas... *celoso*.

Por alguna razón tuve la sensación de que Bohdan se contenía y si soy sincera, ni yo tenía la santa paciencia de aguantar la increíble arrogancia que parecía tener el prenda allí presente, era como si entre ellos hubiera alguna especie de competencia por la forma en la que Dietrich le trataba, básicamente parecía estar retándole con la mirada.

—¿Miedo? —exclamó Bohdan acercándose hasta su primo con una mirada que casi daban escalofríos—. Sé lo que pretendes y no lo vas a conseguir —escupió aquellas palabras en su cara mientras yo observaba la escena como en una peli dramática donde solo me faltaban las palomitas para crear más expectación.

—Eso ya lo veremos —afirmó Dietrich igual de altivo.

«Vale, vale, vale. Stop. ¿Qué cojones está pasando aquí?, porque esto más que una

discusión parece una pelea de machitos»

—¿Es una amenaza? —exclamó Bohdan con el ceño más que fruncido, de hecho, ya estaba anticipándome y veía como estampaba su puño apretado en la cara de su primo.

—Si prefieres verlo así... yo lo llamaría cambio de intereses —contestó Dietrich en cierto tono de ironía que no pasaba desapercibido—. Nos veremos pronto Celeste —añadió guiñándome un ojo y acto seguido se marchó para mi atónita expectación y recalco atónita porque tenía la boca tan abierta ante lo que acababa de decir que no solo entraban moscas, sino aviones enteros.

Pero ¿qué clase de caradura era ese tío?

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —exclamé señalando con el dedo índice la puerta por la que acababa de salir Dietrich mientras Bohdan parecía pensativo. Se dirigió a la puerta y por un momento pensé que se marcharía dejándome allí, pero por el contrario la cerró con más suavidad de lo que pensé en un principio, aunque me había olvidado de su magnífico autocontrol hacia sí mismo... es más, aún seguía sorprendida de que no le hubiera dejado un ojo morado al idiota de turno.

—¿Te sientes atraída por él? —exclamó en cuanto se volvió hacia mi, solo que no me miraba, sino que miraba hacia el suelo.

—¿Qué? —exclamé completamente confundida y en ese momento tiré la camiseta que aún tenía pegada contra mi cuerpo para taparme y avancé hasta él colocándole las manos en el rostro—. Mírame...

Bohdan alzó aquellos ojos azules hasta posarlos sobre los míos y lo que vi fue inseguridad... una inseguridad que no tenía ni idea de cómo había llegado hasta él, ¡Santo cielo!, ¡Si él era un dios griego andante!

—Podría llegar a entender que te sintieras atraída hacia...

—No Bohdan —atajé antes de que siguiera por ese camino que no llegaba a ninguna parte—. Tu primo podrá ser muy guapo, pero ni tan siquiera se acerca a la suela de tus zapatos —confesé.

Si hacía que su ego creciera me daba absolutamente igual, no estaba diciendo una mentira precisamente.

—¿Estás segura? —preguntó mientras rodeaba con sus manos mi cintura acercándose a él.

—Completamente —afirmé—, pero creo que la cuestión no es esa, sino lo que sucede entre vosotros dos.

—No sé a qué te refieres —contestó intentando cambiar de tema.

—Quiero saber qué está pasando Bohdan, porque lo que acaba de pasar viene de atrás y antes de que lo niegues, te recuerdo que desde el mismo instante en que mencioné que era Dietrich quien me estaba dando clases de baile no te agradó en absoluto.

Le escuché suspirar y después soltar lo que parecía una maldición en una lengua

desconocida, probablemente fuera el dialecto ese de la zona... a ver si ahora me iba a tener que poner a aprender otra lengua alemana por culpa de otro alemán para entenderle.

—Desde que tengo recuerdos, Dietrich siempre ha querido llamar la atención —comenzó a decir mientras caminaba hasta el pequeño silloncito que había a los pies de la cama y se apoyaba en una de las brazaderas dejándose caer en ella—. Al principio su obsesión era con Adolph puesto que ambos eran de la misma edad... incluso pensé que parecía una competición para él tratar de ser mejor, fue Dietrich quien le reveló el mundo de las carreras de coches y competía contra él.

—¡Oh dios mío! —exclamé acercándome hasta él.

—Por si te lo preguntas no estaba allí la noche en que murió —aclaró como si le hubiera dado respuesta a mis pensamientos—. La cuestión es que, tras la muerte de Adolph, esa fijación pasó a tenerla conmigo...

—Pues si cree que me va a tener a mi, va listo... —bufé airada.

—Encontré a mi última pareja en su cama —dijo cruzándose de brazos—. Y posteriormente supe que la anterior también había sucumbido a sus encantos.

¡La madre que pario a Dietrich!, ¡Será cretino! No me extrañaba entonces la actitud que tuvo en plan celos cuando le dije que era mi profesor de baile...

—Si Dietrich necesita tener todo cuánto tú tienes para creer que es mejor que tú, es su problema —afirmé—. Yo sé que no lo será por más que lo intente... y desde luego sus métodos de persuasión conmigo no van a funcionar.

«Por no decir que yo estoy más que enamorada de ti y contra eso no podrá hacer nada» me faltó añadir.

—No quiero que te utilice solo para su propio interés —dijo atrayéndome hasta él—. Sabe que me gustas y hará hasta lo imposible por tratar de llegar hasta ti solo para fastidiarme.

—Que lo intente —susurré mientras sonreía acercándome a sus labios—. Porque puede que no le guste tanto lo que se va a encontrar —añadí llevando mis manos a su cabello para acariciarlo—. Y le quede suficientemente claro que no me interesa en absoluto sus pretensiones.

—¿Y qué es lo que te interesa Celeste? —preguntó con una sonrisa mientras yo seguía acariciando su cabello.

—Aún no lo tengo claro —mentí—. Aunque creo que me estoy acercando lo suficiente como para averiguarlo —añadí y no esperé una respuesta, sino que uní mis labios con los suyos desesperada por demostrarle quién me importaba a mi en realidad.

¡Anda y que le dieran con viento fresco a Dietrich! Nadie podía besar mejor que mi príncipe. Absolutamente imposible, puesto que sus labios eran la más pura ambrosía realizada por los dioses.

La habitación de Bohdan no era grande ¡Era gigantesca! Ni siquiera sabía para qué se

necesitaba tanto espacio en un lugar en el que uno solo acudía para dormir, pero después de pasear mi vista por todo el lugar, imaginé que debía pasar allí bastante tiempo, a juzgar por la cantidad de papeles que había en una especie de escritorio, el sofá con aquella televisión enorme que parecía casi una pantalla de cine, e incluso ¿Era mi imaginación o había una canasta de baloncesto anclada a la pared del fondo?

—Imagino que ahora que vas a estar aquí, no tendré que liberar mi mente encestando canastas —escuché cerca de mi oído cuando me había quedado fijando la vista en aquel sitio.

¿Encestar canastas?

«Querido... creo que tendrás que encestar “otra cosa” en otro tipo de “canasta”» No pude evitar pensar con esa mente calenturienta que dios me ha otorgado.

«Lo sé... iré al infierno».

—Ummm —medité mientras una sonrisa de malicia se apoderaba de mi—. Prefiero jugar al parchís antes que al baloncesto —dije tratando de no reírme.

—¿Al parchís? —exclamó contrariado.

—Si... ¿Nunca has jugado al parchís? —exclamé mordiéndome el labio—. ¿No tienes uno por aquí?

—Pues... creo que no he jugado a ese juego desde que tenía seis años por lo menos —admitió confuso—. Por lo que si había alguno, desapareció hace años.

—¡Oh!, ¡No sabes lo que te pierdes! —exclamé completamente anonadada.

—Pues yo diría que sí lo sé bastante bien.

Por su tono de voz deduje que era demasiado inocente para creer que un juego de niños podía resultar sumamente adictivo.

En ese momento me giré lentamente y alcé la vista.

—Creo que puedo hacer que desees jugar al parchís cada noche —dije con tanta intensidad de deseo sexual en mi voz que si no lo entendía me daba por vencida.

—Ahora que lo dices, puede que haya uno por el desván —balbuceó—, puedo ir a buscarlo ahora...

—No... —negué con la cabeza mientras empezaba a dar pequeños besos por su garganta conforme ascendía hacia sus labios—. Tal vez mañana, ahora mismo solo me apetece darme una ducha caliente... acompañada por ti —susurré llegando hasta sus labios sin llegar a besarlos.

—Tus deseos son órdenes para mi, princesa —afirmó justo antes de sellar sus palabras con un beso.

Tal vez fue por el deseo, la emoción de todo lo sucedido o la intensidad con la que Bohdan acababa de hacerme suya en aquella ducha enorme de la que el agua literalmente salía del techo, aunque aquello me importaba bien poco en ese momento.

Me había llamado princesa y no sabía si lo había dicho en el sentido literal de la palabra porque era su esposa o simplemente lo había mencionado metafóricamente hablando.

¡Mierda! Había un abismo de diferencia entre uno y otro. Yo quería ser... quería ser... ¡Quería las dos!, ¿Para qué nos vamos a engañar? Anhelaba poder ser la princesa de Bohdan tanto fuera como dentro de esas puertas enormes de madera de aquella habitación en la que me encontraba. Lo sé, es como pedir la luna, pero soñar es gratis, ¿no? Al menos me consolaba con sentir ese fuerte brazo fibroso bordeando mi cintura y el calor de su cuerpo junto al mío.

«No quiero que se acabe» rogué cerrando los ojos fuertemente y entrelazando mi mano con la suya. «Que se detenga el tiempo, que haya un cataclismo o que nos invadan los alienígenas, pero que ocurra algo para que yo pueda seguir a su lado»

Desperté lentamente sintiéndome desorientada, de hecho, tardé al menos dos minutos en recordar que estaba en la habitación de Bohdan y no en la mía. No había traído ropa, solo me traje mi triste cepillo de dientes y porque me acordé tras besarle que lo que menos ganas tenía era de ahuyentar a alguien con mi aliento matutino —ojo al dato, nadie se ha quejado hasta ahora, pero una siempre piensa en el “por si acaso” —, por lo que me enredé en la sábana de la cama para salir de ella.

No había rastro alguno por la habitación de Bohdan aunque el lado de su cama aparecía arrugado y me mordí el labio recordando lo que significaba que yo estuviera allí. ¡Todo el mundo iba a saber que él y yo estábamos juntos! Aunque no tenía en realidad una definición para lo que éramos... la teoría era fácil, la práctica no tanto.

En ese momento escuché unos golpecitos que provenían del baño, no tenía ni idea de qué hora era, pero una sonrisa se dibujó en mi cara cuando descubrí que él no se había marchado sin despedirse como había creído. La puerta se abrió en ese momento y apareció desnudo con una simple toalla enredada a la cintura, primero le observé mirar la cama ahora vacía y enseguida buscó por la habitación hasta encontrarme a su izquierda.

—¿Te he despertado? —preguntó acercándose hasta mi y colocando una de sus manos en mi mejilla.

—No —negué—. De hecho, creí que te habrías marchado sin despedirte —admití mirándole fijamente.

Mis pintas debían ser un desastre seguro al cien por cien, pero tal y como él me miraba me sentía como la bella durmiente que acababa de despertar y permanecía impolutamente perfecta sin ningún pelo fuera de lugar; todavía me veo como la tía esa que vi en una peli donde tenía el brillo de labios, el peine y la máscara de pestañas en la mesilla de noche escondido para retocarse y fingir que es así de perfecta nada más levantarse... bah, ni pa' eso valgo yo con lo oso perezoso que soy.

—No... iba a esperar que despertaras para que me acompañes al hospital, pensé que tal vez, después de tu actuación ayer, te gustaría visitar a mi padre.

—¡Oh por supuesto! —exclamé enseguida e incluso me regañé por haber tenido el

lapsus mental de olvidarlo o no creer que Bohdan se levantaría temprano precisamente para ir a ver la evolución de su padre—. Enseguida estoy lista —dije adelantándome para entrar en el baño.

—¡Ey, espera! —exclamó cuando intentaba pasar por su lado y me detuvo—. ¿Dormiste bien? —preguntó mirándome fijamente y no entendí la pregunta.

¿Había dicho algo?, ¡No me jodas que me puse a confesar en plan sonámbula mis más íntimos sentimientos porque me deprimó ahora mismo!

—¿Qué? —exclamé sin entender—. ¿Por qué lo preguntas? —pregunté inocentemente.

Si me dice que confesé algo lo niego... lo niego rotundamente, me muero antes de parecer una patética desesperada rogando amor o que cuando aquello llegase a su fin — porque tendría fin—, le diera lástima.

—Era tu primera noche aquí y solo quiero que te sientas bien —afirmó y en ese momento Bohdan se convirtió en todo un bombón de azúcar.

¿Sólo estaba preocupado por si me sentía a gusto allí?, ¡Yo estaba en el quinto cielo! Que digo quinto, ¡Vigesimalocuatordinosecuentosmil infinito y más allá!

—Pues igual tienes que tener cuidado, porque tu cama es demasiado mullidita y perfecta, puedo acostumbrarme a lo bueno y querer quedarme una laaaarga temporada en ella —contesté con cierto aire de ironía para que pareciera broma por más que lo pensara de verdad.

Le vi sonreír provocando con ello que sus ojos azules brillaran aún más y eso me aceleraba el corazón.

—¿Tendré que tener cuidado entonces o me quedaré sin cama? —contestó en el mismo tono.

—Tal vez me compadezca de ti si me das un masaje en los pies —contesté seria.

¿Le acabo de pedir a un príncipe de la realeza que me de un masaje en los pies o le echo de su propia cama? «Ay Celeste... ¡Ten filtrooooo!»

La carcajada por parte de Bohdan no se hizo esperar y eso me hizo serenarme, si es que cuando estoy nerviosa solo digo patochadas por doquier...

—Si mi princesa quiere un masaje en los pies, lo tendrá —admitió con cierta sonrisa —, pero primero quiero descubrir ese intrigante juego al parchís que mencionaste anoche y de que intuyo no será tan aburrido como lo recordaba.

Vale, voy a pedir que instalen desfibriladores —en plural— en la habitación porque a mi me da un telele, un parraque y un que se yo, de que se tu, que me derrito como un helado en pleno agosto y no me queda ni el sabor. Vuélveme a llamar princesa de ese modo y soy tuya “pa’ los restos de mi vida”.

—¡Oh!, ¡No sabes tú lo increíblemente apasionante que va a ser para ti el parchís a partir de esta noche! —susurré y después me di cuenta de que lo había dicho en voz alta.

«¡Joder!» exclamé mentalmente mordiéndome la lengua.

Resultaba bastante extraño ver a Bohdan conducir el vehículo, tal vez por la simple y llana razón de que nunca hasta ahora lo había hecho mientras había viajado junto a él, siempre eran otros quienes lo hacían, por lo tanto, verlo conducir con su semblante serio manteniendo la vista al frente y concentrado en la carretera por alguna razón me ponía el vello de punta.

«Este hombre es pura masculinidad en esencia» medité. ¿No podrían venderlo en frascos? Creo que, si lo pienso bien me puedo pasar el día entero mirándole mientras se me cae la babilla pero no me canso.

—Celeste, ¿Me llevaste anoche a mi habitación? —escuché de pronto que mencionó Margarita, quien viajaba en el asiento de atrás porque yo iba en el del copiloto.

Ahora que la joven sabía que su padre estaba fuera de peligro, estaba mucho más tranquila.

—Emmm —respondí balbuceando intentando buscar la ayuda de Bohdan.

—No enana —contestó Bohdan y observé un deje de sonrisa en su rostro—. Fui yo, ¿Por qué lo quieres saber?

—¡Ey!, ¡Que no soy ninguna enana! —exclamó Margarita, aunque en su tono de voz más que reproche parecía haber diversión, incluso le propinó un manotazo desde atrás en el hombro a Bohdan—. Solo quería saber... bueno, no sabía si a Celeste le había molestado que me quedara dormida—confesó algo tímida.

—¡Oh!, ¡Por supuesto que no me molestó! —exclamé volviéndome hacia atrás—. De hecho, iba a dejarte dormir allí conmigo si no fuera porque tu hermano regresó de madrugada.

—Te llevé a tu habitación porque Celeste y yo necesitábamos estar juntos —afirmó Bohdan y en ese momento enrojecí por completo y me volví de nuevo al frente para que Margarita no me viera de todos los colores—. De hecho, van a trasladar sus cosas para instalarse en mi habitación hoy mismo.

—¿Celeste va a dormir en tu habitación? —exclamó Margarita atónita—. ¿Contigo?

—Si —asintió—. Aunque primero debo hacer una cosa antes para que no me envíe a dormir a las mazmorras —confesó y en ese momento le miré, tenía una sonrisa divertida en el rostro.

«Me quiero morir. ¡Cómo me hace esto!»

—¡Eso quiero verlo yo! —exclamó riéndose a carcajadas Margarita—. Aunque primero tendrás que sobrevivir al fuego que escupirá mamá cuando se entere.

—No sabía que era un dragón... y pensar que todos creíamos que se habían extinguido... —dije en un tono de ironía sin añadir que yo directamente la denominaba “bruja piruja”.

Para mi sorpresa Margarita comenzó a reírse como una loca y Bohdan no podía evitar

hacerlo también.

«Bueno... al menos se ríen, veremos tu a ver cuánto dura cuando la serpiente escupa su veneno al enterarse de que su hijo me ha metido formalmente en su cama» Pero... ¡Qué mal suena eso!

La habitación en la que se encontraba el rey Maximiliano era especial, para empezar porque era un área privada del hospital y porque en la habitación se podían jugar a las carreras de caballos, hasta tenía una habitación con cama para la persona que quisiera quedarse a acompañarlo y que para mi sorpresa supe que había utilizado la reina Margoret.

—¡Papá! —exclamó Margarita en cuanto entramos corriendo hacia la camilla en la que se encontraba.

Visualicé a la reina de pie hablando por teléfono mientras miraba a través de los grandes ventanales. Se giró al escuchar a su hija y después nos observó llegar a nosotros, por lo que se apartó para no molestar o conociéndola, para no ser molestada.

—¡Pequeña!, ¡Me vas a aplastar! —escuché decir a Maximiliano riéndose y supuse que el abrazo de Margarita comenzó a ser más liviano.

—¡Tenía mucho miedo! —confesó casi en un susurro Margarita mientras apoyaba la cabeza sobre su pecho y vi como aquel hombre le acariciaba el cabello.

Al verle de cerca, me tranquilizo que tuviera buen aspecto. Sabía por Bohdan que estaba estable, pero suponía que hasta que no le viera con mis propios ojos, la tranquilidad no apaciguaría esa pequeña preocupación.

—Lo sé —contestó mientras le daba un beso en la frente a su hija—, pero afortunadamente para nosotros, esta muchachita de aquí se encontraba allí —añadió mirándome entonces a mí y yo me quedé algo lívida.

Sentí como en ese momento Bohdan me rodeaba de la cintura y eso me devolvió en parte a la realidad.

—Bueno... yo... —balbuceé—. Solo hice lo que cualquier persona haría en mi lugar.

—Se lo agradezco señorita Abrantes —admitió amablemente con un semblante que me hizo transmitir ternura.

—No debe agradecermelo majestad, solo me alegro de que se encuentre bien y que mi intervención fuera útil.

—Mucho más que útil —admitió Bohdan atrayéndome hacia él.

—En cualquier caso joven, le debo mi gratitud y por lo tanto si puedo hacer algo por usted, no dude en solicitarlo —confesó el rey Maximiliano mirándome fijamente hasta el punto de sentir cierta satisfacción por considerarme algo más que una intrusa.

—¡Ah!, ¡Ya estoy! —exclamó la reina Margoret entrando de nuevo en aquella habitación ahora sin el teléfono en la oreja—. Margarita, ¡Deja a tu padre respirar! —exclamó airada.

—Estoy bien, Margoret —refunfuñó el padre de Bohdan rodando los ojos.

—¡Casi te mueres! —gritó.

—Pero no morí como puedes ver —admitió con un deje de diversión—. Y le puedes dar las gracias a ella —añadió señalándome.

—Si, bueno... —comenzó a decir la bruja mirando hacia otro lado.

«Si me dice algo bueno, creo que definitivamente estaré en un sueño»

—Supongo que...

—¡Tío Maximiliano! —gritó alguien a lo lejos.

«¡No puede ser! Para una triste vez que la serpiente no va a escupirme su veneno tiene que aparecer ella, ¡ella!, ¡ELLA!»

—¡Hola palillo “refinado” con tetas! —bufé en español casi en un susurro para que no me oyeran.

No sé si era porque me caía mal —con toda probabilidad fuera eso—, pero su “fingimiento” —porque me resultaba fingido completamente— de preocupación hacia el estado de salud del rey, era palpable. Para mi maldita suerte, se nos acopló a la vuelta y con todo el descaro del mundo, fingió que debía ir delante en el asiento del copiloto porque de lo contrario se marearía.

«Claro rubia pacotilla, y tú crees que yo nací ayer y me di un golpe en la cabeza para ser igual de lerda que tú»

Pero me tuve que morder la lengua e ir atrás junto a Margarita.

Cuando llegamos a palacio, hice ademán de bajarme, pero para mi sorpresa Bohdan se adelantó y me abrió la puerta.

—Vaya, que atento —sonreí.

—Debo ausentarme toda la tarde. Tengo varios asuntos que atender en representación de mi padre.

—Lo entiendo, no te preocupes... aprovecharé para escribir unas horas.

—Espérame despierta —susurró acercándose a mi oreja y sentí sus labios justo debajo, en el cuello.

«¡Por todos los dioses!, ¡No me pienso dormir así tenga que pegarme los ojos con fiso para tenerlos abiertos!»

—Me debes un masaje, ¿Recuerdas? —dije recordando de pronto.

—Te debo mucho más que eso —contestó de forma tan intensa que se me olvidó hasta mi nombre.

Creo que mi temperatura corporal acaba de subir diez grados, ¡Por Jesucristo qué hombre!, ¿Quién se concentra ahora para escribir, aunque sea una frase? Más me vale describir una escena erótica porque mi mente no da para otra cosa.

Entré en palacio en cuanto le vi desaparecer en aquel vehículo y no había dado ni tres pasos cuando la petarda de turno que parecía una gallina chueca salió de una esquina con su cacareo.

«Ya estamos...» pensé nada más verla aparecer.

—Sabes que te desechará en cuanto recapacite y se dé cuenta de que eres una simple campesina, ¿no? —dijo con tal desdén que se notaba a leguas su evidente enfado.

—Por supuesto —contesté altiva—, no tienes que preocuparte por mi —añadí y para más fastidio hacia ella sonreí fingidamente.

—No es tuyo... y jamás lo será —sentenció mirándome fijamente.

—¿Es que es un objeto? —ironicé.

—Seré reina —confesó haciendo caso omiso a mi comentario—. Y desde luego ninguna pobretona de tres al cuarto va a quitarme lo que me corresponde por nacimiento.

«¿Nacimiento?, ¿Ésta que se ha fumao?»

—Creo que me ha quedado lo suficientemente claro cuál es tu interés hacia Bohdan, pero no es a mí a quien debes decírselo, ¿No crees? —dije cruzándome de brazos.

Su desesperación fue evidente cuando la vi clavando sus uñas en los puños.

—¡Lárgate de una vez! —gritó e incluso cerró los ojos cuando lo hizo y a mi solo me dieron ganas de reír, parecía literalmente una niña de cinco años a la que le quitan su juguete y quiere que se lo devuelvan.

—Eres tan sumamente cabeza hueca, que aún no te has dado cuenta de que tus rabietas de niña caprichosa conmigo no te van a funcionar —contesté completamente tranquila, sin un atisbo de rabia o ira en mis palabras.

—Tú solo eres una vulgar zorra que se acuesta con él. Yo siempre tengo lo que quiero y Bohdan no será diferente, él sabe que yo soy la única mujer digna de él y de su título— admitió.

—Tal vez si te lo repites muchas veces, sea verdad... porque hasta la fecha solo has demostrado ser un palo de madera hueco, que tiene dos melones por tetas y un cerebro de mosquito.

«Ale, ¡Que agustico me he quedao!»

Observé su cara ponerse lívida y aprovechado su silencio porque probablemente se le acumulaban los insultos hasta el punto de no poder pronunciar ninguno, desaparecí.



VEINTICINCO



No llevaba ni dos horas escribiendo cuando el hambre voraz regresó a mí con tanta intensidad que valoré la posibilidad de salir y meterme a hurtadillas en aquel almacén donde protagonicé ese fantástico beso con Bohdan que probablemente hubiera terminado en algo más que un beso si no llega a ser por ese miserable gato...

Por cierto, ¿Dónde estaba el gato de la bruja? Llevaba tiempo sin verlo, a lo mejor ha determinado largarse con viento fresco aprovechando que su dueña se había ausentado. No me extrañaría que hasta los gatos huyeran de esa detestable mujer.

Abrí la puerta de la habitación de Bohdan mirando hacia ambos lados para ver si había moros en la costa. Lo que menos me apetecía en ese momento era encontrarme con el esperpento andante de silicona que probablemente quisiera clavarme sus perfectas uñas postizas —como todo en ella— en mi lustrada cara y lo siento por ella, pero se quedaría con las ganas.

Fui de puntillas hasta llegar a aquel almacén como si creyera que alguien podría escuchar mis pasos, pero es que todo estaba tan sumergido en el más absoluto silencio que parecía un palacio fantasmal. Cómo se notaba que los reyes no estaban en casa.

Me colé tratando de encontrar alguna clase de guarrada que comer, porque confieso que lo que me apetecía era azúcar o en su defecto; chocolate... seguro que esa apetencia venía infundada por la repentina adrenalina y revolución de hormonas que Bohdan me había generado antes de marcharse. En el momento que echaba un vistazo paseando mi vista por varios tipos de licores, se me ocurrió llevarme una botella de vino blanco a la habitación... ya pediría a alguien que me trajera copas y encontré un bote de nata montada... ¡Genial! Y por supuesto mi ferviente, apasionada, exquisita, deliciosa y más que amada ¡Nutella!

«A ese ritmo, más me valía haber traído un bolso para meter todo aquello»

Finalmente cogí un paquete de galletas minúsculo, pero es que allí parecía que hacían la versión mini de todo, de esas que llevan pepitas de chocolate, al menos me mataría el gusanillo hasta la hora de la cena o el *postre* pensé viendo lo que llevaba a escondidas

hasta la habitación de Bohdan y lo metí bajo la cama, donde por cierto no había ni rastro de revistas guarras como dicen que tienen todos los tíos solteros bajo sus camas.

«A lo mejor eso ya no se estila teniendo el móvil» pensé mientras me metía otra galleta en la boca y seguía tecleando.

Escuché que llamaban a la puerta y me extrañó puesto que realmente no sabía si alguien aparte de Bohdan o Margarita sabían que yo estaría allí. Tal vez vinieran buscándole a él y no sabía muy bien si abrir o no para que me vieran, pero escuché la voz de Margarita al otro lado de la puerta.

—Celeste, ¿Estás ahí? —preguntó alzando la voz.

Abrí enseguida dejando el ordenador sobre la cama y la encontré de pie formalmente vestida para la cena.

—Estoy —contesté mientras sonreía.

—¿No vienes a cenar? —preguntó entonces.

—Pues... —comencé a divagar en qué respuesta darle y me giré señalando el ordenador—. Lo cierto es que estaba bastante entretenida y no pensaba ir teniendo en cuenta que tu hermano aún no ha regresado.

—¡No me dejes a solas con ella por favor!, ¡No la soporto! —gimió y supe inmediatamente a quién se refería.

—Pues anda que yo... —bufé.

—Venga... acompáñame —insistió poniendo ojitos de corderito.

—Esto va a ser peor que cortarse las venas con un cuchillo de plástico —bufé en español mientras volvía a por mis zapatos.

La insulsa rubipetarda estaba allí mirándose su estupenda manicura que seguro no era de las baratunas y alzó la vista cuando entramos en aquel comedor, por su cara deduje que esperaba a alguien más.

—¿Y Bohdan? —exclamó.

—No vendrá —contesté secamente.

Vi cómo se le hinchaba la vena del cuello tratando de decir algo, pero su mirada se desviaba de Margarita hacia mi y sonreí porque acababa de descubrir que tenía que contenerse. Seguro que si supiera que le caía como una bomba fétida a la infanta, saldrían culebras por esa boca como hacía cuando se encontraba a solas conmigo.

Para mi suerte, la cena se mantuvo en un silencio por parte de Anabelle al principio hasta que el palo con tetas preguntó por Dietrich.

—Tú debes saber muy bien donde está, ¿no? —preguntó con interés—. Os vi llegar juntos al baile y desde luego parece que os lleváis muy bien, que sois muy *amigos*.

—Amiguísimos —bufé en español para que no me entendiera rodando los ojos.

—¿Cómo has dicho? —preguntó insistiendo.

—Nada —solté.

—¿Verdad que Dietrich y ella son muy buenos amigos Margarita? —exclamó mirando hacia la hermana de Bohdan que en ese momento se llevaba la cuchara a la boca.

—Pues... no sé —contestó la pobre Margarita.

¿A qué viene tanto interés en si yo soy o no soy amiga o amiguísima del primo de Bohdan?

—¿No fuiste tú quien pidió a Dietrich que me diera las clases de baile porque te debía un favor? —pregunté recordando la confesión de Dietrich en el baile—. ¿Qué pretendías que hiciera? —insistí y vi como su cara pasaba a ser lívida total.

—¡Cómo puedes acusarme de algo así! —gritó haciéndose de la ofendida.

—Lo dijo él —contesté sincera.

—¡Mentira! —gritó—. ¿Has oído Margarita?, ¡Esta campesina solo quiere difamarme para que Bohdan piense que yo soy la mala, pero en realidad es ella! —dijo levantándose—. ¡Sólo miente porque es una interesada que solo quiere robar el dinero que puede sacarle a la corona!

Ver a la rubia tetuda en acción era como ver una peli de ciencia-ficción que han rodado sin presupuesto para los efectos especiales: «Mala no, lo siguiente»

¡Menuda faaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaalsa!

Y para más inri se hizo la ofendida y salió de allí sin dejar que Margarita o yo dijéramos nada. En cuanto se fue ambas nos miramos y comenzamos a reír por el espectáculo que acababa de brindarnos.

«Celeste 2 – Palillo tetuda 0»

Me di una ducha cuando volví a la habitación a pesar de haberme duchado en la mañana y como aún no habían traído mi ropa a la habitación —aunque yo me había encargado de traer mi ropa interior porque me daba repelús que alguien la manoseara—, le robé una de sus camisas a Bohdan usándola como pijama y me tumbé sobre la cama deseando que no tardara en volver. En ese momento la puerta se abrió dejando paso a mi príncipe despeinado, con la camisa entreabierta como si hubiera comenzado a desabotonarla instantes antes —porque aún llevaba la mano en uno de los botones— y tan sumamente atractivo que las mariposas de mi estómago comenzaron a revolotear de nuevo.

—Hola —dije sonriente mientras me encogía de hombros y me daba cuenta de que la camisa me estaba grande y los llevaba al descubierto. Observé cómo Bohdan le daba una patada a la puerta y se recostaba en ella mirándome fijamente—. ¿Qué? —exclamé al ver que no decía nada, pero seguía observándome.

—Si supiera pintar, juro que ahora mismo te haría un retrato —dijo en un tono de voz tan cargado de sensualidad que sufrí espasmos—. Y así poder contemplarlo cada vez que

estuviera lejos de aquí para saber lo que me espera al llegar a casa —añadió.

Mi garganta se secó y tuve que parpadear dos veces para ser consciente y procesar sus palabras.

—O puedes ser un poco más moderno y hacerme una foto... —Se me ocurrió decir.

Le vi sacar el teléfono del bolsillo y esperé pacientemente a que me hiciera aquella fotografía a pesar de que desconocía que aspecto tendría.

—Ven aquí —dijo dando dos zancadas y tirando el móvil sobre el colchón.

Gateé sobre la cama hasta llegar a él y me alzó en brazos para acercarme, algo que aproveché para enroscarme con mis piernas en su cintura. Sus labios se fusionaron con los míos de forma despiadada y con intensidad, cómo si llevásemos días sin vernos... hasta que alguien llamó a la puerta.

—¿Esperas a alguien? —exclamé y alcé la ceja.

«Como sea la petarda de turno se va a llevar una non-grata sorpresa» pensé.

—Si —contestó de pronto sonriendo y me dejó caer suavemente hasta que apoyé los pies en el suelo.

Observé como abrió la puerta y cogía una bolsa que alguien le ofrecía. Bohdan dio las gracias y posteriormente cerró girando la llave para que nadie pudiera entrar a molestarnos.

—¿Quién era? —pregunté por tanto misterio. No había visto a la persona que le había entregado aquella bolsa, pero seguramente sería alguien del personal.

—El parchís —contestó ofreciéndome la bolsa y yo sonreí de oreja a oreja.

—No te has olvidado —gemí en un susurro.

—Desde luego que no —afirmó mientras me rodeaba con una mano la cintura para atraerme hacia su cuerpo—. De hecho, ardo en deseos de aprender una nueva forma de jugar a este juego —añadió con esa voz ronca que a mí personalmente me volvía completamente loca.

«Y mojaba de paso mis bragas para qué engañarnos»

—Emm... umm... amm —comencé a balbucear sin saber qué decir exactamente.

—Prepáralo todo, me daré una ducha y enseguida estoy contigo.

«Que comience el juego, baby»

Mientras se duchaba, valoré la opción de jugar sobre la cama, pero no me pareció oportuno, así que aprovechando que había moqueta por toda la habitación, coloqué el tablero y las fichas en el suelo mientras me sentaba a esperarle.

—¿Vamos a jugar en el suelo? —exclamó al verme reposada contra la pared esperándole.

—Si —afirmé.

—¿No crees que estaremos más cómodos en la cama? —sugirió.

—Créeme... para lo que tengo planeado hacer contigo, no —dije sonriente y le escuché toser mientras se giraba levemente—. Tres prendas —añadí.

—¿Cómo? —preguntó alzando una ceja volviendo a mirarme.

—Debes vestirte con tres prendas para jugar —repetí para dejárselo claro.

—¿Por qué tres? —preguntó confuso.

—Luego te lo explico, pero solo tres —advertí.

—¿La camisa que llevas es mía? —me preguntó de pronto fijándose bien.

—Si —afirmé sonriente—. Te la he robado —añadí mordiéndome el labio—, espero que no te importara.

—No —contestó vagamente y vi que miró hacia otro lado y volvió a toser—, claro que no...

Cuando se sentó frente a mi, Bohdan se había colocado unos boxer, pantalón de chándal y camiseta básica interior... tres prendas tal y como le había dicho que hiciera, pero ¡Madre del amor hermoso que sexy estaba con el pelo aún mojado!

—Bien —comencé aclarándome la garganta—. El juego básico es el mismo, hay cuatro fichas para cada jugador, se saca una ficha cada vez que salga un cinco en el dado y la misión consiste en llegar a casa sin ser comido con las cuatro fichas —dije para ver si me estaba siguiendo.

—Si, eso ya lo sé —confirmó—, de pequeño he jugado más de una vez a esto con mis primos.

—Bien... ahora vienen los *pequeños detalles* —dije en un tono un poco agudo y con cierta sensualidad.

—¿Pequeños detalles? —sonrió de forma pícaro.

—Si... son pequeños... minúsculos diría yo —contesté sin mirarle porque si lo hacía mandaba el parchís a tomar por saco y me tiraba literalmente sobre ese cuerpo de adonis creado para el pecado.

—Tu dirás —contestó incitándome a revelarles cuáles eran.

—En cada ocasión que un jugador coma una ficha a su oponente, también deberá comer en una parte del cuerpo de dicho oponente donde éste elija siempre y cuando no esté cubierto con una prenda —en ese momento saqué el bote de nata montada y la Nutella de debajo de la cama. Bohdan me miró con ojos abiertos de sorpresa—. Además, por cada ficha que salga de la salida al sacar un cinco, a cambio se penalizará con una prenda.

—Pero hay cuatro fichas —alegó Bohdan.

—Y llevamos tres prendas —contesté para que fuera evidente de que íbamos a terminar desnudos básicamente.

—Está bien —escuché en un tono de voz ronco—. ¿Algo más? —preguntó mirándome fijamente.

—Si —afirmé.

—En el juego tradicional, cuando un jugador consigue llegar a la meta avanza diez casillas con cualquier otra ficha y en este caso, además, besaré durante diez segundos una zona erógena en el cuerpo de su oponente que éste haya elegido previamente. ¿Te parece bien?

—Muy bien —afirmó en un tono de voz ronca—. ¿Quién empieza?

—Tú... te daré esa ventaja —sonreí y le observé lanzar el dado hacia arriba para rebotar de nuevo en el tablero.

—¡Cinco! —grité después de varios intentos desafortunados y que Bohdan ya estuviera en calzoncillos... me deshice del sujetador sin quitarme la camisa y lo tiré sobre la cama.

—Eso no vale —dijo seriamente mirándome a los ojos.

—¿Por qué? —exclamé.

—Porque te has quitado una prenda, pero sigues estando cubierta por otra.

—Ah... se siente... —respondí alzando las manos.

—Tramposa.... Te vas a enterar —le oí decir con cierto aire de diversión mientras avanzaba con sus fichas.

A pesar de haber sacado más cincos, ni Bohdan se quitó los Boxer ni yo su camisa... y la tensión por comerse una ficha del otro era palpable.

—Seis... —susurró Bohdan cuando salió el número en el dado y sabía que se comería una de mis fichas—. Quiero la nata —añadió sonriente.

Me mordí el labio instintivamente y cogí el bote de nata par agitarlo, abrí un botón más de la camisa para que esta cayera sobre un hombro con mayor facilidad y tracé una línea desde el hombro hasta el cuello. Iba a terminar pringada, pero me daba absolutamente igual.

—Espero que tengas hambre —gemí en cuanto observé esa mirada de felino queriendo devorar a su presa, solo que no me sentía como un cervatillo precisamente, sino más bien... una presa que quería ser devorada fervientemente.

—Mucha —gimió antes de que sintiera como su lengua tocaba mi piel.

Sus labios se aferraban dando pequeños mordiscos provocando que tuviera que morderme el labio para no gemir. Sentía sus dientes clavándose sutilmente en mi cuello y cuando deseé que subiera hasta morder el lóbulo de mi oreja, cesó.

«¡Mierda! Si lo sé digo que hay que estar cinco minutos al menos *comiendo* esa parte del cuerpo»

Volvió a tirar y para mi sorpresa llegó a la meta con otra ficha por lo que le señalé

sonriente la oreja... iba a salirme con la mía igualmente.

Noté sus manos en mis nalgas alzándome para colocarme a horcajadas sobre él y al instante su lengua apresaba mi oreja con tal devoción que a mí se me olvidó contar y jadeé por la sensación.

—¿Solo diez segundos? —preguntó despegándose de mi oreja.

«¿Dije diez?, quise decir diez mil» Me dieron ganas de responder... ¿En qué mundo diez segundos iban a ser suficientes con Bohdan? Gemí interiormente.

—Emm, si —respondí tratando de separarme para volver a sentarme en el suelo.

—No —negó evitando que cambiara de posición—. Podemos jugar así —sugirió y afirmé con un gesto mientras tiraba el dado, salía un cinco y me quité la camisa que llevaba para quedar completamente desnuda—. Mi camisa te sienta bien, pero sin ella estás mucho mejor —afirmó mientras le veía evaluarme desde su posición mucho más que cercana.

Bohdan no tardó mucho más tiempo en perder sus boxer por el camino y antes de que su tercera ficha llegase a la meta, la intercepté. Aprovechándome de su desnudez, unté con Nutella una hilera que iba desde su ombligo hasta la ingle y antes de bajar a comerme mi recompensa porque desde luego para mí no era una penitencia me metí el dedo con el que había untado la zona en la boca saboreándolo mientras le miraba observarme fijamente.

—Ummm que bueno está —gemí cerrando los ojos sabiendo que él me observaba.

Le escuché proferir una maldición y cuando abrí los ojos me miraba con tanta intensidad que juro que sufrí un orgasmo instantáneo.

Me incliné lentamente sin perderle de vista hasta que mi lengua se posó bajo su ombligo y comencé a saborear la Nutella mezclada con el aroma de su piel.

¡Válgame dios! Si de por sí sabía a gloria bendita, ahora sabía lo que era la ambrosía de los dioses... sin duda tenía que ser aquello.

Fui descendiendo poco a poco hasta posar mi lengua sobre su ingle y le oí gemir.

—Me rindo... —gimió cuando pasé la lengua cerca de su miembro viril—. Me da igual perder, pero no me tortures más.

—¿Torturarte? —exclamé mientras rocé con mi nariz su entrepierna.

—Llevo queriendo hacerte mía desde el instante en que entré por esa puerta y te vi únicamente vestida con esa camisa —susurró.

Saber aquello me llenaba de éxtasis y de placer, conocer por sus propias confesiones que me deseaba solo alababa mi deleite hacia ese dios de dioses, así que cogí su miembro en mi mano y me lo metí en la boca saboreándolo completamente mientras le oía gemir extasiado.

Cuando Bohdan me alzó para colocarme sobre él después de que se colocara un preservativo que había cogido de la mesita de noche como siempre solía hacer, me guio

con sus manos hasta que sentí su carne hundiéndose en lo más profundo de mi ser y mis gemidos fueron acallados por sus labios que me apresaban con tal ferocidad que estaba segura de que terminaría sangrando.

Su pasión no provocaba dolor alguno, sino que únicamente hacía incrementar mi ferviente deseo de aumentar el ritmo con el que acrecentaban sus embestidas hasta que me dejé caer hacia atrás mientras él me sujetaba de la cintura y la sensación de haber alcanzado el clímax me abrasaba provocando oleadas de placer recorriendo todo mi cuerpo.

En ese momento no existía nadie más para mí en el mundo que no fuera ese príncipe y saberlo me aterró al mismo tiempo que me dio la mayor felicidad que jamás había experimentado en toda mi vida.

«Le amaba, le amaba de una manera incondicional como jamás había amado a ningún hombre en toda mi vida»

—Cada día me sorprendes más —escuché su voz en la letanía devolviéndome de regreso a la realidad.

—Me alegro —contesté abriendo los ojos y observando ese brillo perspicaz en los suyos—. No me gusta ser aburrida.

—Y desde luego no lo eres —concluyó mientras su mano ascendía por mi espalda atrayéndome hacia él, hasta que finalmente acercó sus labios a los míos otorgándome un poco más de la esencia que se había convertido absolutamente necesaria para mi existencia.

Bohdan me cogió en brazos, aún me sorprendía la fuerza que tenía este hombre para levántame como si fuera una niña de tres años, solo que al tres le debías añadir un cero después —ya que no me faltaba mucho para tenerlos— y unos cuántos kilos también.

—Echaré de menos esto —susurré cuando las luces se apagaron y noté su brazo rodeándome para acercarme a su cuerpo.

«Adoraba que hiciera eso hasta el punto de querer llorar de pura felicidad por no tener palabras para describirlo»

—¿Echarlo de menos? —preguntó.

«Mierda, ¿Lo había dicho en voz alta?, ¡Joder! Ya no había vuelta atrás, al menos sabría que opinaba él al respecto y si la situación habría cambiado a pesar de saber que no lo haría por mucho que él y yo nos acostáramos»

—Cuándo nos divorciemos y regrese a España —contesté con los ojos cerrados aprovechando que no podría ver cómo me dolía aquella realidad.

—¡Ah! Sí, desde luego —escuché a mi espalda—. Imagino que desearás regresar lo más pronto posible.

«¿Qué?, ¡No!, ¡No, no, no, no!, ¡No quiero que este sueño se termine!, ¡Déjame vivir un poquito más en él!, ¡Lo suficiente para que me dure el resto de mi vida sin auto

compadecerme a mí misma por lo que jamás tendré!»

—No quiero ser una molestia —contesté.

No admitiría que me moría de ganas por quedarme para siempre porque igual me devolvía por mensajero urgente al día siguiente, pero tampoco iba a mencionar que deseaba volver cuando no era así, salvo que él se viniera conmigo en la maleta.

—Entiendo —contestó y por su tono juraría que parecía pensativo—. Aunque eres libre de marcharte cuando quieras —susurró.

«Marcharme cuándo quisiera» repetí mentalmente.

Solo que yo no deseaba que me dijera eso, sino que, muy al contrario, me confesara que deseaba que me quedara allí, junto a él y para siempre.

Lamentablemente eso jamás ocurriría. Yo le gustaba, sí. Desde luego nadie podría negar la atracción que sentíamos el uno hacia el otro, pero en cuanto a hablar de amor, solo yo era la que se había enamorado perdidamente.

Tal vez debería huir, salir corriendo y no entregarme aún más a un fuego abrasador que terminaría por consumirme completamente, pero evidentemente era necia, masoca y cabezota... porque me negaba a marcharme a allí prefiriendo lo que él pudiera ofrecerme antes que llorar por el anhelo sin consuelo en la lejanía.

—Lo sé —confirmé mientras una pequeña lágrima se escapaba de mis ojos.

—Buenas noches, Celeste —oí con sus labios casi rozando mi nuca.

No se me pasó inadvertido la ausencia de su *preciosa*.

—Buenas noches, Bohdan —concluí a pesar de que lo que menos me apetecía en aquel momento era dormir.

No había previsto aquel final para esa magnífica noche, pero aquella era mi realidad por poco que me gustara y debía aceptarla, de hecho la aceptaba. Quizá por eso terminé abandonándome a los brazos de morfeo en algún momento porque cuando desperté aquella mañana Bohdan no estaba a mi lado y no había ni rastro de él por habitación; se había marchado sin despedirse.

Me coloqué la camisa que estaba tirada por el suelo para cubrir mi desnudez y en el momento en el que pisé un pie en la moqueta, la puerta de la habitación se abrió sin previo aviso. Agradecí que justamente acababa colocarme aquella prenda o ahora mismo estaría gritando hasta que me escucharan en la conchinchina.

—¡Qué haces tú aquí! —exclamó aquella voz pedante de la que no podía ser otra que la mismísima reina Margoret.

—Duermo aquí —contesté pacíficamente.

—¡Esto es inaceptable! —gritó haciendo que mis tímpanos estuvieran a punto de reventarse—. ¡El servicio se enterará!, ¡La gente hablará!, ¡Y pronto todo el reino lo sabrá!

—Si para todo el reino soy la prometida de su hijo, no creo que a nadie le extrañe —

bufé.

—¡Tú no eres la prometida de Bohdan y jamás lo serás! —exclamó apuntándome con el dedo índice como amenaza—. ¡Que salvaras a mi marido e hicieras un acto heroico no te convierten en merecedora de la corona y mucho menos, estarás a la altura de lo que a él le conviene como futura esposa!

—Creo que me lo ha dejado muy claro desde el instante en el que pisé este lugar —dije cruzándome de brazos.

—Pues no parece que lo hayas entendido cuando te encuentro aquí, ¡En la cama de mi hijo!, ¡Y prácticamente desnuda! —gritó.

—Creo que su hijo es lo suficientemente responsable de sus actos para saber lo que debe o no hacer.

—Sé que le drogaste para que se casara contigo —soltó de pronto provocando que yo abriera la boca de par en par.

«De todas las cosas que me podría haber dicho, aquella sí que me dolió»

—Esa es una acusación muy grave, señora —contesté tratando de no gritar y saltarle a la yugular porque desde luego, era lo que me apetecía hacer en aquel instante.

—Sé que lo hiciste y cuándo tenga las pruebas suficientes, me aseguraré de que no vuelvas a acercarte a mi familia —decretó poniendo aquellos labios de forma tan arrugada que daba grima.

—Madre, ¿Qué hace aquí? —escuché de pronto la voz de Bohdan y al instante le vi aparecer en la habitación.

¿No se había marchado?; Oh dios! Venía completamente sudado como si hubiera estado haciendo ejercicio y en ese instante se quitó la camiseta que se había adherido completamente a sus perfectos abdominales y que desde luego estaba completamente empapada.

—Yo... venía a buscarte para comentarte un par de cosas referentes a tu padre, pero me encontré con.... con... ella —contestó señalándome.

—Esta ahora es también su habitación —afirmó Bohdan mirándome fijamente y después volviendo la vista a su madre.

—¡Esto es intolerable Bohdan!, ¡Todos hablarán!, ¡No puedes permitir que...

—He dicho que esta también es su habitación —repitió Bohdan alzando la voz en un tono firme y tan autoritario que consiguió acallar a su madre—. No he pedido su opinión, madre —añadió—. Cuando la necesite se la pediré, pero éste no es el caso.

Vi como la víbora escupe veneno asentía sin rechistar y algo dentro de mi explotaba de placer ante la firmeza de Bohdan enfrentándose a ella.

«No es que fuera tan mala de desear que una madre y su hijo discutieran, pero entendedme... a esa mujer pretenciosa le hacía falta que la pusieran en su lugar por

muchos traumas que tuviera. ¡Si hasta me había acusado de drogar a su hijo porque se le antojaba!»

—Te esperaré en tu despacho —susurró la madre de Bohdan antes de marcharse y él cerró la puerta girando el pestillo para que nadie pudiera abrir de nuevo.

—¿Estás bien? —me preguntó dirigiéndose a mí y asentí con la cabeza sin pronunciar palabra alguna.

Bohdan se acercó y acogió mi rostro entre sus manos para que alzara la vista y le contemplase fijamente.

—Si —pronuncié finalmente.

—¿Qué te ha dicho? —Preguntó—. ¿De qué te ha acusado? —insistió.

—No es nada —mentí.

—Dímelo —volvió a insistir.

—Cree que yo te drogué para casarme contigo aquella noche —dije sin darle importancia a pesar de que aquella acusación significaba que, si a esa mujer le daba la neurra y se sacaba de la manga pruebas falsas, podría terminar incluso en la cárcel. Mejor no lo pensaba porque si no me pondría mala.

—Eso es absurdo —contestó inmediatamente dándose la vuelta y llevándose una mano a su cabello que debía estar húmedo por su aspecto.

—Me basta con que tú no la creas —confirmé.

—¡Por supuesto que no la creería! —exclamó. Entonces se volvió hacia mí y en una zancada estuvo de nuevo a mi lado—. No dejes que ella te afecte —añadió acariciando de nuevo mi rostro.

—No lo hará —contesté intentando sonreír y observé que él también lo hacía.

—Tengo que ducharme —contestó juntando su frente con la mía al tiempo que su nariz rozaba la mía.

—¿Y no me invitas? —sugerí mordiéndome el labio.

—Tú siempre eres bienvenida.



VEINTISEIS



Al parecer, al rey Maximiliano le habían dado el alta en el hospital bajo prescripción médica de guardar absoluto reposo durante unos días, por lo que esa era la razón de que la dama brujil estuviera escupiendo veneno de regreso en palacio. Qué pronto se le había olvidado que su marido estaba vivo gracias a mi intervención. ¡Ojo! No es que quisiera que me lo agradeciera o me echara flores, lo habría hecho igual aunque hubiera sido ella la que estuviera en su situación en un momento dado, —aunque quizá no con tanto ahínco ahora que lo pienso —, la cuestión es que mi breve instante de felicidad pensando que al menos aquella mujer me daría tregua hasta que me marchara de allí, se había disipado tan rápido como una gota de agua en mitad del Sahara; un visto y no visto en toda regla.

«Y pensar que me iba a dar las gracias... ¡Ja! Será en otra vida porque en esta me puedo morir del asco esperando» Encima me acusaba de drogar a su hijo... ¡Yo! Que ni recordaba lo que había pasado esa noche. Porqué no le habría drogado sin querer, ¿verdad?, ¡Mierda!, ¡Esperaba que no por dios! No recordaba nada de aquella noche, seguía teniendo esa laguna mental que se pierde en mis recuerdos en el momento en el que estaba en aquella discoteca junto a Bohdan, rodeados por sus amigos y... se pierde el recuerdo completamente.

¿No se suponía que debía recordar algo más? Ahora que lo pensaba sí, bebí bastante, pero no era la primera vez que me bebía hasta la mismísima agua de las plantas prácticamente y recordaba lo que sucedía al día siguiente.

«Tal vez el alcohol estadounidense sea más fuerte y por eso me dejó k.o» Fuera como fuese, solo esperaba que “la reina madre” hubiera dicho aquello en plan amenaza, pero que en realidad fuera solamente una estratagema más para darme miedo y que saliera huyendo de allí por patas.

Si lo analizaba fríamente tampoco es que fuera muy loco que esa mujer pensara aquello o tuviera la osadía de recriminármelo en la cara. Total, era más que evidente que no me tragaba, de hecho; me quería escupir tan lejos como pudiera, aunque Bohdan había estado fino en ponerla en su sitio para mi sorpresa y más aún, el hecho de que él no creyera que le habría drogado, incluso sin tener el mínimo atisbo de duda me hizo creer

que a pesar de todo, había llegado al punto de confianza suficiente para creer que no haría algo así.

Porque no haría algo así ni borracha ¿verdad?. ¡Joder! Esa mujer había conseguido que dudara hasta de mi misma... ¡Sí que era buena siendo una bruja la jodía, solo le faltaba volar! Al menos me quedaba el consuelo de que su aprendiz, la muñeca maldita de Anabelle, era una simple cacatúa sin plumas.

Y precisamente a ésta última tuve que aguantar durante el desayuno, donde su evidente emoción de que Bohdan estuviera presente era el principal motivo de que esos labios hinchados que parecían dos salchichas mal puestas, formaran una sonrisa.

—No lo creo Anabelle, los padres de Celeste vendrán en esa fecha —terció Bohdan capturando mi atención que hasta el momento había colocado mi antena en otra parte para desconectar de tanta absurdez inútil junta como decía aquella mujer.

¿A quién carajos le importaba que en no se qué sitio pijo de no se cuál ciudad, se tomaban los mejores cocteles que jamás había probado? Esta tía había superado el límite de la imbecilidad hasta llenar el cupo y como lo había traspasado tanto, parecía uno de esos robots de muñecas hinchables que estaban inventando los japoneses.

«Bueno, miento... hasta un robot tendrá más sesos que este palo con tetas y dos ojos»

—¿Vendrán sus padres? —exclamó la rubia que era oxigenada, pero seguro que su pelo no era natural, si me apuras, ni las uñas de los pies eran naturales en esa muñeca infernal.

—Si, yo mismo les invité a venir —contestó Bohdan para mi asombro, aunque era la pura realidad puesto que yo no hice nada, lo hizo todo él solito.

—¿Y tu madre está de acuerdo en eso? —gimió con evidente consternación la cacatúa sin plumas.

Pude fijarme en sus nudillos blancos por apretar con fuerza los cubiertos.

—Son mis invitados y no creo que deba pedir permiso a la reina para ello —confirmó Bohdan.

«Ahora vas y lo cascas palillo con tetas» quise gritarle en su cara.

—Pues a mí no me parece correcto que unos completos desconocidos vengan a este lugar sin tener idea de si son delincuentes —dijo tan fresca la tía con esas salchichas por labios que apretaba uno contra el otro denotando su antipatía.

«¡Ay que grima da con solo verla!»

—A mí tampoco me parece correcto que cada vez que abras la boca suba el pan y no me quejo —respondí sin más.

Lo siento. De mi podrá decir lo que quiera, pero con mis padres no paso ni una miajita chica.

—¿Qué? —exclamó abriendo la boca atónita.

—Que será mejor que te dediques a ver el tiempo, así tendrás algo *interesante* que decir en una conversación —recalqué.

—¡Cómo te atreves! —gritó amenazándome con el cuchillo—. ¡Bohdan!, ¡Tú has escuchado cómo me ha insultado! —añadió para que éste la defendiera.

—Creo que tu lo hiciste primero Anabelle —contestó Bohdan en un tono que casi juraría que le costaba reprimir una carcajada, ¿Le había hecho gracia?

Menos mal que en aquella mesa no estaba la reina piruja con su escoba o me arrea fuerte con viento fresco para defender a su nuera perfecta.

—¿Yo? —exclamó poniendo esos morros en forma de circulo con tanto victimismo que daban nauseas.

—Creo que no estás en disposición de hablar de personas que desconoces, menos aún si tienes en cuenta que son la familia de mi prometida —contestó en un tono serio Bohdan para dar firmeza a sus palabras.

—¡Ella no es tu prometida realmente! —exclamó airada.

—Eso es cierto —afirmó y se me encogió el corazón al escucharle afirmar aquello que solo significaba que el fin estaba cerca—. Es mi esposa.

«¡En tu cara so payasa!» gritó una mini celeste que estaba bailando sevillanas diminutamente en mi cerebro. Hasta podía visualizar a la mini-yo en la sala de control diciendo “olé con olé con olé con olé”.

¡Pero qué ganas de comerme a besos a este hombre me estaban entrando!

—Según tengo entendido, será por poco tiempo ¿no? Hasta que la prensa se calme y todo este lío se arregle —contestó el palo amargado fingiendo que no le había dolido la respuesta.

—Independientemente del tiempo que sea, no creo que ese asunto sea de tu incumbencia Anabelle —contestó Bohdan antes de darle un último sorbo al café y dejar su servilleta sobre la mesa—. Me marchó, debo discutir unos asuntos en privado con la reina.

Todas observamos como Bohdan abandonaba aquel campo de batalla en silencio y el palillo tetudo me observaba fijamente.

A ver con qué santísima estupidez venía ahora... cómo vuelva a decir que Bohdan es suyo, la tiro por la ventana y le ahorro al mundo un sufrimiento.

—Dudo que su alteza la reina lo permita —dijo aquel intento de imitación a Barbie barata.

—No soy yo la que ha ratificado que la reina no tiene opinión en este asunto, así que no sé qué crees que vas a conseguir diciéndomelo a mi —contesté aguantándome las ganas de darle un guantazo a ver si así se le quitaba la tontura.

—Bohdan hará lo que le diga su madre —afirmó—. Siempre la ha contentado y en esta ocasión, no será diferente —aseguró sonriente.

—Pareces muy satisfecha con ello, ¿Qué sacas tú de todo esto? —pregunté cruzándome de brazos.

—No sé a qué te refieres —contestó mirando hacia otro lado y supuse que lo hacía porque Margarita estaba presente a pesar de estar silenciosa—. Solo velo por la imagen de mi familia.

—Y la mía estropearía esa imagen según tú, ¿no? —contesté con cierta ironía.

—Desde luego —afirmó—. Unos simples campesinos involucrados con la familia real... ¡Es completamente inapropiado! Por no decir que estropearía la imagen de formalidad y seguridad que debe dar el príncipe Bohdan en todo momento, más ahora que mi tío no puede cumplir sus funciones y él deberá asumir sus responsabilidades.

—Pero Bohdan les ha invitado —gimió Margarita que hasta ahora permanecía callada—. Seguro que lo ha hecho porque son buenas personas —añadió y me miró sonriente.

—Desde luego habrá pensado que estaría haciendo una obra de caridad, pero no debió pensar lo que eso supone para el reino —contestó aquella perra zarrapastrosa.

«¿Obra de caridad?, ¡Ni tú sabes qué significa eso maldita!»

—Pues yo que tú iría pidiendo cita en el dentista —dije dejando mi servilleta sobre la mesa y alzándome de la silla —Porque igual te quedas sin dientes de tanto apretarlos cuando veas aparecer por esa puerta a mi familia —añadí para su asombro y observé como su cara de autosuficiencia pasó a estar de color rojo—. Respira, porque lo mismo me lo pienso tres veces antes de intentar reanimarte como hice con su majestad el rey Maximiliano. ¿Vamos Margarita? —pregunté con tanta calma como me fue posible y salí de allí acompañada de la hermana de Bohdan que para mi grata sorpresa no dudó un instante en venirse conmigo.

—Sabes que la tomará contigo después de lo que le has dicho, ¿verdad? —dijo una vez que salimos fuera del radio de alcance de la muñeca maldita.

—Creo que la tiene tomada conmigo desde el instante en que supo que me había casado con tu hermano —contesté sin darle importancia—. No te preocupes por mi, tiene menos seso que un mosquito y más silicona que carne.

En ese momento la risa de Margarita me hizo frenar el ritmo hasta el punto de quedarnos paradas en mitad de aquel pasillo.

—¿Cómo se te ocurren esas cosas? —preguntó con lágrimas en los ojos.

—¿Qué cosas? —exclamé extrañada.

—No sé... esas ocurrencias —contestó aireando las manos.

—Solo digo la verdad —respondí encogiéndome de hombros—. Siempre he sido así.

—Me alegro de que seas tú quien se case con Bohdan y no ella —dijo de pronto Margarita sonriente.

—¡Margarita!, ¿No se supone que deberías estar en tus clases? —escuché el grito

haciendo que ambas nos sobresaltáramos y es que sin querer, habíamos llegado hasta escasos metros del lugar donde Bohdan tenía su despacho, ese que en cierta forma me traía buenos recuerdos, puesto que fue donde le vi por primera vez cuándo llegué aquí y donde me entregó ese magnífico anillo de compromiso pese a no pedirme matrimonio y que solo debía lucir en ocasiones puntuales.

—Voy mamá —contestó con pesar Margarita y me miró.

—Celeste, ¿Tienes un minuto? —escuché la voz de Bohdan llamándome.

«Para ti tengo todos los minutos que hagan falta» pensé mientras mi corazón se aceleraba al saber que ese hombre me reclamaba, aunque solo fuera para preguntarme la absurdidad más grande del mundo.

—Desde luego —contesté mientras entraba en el despacho y le veía caminar hasta sentarse en su silla tras la mesa.

—Cierra la puerta y siéntate, por favor —dijo en tono serio y aquello me aterró.

«¡No me jodas que la reina le ha comido el seso y la petarda de la muñeca maldita se saldría con la suya!» Gemí interiormente mientras hacía lo que me había pedido.

—¿Se trata sobre la visita de mis padres? —pregunté adelantándome a los hechos.

En realidad no había estado de acuerdo en un principio porque no quería que mi familia se sintiera mal por el trato hostil que ciertas personas en palacio le darían, pero a tener en cuenta que eso sería precisamente un fastidio para ellas y que no se iban a enterar un carajo de la lengua si decían algo fuera de lugar, me hacía ilusión hacer feliz a mi madre y sobre todo me apetecía que Margarita conociera a mi hermana, seguro que ese par se llevarían bien y terminarían entendiéndose en un inglés a medias.

—No —negó—. Lamento si te has sentido ofendida con lo que mencionó Anabelle durante el desayuno, pero mantengo mi postura con respecto a su visita. Además, dadas las circunstancias creo que te vendrá muy bien que vengan a visitarnos.

—¿Qué circunstancias? —exclamé con el ceño fruncido.

—Eso es lo que quería contarte y es por lo que te he hecho entrar —aclaró serio y le observé apartar algunos papeles—. Mi padre no podrá desempeñar sus funciones como legítimo rey del país dado su estado, por tanto yo deberé asumir sus responsabilidades en su ausencia y eso me dejará poco margen de tiempo libre.

—Quieres decir que te ausentaras de palacio y que pasaré días sin verte —afirmé.

—Así es, aunque principalmente estaré en el país, es probable que se requiera de tu presencia en algunos actos oficiales a los que deberás acudir sola en representación de la familia como mi prometida —contestó mirándome ahora fijamente.

—Hasta ahora no he debido hacerlo —susurré aterrada—. ¿Es conveniente teniendo en cuenta que me iré dentro de...

—No te preocupes por eso —aseguró—, pero no te lo pediría si no fuera porque necesito tu ayuda Celeste.

—Claro —afirmé a pesar de no estar nada convencida—. Lo haré lo mejor que pueda —añadí tratando de creérmelo yo también.

—Gracias —contestó con una sonrisa sincera y le vi abrir un cajón de la mesa—. Hoy mismo te darán la programación de tu agenda social y no tienes nada que temer puesto que siempre estarás acompañada y te prepararan los discursos que deberás dar.

«Mientras no me tiren tomates, podré estar satisfecha» pensé y en ese momento le vi sacar un sobre de tamaño mediano que contenía una especie de sello antiguo, como esos que se hacían con cera de vela rojo y un escudo grabado. Me fijé en el sobre que movía entre sus dedos, como si estuviera algo nervioso.

—Hay algo más —dijo de pronto dubitativo.

—Te escucho —contesté bastante intrigada por la situación ya que en cierta forma evitaba mirarme.

—¿Recuerdas la promesa que me hiciste cuando fuimos a visitar a tu padre al hospital? —preguntó algo contrariado—. ¿Que cuando yo te pidiera algo lo harías sin más? —preguntó de pronto.

—Si —afirmé recordando el instante en el que me hizo prometer aquello cuando le pedí que fingiera estar muy enamorado de mi, algo que por cierto hizo con nota.

—Pues bien —aclaró ofreciéndome el sobre—. Necesito abras este sobre en la fecha que hay indicada en el reverso y acudas al lugar citado a la hora fijada. Necesito tu palabra de que no lo abrirás hasta ese momento —repitió antes de entregármelo—. Es muy importante que no leas su contenido hasta ese momento Celeste —añadió dándomela al fin.

De tanta intriga me daban ganas de abrirlo inmediatamente, ¿Por qué tanto misterio?, ¡Me iba a dar un cortocircuito rebanándome los sesos sobre lo que contendría aquella carta! Aunque en parte sabía que sería una dirección y una hora, ¿Para qué sería?

Le di la vuelta al sobre, tenía escrito de puño y letra una fecha concreta.

«19 de Octubre»

Faltaban más de tres meses para esa fecha, ¿Por qué me la daba con tanto tiempo de antelación?

«Celeste, pide cita con la esteticista que sin uñas te quedas fijo»

—Te lo prometo —contesté a pesar de que sabía que me iba a costar un mundo aguantarme las ganas de abrirla, pero lo conseguiría.



VEINTISIETE



—En representación de la familia real de Liechtenstein y de su excelencia el príncipe Bohdan Vasylyk, es un honor para mí inaugurar este centro sociocultural que se convertirá en el... en el... ¡Mierda!, ¿En qué? —exclamé mientras volvía a coger la chuleta—. ¡En el primero de toda Europa con nanotecnología de última generación! —grité—. ¿Nanotecnología? Cómo alguien me pregunte qué es eso, le tiro un plátano a la cabeza.

«Nota mental: elegir un bolso en el que quepan plátanos suficientes» Aunque dudo que exista un bolso así y que al mismo tiempo sea “cuqui”, “monoso” y ultra “cool”.

¡Pero quien me manda a mi aceptar hacer semejante ridículo! Solo falta que cuando corte la supuesta cinta rompa las tijeras, se me caigan y mate a alguien o aún peor... me corte un dedo, ¡Qué narices hago yo sin un dedo!, ¡Cómo voy a escribir!

—¡Esto es una mierda! —grité mientras me tiré sobre la cama dejándome caer hasta que mi cuerpo dio contra el mullido colchón haciendo “plof”—. Más me vale prepararme para el bochorno social que tendré después de mañana —susurré mientras me imaginaba mi careto en todas las revistas de prensa rosa con algo muy desastroso como titular y que me catapultaría para los restos de mi vida.

El teléfono comenzó a vibrar en la mesilla de noche donde lo tenía casi siempre y me acerqué hasta el pensando que quizá sería Bohdan puesto que hacía poco que había hablado con mis amigas, pero para mi sorpresa era mi madre.

—Hola madre —contesté mientras me volvía a dejar caer sobre la cama.

—¡Tanta alegría no, por favor! —exclamó al otro lado.

—Ah mira, no me vengas ahora con uno de tus sermones de mala hija que estoy que no me aguanto ni yo —contesté con cierta apatía.

—¿É que ha pasao argo? (*¿Es que ha pasado algo?*) —preguntó mi madre preocupada.

—No, bueno... unas cuantas cosas, pero nada relevante. Es solo que mañana debo ir a mi primer acto en representación de la familia real y seguro que meto la pata —me

sinceré.

—¡Anda ya, que ezo no é pa tanto chiquilla! (*¡Anda ya!, que eso no es para tanto chiquilla*) —exclamó mi madre como si le hubiera dicho que iba a dar de comer a los patos del estanque, vamos... igualito.

—¡Claro!, ¡Pues ve tu! —exclamé.

—A mi no man pedio que vaya, sino... iba encantá vamo, que eso solo e desí cuatro chuminá de verano y cortá una sinta de esa roja... ya ve tú que complicación tiene, la que tu te quiera inventá hija (*A mi no me han pedido que vaya, sino... iba encantada vamos, que eso solo es decir cuatro tonterías de verano y cortar una cinta de esas roja... ya ves tú que complicación tiene, la que tu te quieras inventar hija*)

«Todavía la ahogo... ¿Cuatro chominás de verano? Menos mal que está a no se cuantos mil kilómetros de distancia.

—Porque tu tienes una larga experiencia, ¿verdad? —gemí con cierta ironía.

—Pué no, pero lo veo po la tele, cuando sale la reina haciendo to ese paripé emperifollao y solo dise cuatro cosa que le han preparao y ya ta. Er trabajo mejó pagao der mundo niña (*Pues no, pero lo veo por la tele, cuando sale la reina haciendo todo ese paripé emperifollado y solo dice cuatro cosas que le han preparado y ya está. El trabajo mejor pagado del mundo niña*) —dijo tan pancha la tía—. Totá, si se equivoca no se va a enterá nadie con tanta palabra fisna y el resto de la gente tará pensando en toah la operasione que sa hecho desde que sa casao con el rey (*Total, si se equivoca no se va a enterar nadie con tanta palabra fina y el resto de la gente estará pensando en todas las operaciones que se ha hecho desde que se ha casado con el rey*) —añadió para rematar mi madre.

«No me fastidies... y yo aquí matándome para que me salga el discurso perfecto y la gente solo va a pensar si mi nariz es operada, si tengo las tetas postizas o si me he chutado botox en la cara»

—¡Vamos!, ¡Que te dice que el mundo se acaba y tu ni te enteras! —contesté llevándome una mano a la cabeza.

—No mujé... eso no lo dice la reina, lo dice er presidente (*No mujer... eso no lo dice la reina, lo dice el presidente*)

Inexplicablemente me eché a reír por la ocurrencia de respuesta de mi madre que para ser sinceros, tenía toda la razón del mundo aunque probablemente lo supiera por ver tanta peli americana en la tele.

—Gracias mamá —dije cuando conseguí recuperarme de las lágrimas que hasta me habían saltado con aquella risa. En el fondo sabía que la finalidad de mi madre era quitarle importancia al asunto, hasta el punto de que pareciera una simple nimiedad.

—De ná hija mía, ¿Ya tas meno nervioza? (*De nada hija mía, ¿Ya estas menos nerviosa?*) —preguntó.

—Si —mentí parcialmente, porque lo que era cierto es que al menos mi madre había

conseguido que me diera un poco igual meter o no la pata.

—Ya le diré a tu hermana que me encuentre er video por el interné ese pa' verte, ¿O sale en la tele de aquí?

—No lo creo, es algo a nivel nacional, pero desconozco la prensa que estará en el lugar... la verdad que prefiero no saberlo así me preocupará menos equivocarme — comenté con cierta alegría.

—Güeno, ya me contará como ta ido cuando vaya a verte en ná y meno, que hoy nos han llamao pa desirno que un coshe vendrá a por nosotros a la casa y tó, ¡Que apañao que é ese marío tuyo, niña!, ¡Como mi suegra sea iguá de apañá, voy a tené que aserme er pasaporte ese pa viajá a menuo! (*Bueno, ya me contarás como te ha ido cuando vaya a verte en nada y menos, que hoy nos han llamado para decirnos que un coche vendrá a por nosotros a la casa y todo ¡Que apañado que es ese marido tuyo niña!, ¡Como mi suegra sea igual de apañada voy a tener que hacerme el pasaporte ese para viajar a menudo*)

—Emmm pues no te hagas muchas ilusiones —dije tratando de ser medianamente sincera.

—¿Por qué? —gimió mi madre.

—Bueno, digamos que la reina es un tanto... *peculiar* —dije siendo suave.

—Vamo, que é una pedante de un par de narise (*Vamos, que es una pedante de un par de narices*) —atajó mi madre.

—Solo con quien ella quiere.

—Güeno, a esa me la camelo yo con una de mi espedialidade culinariah (*Bueno, a esa me la camelo yo con una de mis especialidades culinarias*)—contestó segura mi madre.

—Si tu lo dices... —bufé.

—Ya verá tu niña. No hay nadie que se resista a mi chochinillo asao —aclaró.

«En ese momento fue inevitable imaginarme a la bruja piruja poniendo cara de asco mientras miraba un trozo de carne y agradecí que mi madre no me viera la cara porque habría deducido todo por mi expresión»

—Seguro que le encanta —mentí para hacerla feliz.

—¿Me puedo llevá er jamón en la maleta no? (*Me puedo llevar el jamón en la maleta, ¿no?*)

—Será mejor que no traigas comida, mamá —contesté y en ese momento la puerta de la habitación se abrió, apareciendo el rubio de mis sueños con una clara señal de estar fatigado en el rostro.

—Pero yo quiero llevá...

—Te tengo que dejar, mamá —dije mientras colgaba. La llamaría al día siguiente para aclararle que no llenara las maletas de pescado, carne, jamón o vete tu a saber que locas ideas tenía pensado hacer. Conociendo a mi madre como la conocía, se creería que aquí no

se podría encontrar ni un tomate teniendo en cuenta que jamás ha viajado fuera de España.

—¿Se encuentran bien? —preguntó Bohdan en ese momento mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba sobre uno de sus percheros.

—¿Mis padres? —gemí—. Si, están bien, solo me había llamado para saber que tal estaba.

—¿Y qué tal estás? —preguntó y observé que hacía un gesto de ligero dolor al quitarse la camisa.

—Bien, algo nerviosa por lo de mañana, pero estoy bien, ¿Te ocurre algo? —dije acercándome hasta él.

—Seguro que lo haces muy bien —contestó dándose la vuelta—. Sé que lo vas a hacer muy bien —corrigió mientras me dio una sonrisa, de esas que a mi me daban ganas de alzarme para perderme entre sus labios.

—Gracias, pero no me has contestado... ¿Te ocurre algo? —insistí.

—Solo me duele un poco la espalda, nada que no quite una buena cama y unas cuantas horas de sueño.

—Venga, ve a ducharte que te daré un masaje —contesté colocando una mano en su pecho.

—Eso suena estupendo —dijo acercándose hasta mi y rodeé su cuello para acariciar su cabello mientras rozaba mis labios.

Antes de que pudiera meter mi lengua hasta su campanilla para hacerle saber cuánto le había echado de menos, se separó bruscamente y comenzó a desabrocharse el cinturón.

—Dame dos minutos y estoy contigo de nuevo —dijo antes de perderse tras las puertas del baño y dejándome una vista predilecta de sus nalgas perfectas.

«¡Ah!, ¡Qué culo señores!, ¡Qué culo!, ¡Ni las figuras de mármol griegas tienen semejante perfección!»

Me mordí el labio, aunque lo que en realidad quisiera era morder otra cosa —dícese por otra cosa el culamen del señor príncipe— pero me aguanté las ganas y busqué un aceite con el que empringar el cuerpo serrano cubierto de perfección que tenía mi *señor esposo*.

«¡Uy! Qué raro ha sonado eso!, pero hasta que me divorciara podría decirle señor esposo, ¿no? Oficialmente lo era»

Solo encontré un aceite para la ducha, pero eso era mejor que nada, así que cuando Bohdan salió con el cuerpo cubierto de esas gotitas de agua me entró una sed que me moría, pero a mí que no me dieran agua de un vaso, sino de la que chorreaba de ese cuerpo pecaminoso.

«¡Contrólate Celeste! Que tienes las hormonas más fuera de sí que un adolescente.

—Tumbate —dije al ver que parecía pensativo y se tumbó sobre la cama.

—No hace falta que...

—Cshh —siseé colocándome a horcajadas sobre su espalda y sentándome parcialmente en su culo—. Hace años hice un curso de masajes con una amiga, ella quería sorprender a su chico y le daba vergüenza ir sola, por lo que la acompañé ya que el resto de mis amigas eran más tímidas para ir.

—No sabía que había que ser atrevido para aprender a dar masajes —contestó mientras le echaba el aceite sobre la columna vertebral y cerraba el frasco.

—No hace falta, imagino que no... —dije frotándome las manos para que estuvieran calientes cuando las posara sobre su espalda—. Es que era un curso de masajes eróticos —añadí cuando mis manos comenzaron a frotar su espalda.

—¿De masajes eróticos? —exclamó.

—Sí —jadeé en su oído—, pero quizá ponga en práctica otro día todo lo que me enseñaron... ahora estás demasiado cansado para mostrártelo —dije volviendo a incorporarme y a centrarme en darle el masaje.

Por mucho que tuviera las hormonas revolucionadas y que ver a Bohdan en ropa interior no ayudaba mucho, entendía que estaba agotado y no pensaba llevarle hasta la extremaunción por muchas ganas que tuviera de su contacto.

—Estoy cansado, pero no sé si tanto como para renunciar a eso —contestó con voz ronca.

—Estás agotado —insistí—, pero hagamos un trato; hoy dormirás más de seis horas y mañana te daré el masaje más sensual que te hayan dado en toda tu vida —susurré cerca de su oído de nuevo.

Sentí como Bohdan se giraba parcialmente y me perdí en aquellos ojos azules tan sumamente atractivos.

—¿Es una promesa? —preguntó mirándome fijamente.

—Es un hecho —afirmé y entonces sus labios apresaron los míos por unos segundos.

Bohdan terminó quedándose dormido y me acosté a su lado mientras le observé unos minutos. Era tan sumamente guapo que podría pasarme el resto de la vida mirando aquel rostro perfecto. Me alejé para apagar la luz y sentí entonces su brazo ciñéndose a mi cintura y acercarme hasta él, hasta que sentí su calor.

—Me gusta tenerte cerca de mi —susurró medio dormido—, siempre quiero tenerte cerca de mi —añadió para mi absoluto asombro.

«Entonces pídemelo que me quede, pídemelo que no me vaya» susurré en mi subconsciente, aunque aquellas palabras quisiera gritarlas con todas mis fuerzas para que él me escuchara, para que de verdad me lo dijera, pero no podría soportar la compasión en sus ojos, mucho menos que tratara de buscar una excusa. Podría ser consciente de que le gustaba, de que por algún extraño motivo, se sentía atraído hacia mí a pesar de que era tan normal como cualquier chica de calle, pero la cuestión era otra; yo no tenía dotes de

princesa, mucho menos riqueza y ni qué decir de sangre azul —de eso estaba a años luz—, así que por mucho que lo deseara, por mucho que quisiera gritarlo, él jamás me pediría que me quedara, porque aún en el supuesto caso irónico de que quisiera; ambos sabíamos que no era suficiente para él, para esa corona que ostentaba.

Bohdan tendría que casarse con alguien de su altura, alguien que aportara a la corona dinero, saber estar, buena posición o lazos políticos y yo no representaba nada de eso, al contrario; era más una carga que un beneficio puesto que ni tan siquiera podía presumir de ser una escritora famosa o de renombre.

En algún momento de mi paranoia cerebral debí quedarme sobadísima porque cuando abrí los ojos, la luz matinal iluminaba toda la habitación y estaba más desorientada que navegando cien días en alta mar.

—Buenos días, princesa —escuché a mi lado y me giré atónita de encontrar a Bohdan aún en la cama.

¡Waaaaaaaaaaa!, ¡Waaaaaaaaaaa! Retinas, ¡Grabad! Que esta imagen jamás se puede borrar de mi memoria.

Verle con ese cabello revuelto, esos ojos azules brillantes y una sonrisa traviesa, simplemente... ¡No tiene precio!

«Nah, ni en cien vidas que viviera me olvido yo de esa imagen»

—Buenos días —sonreí.

Me había vuelto a llamar princesa y, además, ¡Se había quedado para cumplir su promesa!

—Creo que esta noche —comenzó a decir acercándose a mí con aquel tono cargado de... ¡De yo que sé qué! Pero... ¡A mí me volvía loca perdía!—. Tienes que cumplir una promesa.

«De aquí salgo tarada... voy a ir pidiendo cita en el psicólogo. Mejor psiquiatra porque voy a necesitar muuuuuuuuuuuchos medicamentos»

—Te dije que era un hecho —susurré por mi falta de saliva.

—Mejor —terció dándome un beso en el cuello—, porque me muero de ganas de que me enseñes todo lo que aprendiste en ese curso —terminó diciendo al mismo tiempo que mordía el lóbulo de mi oreja y a mi se me caía el alma a pedacitos pequeños.

«Miento. El alma no, pero ¿Las bragas? Esas se habían caído fijo porque entre el culamen, esa cara, esos ojos, ¡Esa tableta de chocolate virgen santísima! Y encima esa sensualidad con la que hablaba... yo estaba al borde de un filichi que me dejaría en coma para los restos de mi vida»

—Pues... —comencé a decir cerrando los ojos—, espero no decepcionarle su excelencia —susurré y noté sus dedos bordeando mi cintura.

—Tú nunca me decepcionas —dijo con firmeza—. Nunca —aseguró.

«Joder, joder, joder» ¿Y qué contesto yo ahora a eso?

Los golpes en la puerta me libraron de contestar, pero me sentía como en una nube flotar.

¿Nunca le decepcionaba? Eso es que me conocía de hace tres días como quien dice, pero yo era la patosa número uno del reino, —nunca mejor dicho—, y encima no tenía ni idea de protocolos y mierdas de esas... presentía que iba a picarla, porque cuánto mejor quiero hacer algo para que alguien se sienta orgulloso de mi, más la lío. Es como la ley de Murphy “Si algo puede salir mal, en mi caso saldrá peor”.

—¿Si? —exclamó Bohdan levantándose de la cama y colocándose un pantalón de chándal mientras se dirigía hacia la puerta.

—Príncipe Bohdan, traigo el atuendo de la señorita Abrantes —contestaron al otro lado de la puerta.

Bohdan me miró y me hizo una señal para que fuera al baño, algo que hice inmediatamente puesto que probablemente se me habría echado el tiempo encima para asistir a la dichosa inauguración del centro sociocultural.

Respira Celeste, tu respira... como en las clases de taichí a las que te metiste en aquel gimnasio solo porque el tío que las daba estaba cachas; coge aire.... suelta aire...

¡Mierda de aire, mierda de taichí y mierda de tanto inspirar!, ¡Eso no sirve una mierda pinchá en un palo cuando llevas tacones de aguja de doce centímetros! Peor que los que le ponen a las muñecas, que das dos pasos y te caes de bruces por más bonitos que estos fueran, un vestidito de pitiminí y un bolso minúsculo en el que desde luego plátanos no caben —pero yo había metido avellanas por si acaso me linchaban—, porque eso de que me miraran las tetas para ver si eran postizas en lugar prestar atención al discurso como decía mi madre, no colaba.

—Ya hemos llegado señorita Abrantes —dijo mi acompañante Arthur, que era quien se encargaba de que todo saliera bien y de supuestamente darme mis discursos.

—¿Si lo hago mal me verá mucha gente? —pregunté por asegurarme.

—Bueno, aquí solamente habrá unas diez mil personas, pero los medios de...

—¿Que?, ¿Diez mil personas? —exclamé con voz de pito. «Vale. Vale, que no cunda el pánico. Soy escritora, ¿no? Pues voy a meterme en mi papel y a ser la protagonista de mi historia»—. Mejor no me digas nada, Arthur, prefiero no saberlo.

Con paso decidido me encaminé hacia las puertas de aquel edificio en el que me estaban esperando con alfombra roja y todo. En teoría debería ser Bohdan el que estuviera ahí y no yo, así que no tenía mucha idea de si el premio de consolación en este caso, —es decir, una servidora—, les agradaba o se podrían sentir abochornados, aunque por sus caras de alegría y sonrisas me atrevería a decir que parecía la primera opción.

No me pude quejar de la amabilidad con la que fui tratada, a pesar de tener que estrechar la mano en más de quinientas ocasiones y llegó la hora del discurso; cuándo pronuncie nanotecnología y levanté la vista para observar que todos me miraban

atentamente mientras notaba unos cuantos flashes, pero ninguna pregunta, me tranquilicé y por muy increíble que parezca, ¡Lo dije bien! Imaginaba que el alcalde de la ciudad me haría entrega de las tijeras del demonio con las que había tenido hasta pesadillas, pero cuando me indicó el lazo y supe que no había que cortar nada mi sonrisa de oreja a oreja hizo a los presentes comenzar a aplaudir y entre aplausos deshice el lazo y supe que todo había salido bien, por lo que llené mis pulmones de aire. Aguanté como una campeona sobre aquellos zancos mientras me paseaban por toda la galería del centro sociocultural explicándome todas las funciones de la construcción y la dichosa nanotecnología de la que se lucraban en ser pioneros, —ya me podrían haber hecho la guía antes de inaugurarla para no pasar ese miedo ante cosas que no sabía responder—, así que escuchando todo lo que el alcalde de la ciudad me iba contando junto al arquitecto del centro, yo asentía a cada palabra y ponía sonrisa de tonta como si me estuviera enterando a la perfección.

Cuando salí de allí casi no podía creérmelo, ¡Lo había logrado! Hasta me sentía orgullosa de mí misma y todo, oye... que lo mismo hasta servía para ser princesa después de todo.

«Mejor no lo digo muy alto, no vaya a ser que venga Zeus y me castigue con su rayo»

—El coche oficial tardará un minuto en llegar —me comunicó Arthur y sentí que alguien me estiraba de la falda, cuando me giré vi a una niña pequeña con evidentes signos de dejadez y cuando alcé la vista, vi a la que debería ser su madre a solo unos pasos.

Abrí el bolso por puro instinto como cuando paseaba por Madrid y veía una escena similar, era tal el sentimiento de nostalgia que me partía el corazón no darles al menos algo con lo que poder alimentarse, pero en mi bolso solo tenía, ¡Avellanas!

—Arthur, ¿Tienes dinero? —pregunté y señalé a la mujer.

—Lo siento señorita Abrantes, lo tengo en el vehículo —afirmó contrariado.

Le di la mano a la pequeña y me acerqué a la mujer que me miró sorprendida.

—¿La ha molestado? Ven aquí Marie —dijo llamando a la pequeña.

—No se preocupe, no me ha molestado —sonreí—. Lamento no tener nada que darle, no llevo más que avellanas en el bolso por irónico que parezca —reí amargamente, pero si se espera un minuto, podré darle algo de dinero cuando llegue el vehículo que nos recoge.

—Yo no quiero dinero señorita, solo pido algo de comida para mi pequeña, aceptaré las avellanas de buen agrado —contestó para mi sorpresa y me quedé boquiabierta, ¿No quería dinero?

Vi como la niña le decía algo a su madre y señalaba mis zapatos.

—¿Qué dice? —pregunté mientras le daba el puñado de avellanas que llevaba en el bolso.

—Dice que sus zapatos son preciosos —sonrió la mujer sinceramente.

—¿Te gustan? —exclamé y la niña asintió—. Pues te los regalo.

Y allí, en mitad de la calle, donde aún estaba la prensa y parte de los fotógrafos que

cubrían la noticia. Yo, Celeste Abrantes, la prometida del príncipe Bohdan Vasylyk I, le regalé unos zapatos de dos mil euros a una niña que vivía en la calle.

«Eso no iba a ser noticia local... sino internacional, pero a mi lo único que me preocupó en ese instante era hacer feliz a una niña pequeña, aunque en el momento en el que se los estaba dando no tenía la más absoluta idea de que costaban ese dinero»



VEINTIOCHO



—¡Señorita!, ¡No puede hacer eso! —exclamó Arthur y yo le miré con cara de inocencia una vez que nos habíamos librado de la prensa y ya estaba en el coche sana y salva.

—¿Por qué? A la niña le gustaban y a mi me parecían un incordio ahora que lo mencionas, de hecho, se los regalé con gusto —dije cruzándome de brazos.

—Dudo que su alteza la reina esté de acuerdo con esto —gimió Arthur.

«Buah, me la trae al paio lo que piense esa mujer» pensé.

—Que novedad —gemí y Arthur me miró con cierto atisbo de sorpresa.

—No creo que a su excelencia el príncipe le sea especialmente de agrado que su prometida ande descalza por las calles de la ciudad.

—¡Si solo han sido tres pasos hasta el vehículo! —exclamé en mi autodefensa—, ¿De verdad crees que se disgustará? —pregunté ahora arrepentida.

La verdad que a mi no me había parecido para tanto, ¡Solo eran unos zapatos! Pero igual mi espontaneidad me iba a salir bien cara... ¡Joder!, ¡Yo y mi maldito karma de las narices! Para una vez que algo me sale bien, ¡La fastidio! Al menos me queda el premio de consolación de esa carita de felicidad que tenía aquella niña cuando me miró con aquellos ojos agrandados por no esperarse que le regalara los zapatos.

«Eso no tiene precio» pensé afianzándome en los hechos y sabía que fueran cuales fueran las represalias, lo asumiría.

Arthur se detuvo en una tienda de camino a palacio para adquirir unas bailarinas, aunque su intención inicial fue comprar unos zapatos de tacón, insistí en que aprovechara para que fuera algo más cómodo que pudiera llevar siempre cuando no soportara más aquellos infernales tacones de aguja.

Cuando entré en el comedor donde estaban todos salvo Bohdan que no volvería como era habitual hasta la noche, vi la sonrisa de autosuficiencia y satisfacción de la muñeca

maldita.

—Supongo que estarás contenta —dijo la víbora de la reina sacando su veneno—, estás en todas las cadenas de televisión como imagino que eran tus pretensiones desde un principio, acaparar toda la prensa— añadió con ese aire de mala leche que la caracterizaba.

—Margoret —dijo el rey Maximiliano a modo de reproche.

—¡Todo el mundo ha visto como la supuesta prometida de mi hijo andaba descalza por la calle como una vagabunda! —vociferó—. ¡Así que no me digas que me calle! —insistió—. Ahora todos creerán que el futuro rey de este país prefiere a una cualquiera sin modales que camina descalza por la calle en lugar de una honorable y respetable señorita a su lado —sentenció—, aunque después de lo de hoy, no tendrá más remedio que aceptar que se equivocó, por lo que ya puedes ir haciendo las maletas. ¡No sé en qué momento se le ocurrió que podría hacer ni siquiera algo bien!, ¡Debió casarse con Anabelle! —insistió.

—Si me disculpan, se me ha quitado el apetito —dije en cuanto aquella mujer se calló y aunque no había probado bocado alguno, lo cierto es que se me había quitado el hambre.

—No —negó el rey Maximiliano en cuanto comencé a alzarme del asiento y puso una mano sobre la mía—. No vas a ser tu quien abandone esta mesa —añadió y para mi atónita sorpresa miró a su esposa.

—¿Qué? —exclamó la víbora indignada.

—Margoret, abandona esta sala —dijo con tanta calma que parecía que le había dicho que le pasara la sal.

—¡No me puedes pedir que haga eso! —gritó enfurecida.

—No lo pido, lo exijo —insistió el rey—. Tal vez así aprendas un poco de esa educación que con tanto ahínco replicas que nuestra invitada carece.

«¿Hola?, ¿He escuchado lo que creo que he escuchado?»

En aquel momento la cara de la bruja piruja era roja, pero en plan “literal” roja como un tomate y sin decir nada más, ni rechistar, se levantó de la silla dejando de malos modos la servilleta sobre la mesa mientras salía echando humo de la sala.

—Bien —prosiguió el rey Maximiliano que acababa de darle una lección de humildad a su esposa con mayúsculas, aunque aquello solo significaba que su odio hacia mi creciera hasta límites insospechados—. Que sigan sirviendo el almuerzo —dijo a los sirvientes que comenzaron a servir el segundo plato.

Terminado el almuerzo Margarita volvió a sus clases y el palillo con tetas se perdió tras el postre así que cuando el rey me pidió acompañarle a tomar café, asentí. Era lo menos que podía hacer tras haberme salvado el pescuezo del ataque de su esposa.

—Ahora que estamos a solas aprovecho para pedirte disculpas en nombre de mi esposa —dijo con pesar—. No debió humillarte de ese modo —aseguró.

—No se preocupe —sonreí para no preocuparlo—, ella solo dijo lo que pensaba —dije

encogiéndome de hombros y mirando hacia otro lado.

—Antes no era así —admitió con cierto pesar—. Y me temo que yo tengo gran parte de culpa de que sea como es ahora.

—¿Cómo dice? —pregunté sorprendida.

—A estas alturas deberás saber que perdimos a un hijo hace años —dijo con la mirada perdida y yo guardé silencio—. Cuando Adolph murió, no supe estar a su lado, me refugié en mis deberes de la corona para paliar el dolor por la pérdida de mi primogénito y la dejé sola.

—No puede culparse de ambas cosas —admití en voz baja.

—Ella actúa así por miedo. No desea perder a otro hijo —me contestó mirándome a los ojos.

—¿Perder otro hijo? —exclamé y entonces supe a qué se refería, ¿La reina creía que yo le iba a robar a su hijo? Pero ¡Si lo quería casar con la Barbie mal hecha!

—Majestad, el médico está aquí para su revisión —dijo uno de los sirvientes interrumpiéndonos.

—Me temo que debo marcharme, gracias por su compañía señorita Abrantes.

—Gracias a usted, majestad.

—Por favor... no me llames majestad, me gustaría que me llamara por mi nombre puesto que al parecer somos familia —sonrió y aquello hizo que me avergonzara.

—Por supuesto, Maximiliano —sonreí.

Me pasé la tarde entre papeles de supuestos discursos que se suponía debía aprenderme para los siguientes eventos a los que debía acudir, entre ellos una cena formal a la que asistiría junto a Bohdan, pero la realidad era que aquellas palabras mordaces de la reina no ayudaban en absoluto y menos aún cuando encendí la televisión y vi que salía en todos los programas de televisión, ni siquiera me esperé a escuchar lo que decían porque seguro que me estaban poniendo a parir y lo raro era que los oídos no me pitaran.

«Seguro que soy trendin topic en twitter con #princesadescalza o algo similar» ¡Ay dios!, ¡Bohdan me va a decir que me vaya!, ¡Si es que soy el hazmerreír!

Me había quedado sin uñas y miraba el reloj despertador de la mesilla de noche que tenía Bohdan cada dos minutos, la espera me estaba matando, de hecho había comenzado a llenar parcialmente una de las maletas que había bajo la cama porque ya me veía con un pie fuera de allí, así que cuando escuché el portazo de la puerta y alcé la mirada para encontrarme con Bohdan que caminaba hacia mi me asusté por su cara de seriedad.

—Puedo explicarl....

No terminé la frase porque antes de que pudiera hacerlo se había abalanzado sobre mis labios apresándolos entre los suyos de forma gloriosa y ante tal ímpetu de deseo no pude sino responder a la demanda de sus besos.

—¿No estás enfadado? —exclamé en cuanto se apartó un segundo para mirarme fijamente.

—¿Enfadado? —exclamó—. No... siento muchas cosas, pero enfado no es precisamente una de ellas —dijo acariciándome el cabello y colocándolo detrás de mi oreja.

«Mierda, no lo sabe» pensé.

—Creo que no te han contado lo que ha pasado, que yo tampoco sé porque le dan tanta importancia a unos simples zapatos, pero entiendo que te haya decepcionado y que quieras que me...

—Cssh —siseó colocando uno o de sus dedos en mis labios—. Te advertí que nunca me decepcionas y desde luego no lo has hecho —afirmó.

—¿No? —exclamé sorprendida.

—No podría estar más orgulloso de ti, preciosa —sonrió—. Aunque ahora tendré que ir con cuidado y regalarte muchos zapatos... puesto que te has convertido en la adoración de todas las niñas de Liechtenstein.

¿Qué?, ¿Es que he perdido algo? Aquellos dedos pecaminosos comenzaron a acariciar mis nalgas y se me olvidó todo lo que no fuera Bohdan Vasylyk y su escultural cuerpo.

—¿Hoy no estás cansado? —pregunté ahora sabiendo que no me iba a pedir que me marchara.

—No... y eso me recuerda a que me debes algo, ¿Cierto? —exclamó con aquella sonrisa traviesa que incitaba al pecado.

—¿Ah sí? —exclamé—. No se... creo que no lo recuerdo —dije en cierto tono de complicidad.

Bohdan comenzó a torturarme haciéndome cosquillas por respuesta.

—¿Seguro que no lo recuerdas? —preguntó.

—¡Ay no! —grité—. ¡Para! —seguí gritando mientras me retorció de risa y luchaba vanamente contra sus manos.

—Solo estoy refrescándote la memoria —dijo entre risas.

—¡Está bien! —exclamé—. Me rindo... lo confieso; te debo un masaje —dije alzando las manos.

—Lo cierto es que tengo tantas ganas de ti, que no sé si podré resistirme hasta el final —susurró con voz ronca y rozándome de tal forma que sentí su excitación provocando que me mordiera el labio en un acto reflejo—. Me matas cuando haces eso —susurró antes lanzarse de nuevo sobre mis labios.

Anda que si tú supieras lo que a mí me mata... pensé mientras llevaba mis manos hasta sus nalgas y las apretaba con fuerza, ¡Oh dios mío qué culo más bien hecho tiene este hombre!

En algún momento mi ropa fue desapareciendo y aproveché que estaba semidesnuda para colocarme a horcajadas sobre su pecho.

—Como me gusta que hagas eso... —jadeó Bohdan intentando morderme el labio pero antes de que pudiera hacerlo, coloqué uno de mis dedos sobre los suyos y negué con la cabeza.

—No, no, no —insistí poniendo voz a mi gesto—, te toca sufrir un poquito...

—¿Sufrir? —preguntó alzando una ceja—. ¿Por qué? —exclamó extrañado.

—Para que tu placer sea infinito —susurré cerca de su oído mientras me deshacía del sujetador y le anudaba las manos por encima de la cabeza con la prenda.

—No sé si estoy más excitado o asustado —contestó entre risas.

—¿Tiene miedo su excelencia? —ironicé mirando fijamente a esos ojos azules que provocaban que mi pulso se acelerase sin control alguno.

—¿Debo tenerlo? —respondió intrigado.

—Si —susurré tocando con mis dedos su pecho mientras ascendía, saber que me quedaba allí aunque fuera por un tiempo más quizá era lo que me proporcionaba aquella seguridad de tocarlo, de satisfacer mi curiosidad, porque si no lo hacía mientras estuviera allí, probablemente pasaría el resto de mis días arrepintiéndome de ello—. Voy a hacerle sufrir lentamente... —insistí—, hasta que agonices de puro placer.

«Vale, el cursillo ese no es que me hubiera dado para tanto... y la verdad una vez intenté hacérselo al estúpido alemán para ensayar y prefirió ver el partido de futbol que echaban esa noche, pero soy una chica con recursos. Fijo que se me ocurre algo así en plan “improvisación”»

De la garganta de Bohdan escuché un sonido gutural que entendí como placentero, puesto que cerró los ojos y se inclinó hacia arriba haciendo que su entrepierna rozara mi trasero y... ¡Jo-der! Si estaba excitado mi príncipe azul...

«No... si al final la que no aguantará será la menda lerenla aquí presente, ¿Quién se puede resistir a semejante diosito griego?»

—Voy a vendarte los ojos —aproveché para decir cuando cerró los ojos y miré a mi alrededor, lo único que se me ocurrió es quitarle la funda a una almohada.

Así que con esas me incliné sobre su cabeza y cogí la almohada.

—¿De verdad es necesario? —preguntó mirándome fijamente—. Porque te aseguro que me encanta lo que tengo delante.

—¿Te encanta? —pregunté excitada.

—Uff... ni te imaginas cuanto —aseguró justo antes de teparle la vista y me regocijé interiormente al sentirme tan deseada por semejante hombre.

—Si te portas bien, te la quitaré pronto —susurré en cuanto anudé la tela.

—Cuando se trata de ti junto a una cama, creo que portarme bien no entra en mis

planes, pero lo intentaré —contestó con voz ronca.

«¡Dios!, ¡Que me lo como hasta sin guarnición!»

—Entonces tu premio será ser todo lo malo que desees —jadeé mientras cogí la botellita de aceite de ducha que era el único que tenía y la vertía sobre su pecho a la vez que me echaba también sobre el mío sin que él lo pudiera apreciar.

Deslicé mis dedos sobre su pecho lentamente y comencé a masajear su cuello para conseguir que se relajara.

—Relájate —susurré.

—No sé cómo quieres que me relaje si te tengo desnuda encima de mi —contestó inclinándose hacia atrás.

—Dedícate solo a disfrutar, no pienses en nada más...

Noté como inspiraba profundamente y entonces me incliné sobre él para masajear con mis pechos el suyo al mismo tiempo que mis dedos viajaban por sus brazos. Escuché su respiración agitarse y sonreí interiormente... relajar a este hombre era como pedirle a la luna que bajara e hiciera una reverencia; completamente imposible, pero por otro lado era excitante saber que estaba así solo por lo que yo le estaba haciendo o por lo que yo le hacía sentir.

Me acerqué a su oreja saboreando el lóbulo con suavidad, lentamente y sin prisa alguna; después me aleje y soplé al mismo tiempo que mis manos bajaban por su abdomen entre mi cuerpo y el suyo llegando a rozar su bajo vientre. Pude notar como su respiración se contenía en cuanto mi mano se detuvo en el borde de su ropa interior y volvió a respirar cuando comencé de nuevo a subir mis manos masajeando la piel.

Le desnudé de cintura para abajo y aproveché para coger una de las flores que había en uno de los jarrones que adornaban cada día con flores frescas del jardín. Lentamente comencé a rozar su piel con ella deslizándola por su cuello, por sus brazos... por su pecho... y la deslicé hasta rozar su ingle donde escuché un gemido por su parte.

—Me vas a matar... —dijo con evidente sufrimiento en su voz.

«¿Matarte? Quiero hacerte muchas cosas principito... pero matarte no es una de ellas» medité mientras cogía un preservativo de la mesita de noche y se lo colocaba con suma delicadeza y cuando lo hice entrelacé mis dedos en su cabello, masajeando su cabeza.

—No... desde luego que no —jadeé cerca de sus labios.

—Ven aquí —dijo antes de apresar mi boca con la suya y en ese momento noté como sus brazos, a pesar de estar unidos por las muñecas se encajaban entre mi cuerpo apresándolo y de un solo movimiento me alzó buscando la unión entre ambos.

Jadeé en cuanto sentí como se abría paso a través de mí. Sin duda alguna la sensación de plenitud era tan placentera como fascinante. Sus besos tenían la misma fuerza que sus movimientos y el deseo que se apoderó de mi cuerpo me hacía salir a sus encuentros con el mismo ímpetu, al punto de que comencé a gritar de placer sin ser consciente de ello, al

igual que tampoco era consciente de sus jadeos al mismo son que los míos. Y en medio del abismo al que me había abandonado, en mitad de aquel placer que ese príncipe de ojos azules me proporcionaba, sentí como se abría paso ante mi el paraíso, el infinito y el más allá si podía llamarlo así... esos microsegundos en los que era inevitable cerrar los ojos y abandonarse al más puro deseo carnal, a la auténtica posesión del placer... era simplemente indescriptible.

Cuando reaccioné fui consciente de mi respiración agitada y también de la de Bohdan, le retiré la venda de los ojos y abrió esos orbes azules preciosos observándome. Aún estaba sobre él. Aún estábamos unidos y sinceramente, no tenía ninguna prisa por dejar de estar así.

En todos mis años de existencia sexual, jamás había sentido una conexión tan plena con un hombre como la que sentía por Bohdan. No sabía si era porque estaba enamorada, porque estaba increíblemente bueno o por ambas al mismo tiempo, pero lo que era indudable es que yo había nacido para conocer a ese hombre y para sentir todo el placer que él me proporcionaba.

«Tal vez el destino sí existe después de todo»

En el momento que Bohdan abrió los ojos y me miró sonriendo al mismo tiempo, correspondí de la misma forma y como si estuviéramos sincronizados, ambos comenzamos a reír.

—Creo que te pediré más masajes como ese a partir de ahora —dijo sonriente.

—Así que te ha gustado después de todo... —susurré acariciándole el cabello.

—¿Gustarme? —ironizó—. No... desde luego que no me ha gustado —comentó serio—. Simplemente me ha encantado, sobre todo el final —añadió sonriente.

—Recuérdame que la próxima vez te torture más —dije divertida.

—Um —meditó—. Con que haya una próxima vez, tortúrame todo lo que desees, princesa.

«Menos mal que no tengo bragas, sino se me caen, ¿Cómo puede este hombre decirme esas cosas y quedarse tan tranquilo después?, ¡Un poquito de por favó!, ¡Ten piedad de mi!»

—Eso ha sonado a promesa, excelencia —contesté divertida para que no se notara mi nerviosismo mientras tocaba su hombro y evitaba mirarle.

—Mírame —dijo firme y alcé la mirada con cierto temor.

—¿Si? —pregunté.

—¿Sientes algo por mi? —preguntó observándome fijamente con el rostro serio.

¿Sentir algo? Pensé instantáneamente perdida en aquel mar azul... y me daban ganas de cantar la canción "Siento mil cosas por ti"

«¿Y qué contesto yo ahora?»

Tenía tres opciones. Una; confesar la verdad. Decir que estaba enamorada hasta el infinito y más allá apechugando que me dijera que lo sentía mucho pero que lo nuestro no se podía dar más que en la absoluta y pura ficción porque el aceite y el agua no encajan, desde luego Bohdan y yo éramos como el aceite y el agua en cuanto a estatus social. Dos; decir que no, que no sentía nada y mentir como una bellaca, aunque igual se diera cuenta, pero no me apetecía en absoluto porque era incapaz de negar lo evidente. Tres; confesar una verdad a medias y salir por la tangente sana y salva con mi orgullo no herido.

—Lo cierto... —comencé a decir mientras empecé a enredar su cabello entre mis dedos en forma de círculo para servirme de distracción—, es que siento una profunda, desmesurada e inevitable atracción sexual por usted, excelencia —dije sonriendo sin mirarle, porque si le miraba dudaba que no me derritiera en el proceso.

Pensé por un instante que Bohdan insistiría, que quizá quería saber si yo tenía sentimientos hacia él más allá de una evidente atracción entre nosotros por la simple y llana razón de que debía apartarme de él para no involucrarme demasiado. Era evidente que yo le gustaba, pero también era evidente que no podía ser su pareja *real*, que él necesitaba a su lado a alguien que aportara mucho más que yo.

—En ese caso, siento lo mismo, princesa —susurró mientras me abrazaba y noté como se levantaba alzándome entre sus brazos.

—¿Dónde vamos? —exclamé.

—A tomar una ducha larga y desmesuradamente placentera señorita Abrantes.

Comencé a reírme echando la cabeza hacia atrás e instantes después, el agua caliente y unas manos fornidas enjabonadas formaron parte de ese absoluto placer.

Conforme fueron pasando los días y fui acudiendo a más actos de presentación donde debía dar discursos formales —aunque nada de palabrejas raras que incitaban a meter frutas en el bolso por si me abucheaban—, fui perdiendo parte de ese nerviosismo o, mejor dicho, preocupación al rechazo. Sobre todo, cuando la gente empezó a regalarme flores o gritaban mi nombre para que me acercara a saludarles. Me sentía ciertamente extraña en que hubiera personas que quisieran saludarme, tocarme la mano o regalarme algo... es más, no entendía de donde venía toda aquella ovación hacia mi persona, puesto que yo no era nadie, solo una escritora no conocida o más bien; fracaso de escritora, si se tiene en cuenta que nadie apostaba por mis libros hasta que casualmente me convertí en la prometida de un príncipe alemán.

Nunca me había importado lo que pudieran pensar de mi, de hecho, me aceptaba tal y como era; con cartucheras, con celulitis, con mas o menos pecho o siendo un desastre andante... pero al observar todas aquellas personas llamándome únicamente por ser quien era o por quien supuestamente representaba, me hacía sentirme importante y al mismo tiempo como si estuviera cometiendo una estafa. Nada de aquello era real, nada de aquello iba a perdurar, en unos meses me desvanecería y pasaría a ser un vago recuerdo que había pasado por sus vidas... sinceramente, no sabía si dolía más la realidad o la ficción.

Esa noche asistiría a una cena como acompañante del príncipe, solo había asistido una

vez y si tenía en cuenta que acabe con unas bragas atadas al zapato y un calentón de mil demonios, no es que fuera un buen augurio... al menos esperaba que lo segundo no se diera esta vez y si me apuras, rezaba porque lo primero tampoco, sobre todo porque mis braguitas de encaje negro me gustaban mucho.

—¿Estás lista? —escuché tras la puerta del baño donde me estaba dando el último retoque al labial rojo.

Para mi asombro no me quedaba nada mal, y es que como esa noche llevaba un espectacular vestido rojo escotado por atrás y ceñido en la cintura, las chicas que vinieron de peluquería y maquillaje pensaron que sería ideal llevar un color de labios en el mismo tono.

—¡Si!, ¡Ya salgo! —exclamé mientras me subía a los andamios que, si no fuera porque estilizaban la figura, les ponía una demanda judicial.

—Eso espero, porque si no llegaremos tarde —escuché bufar a Bohdan.

Le había perdido la pista cuando salió de la habitación para dejar trabajar a los de peluquería y maquillaje, así que cuando salí y le vi con aquel atuendo principesco que consistía en una chaqueta azul abotonada con múltiples chapitas de condecoraciones y una especie de banda, me quedé sin respiración.

—La madre que me parió —dije en español abriendo los ojos como platos al verle allí de pie.

«Si de por sí solía estar guapo, con ese uniforme desde luego estaba impresionante»

—Creo... —contestó Bohdan y le escuché aclararse la garganta—... creo que viene mañana.

—¿Qué? —exclamé reaccionando así a mi lapsus mental, emocional y de todo menos consciente.

—Digo que tu madre viene mañana.

—¡Ah sí!, ¡Sí! —dije dándome la vuelta y cogiendo el bolso de mano que estaba sobre la mesilla de noche.

—¿Quién ha elegido ese vestido? —preguntó y escuché su voz cerca, de forma que cuando me di la vuelta tropecé con él porque justo se había acercado hasta mi.

—Pues... en parte lo elegí yo de las opciones que me dieron, ¿Por qué?, ¿No es apropiado? —contesté sincera.

—Para lo único que no es apropiado es para mi propio juicio mental —confesó—. Porque lo que menos me apetece ahora mismo es salir por esa puerta.

—¿No decías que llegábamos tarde? —pregunté mordiéndome el labio.

—Al infierno la puntualidad —dijo antes de dirigirse hasta mis labios y morderlos suavemente.

—¿No te preocupa lo que puedan pensar? —gemí mientras sentía sus manos

acariciando mi espalda.

—Lo único que me preocupa ahora, eres tú —afirmó volviendo a besarme.



VEINTINUEVE



Me frotaba las manos sudorosas, a pesar de estar en pleno verano y que en mi pueblo haría más calor que asando pollos al punto de poder freír un huevo solo con sacar la sartén a la calle, en cambio en Liechtenstein era tolerable, es más, dentro de palacio hacía fresco... si era así en verano, no me imaginaba como sería en invierno, seguro que hacía más frío que cazando pingüinos en bragas.

—¿Seguro que no se habrán perdido? —pregunté por enésima vez a Bohdan que parecía tranquilo e impertérrito allí de pie cruzado de brazos a mi lado.

—No te preocupes, no han estado solos en ningún momento —contestó con una media sonrisa.

A ver... si tengo en cuenta que es la primera vez que salen del país y que no entienden un pimiento de alemán, preocuparme es poco, más bien me acojona y más mi madre, que a la mínima le llama la atención cualquier tontería y se queda atrás, perdida y sin saber ni donde está. Al menos me quedaba el consuelo de que mi hermana sabía algo de inglés y que según Bohdan, no han estado solos en ningún momento.

En cuanto vi aparecer el vehículo entrando respiré tranquila, aunque eso significara que la tierra me tragara como a mi madre le diera por hacer de las suyas, pero bueno, ¿Qué más daba? Total... para el tiempo que me quedaba allí, si la supuesta boda era en Octubre, la supuesta ruptura debería ser antes, por lo que la cuenta atrás de dos meses y medio había comenzado.

Bohdan me tendió la mano para ayudarme a bajar las escaleras aunque no lo necesitara, pero esos detalles que le hacían ser tan perfecto, tan caballeroso, tan... príncipe; eran los que más me enamoraban, además de esa tableta de chocolate y esos ojos que me quitaban hasta el sentido, los sesos y cualquier rastro de lucidez.

—¡Oioioioioioioioi! —escuché a mi madre mientras se bajaba, pero en vez de mirar al suelo para ver donde ponía el pie solo tenía ojos para el edificio que tenía en frente—. ¡Niña, esto no é un castillo cuarquiera, esto é un palasio de lo que solo se ven en la tele! (*¡Niña, esto no es un castillo cualquiera, esto es un palacio de los que solo se ven en la*

tele!)

—¡Hola mamá! —exclamé disimuladamente.

—Migue... er marío de tu hija tá forrao (*Miguel... el marido de tu hija está forrado*)
—gimió hacia mi padre en lugar de saludarme—, ya te dije yo en su día que eso ojo que le salieron der agua der má ese ar que fuimo, iban a darle un güen partío (*ya te dije yo en su día que esos ojos que le salieron del agua del mar ese al que fuimos, iban a darle un buen partido*)

—¡Mamá! —grité regañándola.

—¿Qué? —dijo ahora pareciendo notar mi presencia—. E qué hija mía... esto no se ve to lo día (*Es que hija mía... esto no se ve todos los días*)

—Señora Efigenia —pronunció Bohdan con una sonrisa en los labios y yo recé para que no hubiera entendido un carajo.

—¡Ay!, ¡Que no tabía visto!, ¡Ven acá pa cá! (*¡Ay!, ¡Que no te había visto!, ¡Ven hacia aquí!*) —terció mi madre haciendo que Bohdan se tuviera que agachar para darle dos besos.

—Caray con el príncipe hermanita —susurró mi hermana cuando salió del vehículo y se colocó a mi lado—, encima de guapo, millonario. ¿Tiene un primo? —mencionó así como así.

«Si, un caradura de mucho cuidado» pensé de inmediato en Dietrich.

—¿Ahora te interesa el alemán? —pregunté evadiendo la pregunta.

—Por vivir en un castillo de esos aprendo hasta japonés —contestó y me eché a reír.

Saludé a mi padre que era el que me faltaba y mientras el chofer cogía las maletas fuimos subiendo los escalones.

—Niña... así se va una a recorré er mundo si ase farta, te llevan de un lao pal otro, no te dejan cogé ni una maleta... vamo, me siento como la lady gaga esa... cuanto glamú (*Niña... así se va una a recorrer el mundo si hace falta, te llevan de un lado para el otro, no te dejan coger ni una maleta... vamos, me siento como lady gaga... cuanto glamour*).

—¿Han pasado bien su viaje? —preguntó Bohdan evitando que así contestara a mi madre...

«Dios bendiga el andaluz... que ni Bohdan, ni su familia, ni el personal siquiera iban a enterarse de un pimientito de los desvaríos de mi madre»

Como casi era la hora del almuerzo, dimos un breve paseo por palacio y después nos dirigimos hacia otro comedor más grande que el habitual por tener invitados. Mi madre no paraba de mirar hacia todos los lados hasta que el palo con tetas apareció poniendo cara de asco e inspeccionando a mi familia como si pudieran contagiarle con algún tipo de virus.

«Si supiera que el virus era ella, seguro que se le quitaba tanto remilgamiento y tanta payasada junta»

—¡Oh, veo que ya han llegado! —exclamó mirando a Bohdan.

—¿Esta que é su hermana? (*¿Esta que es su hermana?*) —preguntó mi madre.

—No... —susurré—, es su *prima*.

—Hola —dijo mi madre con una sonrisa y la respuesta de la muñeca maldita fue mirarse las uñas.

—Anabelle, ¿Te importaría saludar? —mencionó Bohdan y yo me mordí el labio para no reírme.

—Hola —contestó secamente con una sonrisa fingida.

—Niña... a esta le falta un hervó, ¿no? (*Niña... a esta le falta un hervor, ¿no?*)

—¿Uno solo? —exclamé—. Yo creo que siete u ocho quizá...

—Dios le da pan a quien no tiene dientes —gimió mi madre con pesar.

«¿Dios? Yo diría más bien cirujano teniendo en cuenta la de silicona que llevaba en ese cuerpo perfectamente moldeado y no precisamente por matarse en un gimnasio»

—Celeste —mencionó Bohdan tocándome el hombro.

—¿Si? —dije volviéndome hacia él.

—Los sirvientes que tienes detrás hablan tu idioma —mencionó en voz baja y abrí los ojos de par en par.

«Mierda... ¡Mierda!... ¡MIERDA!» ¿Me habrán oído? O mejor dicho, ¿Me habrán entendido?

Tampoco es que a mi me importaba mucho que le fueran con el cuento al palo con tetas que tenía delante, pero ¡Eso se dice antes!, ¿Y si Bohdan me lo había mencionado porque había pillado moscas sobre lo que había dicho de su prima? Pues menos mal que no dije nada de su madre o me despellejan viva.

—¡Ah qué bien! —dije con poca efusividad y el me guiño un ojo, algo que me hizo estar tranquila.

Los padres de Bohdan entraron en ese momento acompañados de su hermana y él mismo hizo las debidas presentaciones librándome a mi —menos mal—, de hacerlo.

Para mi sorpresa la reina se mostró imparcial, pero me había imaginado tantas veces que diría alguna frase hiriente o peor aún, no se dignaría a saludar y para mi sorpresa lo hizo, aunque solo fuera escuetamente.

—¡Ay!, ¡El jamón! —exclamó mi madre y todos nos volvimos a mirarla.

«¿Qué? No, no, no, no» comencé a sulfurar mentalmente, ¡No la cagues ahora mamá!»

—Hemos traído unos presentes para sus majestades —mencionó mi madre pronunciando correctamente todas las (s) finales de las palabras como si así creyera que iban a entenderla.

«Como haya traído el jamón en la maleta revuelto con las bragas y sepa dios que más... la mato.

En ese momento entró uno de los sirvientes con un estuche grande de madera y lo colocó sobre la mesa.

—¿No será peligroso? —exclamó la madre de Bohdan dirigiéndose hacia el rey Maximiliano.

—Por favor, Margoret —terció éste y se acercó para abrir el estuche de madera que tras abrirlo, se pudo apreciar un jamón ibérico de pata negra junto a varias botellas de aceite, vino y surtidos ibéricos.

«¿Mi madre había traído eso? Al final voy a ser una mala hija por pensar que iba a traer comida revuelta con la ropa interior»

—Es un surtido de alimentos típicos de España —mencioné por si acaso.

—¿Les parecerá bien que los probemos ahora? —contestó el rey Maximiliano con cierto atisbo de complicidad y yo sonreí.

—Creo que se sentirán complacidos si lo hace.

Y así fue, se llevaron aquella enorme caja para traer posteriormente platos que fueron colocando estratégicamente por la mesa para que todos los fueran probando.

Mi padre estaba sentado al lado del rey, que parecían hablar sobre cultivos y plantaciones gracias a la ayuda del camarero que hacía de intérprete. Mi hermana se medio entendía con la hermana de Bohdan en inglés, y para mi sorpresa, mi madre le había preguntado a la reina Margoret algo sobre el palacio que ya fuera por educación o porque no le pareció una pregunta fuera de lugar, estaba contestando.

En ese momento miré a Bohdan que le tenía enfrente y él me miró a mi, fue un momento extraño porque éramos conscientes de la mezcla de culturas dispares, de la diferencia de idiomas diversos y del abismo en cuanto a circulo social que nos separaban por la peculiar forma que habíamos tenido de conocernos, pero allí estaba nuestra familia... la suya y la mía; juntas y en armonía.

Eso sí, cierta mosca cojonera rellena de silicona sobraba en el cuadro perfecto, es más, algo me decía que la muñeca maldita iba a hacer que esa armonía perfecta se fuera freír espárragos en menos de lo que canta un gallo. Llamadme agorera, pero lo presentía.

—Jamía, ¡No sé porque me habías disho que tu suegra era una estirá, cuando la mujé é un encanto! (*Hija mía, ¡No sé porqué me habías dicho que tu suegra era una estirada, cuando la mujer es un encanto!*) —exclamó mi madre mientras nos habíamos quedado un poco más atrás y les acompañaba hacia sus habitaciones después del almuerzo.

«¿Un encanto?» Me mofé mentalmente.

Más valía ponerme un botón en la boca y coserlo a base de bien para no contarle nada de lo que la bruja piruja me había soltado así por las buenas en toda mi cara, incluso amenazándome con la cárcel porque mi madre era capaz de sacar las uñas y entonces

terminaba de verdad en los calabozos con toda la razón. No tenía ni idea de porqué la reina Margoret se había comportado tan bien, ¿A lo mejor le habían leído la cartilla antes de tiempo?

«Tampoco muy bien, dejémoslo en decente puesto que se había limitado a ser cortes contestando algunas preguntas, pero en cuanto pudo estableció conversación con la siliconada perdía esa de su sobrina y se habían puesto a hablar de sus cosas»

—Me alegro de que te hayas llevado esa impresión —contesté mirando hacia el frente donde caminaba mi hermana Adriana junto a Margarita.

Sabía que se iban a llevar muy bien a pesar de la barrera del idioma y ver que ahora la pequeña hermana de Bohdan podía tener a alguien con quien hablar que se asemejaba un poco más que yo a su edad, me alegraba.

—Por cierto —terció mi madre haciendo que volviera la vista hacia ella—. ¿Me puede desí que hace regalando sapato de die mil euro a tutiplén? (*Por cierto, ¿Me puedes decir que haces regalando zapatos de dos mil euros a tutiplén?*)

—¿Qué? —exclamé contrariada—. ¿Diez mil euros?

—Po la tele eso é lo que han dicho que lan dao a la niña esa por lo zapatos esos que las regalao (*Por la televisión eso es lo que han dicho que le han dado a la niña por los zapatos esos que le has regalado*) —aseguró mi madre—. Vamo... que si te estan dando to los día zapato de ese dinerá me parese bien, pero jamía, piensa en tu mare.... Que una pobretica también quiere zapato de la marca esa der lubutin ese (*Vamos... que si te están dando todos los días zapatos de ese dineral me parece bien, pero hija mía, piensa en tu madre... que una pobretica también quiere zapatos de la marca de Louboutin*)

¿Diez mil euros?, ¿Estamos locos?, ¿Para qué le han comprado esos zapatos usados por ese pastizal? A ver, que yo me alegro por la pobre mujer y su hija que con ese dinero se podrán permitir un lugar donde vivir y comida más que suficiente durante una larga temporada, pero ¿Diez mil euros?, ¿Quién en su sano juicio paga eso por algo usado siendo cinco veces más económico nuevo?

«Y aún así ya es bastante caro. Nunca entenderé a los frikis fetichistas» me dije a mi misma.

Tenía que haber sido un loco de esos que se excita con zapatos o no me salen las cuentas...

—Eso es que a algún loco se le ha ido la olla mamá, eran unos zapatos caros, pero no tan caros —dije por no mencionar a un pirado que a saber que estaba haciendo con esos zapatos del demonio... ponérselos seguro que no si no se quiere matar en el intento, más vale que no lo intentara.

Como si yo tuviera pasta para ponerme todos los días zapatos de más de veinte euros vamos, que hablaba como si dos mil euros fueran una nimiedad cuando yo no lo ahorro ni en tres meses ganando lo que gano o más bien ganaba, porque ahora me como los mocos, ya que desde que me casé no gano ni pa' un mísero paquete de pipas

—¿No va tá loco pa pagá esa milloná por un par de sapato usaos? (*¿No va a estar loco para pagar esa millonada por un par de zapatos usados?*) —ironizó—. Güeno hija... que tá mu bien que quiera ayudá al prójimo y to esa cosa, pero si te dan un borso de esos de firma, pué acuérdate de tu mare tambié (*Bueno hija... que está muy bien que quieras ayudar al prójimo y todas esas cosas, pero si te dan un bolso de esos de firma, pues acuérdate de tu madre también*) —añadió cogiéndome la mano en plan cariñoso.

«No tiene morro ni nada la muy listilla»

—Sí, sí —asentí dándole la razón como a los tontos para que dejara el tema.

—Por cierto, tu suegro está mu apañado pa la edá que tiene, ¿no? (*Por cierto, tu suegro está muy apañado para la edad que tiene, ¿no?*) —preguntó así de sopetón.

—¡Mamá! —exclamé mirando alrededor esperando que nadie nos hubiera escuchado.

—¿Qué? —preguntó sorprendida—. Ni que hubiera dicho na malo der hombre (*Ni que hubiera dicho nada malo del hombre*).

—¡Que te pueden oír! —susurré.

—Pué que me oigan... a ve si así tambié se aplica er cuento tu pare y deja esa barriga cervecera que tiene (*Pues que me oigan... a ver si así también se aplica el cuento tu padre y deja esa barriga cervecera que tiene*).

—Ay por dios... —susurré llevándome una mano a la frente.

—Solo he dicho que er hombre ta de mu güen vé, además que é todo un señó con eso modale y esa educación (*Solo he dicho que el hombre está de muy buen ver, además que es todo un señor con esos modales y esa educación*) —dijo en modo soñadora—. Vamo... un rey bien hecho y derecho de la cabeza a lo pié, de eso con lo que tiene una sueño ero... (*Vamos... un rey bien hecho y derecho de la cabeza a los pies, de esos con los que tiene una sueños ero...*)

—¡Prefiero no saberlo! —exclamé cortando aquella conversación que me daba vergüenza ajena.

—Si é que no me estraña que er hijo sea así de bien hechico... igualico ar padre, vamo... de tar palo, tar astilla (*Si es que no me extraña que el hijo sea así de bien hecho... igualito al padre, vamos... de tal palo, tal astilla*).

«En eso le tengo que da la razón a mi madre, no se si el rey sería igual de guapo de joven, pero que Bohdan estaba bien hecho... ¡Joder si lo estaba!»

—Espero que se acomoden y sean de su agrado las habitaciones que les han asignado —dijo Bohdan una vez que llegamos al ala de palacio donde se alojaban los invitados, es decir, mi familia y uno de los sirvientes que les acompañaban fue traduciendo—, esta tarde les harán una visita guiada por el resto del palacio y los jardines. Si me disculpan, debo ausentarme hasta la hora de la cena, puesto que tengo que tratar algunos asuntos referentes a la corona.

—Por supuesto, tú no te preocupe(s) por nosotros hijo mío —terció mi madre

comprendiendo la situación.

—Celeste, ¿Me acompañas? —preguntó Bohdan mirándome fijamente y yo asentí inmediatamente.

Me cogió la mano y al entrelazar sus dedos con los míos sentí una extraña sensación de protección de lo más inverosímil... puesto que era incomprensible que una simple caricia me hiciera sentir de aquel modo.

En cuanto entramos en su despacho y cerro con llave mis alarmas saltaron al observarme con un gesto serio en su semblante.

—Ha surgido un pequeño cambio de planes —dijo tratando de esquivar mi mirada.

—¿Cambio de planes?, ¿A qué te refieres?, ¿No podrás estar con nosotros mientras mi familia esté aquí? —pregunté pensando que se trataba de eso.

—No... no es eso, aunque quizá deba ausentarme en algunas ocasiones como ahora —afirmó—. Me refiero a que ha surgido algo que quizá retrase tu vuelta a España y debas permanecer aquí más tiempo.

—¿Cómo? —exclamé no comprendiéndolo, aunque en aquel momento mi pulso se había disparado por completo e incluso sentía como el corazón latía a toda velocidad ante el hecho de saber que mi estancia allí iba a prolongarse y ojalá fuera de forma indefinida.

«Por mi que sea para siempre» susurró mi subconsciente.

—Verás... —dijo en voz baja llevándose una mano al cabello para repeinarse—. Mi padre me ha comunicado que abdicará del trono.

—¿Qué? —dije sin pensar bien la frase que acaba de escuchar—. Eso... eso quiere decir...

—Que voy a ser rey.

«Rey»

Esa palabra rebotaba en mi cabeza una y otra vez, tal vez para así terminar de creérmelo.

«Bohdan rey»

—Pero... pero... pero... —comencé a balbucear como si fuera incomprensible.

—A mi también me ha sorprendido, pero al parecer es una decisión firme y muy meditada —terció acercándose hasta mi y colocando sus manos en mis brazos.

«¿Y ahora qué hago yo?, ¿Qué pinto en todo este meollo?»

—¿Entonces es definitivo? —exclamé—. ¿Cuándo se supone que lo hará? —pregunté aún no creyéndome que Bohdan fuera a convertirse en rey.

¡Dios mío que voy a estar casada con un rey! Espera que me da un jamacuco de esos que luego no lo cuento...

—Lo anunciará dentro de tres semanas para que la coronación sea después, es decir;

finales de septiembre, antes de la supuesta boda —afirmó seriamente.

—Entiendo.

«¡Una mierda como un piano!, ¡No entendía un carajo!, ¿Qué pintaba yo?»

—Como comprenderás, no puedo coronarme justo después de romper un compromiso, así que debemos posponer, la ruptura para después de la coronación aunque eso no nos deje mucho tiempo de margen.

«Vale... respira... no hagas un drama» me dije a mi misma.

—Por mí no hay problema —contesté con un intento de sonrisa.

—No sé como agradecerte tu paciencia Celeste, prometo compensarte algún día por todo lo que estás debiendo soportar —terció mientras notaba como sus pulgares acariciaban la piel de mis brazos. Se sentía tan, pero tan bien.

Alcé la vista para ver sus ojos tan azules fijos en mi con ese matiz especial, algo oscurecido, sintiendo el deseo en cada brillo que destellaba su iris de color zafiro.

«Se me ocurren muchas formas de que me compenses, dios de dioses»

—No es necesario, sé que tú harías lo mismo por mí si estuviera en tu lugar —contesté para salir del paso.

—¿De verdad lo crees? —preguntó colocándome el pelo detrás de la oreja.

—Claro que si —afirmé.

—¿Crees de verdad que soy una buena persona? —insistió de nuevo.

—No lo creo, lo sé —aseguré firmemente.

—No estés tan segura de ello Celeste —afirmó dándose la vuelta evitando mirarme.

—¿Por qué dices eso? —pregunté alarmada.

—He hecho cosas de las que no me siento orgulloso —contestó aún de espaldas a mí.

—Estoy segura de que tendrías tus razones Bohdan. No creo que debas martirizarte por ello.

—¿Y si no las tuviera? —gimió con pesar—. ¿Y si solo las hice por egoísmo?

En ese momento no supe que responder, todos teníamos una parte egoísta en el fondo, estaba segura de que no era tan grave como él parecía creer.

—En ese caso estoy segura de que era lo adecuado en ese momento —respondí para tratar de darle el consuelo que parecía necesitar en ese instante.

—¿De verdad? —insistió—. ¿Serías capaz de perdonar a alguien que te hubiera mentido en su propio beneficio?

—No lo sé —contesté sincera—. Nunca he soportado las mentiras, pero supongo que tendría que sopesar las razones por las que lo hizo... —medité tratando de ponerme en su situación.

—Si... claro... desde luego —le oí susurrar.

—Tal vez debas hablar con esa persona y de esa forma dejar de atormentarte por ello si tan preocupado estás —dije tratando de ayudarlo.

—Quizá —contestó con una vaga sonrisa—. Tal vez lo haga —añadió mientras colocó una de sus manos en mi mentón y comenzó a acariciarme con sus dedos en esa zona.

En aquel momento escuché un leve susurro de sus labios y fruncí el ceño porque no había entendido nada, lo había vuelto a hacer, me había vuelto a decir algo en ese dialecto llamado alemánico y no entendía porqué. Quise preguntar qué demonios habría dicho, pero no me dio tiempo de hacerlo porque justo en el momento en que mis labios se abrieron para protestar, fueron sellados con los suyos.

Aquel dios del cielo besaba tan sumamente bien, que hasta los sesos se me perdían por el camino.

—He de irme —susurró cuando se separó un instante—. Intentaré volver para la hora de la cena, mientras tanto disfruta de tu familia porque te deseo para mí esta noche.

—¿Para ti? —gemí aún con el sabor de sus labios en mi boca.

—Solo para mi, preciosa.

Bohdan se marchó dejándome en aquel despacho y meditando seriamente que sería lo que le reconcomía la conciencia para sentirse así de preocupado.

¿Tal vez era algo que tendría que ver con la muerte de su hermano?, ¿Quizá algo referente a sus padres?, ¿Qué podría haber hecho Bohdan que fuera tan puramente egoísta que le hiciera sentirse así?

Tenía muchas preguntas y pocas respuestas, sobre todo porque no me imaginaba a mi príncipe azul haciendo un acto de maldad o meramente egoísta. No, desde luego era incapaz de imaginarlo y con toda probabilidad, era mucho menos grave de lo que él había aparentado que era.

«Seguramente lo más egoísta que haya hecho Bohdan sea haberse acabado la mantequilla en el desayuno o pedir prestado un libro de la biblioteca y no devolverlo»

Con ese pensamiento volví a mi habitación para refrescarme un poco y cambiarme de zapatos, ya que si iba a pasear por los jardines no quería pasar más tiempo encajada en la hierba como un espantapájaros que caminando.

El resto de la tarde fue bastante tranquila. Ni la reina Margoret, ni la muñeca maldita hicieron acto alguno de presencia —menos mal—, probablemente estaban tan ocupadas en sus rituales de belleza estética que no tenían tiempo para simples mortales... cosa que agradecía desde luego, en cambio, Margarita se nos unió en cuanto terminó sus clases y pasó el resto de la tarde con nosotros.

—¡Hija!, ¡Yo me via vení a viví aquí en verano! (*¡Hija!, ¡Yo me voy a venir a vivir aquí en verano!*) —terció mi padre mientras se despatarraba en un banco de los jardines —. ¡Qué fresquito por dio! Me va a compará la caló que tará asiendo ara mihmo en er

pueblo que no habrá ni un arma en la calle porque se podría asar pimientos (*¡Que fresquito por dios! Me vas a comparar el calor que estará haciendo ahora mismo en el pueblo que no habrá ni un alma en la calle porque se podría asar pimientos*)

—¿Tu también quieres gorronear? —exclamé sonriente y mi padre comenzó a reír.

Cuando entramos al salón donde se celebraría la cena, comprobé que Bohdan no se encontraba y aquello me hizo sentir nerviosa, es más, dudaba que fuera a ser una cena igual de tranquila que el almuerzo sin su presencia, pero trate de que no se notara mi nerviosismo cuando la reina Margoret me miró y apretó los labios en un claro signo de desaprobación.

«¡Ay dios! Si me odiaba antes, ahora me debe hacer hasta vudú y todo» Ella debía ser consciente de que mi estancia se prolongaría aún más y de que su hijo iba a convertirse en rey cuando probablemente aún siguiera casado conmigo.

«Creo que ya puedo ir haciendo acopio de tabaco para hacer contrabando en la cárcel porque fijo que esta se inventa una historia para que pase el resto de mis días en una muy lejos de palacio y sobre todo; de su hijo»



TREINTA



—Disculpadme, creo que llego tarde —escuché en esos momentos, pero para mi desgracia no se trataba de Bohdan muy a mi pesar.

—Llegas justo a tiempo querido sobrino —contestó el rey Maximiliano con una vaga sonrisa y le indicó ocupar el asiento vacío de Bohdan, dando así por sentado que éste no vendría.

—¡Oh, que descortés por mi parte! —exclamó antes de acercarse—. Soy Dietrich Christopher Adolph Helbert a su servicio.

Vi como Dietrich observaba a mi familia y finalmente centraba su atención en mi hermana.

«Como le toques un solo pelo de la cabeza, te corto el cuello y lo que no es cuello también» susurré en mi cabeza.

—Es nuestro primo —aclaró Margarita a mi familia, más concretamente a mi hermana.

—Ah, ¡Qué bien! —escuché que exclamó mi hermana Adriana y en ese momento se giró para mirarme y abrió los ojos aún más de lo que los tenía abiertos como queriendo expresar algo.

—Ni se te ocurra —dije en silencio únicamente moviendo los labios, pero ella solo hizo un encogimiento de hombros por toda respuesta.

Ni de coña iba a permitir algo entre ese... ese... bribón y mi hermanita. ¡Ni hablar! Primero porque sepa dios cuantos años le sacaba él a ella y segundo porque si no había tenido escrúpulos algunos en meter a dos ex novias de Bohdan en su cama, ¿Qué moralidad le quedaba a ese hombre?

«Antes le corto los testículos si hace falta»

—Imagino que ustedes deben ser los padres de Celeste y esta hermosa joven su hermana, ¿no? —mencionó Dietrich sin apartar la vista de ella.

¡Será cretino!, ¡Menudo descarado!

—Si —me adelanté a responder antes de esperar que ellos contestaran cuando se lo tradujeran—. Y es menor de edad —puntualicé secamente.

—¡Vaya!, ¡Quién lo diría! —exclamó asombrado y mirándome por primera vez—. Aunque dudo mucho que sea aún más hermosa cuando cumpla la mayoría de edad —añadió con una perfecta sonrisa volviendo a mirar a mi hermana.

«Dios dame paciencia porque juro que le descoyunto el cuello antes de que sirvan el primer plato»

Noté el rubor en las mejillas de Adriana en cuanto le tradujeron lo que él le había dicho y por suerte no respondió. Tendría que tener una larga charla lo suficientemente extendida con ella más tarde... las adolescentes y sus hormonas son demasiado variables como para que ese cerdo con patas le robe el corazón.

—Querido primo, siempre tan adulador —dijo la muñeca hinchable que por una vez que había hablado no pensé en coserle un botón en la boca.

—Siempre digo la verdad... —aclaró—. Tía, tío —saludó con la cabeza y camino hasta el asiento que se encontraba vacío que estaba frente a mi—. Querida Celeste, esta noche te veo radiante.

«¡Oh, cállate de una vez!» gemí.

—Es que duermo demasiado bien en mi nueva habitación —contesté intentando no reírme.

La cena fue bastante tranquila para mi sorpresa, tal vez el hecho de que Dietrich monopolizara la situación ayudó tanto a que la reina no abriera los labios para pronunciar algo en toda la velada, pero que mi hermana le riera todas las absurdas gracias a ese desgraciado.

—¿Por qué no me dijiste que tu príncipe tenía un primo que estaba así de bueno? —preguntó mi hermana en cuanto terminamos de tomar el postre y comenzamos a dispersarnos.

Vi como la muñeca maldita se lo llevaba casi a rastras de allí, porque él no dejaba de mirar hacia donde nos encontrábamos y me pregunté qué sería lo que hablarían ese par.

—Porque no es bueno para ti, ni para nadie en realidad. Además, ¡Tienes dieciséis años Adriana! Mejor céntrate en los estudios que ya tendrás tiempo de tener novios.

—Lo dice la que tenía novio a los dieciséis... y casi tengo diecisiete —refunfuñó.

«Lo admito, mía culpa que de mucho ejemplo no es que sirviera»

—Y mira como acabó —tercié recordándole que lo de Ramón y yo no termino muy bien precisamente, y para colmo de males... le tengo que soportar en la familia.

—Pues se van a divorciar... —susurró Adriana.

—¿Qué? —exclamé atónita.

«Ay mi madre que al final me iba a tener que cargar la conciencia con un divorcio a mis espaldas. ¡Qué leches! Que se lo cargara la aceituna amargada de mi prima Olivia que era la que se había metido entre medias de un matrimonio y para más inri, de su propia prima y súper amigüinchi íntima.

—Pues que la Vane le ha pedido el divorcio al Ramón después de descubrir que le ponía los cuernos con la Olivia —susurró.

—¿Entonces lo sabe todo el pueblo? —pregunté asombrada de que la noticia hubiera trascendido.

Si soy sincera, pensé que esas dos se rasguñarían la cara unas cuantas semanas y que mi prima le cantarían las cuarenta a Ramón para ponerlo bien derecho, pero que no le pediría el divorcio por lo que esa palabra implicaba en un pueblo pequeño con mentalidades aún algo retrógradas.

—Sí, de hecho la Olivia se ha tenido que largar del pueblo porque todos la señalaban como una furcia rompe matrimonios y la Vane se ha ido a la casa de la tía con el niño.

—Menudo panorama... —susurré.

—Pues eso no es todo —susurró Adriana mirando alrededor como si buscara a mi madre para que no nos escuchara—. El otro día la tía vino a casa lamentándose de la prima Olivia y yo escuché a escondidas la conversación que tuvo con mamá.

—¿Y qué dijo? —pregunté en plan modo cotilla.

—Está largando por ahí que ha tenido una aventura con tu príncipe, de hecho, ha tratado de salir en la tele para contarlo, pero por alguna razón aún no ha podido. La tía fue a pedirle disculpas a mamá, porque no quería tener nada que ver con lo que hiciera la prima.

—¡Será hija de... —me callé mordiéndome la lengua. Si es que solo alguien tan ruin y rastrero como Olivia se le ocurría hacer algo así—. Por qué será que no me sorprende viniendo de ella.

—Siempre te ha tenido envidia, hasta yo pienso que debió liarse con Ramón solo porque fue tu novio... —ironizó mi hermana.

—¿Por qué no me ha dicho nada mamá? —exclamé intrigada.

—No lo sé, tal vez no quiera preocuparte, pero se supone que yo no lo sé, ¡eh! Así que si vas a comentar algo, ni se te ocurra mencionarme —terció para que no la delatara.

—Tranquila, solo diré lo de que se ha tenido que ir del pueblo a ver si así le sonsaco algo más —contesté serena—. Y tú mejor mira para otro lado y no te acerques al primo de Bohdan, te lo advierto... él no es bueno para ti.

Vi como Adriana rodaba los ojos, pero para mi lamento me fui de allí sin una respuesta afirmativa por su parte, quería encontrar a mi madre para que me aclarara eso referente a mi prima la petarda...

«Juro que si tengo delante a Olivia le marco la cara yo misma»

Iba ensimismada pensando cómo era posible que queriendo vender una historia tan jugosa como venía siendo el rollo que se había inventado de tener un lío con el príncipe Bohdan y más aún, a tenor de la supuesta inminente boda y que ella por ser mi prima habría tenido acceso a él, ¿Cómo era posible que no hubiera salido ya en la tele contando a los cuatro vientos sus mentiras? Era raro, mucho más que raro era casi imposible que alguien no la hubiera contactado ya a menos que...

—¡Lo tienes que hacer ya! —escuché la voz de la inconfundible palillo con tetas gritando al otro lado de la puerta por la que acababa de pasar.

—¡Estoy harto Anabelle! —escuché decir a Dietrich.

¿De qué estaban hablando esos dos? Y más aún para que estuvieran gritando a pleno pulmón.

—¡Me da igual! —exclamó ella de nuevo—. Sabes que iré a contarle a Margoret lo que tú y yo sabemos si no lo haces.

—Lo hice dos veces, ¿Crees que se lo creerá una tercera vez sin sospechar nada? No es tan tonto —contestó Dietrich y tuve que pegar mi oreja a la puerta antes de observar que no venía nadie por el pasillo para que no me tacharan de loca y cotilla, aunque esa era la imagen que estaba dando ahora mismo.

—Esa estúpida no va a ser reina. No me importa lo que hagas, pero deshazte de ella de una vez o serás el primero en tener problemas cuando la familia te repudie —le amenazó Anabelle.

¿Repudiarle?, ¿Qué podía haber hecho Dietrich para que su familia le echara?

—Es la última vez que lo hago Anabelle. ¡La última! —gritó dando un golpe fuerte después de decirlo.

—No te quejes tanto, seguro que hasta te diviertes con ella —ironizó ella.

—Ella no es como las otras. Dudo que esté con él por interés, muy al contrario que tú —oí que contestaba en voz más baja.

—Pues haz lo que tengas que hacer, pero que Bohdan os vea juntos en la cama para que la eche de una maldita vez —contestó con furia y me llevé una mano a la boca.

—¿Y qué quieres que haga?, ¿Qué la drogue? —exclamó.

—Si tienes que hacerlo... —la oí decir y palidecí.

—A veces me olvido de que lo único que te importa eres tú —contestó Dietrich con despecho.

—¿Me vas a decir que ella es mejor opción que yo? Llevo preparándome años para ser reina y no dejaré que una pueblerina granjera me quite lo que es mío.

—Mejor no me preguntes algo cuya respuesta no va a gustarte.

—Tu haz lo que te he pedido y yo no le contaré nada a Margoret sobre lo que hiciste con su hijo predilecto...

«¿Hijo predilecto?, ¿Se referiría a Adolph?, ¿Qué era lo que Dietrich le habría hecho al hermano de Bohdan?, ¿Le habría matado por accidente?, ¡Oh dios mío!»

—¿Hasta cuándo voy a tener que aguantar tus amenazas? —gimió Dietrich.

—Te lo he dicho... hasta que yo sea la reina de Liechtenstein.

Me alejé cuando escuché pasos y me escondí en la primera puerta que había después de aquella teniendo sumo cuidado en no hacer ruido tras cerrarla. Tenía el pulso acelerado y aún no creía lo que acababa de escuchar, Dietrich ocultaba algo con respecto al hermano de Bohdan, algo que podría provocar el rechazo de toda su familia y eso sin duda alguna tendría que ver con su muerte y para que no fuera así iba a drogarme si no accedía a acostarme con el cómo al parecer sí lo hicieron las ex novias de Bohdan.

Ahora sabía que no era por competición, que no intentaba rivalizar o ser mejor que Bohdan para robarle lo que era suyo, sino que estaba coaccionado por la muñeca malditamente asquerosa que le amenazaba con algo que él quería ocultar a toda costa...

—¿Ocurre algo, querida?

—¡Aaaaahhhh! —grité por no esperar que hubiera nadie en aquel sitio en el que había entrado. Lo había hecho tan sigilosamente y tenía tal ansiedad que estaba al borde de un ataque nervioso por lo que acababa de descubrir.

—Perdón, no era mi intención asustarte. ¿Te estás escondiendo de alguien? —preguntó la reconocible voz del rey Maximiliano.

—¿Qué?, ¿Esconderme? —gemí—. ¡Por supuesto que no! —exclamé mirando hacia mi alrededor y descubrí que estaba en la biblioteca—. Yo solo estaba... esto... buscando un libro —dije llevándome las manos a la espalda.

No estaba en situación de contarle nada al rey, quizá me tachara por loca si acusaba a sus sobrinos de confabulación y posible asesinato o que se yo... porque realmente no tenía ni idea de hasta donde llegaban esos dos, o más bien, el palo seco con tetas que tenía cara de mosquita muerta, pero que desde luego era una mal nacida, apestosa, zarrapastrosa hija de su ma... *piiii*

«Cálmate Celeste y respira» me dije.

Si es que... ¿Por qué me tienen que pasar a mi todos estos fregaos? Con lo feliz que era yo ajena al dramón familiar.

—Pues aquí creo que tienes bastante donde elegir —contestó sonriente.

—Gracias —sonreí dirigiéndome hacia los estantes—. ¿Le puedo preguntar algo Maximiliano? —dije en cuanto me acerqué hasta donde él estaba de camino hacia las librerías situadas tras él mientras permanecía sentado en una de las butacas que había en la sala.

—Desde luego, aunque si me vas a preguntar que tal me ha parecido tu familia, debo admitir que parecen buenas personas; honradas y humildes. Además, se sienten orgullosos de su hija y me alegro de haberles conocido —contestó dejándome atónita.

—En realidad no iba a preguntarle nada sobre mi familia, pero agradezco que piense así. Mi madre a veces suele ser un poco... peculiar, pero no deja de ser una buena persona —contesté algo sonriente y sentándome en el sillón que había frente a él.

—Creo que te pareces mucho de ella —respondió igualmente sonriente—. ¿Qué querías preguntarme entonces querida?

—Verá... —comencé a decir tratando de escoger bien las palabras—. Sé que es un tema del que parece que nadie quiere hablar, pero ¿Podría decirme cómo murió exactamente el hermano de Bohdan? —pregunté sin rodeos. Quizá me habría sobrepasado con mi exceso de confianza y había metido la pata hasta el fondo, pero necesitaba tener respuestas.

—¿Mi hijo no te lo ha mencionado? —preguntó extrañado.

—Solo me dijo que fue un accidente —contesté sincera.

—Si —afirmó—. Adolph murió mientras conducía un vehículo deportivo, uno que precisamente le había regalado hacía escasas semanas como premio a su reciente titulación universitaria. Era lo que él deseaba y no pude negarme a ello —dijo mientras parecía tener la mirada perdida—. Quizá Margoret nunca me lo perdone, tal vez ni yo mismo lo haga, probablemente si no le hubiera dado aquel regalo, hoy estaría aquí entre nosotros.

—No creo que deba culparse por ello, quizá hubiera encontrado otro vehículo que conducir y habría tenido el mismo final. Uno no sabe porqué ocurren las cosas, simplemente suceden —contesté con cierta nostalgia.

—Tal vez tengas razón, aunque no es fácil verlo así cuando se está al otro lado —gimió con pesar y dejó el libro que tenía en sus manos en la mesita que había al lado—. Ahora dime, ¿Qué te preocupa?

—¿Cómo dice? —pregunté observándole sin saber a qué se refería.

—Soy un hombre mayor, pero aún puedo notar cuando una mujer está nerviosa y más aún por la manera que has entrado como si hubieras visto un fantasma, ¿Estás huyendo de Bohdan? —preguntó sin rodeos.

—¿Qué?, ¡No! —exclamé enseguida—. Por supuesto que no, de hecho no sé si aún habrá regresado, ya le dije que solo...

—Está bien —contestó alzando las manos en señal de paz—. Solo quiero que si en algún momento necesitas cualquier cosa y quieres pedir ayuda, acudas a mí.

—¿Por qué es tan amable conmigo? —pregunté un tanto nerviosa. Su esposa desde luego no lo era, pero en cambio el padre de Bohdan me había tratado bien desde el momento en el que entré por las puertas de aquel palacio y no me miró por encima del hombro como lo hacían la muñeca maldita y la arpía endemoniada de su mujer.

—Porque reconozco un diamante en bruto cuando lo veo —contestó en un tono suave.

«¿Un diamante?, ¿En bruto?, ¿Me estaba diciendo que era más bruta que un arao pero

que era bonita? Pues vaya amabilidad...»

—¿Quiere decir que soy bruta? En plan... ¿Ignorante?

Escuché la risa del rey Maximiliano y hacía aspavientos con las manos en señal de negación.

—No, no, no —negó tres veces—. Al contrario, más bien debería destacar tu inteligencia o tu bondad frente a los demás. Solo hay que ver que estás aquí por el único beneficio de mi hijo y no te he oído quejarte ni una sola vez por ello a pesar de haber tenido que dejar todo atrás.

—Bueno, cualquiera en la misma situación lo habría hecho —contesté encogiéndome de hombros sin darle mayor importancia.

—Personas como tú son las que faltan en el mundo —dijo con un atisbo de sonrisa.

«Dos más como yo y el mundo se iría al carajo» pensé.

—Va a hacer que me sonroje con tanta adulación, ¿No será que se dio un golpe en la cabeza cuando sufrió aquel infarto? —ironicé y ambos comenzamos a reír—. Será mejor que me marche, probablemente Bohdan ya habrá regresado.

—Desde luego —contestó volviendo a coger su libro y me encaminé hacia la puerta—. ¿No se suponía que venías a por un ejemplar? —exclamó justo cuando estaba llegando a la puerta y cerré los ojos maldiciendo mi suerte.

—¡Oh!, ¡Claro!, ¡El libro! —exclamé—. Es que he cambiado de opinión, estoy demasiado cansada para empezar una nueva aventura literaria —sonreí vagamente.

—Está bien —contestó volviendo sus ojos a la lectura—. Solo recuerda lo que te dije, estaré aquí si necesitas mi ayuda.

—Se lo agradezco —dije suspirando porque no insistiera y salí de allí con premura dirigiéndome rápidamente hacia la habitación de Bohdan que ahora compartíamos.

No sabía si en algún momento necesitaría la ayuda del rey Maximiliano, pero contar con ella me hacía sentirme mejor. Ya había dos personas que no me querían lejos de allí como la peste; Margarita y el rey, aunque también había otras dos que sí lo hacían y en el medio estaba mi príncipe que pronto sería coronado rey, él me tenía absolutamente perdida sin saber hacia donde inclinar la balanza.

Iba ensimismada caminando más deprisa de lo que solía hacer y ensimismada en cómo contarle a Bohdan lo que había escuchado con delicadeza, no quería que hiciera un drama o peor, se liara a puñetazo limpio con su primo Dietrich.

«A ver cómo narices le cuento que su prima la escoba con tetas pretende drogarme para que crea que me he acostado con su primo el tontainas y que éste último quizá es responsable de la muerte de su hermano o de algo malísimo que haría que la familia le desterrase al infinito y más allá»

En el momento que iba a doblar una esquina, mi cuerpo tembló al ver la silueta de Dietrich dejado caer en la pared con los brazos cruzados y con una evidente sonrisa de;

soy increíblemente seductor, que me daban ganas de eliminarla de su cara a bofetada limpia.

—Reconozco que estás absolutamente arrebatadora esta noche Celeste —dijo recorriendo la silueta de mi cuerpo desde los ojos hasta los pies y volviendo de nuevo hacia arriba.

«Mierda, ¡Mierda! Tranquilidad... que no note que tus piernas parecen un flan y que estás asustada»

—¿Si? —exclamé—. Será el efecto de los narcóticos que te habrás tomado porque te aseguro que estoy igual —dije manteniendo las distancias.

—¡Ah vamos! —exclamó—. ¿Estás enfadada por lo que dije la última vez frente a mi primo? —gimió acercándose a mí y yo di un paso atrás—. Sólo era una broma, me gusta que mi primito saque sus garras, aunque creo que no sabe valorarte lo suficiente preciosa, desde luego yo lo haría mucho mejor que él.

«¡Todavía te meto una ostia que te dejo sin dientes, cacho cerdo!» grité a pleno pulmón en mi cerebro.

—¿Ah sí? —exclamé fingiendo interés—. ¿Y me puedes decir tú en base a qué te crees mejor que Bohdan? —ironicé—. Porque te puedo asegurar que él me da todo lo que necesito.

—Eso es porque no me has probado aún, muñeca —contestó acercándose aún más a mí.

—Te lo voy a decir una sola vez Dietrich y espero que tengas los oídos limpios porque no lo volveré a repetir —dije en el tono más firme que pude encontrar—. Tócale un solo pelo a mi hermana o a mí y me encargaré de que te quedes sin dientes.

—Tal vez esté dispuesto a correr ese riesgo —contestó sonriente.

«Pues sí que debía ser gordo lo que había hecho. ¡Ay dios!, ¿Y si tenía delante de mí a un asesino y yo estaba tan fresca como una lechuga amenazándole?» Sabía que venía por miedo a que la mosquita muerta de Anabelle revelara su secreto y bien jugoso debía ser para que se hubiera acostado con las dos ex novias de Bohdan y lo intentara ahora también conmigo.

—¡Escúchame bien! —grité—. Jamás serás mejor que Bohdan por mucho que lo intentes y te aseguro que no hay ningún otro hombre sobre la faz de la tierra con el que quiera estar que no sea él.

«Ale, era una verdad como un piano, pero si servía para que me dejara en paz, mucho mejor»

Aprovechando su silencio le di un empujón y salí corriendo hasta llegar a la habitación de Bohdan donde estaba segura de que me sentiría a salvo. En cuanto cerré la puerta de un sonoro portazo eché la llave noté que mi respiración era agitada, de hecho me faltaba el aliento por lo poco acostumbrada que estaba y me llevé una mano al pecho para tranquilizarme.

—¡Ey!, ¿Ocurre algo? —exclamó la voz de Bohdan y me giré rápidamente a verle. Acababa de salir de la ducha y se estaba secando el pelo con una toalla, me miró con un gesto de preocupación y simplemente corrí hasta él abrazándome a su cuerpo—. ¿Te ha pasado algo? —preguntó con evidente tono de preocupación.

—Te echaba de menos —confesé mientras seguía abrazada a él.

Había pasado miedo, de hecho aún lo seguía teniendo, pero solo quería que él me consolara y me protegiera con su cuerpo.

—Entonces le pondré remedio a eso —sentenció inclinándose levemente y otorgándome sus labios en un cándido y suave beso haciendo que momentáneamente todos mis miedos se disipasen.

Sólo él era capaz de conseguirlo, solo Bohdan podía lograr que todos mis temores quedaran eclipsados por sus besos.

Sus manos recorrían mi piel delicadamente, arrancándome cada prenda que llevaba puesta con suma delicadeza mientras sus labios devoraban cada vez con más ansiedad los míos.

Tengo que reconocerlo, en el momento exacto en el que Bohdan me tocaba, todo mi mundo quedaba eclipsado ante su contacto prestando atención a cada roce, cada caricia y cada suave toque de sus manos provocando que el mundo dejara de existir para tener mi propia burbuja en la que solo estábamos él y yo.

—Tan solo hace unas horas que me ausenté y aún así estaba deseando regresar de nuevo para verte —jadeó rozándome los labios en un amago de sonrisa.

—Es que soy bruja —susurré—. Te he hecho un conjuro para que no te olvides de mi —sonreí mientras notaba como sus manos bajaban hasta mis nalgas y me alzaba para tirarnos a ambos sobre la cama.

—Pues te garantizo que funciona —aseguró justo antes de sentir sus dedos rodeándome el pecho sobre el encaje del sujetador y jadeé ante su contacto.

«La madre que te trajo al mundo que bien lo hizo señor, ¡No pares!» gemí interiormente mordéndome el labio.

—Lo único que quiero que me garantices es que no pares —dije justo antes de enredar mi mano en su cabello y atraerle hasta mi para devorar esos labios que solo incitaban al pecado más febril que había en mi.

Los dedos hábiles de Bohdan desabrocharon la prenda de encaje liberando así mi pecho y se dirigieron hacia esa parte de mi anatomía para masajearlos al mismo ritmo que su lengua acariciaba la mía en una batalla campal digna de ser recordada.

—No te preocupes —jadeó apartándose un segundo y abrí los ojos buscando de nuevo su contacto viendo que él me miraba con esos ojos de color azul intenso que ahora estaban parcialmente oscurecidos—. No pienso hacerlo —añadió con voz ronca antes de recorrer la distancia que su boca le separaba de la mía y exclamé un pequeño gemido de placer al comprender lo que significaba aquello.

Me moría de ganas literalmente porque me hiciera suya, por sentirle de nuevo en lo más profundo de mi ser llenándome, colmándome y cautivándome por completo.

Enredé mis piernas en su cintura anhelando su contacto y mis deseos cobraron vida porque noté los dedos de Bohdan abriéndose paso entre mi ropa interior que impedía su acceso.

—Definitivamente me vuelves loco —susurró antes de hundirse entre mis piernas consiguiendo que toda mi respuesta fuera un jadeo de placer ante la inesperada invasión.

«Y yo definitivamente ya no estoy cuerda» gemí cerrando los ojos y abandonándome al placer que mi príncipe me daba.

Me arqueé dejándome llevar al abismo con cada una de sus embestidas y clavé mis uñas en su espalda arrastrándome hacia aquel infinito orgasmo que me transportaba al paraíso.

Cuando fui consciente de nuevo, noté el peso del cuerpo de Bohdan sobre mi y abrí los ojos lentamente para descubrir que me observaba atentamente, así que sonreí.

—Eres tan hermosa... —susurró colocando sus dedos en mis mejillas acariciándome el rostro.

—Si me lo dices así voy a creerlo de verdad —contesté mordiéndome el labio.

Bohdan se colocó de lado y me atrajo hasta él.

—Créetelo —susurró—. ¿Qué tal has pasado la tarde con tus padres? Lamento no haber llegado a tiempo a la cena —añadió tan atento que me daban ganas de comérmelo con chocolate o sin él.

«¿Por qué tendrá que tener el kit completo del hombre perfecto?»

—Bien, todo ha ido bien —contesté—. Aunque necesito contarte algo —dije esquivando su mirada y poniéndome repentinamente nerviosa.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó frunciendo el ceño.

—Puede que sí —afirmé—. Realmente no lo tengo claro, pero sin querer escuché algo.

—¿A qué te refieres? —exclamó con cierta inquietud que hasta pensé que parecía más nervioso que yo.

—Escuché una conversación entre Anabelle y Dietrich —dije no sabiendo muy bien como comenzar a decirlo—. Yo solo pasaba por allí buscando a mi madre, no pretendía... —intenté justificarme y vi que él me colocaba un dedo en el mentón para que le mirase—. Dietrich oculta algo grave y ella lo sabe —atajé.

—¿Algo grave? —preguntó confundido.

—Si... esa ha sido la razón por la que sedujo a tus exnovias para que te engañaran, Anabelle le incitó a que lo hiciera para sacarlas de tu vida.

—¿Estás segura de eso? —exclamó no muy convencido.

—Tan segura como que le ha vuelto a amenazar para que haga lo mismo conmigo y si no accedo utilice los medios necesarios para conseguirlo.

—No puede ser... —dijo llevándose una mano al cabello—. Admito que Anabelle no es que sea la mujer más buena del mundo, pero dudo que haga algo así.

—¡Te estoy diciendo que lo escuché! —alcé la voz.

—Probablemente escuchaste mal. Dietrich solo se acostó con dos de mis exnovias porque ha buscado esa rivalidad y competitividad desde siempre, ya te dije que lo hacía con mi hermano también. Dudo que Anabelle tenga algo que ver en ello.

—¿Entonces no me crees? —exclamé anonadada.

—Te creo —contestó sincero—, pero más bien tiendo a pensar que debiste interpretar mal esa conversación.

¿Interpretar mal la conversación? No había lugar a la mala interpretación, había escuchado bien clarito con esos oídos que el señor y mi madre me habían dado, que el palo escoba ese oxigenado con tetas me quería lejos, muy lejos de allí y que así tuviera que drogarme, Dietrich se asegurara de que Bohdan me mandase a paseo.

«Vale... te voy a demostrar que esos dos no son trigo limpio» medité mientras ideaba un plan en mi cabeza, «Y luego te voy a decir en toda la cara; te lo dije».



TREINTA Y UNO



La estancia de mis padres en Liechtenstein se me hizo tan breve que apenas fui consciente de ello, lo cierto es que no sabía cuánto iba a agradecer que vinieran para sentirme un poco más querida en aquel palacio, aunque saber que tanto el rey como la infanta Margarita me apreciaban dentro de aquella familia compensaba el hecho de que ahora volvía a quedarme sola y ser de nuevo la extranjera intrusa que había entrado en la vida del príncipe.

Al menos había podido haber celebrado mi cumpleaños junto a mi familia, el último antes de cumplir los treinta y a pesar de la agenda apretada de Bohdan ahora que iba a ser coronado rey, aunque no fuera aún oficial, todavía podía recordar como me había sorprendido cuando me llevó a escondidas a altas horas de la noche y con los ojos vendados hasta la torre de astronomía, donde me hizo el amor bajo aquel manto de estrellas. Había sido colosal, de hecho y con toda probabilidad no volvería a vislumbrar un cielo estrellado de la misma forma ni un cumpleaños igual. Así como el colgante en forma de estrella con un diamante en el centro que me había regalado y que no me pensaba quitar. Ese era el primer regalo que me había hecho de verdad y que sabía con toda seguridad que siempre me recordaría a él cada vez que lo tocara.

Aunque la marcha de mis padres y hermana me produjera en cierta forma nostalgia, tenía muy presente que regresaría a España, todo aquello se acabaría y de hecho empezaba a asustarme realmente de como iba a afrontarlo cuando estuviera lejos de allí, asimilando que habría acabado y que no volvería a ver más esos ojos azules al despertar.

No había vuelto a tocar el tema de Dietrich y la víbora muñeca hinchable con Bohdan, en parte podía entender que ellos eran sus primos, personas que llevaban años en su vida y era comprensible que no pensara mal de ellos, al menos no lo suficiente como para tramar una conspiración en mi contra solo para perjudicarme.

«Ingenuo» pensé.

Pero no le culpaba, quizá si estuviera en la misma situación podría pensar de la misma manera, aunque vamos... me dicen algo así de la aceituna amargada de mi prima Olivia y

me lo creo... ¡Dios!, ¿Cómo era posible que la muy condenada se atreviera a injuriar a Bohdan de aquel modo?

Uno no puede elegir a su familia por desgracia. Al parecer mi madre no sabía mucho más que mi hermana del tema y aquello era algo que había estado posponiendo hablar con Bohdan por simple y llana vergüenza ajena de que mi propia prima me hiciera aquello, o bueno... más concretamente a él, pero me sentía igualmente culpable porque yo le llevé hasta allí.

Fui hasta la cocina porque tenía demasiada sed y necesitaba beber agua fresca, así que cuando abrí la nevera de aquella inmensa nevera y vi la limonada, pensé que no pasaría nada si me bebía un poquito... o unos cuantos litros ya que estaba.

—¿Te puedo acompañar? —escuché mientras sacaba la jarra pesada de la nevera a mis espaldas y del susto comenzó a escurrírseme entre los dedos, pero por suerte unas fuertes manos la agarraron antes de que se me cayera al suelo.

—Dietrich —gemí reconociéndole.

—No pretendía asustarte Celeste, solo vine a disculparme.

—¿Disculparte? —exclamé mirándole con el ceño fruncido.

«No me fio un pelo de ti, malnacido»

—Entendí a raíz del último encuentro que tuvimos que no tengo nada que hacer, así que asumí mi derrota y solo me queda esperar que me brindes tu amistad, aunque no la merezca.

«Ya... y si fueras pinocho ahora mismo tu nariz sería un puente de ocho metros de largo»

—¿Ahora quieres ser mi amigo? —pregunté con ironía.

—Si vas a ser parte de la familia, deseo que nos llevemos bien por mi primo —alegó astutamente.

—¿Crees de verdad que a tu primo le gustaría que nos lleváramos bien después de que te hubiera encontrado con su ex en circunstancias no tan agradables para él? —exclamé en el mismo tono de ironía.

—Tal vez solo pretenda redimirme de mis pecados y aceptar en esta ocasión, que él ha ganado el mejor premio.

Algo dentro de mi me decía o más bien me gritaba que me largara de allí por patas, puesto que sabía que aquella confesión era más falsa que las tetas de la muñeca maldita, pero si quería pruebas, si quería demostrarle a Bohdan lo que esos dos ocultaban no podía hacerlo.

—Está bien —dije tratando de ser convincente, porque de bien no había nada... no pensaba ser ni su amiga, ni su confidente, ni su nada.

—Entonces tomémonos esa limonada para celebrarlo —dijo sonriente y en esa sonrisa

supe que estaba nervioso.

«Lárgate Celeste... ¡Huye a la voz de ya!»

—Claro... —contesté fingiendo una sonrisa.

—Entonces siéntate y deja que te sirva —añadió señalándome el taburete y mis manos temblaban... aquello podía salir muy bien o muy mal, y por mi bien esperaba que fuera la primera opción.

Observé como Dietrich buscaba un par de copas de cristal y sirvió la limonada a mi espalda, de forma que no vi como vertía el contenido.

—Y dime —dijo dejando una de las copas frente a mi y sentándose a mi lado con la otra—. ¿Le ha gustado a tu familia nuestro pequeño país? —preguntó como si intentara darme conversación.

—Si —afirmé—, de hecho les ha encantado y están deseando volver.

Vi como Dietrich se llevaba la copa a sus labios y la dejaba en la mesa.

—Que bien, espero entonces que vuelvan a visitarnos pront...

—¿Ese no es Bohdan? —exclamé estirándome del asiento hacia la puerta que había detrás y Dietrich miró en esa dirección, gesto que aproveché para coger su copa y acercar la mía hacia donde él estaba—. ¡Oh vaya! Deben ser las ganas que tengo de verle —dije sonriendo tontamente y llevándome la copa a los labios bajo su atenta mirada.

Observé que Dietrich cogió la que había sido para mi y bebía el contenido sin dejar de mirarme. No tenía ni idea de si había echado algo o no en la bebida, pero desde luego pronto lo sabría.

Siguió hablando de cosas banales, tales como que cuando era pequeño la familia organizaba grandes fiestas en palacio para festejar los cumpleaños de Adolph y Bohdan, o que recordaba las travesuras que solían hacer de pequeños en el bosque... hasta que, en un momento dado, noté que le pasaba algo.

—¿Estás bien? —pregunté viendo como se llevaba una mano a la frente.

—Si... si... yo no... —comenzó a decir, pero sin llegar a terminar la frase.

Se levantó del asiento y no era capaz de mantenerse en pie sin sujetarse, en aquel momento sentí una ira irracional que casi me daban ganas de coger un cuchillo de aquella cocina y degollarle por lo que pretendía hacerme, ¡Sí que había echado narcóticos en la limonada!, ¡Dios mío! Tenía el pulso acelerado, las manos me temblaban. No podía creerme que pretendiera hacer aquello conmigo y si no hubiera escuchado esa conversación, si no hubiera tenido la fortuita suerte de salir en ese momento por ese pasillo y escuchar aquellas voces ahora... ahora... ¡Mejor ni pensarlo porque me lo cargaba allí mismo!

—¿Qué has echado en la bebida? —exclamé.

—Yo... yo... —seguía balbuceando—. No lo sé —terminó por decir.

—Bien... pues lo vas a terminar confesando —dije autoritaria y le cogí de un brazo—. Vas a venir conmigo ahora mismo —tercié.

—Si —afirmó sin poner ninguna restricción al respecto.

¿Qué clase de droga habría echado en la bebida?, ¿Sería esa tan famosa en la que uno pierde el sentido de su voluntad y hacía todo lo que le pedían?

Llevé a Dietrich hasta la habitación de Bohdan y rezaba porque nadie apareciera en el camino y porque esa noche mi príncipe llegara más pronto de lo habitual o me iba a dar un parraque ante semejante panorama.

—¿Por qué me has intentado drogar Dietrich? —pregunté en cuanto le solté sobre uno de los sillones que había en la habitación de Bohdan.

—Tenía que hacer que él te viera conmigo en la cama —dijo algo ido, como si estuviera medio adormilado.

—¿Por qué? —exigí—. ¿Qué es eso que Anabelle sabe y temes que se lo cuente a la reina? —pregunté adelantándome a lo que ya sabía.

—Yo hice que...

En ese momento la puerta se abrió y di un pequeño grito del susto.

«Esta noche me da un infarto... te lo digo yo»

—¿Qué está pasando aquí? —exclamó Bohdan atónito—. ¿Qué hace él aquí? —añadió autoritario.

—Pasa que tu primo ha intentado drogarme y que le ha salido el tiro por la culata —gemí cruzando los brazos y mirándole fijamente mientras veía como se le abría la boca ante lo que le acababa de decir.

«Y te lo dije» susurré en mi interior.

—¿Qué? —exclamó Bohdan con una evidente voz de estupefacción acercándose hasta donde se encontraba Dietrich.

—Mira... sé que es complicado que tengas que creerme a mi que me conoces desde hace un par de meses, antes que a alguien que lleva en tu vida desde que naciste, pero te aseguro que lo que escuché el otro día es tan cierto como que tu primo ha intentado drogarme esta noche y le cambié el vaso precisamente porque no me fiaba de él.

—No puede ser... —gimió llevándose una mano a la cabeza sin apartar la vista de Dietrich que parecía *atonta*o *perdío*.

«Sí, más de lo que de por sí era»

—Pregúntale tu mismo, porque no tengo ni idea de qué me echó en la limonada, pero parece que no se trata de algo que te deja inconsciente.

—¿Has intentado drogarla Dietrich? —exigió y por su tono de voz deduje que ni él mismo era consciente de lo que estaba preguntando.

—Si —balbuceó.

—¡Te voy a matar mal nacido! —exclamó mientras vi que se acercó a su primo en una zancada y le cogía de la camisa con una mano mientras alzaba la otra para propinarle un puñetazo.

—¡Espera! —grité frenándole para que no lo hiciera.

—¡Ha intentado drogarte para... —Su voz se acalló—. ¿Y le defiendes?

—No le defiendo, lo que no quiero es que le dejes inconsciente y nos quedemos sin respuestas —aseguré colocándole una mano en el pecho para tranquilizarle y de paso, tranquilizarle a mi.

Le escuché respirar profundamente y posteriormente bajó la mano derecha con la que pensaba propinarle aquel puñetazo. Me tranquilicé un poco más, aunque en el fondo quería que le diera aquel golpe más que nada en el mundo por ser tan mezquino y tan ruin como para intentar hacerme aquello.

—¿Ha sido Anabelle la que te dijo que drogaras a Celeste? —preguntó Bohdan adelantándose a mí.

—Si... —dijo arrastrando la voz Dietrich.

—¿Por qué? —exigió apretándole más fuerte el cuello por donde le tenía agarrado.

—Bohdan... no es consciente de sus actos, así que no creo que necesites ahogarle para que confiese, creo que es un tipo de droga que te hace perder la voluntad y hacer todo lo que te dicen y vi que sus dedos ya no eran tan blancos, sino que tenían algo de color rosado.

—Responde —insistió.

—Porque debe irse del castillo —contestó Dietrich rodando los ojos.

—¿Por qué debe irse? —exclamó Bohdan apretando los dientes.

—Para que Anabelle sea reina, tiene que irse... Anabelle, reina, Annabelle, reina, Anabelle tiene que casarse con Bohdan, Anabelle reina, Anab..

—¡Basta! —gritó Bohdan soltándole del cuello y empujándole contra la silla.

—¿Qué temes que le cuente Anabelle a tu familia Dietrich?, ¿De qué tienes miedo? —pregunté de nuevo impaciente puesto que no tenía ni idea de si el efecto se pasaría rápido o si se desmayaría o qué demonios iba a suceder, pero cada vez parecía más ido.

—Yo maté a su hijo —susurró—. Yo le maté...

En ese momento creo que la sangre no se me congeló solo a mi, sino también a Bohdan que permanecía pálido.

—¿Mataste a Adolph? —pregunté temblándome la voz y todo el cuerpo ante el impertérrito silencio de Bohdan.

—Si... —susurró—. Yo le hice competir... yo insistí para que corriera esa noche a

pesar de saber lo peligroso que era, fue mi culpa... murió por mi culpa.

—¡Dios! —exclamó Bohdan como si estuviera asqueado.

—¿Tú le dijiste que participara en la carrera porque sabías que moriría? —insistí.

Tenía que saber hasta qué grado de implicación tenía en su muerte, saber si teníamos en frente a un asesino o a un simple mártir que se sentía culpable.

—No... yo no sabía que iba a morir —jadeó nervioso, como si quisiera llorar—. Yo no quería, pero me pagaron mucho dinero para que participase...

—¿Quién? —exclamó Bohdan—. ¿Quién te pago para que él corriera?

Aquello era cada vez peor... de hecho empezaba a tener la firme creencia de que Adolph no tuvo un accidente fortuito, sino que le mataron.

—No lo sé —contestó hipando mientras empezaba a lloriquear—. No lo sé...

En aquel momento, antes de pudiera evitarlo, el puño de Bohdan se estampó contra la cara de Dietrich y me miró esperando que le reprochara haberlo hecho, cosa que desde luego no pensaba hacer.

—¿Estás bien? —exclamé mirándole esperando ver su reacción tras aquella confesión.

—¿Me preguntas si estoy bien después de todo lo que has debido pasar? —gimió acercándose hasta mi y llevándome hasta su pecho en un abrazo—. ¡Dios! —exclamó—. No quiero ni pensar en lo que te habría podido hacer ese degenerado si hubiera conseguido su propósito... —dijo con pesar.

—No me ha pasado nada Bohdah, estoy bien —dije intentando calmarlo sin añadir que Dietrich solo pensaba meterme en la cama para que él nos encontrara juntos, pero sinceramente prefiero no pensar si ese mequetrefe habría abusado de mi porque me daban escalofríos solo de imaginarlo.

—Soy un estúpido por no creerte, tengo ganas de abofetearme por no haberle dado la importancia que requería cuándo me lo dijiste.

—Escúchame Bohdan —dije alzando el mentón para verle puesto que era mucho más alto que yo a pesar de llevar tacones—. Olvida eso ahora, es normal que no quisieras desconfiar de los que son tu familia, yo en tu lugar también hubiera hecho lo mismo, pero tienes que investigar la muerte de tu hermano, tienes que averiguar que fue lo que realmente paso porque...

—No fue un accidente —terció mientras sentía que apretaba su mandíbula.

—Yo tampoco creo que lo fuera —aseguré—. Pero también pienso que Dietrich solo es culpable de sentirse responsable por lo que ocurrió aquella noche.

Bohdan se acercó hasta mi frente y me dio un cándido beso con los labios sin apartarse del todo.

—Llegaré hasta el fondo de este asunto —dijo sin apartarse—, pero no quiero ponerte en peligro Celeste, si te ocurriera algo... si por mi culpa tu... —dijo sin terminar ninguna

frase, como si le costara trabajo hacerlo.

—No me ocurrirá nada —contesté segura entre sus brazos—. Sé que a tu lado estaré segura —dije sin poder evitarlo.

—Te prometo que no volveré a dudar jamás de tu palabra, por muy inverosímil que me parezca lo que me cuentes —contestó con voz firme.

—Gracias —dije con una sonrisa sincera.

—Celeste —dijo alzándome el mentón para que le mirase directamente a los ojos—. A partir de ahora tú serás mi prioridad.

Bohdan selló aquellas palabras con un beso, con un tierno y cálido beso tan suave que por un instante llegué a olvidarme de que justo al lado estaba Dietrich inconsciente.

No tenía ni idea de a qué adversidades nos íbamos a enfrentar, pero sí tenía claro que lo haríamos juntos porque no pensaba abandonarle, no pensaba irme cuando más me necesitaba.

Bohdan llamó al servicio de seguridad de inmediato e hizo que se llevaran a Dietrich a una de las habitaciones de palacio y le mantuvieran vigilado. En algún momento había caído dormido y nadie sospecharía lo que había ocurrido, pero Bohdan se aseguró de que no le quitaran la vista de encima y sobre todo, que no se marchara de palacio.

—¿Qué harás con él? —pregunté en cuanto se lo llevaron de la habitación y comenzó a desvestirse.

—Ahora mismo lo único que me apetece es rebanarle el cuello por lo que ha intentado hacerte o más bien hacernos —rugió.

—¿Le contarás a tus padres lo que nos ha confesado? —pregunté con cierto tacto acercándome hasta él.

—No —negó sorprendiéndome—. No quiero causarles aún más dolor hasta investigar lo que realmente ocurrió. Saber que la muerte de mi hermano no fue un accidente implica que hay un culpable detrás, una o varias personas que por alguna razón querían ver muerto al heredero de la corona de Liechtenstein —aseguró.

—¿Y si tú también estás en peligro Bohdan? —gemí—. ¿Quién podría desear que tu hermano muriese? —pregunté conmocionada.

—Nadie más que yo saldría beneficiado con su muerte —dijo con pesar—, pero si yo muero, el siguiente en la línea sucesoria sería Dietrich salvo que se aprobara la ley sálica y ascendiera al trono mi hermana.

—Pero él no fue... —jadeé.

—Tal vez Adolph ocultaba algo, tal vez estaba metido en líos y yo no lo sabía —dijo sentándose sobre la cama y llevándose las manos a la cabeza.

—Quizá —susurré acercándome a él y colocándome de rodillas en el suelo para acariciarle sus brazos—, pero debes tener cuidado y más aún si descubren que sabes que

no se trató de un accidente y estás investigando.

—¿Te preocupa lo que me pueda ocurrir Celeste? —preguntó alzando la vista para mirarme fijamente a los ojos.

—Por supuesto que me preocupa —admití.

—¿Por qué? —gimió—. Solo te he traído problemas y complicaciones desde que viniste —añadió con pesar.

—No todos los días se ofrece la posibilidad de vivir en un palacio y convertirse en princesa —dije sonriendo para tratar de animarle y al parecer lo conseguí. Al menos parcialmente.

—A veces me pregunto porque no has salido huyendo de este lugar... —mencionó con voz ida acariciándome la mejilla.

«Porque tú estás aquí... porque quiero estar donde tú estés»

—¿Y dejar que tu madre se salga con la suya?, ¡Ni hablar! —ironicé—. Además, si no me hubiera quedado tal vez nunca hubieras descubierto lo que esos dos tramaban en tu contra y lo que Dietrich escondía sobre tu hermano.

—Si —afirmó—. Si no llega a ser por ti hubiera pasado el resto de mi vida cegado —añadió de una forma que casi llegue a pensar que se refería a otra cosa y no a lo que acababa de mencionar—, por no mencionar que mi padre no seguiría entre nosotros.

—Me llevaré muy buenos recuerdos de aquí cuando tenga que marcharme —contesté vagamente.

—Aún falta mucho para eso —afirmó acercándose hasta mis labios y rozándolos suavemente—, mucho tiempo —añadió antes de profundizar aquel beso.

No supe en que momento me quedé dormida, pero desde luego tuvo que ser bien entrada la madrugada porque por más que intentaba serenarme y reafirmar una y otra vez que estaba segura en aquella cama entre los brazos de mi príncipe azul, no dejaba de pensar en el final fatídico que habría tenido si me hubiera bebido el contenido de aquella limonada con droga.

¡Joder! No había sido consciente de la gravedad de la situación hasta ahora que había pasado la tormenta. ¿Qué me habría hecho Dietrich al estar tan vulnerable a manos de ese degenerado inconsciente? No quería pensar del todo mal de él, puesto que en el fondo podía entender su miedo a que la familia se enterase de su secreto, pero ¿No sería mejor contarle? Si le pagaron para que Adolph compitiera en aquella carrera es porque habría un gran interés en ello y debería dejar su culpa a un lado para averiguar porqué querían a su primo muerto. Sin embargo, había sido capaz de cometer un delito más solo por tapar aquel secreto que le carcomía por dentro, estaba dispuesto a seducirme al igual que había hecho con las ex-novias de Bohdan solo por asegurarse de que la petarda de turno no lo contara. Esa era otra, ¿Por qué demonios lo sabía ella y por qué se lo callaba?, ¿Es que a ninguno de los dos le importaba que hubieran asesinado al hermano de Bohdan? En aquella familia primaba demasiado el egoísmo me parecía a mi, aunque en todas las

familias se cuecen habas y si no que me lo digan a mi con la insufrible de Olivia la amargada.

—Buenos días —escuché en alguna parte de la habitación aquella voz sensual del dios de dioses.

—Buenos días —contesté algo somnolienta.

—¿Has dormido bien después de lo que pasó ayer? —preguntó con cierta voz temblorosa y me fijé en que estaba sentado en una de las butacas observándome.

Me pareció tan extraño que hiciera eso que me incorporé un poco para verle mejor.

—Si —dije restregándome los ojos para tratar de espabilarme—. Tardé un poco en dormirme, pero no te preocupes por mi, estoy bien Bohdan.

—He hablado con Dietrich —afirmó serio y el corazón se me detuvo un instante.

—¿Has ido a verle? —exclamé llevándome una mano al pecho.

—Si —afirmó—. Me fui temprano, suponía que ya se habría pasado el efecto de la sustancia que había tomado y así era.

—¿Y qué ha ocurrido?, ¿Recordaba algo? —exclamé nerviosa.

—Al principio negó todo, incluso fue tan mísero y ruin que te acusó de drogarle.

—¡No me lo puedo creer! —grité furiosa levantándome de un salto de aquella cama—. ¿Le has creído?, ¿Cómo me digas que has sido capaz de...

—Cssh —siseó en aquel momento interrumpiéndome y acercándose hasta mi—. Por supuesto que no dudé un solo instante de que mentía para salvar su pellejo —afirmó haciendo que volviera a respirar de nuevo—. Terminó confesando toda la verdad cuando le expuse lo que nos había confesado bajo los efectos de aquella droga que había intentado darte.

—¡Oh dios! —exclamé apabullada porque Dietrich hubiera admitido todo—. ¿Qué vas a hacer? —pregunté aún conmocionada.

—Si te refieres a Dietrich, se irá inmediatamente de palacio —aseguró tajante—. Le he enviado a Australia con un billete de ida sin retorno.

No me extrañaba que hubiera hecho aquello a tenor de todo lo que había ocurrido, ¿Quién querría tenerlo cerca después de lo que había pasado? Yo desde luego no.

—¿Y con Anabelle?, ¿Has pensado que harás respecto a ella? Porque fue la causante de...

—Soy el primer interesado en tenerla lo más lejos posible de aquí, pero no puedo hacerlo. No sin tener las pruebas pertinentes que la culpabilicen de lo que ha hecho.

—Hizo todo esto por una razón Bohdan y no creo que cese en su hazaña de seguir intentándolo —admití convencida de que esa mujer estaba empecinada en ser reina.

—Lo sé —afirmó dándose la vuelta—, pero necesito que los demás también lo vean o

quedará como una simple víctima ante ellos y ante mi madre que parece adorarla.

—Supongo que tienes razón —admití a pesar de detestar a ese palillo con tetas que había demostrado ser más retorcida que una enredadera.

—Lamento que tengas que seguir soportándola, intentaré hacer todo lo que esté en mi mano para que pases poco tiempo en palacio y así puedas evitarla.

—Lo cierto es que te lo agradecería enormemente —sonreí acercándome de nuevo hasta él y colocándole una mano en el pecho. Hay algo más que tengo que decirte que no te va a gustar, pero esta vez no es referente a tu prima, sino a la mía —admití.

—¿Qué ocurre? —preguntó con evidente signo de preocupación.

—Se trata de mi prima Olivia, no sé si la recordarás, bueno... eso no importa, la cuestión es que asegura que tuvo una aventura contigo y según tengo entendido está intentando vender la noticia a la prensa.

—Lo sé —contestó de pronto y me quedé con la boca abierta en ese momento que si pasa una mosca me la trago sin siquiera enterarme de ello.

«¿Cómo que lo sabía?, ¡Y yo aquí descerebrándome pensando cómo contárselo, para que el tío ya lo supiera antes que yo!»

—¿Y no te pareció conveniente decírmelo? —exclamé atónita.

—No quería preocuparte —contestó colocándome las manos en los brazos como si tratara de calmarme—. Es tu prima y pensé que te dolería que hiciera algo así...

¿Qué me dolería que hiciera algo así? Se traba de Olivia por dios... de ella me esperaba hasta que vendiera las bragas de su madre si con ello se sacaba un mísero céntimo.

—¡Me importaba más lo que tu pudieras pensar de mi por esa oportunista! —exclamé.

—Sé que tú no tienes nada que ver con eso, pero no te preocupes, está controlado.

«¿Es o no es un príncipe azul? Celeste no te derritas como los bombones al sol que aún tienes que derribar a la palillo tetuda de la partida de ajedrez»

—Gracias —dije con los ojos brillantes.

—¿Por qué? —contestó extrañado.

—Por ser siempre un príncipe —dije con una sonrisa mientras él seguía observándome con cierto deje confuso en su mirada.



TREINTA Y DOS



A nadie pareció extrañarle que Dietrich se hubiera esfumado de la noche a la mañana, de hecho, algo me decía que cuando saliera a relucir su reciente viaje no sabría si conseguiría disimular lo suficientemente bien como para lograrlo y luego estaba la petarda de turno, que sabría que su estrategia no había funcionado.

«Miedo me da lo que le vaya a ocurrir ahora por esa cabeza llena de pelusas» pensé mientras no apartaba su vista de mi durante el desayuno sin mencionar palabra alguna.

—Celeste, ¿Me acompañarás a la elección de mi vestido para la cor... —comenzó a decir la pequeña Margarita a mi lado antes de ser interrumpida.

—No creo que sea conveniente —atajó la reina Margoret sin dejar que terminara de decir la frase, pero supuse que querría decir para la coronación de Bohdan.

—Para mí será un placer si tu quieres —contradije su decisión a pesar de que podía enfrentarme al mismísimo demonio.

—¡Sí! —exclamó la infanta—. Yo quiero que venga, madre —añadió dirigiéndose a su madre que parecía fruncir los labios—. Siempre me encantan tus vestidos... —dijo con voz ensoñadora.

—Nuestra invitada no tiene ninguna noción de protocolo para saber que te conviene Margarita. Yo elegiré tu vestido como he hecho siempre —atajó Margoret con voz seria como si diera la conversación por finalizada.

—No —negó Margarita sorprendiéndonos a todos y haciendo que todas las miradas se enfocaran en ella—. Soy lo suficientemente mayor para elegir que quiero ponerme o quién quiero que me ayude, así que iré con Celeste o no iré.

«Ole con la niña... parece que ha espabilado de pronto, ¿De dónde ha sacado de repente ese carácter?»

—¡Soy tu madre y harás lo que yo diga! —gritó.

—Margarita —aclaró de pronto el rey Maximiliano tratando de llevar la paz—. Lo que

tu madre intenta decir es que ella cree que elegirá adecuadamente porque ya te conoce y sabe lo que será correcto para ti —dijo con voz suave.

—El problema padre es que nunca me deja elegir a mi —contestó Margarita airada—. Y siempre tengo que ir con lo que ella quiera me guste o no. Tengo casi trece años y puedo elegir por mí misma, ya no soy una niña —añadió convincente.

—¿Por qué no hacemos una cosa? —exclamé adelantándome a que la vena hinchada de la reina explotara—. Nosotras elegiremos un vestido y junto a tu madre elegirás otro, después será Bohdan quien decida cuál cree que es más conveniente para la ceremonia puesto que me consta que tiene muy buen gusto, ¿Qué te parece? —dije observando a Margarita que parecía dudar y de pronto alcé la vista hacia la reina Margoret que parecía respirar con aire más calmado.

—Está bien —añadió sonriente al final.

—¿Y qué pasará con el vestido que no sea elegido? —exclamó la muñeca maldita que para variar, no podía quedarse muda por una vez en su puñetera vida—. Es absurdo desperdiciar así el dinero de la corona cuando...

—No te preocupes Anabelle —contestó Bohdan sin mirarla—. Habrá una boda después —terció serio haciéndola callar.

—¡Oh, claro! —contestó fingiendo una sonrisa y me extrañó que la reina no rebatiera aquella decisión.

¿Habría una boda después de la coronación sí o sí? Quiero decir... ¿Tal vez la reina Margoret pensara que Bohdan se casaría con Anabelle cuando yo me tuviera que ir? Desde luego la propia muñeca maldita era consciente de ello o no habría formado aquel complot.

No entendía porqué guardaba silencio, tal vez estaba todo planificado o pactado de alguna forma, pero ¿Estaría dispuesto Bohdan a casarse con su prima después de saber lo que había intentado hacerme? No podía ser... era imposible que aceptara por esposa a una mujer tan retorcida aunque que se lo impusieran.

«Tarde o temprano lo acabaré descubriendo» pensé.

Elegir vestido con Margarita era algo demasiado divertido, le gustaban todos y solo me limité a ir descartando uno por uno hasta que al final optamos por una joya de elección. Se trataba de un vestido plateado digno de una princesa con todo el corpiño lleno de destellos preciosos que se iban perdiendo a esbozos por la falda de vuelo. Las mangas llegaban hasta el codo en un tejido transparente y el escote era más que decente. Estaba completamente segura de que esa elección sería idónea tanto para la coronación como para una boda real, si es que la boda era de tarde, claro.

—¡Aún no me creo que Bohdan vaya a ser rey! —exclamó una vez volvíamos en el coche.

Solo faltaban cinco días para la coronación y lo cierto es que tenía los nervios a flor de piel. Aún no sabía cómo había podido pasar el tiempo tan rápido y no tenía nada claro como sería la supuesta ruptura del compromiso después de la coronación, pero miedo me

daba que el momento llegara y tuviera que soportar la ausencia de Bohdan en mi vida y en mi cama.

—Si, será extraño que tu padre deje de ser el rey y Bohdan deje de ser un príncipe —contesté siguiéndole la corriente.

—Su majestad el rey Bohdan —mencionó Margarita con tono elocuente y comencé a reír—. Su majestad la reina Celeste —añadió y en ese momento dejé de reírme.

—No digas eso Margarita —contesté seria.

—¿Por qué? —exclamó.

—Pues porque... bueno... —Realmente no tenía ni idea como decirlo sin matar sus ilusiones y de paso las mías.

—Que mamá prefiera a Anabelle es su problema, yo sé que Bohdan te quiere a ti.

«Ojalá fuera solo eso...» medité.

Pero yo no tengo pintas de reina, ni de princesa, ni de nada referente a la realeza.

—Margarita, quiero que sepas que si en algún momento, por alguna razón debiera irme, siempre te consideraré mi amiga.

—Pero no vas a irte, ¿Verdad? —preguntó en tono de preocupación.

—No lo sé —mentí—. Espero que no —añadí con una sonrisa sobre todo porque era lo que deseaba y soñar es gratis.

—¡Genial! —exclamó—. Porque si tu te vas, tendrás que adoptarme ya que me iré contigo —amenazó provocando que me riera a carcajadas.

—Lo tendré presente —contesté mientras colocaba un brazo sobre sus hombros y se acercaba a mí.

Echaría de menos a esa renacuaja si tuviera que marcharme...

En palacio todo parecía tranquilo, de hecho, tanta calma solo me daba la sensación de que tarde o temprano se avecinaba la tormenta... y algo dentro de mi me decía que sería una de las gordas. En ese momento alguien tocó la puerta y me extrañó porque era algo tarde y me sorprendía que Bohdan aún no hubiera regresado. Abrí la puerta y vi a uno de los sirvientes con una bandeja en la mano que contenía un sobre.

—Señorita Abrantes, traigo esto para usted —mencionó señalando la pequeña carta y sorprendida la cogí.

—Gracias —dije mientras la cogía y después cerraba la puerta.

No tenía remitente, algo que me extrañó, pero la abrí y dentro solo había una pequeña nota que no estaba escrita a mano, pero que decía.

«Te espero en las mazmorras para darte una noche de placer»

El corazón se me aceleró pensando que se trataba de Bohdan y supuse que por eso aún no habría regresado, que debía estar esperándome allí. Iba a darme la vuelta para marcharme inmediatamente cuando me paré a pensar en qué ropa interior llevaba y decidí cambiarme.

En el momento que abrí el cajón de la ropa interior vi el sobre que Bohdan me había dado, el que supuestamente debería abrir el diecinueve de octubre, algo que ya no me parecía tan sumamente lejano y me fijé en que estaba escrito a mano...

—Bohdan nunca me habría enviado una nota que no hubiera escrito él mismo con su puño y letra —pensé en voz alta—, menos aún sin mencionar su nombre o incluir en aquella frase un *preciosa* o un *princesa* —añadí ahora nerviosa.

«¿Quién demonios me había enviado esa nota?» Estaba segura de que él no había sido.

Cogí el teléfono y revisé los mensajes. Solo tenía unos cuantos sin leer en el grupo de las chicas sobre una revisión de Mónica de su embarazo en el que aseguraba que todo estaba bien, pero nada de Bohdan...

¿Y si son solo paranoias mías?, ¿Y si la había enviado él en plan sorpresa?

Me debatía entre la indecisión sobre acudir o no a esa cita porque después de todo, aunque no fuese Bohdan, quería saber de qué se trataba, pero aventurarme en esas mazmorras que daban repelus sola y con la incertidumbre constante, como que no me motivaba a pesar de los buenos recuerdos que me traían esas estancias.

«Vamos y no seas cobarde, Celeste» me dije para incentivar a mi misma a descubrir de qué trataba todo aquello.

En ese momento la puerta se abrió y entró Bohdan como siempre hacía desabotonándose la camisa como si pareciera desesperado por quitarse la ropa que llevaba puesta después de todo el día.

—¡Estás aquí! —exclamé mientras salí corriendo hacia él y me abracé a su cintura.

En ese momento sentí un alivio descomunal por no haber acudido a esa cita inoportuna.

—Pues claro, ¿Dónde quieres que esté preciosa? —preguntó acariciándome el cabello mientras yo me embriagaba de su peculiar perfume que tanto me encantaba.

—Recibí esto hace unos minutos —mencioné separándome unos centímetros de su pecho y enseñándole la nota que aún llevaba en la mano.

Observé como él la leía rápidamente y de pronto fruncía el ceño.

—¿Pensaste que era yo? —preguntó mirándome fijamente.

—Al principio sí, pero después dudé de que fueras tú porque supe que la habrías escrito a mano y firmado con tu nombre —aseguré.

—¿Quién lo ha traído? —exclamó taciturno.

—Uno de los sirvientes —afirmé.

—Quédate aquí y cierra con llave en cuanto salga, voy a averiguar de qué va todo esto —afirmó dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Vas a ir solo? —exclamé—. ¿No es mejor que te acompañe? —gemí de nuevo teniendo repentinamente miedo y no precisamente por mi.

—Si te estaban esperando a ti, no pienso ponerte en riesgo de ninguna forma —aseguró acercándose hasta mi e inclinándose para rozar mis labios.

—Bohdan —gemí preocupada—. ¿Y si te ocurre algo? Tengo miedo... —confesé.

—No me pasará nada preciosa... volveré antes de que te des cuenta —aseguró abriendo la puerta—. No me iré hasta que escuche como cierras con llave —insistió y afirmé con un gesto de cabeza.

En cuanto Bohdan cerró la puerta eché el seguro de la misma. Los dedos me temblaban, ahora estaba completamente segura de que no había sido él quien había enviado esa nota y la incertidumbre me acechaba, ¿Quién demonios había sido?, ¿Sería Dietrich que verdaderamente no se habría marchado?, ¿Tal vez Anabelle en una de sus artimañas?, ¿Habría un tercero en aquella incógnita cuyo rostro desconocía?

Fuera quien fuera sabría que enviando esa nota pensaría que acudiría creyendo que se trataba de Bohdan o no me conocía lo suficiente si la había enviado con otras intenciones.

No paraba de pasear frente a la puerta descalza, puesto que había mandado al cuerno los zapatos y comencé a mordirme las uñas desesperada mientras le rezaba al padre, al hijo y al espíritu santo para que mi dios de dioses regresara sano y salvo. Sentía una opresión en el pecho indescriptible, como si una sensación agorera fuera a consumirme y por más que quisiera alejar esa sensación horrible de mis pensamientos no conseguía que se alejara.

—¡Dios!, ¡Que no sea nada! —susurré—. Que solo sea una broma...

Escuché unos pasos y contuve la respiración, fueron los segundos más largos de mi vida y vi como la manivela bajaba lentamente, como si alguien intentara abrir la puerta con cuidado.

«¡Joder... joder... ¡Joder!» gemí interiormente, «Esto no me gustaba, no me gustaba nada, porque Bohdan no podría ser sabiendo que había cerrado con llave la puerta»

Observé como volvían a intentarlo y por pura inercia me alejé de la puerta sin dejar de mirarla, como si creyera que dándome la vuelta fueran a entrar o algo similar.

«Lo sé, he visto demasiadas series policiacas»

Me alejé hasta el extremo de la habitación y comencé a palpar lo que me encontraba hasta que di con un palo, era uno de esos palos de golf que parecía de metal y lo agarré con fuerza mientras me acercaba a la puerta. En el momento en el que me coloqué en el extremo opuesto de donde esta se abría por si alguien entraba para que no pudiera verme, escuché como estaban intentando forzar la cerradura y tragué saliva mientras apretaba los

ojos.

«Tu eres fuerte, eres valiente, solo tienes que arrearle un mamporro antes de que te vea y ya está» medité volviendo a abrir los ojos expectante.

Aferré más fuerte el mango, las manos me sudaban... sabía que de un momento a otro la puerta se abriría y alguien entraría sin saber porqué ni para qué.

¿Estaría Bohdan bien?, ¿Le habrían hecho algo? ¡Oh dios!, ¡Oh dios! Las manos me sudaban y estaba al borde del colapso, pero eso no me frenaría para pegarle con todas mis fuerzas al individuo que pretendía entrar, así fuera el mismísimo diablo...

Estaba completamente concienciada cuando el ruido cesó y escuché pasos que se alejaban. El aire llegó de pronto a mis pulmones hasta que oí los golpes en la puerta y por inercia di un golpe con el palo de golf a la puerta causando un estruendo ante el ruido inesperado, pero no había podido evitarlo al ser inesperado.

—¡Celeste!, ¿Estás bien?, ¿Qué está pasando? —exclamó de pronto la voz de Bohdan y solté el palo para abrir la puerta sin poder evitar soltar lágrimas por el miedo que acababa de pasar.

—Alguien ha intentado entrar —gemí abrazándome a él—, estaban intentando forzar la puerta para entrar —aseguré mientras me sentía a salvo entre sus brazos.

—¡Dios! —le oí exclamar mientras notaba como sus labios se posaban sobre mi cabeza—. ¿No viste quien era?, ¿No escuchaste nada que le identificara? —preguntó.

—No... —susurré—. No le vi, no llegó a entrar y creo que fue porque te debió escuchar llegar.

—No había nadie en las mazmorras, absolutamente nadie —dijo tenaz.

—¿Era una trampa? —exclamé—. ¿Y si solo era una excusa para entrar aquí?

—Puede ser —afirmó pensativo—. Esta mañana me trajeron unos documentos que me habían entregado sobre los extractos de las cuentas bancarias de Dietrich en las fechas previas a la muerte de Adolph y las guardé aquí.

—¿Crees que la persona que quería entrar lo sabe? —pregunté completamente intrigada.

—O buscaba esos documentos, o te buscaba a ti Celeste —afirmó con semblante serio—. Mañana a primera hora pondré a dos guardias de seguridad para que te sigan a todas partes y aguarden en la puerta.

—¿Crees que sea necesario? —exclamé—. No sabemos si...

—Si te ocurriera algo jamás me lo perdonaría —contestó interrumpiéndome—. Tu eres lo más importante para mi, lo único importante para mi.

En ese momento mi pulso se aceleró y no precisamente por miedo como minutos antes, sino porque el dios de dioses me acababa de confirmar que le importaba, que yo era lo que más le importaba.

¿Significaba eso que sentía algo por mi? Por un segundo, por un solo segundo desde que había llegado allí me permití creer que quizá, —solo quizá—, Bohdan realmente me quería, aunque me estuviera engañando a mi misma, pero necesitaba por un momento sentir que era así.

«No, seguro que solo dice eso porque en cierto modo se sentirá en deuda al estar allí solo porque él lo necesita para quedar bien con su gente» pensé inmediatamente.

Lo único cierto es que esa noche sentí que Bohdan me abrazaba con mayor fuerza, como si temiera que en algún momento fuera a desprenderme, a escapar o a evaporarme por arte de magia. No sabía exactamente a qué era debido, quizá fuera únicamente porque él también había pasado miedo realmente, pero fuera la razón por la que lo hacía, lo agradecí muy gratamente puesto que necesitaba sentirlo tan cerca que hasta me costase respirar.

Creo que no había pasado tanto miedo en mi vida, ni siquiera cuando me perdí en aquel supermercado de pequeña estando de vacaciones y no encontraba a mis padres, supongo que la inocencia infantil daba pie a que pese a tener miedo, no presentía que nada malo me fuese a ocurrir, en cambio aquella tarde había sentido que la oscuridad estaba al otro lado de la puerta y que fuera quien fuese la persona que intentaba entrar no tenía buenas intenciones.

No quería ser agorera, menos aún ponerme en modo dramática o brujil, pero que me llamaran loca si querían, yo tenía ese mal presentimiento desde el principio y aunque en cualquier otra situación habría salido huyendo por patas, algo dentro de mi ser me incitaba a permanecer allí junto al dios de dioses. No podía dejarle con semejante marrón a la espalda y lo más importante de todo; estaba claro que no quería alejarme de él, tan claro como que la sombra que nos acechaba no iba a parar hasta conseguir aquello que pretendía.

Me habría gustado creer que de verdad las razones por las que ese individuo intentaba entrar era para conseguir esos documentos que Bohdan aseguraba haber escondido allí, pero ¿Cómo podría saberlo?, ¿Y no habría sido más sensato buscarlos cuando estábamos ausentes en la hora del almuerzo o la cena? Eso no tenía sentido... no se lo había querido decir para que no se preocupara aún más, pero algo me decía que no eran los documentos lo que aquella persona buscaba y eso me dejaba una única opción; fuera quien fuera me quería a mi.

Podría tener sentido al citarme en la mazmorra, puesto que supondría que Bohdan llegaría al poco tiempo de haber recibido esa nota, también el hecho de que intentara meterse en la habitación mientras él había acudido en mi lugar...

¿Y si aquello solo se trataba de otro intento por hacer creer a Bohdan que yo tenía alguna relación con otro hombre? Dejarme de algún modo en mal lugar como había intentado hacerlo Dietrich a pesar de que a la muñeca hinchable se le fastidiara todo el plan.

«Esa cretina se ha debido de buscar algún otro pobre indeseable que le siga la corriente» medité pensando que aquella teoría podría encajar perfectamente con todo

aquel misterio.

«Pues mucha suerte querido palillo con tetas... porque tus días en palacio van a estar contados» susurré en mis adentros justo antes de abalanzarme a la oscuridad de Morfeo ahora más tranquila.

Cuando desperté la luz se filtraba por gran parte de la habitación y el sonido del baño me hizo darme cuenta de que Bohdan aún no se había marchado.

—Buenos días —dije sonriente mientras le observaba desde la cama afeitarse al tener la puerta abierta.

—¿Te he despertado? —preguntó con semblante serio—. Lo siento, es que estoy esperando que vengan a avisarme y temía que al cerrar no pudiera escuchar la puerta —añadió disculpándose.

—Tranquilo —jadeé al observar ese perfecto cuerpo que dios le había otorgado.

Bueno... ¡Que leches! ¡Él era dios para mí! Ains... que hambre me estaba entrando solo de verle y no precisamente de comida.

—Si me miras así voy a creer que soy comestible —dijo de pronto y en ese momento fui consciente de que hasta la babilla se me debía estar cayendo por la comisura de los labios.

¿Por qué carajos tenía que estar tan sumamente bueno ese hombre? Y para más inri, ser un completo principeso.

—Envuelto en Nutella te aseguro que lo eres —contesté sin poder evitarlo y hasta mis tripas rugieron ante el succulento manjar que suponía aquello.

—¿Envuelto en Nutella? —gimió frunciendo el ceño.

—Un manjar de los dioses —contesté.

«Porque eres un dios» me faltó añadir.

—Empiezo a pensar que tienes una inclinación ferviente hacia esa crema de cacao —dijo con cierta sorna.

«No lo sabes tu bien, amigo mío» pensé.

—Solo un poco —contesté con cierta ironía—. Nada importante —añadí encogiéndome de hombros y evitando mirarle.

—¿Entonces no pasaría nada si dejaran de fabricarla? —preguntó y le miré inmediatamente para ver que estaba pasando la cuchilla por su barba meticulosamente.

—¿Estás loco? —gemí sin poder evitarlo y levantándome de la cama—. ¡Eso sería más cruel que la muerte de la madre de Bambi! —exclamé atónita.

De pronto escuché una carcajada y se volvió hacia donde me encontraba, ya que me había dejado caer en el marco de la puerta del baño.

—Así que estás verdaderamente enganchada a esa crema de chocolate... —susurró

mirándome con cierta sonrisa.

—Lo confieso —dije mirando hacia el techo—. Soy una pecadora —afirmé ahora volviendo la vista hacia él.

«Va a pensar que soy una gordis, pero de perdíos al río»

—Mientras seas una pecadora conmigo, no me importa cuando debas pecar —dijo con cierto tono de voz ronca que hizo que el aire dejara de llegar a mis pulmones.

—¿Es que vas a dejar que te unte en Nutella todo el cuerpo? —pregunté retándole con la mirada.

—Yo dejo que me untes en lo que quieras preciosa —aseguró con esa mirada azul oscura que decía “te voy a comer” o al menos así lo interpretaba.

«Ay dios, ¡Ay dios!, ¡AY DIOS!»

Iba a tirarme literalmente sobre él cuando alguien llamo a la puerta.

¿Es que no tienen otro maldito momento para llegar?, ¡Mierda de karma!, ¿Qué te abre hecho yo?

—Debe ser la persona que estaba esperando —escuché que decía mientras se alejaba medio desnudo con aquella toalla amarrada a la cintura hacia la puerta.

Me quedé parcialmente escondida tras la puerta del baño para que nadie me viera en aquel camisón y con pintas de loca salida de un sanatorio, ahora que me fijaba en el espejo comencé a intentar arreglar con los dedos aquel desastre y me pellizqué las mejillas para que parecieran más rosadas.

—Sí, veinticuatro horas —oí decir a Bohdan y presté más atención—. Uno aquí apostado en la puerta y otro que la siga a todas partes —añadió con voz seria.

Debía de tratarse de la seguridad que había mencionado anoche, me costaba asimilar que esa hubiera sido su primera acción nada más levantarse y eso me hacía sentir cierto regocijo interior inexplicable.

¿De verdad era su prioridad?, ¿De verdad eran tan ciertas sus palabras?

«Ay dios... creo que si me enamoro más de él, terminaré explotando»

—Ya está todo arreglado —escuché de pronto su voz a mi lado y di un pequeño sobresalto al no haberle sentido llegar.

—¿Cómo? —dije sin pensar.

—Tu seguridad —afirmó acercándose a mi y pasando una mano por mi cintura—. Ya no estarás sola ni un solo segundo, te tendrán siempre vigilada y protegida, así podré estar tranquilo porque sé que no te ocurrirá nada.

Vamos, que no iba a poder ni hacer pis sin que alguien se enterase, pero la verdad es que, a pesar de gustarme poco, eso me daba cierta tranquilidad a la hora de tener a la arpía siliconada a raya.

—¿Qué pasaría si me ocurriera algo Bohdan? —pregunté mirándole directamente a los ojos—. ¿Por qué te preocupas tanto por mi? —insistí.

En ese momento me di cuenta de que Bohdan me había arrastrado junto a él hacia la ducha pese a que yo llevaba aún la ropa de dormir puesta.



TREINTA Y TRES



—¿De verdad necesitas que te lo diga? —gimió con esa voz ronca que me hacía palpar y perder la razón—. ¿Es que no es evidente? —añadió justo antes de apresar mis labios de forma que el poco sentido común que aún me quedaba se fue directamente a freír monas.

«Evidente» ¿Qué santos demonios era evidente? Me preguntaba una y otra vez mientras me cepillaba el pelo para desenredarlo después de haberme empapado completamente bajo la ducha con la ropa puesta. Ropa que desapareció a los tres segundos, todo hay que reconocerlo.

«Este hombre hará que no salga cuerda de aquí, al menos peor de lo que entré» pensé mientras me dejaba caer en la encimera del baño mirándome al espejo.

Bohdan se había limitado a responderme con preguntas que me habían dejado aún más intrigada de lo que estaba, ¡Maldita sea! Mucho príncipe azul, mucha carita angelical, mucha tableta de chocolate, pero necesitaba saber a qué demonios se refería con esa respuesta.

¿Y si de verdad yo le importaba? Aparte del compromiso que pudiera tener respecto a mi o del hecho de que después de todo nos habíamos casado y se sentía responsable de alguna forma. Solo con el hecho de pensar que Bohdan pudiera sentir algo por mi más allá de una simple atracción física hacía que diera brincos de alegría, de ansiedad o yo que sé de qué, pero me faltaba el aire.

Me daba igual que fuera apropiado o no, mejor dicho; posible o no. Yo me conformaría con saber que él me quería, aunque fuera un poquito, solo una décima parte de lo que yo le amaba a él... solo con eso podría ser feliz.

Los golpes en la puerta me sobresaltaron y di un pequeño grito porque aún no me había olvidado del susto que tenía demasiado presente de la pasada noche.

—¿Sí? —exclamé cogiendo el vestido que había sobre el sillón y colocándome la prenda antes de dirigirme hacia la puerta.

—Su transporte la está esperando señorita Abrantes —dijo una voz masculina al otro lado de la puerta.

En ese momento recordé que saldría en helicóptero desde palacio, sería emocionante porque montaría en uno por primera vez en Liechtenstein y esperaba ver el castillo desde su gran altura.

—En un minuto estaré lista —contesté calzándome los zapatos y supe que no me daría tiempo a desayunar nada.

«Genial, he cambiado un polvo mañanero por mis magnificas tostadas con Nutella» suspiré consternada, aunque lo haría una y mil veces más, tenía que admitir.

En cuanto abrí la puerta me encontré con Jeffrey que sonreía ofreciéndome una bandeja donde estaban mis magnificas tostadas de Nutella e incluso un botecito de esos pequeñitos por si quería añadir más y un sobrecito con mi nombre apoyado en el café.

—¿Qué es esto? —exclamé sorprendida pero sonriente.

—Su excelencia lo ha pedido para usted —contestó ofreciéndome la bandeja para servirme.

Cogí la nota y la abrí mientras caminaba por el pasillo y él me seguía el paso. La escena debía ser digna de ver, puesto que parecía que tenía un séquito persiguiéndome entre los guardias, el servicio y la persona que me indicaba el camino que debía seguir y que me iba recitando la agenda programada del día.

En cuanto abrí la nota me detuve tras leer las líneas que contenía.

«Mientras estés a mi lado, nunca faltará la Nutella en nuestras vidas. Esta noche te demostraré cuánto me importas preciosa.

Tuyo, Bohdan»

Oxígeno, ¡Rápido necesito oxígeno! Quería gritar mientras me daba aire con una mano porque desde luego por sí solo no llegaba.

—¿Le ocurre algo señorita? —preguntó Jeffrey observándome con preocupación.

—Yo... esto... —empecé a balbucear sin poder reaccionar—. ¿Podrías hacerme un favor? —pregunté y me di cuenta de que todos se habían detenido esperando a que reaccionara así que cogí el café y me lo bebí de un solo trago para después coger una de las tostadas untadas en Nutella y proseguir el paso.

—Por supuesto que sí, señorita —contestó amablemente.

—Quiero que busques el tarro más grande que puedas encontrar y que vendan de este producto en la ciudad y llesves al menos diez de ellos a la habitación del príncipe antes de que regrese —dije tratando de darle seriedad a pesar de que el sirviente me mirase con cara extrañada pese a intentar fingir que no era así.

—Está bien señorita, en cuanto usted se marche iré personalmente a la ciudad a por su encargo —afirmó muy servicial.

—Genial —dije contenta por poder darle rienda suelta a mi magnifico plan—. ¡Ah y algo más! —exclamé de pronto, pero me callé porque sentía vergüenza de decirlo en voz alta.

—Usted dirá señorita —contestó animándome.

Me acerqué hasta Jeffrey lo suficiente para susurrarle al oído sin que nadie más pudiera escucharme.

—Quiero que consiga ropa interior comestible —lo dije en voz tan baja que esperaba que me hubiera escuchado bien.

—¿Ha dicho comestible? —recitó incrédulo.

—Si, así es —afirmé sonriente.

—Si existe lo conseguiré, no se preocupe —dijo con firmeza y me marché contenta.

Por primera vez en lo que venía siendo los últimos días, me olvidé de la conspiración de la muñeca endiablada para mandarme a donde pican los pollos, del supuesto asesinato del hermano de Bohdan y del individuo que intentó entrar en la habitación y me había citado en las mazmorras. Esa noche solo íbamos a ser dos; mi príncipe azul y yo.

En el momento en el que abrí la puerta y entré en la habitación casi no podía creerme que al fin hubiera acabado aquel tedioso día.

«Jamás volveré a decir que la vida de un miembro de la casa real es de color rosa, ¡Pero si debe ser más negra que el carbón!, Cuanta santa paciencia debe tener Bohdan cada día para aguantar esos sermones sin dormirse, estar pendiente de todo, saber contestar en la medida justa y contenerse en todo momento.

Por suerte para mi, nadie se había quejado de mis oportunas ocurrencias como la de los zapatos o la de la anciana que agarré del brazo esa misma mañana porque la pobre había perdido la marrilla entre tanto bullicio.

«Que me perdonen sus “periquito el de los palotes y añadidos” que inventaron el protocolo, pero si una pobre mujer necesita ayuda, me importan tres carajos los protocolos, las protocolas y su nación en pepitoria»

—Y a quien no le guste que no mire —susurré en voz baja.

Me senté sobre la cama y me quité aquellos infernales zapatos.

—¡Oh dios! —exclamé del gusto pasando los dedos por la moqueta mientras los arrastraba como si me dieran un masaje.

En ese momento vi varios paquetes y bolsas al lado de la puerta y fruncí el ceño extrañada, ¿Qué era aquello? Bueno... dudo que sean paquetes bomba porque son demasiado bonitos, pero cosas peores se han visto así que me acerqué despacito —como si no fuera a explotar de ser una bomba por caminar despacio, pero ya tu sabe... a una le

entra el dramatismo— y en cuanto vi el color de aquel frasco al que deberían ponerle un monumento, grité.

—¡Siiiiii!, ¡Nutella! —exclamé como una niña pequeña con zapatos nuevos, aunque la ironía me hacía estar descalza.

En cuanto me acerqué un poco más comprobé que no eran tarros grandes de Nutella como los que yo compraba en el supermercado a pares, sino que eran enormes, gigantescos, ¡colosales!

—¡Voy a poner una estatua a Jeffrey! —grité mientras intentaba sacar aquellos tarros de la bolsa con los que casi no podía de lo que pesaban.

Iba a tener Nutella hasta el fin de los tiempos, ¡Mamma mía!, ¿Dónde se ha metío ese hombre pa' sacar estos pedazo de botacos enormes?

En un paquete muy bien envuelto encontré diversos atuendos de ropa interior femenina comestible y grité de la emoción, porque había uno de chocolate.

¡Oh dios mío! Exclamé mientras metía todos los botes de Nutella bajo la cama y me llevaba el conjunto comestible al baño para ponérmelo después de ducharme.

En el momento en el que me sequé con la toalla y me enfundé en aquel diminuto tanga de hilos en los que estaba fijado el chocolate con sumo cuidado y aquel sujetador cuyo único contenido de chocolate estaba en las pezoneras me sentí ridícula y al mismo tiempo sexy, una combinación extraña, ¿no?

Esperaba que no faltara mucho hasta que Bohdan regresara porque ya era bastante tarde y ambos no habíamos llegado para la hora de cenar en palacio, por lo que estaba literalmente muerta de hambre. Mi idea era cenar solo postre esa noche, así que saqué uno de los botes enormes y acomodándome sobre la cama con los cojines bien colocados para parecer una top model sexy de esas de revista, —solo que paticorta en mi caso—, la tentación me pudo y desenrosqué la tapa para posteriormente abrir el precinto y meter un dedazo en esa crema de cacao que era mi delirio...

En el momento en el que metí el dedo en la boca para degustar ese manjar de dioses la puerta se abrió justo cuando estaba gimiendo de placer y abrí los ojos para encontrarme a Bohdan con la mirada fija observando la escena.

¡Mierda! Tanta premeditación y tanta chominá para que justo me pille metiendo el dedazo en el tarro como una gordinflonchis.

—Todo lo que ves, puede comerse —dije sin pensar para desviar la atención de su cerebro y esperaba que de ese modo funcionara.

—¿Todo? —gimió con esa voz ronca que me volvía completamente loca.

—Absolutamente todo —jadeé identificando aquel tono de voz y viendo como se desabrochaba la corbata sin apartar la vista.

—Me alegro —afirmó—. Tengo tanta hambre que pasaré directamente al postre.

¡Joder!, ¡Si! Pensé mientras volvía a meter el dedo en el tarro, pero esta vez no fue

para metérmelo en la boca sino para acercarme al borde de la cama y se lo di a probar de forma que se lo degustó apresuradamente, aproveché el gesto para sacarlo rápido y poder besarle, saboreando junto a él ese delirio de dioses.

¡Madre santa del amor hermoso, virgen maría y espíritu santo todos juntos!, ¡No volverá a ser igual comer la Nutella con un triste pan que probándola de los mismísimos labios del dios de dioses... ¡Vamos!, ¡Ni con gofres está tan buena!

«He encontrado mi pura perdición» jadeé. «Ahora si, que me lleven al manicomio cuando salga de aquí porque no quiero vivir sin esto»

—¡Oh dios de dioses! —jadeé esta vez en voz alta sin poder evitarlo.

—¿Te refieres a Zeus? —preguntó mientras sus labios comenzaban a bajar por mi garganta en delicados besos provocando que no pudiera ni abrir los ojos por lo que aquello me hacía sentir.

—No... —negué en un susurro—, más bien otro —admití sin saber realmente ni lo que estaba diciendo.

—¿Odín? —exclamó en un tono de intriga que me causó peculiar gracia.

«Si supiera que era él...»

—Un día de estos te lo diré —dije mientras mis manos se entrelazaban en su cabello justo cuando estaba llegando a mis pechos.

En el instante en que sus dientes se clavaron en mi piel de forma delicada y al mismo tiempo eficaz, gemí de agonía y dicha al mismo tiempo. Su lengua viajó suavemente hasta la cumbre de mis pezones donde se deleitó con aquel manjar de chocolate que le esperaba y desde luego, el dios de dioses estaba realmente hambriento porque no dudó un instante en meterse todo el pezón en la boca para degustarlo de tal forma que no pude sino gritar de placer.

—Me voy a morir... —gemí arqueándome hacia él buscando más de aquel contacto.

—Moriré contigo entonces —contestó con aquella voz ronca que me hacía vibrar completamente.

En cuanto el chocolate se deshizo en su boca, la prenda se quedó en simples tiras dejando a la vista todo el pecho en su más vivo esplendor. Me di la vuelta para ir a por el tarro de Nutella que había dejado abierto sobre la cama y al instante noté su peso sobre mis piernas evitando que lo hiciera. No supe cuáles eran sus intenciones hasta que vi su brazo sobre mi cabeza cogiendo aquel pedazo de bote e intenté girarme para ver que hacía.

—No preciosa... —dijo parcialmente inclinado sobre mi y en ese instante me reí cuando noté su nariz en mi nuca causándome cosquillas después de un cálido beso húmedo en la columna.

No tardé en sentir como sus dedos trazaban una línea en la columna de mi espalda y supuse que lo había hecho con aquella crema de cacao porque inmediatamente después noté su boca degustar precisamente aquella zona.

Era excitante, estaba completamente expectante con cada movimiento, puesto que conforme su lengua ascendía hacia mi nuca sus manos bajaban hacia mis nalgas haciendo que estas se inclinaran cada vez más hacia arriba, rozándose con su entrepierna que podía notar perfectamente dura en mi trasero.

«¡Por Jesucristo que me daba un soponcio si no me hacía suya de una maldita vez!»

—Se suponía que yo debía untarte en Nutella a ti —jadeé en cuanto noté su nariz por mi cuello.

—Lo estoy deseando —gimió en mi oído provocando que casi sufriera un orgasmo instantáneo.

En cuanto se hizo a un lado y me incorporé, sus manos rodearon mi cintura y me sentó sobre él a horcajadas. Estábamos sobre aquellas sábanas blancas puesto que yo me había deshecho previamente de la ropa de cama que la cubría antes de que él llegara ya que estaba segura de cómo iba a terminar aquello.

Metí dos dedos en aquel bote y bajo su atenta mirada tracé una línea que bajaba desde su barbilla hacia su garganta llegando hasta su pecho. En cuanto me incliné con la lengua para saborear aquel deleite de ambrosía le escuché jadear permitiéndome completamente hacerlo y sentía sus dedos acariciándome la espalda.

Antes de que pudiera llegar a su barbilla me agarró del cuello para apresar de nuevo mis labios y en aquel momento jadeé cuando me apretó más a él como si quisiera de algún modo hacerme sentir que me necesitaba. No sabía si eran imaginaciones mías o que en el fondo era mi más ferviente deseo, pero cuando me aparté de él para volver a meter los dedos en aquel enorme tarro, apartó mi mano y cogió el enorme bote alzándolo sobre nosotros y volcándolo hacia abajo.

Si hubiéramos estado en cualquier otra época del año, no habría pasado nada o habría necesitado horas para que aquella crema se deslizara hacia abajo, pero entre el peso, la temperatura y por consiguiente la consistencia más líquida que tenía comenzó a bañarnos literalmente en ella.

Abrí mis ojos expectante ante aquello y le vi sonriendo mientras no dejaba de mirarme, así que alcé la mano metiéndola en aquel bote y llenándola por completo para después darle un manotazo en la boca y posteriormente abrazarme a él para besarle. ¡Dios mío! Estaba completamente impregnada de aquella crema densa que era mi delirio y al mismo tiempo tenía al hombre de mis sueños que precisamente había provocado aquello.

«Si existe el paraíso después de la muerte, no podré ser más feliz que ahora» pensé deleitándome con aquella lengua que sabía a gloria bendita.

Sus manos se entrelazaron con las mías y se abalanzó sobre mi preso de aquella pasión que nos consumía en ese momento. Mordí su hombro justo al mismo tiempo que entrelacé mis piernas alrededor de su cintura tratando de acercarlo aún más a mi y noté como la prenda interior que llevaba de chocolate era literalmente arrancada de mi cuerpo mientras comenzó a bajar con su boca por mi vientre hasta llegar donde justamente había estado dicha prenda.

Grité de puro éxtasis cuando su lengua obraba magia de tal forma que me mordí la mano y me di cuenta de que ésta sabía también a puro deleite.

—¡No lo soporto más! —grité completamente abrumada.

En ese momento noté como se apartaba y en cuanto alcé la vista le vi quitándose aquellos pantalones que directamente deberían irse a la basura al estar completamente perdidos de chocolate.

—¿Qué es lo que no soportas exactamente? —gimió acercándose de nuevo a mi y estiró el brazo hasta el cajón donde solían estar los preservativos.

—No tenerte —confesé jadeante.

—Lo cierto es que yo tampoco lo soporto —contestó sorprendiéndome y acercándose de nuevo hasta mis labios.

En cuanto noté el roce de su entrepierna sobre la mía me alcé y de un solo movimiento noté que se hundía en lo más profundo de mi ser.

—No pares —jadeé susurrante en sus labios.

—Nunca —contestó en el mismo tono y sentí como sus dedos se entrelazaban con más fuerza a los míos mientras comencé a besar su cuello.

No supe si fue por el momento, por el sabor a Nutella mezclado con su piel que emanaba su esencia, la combinación de ambos o lo que fuera, pero en el instante en el que aquella sensación de placer infinita sucumbió ante mi, pareció que tuve la mayor revelación de toda mi existencia puesto que sentí que jamás podría encontrar en otra parte lo que él lograba hacer que sintiera.

—Quédate conmigo Celeste —susurró haciendo que saliera de aquel trance en el que me encontraba volviendo de nuevo la realidad—. Quédate aquí conmigo para siempre.

«¿Lo estaba soñando o era real?, ¿De verdad Bohdan me estaba pidiendo que me quedase junto a él?»

Me separé lentamente de él para mirarle a los ojos, el silencio pareció eterno y cuando le observé a pesar de estar ambos completamente pringados con aquella crema de cacao, la seriedad en su mirada me incitó a creer que no me lo había imaginado, que había sido real, tanto que casi quise llorar de la emoción.

—¿Aquí? —exclamé—, ¿Contigo? —Me atreví a añadir porque necesitaba asegurarme.

—Si —afirmó a secas—. A menos que...

—Quiero quedarme —contesté de pronto y vi como dibujaba una sonrisa en sus labios apretándome entonces con más fuerza para atraerme a su cuerpo.

—No sabes cuánto me alegra escuchar eso —dijo consiguiendo que unas pequeñas lágrimas de emoción saltaran de mis ojos y agradecí que estaba rezagada en su pecho para que no se diera cuenta de ello.

¡Era tan feliz! Iba a quedarme... me daba igual el cómo, el cuándo o el dónde... Bohdan quería que me quedase y para mí eso era suficiente.

—Me gusta estar aquí... contigo —admití sin levantar la vista.

—Y a mi encontrarte en mi cama esperándome cada vez que vuelvo como esta noche —gimió sonriente y alcé la vista para verle—. Creo que me aseguraré de tener siempre un bote de esos bajo la cama —añadió divertido.

—En realidad hay nueve más como esos bajo la cama —contesté riéndome.

—¿Nueve? —exclamó—. Eso implica mucho más placer del que pensaba... —contestó alzándose en brazos y dirigiéndose hacia el baño para meternos a ambos en la ducha donde aseguraba que tardaríamos bastante en deshacernos de toda aquella pringue que teníamos encima.

«Que desperdicio... pero había merecido la pena» pensé mientras el agua y las esponjas se aseguraban de quitar todo el chocolate llevábamos pegado a la piel.

En cuanto nos deshicimos de la sábana bajera y la tiramos directamente a la basura del baño porque era mejor que ni el servicio de limpieza la viera o haría suposiciones de lo más extrañas, coloqué una nueva y volví a poner la ropa de cama que nos cubriera.

Podría acostumbrarme a eso, podría imaginarme pasando el resto de mi vida allí, en esa habitación si con ello implicaba tenerle a mi lado como ahora, rodeándome la cintura y sintiendo su aliento en mi nuca. Desde luego que no solo podría acostumbrarme, sino que además era lo que más deseaba en aquel momento y aún no podía creerme que fuera a tenerlo.

—Bohdan —dije apretándome aún más a su pecho con mi espalda y no pareció quejarse cuando lo hice.

—¿Sí? —preguntó algo somnoliento y supuse que estaba demasiado cansado de todo el día.

—Si me quedo, ¿Seguiré siendo tu esposa?, ¿O firmaremos el divorcio como estaba planeado? —pregunté mordiéndome el labio sin poder evitar saberlo.

—Ya lo veremos a su debido tiempo —contestó con lo que me pareció una evasiva.

¿Ya lo veremos a su debido tiempo?, ¿Qué había que ver?, ¡O es que sí, o es que no! No es que hubiera mucho más que pensar..

¿Y si no me daba una respuesta porque lo que escucharía no me iba a gustar? Ya estábamos casados y para todo el mundo prometidos a punto de casarnos, si me quedaba allí y no era en calidad de su esposa, solo podía significar que lo sería en calidad de amante ¿Y eso qué demonios significaba?, ¿Qué se casaría en toda mi cara y yo sería la otra?

«Frena el carro Celeste que te estas emparanoiando» me dije tratando de respirar y contando hasta diez para tranquilizarme.

No me iba a adelantar a los acontecimientos, de todos modos, pronto tendría que tener

la respuesta porque no es que faltara mucho para la supuesta boda tras la coronación en apenas unos días y probablemente no me aguantara hasta el momento y volviera a insistir para volver a preguntárselo.

Cuando desperté aquella mañana, para mi sorpresa Bohdan no estaba, creo que era la primera vez que se había marchado sin que lo percibiera o sin que me despertara al hacerlo. Tal vez me había quedado profundamente dormida debido a que terminé conciliando demasiado tarde el sueño por mis líos mentales.

Cogí el teléfono y vi dos llamadas perdidas de mi amiga Sonia, era extraño. Así que le di a llamar inmediatamente porque eran recientes a juzgar por la hora, esperaba que no hubiera pasado nada grave ya que había hablado más bien poco en el grupo porque no tenía tiempo ni de respirar, pero no recordaba que hubieran mencionado nada.

—¡Dichosos los oídos que te escuchan! —exclamó al otro lado del teléfono como saludo.

—Lo mismo digo petardi —contesté sonriente.

«Que gustazo era volver a hablar en mi idioma natal»

—¿Todavía no te has hartado de salchichas y cerveza? —exclamó en cierto tono de diversión.

—Oye... que, aunque aquí hablen alemán, realmente no estoy en Alemania —mencioné mientras me levantaba y caminaba hacia el baño—, de hecho no me he comido ni una sola salchicha desde que llegué.

—¿Seguro? —exclamó con cierto tono que me hizo dar una carcajada.

—¡Me refiero a salchicha literal! —grité.

—Vamos... que te estás poniendo las botas con ese rubiazo que te has echado por marido —soltó sin más.

—¡Oye! —exclamé—. ¡Pero a ti que te han dado de comer en la luna de miel para que no te calles ná! —dije alzando la voz sorprendiéndome que Sonia fuera tan directa.

—Es que últimamente paso mucho tiempo con Mónica —admitió riéndose y me reí ante aquel hecho—. Se han mudado a nuestro edificio y la veo día sí, día también.

—¡Vaya!, ¡No sabía que ya se habían mudado, si que ha ido todo rápido! —mencioné recordando que era cierto, pero que todo el papeleo iba a retrasarse hasta después del nacimiento del bebé por desgracia para ellos.

—Al final han tenido suerte y han podido agilizarlo todo antes, así estarán bien instalados cuando nazca el bebe —afirmó—, pero bueno, yo te llamaba por otra cosa —añadió con un tono más formal que hasta me dio miedo.

—¿Me vas a dar una mala noticia? —pregunté algo contrariada.

—Mas bien varias buenas —contestó rápidamente y eso me tranquilizó—. No sé de donde se han sacado los medios que soy tu representante, abogada o no tengo ni idea, la

cuestión es que me llegan todo tipo de propuestas y contratos, algunos muy interesantes la verdad y bastante cuantiosos. Imagino podrán interesarte si regresas de nuevo a Madrid.

—¿Contratos?, ¿Propuestas? —exclamé atónita.

—Si, hay varias peticiones para exclusivas en revistas, reportajes, y autobiografías con varias editoriales. Además de diversas propuestas para publicar con diferentes sellos si te interesa.

—De eso ya me dijo algo mi madre, pero era más bien referente a los que envié en su día, incluso vi las cartas que habían llegado a mi apartamento comunicándolo formalmente, pero como no envié respuestas, atosigaron a mi madre —comenté sin darle mucha importancia.

—Desde luego ahora estás en el punto de mira, más aún con la coronación a la vuelta en unos días y que no para de salir en la televisión mientras se menciona que tu serás la futura consorte de su alteza real el príncipe de Liechtenstein —aseguró.

—Ya... —susurré llevándome una mano a la cabeza.

—¿Te ocurre algo? —preguntó entonces y supuse que lo hacía debido a mi extraña mudez.

—No... todo va bien —contesté enseguida—. Lo cierto es que estoy muy feliz de estar aquí y las cosas entre Bohdan y yo van genial —admití recordando su petición la noche pasada a pesar de que no sabía exactamente qué significaba para él.

—¿Pero? —preguntó no muy convencida.

—Es que... —comencé a decir y guardé silencio de pronto no muy convencida.

—Puedes confiar en mi Celeste—. No se lo diré a nadie, soy tu abogada.

—Estoy segura de que Mónica te habrá terminado contando como sucedió todo en realidad —dije sabiendo perfectamente que un secreto así, a Sonia no se lo podría haber evitado contar.

—En realidad me contó algo, sí, pero con la supuesta boda real y demás imaginé que fingiríais la boda para casaros de verdad —admitió.

—Pues no, la idea era que esa boda jamás se celebrase y antes de la fecha se rompería el compromiso y nosotros nos divorciaríamos.

—Ni se te ocurra firmar ningún divorcio sin que esté presente, seguro que te intentan colar una cláusula donde renuncias a la cuantiosa fortuna que te corresponde.

Solo Sonia podía pensar en algo así al mencionar la palabra divorcio.

—La cuestión es que Bohdan me ha pedido que me quede, simplemente me pidió que me quedara aquí, para siempre.

—¿Para siempre? —la oí gritar.

—Si —afirmé volviendo a recordar aquellas palabras—. Y ahora sé que significado tiene, porque cuando le pregunté si nos divorciaríamos me dijo que ya hablaríamos de eso.

—No sé que decirte Celeste, sería muy extraño que después de ser su prometida, cancelase la ceremonia y aún así te quedaras viviendo allí.

—¿Sí verdad? —pregunté más para creérmelo yo misma.

No tenía sentido que hiciera eso, pero tampoco tenía la seguridad de que él quisiera casarse oficialmente conmigo, después de todo, ¿Quién era yo y qué aportaba a la corona?

—Aunque también podría mantenerte allí como su... ¿Querida? Pero lo dudo después de todo el revuelo mediático que se ha formado, a menos que pretenda mantenerte escondida.

—¡No me estás ayudando un carajo! —grité dando un porrazo al teléfono al dejarlo sobre la mesita de noche.

—A ver... tu le das mil vueltas a todo, tranquilízate que seguro que pronto sabrás cuáles son sus intenciones y hasta entonces, mejor que no preguntes, no vaya a ser que metas la pata como sueles hacer cuándo te pones nerviosa.

—Muchas gracias por los elogios... —bufé a pesar de saber que tenía toda la razón del mundo.

—Yo ya tengo el vestido elegido para la boda, así que más te vale casarte porque sino te paso la factura del dineral que me ha costado —contestó con cierto tono de diversión que me hizo al menos distraerme.

—Creo que tienes razón, dejaré que pasen unos días y que sea él mismo quien saque el tema a relucir... después de todo ha sido él quien me ha pedido que me quede en palacio.

—Llámame para cualquier cosa, ¡Eh! —advirtió—. Te tengo que dejar que estoy entrando en la oficina.

—Gracias Sonia —contesté antes de colgar.

Sería la primera vez en mi vida que iba a armarme de paciencia hasta la médula ósea, porque no me iba a exasperar. Bohdan me quería allí y con ese pensamiento me tendría que conformar hasta que él mismo me dijera cuáles eran sus intenciones al realizar esa petición.

Los días previos a la coronación el palacio real era un auténtico caos. Apenas había coincidido con Bohdan durante esos días, ni tan siquiera le veía por las mañanas cuando despertaba porque se levantaba muy temprano para cumplir su agenda apurada, yo no tenía tantos acontecimientos como él, pero sí que había tenido que asistir a más de una inauguración o recaudación de fondos en la que por suerte no había tenido que mencionar más discursos de los cuáles no entendiera nada y aunque ni Bohdan ni yo habíamos sacado el tema a relucir sobre qué ocurriría con aquel dichoso matrimonio que nos mantenía aún unidos, lo cierto era que no me preocupaba por el momento, imaginaba que demasiado estresado debía estar el pobre con todo el asunto de la coronación como para insistirle en el tema. Quizá ya tenía tomada una decisión o planificado el siguiente paso, fuera como fuera, había demasiadas cosas aún por cerrar; como la muerte de su hermano Adolph y el misterioso asunto de la persona que intentó entrar en la habitación después de haberme

citado en las mazmorras mediante engaños.

Me comunicaron a media tarde que mi vestido para la ceremonia de coronación había llegado y que estaba en mi antigua habitación. No tenía ni idea de porqué lo habrían llevado allí, pero supuse que sería para tener privacidad o para que el personal me arreglara sin estorbar a Bohdan. La cuestión es que fui inmediatamente a verlo porque no lo había elegido a dedo como era lo habitual, sino que había indicado varios modelos que me habían gustado y una modista se encargó de tomar bien mis medidas para realizar una fusión de ellos según las predilecciones que había tomado.

«Igual la había picado a base de lo lindo y el vestido era una porquería mal hecha» pensé creyendo que con la mala suerte que siempre había arrastrado en mi vida, el karma me la iba a jugar de mala manera.

Cuando abrí la puerta de mi antiguo dormitorio y entré, observé que estaba en penumbra, pero podía visualizar los objetos de la habitación y aprecié el enorme bulto tapado con una tela que había en el centro delante de los armarios empotrados.

Encendí la luz y me acerqué hasta el maniquí, porque sin duda debían de haberlo colocado sobre una figura para que no se arrugara y conforme fui desenvolviendo la tela blanca que lo cubría, aquel rojo brillante apareció.

No solo era sumamente bonito, sino absolutamente perfecto para la ocasión, «Creo que Bohdan podrá estar orgulloso de mi elección» pensé recordando que había sido él quien eligió mi último vestido de gala para el baile de bicentenario.

Iba tan ensimismada pensando en como sería volver a bailar formalmente junto a él en apenas unas horas, puesto que la coronación sería al día siguiente, que cuando crucé la esquina para dirigirme hacia el comedor me di cuenta que la muñeca maldita venía de frente.

«Con lo feliz que he sido durante días sin tener que soportar su presencia» bufé intentando sonreír de forma forzada.

—Pareces muy contenta, pobre ilusa... —dijo con esa voz de pito aguda que perforaba tímpanos.

«A ver que quiere ahora la gallina chueca esta de las narices» pensé apartando la mirada.

—Tan pobre que no tengo ni para comprar pipas —ironicé sabiendo que no iba a entender un carajo la respuesta.

—Menos mal que solo tendré que soportar un día más tu presencia —soltó, así como quien no quiere la cosa—. Porque al fin te irás y me casaré con Bohdan.

«Claro, sigue soñando bonita que eso sí que es gratis»

—Te falta el; Y comieron perdices para siempre —contesté riéndome de ella.

—Nunca ha habido una reina en Liechtenstein que no aportará dote a la corona y menos aún extranjera si no era una princesa, así que no tienes nada que hacer aquí porque

Bohdan se deberá a su posición. Además... la mismísima reina Margoret me lo ha asegurado.

—¿Qué te ha asegurado?, ¿Qué su hijo se casará contigo?, ¿O que eres el palo de escoba que a ella le falta? —exclamé tan tranquila que hasta mi parsimonia al hacerlo me extrañaba.

Deduje por su cara que no entendió un pimiento de lo que le acababa de decir, se ve que las neuronas eran tan escasas que su cerebro simplemente se habría frito con tanta operación estética.

—Me aseguró que te marcharás y que por supuesto seré yo quien se case en la ceremonia prevista con Bohdan, porque él debe contraer matrimonio inmediatamente si aún no está casado tras la coronación.

«Mierda, eso no lo sabía»

—Quizá se te olvide que ya está casado —contesté tratando de estar segura de mi misma a pesar de que aquello me había descolocado.

Si la coronación era un acto oficial, ¿Habría tenido que mencionar Bohdan que realmente ya estaba casado conmigo? No entendía un carajo de asuntos burocráticos, pero imaginaba que de algún modo se llevaría a cabo todo aquello si de verdad era como decía el palillo con tetas.

—Por poco tiempo —sonrió cínicamente y algo en ese tipo de sonrisa me causó escalofríos—. Al parecer se está cuestionando en las cortes la validez de dicho matrimonio debido a la forma de haber sido contraído, por lo que mañana a estas horas, habrá sido disuelto.

«¿Qué?» era lo único que mi cerebro procesaba.

—Te dije que eras un estorbo y que no te hicieras falsas ilusiones. Bohdan ya era mío antes de que tu tan siquiera respiraras —soltó antes de marcharse y dejarme allí completamente muda.

¿Era real?, ¿Verdaderamente lo que había dicho aquel pincho moruno sin sesos era cierto?, ¿Y por qué Bohdan no me había mencionado nada?, ¡Aquello me afectaba también a mi!

Probablemente todo fuera una mentira colosal de la muñeca maldita, otro de sus intentos funestos de entrometerse e intentar salirse con la suya, pero había mencionado las cortes y si eso sucedía, si era posible anular el matrimonio entre Bohdan y yo... ¿Qué pasaría?, ¿Me marcharía?, ¿Me quedaría?, ¿Sería real eso de que entonces debería casarse y lo haría con ella?

¡Dios! De pronto toda la seguridad que tenía en los últimos días porque él me había pedido que me quedara se esfumaba como las hojas en otoño. ¿Y si esa era la razón por la que me había pedido quedarme?, ¿Y si ahí estaba el fundamento base por el que lo había hecho? Porque sabía que existía una posibilidad muy alta de que el vínculo que nos unía por aquel matrimonio se desvaneciera...

«Mañana a estas horas» resonaba la voz de Anabelle en mi cabeza y no podía apartarla por más que lo intentara...

Eso significaba que se habría tomado una decisión justo antes de la coronación y que quizá tendría que marcharme después si resultaba que ya era prescindible. Ni tan siquiera pude mediar palabra durante aquella cena porque mis pensamientos iban y volvían de regreso una y otra vez, tratando de recordar algo en lo que Bohdan mencionara precisamente eso, pero no. Nada me hacía sospechar que lo que el palillo tetudo había dicho era real, aunque esa misma noche pensaba descubrirlo.

Lo que sí me pareció extraño es que la reina Margoret no había vuelto a mencionar nada sobre mi desde aquel careo en el que hasta me amenazó con acusarme de drogar a su hijo y eso me parecía cuanto más sospechoso. Se había portado demasiado bien mientras estuvieron mis padres e incluso después no había habido ningún enfrentamiento... ¿Y si su buena disposición era debida a que sabía con seguridad que yo me largaría? Era consciente de que jamás me aceptaría, pero su cambio de actitud tenía que deberse a algo... y ese algo sin duda encajaba con lo que su sobrina me había mencionado.

Cada vez lo veía más claro, era mas consciente de que no se trataba de una mentira, de que era real, así que en cuanto Bohdan entró por la puerta de la habitación aquella noche dejé de dar vueltas como un pato mareado sobre la moqueta y le enfrenté directamente.

—¿Es cierto que mañana las cortes deciden si se anula o no nuestro matrimonio Bohdan? —pregunté si tan siquiera darle la bienvenida.

La forma en la que me miró, el silencio posterior y la tranquilidad con la que cerró la puerta de la habitación como si estuviera meditando una respuesta, me hizo pensar que sí, que realmente era cierto, tal vez solo me quedaban menos de veinticuatro horas para estar casada con mi príncipe alemán.



TREINTA Y CUATRO



—Es cierto —afirmé antes de que me respondiera con cierta pesadumbre mientras me dejaba caer en la pared más cercana afrontando aquella situación y lo que eso significaba.

No es que hubiera pensado que seguiríamos casados toda la vida, desde el primer momento supe que aquel matrimonio tenía los días contados, que tarde o temprano se acabaría y que desde luego yo me marcharía de allí, pero había albergado esperanzas, demasiadas esperanzas guardadas en lo más profundo de mi ser, solo porque él me había pedido quedarme.

—Lo es —contestó dando sentido a las palabras de la estúpida muñeca hinchable, esa misma que había pinchado con su aguja mi globito de felicidad.

«Maldita fuera esa escoba de paja que por una vez se había salido con la suya» gemí interiormente.

—¿Y por qué no me dijiste nada? —exclamé ahora confundida.

No entendía porqué me lo había ocultado, tenía tanto derecho como él a saberlo, más aún, a no quedarme con cara de idiota frente a ese palo con tetas que me lo había restregado en toda mi cara.

—Realmente no pensé que trascendiera —aseguró llevándose una mano a la cabeza como si estuviera agotado, como si la situación le sobrepasara—. No creí que mi madre fuera a salirse con la suya —afirmó y entonces comprendí porque la bruja del cuento me había dado tregua durante todo aquel tiempo... se había guardado aquel as bajo la manga.

—Entonces imagino que mañana todo habrá acabado, que esta aventura habrá finalizado —dije aún no creyéndome que estuviera tan cerca del final, que todo terminara de aquella forma.

Tuve que apartar la mirada para no verlo porque probablemente las lágrimas que amenazaban con salir de mis ojos saltaran sin poder contenerlas y sin darme tregua alguna.

—No —negó sorprendiéndome y alcé la mirada para observar que se acercaba hasta donde yo me encontraba.

Pensé que iba a decirme que, aunque se anulara aquel matrimonio quería que me quedara, que deseaba casarse conmigo de todos modos, que precisamente me había pedido que no me marchara por esa misma razón.

—¿No? —exclamé esperando su respuesta.

—No es tan sencillo que se anule —afirmó y por un instante deseé otro tipo de respuesta, una que me diera a entender que pese a que aquello sucediera nada cambiaría, que igualmente me quedaría.

—¿Y si es que sí? —pregunté adelantándome, si él no iba a sacar el tema, sería yo quien lo hiciera—. ¿Deberé marcharme inmediatamente? —insistí.

—No a menos que sea lo que desees —aseguró y sentí su mano posarse sobre mi mejilla para colocarme el pelo detrás de la oreja en una caricia extremadamente suave—. Pase lo que pase mañana, nada cambiará para mí —sentenció haciendo que me diese un vuelco el corazón.

¿Nada cambiaría para él?, ¿Cómo que nada cambiaría?, ¿Eso qué demonios significaba? Las preguntas se arremolinaban en mi cabeza y antes de poder pronunciar palabra alguna sentí sus labios rozando los míos y mis manos se colocaron sobre su pecho como si tuvieran vida propia sabiendo cuál era verdaderamente su lugar.

«Nada cambiaría» Medité nada más despertar a la mañana siguiente como si eso me diera la fuerza suficiente para afrontar el día.

Sabía de antemano que no vería a Bohdan en aquel caótico día, para empezar porque la ceremonia sería a primera hora de la tarde y porque estaba todo rigurosamente establecido para que previamente diera varias ruedas de prensa y asuntos de corona establecidos previos a la ceremonia. Por otro lado, debía comenzar a prepararme asombrosamente temprano, así que aquel día fue simplemente una locura para todos los miembros de la familia real, ni tan siquiera había podido ver a Margarita por la simple curiosidad de saber que vestido finalmente llevaría, suponía que lo vería justo en el momento de salir hacia el lugar donde se celebraría oficialmente el acto de sucesión, que no era ni más ni menos que en la catedral de la ciudad al ser una familia católica.

Aún me encontraba dándome un baño de pétalos y esencia de violeta que olía sumamente bien en mi antigua habitación donde iba a prepararme para el acto, cuando escuché como llamaban a la puerta y salí envolviéndome en el albornoz. Iba paseando descalza por la moqueta rápidamente hasta que pisé algo viscoso y refunfuñé con evidente signo de asco por aquella sensación. Miré entonces hacia el suelo y grité sin poder evitarlo con un chillido atroz.

—¿Señorita? —exclamó alguien tras la puerta—. ¿Esta usted bien señorita Abrantes? —insistió la que me percaté era la voz preocupada de Jeffrey.

Giré el pestillo y me pegué a la puerta justo en el momento en el que él entró mirando hacia todas partes.

—Ahí —dije señalando al suelo y escuché una maldición por parte del sirviente.

—Es el gato de la reina —dijo acercándose al animal que parecía degollado y cubierto de sangre junto a una especie de abrecartas.

No es que el pobre gato me hubiera caído en gracia, pero desde luego no deseaba aquel trágico final para el pequeño animal, ni para ningún otro en realidad. En ese momento me percaté de que alguien había debido entrar mientras yo permanecía en el baño, de que algún enfermo mental había estado allí haciendo aquello sin saber por qué razón y el pánico me avasalló.

—Alguien ha estado aquí mientras me bañaba —susurré acongojada—, pero la puerta estaba cerrada —añadí viendo ahora la ventana completamente abierta.

«Eso sin contar con que los guardias de seguridad están fuera mentecata» pensé justo después.

—¿Sabe quien ha podido hacer algo así? —preguntó Jeffrey irguiéndose para mirarme detenidamente ya que aún permanecía encogida y pegada a la pared por el pánico que se había apoderado de mi.

—No lo sé... —dije en un hilo de voz mientras no podía apartar la mirada de aquella ventana abierta.

¿Quién demonios podía ser tan ágil como para entrar y salir por aquella ventana sin ser visto a plena luz del día?

—Hay una nota justo debajo, ¿No lo ha visto? —exclamó captando entonces mi atención y volví a mirar la escena que aún seguía impactándome demasiado.

—¿Una nota? —exclamé atónita y vi el sobre ensangrentado y como lentamente con sumo cuidado sacó el contenido de su interior.

—Tú serás la siguiente si no te marchas inmediatamente —leyó Jeffrey en voz alta y me llevé una mano a la boca para acallar mi conmoción—. Debemos informar inmediatamente a su alteza el príncipe —añadió algo contrariado ante la situación—, esto es una amenaza directamente contra usted perpetrada por alguien de palacio si ha logrado llegar hasta su habitación.

En ese momento mi cerebro se paralizó temporalmente, ¿Quién demonios deseaba mi muerte?, ¿Quién podría odiarme tanto como para querer matarme si no me iba de allí? Fuera quien fuese debía estar lo suficientemente loco para hacer aquello, casi tanto como para tomar en cuenta de verdad aquella amenaza.

—No sé si es oportuno avisar al príncipe justo antes de la coronación —dije teniendo en cuenta lo que aquello implicaba, pero sabía que Bohdan tenía suficiente con todo lo que llevaba a sus espaldas para encima añadirle ahora una amenaza de muerte contra mi persona.

—Pero alguien puede hacerle daño señorita, no creo que al príncipe le agrade que no se le comunique inmediatamente lo sucedido —insistió Jeffrey y en el fondo sabía que tenía toda la razón del mundo.

—Se lo diré yo misma justo después de la coronación, cuando todo haya pasado y él ya sea rey —contesté convencida de mi decisión—. No te preocupes Jeffrey, voy a estar acompañada en todo momento hasta la ceremonia y no deseo preocupar al príncipe más de lo necesario.

—¿Está segura señorita? —insistió de nuevo y agradecí su preocupación.

—Si —afirmé pese a no estarlo—. Lo mejor será que me prepare en otra habitación para que nadie vea esto, así que le agradecería que llevara mi vestido... —en ese momento alcé la vista y me di cuenta de que no estaba allí—, ¿Y mi vestido? —pregunté temiendo que tal vez la misma persona que había hecho aquello también lo había robado.

—Lo están terminando de planchar y almidonar para que quede perfecto justo antes de ponérselo, por esa razón estaba aquí, para avisarla de ello.

Respire con un poco más de tranquilidad pese a la situación.

—Gracias Jeffrey —contesté respirando hondo.

Me instalé en la habitación de al lado y me sorprendió la eficacia de Jeffrey permaneciendo en la puerta vigilante y pendiente de todo hasta que los estilistas llegaron finalmente para prepararme.

Aún con aquel precioso vestido rojo puesto que me hacía sentir como una hermosa princesa, aquel mensaje no dejaba de martillearme una y otra vez provocando que no disfrutara del momento. Me miré por última instancia frente al espejo y lo cierto es que estaba más que satisfecha con el resultado a pesar de no demostrarlo como quisiera o hubiera hecho en otras circunstancias.

—Su alteza el príncipe envía esto para usted señorita —dijo Jeffrey acercándose hasta mi con un estuche rojo de terciopelo y en cuanto deslicé la vista abrió aquel cofre dejando relucir una pequeña diadema en oro con incrustaciones de piedras preciosas que debían ser rubíes por su nítido color rojo.

—Es preciosa —dije observándola mientras uno de los estilistas se acercó hasta ella y con sumo cuidado la cogió para después colocármela en el peinado.

—La infanta Margarita la espera señorita Abrantes —comentó Jeffrey sonriente—. Usted viajará junto a ella puesto que el protocolo dictamina que el príncipe debe ir solo y sus majestades también.

—Gracias —sonreí vagamente mientras me recogía el vestido para no tropezarme y salía al encuentro de la hermana de Bohdan que ya me esperaba sentada en aquel coche oficial.

—¡Oh Celeste! —exclamó al verme sonriente—. ¡Tu vestido es espectacular! —gritó emocionada.

—No se si espectacular sea la palabra adecuada, pero espero que al menos sea digno del acontecimiento que nos aguarda —dije con menos efusividad y observando que lucía un precioso vestido de color bronce. Sin lugar a duda no era el que la había ayudado a elegir, pero no me recliné por ello, seguramente había querido satisfacer los deseos de su madre para no le amargara la velada diciéndole que la elección que yo había realizado no era la adecuada.

—Por supuesto que lo es... sin duda... ¡Oh dios mío! —gritó haciéndome temer lo peor por su expresión conmovida.

—¿Qué pasa?, ¿Qué ocurre?, ¿Se ha roto?, ¿Tiene una mancha? —comencé a decir mirando hacia todas partes sin ver nada.

—¡Llevas la tiara de nuestra bisabuela, la reina Elisabeth! —gritó emocionada.

—¡Oh! —dije llevándome una mano a la cabeza asegurándome que estaba ahí—. No lo sabía, tu hermano me la envió para que la luciera durante la ceremonia —confesé con sinceridad sin darle importancia.

—¿No sabes su historia? —preguntó Margarita sonriente mientras el coche arrancó y comenzaba a dar la vuelta para alejarse de palacio.

—Lo cierto es que desconocía su existencia e incluso a quién pertenecía —admití.

—El padre de mi abuelo fue el príncipe Joseph III y ha sido hasta la fecha, el único miembro de la familia real que se casó por amor. Hizo que realizaran esa tiara de rubíes específicamente para su esposa porque quería representar el amor que sentía por su prometida y se la regaló el día de su matrimonio frente a todos, para que supieran que no le importaba lo que opinaran los demás de aquel enlace, él la amaría aunque se opusieran.

«Aunque se opusieran» aquellas tres palabras resonaban en mi cabeza una y otra vez como si no terminara de creérmelas.

¿Era esa la razón por la que Bohdan había enviado esa corona para que la luciera precisamente esa noche? De hecho, a esas horas ya se habría decidido si seguíamos o no casados, probablemente a esas alturas ya no fuera su esposa y él sería un hombre libre de nuevo.

Toqué de nuevo la tiara asegurándome de que estaba allí sobre mi cabeza y ahora tenía otra apreciación hacia ella.

—Es una historia preciosa —contesté a Margarita que aún seguía con palabras de ensoñación respecto a su discurso.

—Significa mucho para la familia, en realidad todos saben su significado —aseguró haciendo que estuviera aún más nerviosa.

«¿No sería que aquella diadema era la única con piedras rojas de toda la colección de joyas y por eso me la había enviado?» pensé no queriéndome hacer demasiadas ilusiones.

—¿Tu bisabuela Elisabeth era plebeya? —pregunté al recordar las palabras del palillo tetudo diciendo que todas las reinas habían sido princesas o mujeres con cuantiosas dotes.

—La bisabuela Elisabeth era princesa de Noruega, pero nadie veía con buenos ojos ese enlace porque era conveniente que se casara con una princesa de origen francés o austriaca para establecer acuerdos hacia la corona. Finalmente se enfrentó a todos y se casó con ella... el pueblo adoró a la reina Elisabeth y jamás olvidó su historia de amor.

Así que había un hombre en esa familia real que se enfrentó a la corona e impuso su propia decisión al respecto. No sabía si saber aquello me afectaba más de lo que debería.

En cuanto bajamos de aquel coche oficial asistidas por un amable sirviente, lacayo o como se llamaran aquellos chicos vestidos de esmoquin que abrían las puertas y te ayudaban a salir, sonreí visualizando la cantidad de cámaras y reporteros que había tras las vayas que separaban las hermosísimas alfombras de color dorado que había en la entrada de la iglesia.

—No sabía que habría tanta cantidad de prensa —susurré en voz baja a Margarita mientras sonreíamos y saludábamos con la mano a toda aquella gente que gritaba nuestros nombres.

—La última coronación fue hace casi cincuenta años —contestó Margarita sonriente—. Es algo histórico —añadió alzando la mano e imité su gesto para saludar a todo el mundo que había detrás nuestra y a lo largo de toda la calle hacia el lado extremo donde habíamos llegado.

—¿Por qué están allí apostados? —pregunté con mucho disimulo.

—Será el recorrido que haga Bohdan una vez sea coronado rey hasta el antiguo palacio donde prestará juramento ante las cortes —contestó mientras comenzábamos a subir la escalinata de la entrada a la iglesia.

En el momento que hicimos acto de presencia me di cuenta de que todo estaba sumamente organizado. Ni los reyes, ni el mismísimo Bohdan habían llegado, así que tanto Margarita como yo avanzamos hasta situarnos en la primera bancada donde tomaríamos asiento. Vi que justo detrás estaba la muñeca maldita que parecía bastante sonriente hasta que me vio aparecer y entonces supuse que me lanzaba todo su veneno mediante ondas expansivas que desde luego resbalaban por mi cuerpo, porque lo que aquella mujer pensara, hiciera o mismamente dictaminara me daba absolutamente igual, a mi solo me importaba Bohdan y no lo que ese palo con tetas de tres al cuarto pretendiera.

—¿Por qué me miran todos? —susurré cuando me di cuenta de que la muñeca maldita no era la única en observarme para después cuchichear con la persona que tenía al lado y esta también me mirase.

—Te lo dije —contestó Margarita mucho más que sonriente—. Llevas la corona de la reina Elisabeth.

—Si, me contaste la historia, pero me imagino que no seré la única que se la ha puesto de toda tu familia, seguro que están hartos de verla en tu madre, o tu abuela o...

—Nadie se la ha puesto desde entonces —aseguró y un temblor me entró por los siete costados que casi me muero y me derrito allí mismo.

—¿Nadie? —exclamé más alto de lo debidamente estipulado en cualquier protocolo habido y por haber—. ¿Nadie? —insistí ahora en un tono de voz mucho más bajo con evidente signo de; me va a dar un ataque, ¡Ayúdame!

—Absolutamente nadie desde mi bisabuela Elisabeth —contestó tan pancha que casi me dieron ganas de tirarme por una de las enormes vidrieras que hacían que la iglesia luciera preciosa.

«¡La madre que parió a este hombre!» musité, «No se le podía ocurrir incluir una nota que pusiera algo así tipo; eres la única mujer que lucirá esta joya después de su legítima dueña. Pd: También tiene una historia de amor oculta tras ella»

¡Eso como mínimo!, ¡Vamos, no sé!, ¡Una pequeña o ínfima advertencia aunque fuera para estar preparada ante semejante bochorno!

—Voy a matar a tu hermano —susurré a pesar de saber perfectamente que en lugar de matarle lo que realmente quería es comérmelo a besos.

«Besos impregnados de Nutella» jadeé interiormente recordando aquella escena.

Margarita no me contestó porque en ese momento comenzó a sonar música y no supe muy bien lo que ocurría, salvo que el obispo, cura o el cargo que ostentara quien oficiaba la misa hizo acto de presencia colocándose delante del altar y alzando las manos para que todos nos pusiéramos en pie a pesar de estarlo la gran mayoría de los asistentes.

Visualicé a los reyes avanzando por el pasillo donde la reina Margoret iba junto al rey Maximiliano agarrada de su brazo con un gesto de seriedad que suponía sería debido a la representación de envergadura que tenía aquella ceremonia y se sentaron justo detrás del altar donde ahora observaba que había dos sillas forradas en terciopelo rojo y dorado que estaban algo más altas para visualizar toda la iglesia en su esplendor. En cuanto se sentaron, una música diferente daba a entender que algo ocurría y en efecto, cuando giré mi rostro hacia el pasillo se me cayó el alma al suelo al ver aquel dios de dioses cubierto con ese espléndido uniforme oficial que hasta el momento no le había visto.

Era de un rojo intenso, con botones y hombreras dorados, además de tener en los puños detalles de ese mismo dorado con toques en negro. Los pantalones eran de color negro con dos líneas rojas laterales en vertical. Llevaba un cinturón de un rojo más apagado atado a la cintura y miles de melladitas colgando sobre el traje que suponía serían insignias que representaban todos sus cargos. Una banda de color blanco lateral posada en su hombro izquierdo con el escudo de armas de la casa real sujetaba la espada que colgaba de su cintura. Sin duda estaba imponente, autoritario y extremadamente guapo.

«Más que nunca era el dios de dioses en toda su esencia»

Durante toda la ceremonia, Bohdan permaneció sentado sobre una especie de atril que había delante del altar arrodillado, como si estuviera aceptando todo lo que aquel cura hablaba sobre deberes y funciones que debería asumir en su nuevo cargo...

Bohdan juró ante todos los presentes sus funciones como futuro rey y soberano de su país prometiendo acatar las leyes siendo justo, además de un montón de cosas que ni entendí porque estaba completamente embobada observándole hablar. Solo fui consciente

en el momento que aquella gran corona fue puesta en su cabeza para saber que había dejado de ser príncipe y ahora era rey.

«Rey... me he acostado con un rey. ¡Dios bendito!» pensó mi cerebro mientras me apretaba los labios para evitar exclamar un grito ante lo que significaba aquello. «Solo a mi se me ocurre pensar aquello en semejante situación», medité después de analizarlo y margarita me dio un codazo para darme cuenta de que ahora que Bohdan se había dado la vuelta ante todos los presentes, todo el mundo se inclinaba ante él, incluida Margarita que por eso me percaté.

Alcé la vista hacia él que en ese momento y me observó fijamente e inmediatamente incliné mi cabeza perdiendo toda comunicación visual para mi desgracia. No me había sonreído, pero suponía que igual ni podría hacerlo dada la situación. Antes de que pudiera siquiera volver a alzarme para mirarlo, se había encaminado hacia el pasillo para salir de la iglesia puesto que la ceremonia había terminado y tras él, los antiguos reyes descendieron de sus asientos e igualmente salieron a través del pasillo.

—¿Dónde se supone que debemos ir ahora? —pregunté a Margarita sabiendo que se celebraría una cena de gala para todos los asistentes en uno de los salones principales de palacio.

—Debemos volver al coche oficial que nos estará esperando —contestó mientras varios de los presentes se acercaban hasta nosotras para saludarnos—. ¿No leíste el programa oficial? —añadió.

—¿Leerlo? —exclamé—. Nadie me dio ningún programa, solamente Jeffrey me mencionó como sería todo el acto, pero estaba con mil cosas en la cabeza y apenas retuve algo de toda aquella información.

Por no decir que acababa de enterarme que las cortes iban a anular el matrimonio entre Bohdan y yo por lo que no tenía capacidad para mucho más.

—Bueno, lo has hecho bastante bien entonces —contestó sonriente y se agarró a mi brazo mientras salíamos de la iglesia a pesar de ir a paso de tortuga porque no dejábamos de saludar a los presentes.

—¿Es realmente la tiara de rubíes de la reina Elisabeth? —exclamó una mujer bastante mayor acercándose hasta nosotras.

Yo palidecí en ese momento, pero Margarita contestó por mi.

—Así es tía Florence —respondió y yo sonreí de tal forma que probablemente tendría agujetas en la mandíbula al día siguiente.

—¡Oh! —exclamó llevándose una mano al pecho—. Doscientos años después, por fin la historia se repite —añadió con cierta ensoñación y observándome fijamente con esa típica mirada que intenta ver más allá de tu exterior.

¿Repetirse?, ¿Realmente se estaba repitiendo? Si no fuera porque probablemente habría algún fotógrafo observando me llevaría las uñas a la boca para mordérmelas debido a mi estado de ansia y nervios ante aquello. Además, necesitaba saber si seguía casada con

Bohdan o no. Había tantas preguntas en mi cabeza y necesitaba con tanta urgencia hablar con él que no veía avanzar el tiempo.

«En todo caso no se repetiría, yo no era ninguna princesa rica»

Una vez en el gran salón de baile preparado y acondicionado con una gran mesa central al principio de la sala de forma cuadrada adecuada para cinco comensales, el resto se esparcía por la sala para albergar a todos los invitados. La gente fue llegando y tomando asiento mientras sin saber por qué razón Margarita y yo nos habíamos quedado en la entrada saludando a todo el mundo que entraba. Quería sentarme y de no ser porque no tenía ni idea de donde estaba mi asiento lo hubiera hecho puesto que después de todo yo pintaba más bien poco saludando a todo el mundo que ni conocía.

—Querida, ¡Al fin te conozco! —exclamó una mujer de mediana edad y la miré algo sorprendida porque no tenía ni idea de quien era.

—La duquesa María Dominich de Habsburgo —susurró una voz a mi oído que hizo que diera un respingo del susto.

—El placer es mío Duquesa de Habsburgo —contesté complacida por el chivatazo que me acababa de dar quien fuera que tuviera aquella voz masculina.

Y así fue repitiéndose sucesivamente hasta que me di cuenta de que otro de los sirvientes hacía lo mismo con Margarita cada vez que alguien se acercaba, hasta que los padres de Bohdan hicieron acto de presencia, justo antes de hacerlo el dios de dioses que llegó con gesto serio y taciturno. A pesar de que aquello me hizo creer que debía haber ocurrido algo me miró fijamente y se acercó hasta mi ofreciéndome su brazo, gesto que aproveché para aferrarme y poder estar cerca de él.

No hubo palabras, sino un silencio sepulcral hasta que vi como atravesábamos todo el salón central por aquel pasillo que se había quedado entre las mesas y me depositó a su lado izquierdo en la mesa, después vi que tanto sus padres como su hermana, también tomaban asiento en aquella mesa.

¿Estaba sentada a su lado?, ¿Al mismísimo lado del rey delante de todos los comensales?

—¿Está todo bien? —pregunté en cuanto tomamos asiento aprovechando la cercanía.

—No todo lo bien que me gustaría que estuviera —admitió colocándose la servilleta de tela en su regazo.

Temía preguntar, pero por otro lado sabía que no hacerlo implicaba alargar mi agonía.

—Ya no estamos casados, ¿Verdad? —pregunté ante lo que supuse era una evidencia.

—No —negó sin mirarme—. Ya no —afirmó constatándolo.

«Vale. Tranquila. Tu respira... no pasa nada... respira» comencé a apremiarme en aquel instante en el que todo se había vuelto blanco y solo un pensamiento se instalaba en mi cabeza «Es el fin, es el fin» a pesar de intentar recordar sus palabras de que nada cambiaría para él, a pesar de aquella corona que me había hecho llevar a esa ceremonia y

lo que aquello implicaba. Sabía que su madre siempre se negaría a mi simple presencia y que jamás aceptaría que Bohdan tuviera aunque fuera un noviazgo fugaz conmigo. Ella había sido la causante de que aquel matrimonio se disolviera y por eso estaba segura de que finalmente conseguiría convencerle de que la mejor opción para la corona era Anabelle, estaba segura de que persistiría hasta conseguirlo.

—Creo que iré un momento a refrescarme —dije necesitando más que nunca respirar aire fresco o al menos salir de aquel lugar y encontrarme a solas un segundo para recomponerme.

—¿Necesitas que te acompañe? —preguntó y aunque me moría por preguntarle demasiadas cosas, lo cierto es que necesitaba ese minuto a solas.

—No —negué—. Volveré enseguida —aseguré mientras salía por la parte de atrás y en cuanto crucé la esquina las lágrimas que amenazaban con salir comenzaron a nublar mi vista estropeando seguramente el maquillaje.

Tuve que apoyar una mano sobre la pared para no caerme y frenar mi huida, necesitaba respirar y me llevé una mano al pecho para calmarme. En ese momento sentí un escalofrío en la nuca y justo en el momento que me giraba noté una mano en mi boca impidiendo que gritara... antes de darme cuenta mis ojos se cerraban, quería permanecer despierta, pero era incapaz de lograrlo, me sentía impotente, mis brazos carecían de fuerza y simplemente la oscuridad se desvaneció ante mis ojos.



TREINTA Y CINCO



Parpadeé unas cuantas veces antes de lograr vislumbrar algo mínimamente nítido. Estaba en un lugar oscuro, mas bien poco iluminado y con la sensación de humedad constante, ligeramente a moho... de hecho aquel olor me recordó a una excursión que hice de pequeña con la escuela a las cuevas de Nerja, en Granada; ni siquiera sabía porqué se me venía a la mente ahora algo de hace casi veinte años.

En el instante en que intenté mover las manos, pude ser consciente de que no podía hacerlo y una sensación de agobio me recorrió por completo cuandoforcé las muñecas que parecían estar maniatadas a mi espalda y me percaté que permanecía atada también por los tobillos.

—Pero, ¿Qué demonios? —exclamé en voz alta sin poder remediarlo y en un perfecto español porque no me salía maldecir en otro idioma, ¡Qué carajos!, ¿Dónde narices estaba? Pensé mirando a mi alrededor y no reconociendo el lugar, aunque la verdad es que se parecía bastante a las mazmorras de palacio, ¿Estaría en una parte menos cuidada de ellas? Se podían apreciar algunos charcos de agua y como si hubiera goteras en el techo. Aquel cuartucho en el que me encontraba estaba iluminado con una sola bombilla colgando del techo y no había puertas, solo una enorme reja que apenas me permitía ver mucho más allá por la oscuridad.

Entonces recordé la última imagen en aquel pasillo tras la noticia de que Bohdan y yo ya no estábamos casados y aquella sensación inquietante de tener a alguien justo detrás se hizo presente en el momento que sentía como me tapaban la boca hasta perder la consciencia. La sensación de que mi cuerpo me abandonaba me hacía creer que me moría, aún recordaba la impotencia de no poder luchar para mantenerme despierta al igual que ahora la sentía al estar maniatada a aquella silla.

—¡Socorro! —grité con todas mis fuerzas y noté que tenía la garganta reseca—. Agua... quiero agua... —susurré.

—Nadie vendrá a ayudarte —dijo una voz saliendo entre las sombras hasta percatarme de su presencia.

Un hombre con vestimenta de sirviente me miró fijamente de forma inquietante, su cara me sonaba, de hecho, juraría que le había visto en más de una ocasión por palacio, pero apenas había reparado en su presencia... espera un momento, ¿No era el mismo que envió aquella nota para que acudiera a las mazmorras?

¡Era él!, ¡Joder!, ¡Seguro que también había sido el causante del gato muerto en mi habitación hacía tan solo unas horas! Y era lo suficientemente corpulento como para entrar y salir por aquella ventana de la habitación... pero, ¿A santo de qué hacía todo aquello?

—¿Qué demonios hago aquí! —exclamé todo lo fuerte que pude como una exigencia. Quería saber porqué estaba allí, ¿Qué se suponía que querían de mi? Yo no tenía un duro y menos aún iban a sacar cuando ya no estaba casada con Bohdan.

—Yo solo cumplo órdenes —aseguró tan tranquilo, como si no temiera en absoluto que alguien nos encontrara y aquella pasividad me daba casi escalofríos porque eso significaba que debíamos estar en un lugar en el que nadie nos encontraría.

—¿Órdenes de quién? —me atreví a preguntar.

—De quién me paga —respondió de forma sumamente esquiva y supe que no iba a sonsacarle nada.

Casi me pareció una eternidad estar allí en completo silencio hasta que un leve repiqueteo comenzó a escucharse, no supe lo que era hasta que poco a poco fue acercándose y entendí que no podía tratarse de otra cosa que no fueran unos zapatos de mujer. Aquel sonido de tacón era casi inconfundible y temí adivinar quién sería la persona que aparecería tras aquella reja si así era...

«Por favor que no sea la madre de Bohdan» supliqué. «Por favor que no sea Margoret» me atreví a decir sin nombrar el apodo con el que tantas veces había hecho referencia a ella solo porque suplicaba que no fuera ella la culpable de aquella situación.

—¡Si ya estás despierta campesina inmunda! —exclamó esa voz aguda inconfundible—. Lamento decir que nadie nota tu ausencia allí arriba, ni tan siquiera el mismísimo Bohdan, creo que le estoy haciendo un espléndido favor al librarme de ti en lugar de tener que ser él quien te pida que te marches...

Reté con la mirada a esa muñeca maldita, ¿El palillo con tetas estaba detrás de todo aquello?, ¿De verdad ese cerebro hueco relleno de silicona daba para armar todo aquel despropósito?, ¿Para qué?, ¿A cuento de qué? Si ya tenía lo que quería... si Bohdan ya era libre.

—¿Qué demonios quieres Anabelle? —exclamé alzando el mentón como si la estuviera retando.

—Deshacerme de ti para siempre, ¿Acaso no es obvio? —contestó con una sonrisa tan cínica que daba incluso miedo.

¿De verdad estaba hablando con una sádica?, ¿Hasta qué punto llegaba la locura de aquella víbora hinchable?

—¿Y qué harás?, ¿Ponerle una pistola en la cabeza a Bohdan para que se case contigo?

—exclamé con una sonrisa cínica.

No pensaba decir que probablemente él terminaría accediendo a la petición de su madre solo por el bien de la corona o que quizá se dejase arrastrar por los deseos del pueblo. No, eso era darle en toda la cara con lo que ella desea escuchar y me daba igual lo que ocurriera porque no pensaba regalarle el oído.

—¡Cállate perra! —gritó y acto seguido sentí el golpe en mi cabeza de forma que me hizo caer de la silla y golpearme la otra contra el suelo.

¡Joder!, ¡Qué dolor! Gemí interiormente sin mostrar ni un ápice de debilidad. Sabía que estaba perdida si lo hacía por más acongojada que estuviera en aquel instante. Al menos aquello había servido para que la estropajosa silla de madera se rompiera y tuviera un ligero movimiento de brazos. Quise ponerme de pie, pero con las manos atadas atrás apenas podía hacerlo y sentí algo clavándose en mi cadera, algo que no era el suelo... mi teléfono, ¡llevaba mi teléfono en aquel bolsillo interno que me habían hecho entre tanto vuelo. Aproveché que la muñeca maldita hablaba algo con su perrito faldero para estirar poco a poco de la tela de la falda hasta llegar a ese bolsillo interno, casi me tenía que romper un brazo para lograr cogerlo, pero en el momento que sentí el aparato entre mis dedos, supliqué a dios, a la virgen maría y al espíritu santo porque me diera tiempo de hacerlo antes de que se acercaran de nuevo a mi.

Coloqué el dedo en la parte central y sentí la breve vibración al desbloquearse. ¡Dios bendiga al que inventó el desbloqueo con huellas dactilares! «Aquello podría salir muy bien o muy mal, porque lo jodido era no tener botones como antes». Recordé las miles de veces que lo había hecho sin pensar y pulsé en el margen inferior izquierdo que era donde yo tenía la lista de llamadas recientes... no tenía ni idea de a quién iba a llamar, con toda probabilidad sería a mi última llamada que si mal no recordaba era Sonia, pero por favor que cogiera el teléfono, que hiciera algo si escuchaba aquello...

—¿No se supone que ya tienes lo que querías? —pregunté siendo evidente—. Bohdan ya es libre para casarse de nuevo con quien quiera, es cuestión de tiempo que me marche para siempre —añadí siendo obvia.

—Prefiero no correr riesgos... debí haberme deshecho de ti mucho antes, pero hacerlo suponía levantar demasiadas sospechas innecesarias de nuevo.

—¿De nuevo? —exclamé—. ¿Cómo que de nuevo? —dije confusa y pensando que se trataría de las exnovias de Bohdan, pero aquello había sido cosa de Dietrich aunque ella fuera la cabeza pensante, él hizo todo el trabajo sucio.

—Si no te hubiera dado esa estúpida corona proclamando a todo el mundo sus intenciones me habría asegurado de que te alejara tarde o temprano, pero no... tuviste que engatusarlo con tu cara de no haber roto un plato en tu vida para engañarle y manipularle a tu antojo... —empezó a decir con voz ida—. ¡Yo soy quien debería llevar esa corona! —gritó y se acercó lo suficiente como para arrancármela literalmente de la cabeza y probablemente también unos cuantos pelos por la fuerza con la que lo hizo—. ¡Yo seré la siguiente reina! —insistió como si tratara de convencerse más ella misma que otra cosa—. No he llegado hasta aquí para perderlo todo, no pienso consentir que ninguna campesina

de tres al cuarto me robe lo que por derecho me corresponde.

¿Derecho?, ¿Derecho de qué? Ni que hubiera nacido con un tatuaje en el culo que dijera; futura reina soberana de Liechtenstein, tal vez sí... porque con lo loca zumbada que parecía estar, igual se lo había tatuado ella misma.

Me di cuenta de que no había contestado a la pregunta, que la había esquivado probablemente adrede para no entrar en detalles, pero aún me negaba a creer que aquella insulsa gallina clueca fuera una sádica.

—¿Y si Bohdan se niega a casarse contigo? —me atreví a preguntar con dos pares de ovarios bien puestos temiéndome otro guantazo por respuesta y sin defensa alguna.

—Le mataré como maté a su hermano cuando me dijo que jamás se casaría conmigo —contestó tan segura de sí misma que el mundo se me cayó a los pies y de paso la sangre, el cerebro y todo lo que llevaba puesto.

No. No podía ser verdad... no podía haber sido ella. ¡Si hasta chantajeó a Dietrich con la excusa de hacerle sentir culpable de su muerte! Definitivamente no era una sádica, era una asesina, aunque dudaba que lo hubiera hecho ella misma con aquellas manos de uñas perfectas, debía tener un cómplice... quizá el perrito faldero que me había llevado hasta allí era el culpable.

Caí en la cuenta de que si me acababa de revelar aquella información es porque tenía lo suficientemente claro que no iba a contarlo, que no iba a revelarlo y eso significaba que no pensaba deshacerse de mí echándome de allí, sino que pensaba quitarme del medio literal. Quería mi cabeza en una pica y por raro que pareciera, ni me acojoné, ni grité, ni me asusté, ni me acobardé... sino que mi instinto fue aferrarme a la vida como única supervivencia.

—Bohdan ya investiga la muerte de su hermano, creo que lo sabes perfectamente, es cuestión de tiempo que finalmente de con la persona que lo hizo —dije tan sumamente segura que hasta yo misma me daría el premio Oscar a la mejor interpretación del año.

—No lo hará —contestó sonriendo cínicamente—. Nadie lo hará porque no hay forma alguna de demostrar que no fue un accidente —añadió complacida consigo misma y más que segura.

—¡En eso te equivocas! —exclamó una voz profunda que me hizo contener el aliento y emocionarme al mismo tiempo.

«Dios... estaba allí, mi dios de dioses estaba allí»

—¡Bohdan! —gritó la voz aguda de aquella maldita muñeca hinchable que ahora estaba más pálida que un muñeco de nieve.

«¿Y ahora qué, petarda? Tus planes se han ido a tomar por saco literalmente» Fue lo primero que pensé al ver su expresión, pero por otro lado esperaba que Bohdan no estuviera solo, ¡Por el amor de dios que no lo estuviera! Porque esa zorra loca iba a matarlo antes o después que a mi como lo estuviera, ya que ella misma lo había confirmado si sus planes no salían como deseaba.

—Celeste, ¿Estás bien? —preguntó y aunque yo no pudiera verle, suponía que quizá él a mi si.

—Si —afirmé tratando de deshacerme de aquella maldita cuerda que tenía mis manos atadas, pero que resultaba imposible por lo apretada que estaba.

En ese momento vi que el tipo que hasta el momento había estado en la puerta y que era el perrito faldero de Anabelle, entraba despacio en aquel habitáculo y posteriormente lo hacía Bohdan con aquel inconfundible uniforme oficial de color rojo. No comprendí la situación hasta que vi la empuñadura de la espada en la mano de Bohdan y que apuntaba hacia el tipo en cuestión que mantenía las manos alzadas en señal de paz, era tan fina que apenas era visible la hoja de aquella espada que llevaba con el uniforme a la distancia que me encontraba.

—Bohdan, esto no es lo que parece... —comenzó a decir la muñeca hinchable.

¿De verdad creía que iba a poder arreglar aquello con una de sus mentiras?, ¿Qué clase de aparatosa historia pensaba inventarse para justificar que me tuviera allí maniatada y retenida?

—Creo que es exactamente lo que parece —contestó sin temblarle la voz.

—¡Ella iba robar la corona! —gritó así como quien no quiere la cosa—. ¡Jonás solo intentaba hacer su deber deteniéndola y la trajo hasta aquí para no formar un escándalo delante de todos los invitados!, ¡Es una farsante!, ¡Una ladrona!

«Porque tengo las manos atadas, que si no la ahogo yo misma y me importa un cuerno ir a la cárcel por ello, es más, iré con sumo gusto» medité haciéndome incluso daño al tratar de forzar el nudo.

—¡Desátame! —grité—. ¡Desátame porque juro que la ahogo!

—Se acabaron tus mentiras Anabelle, el juego se ha terminado para ti, pecaste de ambición y te salió mal tu última jugada —amenazó Bohdan mirándola fijamente.

En ese momento lo que menos esperaba sucedió. Anabelle soltó una risa socarrona de superficialidad que me dejó anonadada.

«Está loca, pero loca de manicomio» asumí.

—Yo nunca pierdo querido primo —contestó y metió la mano en su bolso para sacar lo que supuse era un arma. Mi cuerpo tembló, pero inexplicablemente no temía por mi vida, sino por la de Bohdan que estaba frente a ella.

«Le va a matar, ¡Dios mío!, ¡Le va a matar!» jadeaba sin cesar maldiciendo al diablo por no poder hacer nada.

—Si nos matas, nadie creerá que fue un accidente y no dejarán de buscarnos hasta que se sepa la verdad —afirmó tajante mi dios de dioses.

—Todo lo contrario, querido Bohdan, será un magnífico final de trágico amor e incluso escribirán sobre ello —contestó enfatizando la voz en plan teatral—. Ya lo estoy viendo en los periódicos; Joven rey que asesina a su prometida porque el consejo no

aprueba su matrimonio y posteriormente se suicida —añadió riéndose al final con tanta frialdad que hasta abrumaba—. El pobre de Dietrich será mucho más manipulable que tu, tenía tanto miedo de que la reina Margoret se enterase de que fue él quien convenció a Adolph para competir en aquella carrera que accedía a todo lo que le pedía, incluso hasta el hecho de acostarse con tus exnovias —confesó triunfante.

—Estas podrida muñeca maldita—dije sin poder evitarlo—, pero para tu desgracia no vas a salirte con la tuya —afirmé.

—¡Cállate estúpida! —gritó enfurecida apuntándome con aquel arma pequeña que había llevado en su bolso todo ese tiempo—. ¡Nunca debiste existir!, ¡No he aguantado todo este tiempo para ahora quedarme sin nada!, ¡No pienso permitir que nadie se entrometa en el camino entre mi trono y yo, así tenga que deshacerme de todos y cada uno de los herederos para conseguirlo! —volvió a gritar como si estuviera ida de la olla, aunque por otro lado lo estaba, porque si era capaz de hacer todo aquello es que muy cuerda no podía estar esa mujer.

—¿Y cómo piensas justificar que utilizara ese arma que no es mía? —exclamó Bohdan sin un ápice de temblor en su voz.

—Simplemente diré que me la pediste prestada porque temías por la vida de tu prometida, todo el mundo lo creerá cuando confirmen que había recibido amenazas de muerte —contestó sonriente como si todo en su cerebro se conectara y para mi pesar tenía que admitir que la muy víbora podría tener incluso razón.

—Definitivamente la silicona llegó hasta tu cerebro si crees que vas a salir impoluta de esto —contesté alzando el mentón con el suficiente valor para que me apuntara a mi en todo momento y no a Bohdan—. Tu confesión no solo la hemos escuchado nosotros —añadí riéndome con sorna y su expresión cambió, aunque pareció no creerme del todo a pesar de que no tenía ni idea de si me estaba tirando un farol o no.

—¡Jonás!, ¡Asegúrate de que no hay nadie! —gritó y aquel perrito faldero asintió alejándose a pesar de que Bohdan le apuntaba con aquella espada, pero ante el arma de Anabelle no podía hacer nada—. Suelta la espada —añadió sin girarse hacia él—. ¡Suéltala o la mato ahora mismo!

En ese momento todo pasó a cámara rápida para mi. El grito de la muñeca maldita fue ensordecedor, pero entendí rápido porqué era... la mano que sostenía aquella pistola estaba repentinamente en el suelo y ella gritaba como una condenada, para mi consternación Bohdan cogió el arma de aquella mano ahora inerte y se giró apuntando hacia la puerta de entrada, como si temiera que aquel tipo volviera tras escuchar aquellos gritos y se acercó hasta mi cortando rápidamente las cuerdas que me tenían maniatada.

—Hay que salir de aquí —dije en cuanto pude incorporarme y respirar profundamente para ser consciente de lo que estaba sucediendo.

«No es una película, no es un sueño, verdaderamente el palillo con tetas es una psicópata que ha intentado matarnos» me dije dos veces porque una no era suficiente para creérmelo.

—No hasta que confiese como le mató —afirmó Bohdan con voz ida y acercándose de nuevo hasta Anabelle, que permanecía agazapada en el suelo con el brazo apretado contra su pecho empapando todo el vestido de sangre. Tenía lágrimas en su rostro que incluso habían corrido su maquillaje. Si ya de por sí estaba loca, ahora definitivamente lo parecía físicamente.

Como respuesta Anabelle escupió tratando de alcanzarle, pero no lo consiguió errando así en su intento y Bohdan rozó con la punta de la espada su mentón para que alzara el rostro.

—No pienso confesar nada —contestó altiva a pesar del dolor que casi seguro estaba sintiendo—. Te destituirán en cuanto sepan lo que me hiciste, diré que te aprovechaste de mi ingenuidad para violarme y me cortaste la mano para evitar que confesara. Nadie querrá a un sucesor que no tiene un historial impoluto —escupió aquellas palabras con tal veneno que se podía apreciar la malicia en ellas.

—Dame una buena razón para no matarla ahora mismo —jadeó Bohdan mirándome a mi como si estuviera armándose de paciencia y en ese momento no encontré ninguna porque lo cierto es que a pesar de que jamás había deseado la muerte de nadie, creía que le haría un favor al mundo si aquella mujer desaparecía.

En ese instante y ante el silencio mi teléfono comenzó a vibrar y a pesar de lo insólitamente extraño de la situación corrí inmediatamente a buscarlo entre la falda. Un número desconocido me estaba llamando y en cualquier otro caso hubiera colgado porque igual era para venderme vete tu a saber qué cosa, pero inesperadamente cogí la llamada.

—¡Celeste! —gritó la voz de Sonia desesperada—. ¡Celeste!, ¿Estás bien? —volvió a gritar.

—Sonia... —jadeé mirando a Bohdan que me miraba atentamente.

—¡Dile que no la mate!, ¡No será en defensa propia! —gritó mi amiga y yo abrí los ojos sabiendo que lo había escuchado todo, que finalmente por una vez, el karma me había acompañado telefoneando a mi amiga.

«¡Bendito sea el momento en el que Sonia tuvo que hacer ese cursillo de alemán para unos clientes del bufete y sabía algunas nociones del idioma!» susurré en mis adentros.

—Dice que no puedes matarla, que no será en defensa propia —repetí por inercia, pero cambiando el idioma.

—Lo tengo todo grabado. Toda la conversación, toda su confesión. Todo está grabado Celeste —confirmó en ese momento la mejor abogada del mundo para mi, porque acababa de quitarme una losa gigantesca.

Antes de que pudiera responder comenzaron a escucharse pasos acercándose, no eran de una sola persona, sino de bastantes más y de un momento a otro aquella habitación estaba rodeada por la seguridad personal del rey.

—¡Me ha cortado una mano! —comenzó a chillar la loca de turno—. ¡Ha intentado violarme y me ha cortado una mano mientras me defendía! —insistió ahora llorando a

lágrima viva.

—Majestad —habló uno de ellos posicionándose al frente—. Puede soltar el arma, nosotros nos encargamos.

Bohdan asintió y entregó tanto el arma como la espada a aquel miembro de la guardia real y se acercó hasta mi.

—Acompañen a la señorita Abrantes hasta mis aposentos —dijo dando la orden, que revisen a fondo la habitación y custodien la entrada para que nadie entre.

—Por supuesto, majestad —acató el mismo tipo y ordenó a otros dos que me llevaran.

—Bohdan, ¡no! —exclamé temiéndome que ocurriría algo malo.

—Yo iré en cuánto esto acabe —me contestó mirándome fijamente—. Todo estará bien —insistió.

Me acerqué hasta él con la intención de abrazarle.

—Toda su confesión está grabada Bohdan —susurré y me aparté de él mirándole a los ojos. En ese momento me cogió la mano y le dio un cálido beso en la palma con tanta devoción que las lágrimas casi saltaban de mis ojos.

—Por favor, ve con ellos —insistió y asentí dándome la vuelta para marcharme de allí.

No sabía porqué él se quedaba y no regresaba conmigo, en el fondo quise pensar que lo hacía porque necesitaba que confesara como mató a su hermano, o tal vez aclarar todos aquellos cabos sueltos. No podía concebir la idea de que alguien creyera a ese palillo tetudo que había demostrado no estar hueco, sino podrido de veneno. ¡Dios!, ¿De verdad se podía ser un engendro del demonio tan sumamente endiablado? A la vista estaba de que sí era posible, Anabelle le hacía justicia a la muñeca maldita de la película; era tan mala como ella.

«Definitivamente el nombre está maldito» pensé una vez me dejaron a solas en la habitación después de comprobar que no había nada sospechoso y lo primero que hice tras despedirme de Sonia que hasta el momento había seguido enganchada al teléfono mientras me decía que enviaría la conversación grabada por correo urgente para evitar filtraciones de red, fue deshacerme de aquel vestido absolutamente precioso que estaba completamente manchado por estar tirada en el suelo.

Me duché rápidamente para quitarme toda la mugre y raspones que tenía en el brazo y parte de la cara, no quería perder demasiado tiempo, tenía la necesidad de saber que estaba ocurriendo y no estaba muy segura de si podría esperar pacientemente a que Bohdan regresara de aquello que estuviera sucediendo.

Iba a quemar aquella alfombra de tanto pasearme de un lado a otro por pura impaciencia y abrí la puerta tres veces tras escuchar pasos, pero solo eran aquellos dos guardias apostados en la puerta que me decían que tenían órdenes explícitas de que no saliera de mi habitación.

«Genial... ahora me he convertido en una presa» pensé mientras me dejaba caer sobre

la pared.

Eran casi las dos de la mañana cuando al fin Bohdan abrió la puerta y salté literalmente de la cama como si ésta quemase.

—¿Qué ha pasado? —exclamé—. ¿No habrán creído a ese engendro del demonio?

Bohdan me miró frunciendo el ceño un instante y luego pareció comprender lo que acababa de decirle.

—No —afirmó llevándose una mano a la cabeza como si ésta le doliera—. Afortunadamente no —aseguró y me acerqué hasta él con cautela mientras colocaba una mano en su brazo—, aunque imagino que vendrá muy bien esa grabación en el juicio pese a que lo más probable es que se declare mentalmente inestable para rebajar la condena.

—¡Definitivamente es más mala que un rayo! —grité.

—¿Estás bien? —preguntó colocándome las manos a ambos lados de mis mejillas—. Cuando Jeffrey me contó lo que había pasado esta mañana con el gato de mi madre y que no volvías me temí lo peor...

—¿Cómo lograste encontrarme? —pregunté sorprendida—. Puesto que ni siquiera me dio tiempo a gritar para pedir ayuda y dudaba que alguien hubiera visto algo teniendo en cuenta que todo parecía estar preparado.

—Observé que Anabelle se escabullía del salón y decidí seguirla —admitió—. No creí que fuese capaz de hacer lo que tenía pensado, pero desde lo que ocurrió con Dietrich no me fiaba de ella y esta noche confirmé mis sospechas, aunque hice mucho más que confirmarlas de hecho.

—Ni siquiera yo podía imaginar que era la culpable de la muerte de tu hermano o que perpetrara un plan tan maquiavélico para deshacerse de mi sin pestañear.

—Todo por la maldita ambición a la corona —suspiró.

—Ni se te ocurra culparte de todo lo sucedido, Bohdan —advertí—. No puedes ser responsable de los actos que cometen los demás a tus espaldas por muchas responsabilidades que ahora tengas, menos aún, de la muerte de tu hermano por esa muñeca maldita sin cerebro.

Un amago de sonrisa se asomó a sus labios y se me encogió el corazón que a pesar de todo lo sucedido, aquel rencor de Anabelle no le había consumido. Aunque estuviera mal pensarlo, si por su condición o por las artimañas que jugara a su favor conseguía rebajar así su pena de cárcel, me conformaría con pensar que no volvería a lucir su manicura perfecta.

«Ya podía haberle pinchado de paso una de las tetas, y así se terminaba de compensar» pensó mi lado maquiavélico.

—Creo que el único consuelo que ahora tengo es que mi madre ha abierto por fin los ojos y aún está en estado de shock por saber quién era realmente su sobrina predilecta.

—¿Se lo has contado a tus padres?, ¿Qué ella fue quien mató a Adolph? —exclamé

aturdida.

—Si, no podía ocultárselo por más tiempo —admitió—. De hecho, he tardado un poco más porque mi madre sufrió un ataque de ansiedad tras comunicarle la noticia.

—¡Oh dios mío! —exclamé llevándome una mano a la boca e imaginándome la reacción de Margoret tras conocer que su amada y perfecta Anabelle había matado a su propio hijo y no tenía remordimiento alguno en acabar con el segundo si así llegaba a ser reina.

—¿Y ha confesado como le mató? —pregunté esperando que al menos la petarda de turno hubiera colaborado en eso.

—Lo hizo su secuaz —afirmó dejándose caer en la pared como si estuviera agotado y me arrastró hacia él de forma que me apoyé en su pecho para consolarlo—. Le tiraron una sustancia sobre el parabrisas del coche justo antes de una de las curvas para que perdiera la visibilidad y al intentar frenar con esa velocidad perdió el control y terminó precipitándose. Por eso no se detectó nada en su autopsia, ni tampoco en el coche que quedó completamente destrozado.

—Lo siento Bohdan —dije con pesar—. Siento que hayas tenido que enterarte de esa forma... —admití con cierta nostalgia porque yo misma podía ponerme en su lugar y lamentar lo que estaba ocurriendo.

No podía ser nada fácil enterarse no solo de que su hermano había sido asesinado y las razones de porqué le habían matado, sino el modo en que fue.

—Si te hubiera hecho algo... ¡Dios! —gimió—. No puedes imaginarte todo lo que tuve que controlarme cuando escuché como amenazaba con matarte. Te juro que solo podía pensar en estrecharle el cuello hasta que dejara de respirar.

—Ya ha pasado todo —contesté abrazándole—. Al fin se ha sabido la verdad...

—Probablemente nadie olvidé como fue el final de mi coronación en años —musitó con gran pesar.

—No lo olvidarán porque serás un gran rey —aclaré sonriente y Bohdan se acercó hasta mi para depositar un cálido beso en mis labios.

Aquella noche supe lo que era entregarse en cuerpo y alma a un rey.

Supuse cuando desperté aquella mañana y vi el hueco vacío en la cama que había dejado el dios de dioses, que seguramente debía estar ocupado con sus responsabilidades o con algo referente a lo sucedido con la loca de Anabelle. Salí de mi habitación encaminándome hacia el comedor donde normalmente se reunía la familia y me sorprendió ver solamente a Margarita con la mirada algo triste.

—Buenos días —dije casi en un hilo de voz.

—¡Oh, Celeste! —exclamó levantándose y lanzándose literalmente a mis brazos—. No puedo creerme que Anabelle quisiera matarte a ti también —gimió y supe que debían habérselo contado todo, así que me limité a acariciar su cabello para tratar de controlar

aquellas lágrimas que parecían no tener fin.

Me daba cierto pesar que aquella pobre familia tuviera que apechugar con esa carga. No solo habían tenido que soportar la pérdida de un hijo en plena juventud y lleno de vida de un día para otro, sino que encima tenían al asesino dentro de casa, conviviendo con ellos e incluso con pretensiones sumamente altas de acercarse aún más a ellos.

Para mi sorpresa la madre de Bohdan apareció poco después y supe por sus evidentes ojeras que no había dormido nada o prácticamente nada por la cara que llevaba. De hecho, creo que sus ojos hinchados eran por haber derramado unas cuántas lágrimas, pero allí estaba, acudiendo a tomar el desayuno como si no quisiera que la realidad le afectara aún más de lo que de por sí hacía.

—Buenos días Celeste —dijo repentinamente y la miré para saber si de verdad había escuchado bien o solo era producto de mi imaginación.

¿De verdad me había llamado por mi nombre?, ¿Me había deseado los buenos días tal cual?

«Tal vez la noticia la había dejado en tal estado de shock que incluso había olvidado que me odiaba»

—Buenos días Margoret —contesté aprovechando la oportunidad.

—He hablado hace un momento con mi hijo y me ha comunicado que a pesar de todo te encontrabas bien, pero si necesitas cualquier cosa o te sientes mal, solo tienes que pedirlo y estaremos encantados de ayudarte en lo que haga falta.

«¿Hola? Creo que todavía estoy durmiendo en mi cama y aún no me he despertado. Bueno... eso o definitivamente me he muerto y esto no es real» pensé mientras me pellizcaba un brazo y probablemente le estuviera dedicando una cara de pez globo ante mi estupefacción de que esa mujer fuera amable conmigo que ni te cuento. Vale. El pellizco dolía, eso era real porque se supone que en los sueños uno no siente dolor, ¿verdad?

—Claro... por supuesto... gracias —contesté arrastrando las palabras porque aún no salía de mi asombro.

—Yo... —comenzó a decir y vi que miró hacia otro lado como si intentara guardar la compostura para no empezar a llorar, eso o estaba realmente pensando lo que iba a decir —, lamento si te hice sentir incómoda... pensé que solo eras un obstáculo para que mi hijo se casara con... —su discurso se interrumpió de pronto y miré a Margarita que parecía igual de asombrada que yo ante aquella confesión de su madre—. Ni siquiera sé como decir que de no ser por ti ese engendro del diablo se habría salido con la suya.

«Ala... las reinas o antiguas reinas también maldicen» pensé instantáneamente.

—No tiene porqué decir nada —contesté con calma—. Sé que debe ser doloroso para usted toda esta situación y espero que encuentre el consuelo que necesita en su familia —añadí señalando a Margarita.

Para mi sorpresa ella asintió e hizo un gesto hacia su hija con un pequeño amago de sonrisa, como si en el fondo quisiera hacerle ver que se encontraba bien a pesar de ser

obvio que no lo estaba.

—Por cierto, Bohdan me pidió que te pasaras por su despacho cuando terminaras el desayuno, está reunido con un antiguo compañero de facultad que es abogado, pero no creo que tarde puesto que debe marcharse pronto.

—Yo te acompañaré —dijo Margarita—, ya que creo que no sabes donde está.

—Si sé donde está su despacho —admití—. He estado varias veces.

—Has estado en el despacho del príncipe, no del rey —contestó Margoret y entonces comprendí que debía ser el antiguo despacho de su padre y que ahora le pertenecía a él.

En cuanto terminamos de desayunar, Margarita fue acompañándome hasta que llegamos al supuesto despacho del rey donde había dos hombres custodiando la puerta que impedían nuestro paso.

—Bueno... podrías quedarte esperando ahí o mejor te enseñaré un pequeño truco que te servirá en el futuro.

Sorprendida la seguí y llegamos a la biblioteca privada del rey.

—¿Una biblioteca? —pregunté confusa.

—Aquí hay un pasadizo que comunica con la antesala del despacho. Hay doble puerta con cámara para que nadie pueda escuchar desde fuera las conversaciones del rey. Ni siquiera los guardias.

—¿Y entonces porqué existe ese pasadizo? —pregunté sin entenderlo.

—El palacio está lleno de ellos por los tiempos de guerra, pero este resulta bastante útil si no quieres morir esperando o si se trata de algo urgente. Mamá siempre lo utilizaba cuando tenía algo que decirle a mi padre y solo lo sabe la familia más cercana al monarca.

—Está bien —contesté con cierta curiosidad y Margarita giró una de las lámparas de pared, en cuanto lo hizo se escuchó un click y uno de los cuadros que colgaban se abrió instantáneamente iluminándose un pasadizo.

«Esto parece sacado de una peli de terror si no fuera porque la iluminación era aceptable»

—No se apagarán las luces en cuanto cierres esta puerta, ¿no? —gemí creyendo que me quedaría completamente a oscuras.

—Claro que no, se apagarán cuando abras el siguiente cuadro de la misma forma que este —aseguró y confiando en su palabra me aventuré por aquel pasillo hasta que encontré al final otra lámpara. En cuanto la giré y llegó a su tope la pared hizo el mismo sonido y vi el pequeño hilo de luz levemente iluminado. Salí con sumo cuidado para no hacer ruido con los tacones, de hecho, me quité los zapatos una vez que pisé ese pavimento de mármol brillante tan blanco y vi que aquella especie de recibidor era sumamente grande teniendo en cuenta que no había más que dos cuadros colgados a ambos lados de una doble puerta.

No tenía sentido de la orientación, pero imaginé que las puertas con el escudo real eran

la entrada al despacho porque además estaba ligeramente abierta y se escuchaba sonido proveniente de allí. Me acerqué lentamente y oí la voz de Bohdan perfectamente.

—Solo quiero ser precavido —afirmó— y tener todas las posibles estrategias de su defensa bien atadas.

Imaginé que estaban hablando de Anabelle y le estaba pidiendo consejo como abogado a su amigo.

—Si, lo imagino. Espero que te haya sido útil mi ayuda, ya sabes que puedes llamarme para lo que necesites y estaré encantado de prestarte mis servicios tanto como profesional, como personal —contestó una voz desconocida para mi, pero que suponía era su amigo.

Debería marcharme... puesto que parecía que se estaban despidiendo y lo mejor sería volver por aquel pasadizo y esperarle realmente en la puerta como debería haber hecho desde un principio. No creía que a Bohdan le sentara mal que su hermana me hubiera confesado aquel atajo pese a no ser de la familia —al menos ya no oficialmente porque el compromiso se había roto—, pero por si acaso me entrometía en algo que no debería...

—Lo sé —confirmó Bohdan—, y agradezco tu ayuda tanto ahora como la última vez que nos vimos en Las Vegas.

¿Las vegas? Pensé recordando que precisamente ahí nos habíamos conocido. Seguramente debía ser uno de los amigos que estaba en su círculo, aunque lo cierto es que si me los ponían delante no sería capaz de reconocer a ninguno de ellos.

—Hablando de ese tema, me quedé esperando los papeles del divorcio, ¿Cuándo vas a enviármelos? Imagino que ahora que ya no necesitas estar casado, ni tampoco a la chica a pesar de que estaba buena, los recibiré pronto. Me debes una muy grande por pasarme dos horas redactando el contrato prematrimonial ese que parecía infinito.

¿Qué? Pero ¿De qué demonios estaba hablando?, ¿Qué contrato prematrimonial? No entendía nada, pero nada de nada.

—Creo que ya no hará falta. Las cortes anularon ayer el matrimonio afirmando que se concertó de manera impropia.

No puede ser verdad... ¿Está hablando de nosotros?

—¡Vaya! Bueno... eso que te ahorras, seguro que te habría salido pidiendo una pequeña fortuna a cambio de hacerse pasar por tu prometida y no hablar del tema.

¡Será cretino!, ¿Es que me ha visto cara de interesada?

—En realidad no sabe exactamente lo que ocurrió —admitió Bohdan y me llevé una mano a la boca para reprimir un grito.

«No puede ser... ¡No puede ser!»

—¿En serio no se lo has dicho? —exclamó aquel tipo—. Menudo marrón cuando le pidas que se largue y se haya acostumbrado a la buena vida en palacio...

—No puedo dejar que se vaya ahora... —oí la voz Bohdan y mi corazón se aceleró.

—¿Por qué? Ya no la necesitas, salvo para que testifique en el juicio contra tu prima, pero para eso puede venir de forma puntual. Lo mejor es que se lo digas cuanto antes ahora que tus problemas se han solucionado.

—Tienes razón —confesó Bohdan—. Esta noche se lo diré.

No puedo creerlo, ¡No podía ser real! Bohdan iba a pedirme que me fuese con viento fresco, que ya no me necesitaba y que me largara de allí echando leches.

Las palabras contrato prematrimonial repiquetearon en mi cabeza. ¡Todo había sido una mentira!, ¡Él era perfectamente consciente!, ¡Me había engañado y manipulado a su antojo!

—¡Y un cuerno! —jadeé intentando volver a entrar dentro de aquel maldito cuadro con los zapatos en la mano y en cuanto lo hice cerré la puerta y volví con paso firme hacia el otro extremo de aquel pasillo.

«Si cree que me va largar de allí porque ya no me necesita se va a quedar con las ganas, porque la que se piensa ir inmediatamente era yo»

—No te voy a dar el gusto de reírte en mi cara por más que mi corazón sea tuyo —gemí justo antes de abrir la puerta y comprobar que Margarita ya no estaba.



TREINTA Y SEIS



«No puede ser verdad» me decía a mi misma mientras caminaba por aquellos pasillos con la intención de llegar hasta la habitación de Bohdan, que ahora también era la mía, pero entre mi enfurecimiento y que aquel palacio era más largo que la trenza de Rapunzel, terminé más perdida que una aguja en un pajar.

¿Cómo había podido estar tan ciega todo ese tiempo y creer cada una de sus palabras?

«Porque estabas enamoradita hasta las trancas» recitó mi conciencia.

—¡Mierda! —exclamé maldiciendo mientras daba un pisotón en el suelo porque estaba cabreada.

—¿Señorita Abrantes? —Como siempre Jeffrey el salvador venía a mi rescate.

«Ya le pueden subir el sueldo a este pobre hombre, porque creo que no hay mejor criado en todo el palacio»

—¡Oh Jeffrey, menos mal! —exclamé acercándome hasta él—. ¿Por donde se supone que tengo que ir para volver a mi habitación? —pregunté acelerada, incluso me costaba respirar por la excitación de querer llegar cuanto antes y parecía que cada vez estaba más lejos.

—Si quiere la acompaño —terció amablemente.

—No quiero entretenerte, seguro que tienes demasiadas cosas que hacer —dije inmediatamente porque en realidad no sabía si podría controlar la mala leche que llevaba encima mucho más tiempo sin gritar a los cuatro vientos que me sentía engañada o mejor dicho, estúpidamente idiota por creer aquellas mentiras.

«Definitivamente soy imbécil» medité, «¿En qué mundo alguien como Bohdan se iba a fijar en ti si no fuera por puro interés personal?»

—Puedo llevarle el correo a don Maximiliano cuando la deje en su habitación, no creo que le importe que asista un poco mas tarde.

En ese momento la bombillita de mi cerebro se iluminó.

—En realidad preferiría que me acompañaras junto al padre de Bohdan, necesito hablar con él sobre un asunto privado.

—Por supuesto señorita, es por aquí —contestó señalándome el camino para que pasara primero.

En cuanto Jeffrey llamó a la puerta y entro para dejar el correo, comunicó si podía recibirme inmediatamente porque estaba esperando en la puerta. Podía escuchar desde allí toda la conversación y como el padre de Bohdan aseguraba que entrara sin ninguna demora.

—Espero no interrumpirle Maximiliano —dije algo cohibida, puesto que aún estaba demasiado nerviosa por todo lo que acababa de descubrir.

—No te preocupes Celeste —aclaró con cierta nostalgia—. Después de todo lo que ocurrió ayer tras la coronación, yo mismo deseaba hablar contigo para preguntarte que tal te encontrabas.

—Estoy bien —admití porque físicamente si estaba bien, otra cosa era emocionalmente y no precisamente por lo sucedido en el día de ayer—. Lamento mucho que tuvieran que enterarse de esa forma y más aún que fuera un miembro de su familia.

—Si... —afirmó con cierto pesar alargando la palabra. Era evidente que el golpe había sido duro—. Creo que lo más grave de todo esto es lo cerca que la teníamos sin levantar sospecha alguna, solo mi hijo tenía serias dudas respecto a ella, pero desde luego jamás imaginó hasta donde alcanzaban sus hazañas.

¿Y quien iba a sospecharlo con esa cara de mosquita muerta?

—Me alegro de que al menos se haya puesto fin a todo ese asunto y puedan respirar con tranquilidad.

—Sin duda la más afectada es mi esposa, después de todo era su sobrina y sentía adoración por ella. Creo que tardará un tiempo en asimilarlo, imagino que su estupor frente a lo que podría haber ocurrido de no haberla descubierto es lo que peor está llevando. La muerte de un hijo es trágica, pero la de dos definitivamente es insoportable.

—Lo entiendo... —contesté—, pero nadie podía saberlo, ni siquiera ella misma que era la que mejor conocía a Anabelle podía sospecharlo.

—Por suerte estabas aquí —afirmó con una vaga sonrisa y en su tono pude apreciar cierta jovialidad—, creo que mi familia ya te debe demasiado querida, no sé como podré agradecértelo.

—En realidad he venido porque necesito que me ayude en algo —aclaré evitando mirarle y lo cierto es que me había venido como anillo al dedo que sacara a relucir cierto agradecimiento.

En realidad no quería abusar de su honestidad, pero realmente necesitaba su ayuda y aunque todo lo que había dicho o hecho no lo hice con ningún fin, es cierto que me estaba aprovechando de la situación.

—Por supuesto —contestó con fervor—. Cualquier cosa que necesites no dudes en pedirlo.

—Necesito volver a casa de inmediato —solté sin pensarlo siquiera dos veces—. Ya. Ahora mismo. De inmediato —afirmé por si no había quedado lo suficientemente claro.

—¿Ahora? —exclamó—. ¿Es que ha ocurrido algo grave?, ¿Algún miembro de tu familia no se encuentra bien? —insistió.

—No puedo decirle los motivos, pero necesito irme en este instante sin que nadie salvo usted se entere.

No quería explicarle los motivos porque yo misma me sentía indudablemente tonta al saberlos. No necesitaba la lástima de ninguna persona y menos aún que comprendiera que solo me estaba marchando porque no quería esperar a que su propio hijo me echara.

—¿No puedo preguntar las razones?

—No —negué y vi que él parecía contrariado.

Indiscutiblemente había supuesto que sus progenitores no sabían las verdaderas intenciones de Bohdan al casarse conmigo y desde luego no iban a saberlo por mi parte.

—Creo que mejor no pregunto tampoco si vas a volver —mencionó repentinamente.

—Tampoco podría contestar a eso —afirmé porque sabía que la respuesta sería negativa.

—No puedo negarme si es lo que quieres. Llamaré inmediatamente al aeropuerto privado y pediré que preparen el avión, daré instrucciones a Jeffrey para que tenga un coche preparado en la puerta dentro de veinte minutos, ¿Es suficiente? —asentí mientras me levantaba de la silla.

—Gracias Maximiliano —dije con cierto pesar. Probablemente era la última vez que le viera—. Gracias por todo.

—¿Qué quieres que diga cuando pregunten por tu partida? —preguntó con cierta calma.

No sabía si su expresión se debía a todo lo ocurrido o que en el fondo le daba cierto pesar mi marcha.

—La verdad —aclaré—. Que he vuelto a casa —aclaré mientras salía por la puerta y me dirigía a la habitación de Bohdan.

Lo único que necesitaba de allí era mi ordenador, el resto era indispensable para mi, aunque sí que había unas cuantas cosas que habían traído que me gustaría llevarme, pero el resto de las pertenencias me daban absolutamente igual. Cogí una bolsa de viaje que no era mía, —porque no tenía ni idea de donde estaban mis maletas— y comencé a abrir los cajones buscando algunas prendas interiores que me recordaban demasiado a Bohdan y que no se porqué razón quería llevarme de recuerdo.

«A la porra, no tengo tiempo» medité mientras cogía todo el cajón y lo volcaba sobre

la bolsa de viaje. En ese momento vi caer el sobre, aquel sobre que Bohdan me había dado tiempo atrás y lo cogí releiendo la fecha

—Diecinueve de Octubre —susurré en voz alta.

Faltaban nueve días para que llegara esa fecha. Solo nueve días... iba a deslizar los dedos para abrirlo importándome un comino esperar hasta esa fecha cuando los golpes en la puerta sonaron bruscamente y me asusté.

—Señorita Abrantes, el coche la está esperando —anunció Jeffrey y entonces tiré el sobre a la bolsa, cogí el portátil, la dichosa bolsa que iba casi vacía y mirando por última vez aquella habitación salí de allí.

En cuanto despegó el avión privado sobrevolando aquella pequeña ciudad, las lágrimas comenzaban a caer de mis ojos sin poder evitarlo. Eran tantos recuerdos, tantos momentos vividos. Liechtenstein me había dado risas, llantos, experiencias, momentos únicos, pero sobre todo me había dado amor, me había enamorado perdidamente de su príncipe... de su rey. Ahora tendría que convivir con el hecho de saber que todo había sido simplemente una mentira, que Bohdan me había engañado todo ese tiempo para que permaneciera allí haciéndome creer que todo había sido cosa del destino y sin lugar a duda otorgándome unas esperanzas a las que me había aferrado locamente, pero que ahora veía como se desvanecían al igual que los castillos de arena que hacía de pequeña en la playa.

Eso había sido para mi aquella historia, un simple cuento de hadas inalcanzable, un castillo de arena que estaba viendo como se desvanecía lentamente.

—Él jamás me dijo que me amaba —susurré mientras cerraba los ojos y dos lágrimas surcaban mi rostro.

Pero hubo tantas cosas que me hicieron pensar que podría amarme, había tantos momentos que atesoraba albergando esa esperanza que ahora solo sentía que me había engañado a mi misma y que simplemente quise ver cosas donde no las había, porque probablemente todo formaba parte de una estrategia para evitar que me marchara.

Había escuchado de sus propios labios que hablaría conmigo esa noche, probablemente su intención solo era contarme como fueron verdaderamente las cosas y pedirme que me marchara porque ya no me necesitaba. No sabía si me dolía más su engaño o el hecho de haber caído rendida a sus pies. Ni siquiera entendía porque había pedido que me quedara, ¿Por qué me dijo que me quedara a pesar de que anularan aquel matrimonio? Aunque no quisiera asimilarlo, supe porqué, había algo innegable entre nosotros y era la atracción física que sentíamos y de la que indudablemente no pretendía deshacerse. Probablemente pretendiera convertirme en su amante, mantenerme en palacio hasta que se cansara de mi y entonces desecharme... quizá incluso ya se había cansado y por eso pensaba confesármelo esa misma noche.

Me iba con el corazón roto, pero con mi orgullo intacto porque al menos había sido yo la que se había marchado y no me había echado con palabras banales.

Tuve que llamar a Sonia para que me diera una copia de las llaves de mi apartamento ya que ella siempre las tenía por si las perdía y definitivamente no las había traído

conmigo. Así que tras pedir un taxi hasta su casa que tuvo que pagar ella misma porque no llevaba un solo céntimo encima, me tuvo que llevar hasta mi propio apartamento, por suerte se quedó un buen rato conmigo mientras le contaba todo lo sucedido.

—¡No puedo creer que te utilizara de esa forma! —exclamó.

—Yo tampoco... y creo que lo que más lamento es sentirme tan estúpida por ello, ¿Cómo no me di cuenta?, ¿En qué momento iba un príncipe a fijarse en mi, así como así? —grité estupefacta mientras me metía una cucharada de Nutella en la boca importándome un pimiento si estaba caducada.

«Hay quien se consuela con helado de chocolate y yo lo hago con mi amada crema de cacao»

—Celeste... —contestó mi amiga—. Eres preciosa, de hecho, siempre he pensado que te infravaloras demasiado porque eres demasiado humilde —aseguró y en ese momento me dieron ganas de comérmela a besos por tratar de subirme el ánimo que en esos momentos estaba hundido en la miseria—. Eres fuerte, valiente y nunca te acobardas o te da vergüenza enfrentarte a las cosas como lo hago yo.

—Eso es aceptable para un tío normal, no para un rey —admití dando énfasis a la denominación y escuché que bufaba.

—Tu eres única y si él no ha sabido valorarte, es que no sabe lo que ha perdido —decretó y supe que Sonia era una de esas amigas que estaba en las malas y en las requetemalas como ahora me encontraba.

—Eso es muy bonito por tu parte —admití dejando el bote de Nutella sobre la mesita de salón y la abracé—, gracias por intentar levantarme el ánimo, pero creo que voy a necesitar ocho botes como ese antes de asumir que mi vida de ensueño y cuentos de princesas se ha terminado.

—¿Por qué no te vas unos días a casa de tus padres? Creo que quedarte sola en este apartamento no te hará ningún bien, al menos la parlotearía de tu madre hará que pienses menos en él. —Suponía que lo decía de buena fé, pero en aquellos momentos lo que menos me apetecía era irme al pueblo donde todos me preguntarían por el gran rey.

—¿Y tener que admitir a toda mi familia que se ha acabado? —exclamé—. No, gracias.

—En algún momento tendrás que hacerlo, no creo que la prensa tarde mucho en darse cuenta de que no estas en Liechtenstein para la famosa boda dentro de unos días. —Eso era verdad. Por mucho que no me gustase aceptarlo, todos se iban a enterar por la maldita prensa.

«Iba a conseguir que odiara mi profesión después de todo»

—Probablemente mañana salga en todas las noticias que se ha cancelado, igual hasta culpabilizan al palillo con tetas de su prima y así nadie sabe la verdad de la suspensión de la boda.

Probablemente hasta yo misma podría utilizar esa excusa después de todo.

—Como sea, vete al pueblo. No te quedes aquí sola o te desquiciarás —sentenció Sonia lo suficientemente consciente de mi situación y de que mi corazón se había quedado a kilómetros de distancia.

Tenía razón, aunque no quisiera admitirlo, quedarme sola en mi pequeño apartamento iba a ser como ahorcarme lentamente con una soga al cuello y llorar hasta quedarme completamente seca por dentro.

—Está bien —admití finalmente—, mañana sacaré un billete y me iré unos días hasta que todo se asiente.

Apenas pude dormir, apagué el teléfono porque lo que menos me apetecía era enviarle un mensaje diciéndole que me había adelantado a sus planes, maldecirle o algo incluso algo peor debido al frenesí que sentía en mi interior... ¡Arg! No sabía ni cómo sentirme. ¿Dolida?, ¿Engañada?, ¿Rota por dentro?, ¿Desquiciada? Fuera como fuera tenía una sensación que me oprimía el pecho y a pesar de todo, a pesar de saber que había sido una mentira descomunal todo aquel tiempo... indiscutiblemente le quería.

¡Joder le quería! Gemí mientras me encogía en la cama y me abrazaba a la almohada.

—No puedo evitar quererte —susurré cerrando los ojos y dejando escapar algunas lágrimas porque era consciente de que, aunque no deseara amarle, mi corazón había decidido obrar por cuenta propia.

Cuando llegué al pueblo no sabía que demonios iba a decir en cuanto me vieran, tal vez algo tipo; ¡Hola! He vuelto porque se ha cancelado la boda, o quizás; ¡Pues nada, aquí estoy que ni voy a ser princesa, ni reina, ni ná de ná!

—¡Mierda mi madre! —gemí en cuanto doblé la esquina con el mismo macuto que me había traído a Madrid desde Liechtenstein. Después de todo tenía ropa del año la polca en casa de mis padres que igual me podría servir.

—¡Celeste! —gritó en cuanto me vio—. ¿Qué asé aquí?, ¿Por qué no has avisao? (*¿Qué haces aquí?, ¿Por qué no has avisado?*)

—¡Sorpresa! —exclamé con una risa más falsa que las tetas de la muñeca maldita.

—¿Ha pasao algo? (*¿Ha pasado algo?*) —gimió mi madre preocupada.

Suspiré y agradecí que estuviera sola.

—Todo ha terminado mamá —confesé con los ojos brillantes por tener que admitirlo y aguantar las lágrimas.

—¡Ahí niña!, ¡Ven acá pa cá! (*¡Ahí niña!, ¡Ven aquí!*) —chilló mi madre y me atrajo hasta ella para abrazarme—. Anda, vámonos pa la casa. (*Anda, vámonos para la casa*)

Al final Sonia iba a tener razón, estar en casa con la parlotearía de mi madre me hizo no pensar demasiado en Bohdan, —al menos no mientras estaba con ella—. Es más, incluso no tener internet en casa me había hecho volcarme en una de mis historias con demasiada inspiración. Me había instalado en el desván, justo donde había dormido con él cuando vino a casa y aunque era inevitable recordarle cada vez que me metía en aquella

cama, que me duchaba en aquel baño o que simplemente miraba por la ventana de aquella estancia hacia el horizonte; agradecía infinitamente que nadie de mi familia preguntara sobre lo ocurrido y que ni tan siquiera pusieran la televisión para no escuchar algo relacionado con ese tema. Probablemente estarían bombardeando sobre la ruptura o la cancelación de la dichosa boda de paripé. No quería escucharlo, menos aún saber nada de ello o de su familia. Tenía claro que probablemente se pondrían en contacto para el tema del juicio de Anabelle y que testificara en su contra, pero si la justicia allí funcionaba de la misma forma que aquí, sin duda faltarían meses para tener que acudir.

Era extraño que la prensa no me hubiera buscado, pero como no había salido de casa, tal vez habían pensado que no me encontraba allí, sino en mi piso de Madrid. El sonido del teléfono me despertó aquella mañana y cuando conseguí abrir los ojos busqué a tientas el móvil por la mesita hasta que lo encontré. No recordaba haber puesto ninguna alarma porque precisamente me acostaba infinitamente tarde y por tanto, me levantaba casi a la hora de comer. Miré la pantalla y eran las ocho de la mañana...

«No he puesto una alarma a las ocho de la mañana desde el último análisis de sangre que tuve que hacerme y aún así me dormí» Pensé mientras trataba de apagarla y entonces vi algo de color rojo que parpadeaba.

«Abrir sobre»

—Yo no he puesto eso —susurré adormilada.

Aquello me terminó de despertar y abrí los ojos por completo.

—Abrir sobre —repetí en voz alta y medio ronca por el sueño—. ¿Sobre?, ¿Qué sobre? —bufé sin saber a qué demonios se refería.

Mi cerebro se activó al fijarme de nuevo y comprobar que era diecinueve de octubre.

«El sobre de Bohdan» pensé mientras salía atropelladamente de la cama, ¿Cómo se me podía haber olvidado aquel maldito sobre? Fui corriendo al macuto que había llevado y comencé a rebuscar en el fondo. Si no fuera por mi puñetera vaguedad para colocar la ropa, lo habría encontrado y abierto mucho antes a pesar de que se suponía que no podía abrirlo hasta justamente ese día. Recordé que él mencionaba que allí habría un lugar y una fecha a la que debía acudir pasara lo que pasara, pero probablemente después de llevar nueve días sin contacto alguno con él, ni siquiera tenía sentido el contenido.

Encontré aquel maldito sobre después de vaciar el contenido del macuto y volví a releer la fecha escrita a mano cuando lo tuve entre mis manos. Por fin iba a saber lo que Bohdan me había dado hacía casi dos meses, lo cierto es que la curiosidad por saber lo que contenía me invadió de lleno así que rompí el sobre sin miramientos y saqué una especie de tarjeta dorada que estaba doblada. Al abrirla una nota cayó al suelo, pero ni siquiera me dio tiempo a ver que era, porque aquella tarjeta dorada era una invitación de boda.

«Nos complace invitarle al enlace real del monarca de Liechtenstein.»

Bohdan Vasylyk I & Celeste Abrantes

el próximo 20 de Octubre de 2018.

*La ceremonia tendrá lugar a las 19.00h en la Catedral de San Florián de Vaduz de
Liechtenstein»*

—Ay Dios... es mi boda... ¡Mi boda! —grité sin apartar los ojos de esa invitación que tenía escritos nuestros nombres—. ¿Qué clase de broma es esta? —ironicé y entonces miré al suelo donde estaba escrita la nota a mano que se me había caído.

*«Para mi siempre fue real y nunca tuve la intención de permitir que te marcharas.
Desde el mismo momento en que contemplé esos ojos celestes supe que eras la indicada.*

*Sea cuál sea tu respuesta, te estaré esperando mañana a la hora citada, deseando
saber si estás dispuesta a pasar el resto de tu vida a mi lado, porque yo no tengo ninguna
duda de que quiero pasar el resto de la mía contigo»*

—¡Celeste! —gritó mi madre en ese momento mientras las lágrimas caían de mis ojos sin poder evitarlo.

—No puede ser... —susurré cayéndome de rodillas al suelo y releendo de nuevo aquella nota.

—¡Celeste! —volvió a gritar mi madre entrando en mi habitación y me sequé rápidamente las lágrimas que caían de mis mejillas.

—¿Qué? —dije mientras me levantaba tratando de no mirarla.

—Pue que hay cuatro hombre mu bien trajeaos en la puerta disiendo que han venio a por ti y me han dicho que te entregue esto (*Pues que hay cuatro hombres muy bien trajeados en la puerta diciendo que han venido a por ti y me han dicho que te entregue esto*) —terció mi madre que estaba un tanto anonadada y cogí el paquete que llevaba en las manos—. Si no fuera porque san quedao ahí esperando, creería que é una bomba (*Si no fuera porque se han quedado ahí esperando, creería que es una bomba*)

Abrí el paquete y exclamé un sonido agudo de conmoción. Dentro de aquella caja sobre un lecho de terciopelo había una preciosa tiara plateada exactamente igual que la de la reina Elisabeth, pero con zafiros de color azul incrustados y en el medio, una nota con la indiscutible letra de Bohdan.

«Siempre has sido tú.

Tuyo por siempre, Bohdan Vasylyk»

—¡Oh Dió mío, que bonita é! (*¡Oh Dios mío, que bonita es!*) —gritó mi madre al verla.

Aunque mi madre no supiera lo que aquella corona significaba, yo sí lo sabía. Bohdan acababa de regalarme mi propia tiara, la que sin necesidad de palabras declaraba al mundo entero que me amaba.

No solo era bonita, es que era el regalo más significativo que mi príncipe ahora convertido en rey podría hacerme.

—Si... es bonita —admití con una especie de sonrisa tonta mientras no dejaba de llorar sin saber si era de emoción, felicidad o que se yo...

No había tenido noticias tuyas en aquellos nueve días que habían pasado desde mi partida y ahora repentinamente me encontraba con esto. ¿Qué se suponía que debía hacer? Era consciente de que me había engañado, pero al mismo tiempo me preguntaba porqué no había venido tras marcharme si de verdad para él significaba algo.

—¿Entonse que leh digo? (*¿Entonces qué les digo?*) —preguntó mi madre sacándome de mis propias cavilaciones mentales.

—¿Qué?, ¿A quién? —contesté aturdida.

—Pué a lo hombre eso que hay esperando en la puerta (*Pues a los hombres esos que hay esperando en la puerta*)

¿En que momento he obviado que había personas esperándome en la puerta?, ¿Estaría Bohdan? No contesté a mi madre, sino que bajé corriendo las escaleras importándome muy poco las pintas que llevase. ¿Qué era?, ¿Un camión viejo de franela? Daba igual... quería averiguar si él estaba allí porque necesitaba más que nunca verle.

En cuanto abrí la puerta vi que efectivamente había cuatro hombres con traje negro que parecían los malos de la peli de Matrix porque hasta llevaban pinganillo en las orejas y repentinamente una cara conocida apareció ante mi.

—¡Jeffrey! —exclamé al ver que se daba la vuelta y parecía esperar pacientemente.

—Señorita Abrantes. Me alegro de volver a verla —contestó suavemente mientras una sonrisa iluminaba su rostro—. ¿Ya esta lista?, ¿Desea venir así? —añadió señalando mi atuendo.

¿Lista?, ¿Estar lista?, ¿Para qué debía estar lista? En ese momento mi cerebro no funcionaba demasiado bien que digamos y no comprendía del todo lo que allí estaba pasando. Aceptar que Bohdan tenía sentimientos hacia mi iba mucho más allá de lo que mi juicio podía soportar.

—¿Lista para qué?, ¿Bohdan no ha venido? —pregunté.

—Su majestad real la espera en Liechtenstein para el enlace que tendrá lugar mañana, señorita Abrantes. Yo he venido personalmente con la escolta adecuada para asegurarme de que la futura consorte llegue sana y salva.

En aquel momento me entró un escalofrío indiscutible que recorrió cada palmo de mi

ser al saber cuáles eran sus intenciones.

«Vale. Respira y no te agobies... saber que Bohdan sí quiere casarse realmente contigo es para que te de un supitungo, pero tómatelo con calma»

—¿Entonse hay boda? (*¿Entonces hay boda?*) —exclamó mi madre que no sé en qué momento había aparecido, pero tampoco era de extrañar su lado cotilla para saber que estaba ocurriendo.

No sabía si la pregunta sobre si habría boda estaba dirigida a Jeffrey o a mi, pero ante un silencio por mi parte, éste habló.

—Solo si la señorita Abrantes decide asistir —contestó observándome pacientemente, aunque en su rostro parecía estar rogando porque accediese.

Para que negarlo, me moría literalmente de ganas por volver a verle y aunque no sabía si podría llegar a perdonarle por su engaño, era innegable que jamás podría dejar de amarlo. Solo podía pensar en que de algún modo ese sentimiento quizás era recíproco, porque aunque en ninguna de esas notas había mencionado que me amara, aquella tiara significaba mucho más que si realmente me lo dijese con palabras.

Iría. No tenía la menor idea de que iba a suceder estando allí, pero necesitaba verle, necesitaba saber porqué me había mentido y engañado todo ese tiempo y más aún; tenía que escuchar de sus labios cuáles eran sus verdaderos sentimientos hacia mi.

—Iré —contesté finalmente sin saber como había podido conseguir que la voz saliera de mi garganta ya que interiormente era un torbellino de emociones a las que era incapaz de poner control alguno.

—Pué yo me voy contigo —soltó repentinamente mi madre.

—Tengo órdenes explícitas de que toda la familia de la señorita Abrantes debe acompañarla a la ceremonia. En este preciso instante se está comunicando a sus familiares que todos los gastos de desplazamiento corren a cuenta propia de la casa real y se pondrán todas las comodidades que sean precisas para que asistan al enlace —comunicó Jeffrey provocando que tanto mi madre como yo nos quedáramos patidifusas.

¡Arrea que es gerundio!, ¿Toda mi familia?, pero... toda, ¿Toda?

—Niña, ¡Como no te case tú con él, me caso yo! —exclamó mi madre mientras entraba en casa y comenzaba a gritar a diestro y siniestro que nos íbamos a Liechtenstein de boda.

Mientras estaba sentada en el asiento del avión con aquella caja en cuyo interior permanecía la tiara de zafiros que Bohdan me había regalado —ya que necesitaba verla cada cinco minutos para saber que era real—, releía de nuevo aquella nota que él me había metido dentro de la invitación diciéndome que para él todo había sido real.

¿Realmente iba a casarme con Bohdan?, ¿De verdad estaba sucediendo y era real?, ¿O tan solo se trataba de otra mentira con alguna finalidad desconocida?

Supuse que en cuanto le viera tras bajar de aquel avión lo sabría, que cuando nos

volviéramos a encontrar me lo explicaría, porque tenía muy claro que no había malinterpretado aquella conversación con su amigo antes de irme.

«Para mi siempre fue real y nunca tuve la intención de permitir que te marcharas. Desde el mismo momento en que contemplé esos ojos celestes supe que eras la indicada» Releí de nuevo aquella nota porque necesitaba creérmela, quería a toda costa creer que aquello era verdad.

Mis nervios florecieron de nuevo en el momento en que bajé por aquella escalera del jet privado y pensé que por alguna razón estaría allí para recibirme, pero ante mi propio estupor, no fue así. Como tampoco lo fue cuando nos dirigieron directamente hacia la casa palaciega donde nos alojaríamos esa noche y que había sido habilitada especialmente para nosotros.

Desde el instante en que crucé la puerta de aquella enorme mansión increíblemente majestuosa y lujosa, un séquito de al menos cincuenta personas comenzó a rodearme interviniendo por turnos en cada momento mientras me evaluaban y tomaban notas. Tras una ducha rápida Jeffrey me hizo seguirle por un largo pasillo de la segunda planta hasta que abrió una doble puerta de madera y comprobé que era un salón enorme. Los muebles parecían haber sido apartados y toda mi atención se centro en aquel figurín que había en medio de la sala con un espectacular vestido que podría sacar las lágrimas de expectación a cualquiera que lo observara.

—Oh... dios... mío... —Fue lo único que de mis labios pudo salir al ver tal obra de arte allí plasmada.

Si alguna vez de pequeña había podido imaginar como sería el vestido ideal de mis sueños para el día de mi boda, ese era infinitamente mejor. Ni tan siquiera era capaz de expresar la belleza que lo embargaba con aquel blanco perla que sutilmente se reflejaba en cada uno de sus brocados. El escote era en forma de corazón acentuando y realzando un bonito pecho, el brocado se extendía a lo largo de las mangas y todo el cuerpo del vestido. Era un corte de estilo princesa, como los cuentos de Disney que tanto leía de pequeña, voluminoso y con cola kilométrica. Conforme mis ojos recorrían la prenda comprendía que aquel vestido era una creación única, digno de una reina y entonces fui consciente de que era yo quien sería esa reina, aunque no me lo creyese.

—La señora Hangrid y su hija la atenderán adecuadamente señorita Abrantes. Ellas son las modistas personales de la reina emérita y han trabajado sin descanso en su vestido los últimos días —pronunció Jeffrey refiriéndose a las dos mujeres que allí había y que hasta el momento a mi me habían pasado desapercibidas al retener toda mi atención ese vestido.

Mi vestido. Ni tan siquiera yo había pensado que iba a necesitar un vestido...

«Tal vez porque aún no eres consciente de que mañana se celebra una boda y se supone que tú eres la novia»

¿De verdad eran las modistas personales de la reina Margoret y habían creado eso para que lo llevase? Un cierto atisbo de incomprensión me alcanzó cuando pensé en lo que me

había odiado esa mujer, aunque era cierto que el último día prácticamente se disculpó por su comportamiento, pero también estaba en shock debido a lo sucedido. ¿Habrían tenido tiempo de asimilar la noticia de que Anabelle era una conspiradora y la mano ejecutora de la muerte de Adolph?

—¿Cuándo podré ver a su majestad? —pregunté directamente a Jeffrey porque antes de que se celebrase aquella boda necesitaba hablar con él, tenía que escuchar de su propia voz que era lo que había sucedido en las Vegas y porqué me había mentido durante todo el tiempo que permanecí allí. Tenía demasiadas preguntas que necesitaban urgentemente una respuesta.

—No se si será posible, señorita Abrantes. Aún tienen que ajustarle el bajo del vestido, necesita dar su visto bueno a varias gestiones formales, tiene un tratamiento de belleza de cuatro horas y necesita descansar para mañana porque su preparación comenzará a las diez en punto.

¿Qué?, ¿No iba a verle? No. No. No.

—Necesito verle. ¡Necesito hablar con él! —exclamé nerviosa.

—Haré todo cuanto esté en mi mano para que así sea —contestó mientras hacía una reverencia y se marchaba de aquella sala dejándome a solas con la señora Hangrid y su hija.

Eran las siete en punto de la tarde de aquel famoso veinte de octubre y mis piernas temblaban como flanes a pesar de estar sentada en aquel clásico vehículo de los años cincuenta que circulaba por las calles más emblemáticas de la ciudad conforme la gente gritaba.

Aquello no podía ser verdad, ¡Demonios! Estaba de camino a la catedral donde precisamente fue coronado Bohdan vestida con aquel precioso traje de novia que no entendía como podía quedarme a la perfección y ni tan siquiera había hablado con él para saber porqué se estaba celebrando esa boda. Por mi mente habían pasado cientos de pensamientos desde los más inverosímiles hasta los más traicioneros, pero mi corazón quería creer que él estaba esperando junto a aquel altar y aunque era consciente de que me estaba dejando llevar, sabía que era la única forma de obtener respuestas a todas esas preguntas que eran imposibles de acallar.

¿De verdad iba a dar el sí quiero antes de conocer la verdad?, ¿Estaba realmente dispuesta a casarme primero sin saber si todo era una falsedad? ¿Sin saber si aquella boda se estaba celebrando solo porque no la había podido suspender o por algún motivo aún más profundo que no llegaba a comprender? En mi interior no dejaba de preguntarme porqué Bohdan no me había buscado, porqué no me había hablado con la verdad y sobre todo, porqué había decidido continuar con aquella falsa ceremonia a pesar de que me hubiera marchado. Eso me llevaba a pensar que podía tener motivos más que razonables para temer enfrentarse a mi y poder rechazarlo. ¿De que otro modo sino habría orquestado todo aquello? Pero sabía exactamente que si estaba en ese vehículo vestida de blanco y esperando que todos mis anhelos y deseos se hicieran realidad era solo por una única razón a la que me había aferrado en cuerpo y alma; Bohdan me había entregado aquel

sobre con la invitación de boda y aquella nota mucho antes de que me marchara de Liechtenstein. Cuando me dio ese sobre era consciente de que deseaba que tal día como hoy veinte de octubre y a esta hora exacta me reuniera junto a él en aquella catedral, que a pesar de todo lo sucedido con Anabelle y de todo a lo que se había tenido que enfrentar; quería casarse conmigo, quería tenerme a su lado. Eso significaba que me quería, ¿verdad?

«Por favor... haz que me ame» susurré en mi interior sabiendo que a pesar de todo yo no podía desear otra cosa que no fuera estar a su lado.

Mi padre había permanecido en todo momento a mi lado durante aquel trayecto y lucía impecablemente en aquel traje azulado que le habían ajustado en tiempo récord. Me sujeté fuertemente conforme salíamos de aquel vehículo y pude escuchar los vítores de la gente conforme avanzábamos sobre aquella alfombra de color blanco hacia la escalinata de la catedral. Podía oír mi nombre entre los gritos a pesar de que mis nervios apenas me dejaran percibirlos.

¿Cuánta gente había venido a ver el enlace?, ¿Y cuántos invitados habría dentro de la iglesia? No había nadie en el exterior salvo los fotógrafos que realizaban constantemente fotos a cierta distancia mientras hacía el recorrido de aquella alfombra blanca tal como Jeffrey me había advertido a lo largo de todo el día que debía hacer. Tenía un séquito de niños pequeños que era dirigido por una mujer que los vigilaba mientras que dos niñas algo más mayores vigilaban que la enorme cola del vestido se mantuviera siempre en su sitio.

—Celeste. Tú estas segura de que esto es lo que quieres, ¿Verdad? —preguntó repentinamente mi padre ante tanta expectación como parecía tener el momento y tuve que meditar bien su pregunta.

¿Estaba segura?, ¿Verdaderamente lo estaba? Probablemente no, pero también era cierto que si no hacía aquello, si no entraba en esa catedral y encontraba las respuestas a mis preguntas, pasaría el resto de mi vida arrepintiéndome por no haberlo hecho.

—No he estado de nada más segura en toda mi vida —admití sabiendo que mi destino estaba allí dentro a pesar de no saber a ciencia cierta si el hombre al que le había entregado mi corazón también me había entregado el suyo. Si él verdaderamente me estaba esperando, si todo aquello no era solo puro teatro, pero en esos nueve días que había pasado lejos de él, sentí su ausencia cada instante por más que tratara de llenar el vacío que había dejado en mi pecho. No había otro lugar donde quisiera estar que no fuera junto al único hombre que verdaderamente había logrado amar.

En el mismo instante que llegamos ante la escalinata que subía hasta la puerta de la catedral pude apreciar el sonido de la música que provenía desde el interior e instantáneamente me llevé una mano a la cabeza para asegurarme de que aquella tiara de zafiros que me había regalado Bohdan seguía en su sitio y alzándome levemente la falda de aquel precioso vestido subí a enfrentarme a mi destino, a encontrarme con la única persona que deseaba tener frente a mi en ese momento.

Podría reconocer aquella canción en cualquier lugar de cualquier parte del mundo; era Canon in D de Johann Pachelbel, la canción más bella que había escuchado jamás y ahora

sonaba para mi...

¿Cómo lo habían sabido?, ¿Porqué justo esa canción? No tenía la menor idea, pero lo cierto es que todo mi mundo dejó de existir cuando vislumbré la figura que se hallaba al final de aquel pasillo. No me fijé en la hermosa luz que se reflejaba por las vidrieras, ni tampoco en la majestuosidad de la catedral ahora que recorría el pasillo lentamente, tampoco en la inmensa cantidad de personas allí presentes, entre ellos familiares y amigos en el que sería el día más importante de mi vida. No. Nada existía para mi salvo él...

«¿Acaso habías olvidado que está más bueno que la Nutella untada en pan blandito?» gemí en interior.

El tiempo se detuvo mientras observaba aquella figura esbelta, erguida e indiscutiblemente elegante ataviada con su uniforme oficial rojo esperando al final del pasillo junto al altar. Ahora lucía diferente, mucho más majestuoso, incluso podía apreciar que la cantidad de medallas y condecoraciones era mucho mayor junto a los cordones dorados que colgaban de su chaqueta. Sus labios se contrajeron en una leve y dulce sonrisa provocando que toda aquella incertidumbre, desvelo y sobre todo ansiedad ante lo desconocido desapareciera por arte de magia. No podría haber otro lugar en el mundo en el que quisiera estar que no fuera ese, por la única y llana razón de que era donde él estaba presente.

Observé como me ofreció su mano en cuanto llegué hasta él, algo que ni tan siquiera podía recordar como había logrado hacer, aunque seguramente caminar del brazo de mi padre había tenido mucho que ver. Mi progenitor se alejó mientras colocaba mi mano sobre la suya. En ese momento Bohdan se la llevó a sus labios y noté como depositaba un suave beso tan tierno que logró estremecerme de puro deleite.

—Has venido... —susurró en un jadeo.

—Te prometí que lo haría —contesté en la misma sintonía refiriéndome al sobre que me había dejado y a la promesa que en su día le hice.

«Y tampoco es que me hayas dejado otra opción» pensé en mis adentros.

—Podrías no haberlo hecho... —insistió mirándome fijamente a los ojos, como si estuviera estudiándome al detalle.

—Podría, pero necesitaba respuestas a muchas preguntas... —admití al saber que no había tenido modo alguno de contactar con él.

La música aún sonaba de fondo y eso nos permitía el margen justo para mantener aquella breve conversación.

—Y prometo contestar a todas ellas, pero ahora subamos pues la ceremonia va a dar comienzo —mencionó refiriéndose a los escalones que nos separaban del altar y donde habían sido situados los asientos de madera y terciopelo rojo frente a nosotros.

—Acepto esperar para tener respuestas a todas mis preguntas salvo a una —contesté siendo consciente de que al menos necesitaba saber aquello a pesar de que todo el mundo nos estaría observando, pero no subiría aquellos tres escalones sin antes tener su respuesta

—. ¿Por qué te quieres casar realmente conmigo? —Me atreví a pesar de correr el riesgo de que hubiera por ahí algún intérprete que supiera leer mis labios.

Vi que sus músculos se relajaban y que no parecía estar tenso o preocupado por la pregunta que acababa de hacerle, entonces percibí la sonrisa en sus labios y de algún modo eso me tranquilizó.

—¿No es evidente? —exclamó de forma suave sin perder aquella sonrisa—. Eres la única mujer en el mundo con la que deseo compartir mi vida.

«Calma Celeste. Calma. Porque tu pulso está tan desbocado que es probable que sufras un colapso nervioso y te mueras antes de decir; sí quiero»

En ese momento supe a qué se referían exactamente los cuentos cuando dicen; fueron felices y comieron perdices. Porque a pesar de que yo no he comido una puñetera perdiz en toda mi vida, estaba segura de que no podía ser mejor ni estar más buena que la inmensa felicidad que sentía en ese instante.



TREINTA Y SIETE



Es cierto que no había dicho que me quería explícitamente, ni tampoco citaba palabras de amor concretas y aún faltaba lo más importante de todo; no sabía porqué me había engañado y mentido durante todo ese tiempo. Mi cerebro estaba tan aturullado como mi conciencia, que a pesar de que me decía que detuviera aquello hasta obtener una respuesta, lo cierto es que aquellas palabras emitidas por los labios de Bohdan me abrigaban esa esperanza que necesitaba.

La música cesó y comprendí que la ceremonia iba a dar comienzo en cuanto aquel obispo y todo su séquito entró. Fue ahí donde comprendí a todas luces que eso era una boda real con todas las letras y la envergadura que eso conllevaba.

¡Joder!, ¡Que me estoy casando con un rey!

«Ay dios, ¡Ay dios!, ¡AY DIOS!» Que yo de aquí salgo siendo reina...

Aunque para mi fuera el dios de dioses como le había apodado, simplemente era Bohdan. Yo quería al hombre que había detrás de esa fachada y títulos que envolvía la sociedad. Yo quería a la persona que había llegado a conocer y de la que me había enamorado tan profundamente que sabía que nunca volvería a ser la misma si no estaba a su lado porque era... era como si mi alma se hubiera dividido en dos y la otra mitad se la hubiera entregado para siempre.

En cuanto tomé asiento el silencio que hasta ahora inundaba aquella enorme catedral salvo por las leves pisadas de las últimas personas rezagadas, los disparos de alguna cámara fotográfica y el leve murmullo de voces apagadas, fue interrumpido por la voz grave y serena del hombre de aquella sotana blanca.

—En nombre del padre, del hijo y del espíritu santo —mencionó y vi como todo el mundo se santiguaba por lo que rápidamente les imité—. La paz esté con vosotros —cantó y repentinamente quise que mi mente se fuera a mi niñez donde me había tragado absolutamente todas las misas antes de hacer la comunión para saber qué tenía que decir y como actuar en cada momento ya que nadie me había preparado para eso—. Hermanos. Nos hemos reunido en nombre del señor para celebrar la unión en santo matrimonio de su

alteza serenísima don Bohdan Maximiliano Adam Nikolaus Gregoris Alais Vasylyk I, rey soberano de Liechstenstein, duque de Troppau, duque de Jamendorf, conde de Routterg, señor del castillo de Vaduz y Celeste Abrantes. Aclamemos y demos gracias a Dios con el canto de gloria.

«Creo que me he perdido entre tanto nombre y título», ¿De verdad Bohdan es todo eso aparte de rey?, ¿Cuántos nombres ha mencionado? Mas de cuatro seguro...

Después de un breve canto, un silencio inundó de nuevo aquella enorme catedral y el destello plateado capturó la atención persiguiendo aquel vestido que recordaba perfectamente.

¡Era margarita!, ¡Llevaba el vestido que la había ayudado a elegir para la coronación de su hermano! Debía admitir que estaba absolutamente hermosa y cuando alzó su mirada me sonrió tan tiernamente que no pude evitar sonreír y emocionarme levemente porque no había sido consciente de cuánto la había echado de menos.

La ceremonia fue transcurriendo entre lecturas, salmos y cánticos hasta que tras un gesto de Bohdan que me indicó que me aproximara hacia aquel altar donde estaba situado ese obispo de sotana blanca y dorada con los brazos abiertos indicándonos que nos acercáramos, me aproximé junto a él.

—¿Su alteza serenísima don Bohdan Vasylyk rey de Liechtenstein y Celeste Abrantes, habéis venido libre y voluntariamente a contraer matrimonio?

En aquel instante noté la presión de mi mano y busqué la mirada de Bohdan que me indicaba que debía responder y escuché como él asentía.

—Si —tercié rápidamente tras él.

—¿Estáis decididos a amaros y respetaros mutuamente durante toda la vida? —instó aquel obispo y casi quise gritar ante aquella pregunta porque, aunque me negase lo haría igualmente.

—Si —pronuncié y escuché rotundamente que la respuesta de Bohdan era igualmente afirmativa.

¿Sería verdad?, ¿De verdad me amaría toda la vida? Si lo estaba declarando al mundo entero debía ser verdad...

—Ya pues, así que queréis contraer santo matrimonio, unid vuestras manos —declaró el obispo y percibí la suavidad y calor de los dedos de Bohdan acogiendo mis manos entre las suyas.

Iba a pasar. Iba a ocurrir... ¡Estaba sucediendo! Y yo solo podía perderme en ese mar azul que me observaba con tanta intensidad haciendo que sintiera oleadas de puro deleite y frenesí por dentro.

—Su alteza serenísima don Bohdan Maximiliano Adam Nikolaus Gregoris Alais Vasylyk I, rey soberano de Liechstenstein, duque de Troppau, duque de Jamendorf, conde de Routterg y señor del castillo de Vaduz, ¿Aceptáis a Celeste Abrantes como legítima esposa y prometéis serle fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la

enfermedad, amarla y respetarla todos los días de su vida?

—Acepto.

«Creo que he sentido un colapso nervioso disfuncional destruyendo todo mi circuito cerebral» pensé porque era incapaz de reaccionar.

Había soñado tantas veces ese momento, vislumbrado en como sería el día de mi boda que ni de lejos podía acercarse a lo que estaba sintiendo ahora.

—Celeste Abrantes, ¿Aceptáis a su alteza serenísima don Bohdan Maximiliano Adam Nikolaus Gregoris Alais Vasylyk I, rey soberano de Liechtenstein, duque de Troppau, duque de Jamendorf, conde de Rauterberg y señor del castillo de Vaduz como legítimo esposo y prometéis serle fiel en lo próspero y en lo adverso, en la salud y en la enfermedad, amarlo y respetarlo todos los días de su vida?

«Y como no hacerlo» pensé.

—Acepto —respondí y percibí que su mano apretaba la mía con más intensidad, como si mi respuesta hubiera provocado ese gesto en él. Podía apreciar el brillo en su mirada, la intensidad con la que me observaba y solo quería que aquella ceremonia terminara para estar a solas con él.

—Que el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios que confirmó a nuestros padres en el paraíso confirme este consentimiento mutuo que habéis manifestado ante la iglesia y en Cristo os de su bendición, de forma que lo que Dios a unido, no lo separe el hombre —pronunció con rotundidad aquel obispo mientras nos santiguaba.

Aquellas palabras resonaron en mis oídos con un sentimiento tan sumamente elevado que no sabía en que modo sentirme. ¿Ya está?, ¿Me había casado con Bohdan?

Y en ese momento vi como sacaban los anillos ante las palabras que aquel obispo prosiguió diciendo.

—El señor bendiga estos anillos en señal de amor y fidelidad.

Sobre una bandeja de plata se encontraban en dos pequeños almohadones unos anillos de oro que no tenía la menor idea de donde habían podido salir, pero Bohdan cogió uno y sin soltar mi mano alzó su vista hasta encontrar mis ojos, de forma que pude notar como mi corazón se detenía ante su atenta mirada.

—Celeste. Recibe este anillo como muestra de mi amor y fidelidad, declarando aquí, ahora y en este instante frente a todos los presentes que os amo profundamente.

Mis piernas flaquearon esta vez de verdad y percibí como él me sujetó con fuerza. ¡Por dios!, ¿Cuántas veces había imaginado escuchar precisamente esas palabras? ¡Y las decía allí!, ¡Frente a miles de personas viéndonos en ese momento!

—Te amo —susurró entonces aprovechando que se había acercado lo suficiente a mi con la excusa de sujetarme y colocarme el anillo.

«No lo has soñado, esta vez es real» Me tuve que repetir para no creer que lo que acababa de oír era tan verídico como que me estaba convirtiendo en reina por más

inverosímil que pudiera parecerme.

No sabía reaccionar, ¿Cómo podía hacerlo? Estaba en una catedral enorme, vestida con un traje de novia de cuento de hadas, casándome con el príncipe azul de Disney y... ¡Oh por favor!, ¡No me jodas ahora y me digas que es un sueño porque me suicido!

Pero no desperté, sino que en su lugar el obispo carraspeó y percibí que era mi turno cuando aquel ayudante me ofrecía la bandeja de plata con el anillo que restaba. Lo cogí temblorosa, mis dedos eran testigos de que todo aquello me sobrepasaba y no porque no lo quisiera, sino todo lo contrario, ¡Bohdan me amaba!

«Ay joder... ¡Quiero llorar de felicidad!»

Respiré hondo y alcé la vista para verle que parecía atento a mis movimientos, en ese momento recordé lo que él había mencionado previamente y si tenía que recitar su ingesta cantidad de nombres iba a morir... pero para mí él era Bohdan... solo Bohdan.

—Bohdan —pronuncié rezando para que mi voz no flaqueara—. Recibe este anillo como muestra de mi amor y fidelidad hacia ti —dije mientras comenzaba a deslizar el dedo por su mano—, declarando aquí, ahora y en este instante delante de todos los presentes que os amo profundamente.

Ya está. Lo había dicho. Había proclamado al mundo entero de la misma forma que le amaba y lo cierto es que tras hacerlo me sentía libre, completamente liberada.

Hubo un intercambio de arras y citas bíblicas, pero sus manos no volvieron a separarse de las mías hasta que al fin escuche lo que tantas veces había oído en las películas.

—Les declaro marido y mujer, pueden ir en paz.

En aquel momento sentí sus manos colocarse en mis brazos atrayéndome a él y tenía muy claro que según los estándares y protocolos normales, Bohdan no podría besarme frente a ese altar por más que ahora fuéramos marido y mujer —otra vez—, pero esta vez era tan consciente de los hechos que hasta me costaba trabajo asimilarlo.

Sus labios se posaron delicadamente sobre mi frente, con suavidad y aplomo provocando que cerrase los ojos ante su contacto. Me moría de ganas por besarle, por abrazarle, sentirle de nuevo junto a mi, pero podía conformarme con aquella muestra de cariño plena que me estaba otorgando y ser consciente de que lo hacía rompiendo aquel maldito protocolo.

—Esta vez para siempre —susurró cuando separó sus labios de mi frente y sentí como su mirada se fijaba en mi rostro.

¿A qué se estaba refiriendo exactamente? Intuía que se refería al enlace teniendo en cuenta que ya habíamos estado casados previamente.

La música procedente de aquella orquesta seguía sonando inundando de alegría cada recóndito lugar de aquella catedral y tras firmar los pertinentes documentos oficiales, sentí que flotaba en una nube conforme recorría aquel angosto y largo pasillo hasta la salida del brazo de Bohdan, ésta vez no como la Celeste Abrantes que había entrado, sino como reina consorte de Liechtenstein.

Las campanas de aquella catedral repiqueteaban avisando de que la ceremonia había concluido y a la salida nos aguardaba un vehículo amplio y acristalado diferente al que había usado para llegar hasta allí. Delante de aquel coche oficial iban varias motos abriendo el comité real y tras nosotros el vehículo donde iban las damas de honor que en todo momento vigilaban mi vestido. Comprendí que todo aquello era para recorrer las calles y saludar a todos los súbditos de Liechtenstein que estaban impacientes esperando. Fue en ese instante, en ese preciso momento que comprendí que aquello no se podía lograr en diez días que era el tiempo que yo había estado ausente, todo lo que conllevaba aquella boda real estaba organizado y premeditado con mucha más antelación.

—Nunca pensaste en anular esta ceremonia, ¿Verdad? —pregunté en cuanto aquella puerta se cerró y estábamos a solas en aquel vehículo acristalado.

—No —negó con rotundidad y aunque su rostro no sonreía, sus ojos en cambio brillaban con demasiada intensidad—. Tenía la esperanza de que lograría convencerte para que me aceptaras.

¿Convencerme a mi? No es que necesitara mucho para hacerlo precisamente...

—¿Es cierto lo que has dicho ahí dentro? —pregunté necesitando saber de sus propios labios si era verdad.

Bohdan pareció tomarse su tiempo para responder, puesto que entrelazó su mano con la mía suavemente mientras percibía el ruido del motor del vehículo arrancando y abandonando el lugar conforme la comitiva se posicionaba a nuestro alrededor para avanzar.

—Celeste, sé que mi comportamiento en el pasado no fue el más correcto de todos y que te he presionado para que aceptaras este matrimonio pensando que si finalmente vendrías era porque en el fondo te importaba, porque albergaba la esperanza de que pudieras llegar a amarme como yo te amo, porque sí, cada una de las palabras que he mencionado ahí dentro solo eran la voz de mi alma. Te amo... te amo tanto que siento como mi corazón se desboca cada vez que estás a mi lado. Quiero pasar cada día del resto de mi vida junto a ti porque no deseo nada, absolutamente nada si no te tengo a ti.

«Me da, que me da... ¡Que me va a dar un filichi!»

—Esto es un sueño, ¿Verdad? —exclamé y miré hacia ambos lados esperando que algo sucediera porque yo era la que nunca tenía suerte, la que el karma siempre fastidiaba, la que nació estrellá en lugar tener una estrella en el trasero, la que su lengua siempre la traicionaba... y un príncipe o mejor dicho; un rey no podía enamorarse de alguien como yo—. Seguro que ahora es ese momento en el que alguien me despierta y mi cuento feliz se acaba...

Su estrepitosa risa hizo que me diera cuenta de que no. ¡No era un jodido sueño! Aquello estaba pasando y era tan real como el momento en el que me desperté en aquella cama junto a ese bombón rubio maldiciendo no recordar nada de esa noche apasionada.

—Si fuera un sueño, no desearía despertar con tal de permanecer a tu lado para siempre Celeste...

«Para que luego vaya presumiendo de que no es perfecto... ¡Y un carajo!, ¡Es más perfecto que un hexaquisicosaedro!»

—¿Por qué no me lo dijiste?, ¿Por qué no me lo confesaste lo que sentías? —pregunté constatando que de saberlo probablemente jamás me hubiera marchado de esa forma.

—Al principio me sentía culpable por haber actuado contigo de una forma en la que no me sentía honorable y después no quise condicionarte. No quería obligarte a que te quedaras solo por mis sentimientos, deseaba que lo hicieras por voluntad propia, porque hubieras llegado a amarme, aunque solo fuera una décima parte de lo que yo lo hacía —confesó dejándome atónita.

¿Obligarme a quedarme?, ¡Si no había nada en el mundo que quisiera más que estar a su lado!

—No me habrías obligado... —confesé—. Porque yo solamente quería permanecer a tu lado Bohdan, pero siempre creí que no sería suficiente para ti, que jamás estaría a tu altura.

El roce de su mano acarició mi mejilla no importándonos que cualquier persona que nos observara desde el exterior se diera cuenta de lo que estaba sucediendo en aquel habitáculo. En aquel instante solo importaba la confesión de nuestros sentimientos.

—Soy yo quien no está a tu altura. Soy yo quien te lo debe todo... tú me rescataste del abismo en el que me hallaba Celeste, fuiste tú quien me devolvió las ganas de vivir, de respirar, de ser una mejor persona. Quiero hacer honor a mi título, quiero gobernar mi país con sabiduría, valentía y tenacidad, pero no lo haré si no estás a mi lado apoyándome, porque sé que solo contigo seré capaz de afrontar todas las adversidades y así lograrlo.

«Por si no me quedaba claro, ahora me queda más clarito que el agua cristalina del mar Báltico»

—Nunca quise ser princesa. Jamás deseé ser reina, pero si esa debe ser la consecuencia, soportaré con fortaleza cualquier prueba, obstáculo o penitencia con tal de estar junto a ti Bohdan —advertí sabiendo que por él sería capaz de afrontar cualquier reto.

Sentí como sus manos apretaban fuertemente las mías, como si de algún modo quisiera darme a entender que mis palabras le agradaban en demasía.

—No puedes hacerte una idea de cuanto anhelo besar tus labios en este instante y del gran autocontrol que estoy teniendo para no lanzarme ahora mismo y poseerte.

«Ya somos dos» pensé automáticamente.

—¿Qué son unas horas cuando tenemos toda la noche por delante? —exclamé recordando el momento en el que le había mencionado esas mismas palabras en el baile del bicentenario.

—Creo que no podré conformarme solo con esta noche. Después de pasar diez días alejada de mi, necesitaré mucho más que una noche para verme recompensado por tu ausencia —contestó con ese tono de voz ronco y esa mirada de *te voy a comer*, que en

tantas ocasiones me había otorgado—, aunque antes necesito oír de tus propios labios que me has perdonado.

¿Perdonarle?, ¿Qué tenía exactamente que perdonar? Las palabras que había citado previamente sobre sentirse culpable y haber ejercido sobre mi un comportamiento poco honorable resonaron repentinamente en mi cerebro dando forma, sabiendo que ante aquella confesión habían primado sus sentimientos de amor sobre ese pequeño matiz que ahora tomaba conciencia. ¿Tendría algo que ver el hecho de pedirme que le perdonara con la conversación que escuché antes de irme?

Me había sentido engañada porque creía que me había utilizado todo ese tiempo, que simplemente había jugado conmigo porque me necesitaba para un fin como había mencionado aquel amigo suyo y había decidido marcharme antes de que el propio Bohdan me echara porque ya no me necesitaba, pero... ¿Qué era lo que había sucedido realmente? De pronto las palabras de Bohdan resonaron en mi cabeza evocando ese día.

«En realidad no sabe exactamente lo que ocurrió»

¿Qué ocurrió?, ¿Tan malo podía llegar a ser? Temía su respuesta, pero si quería empezar desde cero, si quería dejar atrás todo aquello necesitaba saberlo.

—Primero necesito conocer la verdad sobre lo que sucedió realmente esa noche en las Vegas —advertí, porque no había podido sacar un contexto claro de aquella conversación.

Le oí suspirar, como si estuviera preparándose mentalmente para lo que iba a revelar.

—Debí haber confesado esto mucho antes, soy consciente de que me faltó valor para hacerlo porque simplemente tuve miedo de que te marcharas si lo hacía o peor aún, de que jamás me dieras una oportunidad para que me conocieras realmente, pero me pudo la agonía por tu ausencia que enfrentarme a las consecuencias si te lo confesaba... —Parecía serio e incluso podía atisbar cierto pesar en sus palabras que me llevaban a pensar que era lo suficientemente grave para que se sintiera de ese modo—. La historia se remonta unos cuantos meses atrás de esa noche en la que nos conocimos. Mi madre estaba absolutamente empeñada en que debía contraer matrimonio con Anabelle, es más, su obstinación me llevó a intentar tener una relación con ella, pero no se puede forzar un sentimiento que simplemente no existe por lo que decidí terminar con esa relación que apenas podía llamarse de ese modo a pesar de que la prensa y todos los medios creyeran otra cosa porque la propia Anabelle así lo filtraba. Sabía que la insistencia de mi madre al respecto me terminaría oprimiendo y finalmente aceptando lo que ella deseaba, era tanta la presión que sentía que no sabía como escapar de ella libremente, por lo que aquella noche cuando recibí la llamada de uno de mis amigos de la Universidad que estaban reunidos en las Vegas, acudí simplemente para despejarme. No había esperado encontrarte en aquella discoteca y aún menos sentir esa atracción innegable con tan solo una mirada, pero jamás se me habría ocurrido intentar aprovecharme de ti o hacer algo que te perjudicara, aunque lo hice... muy a mi pesar lo hice...

No entendía exactamente de que modo se aprovechó de mi, pero ahora podía entender un poco más cuál era el tipo de relación que mantenía con Anabelle y su madre antes de conocerme y me entristeció que estuviera realmente en una encrucijada.

—No puede ser tan malo... —susurré sin apartar su mano de la mía.

«Tratándose de Bohdan no podía serlo, él no es así»

—Lo es. Para mi lo fue —confesó—. Mis amigos sabían la situación de desesperación en la que me encontraba porque no sabía como escapar de esa presión social que me empujaba hacia una mujer que no amaba y que mi propia madre insistía. Casi podía ver como todos me alentaban hacia ella y me negaba a pasar una vida de resignación, así que uno de mis amigos echó algo en tu bebida potenciando los efectos del alcohol que esta tenía y sugirió que casándome y avisando a la prensa para que se hiciera eco de la noticia me salvaría del complot que mi madre y Anabelle ejercían.

—No... —negué llevándome una mano a la boca en señal de absoluta incredulidad.

—Te juro que al principio me negué. Me pareció una auténtica locura y desfachatez aquella simple mención, pero cuanto más te observaba y me deleitaba con esos preciosos ojos de color celeste, la idea dejaba de serme tan descabellada y comenzó a volverse mi única opción—afirmó con talante taciturno—. Y lo hice, aún sabiendo que no tenías pleno conocimiento sobre lo que estaba sucediendo, te hice firmar aquel maldito documento sintiéndome el ser más despreciable del universo por más que me jurase recompensarte algún día por haber irrumpido de esa forma en tu vida, pero que al mismo tiempo me brindó la oportunidad de tenerte a mi lado, de conocerte profundamente y enamorarme de esa preciosa mujer que se había convertido en mi esposa —concluyó acariciando con sus dedos mi mano y esperando una respuesta por mi parte, como si tuviera en mi poder la sentencia que le condenaría a muerte o le liberaría de sus pecados.

De todas las cosas posibles que habría podido imaginar que sucederían esa noche, jamás me habría esperado oír eso. ¿Tanta desesperación sentía para obrar de aquella forma?, ¡Casarse!, ¡Y engañarme de ese modo! Siempre había creído que él no podía haber sido consciente para cometer semejante locura, pero era evidente que debía estar en un callejón sin salida para actuar de esa forma y yo misma había sido testigo de como su madre se empecinaba en casarle con Anabelle y como ésta a su vez haría cualquier cosa por llegar a ese fin como bien pude sentir en carnes propias. No sabía como sentirme porque tampoco podía juzgarle si yo misma era consciente de todo lo que había tenido que pasar y que probablemente de estar en su lugar habría llegado a hacer lo mismo como último recurso, pero también podría haberse enfrentado a su madre, solo que conociendo el pasado sobre su hermano que pesaba en sus hombros sabía que temía hacerle aún más daño a su progenitora y por eso buscó otra vía de escape.

—Si no hubiera vivido la situación como lo hice todo este tiempo, quizá no habría podido comprender tu tesitura como ahora puedo entenderla. Admito que no me agrada en absoluto lo que hiciste porque fue un acto egoísta sin pensar en las consecuencias que tendría renunciar a la vida que tenía, pero reconozco que lo que más me duele al saberlo es que no confiaras en mi para contármelo, que no me hubieras confesado la verdad y esperaras hasta ahora para hacerlo —admití viendo como su pesar hacía mella en su rostro.

—Lo intenté, pero tenía demasiado miedo —reiteró—. Pensé que en cuanto te lo dijera

me odiarías, me apartarías de tu vida y jamás podría tener una oportunidad a tu lado. Fui un cobarde, lo sé... por eso necesito que perdones mis actos y no me juzgues mal a pesar de merecerlo.

Me dolía saber que había actuado de aquel modo, pero por alguna razón no me sentía enfadada, ni indignada, ni triste o afligida por aquello, sino que sentía mucho más el propio enfado consigo mismo que el que yo pudiera llegar a sentir hacia él. Quizá era porque a mi pesar, si no hubiera actuado de ese modo yo no estaría ahora mismo donde me encontraba.

—Bohdan... —susurré y me acerqué hasta él porque percibía el dolor reflejado en su rostro—. Mi amor por ti es más fuerte que cualquier obstáculo que pudiera interponerse entre nosotros —admití—. Sé que no será fácil aceptar como fueron las cosas, entre otras cosas porque nadie me preguntó si era lo que deseaba y tampoco puedo decir cuál habría sido mi reacción en ese momento si me lo hubieran preguntado, pero también sé que no estaría aquí frente a ti si aquella noche hubieras razonado debidamente. Así que, aunque me pese tener que reconocerlo, ese acto nos dio una oportunidad a ambos, la oportunidad de conocer el amor verdadero y a mi personalmente, de encontrar a la persona con quien deseo compartir mi vida, porque no podría amar a alguien más de lo que te amo. No puedo juzgarte por lo que hiciste cuando yo misma he podido ver con mis ojos en la tesitura que has estado y desde aquel instante me has demostrado que eres un hombre verdaderamente honorable con cada acto.

Su respuesta fue lanzarse directamente sobre mis labios y supe que había mandado a freír espárragos todo el protocolo real que con tanto ahínco nos habían dictaminado.

Aquel beso cargado de pasión y de absoluta emoción me avasalló hasta límites insospechados cuando sentí aquella presión de su boca sobre la mía consiguiendo que me abandonara al abismo de sus candentes labios que tenían un sabor tan dulce como aterciopelado.

—No solo eres la mujer más absolutamente bella, radiante y preciosa que he conocido en mi vida —susurró separándose levemente—, sino que eres tan gentil que no te merezco.

Sonreí tiernamente porque podía ver ese brillo de nuevo en sus ojos que me hacía flaquear ante tanta belleza. No sabría definir si era gentileza lo que había en mi por tratar de comprender la situación tal y como había sucedido o que amaba tanto a ese hombre que podía percibir su pesar y culpabilidad como propios, quizá fuera un compendio de ambos, pero no podía juzgarle por un error que nos había dado la felicidad a ambos.

—¿Sabes que nos hemos casado en dos ocasiones y en ninguna de ellas me has preguntado si quería hacerlo? —pregunté siendo consciente de que aquellas palabras no habían salido nunca de sus labios.

—En realidad sí que te lo pregunté aquella noche en las Vegas. Sentí que estaba en la obligación de preguntártelo a pesar de que no tuviera seguro de que pudieras recordarlo.

—¿De verdad? —exclamé atónita. Y la imagen mientras viajaba en un vehículo donde

apenas había luz y en el que había varias personas más por las voces masculinas que podía oír a mi alrededor, avasalló mi mente.

—Si —sonrió—. Y tu respuesta fue...

—Donde hay que firmar... —susurré interrumpiéndole. ¿Por qué recordaba repentinamente aquello? No había tenido ningún recuerdo de esa noche, ni tan siquiera un abismo o flash que me recordase lo sucedido ¿Tal vez al revelarme que pasó realmente mi cerebro había decidido liberar esos recuerdos?

—Si... dijiste exactamente eso —contestó Bohdan estudiando mi rostro.

—Lo recuerdo, íbamos en un vehículo apenas iluminado... ¿Es posible que pueda recordarlo?

—Quizá tu mente esté desbloqueando esos recuerdos al tener constancia de qué sucedió —constató Bohdan algo más relajado.

No tenía un claro recuerdo, más bien eran pequeñas escenas las que comenzaron a desbloquearse de mis recuerdos como la imagen de una capilla sacada de una película ochentera con un hombre vestido de cura que oficiaba la ceremonia, el beso tan dulce que me había dado tras finalizar aquella boda, la habitación de hotel donde se alojaba Bohdan y en la que desperté aquella mañana. Entonces para mi propio auto bochorno, me recordé a mi misma protagonizando un striptease quitándome el vestido mientras lo lanzaba lejos y como él cuidó de mi aquella noche sin aprovecharse ni un solo instante de mi estado de embriaguez extrema.

—Lo recuerdo... —advertí y sonreí al saber al fin que había sucedido esa noche aunque no tuviera nítidos todos los recuerdos—. Dejaste que creyera que nos habíamos acostado esa noche cuando realmente no sucedió nada —reí cómplice.

—Creía que haciéndote creer que yo tampoco recordaba nada de esa noche, sería más fácil para ti aceptar la situación. No estaba dispuesto a tomarte sin estar seguro de que no pudieras recordarlo, quería que en el momento que te hiciese mía, tuvieras plena conciencia de ello.

Ese era el hombre del que me había enamorado plenamente. Había honor en sus actos y no iba a juzgarle porque en un momento de su vida hubiera tratado de pensar únicamente en él antes que en los demás. No. Sería muy egoísta de mi parte hacerlo cuando me había dado tanto a cambio. Tal vez recordar como sucedieron los hechos me ayudaba a comprenderlos aún mejor y a que ese resquemor que pudiera sentir, se evaporase fugazmente.

—¡Dejaste que creyera que podría estar embarazada sin decirme que no había ocurrido nada! —grité abriendo los ojos al recordar mi temor por lo que podría haber sucedido aquella noche.

—Lo sé, pero lo que dije era cierto, de haberlo estado me habría hecho responsable de ese pequeño. Aunque he de confesar que enloquecí cuando mi madre me comunicó tu posible embarazo al saber que ese hijo no era mío. ¡Deseaba que fuera mío!

¿Embarazo?, ¿Qué embarazo si yo jamás había estado embarazada? Entonces recordé la visita de ese médico y como todos me miraban de una forma extraña... ¿Pensaban que estaba embarazada? No pude evitar reírme de aquello al recordar como Bohdan ciertamente pensaba que lo estaba como así lo había confesado en la boda de Sonia.

—Así que deseabas que ese hijo inexistente fuera tuyo... —jadeé sin admitir cuál fue la verdadera razón por la que fingí aquellos síntomas, pero la idea de que Bohdan deseara ser el padre de mis hijos me abrumaba.

—No concibo otra madre para mis hijos que no seas tú. —Y con aquellas palabras cogió mi mano para besarla de nuevo mientras alzaba sus ojos hacia los míos seriamente al mismo tiempo que mi corazón palpitaba desbocadamente—. Quizá sea tarde para preguntarlo puesto que ya me has aceptado y reconozco que no fui detrás de ti para pedirte cuando te marchaste por temor a ser rechazado una vez confesara todo, básicamente te condicioné a venir hasta aquí con el presentimiento de que negarte iba a resultarte más difícil frente a miles de personas, pero que confesarte mi amor ante todo el mundo, también haría que me perdonaras. Por eso te lo pregunto ahora, sabiendo cuales son mis pecados, conociendo mis profundos sentimientos de amor hacia ti y constatando que deseo pasar el resto de mi vida a tu lado—dijo con talante serio y mirándome fijamente hasta el punto de que contuve el aliento ante lo que iba a decir—. Celeste Abrantes ¿Aceptarías el honor de mi reina, aunque eso implique ser también la reina de Liechtenstein?

A pesar de lo absurdo de su pregunta teniendo en cuenta que ya me había convertido en su esposa dentro de aquella catedral, pero saber que aún así él quería conocer mi respuesta me hacía ver cuánto se preocupaba por saber realmente si le aceptaba, si había expiado sus pecados y le perdonaba.

—Si. Acepto ser tu reina —afirmé con rotundidad y vi como sacaba del bolsillo interior de su chaqueta un anillo, ese anillo de compromiso que tiempo atrás había llevado en mi dedo y que siempre me había recordado que nada de aquello era real.

—Este anillo posee un zafiro único y especial, como su dueña. Era tuyo desde el instante en que lo coloqué sobre tu dedo y jamás debió abandonar ese lugar, pero ahora que ha vuelto a ti quiero que cada vez que lo mires tengas presente que lo nuestro sí fue real, porque para mi lo fue cada segundo que compartí a tu lado —mencionó mientras lo deslizaba sobre el dedo de mi mano derecha donde residía la alianza de matrimonio.

Quería llorar, pero no de pena o tristeza sino por todo lo contrario. ¿Podía ser más feliz?, ¿Podría la vida regalarme mayor dicha que aquella? Era consciente de que había roto el cupo y sobrepasado cualquier límite, quizá toda mi mala suerte a lo largo de mi vida de algún modo había decidido recompensarme para regalarme con creces tanta fortuna.

—Te prometo que jamás me lo volveré a quitar —advertí mientras me perdía en esa mirada con auténtica complicidad.



TREINTA Y OCHO



La recepción del banquete se realizaba en el propio palacio, en uno de esos salones enormes que permanecían cerrados, cuyos techos altos y paredes acristaladas hacían que toda la luz exterior se filtrara, aunque en aquellos momentos estuviera anocheciendo. Las lámparas de araña que colgaban de aquellos techos altos caían majestuosamente sobre las grandes mesas redondas en las que se situaban los comensales. Guirnaldas de flores por todas partes adornaban elegantemente aquel enorme salón mientras todo estaba decorado en tonos dorados, blancos y rosa pálido con algún toque en verde. Era sublime, pero no se podía esperar menos de lo que venía siendo un enlace real —o eso me imaginaba—, aunque me costaba ciertamente creer que ahora era la esposa del rey de Liechtenstein, conforme pasaban los minutos tomaba conciencia de cuánto significaba aquello de verdad.

No fue hasta ese instante que realmente me percaté de que tanto mis amigas como mis familiares estaban allí presentes; incluida Mónica con su notable vientre de siete meses.

—¡Aún no puedo creer que estéis aquí! —grité y vi como hacían una ligera reverencia ante mi, pero importándome muy poco todo aquel protocolo me abracé primeramente a Mónica, dejando que el resto de ellas lo hicieran después para felicitarme.

—Menos puedo creer yo que ahora seas de la realeza... ¡Mi amiga es reina! —exclamó un poco más alto de lo normal, no pudiendo evitar que me riera ante su espontaneidad.

«Ni yo misma me creo que lo sea» rugí en mi interior.

—Déjame que lo asuma yo primero y después lo podrás gritar cuanto quieras —contesté mientras veía que Bohdan estaba saludando a los maridos de mis amigas.

—Estás deslumbrante con ese vestido y esa tiara de piedras azules —advirtió Sonia sin dejar de observarme—. Me alegra tanto que al fin hayas encontrado a quien te merece de verdad.

—Gracias —admití poniendo la atención en la figura alta y rubia que tenía a tan solo unos pasos, era incapaz de perderlo de vista como si temiera que se desvaneciese—. Lo cierto es que si éste fuera mi libro y tuviera que escribirlo de principio a fin, no cambiaría ni un ápice cada momento que he vivido para llegar hasta aquí.

—Nos ha jodido... con ese bombón rubio y encima monarca además de rico... ¿Quién lo cambiaba? —exclamó Mónica haciendo que todas nos echásemos a reír.

—¿Os dais cuenta que todo esto comenzó por una despedida de soltera y en cambio Celeste no ha tenido la suya? —mencionó entonces Andrea.

—Si queréis nos vamos a las Vegas, pero esta vez las de mi pueblo —soltó Lucía mientras todas nos reíamos ante su ocurrente broma.

Era cierto. De todas mis amigas había sido la única que no había tenido despedida, pero gracias a ellas había podido encontrar al hombre con el que compartiría el resto de mi vida.

—Si lo que buscáis es una excusa para escapar de vuestros matrimonios, os diré que sintiéndolo mucho, yo no quiero escapar del mío —sonreí y sentí como un brazo apresaba mi cintura atrayéndome hacia aquel cuerpo candente.

—¿Qué es eso de lo que no quieres escapar? —mencionó Bohdan en un correcto y más que aceptable español.

¿Había estado practicando en mi ausencia? Porque podía notar que su pronunciación había mejorado considerablemente.

—¿Desde cuando pronuncias tan bien el castellano? —inquirí alzando una ceja.

—Desde que comprendí que, si iba a pasar el resto de mi vida a tu lado tendría que hablar correctamente el idioma de mi esposa para saber comunicarme con sus seres queridos —contestó apaciblemente.

¿Puede ser más perfecto? No... sin duda no podía serlo porque rompió el molde cuando le hicieron.

Suspiré y sonreí mientras me perdí en su mirada tras decir aquello. Me agradaba volver a ver a toda esa gente que apreciaba en mi vida y que habían acudido allí para estar en el día más feliz de mi vida, pero mentiría si no admitía que solo quería perderme lejos de allí para estar a solas con ese hombre y dar rienda suelta al más profundo deseo que me acontecía.

En cuanto llegamos a la mesa nupcial comprobé que tanto los padres de Bohdan, como los míos ya estaban sentados mientras nos esperaban y que Margarita junto a mi hermana Adriana, estaban situadas en otra mesa más alejada. Mis padres me felicitaron en primer lugar, puesto que no había tenido la oportunidad de acercarme a ellos después de la ceremonia y seguidamente lo hizo el padre de Bohdan, quien con una sonrisa complaciente se apresuró a darme de nuevo la bienvenida a la familia alegrándose de mi regreso. Quien no había esperado que se acercara y menos aún complacida como así lo atestiguaba su sonrisa, era esa mujer que había hecho de mi vida en palacio un auténtico

infierno. Bueno, tampoco podía definirlo como infierno porque aquel lugar para mi representaba el mismísimo paraíso gracias a Bohdan, pero sí que no me había puesto las cosas fáciles en ningún momento.

—Me complace enormemente que estés aquí y que a pesar de todo cuanto dije o hice, no provocó un cambio en tu decisión de aceptar a mi hijo. He tardado en comprender que eres todo cuanto él necesita y que Liechtenstein no podría considerar tener una reina consorte con mayor gentileza y honestidad que la que posees. Mi ceguera no solo me hizo perder a un hijo, sino que estuve a punto de perder a otro por mi obstinación. No podré estar lo suficientemente agradecida contigo sabiendo que fuiste tú quien nos hizo ver la realidad a todos, especialmente a mi. —A pesar de todo cuanto aquella mujer había dicho o hecho, podía notar la vergüenza recaer sobre sus hombros al darse cuenta de su propio error. No podía culparla por creer que a su manera hacía lo correcto aunque estuviera equivocada, ni tampoco le guardaba rencor alguno teniendo presente el dolor que debía estar padeciendo al sentirse responsable por sus propios actos. Me conformaba con saber que estaba arrepentida, pero aún más con la idea de que ya no era su enemiga, ni un obstáculo del que deshacerse.

—No tiene porqué agradecerme nada, no hice más de lo que cualquier otra persona habría hecho, aunque reconozco que estaba motivada por mis sentimientos hacia su hijo —reconocí sin ningún tipo de pudor.

—Lo sé. Sé que le amas tanto como él te ama a ti y soy feliz de saber que ha encontrado el verdadero amor a tu lado —respondió sorprendiéndome de nuevo.

«Pues si que ha cambiado esta mujer desde que no estoy aquí... ¿Serán las pastillas antidepresivas que estará tomando que la tienen grogi? ¿O verdaderamente ha recibido una dosis de realidad tan fuerte que ha espabilado de sopetón?» jadeé en mis adentros analizando su cambio radical de ciento ochenta grados.

—¿Aunque no sea una rica heredera, ni posea títulos, ni pertenezca a una familia noble? —exclamé mordiéndome la lengua y siendo consciente de que la estaba poniendo a prueba.

—En pleno siglo veintiuno, el pueblo de Liechtenstein está preparado para aceptar a una reina joven que, en lugar de aportar riqueza o títulos a la familia, brinde lo que más falta nos hace a todos; humildad y generosidad —contestó con aplomo—. Ninguna otra mujer con alguna de las cualidades que mencionas podría dar ese ejemplo como lo has hecho tú hasta ahora —ratificó para mi absoluta conmoción.

«Me acabo de quedar con las patas colgando. Voy a empezar a creer en los milagros» bufé en mi conciencia.

—Creo que por primera vez, me ha dejado sin saber qué decir —admití porque no sabía ni como reaccionar ante aquella mujer que solo había tenido palabras de odio hacia mi desde que la había conocido.

—Mi hijo me confesó lo que hizo para evitar que le involucrara en un matrimonio con Anabelle —advirtió en voz baja—. Si. Su desazón por la incertidumbre sobre si decidirías

finalmente venir a este enlace le hizo revelar sus miedos y cuánto se había extralimitado para escapar del matrimonio en el que yo deseaba con tanto ahínco involucrarle. Eso me hizo comprender mi mala actuación no solo hacia él, sino también hacia ti, aunque yo no era del todo consciente de mis actos porque solo creía que estaba velando por el bienestar de mi propio hijo. Pensé que de esa forma le convertiría en una mejor persona y que su matrimonio con Anabelle le fortalecería para todo a lo que tendría que enfrentarse siendo rey, pero nunca tuve presente su decisión o sus sentimientos al respecto. —En sus palabras podía notarse la culpabilidad y el arrepentimiento. Aquel semblante siempre soberbio había pasado a ser sereno y afligido como mostraba el tono de su voz tras decir aquello.

Ésta debía ser la mujer a la que Maximiliano, Bohdan y Margarita hacían referencia antes de la muerte de Adolph. La Margoret que ahora me hablaba con buenas intenciones era esa esposa y madre que con tanto afán ellos habían deseado que regresara.

—Si lo que pretende es culparse a sí misma por los actos que cometió su hijo, Bohdan es responsable de sus propias decisiones —mencioné en un tono lo suficientemente calmado para que no creyera que estaba enfadada—. Confieso que no fue fácil aceptarlo, pero después de recordar todo lo sucedido he comprendido que si no hubiera sido de ese modo, jamás nos habríamos dado la oportunidad que necesitábamos. Creo que tiene mucho por lo que perdonarse a sí misma, para añadir aún más culpa a esa lista, Margoret —contesté llamándola por su nombre por primera vez—. Nada me complacería más que contar con su ejemplo y ayuda para todo a lo que tendré que enfrentarme ahora que soy la esposa de su hijo.

La sonrisa que se dibujó en los labios de Margoret hizo que mi tensión se relajara por pensar que quizá había pecado de osadía al pedirle ayuda a la reina emérita que nadie mejor que ella podría enseñarme a actuar como tal.

—No solo puedes contar con mi ayuda Celeste, sino que me encargaré personalmente de convertirte en la mejor reina que el pueblo de Liechtenstein haya tenido jamás —pronunció con rotundidad y pude atisbar el ligero brillo en sus ojos claros. Acto seguido realizó de nuevo una reverencia y se aproximó hacia su esposo quien sonrió dulcemente como si estuviera gratamente complacido de la actuación que ahora tenía su esposa.

Uno de los sirvientes apartó la silla en la que debía tomar asiento y otro hizo exactamente lo mismo con Bohdan para que ambos tomásemos asiento en la mesa nupcial.

—¿Todo bien? —escuché mientras aún seguía anonadada por la conversación que acababa de mantener con la que había vuelto a convertirse en mi suegra.

Giré el rostro hacia mi derecha que era donde estaba sentado Bohdan y observé que me miraba con intriga, como si estuviera evaluando el porqué de mi silencio.

—Si —afirmé respondiendo mientras trataba de salir de mi asombro—. Solo estoy tratando de procesar que tu madre parece complacida con nuestro matrimonio —admití sin entrar en detalles sobre la pequeña conversación que había mantenido.

—Lo está —afirmó—. Incluso ha manifestado su deseo por ser abuela y ha insistido en que no tardemos mucho en ello —decretó provocando que abriera la boca hasta el

punto de que mi mandíbula casi se desencajara por completo.

«Pues eso se le ha pasado decírmelo...» pensé constatando que la relación entre Margoret y yo sería ahora muy diferente a como había sido todos esos meses en los que estuve viviendo en palacio.

¿Podía imaginarme a esa mujer que siempre había mantenido el ceño fruncido y su espalda recta alzando a un bebé mientras le hacía carantoñas? Supongo que esa nueva faceta que ahora veía en ella más relajada y con semblante agradable me indicaba que así era, aunque la imagen me costara procesarla.

—¿Y estás de acuerdo? —pregunté queriendo saber su opinión. Había mencionado que no concebía otra madre para sus hijos que no fuera yo, pero en ningún momento había mencionado cuándo deseaba que vinieran esos hijos.

De pronto imaginé a un pequeño ser igual que él, con sus cabellos rubios, mirada profundamente azul y sonrisa dulce. Un sentimiento sobreprotector e inaudito me conmovió inmediatamente.

—Por primera vez en mucho tiempo, coincidí con su manifiesto —confesó con cierta picardía en su voz y noté su abrazo ligeramente bajo la mesa presionando sus dedos en mi cintura—, pero sabré esperar hasta que lo estimes conveniente.

Saber que él respetaría cada una de mis decisiones sin presionarme, me hizo constatar que Bohdan antepondría siempre mi propia voluntad ante la suya. No necesitaba mayor muestra de lealtad que aquella.

—Me alegra escuchar eso, aunque tendrás que descubrir por ti mismo cuál es mi opinión al respecto —admití cogiendo la copa de vino que acababan de servir y ofreciéndosela para que él hiciera el mismo gesto con la suya y de esa forma brindar por nosotros.

Bohdan pareció sonreír anticipándose a lo que mis palabras ocultaban, que no era otra cosa que estar a solas en ese lecho que nos aguardaba.

—Por la mujer más maravillosa que he tenido la oportunidad de conocer y que para mi fortuna ha aceptado ser mi esposa —mencionó chocando su copa de cristal con la mía provocando un suave tintineo.

«Su esposa» medité siendo consciente de que ya podía publicarlo a los cuatro vientos porque todo el mundo se había hecho eco de oficialmente lo era.

El resto de la velada fue absolutamente agradable y llena de sorpresas, entre ellas recibimos varios regalos por parte de los invitados de lo más selectos como joyas, caballos o placas de oro y otros de lo más variopintos entre los que destacaba un juego de sartenes —como si alguna vez se me fuera a dar bien cocinar sin chumarrascar hasta el agua, aunque quizá las podría usar como defensa personal ya puestos—, pero todo el dinero recaudado se donaría a una organización sin ánimo de lucro para niños desamparados como era tradición en la casa real, un gesto que me parecía de lo más conmovedor.

Cuando la música comenzó a sonar mientras traían la tarta nupcial, mi conmoción

debió ser monumental y no precisamente porque fuese sumamente grande —ya que albergaba siete pisos—, sino porque en todos, absolutamente todos los pisos de aquella tarta, habían colocado botecitos de Nutella adornando el pastel. Mi vista se fue directamente hacia mis amigas que reían sin parar y aplaudían, pero posteriormente se dirigió hacia Bohdan que estaba a mi lado acariciándome la espalda.

—¡Me encanta! —grité eufórica mientras daba pequeños saltitos.

—Me alegro, porque ya no concibo una vida sin esa crema de cacao desde que la probé de tu propio cuerpo...

«Y te aseguro que no será la última, ¡Mejor piensa en otra cosa, Celeste!, ¡Que tienes un pedazo de tarta repletita de Nutella y solo piensas en ese bombón rubio desnudo en la cama!» gemí interiormente perdiéndome en los recuerdos de aquella vez donde pusimos absolutamente todo perdido de Nutella, pero que fue una de las mejores noches de mi vida.

Una vez terminado el banquete, Bohdan me cogió suavemente la mano iniciando un recorrido entre todos los invitados hacia el salón de baile ya predispuesto. La música comenzó a sonar llenándolo todo de vida y armonía, haciendo que mi pulso se acelerase por tanta emoción contenida. A pesar de que no era la primera vez que bailaríamos juntos a él frente a todos, sí que sería nuestro primer baile oficial como marido y mujer; sin miedos, sin expectativas, sin opresión y sobre todo con la plena seguridad de que pasaría el resto de mi vida a su lado porque el hombre de mis sueños me amaba tanto como yo le amaba a él.

No podía apartar la vista de su rostro, perdiéndome en aquellos ojos azules y cabello rubio que tantos desvelos y pasiones me había robado en cada instante. Probablemente jamás me cansaría de observarle, era inaudito y conmovedor al mismo tiempo.

El cambio de música radical hizo que conforme avanzara la noche solo nos quedásemos en la velada la gente más joven. Bohdan y yo estábamos rodeados de todos nuestros amigos y aunque mis padres se habían retirado hacía un buen rato, pude ver como en cambio mi hermana Adriana se divertía al máximo junto a Margarita y varios parientes de Bohdan que apenas conocía.

«Por suerte ninguna de mis tres petardas primas le ha dado por venir a la boda o las tengo coqueteando descaradamente con sus primos» pensé al ver que entre ellos destacaba uno por la rudeza de sus rasgos.

—Ven conmigo —dijo aquella voz causante de mis desvelos a mi oído mientras me rodeaba abrazándome entre sus brazos para estrecharme entre su cuerpo.

Ni tan siquiera respondí, solo me dejé llevar mientras recorríamos varios pasillos de palacio y la música de la fiesta quedaba atrás.

—¿Dónde vamos? —pregunté intrigada mientras me alzaba el vestido para caminar con mayor agilidad.

Para mi absoluto asombro no respondió, sino que siguió caminando hasta llegar a un área de palacio en la que no recordaba haber estado con anterioridad y finalmente en un

pasillo amplio que parecía una especie de recibidor se dirigió hacia una doble puerta en tonos blancos y dorados labrados a mano, abriéndola y empujándome hacia su interior donde todo estaba completamente a oscuras.

La luz se hizo presente en cuestión de segundos iluminando todo cuanto había a mi alrededor. Era precioso, casi sacado de una especie de cuento antiguo por las estanterías de libros tan altas que llegaban hasta el techo y los grandes ventanales que había para que la luz del día iluminase aquel bonito lugar. Un enorme escritorio de madera maciza se hallaba en el centro y supuse que aquel sitio era más que una biblioteca, debía ser una especie de despacho personal a pesar de los múltiples rincones de lectura y objetos de decoración que se repartían por la sala.

—¿Te gusta? —preguntó cuando comencé a caminar sobre aquellas alfombras sin poder apartar la vista de tantos ejemplares únicos que debían contener aquellas estanterías.

Era escritora. Me apasionaba leer además de escribir, aquello simplemente me parecía el paraíso a pesar de que había visto otras bibliotecas en palacio, pero ninguna tan gigantesca como aquella.

—¿Gustarme?, ¡Es precioso! —exclamé pensando que aquel debía ser su nuevo despacho.

—Es tuyo —contestó provocando que me girase sobre mi misma para enfrentarle.

Bohdan estaba de pie sin moverse un milímetro y con aquella sonrisa que incitaba al pecado mientras parecía evaluar mi reacción.

—¿Cómo que mío? —pregunté no entendiendo a qué se refería exactamente.

—Este lugar te pertenece ahora y en él podrás hacer lo que te plazca —contestó acercándose hasta mi de forma sugerente y me mordí el labio ante su inminente cercanía —. Nadie te molestará salvo que se trate de un asunto urgente... —inquirió aproximándose a mis labios.

—¿Tampoco tú? —pregunté sin abandonar su mirada y sentí como sus manos volvían a mi cintura de nuevo para acercarme a él.

No podía creer que aquel sitio fuera para mi uso exclusivo, mi propio espacio personal. Podía escribir allí mis propios libros porque solo con alzar la vista la inspiración ante tanta belleza era espectacular. No veía la hora en que fuera de día para ver su absoluta magnanimidad.

—En realidad esperaba una invitación abierta que me diera el acceso cada vez que necesitara tu afecto —sugirió rozando mis labios lentamente, provocando que jadeara en ellos ante la calidez que emanaban.

«Tú puedes venir cuando quieras y como quieras» gritó mi conciencia.

—Tal vez tengas que recordarme porqué sería conveniente tener una invitación abierta para que puedas venir cuando quieras...

Bohdan captó el mensaje poco subliminal que había en mis palabras y fusionó sus

labios con los míos con voracidad, como si llevásemos años sin encontrarnos y necesitáramos apagar todo el fuego que nos consumía.

«Bien es cierto que diez días para algunos pueden parecer diez años para otros» razoné internamente comprendiendo que no podía pasar demasiado tiempo alejada de ese hombre porque me volvía literalmente desquiciada.

Los botones de mi vestido fueron deshaciéndose conforme avanzábamos a pequeños pasos hacia esa mesa robusta de roble macizo que había en mitad de la sala sin dejar de besarnos y antes de llegar a ella, Bohdan me alzó entre sus brazos dejando el precioso vestido a un lado para deleitarse con la ropa interior de encaje que llevaba puesta también de color blanco. Sentí entonces la firmeza de aquella madera cuando me depositó sobre la mesa y el calor de su cuerpo embriagando el mío.

—¿Te he dicho alguna vez que adoro tocar tu piel? —gimió con esa voz ronca mientras comenzaba una ristra de besos que habían iniciado en la boca y se prolongaban hacia mi garganta haciendo que me arqueara hacia él en señal de absoluta entrega por desear más de aquello—. Es tan suave, delicada y deliciosamente exquisita como todo tu cuerpo —instó mientras provocaba que me ahogase en mis propios jadeos ante el contacto de sus dedos y labios recorriendo mi torso.

El uniforme oficial de Bohdan fue desapareciendo conforme me ayudaba a deshacerme de aquellos infernales broches que colgaban con cadenas. Su cuerpo desnudo se reveló ante el mío incitándome a pecar sobre él, haciendo que mordiera suavemente su carne al mismo tiempo que me deleitaba con su boca sobre mi piel. En el instante que sus dedos tocaron aquel punto exacto de mi anatomía, gemí de puro deleite conforme él desprendía aquella ropa interior de mi cuerpo y deslizaba una mano hasta el lugar donde había caído su chaqueta. Observé entonces que sacaba del bolsillo interno un envoltorio plateado y supe que nunca había estado más preparada que en aquel momento.

—No... —susurré cuando vi como se llevaba aquel envoltorio a la boca y él pareció confuso—. Quiero sentirte completamente —añadí para que lo entendiera.

—¿Estás segura? —exclamó con cierto brillo en sus ojos, un destello azul tan especial que robaba mi aliento dejándome exhausta.

—Completamente —admití—. No he estado de nada más segura que de querer formar una familia a tu lado —afirmé con rotundidad y me incliné sobre él provocando que de un solo gesto se hundiera completamente en mi interior al mismo tiempo que gritaba de puro deleite.

Sus movimientos siendo firmes, rudos y certeros me transportaban a otro mundo de éxtasis pleno. Aunque mi cuerpo siempre quería más de ese dios de dioses al que no podía evitar contemplar en cada momento conforme me deleitaba mientras poseía mi cuerpo, finalmente me abandoné al abismo cuando me alzó entre sus brazos hundiéndose sin contemplaciones, haciendo que gritara su nombre.

Sentí sus labios en mi garganta conforme me sostenía en vilo entre sus brazos, demostrándome una vez más su caballerosidad, su honestidad, su infinito amor que tanto

me enloquecía y abrumaba.

—¿Te he dicho alguna vez lo absolutamente preciosa que eres? —exclamó con una sonrisa radiante en sus labios sin dejar de abrazarme—. Soy el hombre más afortunado y seguramente el más envidiado por tenerte entre mis brazos, mi preciosa y dulce Celeste.

Con esas palabras me derretí en sus brazos dejándome aún más complacida de lo que lo había hecho ese infinito orgasmo.

—Probablemente no me canse de escucharlo —admití complacida—. Eres mi apuesto príncipe perfecto.

Noté como Bohdan alzó una ceja, pero no mencionó nada al respecto sino que sonrió complacido del apodo con el que acababa de bautizarle a pesar de que considerase que él era perfecto mucho antes.

—No sé si seré ese príncipe perfecto, pero te aseguro que me desviviré cada día durante el resto de mis días por demostrarte cuánto te quiero —afirmó sellando aquellas palabras con un suave beso y después mencionó unas palabras en ese dialecto que escapaba a mi comprensión, aunque alguna palabra me sonase.

—¿Me vas a decir alguna vez qué significa lo que me dices en esa lengua? —pregunté sin dejar de observar ese bello rostro puramente celestial.

—No voy a permitir que jamás te alejes de mi lado. Eres mía, soy tuyo. Por y para siempre —pronunció firmemente.

No me hizo falta preguntar si esas habían sido las palabras que mencionó tiempo atrás, sabía que lo eran y aquello solo me cercioraba aún más de que por alguna razón nuestros caminos estaban predestinados a encontrarse.

—Mi corazón es tuyo para siempre —afirmé rozando sus labios, sintiendo como su respuesta no tardaba en llegar devorándolos completamente.

Desconocía a cuántas situaciones debía enfrentarme por haber elegido amar a ese hombre y la percepción ante lo desconocido me abrumaba hasta límites incalculables, pero Bohdan me daba la fuerza y valor que necesitaba para afrontar el que a partir de ahora sería mi destino como reina de Liechtenstein.

«Y no iba a defraudarle» me afirmé a mi misma mientras dejaba que aquel dios de dioses me poseyera de nuevo demostrándome que los sueños no solo existen, sino que son alcanzables.

Cinco años después

Las risas que escuchaba de fondo mientras me balanceaba sobre aquel sillón me hacían dibujar una leve sonrisa en los labios al saber que Bohdan había regresado. Siempre que volvía de uno de sus viajes comprometedores traía un obsequio a cada uno de nuestros hijos, aunque en esta ocasión sería la primera vez que portaría algo para la más pequeña que apenas tenía cinco semanas de vida y permanecía en mi regazo gratamente dormida.

Cuando le vi aparecer por la puerta con Adolph, el mayor de nuestros hijos y Elisabeth, nuestra pequeña de tan solo dos mientras cargaba con ellos en cada brazo, mi corazón se aceleró de inmediato. Por más años que pasara al lado de ese hombre, nunca me acostumbraría a la sensación de conmoción que me provocaba cada vez que le observaba. Es cierto que mi vida había dejado de ser tal como la conocía para convertirme en la reina que Liechtenstein necesitaba, pero Bohdan había hecho que cada segundo de mi existencia mereciera la pena pasarlo a su lado y nuestros hijos solo eran un claro reflejo del amor que nos profesábamos.

—¿Qué tal se ha portado la pequeña Catalina en mi ausencia? —preguntó mientras se inclinaba sobre el asiento y me daba un profundo y cándido beso, aunque para mi desgracia fugaz, en los labios.

—Sorprendentemente bien —confirme sonriente mientras veía el rostro dulce de la más pequeña de mis hijas dormir plácidamente—. Es demasiado buena.

Mientras que Adolph y Elisabeht habían heredado los cabellos rubios y ojos de un azul profundo propios de su padre, Catalina tenía el cabello más oscuro y sin lugar a duda poseía los ojos celestes que según mi madre provenían de las aguas cristalinas de la playa de los Genoveses en Almería.

«Y ahora con más razón iba a realizarse en su teoría absurda» gemí interiormente al ser consciente de que Bohdan le había sonsacado a mi madre el lugar donde fui concebida y diez meses atrás me llevó hasta esa playa donde precisamente fue concebida Catalina.

—Esto es para ella —susurró mientras dejaba a Adolph y Elisabeth en el suelo para inclinarse y darle un beso a Catalina en su cabecita.

Abrí aquel pequeño paquete y descubrí que era un sonajero de plata con sus iniciales. C.V de Catalina Vasylyk.

—Es precioso, ¿Y para mi?, ¿No hay regalo? —exclamé de forma irónica mirando aquellos ojos azules y en ellos encontré esa profunda mirada azul que me decía *te voy a comer* a fuego grabado.

Bohdan se acercó de nuevo hasta mis labios sin llegar a besarme, solamente los rozó

suavemente para dirigirse hasta mi oído donde podía percibir su aliento candente.

—Te espera en nuestra habitación, aunque es para uso privado. —Su tono de voz era ronco y en el podía apreciarse el deseo contenido de aquellos cuatro días que había pasado ausente y lejos de mi lado. Aunque hubieran pasado varios años, aún no me acostumbraba a su lejanía y contaba las horas desde su partida hasta que finalmente regresaba y se entregaba a mi en cuerpo y alma.

Por suerte aquellos viajes habían dejado de ser tan frecuentes en los últimos años, pero aún así debía ausentarse en ocasiones durante días sin poder evitarlo. Esos cinco años desde que nos habíamos casado habían significado un antes y un después en mi vida. Es cierto que había tenido que aprender innumerables listas de normas sobre protocolo para saber actuar en cada momento, sin añadir a todas esas clases sobre política, leyes y derechos a las que tuve que someterme durante meses después de la ceremonia, pero nunca perdí mi esencia, ni tampoco mi atropellada lengua que en ocasiones me habría gustado modificar. Sorprendentemente a Bohdan aquello no solo le gustaba, sino que más bien parecía ser una cualidad que le entusiasmaba aparte de mi inesperada espontaneidad. Eso sin mencionar que el fuego que siempre nos había mantenido candentes desde el primer momento en que nos conocimos seguía tan latente como al principio, prueba de ello eran aquellos ojos de mirada azul profunda y oscura que me observaban con pasión contenida.

—Eso suena demasiado tentador para tener que esperar —advertí provocándole, solo que era plenamente consciente de que ni él, ni yo íbamos a poder eludir nuestras responsabilidades para poder quedarnos a solas hasta esa noche y más aún, con la excitación de Adolph y Elisabeth por el regreso de su padre que ahora parecían parcialmente entretenidos con sus juguetes nuevos, a pesar de que el efecto apenas les durase media hora.

—Excelencia. Ha llegado esto para usted como misiva urgente —irrumpió la voz de Jeffrey entrando en aquella sala y saludando formalmente.

Noté como Bohdan maldecía y se erguía sobre sí mismo para recoger el sobre que Jeffrey le ofrecía mientras le daba las gracias y éste desaparecía.

Nuestros problemas habían terminado cuando condenaron a Anabelle a la condena máxima que podía adjudicársele en base a sus delitos. Por suerte, su intento de alegar enajenación mental no fue aceptado tras la grabación que se presentó como prueba circunstancial de que todo era premeditado. Ahora cumplía condena y lo seguiría haciendo durante los próximos ochenta y cinco años.

Por otro lado, Dietrich se había establecido en Australia y no le habíamos vuelto a ver desde entonces. Su vergüenza y culpabilidad aún no le habían hecho regresar a Liechtenstein, aunque su familia ajena a su parte de responsabilidad en cuanto a la muerte de Adolph, nos comunicaba que las cosas parecían irle muy bien en aquel lugar.

—¿Es algo grave? —pregunté un par de minutos después viendo que releía aquella carta y después sacaba un periódico que contenía el mismo sobre.

«Fijo que se habían inventado alguna que otra noticia sobre alguno de nosotros tan absurda como inverosímil» pensé restándole importancia.

—Será mejor que me des a Catalina —dijo Bohdan dejando sobre la mesa la correspondencia que le habían entregado y acercándose hasta mi.

Malo. Si me estaba pidiendo que le entregase a nuestra hija es que lo que ponía ese periódico no me iba a gustar en absoluto.

—¿Qué ocurre?, ¿Tan grave es? —exclame ahora realmente preocupada y acongojada a pesar de que por su rostro no parecía que él estuviera enfurecido o cabreado.

Esperaba por su bien que no fuera mi prima Olivia con otra de las tuyas ya que poco después de la boda tuve unas palabras bastante firmes con ella que le dieron a entender que más le valía mantenerse alejada de nosotros si no quería lamentarlo. ¿Qué podía ser ahora? La prensa ya había sacado a la luz todo mi pasado del cuál tampoco tenía secretos ocultos, pero por la expresión en el rostro de Bohdan no sabía como interpretar lo que en aquel periódico debía estar escrito.

—Tú dame a la pequeña... —insistió y mis nervios florecieron repentinamente haciendo que le entregase con sumo cuidado a nuestra tercera hija para levantarme rápidamente del sillón y plantarme en dos zancadas sobre aquella mesa de la que cogí malhumorada aquel maldito periódico.

El titular me dejó completamente atónita y en shock hasta el punto de creer que había leído erróneamente y confundido las palabras hasta tergiversarlas de algún modo.

«Rey de Bélgica casado en secreto con la hermana de la reina de Liechtenstein».

—¡No! —exclamé sin poder evitarlo y seguí leyendo la noticia pensando que aquello debía ser una broma...

El rey de Bélgica Alexandre Leopold III de Sajonia, contrajo matrimonio en secreto hace cinco años con la joven Adriana Abrantes hermana menor de la actual reina de Liechtenstein. La joven de origen español como su majestad es once años menor que el monarca y según fuentes cercanas a la pareja, habrían ocultado el matrimonio públicamente por ser ésta menor de edad cuando formalizaron su enlace (...)

No seguí leyendo porque aquello me parecía tan absurdo como estúpido. ¿Mi hermana casada con el primo segundo de Bohdan?

—Dime que no es verdad —decreté con el periódico en las manos y buscando el rostro de Bohdan para saber si él sabía algo—. Dime que se trata de una broma de mal gusto o de algo fuera sacado completamente de contexto.

—Es verdad —afirmó contundente—. Ese solo es un periódico local y junto a él venía una carta firmada por el propio Alexandre avisándonos de que mañana se hará eco en toda la prensa internacional. Simplemente nos comunica la noticia para que estemos preparados porque querrán que hagamos un comunicado oficial.

«La mato. Yo la ahogo del pescuezo. ¿Cómo se le ocurre?, ¡Como demonios se le ocurre casarse a escondidas!» grité internamente.

—¡Joder!, ¡Era menor de edad! —grité fuera de si porque no entendía como Adriana no me había contado nada de todo aquello—. Me va a oír cuando la pille... ¡Hasta en Pekín me van a oír cuando le tire de las orejas por no contármelo siquiera!, ¡A mi!, ¡A su hermana!, ¡Si soy como una segunda madre para ella! —seguí maldiciendo—. ¡Y tuvo la santa caradura de estar aquí hace dos meses con mis padres sin decir ni pío!, ¡Tan fresca como una lechuga! Tan campante que estaba paseándose por aquí con los niños como si nada... ¡Y estaba casada con tu primo!, ¡Que es rey! —seguí maldiciendo hasta que me cansé porque Adriana no me respondía al teléfono y después directamente no daba señal, sino que parecía apagado.

«Al final la muy petarda había conseguido a un primo de Bohdan. Lejano, pero primo al fin y al cabo» Y supuse que más temprano que tarde, me enteraría finalmente de como demonios se había convertido en su esposa.

Aquella noche cuando entré en nuestra habitación, pude apreciar el paquete blanco envuelto en cinta roja que había sobre la cama y supe que ese debía ser el regalo de Bohdan. Dejé a Catalina sobre la cuna que estaba situada junto a la cama. A pesar del cambio producido de mis brazos a al mullido colchón, ésta siguió durmiendo plácidamente.

Sin duda alguna, de mis tres hijos Catalina era la que más parecido tenía conmigo, solo había que ver cuanto dormía para constatar ese hecho.

Desenrollé la cinta roja y cuando abrí la caja comprobé que se trataba de un conjunto de ropa interior lencero en color azul celeste, al deslizarlo sobre mis dedos pude ver que era un body con transparencias y que había una nota junto a éste escrita de su puño y letra.

Reúnete conmigo en la torre de astronomía

Tu príncipe perfecto.

Sonreí como una tonta porque sabía que tras esa nota me esperaban las más absolutas maravillas del universo y tras darme una ducha rápida y pedir a una de las doncellas que vigilara a la pequeña hasta que regresara, salí de mi habitación rumbo hacia la torre de astronomía con una sencilla bata de franela y ese conjunto azul de transparencias.

El silencio reinaba por los pasillos de palacio, así que cuando me deslicé por la torre hasta atravesar la última puerta, comprobé que la habitación había sido iluminada con una cuantiosa cantidad de velas y que en el centro había una cama de grandes dimensiones que hasta ahora no estaba.

Contemple a Bohdan en el centro de aquel lugar como si me estuviera esperando y gracias al calor que había con todas las velas prendidas, deshice el nudo de la bata dejando que ésta cayera al suelo para que pudiera apreciar su regalo sobre mi cuerpo.

—Veo que te ha gustado el regalo... —mencionó recorriendo mi cuerpo con su mirada mientras yo me dejaba caer sobre aquella puerta asegurándome de que se cerraba.

—Creo que me va a gustar más en el momento que me lo quites —admití mordéndome sin darme cuenta el labio como si me anticipara a los placeres carnales que junto a él me esperaban.

Tal vez fueran mis ansias o el hecho de estar cuatro días separados, pero Bohdan cruzó en tres zancadas la distancia que nos separaba y fusionó aquellos labios junto a los míos con auténtica desesperación y fascinación, creándome un hambre voraz por su cuerpo que me consumía hasta el alma.

«Nunca voy a dejar de anhelar con pasión a este hombre» asumí perdiéndome entre el agarre de sus fuertes brazos que me acogían elevándome del suelo para alzarme contra su cuerpo mientras me dejaba avasallar por su contacto.

El fulgor de sus labios poseyó lentamente la piel de mi garganta recorriendo con delicadeza el esternón hasta bajar por el vientre y llegar hacia el punto vertiginoso donde moría de infinito deleite. Posó sus manos delicadamente sobre la prenda sin quitármela, como si el hecho de llevarla puesta le resultara fascinante. Mis pechos estaban más sensibles de lo normal por la lactancia y todo mi cuerpo era más receptivo y vulnerable que de costumbre, por eso cada caricia de sus manos me provocaba un ligero espasmo de placer que me incitaba a desear mucho más.

—Creo que no voy a quitártelo, me gusta demasiado —mencionó Bohdan finalmente en un susurro cargado de absoluta pasión por lo que reflejaban aquellos ojos de un azul profundo y entonces sentí como apartaba ligeramente la prenda con los dedos para notar su boca obrando maravillas en el punto gélido de mi anatomía.

Mordí con fuerza mis labios para no gritar, pero fue absurdo porque terminé haciéndolo sin control alguno conforme me agarraba a las sábanas de aquella enorme cama intentando paliar el desasosiego que sentía en aquellos momentos aferrándome al suave tejido. Sentía como las oleadas vertiginosas de placer me arrastraban hacia el abismo dejándome llevar por esa sensación descomunal que solo Bohdan conseguía provocarme.

—Hazme tuya —susurré como si el simple hecho de no serlo me doliese.

—Nada me complace más que cumplir tus deseos —jadeó segundos antes de sentir como me colmaba lentamente hasta llenarme por completo y percibir la vibración interna que explotaba en mi interior hasta convertirse en una fuente de la que emanaba todo ese éxtasis colosalmente excitante.

Bohdan se levantó rápidamente y comenzó a apagar cada una de aquellas velas hasta dejarnos en la más absoluta oscuridad, entonces regresó de nuevo al lecho y me arrastró hacia su cuerpo envolviéndome entre sus brazos, permaneciendo abrazados el tiempo suficiente para saber que nada había cambiado.

Las estrellas comenzaron a iluminar aquella estancia parcialmente, gracias a todo el techo acristalado. Lo cierto es que aquella torre era sin duda el lugar más romántico de todo el castillo bajo mi punto de vista y eso Bohdan lo sabía, por eso me llevaba allí en ocasiones especiales, solo que no sabía que tenía de especial aquella noche.

—Mira, esa es la constelación de Casiopea, ¿La ves? —preguntó alzando una mano y traté de seguir su indicación aunque tardé varios segundos en identificarla.

—Si, más abajo está Perseo —aseguré divisando el conjunto de estrellas que formaban la constelación.

—¿Y ves la estrella que brilla con más intensidad entre Casiopea y Perseo? Está justo en el medio... —mencionó intrigándome y efectivamente, existía una estrella entre ambas que brillaba mucho más.

—Si, ¿Cómo se llama? —pregunté con curiosidad.

—Celeste —contestó firmemente—. Se llama Celeste porque ahora lleva tu nombre.

En aquel momento me incorporé y a pesar de la oscuridad puse una mano sobre su abdomen para intentar ver su rostro.

—¿Qué has hecho? —exclamé aturdida.

—El universo puede estar plagado de estrellas, pero ninguna brillará con más intensidad que el fulgor que hay en tus ojos. Por eso quería que cada vez que tuviera que estar lejos de ti, pudiera evocar tu rostro solo con mirar al cielo para saber que cuando regrese a casa tendré una estrella que brilla más que la que hay en el propio cielo —contestó tan seguro de sí mismo que aún no entendía como después de todos esos años, no dejaba de sorprenderme.

—Ahora yo también tendré que buscarla en el cielo cuando estés lejos de mi, para tener presente que regresarás siempre a mi lado —aseguré besando sus labios dulcemente.

—Nada ni nadie podrían separarme de tu lado —afirmó conscientemente mientras unía su frente junto a la mía—. Me robaste el corazón en el mismo instante en que esos ojos celestes se posaron sobre los míos. Me robaste la cordura en el preciso momento en que reconocí que ejercías una atracción irrefrenable a la que era incapaz de ser inmune. Y me robaste el alma en el segundo exacto en que me di cuenta de no deseaba apartarme de tu lado —confesó pacientemente mientras me estrechaba entre sus brazos.

—Te amo tanto Bohdan... —susurré tan cerca de sus labios que sentí el roce con los míos.

—Te amo como jamás pensé que podría amar a alguien, Celeste. Me has dado más de cuanto podía llegar a imaginar y mi felicidad solo reside junto a la familia que hemos creado juntos —constató besando de nuevo mis labios.

Adolph, Elisabeth y Catalina eran la prueba viviente de cuánto nos amábamos y de que ese amor era infinito.

Destino, casualidad, azar o suerte. Lo único cierto es que Bohdan y yo estábamos predestinados a encontrarnos aquella noche que cambiaría nuestras vidas para siempre.

FIN



AGRADECIMIENTOS

Le doy las gracias a mi marido, mi príncipe azul sardo y la persona que siempre me saca una sonrisa a pesar de que tenga un mal día.

Gracias a mi familia, por estar siempre ahí como fieles lectores constantes animándome en este camino.

Le doy las infinitas gracias a Aaron Brueckner por ser el rostro de ese príncipe perfecto, creo que la historia no hubiera sido tan fascinante sin tu ayuda.

Eternas gracias a mis bellas florecillas que han estado día tras día esperando pacientemente hasta llegar al final de esta historia. Sin vosotras nada de todo esto sería posible.

Gracias a Mireya, por comprender desde el primer momento mis ideas y convertir este libro en una obra de arte tanto por dentro como por fuera.

Y gracias a ti lector, por elegirme y dejar que una pequeña parte de mi imaginación ahora también forme parte de la tuya.

BIOGRAFIA DE LA AUTORA



Phavy Prieto es una escritora española de origen andaluz Graduada en Ingeniería de Edificación y Diseño de interiores.

Comenzó a escribir sus primeros relatos en Marzo de 2017, compaginando su actividad profesional con la pasión por la lectura que siempre le había acompañado, descubriendo que tenía una gran audiencia por la demanda de sus libros.

Sus primeras publicaciones fueron sobre novelas de ámbito histórico con la Saga Ordinales, destacando “La novena hija del conde” o “El séptimo pecado”. Entre sus últimas publicaciones como “La Perla rusa” de género erótico u “¡Oh là là!” de género humorístico ha conseguido posicionarse como el libro más vendido entre las listas de Amazon, situándose como una de las escritoras emergentes del momento.

De Plebeya a Princesa por una noche en las vegas es su novela más popular hasta el momento. Con más de veinticinco millones de lecturas ha logrado conquistar el corazón de miles de lectores que se han dejado embriagar en cada página.

Para saber más sobre la autora, fechas de publicaciones y todas sus obras, visita su página web:

